Google

This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

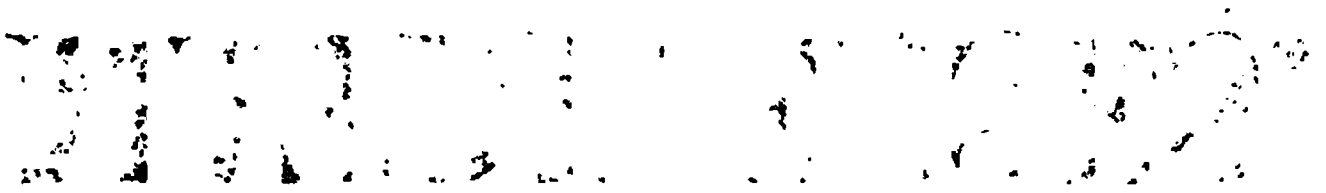
Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página http://books.google.com

NPD
Mesons

ESCENAS

MATRITENSES.



ESCENAS MATRITENSES

POR

El Curioso Parlante.

COLECCION

DE ARTÍCULOS DE COSTUMBRES,

QUE, BAJO AQUEL SEUDÓNIMO, PUBLICÓ EN VARIOS PERIÓDICOS DE MADRID

EL CÉLEBRE LITERATO ESPAÑOL

D. RAMON DE MESONERO ROMANOS.

Reimpresion completa en un volúmen, que comprende los cuatro de que consta la última edicion madrileña.

VALPARAISO:

Imprenta del Mercurio, calle de la Aduana, núm. 24.

POR TORNERO Y BENITEZ, EDITORES.

SETIEMBRE DE 1846.

Se hallará de venta en todas las Ajencias del Mercurio.

AV
1846
1

THE NEW
PUBLIC
929838A

Por mas que repugne á los espíritus sérios, repetimos una verdad al decir, que todo, hasta las ciencias y las bellas letras, está sometido al poder de la moda. No es necesario poseer un conocimiento mui vasto en la historia de las vicisitudes del pensamiento para saber, que la filosofía, la economía política, las ciencias de observacion, aunque necesarias y respetadas en todos los estados de una sociedad, han gozado en épocas de determinada duracion su valimiento especial, hijo de la moda.

La medicina misma ha prometido la salud alternativamente, con el magnetismo, con copiosas sangrías, con átomos heróicos, segun que estaban a la moda Mesmer, Broussais o Hanneman.

Qué estraño, pues, que la literatura propiamente dicha, esa ciega que lleva por lazarillo a la imajinacion, ceda á las seducciones de la deidad del dia?

Cuando ya no cupieron en las tiendas de lectura en Paris, las «memorias privadas» fué preciso cambiar la moda, y se acordó rejuvenecer el estilo de Jouy, vistiendo románticamente al «Hermitaño de la Calzada.» Despues de los escandalosos libros de la contemporánea y de Vidocq, es decir, despues de los retratos al desnudo de la prostituta y del ratero, la familiaridad con el público fué estrema: todos los vicios y flaquezas arrojaron velos y disfraces, y se pintaron a sí mismos.

Y, como «cuando la Francia marcha, el mundo la sigue», segun el dicho de uno de sus poetas populares, la España no pudo menos que seguir a la nacion que le suministra sus modas. Los españoles, están ya pintados por sí mismos como los franceses, y

bajo los retratos, la moda ha hecho firmar sus nombres a los lite tos mas distinguidos de la Península.

El buen éxito que tuvieron en Chile y en otras repúblicas, nu tras dos ediciones de «Fígaro», nos ha inducido a reimprimir l artículos críticos y de costumbres, acreditados y conocidos bajo firma del «Curioso Parlante.»

Nos pareció que este libro faltaba al de Larra, para present un modelo completo del «jénero» a la moda, y le hemos reimpr so con preferencia a cualquiera otra obra de su misma clase. Larra es mas filósofo, Mesonero es mas observador; es un pint sin pereza que se ocupa de buena gana en las pequeñeces accesori que pueden completar su cuadro. Aquel nos hace llorar lágrimas reir a carcajadas, sin término medio; este nos mantiene en una pr longada sonrisa, y nunca levanta el traje ridículo de sus tipos par mostrarnos ocultas y feas dolencias.—Si en los artículos del «Curioso no brilla el jénio que chispea, y a veces quema, en los de «Fígaro vése, no obstante, en aquellos la permanente luz del talento, estudio anterior, la erudicion adquirida con laboriosidad y cons tancia.—Por último (y esto nos parece mui importante), creemo que el lenguaje de Mesonero es castizo y elegante, y que emple con rara y ajustada propiedad las voces del idioma.

Desearíamos que el público chileno hallase exactas nuestras observaciones, y sobre todo que hiciese de moda la lectura del auto que le recomendamos, y del libro que le ofrecemos respetuosamente.

Introduccion.

Cuando por enero de 1832 empecé a publicar en el único periódico literario de aquélla época estos festivos bosquejos de nuestras costumbres contemporaneas, estaba mui lejos de pensar que llegaria un dia en que por tercera vez hubiera de presentarlos a un publico indulgente, que desde su primera aparicion los recibió con singular bondad.

Las razones que entonces me movieron a emprender aquella agradable tarea fueron ya espuestas en la introduccion que precedió a la anterior edicion de esta obrita bajo el título de PANORAMA MATRITENSE; el pensamiento movil que me dirijió, no fue otro, que el de hacer frente a las mengnadas pinturas que de nuestro carácter y costumbres trazan los novelistas estranjeros, y ensayar al mismo tiempo un nuevo jénero literario, jénero lijero, propio de este siglo inconstante, y que a tan alto punto habian elevado Adisson y Jouy en Inglaterra y Francia. Aquella sana intencion debió servirme de disculpa para escusar tamaño atrevimiento, y a ella sin duda mas que a otros méritos, debo atribuir la simpatía con que estos débiles ensayos fueron acojidos del público español.

He dicho que este jénero de literatura era nuevo en nuestra patria, no porque fuese desconocido de nuestros novelistas y poetas dramáticos, sino porque unos y otros, por desgracia, habian enmudecido desde principios del siglo actual, y con mui lijera escepcion, apenas podia hallarse cuadro alguno referente a nuestra sociedad contemporánea. Los brillantes ensayos escénicos de algunos poetas cuyas frentes se ostentan ya engalanadas con merecido laurel, eran los únicos destellos de vitalidad que daba en este punto nuestra abandonada literatura.

Faltaba, pues, y falta todavía cultivar entre nosotros la novela moderna, jé-

nero el mas propio para pintar holgadamente los carácteres, la accion y el id
ma vital de la sociedad; jénero que ha penetrado en el recinto de la historia,
substituido a la poesía épica, ha luchado ventajosamente con el drama, y ha l
gado a hacer populares hasta los recónditos misterios de las artes, avasallando
este modo la imajinacion, y todos los medios de que se puede valer la filoso
para pintar al corazon humano. Pero esta aplicacion del injenio, esta obra co
cienzuda de la razon, requiere cierta calma en el escritor, cierta tranquilidad
el pueblo, que desgraciadamente no hemos podido aun disfrutar en lo que va
síglo; y a esta causa puede atribuirse la singularidad de que nuestra nacion, co
tando entre sus escritores antiguos a los autores del Quijote, del Guzman de A
farache, del Gran Tacaño, del Diablo cojuelo, y aun debiéramos añadir, del G
Blas, no haya producido en el siglo actual, ni el mas lijero ensayo de un jéne
en que tiene tan superiores modelos propios que imitar.

La prensa periódica, dominante hoi dia por su influencia política y literaria,
el teatro, espectáculo movil y halagüeño, que mas como pasatiempo que com
objeto de estudio, goza siempre del favor popular, eran, pues, los únicos recu
sos que quedaban al escritor de costumbres, en medio de una sociedad ajitada
inconstante, que ni puede interesarse sino rápidamente por los carácteres
acciones fijidas; ni quiere fijar sus miradas sino en publicaciones periódicas, qu
nacen hoi para morir mañana; o en los juegos de la escena que entretienen e
ánimo sin fatiga del espectador.

Pero las nuevas doctrinas literarias, y la influencia de la moda europea, pa-
recian cerrar tambien por algunos años hasta el mismo teatro a la pintura cómica
de las costumbres contemporáneas, y afectarle particularmente a la de una so-
ciedad antigua y misteriosa, que por su exajeracion y estravagancia mas bien
que histórica pudiéramos llamar novelesca e ideal; y los caracteres privados, los
ridículos de la vida comun, no lograban escitar el interes del auditorio, subyu-
gado ya diariamente con grandes y trájicas sensaciones, con ruidoso aparato, con
magnífica entonacion.

La pintura festiva, modesta y natural de los usos y costumbres del pueblo,
tuvo, pues, que abandonar por un tiempo determinado, el libro y la escena; tu-
vo que refujiarse al periódico, y subdividirse en mínimas partes para hallar toda-
via auditorio. Cervantes mismo escribiendo en época semejante, hubiérase visto
precisado a reducir sus cuadros a esas pequeñas proporciones; su inmortal nove-
la, arrojada en medio de nuestra turbulenta sociedad, apenas habria conseguido
lectores, sino es dispensándoles sus capítulos a guisa de folletin.

Todos los jéneros literarios tienen sin embargo sus ventajas respectivas, y el de los artículos sueltos de costumbres, a mas de la rápida popularidad, tiene la de poder encerrar en cortos límites todas las condiciones de un drama o una novela; y acaso conseguir interesar mas la mente del lector por lo incisivo del pensamiento y por su marcha desembarazada de episodios; asi como suele acontecer al lijero epígrama puesto en parangon con la cansada sátira o con el filosófico discurso.

Sin embargo, como estas lijeras obrillas suelen ser hijas de las influencias del momento en que se publican; como por lo jeneral el autor qué á ellas se dedica no puede subordinarlas todas a un pensamiento comun, y por mui independiente que sea de las circunstancias públicas escribiendo en diversas épocas, bajo distintas impresiones, ha de revelar forzosamente la marcha de los sucesos, y hasta la de su propia edad; por eso es preciso que los lectores tomen en cuenta la fecha de cada cuadro, y se trasladen, si es posible, con la mente, al punto de vista en que les colocó el pintor.

El autor de estas ESCENAS faltaria a la verdad si negara qué su pensamiento primitivo fué el de escribir una obra de costumbres contemporáneas; pero sujetándola a una sola accion, dándola la estension conveniente, y desplegando en ella segun creyera oportuno los caracteres respectivos. Sentadas quedan las razones que tuvo para renunciar a su propósito, y para reducir a simples bocetos los varios episodios del cuadro que tenia imajinado, renunciando a la ventaja de presentarlos reunidos en un solo grupo y subordinados á una accion simultánea; aunque adquiriendo por otra parte la de ofrecerlos vestidos con los colores de cada dia, y tambien que su aparicion fuese tan rápida qué no diese lúgar a una gran atencion ni a una despiadada censura.

El largo período de diez años transcurrido desde el primer artículo de esta coleccion hasta el último, ha sido tan fecundo en contrastes y en peripecias, ha modificado en tanto grado la fisonomía de nuestro pueblo, sus gustos e inclinaciones, y hasta el lente mismo del observador, que seria injusticia juzgar los primeros ensayos de este bajo el punto de vista del dia. Y cualquier lector por poco que medite, echará de ver en la primera série de estos artículos (que se refiere principalmente a los años 32 y 33) una notable diferencia con la otra que abraza desde 1836 hasta el dia. En aquella, al paso que el reflejo de una sociedad reposada en su estado normal, o si se quiere en la indiferencia política, observará tambien la timidez del escritor delante de la censura, su falta de práctica en el estilo, y hasta la espontaneidad incorrecta y los risueños colores de una imajinacion juvenil: y en la segunda acaso llegará a descubrir mas intencion

filosófica, mas madurez en la razon, mas soltura en el estilo: así como en la sociedad descrita, mas movimiento político, mayor enerjía y vitalidad.

Si el autor de estos artículos hubiera consultado solo a su propia voluntad, quizás habria suprimido por entero la primera parte como infinitamente mas débil; pero ha debido sacrificar el amor propio a la razon, y no solo conservarla, sino privarse de toda alteracion sustancial en ella, por parecerle que de este modo ofrece mas sensible su primitivo colorido, y hace resaltar mas el contraste de aquella época y la que describe despues.

Espuestas francamente las razones que tuvo presentes para dedicarse a cultivar este ramo de la literatura moderna, queda a cargo del lector el apreciar los reducidos medios intelectuales de que para desempeñar esta tarea le fué dado disponer. Entre ellos sin duda sobresaldrá la voluntad y buena fè, así como la constancia en el propósito, llevado a cabo al través de épocas borrascosas en que los sucesos públicos absorvian todas las atenciones. Quizás hubiera podido dar mayor interes a este trabajo, realzándole con el barniz político que tan apreciado es por los lectores del dia; pero entónces hubiera perdido su carácter inofensivo y permanente, en gracia de una momentánea popularidad. El autor de esta obrita no aspira a tan ruidosos triunfos. Satisfecho con la simpatía que haya podido escitar en el sencillo lector, renuncia desde luego a la arrogante aprobacion de los sabios, o al alto patrocinio del poder; y solo alega como único mérito y disculpa de su insuficiencia, la circunstancia de no haber suscitado con sus escritos el menor agravio; ni convertido su pluma en instrumento de venganzas, de interes ajeno, ni de propio engrandecimiento.

ESCENAS MATRITENSES.

EL RETRATO.

«Quien no me creyere que tal sea de él,
al menos me deben la tinta y papel.»
BARTOLOME TORRES NAHARRO.

Por los años de 1789 visitaba yo en Madrid una casa en la calle ancha de San Bernando; el dueño de ella, hombre opulento y que ejercia un gran destino, tenia una esposa jóven, linda, amable y petimetra; con estos elementos, con coche y buena mesa, puede considerarse que no les faltarian muchos apasionados. Con efecto, era así, y su tertulia se citaba como una de las mas brillantes de la corte. Yo, que entonces era un pisaverde (como si dijèramos un *lechuguino* del dia), me encontraba mui bien en esta agradable sociedad; hacia a veces la partida de mediator a la madre de la señora, decidia sobre el peinado y vestido de esta, acompañaba al paseo al esposo, disponia las meriendas y partidas de campo, y no una vez sola llegué a animar la tertulia con unas picantes seguidillas a la guitarra, o bailando un bolero que no habia mas que ver. Si hubiese sido ahora, hubiera hablado alto, bailado de mala gana, o sentándome en el sofá, tararearía un ária italiana, cojeria el abanico de las señoras, haria jestos a las madres y jestos a las hijas, pasearia la sala con sombrero en mano y de bracero con otro camarada, y en fin, me daria tono a la usanza.... pero entonces.... me lo daba con mi mediator y mi bolero.

Un dia, entre otros, me hallé al levantarme con una esquela, en que se me

invitaba a no faltar aquella noche, y averiguado el caso, supe que era dia de doble funcion, por celebrarse en él la colocacion en la sala del retrato del amo de la casa. Hallé justo el motivo, acudí puntual, y me encontré al amigo colgado en efijie en el testero con su gran marco de relumbron. No hai que decir que hube de mirarle al trasluz, de frente y costado, cotejarle con el orijinal, arquear las cejas, sonreirme despues, y encontrarle admirablemente parecido; y no era la verdad, porque no tenia de ello sino el uniforme y los vuelos de encaje. Repitióse esta escena con todos los que entraron; hasta que ya llena la sala de gentes, pudo servirse el refresco (costumbre harto saludable y descuidada en estos tiempos), y de allí a poco sonó el violin, y salieron a lucir las parejas, alternando toda la noche los minuets con sendos versos que algunos poetas *de tocador* improvisaron al retrato.

Algunos años despues volví a Madrid, y pasé a la casa de mi antigua tertulia; pero ¡oh Dios! ¡*quantum mutatus ab illo!* ¡qué trastorno! el marido habia muerto hacia un año, y su jóven viuda se hallaba en aquella época del duelo en que si bien no es lícito reirse francamente del difunto, tambien el llorarle puede chocar con las costumbres. Sin embargo, al verme, sea por afinidad, o sea por cubrir el espediente, hubo que hacer algun *puchero*, y esto se renovó cuando notó la sensacion que en mí produjo la vista del retrato, que pendia aun sobre el sofá. — «¿Le mira usted?» (esclamó): «¡ai pobrecito mio!» — Y prorrumpió en un fuerte sonido de nariz, pero tuvo la precaucion de quedarse con el pañuelo en el rostro, a guisa del que llora.

Desde luego un don *No-sé-quien*, que se hallaba sentado en el sofá con cierto aire de confianza, saltó y dijo: — «Está visto, doña Paquita, que hasta que usted no haga apartar ese retrato de aquí, no tendrá un instante tranquilo;» — y esto lo acompañó con una entrada de moral que habia yo leido aquella mañana en el *Corresponsal del Censor*. Contestó la viuda, replicó el argumentante, terciaron otros, aplaudimos todos, y por sentencia sin apelacion, se dispuso que la menguada efijie seria trasladada a otra sala no tan cuotidiana; volví a la tarde, y la ví ya colocada en una pieza interior, entre dos mapas de América y Asia.

En estas y las otras, la viuda, que sin duda habia leido a Regnard y tendria presentes aquellos versos, que traducidos en nuestro romance español podrian decir

¿Mas de qué vale un retrato
Cuando hai amor verdadero?
¡Ah! solo un esposo vivo
Puede consolar del muerto (1);

hubo de tomar este partido, y a dos por tres me hallé una mañana sorprendido con la nueva de su feliz enlace con el *don Tal*, por mas señas. Las nubes desaparecieron, los semblantes se reanimaron, y volvieron a sonar en aquella sala los festivos instrumentos. ¡Cosas del mundo!

(1) Mais qu' est ce qu' un portrait quand on aime bien fort ?
C' est un mari vivant qui console d' un mort.

Poco despues la señora, que se sintió embarazada, hubo de *embarazarse* tambien de tener en casa al niño que habia quedado de mi amigo, por lo que se acordó *en consejo de familia* ponerle en el seminario de nobles; y no hubo mas, sino que a dos por tres hiciéronle su hatillo y dieron con él en la puerta de San Bernardino: dispúsosele su cuarto, y el retrato de su padre salió a ocupar el punto céntrico de él. La guerra vino despues a llamar al jóven al campo del honor; corrió a alistarse en las banderas patriotas, y vueltos a la casa paterna sus muebles, fue entre ellos el malparado retrato, a quien los colejiales, en ratos de buen humor habian roto las narices de un pelotazo.

Colocósele por entonces en el dormitorio de la niña, aunque notándose en él a poco tiempo cierta virtud chinchorrera, pasó a un corredor, donde le hacian alegre compañía dos jaulas de canarios y tres campanillas.

La visita de reconocimiento de casas para los alojados franceses recorria las inmediatas; y en una junta estraordinaria, tenida entre toda la vecindad, se resolvió disponer las cosas de modo que no apareciera a la vista sino la mitad de la habitacion, con el objeto de quedar libres de alojados. Dicho y hecho; delante de una puerta que daba paso a varias habitaciones independientes, se dispuso un altar mui adornado, y con el fin de tapar una ventana que caia encima.... «¿qué pondremos? ¿qué no pondremos?» —El retrato. —Llega la visita, recorre las habitaciones, y sobre la mesa del altar, ya daba el secretario por libre la casa, cuando ¡oh desgracia...! un maldito gato que se habia quedado en las habitaciones ocultas, salta a la ventana, da un maido, y cae el retrato, no sin descalabro del secretario, que enfurecido tomó posesion, a nombre del Emperador, de aquella tierra incógnita, destinando a ella un coronel con cuatro asistentes.

Asendereado y mal trecho yacia el pobre retrato, maldecido de los de casa y escarnecido de los asistentes, que se entretenian, cuándo en ponerle bigotes, cuándo en plantarle anteojos, y cuándo en quitarle el marco para dar pábulo a la chimenea.

En 1815 volví yo a ver la familia, y estaba el retrato en tal estado en el recibimiento de la casa; el hijo habia muerto en la batalla de Talavera; la madre era tambien difunta, y su segundo esposo trataba de casar a su hija. Verificóse esto a poco tiempo, y en el reparto de muebles que se hizo en aquella sazon, tocó el retrato a una antigua ama de llaves, a quien ya por su edad fué preciso jubilar. Esta tal tenia un hijo que habia asistido seis meses a la academia de San Fernando, y se tenia por otro Rafael, con lo cual se propuso limpiar y restaurar el cuadro. Este muchacho, muerta su madre, sentó plaza, y no volví a saber mas de él.

Diez y seis años eran pasados cuando volví a Madrid, el último. No encontré ya mis amigos, mis antiguas costumbres, mis placeres; pero en cambio encontré mas *elegancia*, mas *ciencia*, mas *buena fé*, mas *alegría*, mas *dinero* y mas *moral pública*. No pude dejar de convenir en que estamos en el siglo de las luces. Pero como yo casi no veo ya, sigo aquella regla de que al ciego el candil le sobra; y asi, que abandonando los refinados establecimientos, los grandes almacenes, los famosos paseos, busqué en los rincones ocultos los restos de nuestra antigüedad, y por fortuna acerté a encontrar alguna botillería en que beber a la

luz de un candilon, algunos calesines en que ir a los toros, algunas buenas tiendas en la calle de Postas, algunas cómodas escaleras en la Plaza, y sobre todo un teatro de la Cruz que no pasa dia por él. Finalmente, cuando me hallé en mi centro, fué cuando llegaron las ferias. No las hallé, es verdad, en la famosa plazuela de la Cebada, pero en las demas calles el espectáculo era el mismo. Aquella agradable variedad de sillas desvencijadas, tinajas sin suelo, linternas sin cristal, santos sin cabeza, libros sin portada; aquella perfecta igualdad en que yacen por los suelos las obras de Loke, Bertoldo, Fenelon, Valladares, Metastasio, Cervantes y Berlamino; aquella intelijencia admirable con que una pintura del de Orbaneja cubre un cuadro de Ribera o Murillo; aquel surtido jeneral, metódico y completo, de todo lo útil y necesario, no pudo menos de reproducir en mí las agradables ideas de mi juventud.

Abismado en ellas subia por la calle de San Dámaso a la de Embajadores, cuando a la puerta de una tienda, y entre varios retazos de paño de todos colores, creí divisar un retrato cuyo semblante no me era desconocido. Limpio mis anteojos, aparto los retales, tiro un velon y dos lavativas que yacian inmediatos, cojo el cuadro, miro de cerca.... «¡Oh Dios mio! esclamé: ¿y es aqui donde yo debia encontrar a mi amigo?» —Con efecto, era él, era el cuadro del baile, el cuadro del seminario, de los alojados, y del ama de llaves; la imájen, en fin, de mi difunto amigo. No pude contener mis lágrimas; pero tratando de disimularlas, pregunté cuánto valia el cuadro. —«Lo que usted guste,» —contestó la vieja que me lo vendia; insté a que le pusiera precio, y por último me lo dió en *dos pesetas*: informéme entonces de dónde habia habido aquel cuadro, y me contestó que hacia años que un soldado se lo trajo a empeñar, prometiéndole volver en breve a rescatarlo, pues segun decia, pensaba hacer su fortuna con tal retrato, reformándole la nariz, y poniéndole grandes patillas, con lo cual quedaba mui parecido a un personaje a quien se lo iba a regalar; pero que habiendo pasado tanto tiempo sin parecer el soldado, no tenia escrúpulo en venderlo, tanto mas, cuanto que hacia seis años que salia a las ferias, y nadie se habia acercado a él; añadiéndome que ya le hubiera tirado, a no ser porque le solia servir, cuándo para tapar la tinaja, y cuándo para aventar el brasero.

Cargué al oir esto precipitadamente con mi cuadro, y no paré hasta dejarle en mi casa seguro de nuevas profanaciones y aventuras. Sin embargo, ¿quién me asegura que no las tendrá? Yo soi viejo, mui viejo, y muerto yo, ¿qué vendrá a ser de mi buen amigo? ¿Volverá séptima vez a las ferias? ¿o acaso alterado su jesto tornará de nuevo a autorizar una sala? ¡Cuántos retratos habrá en este caso! En cuanto a mí, escarmentado con lo que ví en este, me felicito mas y mas de no haber pensado en dejar a la posteridad mi retrato; ¿para qué? —para presidir a un baile—para escitar suspiros—para habitar entre mapas, canarios y campanillas—para sufrir golpes de pelota—para criar chinches—para tapar ventanas—para ser embigotado y restaurado despues, empeñado y manoseado, y vendido en las ferias por dos pesetas.

(Enero de 1832.)

LA CALLE DE TOLEDO.

« Como aquí de provincias tan distantes
concurren, o por gracia o por justicia,
diversas lenguas, trajes y semblantes;
Necesidad, favor, celo, codicia
formando tumulto, confusíon y prisa
tal, que dirás que el orbe se desquicia. »

B. DE ARGENSOLA.

Pocos dias há tuve que salir a recibir a un pariente que viene a Madrid desde Mairena (reino de Sevilla,) con el objeto de examinarse de escribano. Las diez eran de la mañana cuando me encaminé a la gran puente que presta paso y comunicacion al camino real de Andalucia, y ayudado de mi catalejo, tendí la vista por la dilatada superficie para ver si divisaba, no la rápida dilijencia, no el brioso alazan, sino la compaseada galera en que debia venir el cuasi-escribano.

Poco rato se me hizo aguardar para dejarse ver de *los Anjeles* acá *(raris nantes in gurgite vasto)*, y mucho mas hube de esperar para que llegase adonde yo estaba. Verificólo al fin, vióme mi primo, saltó del incómodo camaranchon, y *pian pian* enderezamos ácia la gran villa, ya acortando el paso para que pudieran seguirnos las siete mulas que arrastraban la galera, ya procurando conservar la distancia conveniente para no ser interrumpidos en nuestra sabrosa plática por la monótona armonia de los cencerros y campanillas de las bestias, de los jaleos y rondeñas de los zagales.

—¿Y bien, primo mio, qué te parece del aspecto de Madrid?

—Que ze pué desir dél ló que de Parmira, que es *la perla del dezierto*; y oyez, y tuvieron rasón sus fundadores en zituarle sobre alturas, porque zinó, con ezte rio, adonde vamo-ha-paral.....

—Ya te entiendo; pero en cambio tienes aquí este que sino es gran puente, por lo menos es un puente grande.

—Zin duda, y aun por ezo he leido yo en un libraco viejo unaz coplillaz que disen.....

«Fuérame yo por la puente
Que lo es sin encantamiento,
En diciembre, de Madrid,
Y en verano, de *Rioseco;*
La que haciéndose ojos toda
Por ver su amante pigmeo,
Se queja dél porque ingrato
Le da con arena en ellos,
La que.....

— ¿Acabarás con tu pintura?—Rason tienez; punto y coma y a otra cosa, que ze hase tarde y habremoz de detenernoz en la puerta. —Y con efecto fue asi, porque llegando a esta, y mientras se verificaba la operacion del rejistro se pasó media hora, en la cual no estuvieron ociosos nuestros ojos ni nuestras lenguas.

Mi primo es un mozo, ni bien sabio, ni bien tonto, aunque una buena dósis de malicia tercia entre ambas cualidades, y haciéndole disimular la segunda, le presta ciertos ribetes de la primera; ademas es andaluz, y ya se sabe que los de su tierra tienen la circunstancia de caer en gracia, condicion harto esencial, y en Madrid mas que en otra parte. Hecha esta prevencion acerca de su carácter, no se estrañará que yo desease conocer el efecto que le producian las rápidas escenas que pasaban a nuestra vista, para lo cual, y escitarle a hablar, anudé el interrumpido diálogo de esta manera.

— Vas a entrar en Madrid (le dije) por el cuartel mas populoso y animado; desde luego debes suponer que no será el mas elegante, sino aquel en que la corte se manifiesta como madre comun, en cuyo seno vienen a encontrarse los hijos, las producciones y los usos de las lejanas provincias; aquel en fin en que las pretensiones de cada suelo, los dialectos, los trajes y las inclinaciones respectivas presentan al observador un cuadro de la *España en miniatura.*

Punto ez ezte, dijo mi primo, para obzervarle zentados; aprovechemos ezte poyito.

— No bien lo habiamos dicho y hecho, cuando llegó una galera guiada por un valenciano tan lijero como su vestido. El iba, venia a todos lados, retozaba con los demas, blandia su vara, ceñia y desceñia su faja, aguijaba las mulas, contestaba a las preguntas del resguardo, y pregonaba de paso las esteras que conducia en su carro. Deseoso yo de que le escuchara mi pariente, trabé conversacion con él, suponiendo curiosidad por conocer los proyectos que le traian a Madrid, y muí luego supimos por su misma boca que pensaba vender sus esteras en un portal durante el invierno; emplear su producto en loza, que venderia por las calles en la primavera; fijarse mientras el verano en una rinconada para vender horchata; y trasladarse despues a una plazuela para rejir durante el otoño un puesto de melones; tales eran los proyectos de este Proteo mercantil.

Poco despues llegaron unos cuantos, que por sus anguarinas, grandes sombreros y alforjas al hombro, calificamos pronto de estremeños, que conducian las picantes producciones que tan buen olor, color y sabor prestan a la cuotidiana olla española. De estos supimos que eran todos parientes y de un mismo pueblo (Can-

delario,] y no pudo menos de chocarnos la semejanza de las facciones de tres de ellos que parecian uno mismo aunque en distintas edades; eran padre, hijo y nieto, y traian a este por primera vez a la capital, por lo cual no cesaban de dárle consejos sobre el modo de presentarse en las casas, encarecer las ventajas del jénero, y demas, concluyendo con una disertacion chorioera capaz de escitar al mas inapetente.

Aun no se habia acabado, cuando nos hallamos envueltos por una invasion de jumentillos alegres y vivarachos que entraron por la puerta con una franqueza sin igual; traian cada uno dos pellejos, y diciendo que sus conductores eran manchegos, no hai que añadir que los pellejos eran de vino. Los mozos echaron pié a tierra, y dejaron ver sus robustas formas, su aire marcial, espresivas facciones, color encendido, ojos penetrantes; traian todos tremendas patillas, su pañuelo en la cabeza y encima la gràciosa monterilla; las varas a la espalda y atravesadas en el cinto: empezaron luego a contar sus pellejos, mas por desgracia nunca iban de acuerdo con el guarda, pues si éste decia 20, ellos sacaban 19, y volviendo a contar solo resultaban 17; por último, se fijaron en 18, pagaron su cuota y echaron a correr.

Otro carromato.—¿De dónde?—De Murcia y Cartajena.—¿Carga?—Naranjas y granadas.—Al ménos es cosa de sustancia.—Ahora van ustedes a probar que la tienen.

—A un lao, zeñoroz, esclamó mi primo levantándose, a un laito por amor de Dioz, que viene aquí la jente.—Y dectalo por una sarta de machos engalanados que entraban por la puerta con sendos jinetes encima.

—A la paz de Dios, caballeroz, saludó con voz aguardentosa un viejo que al parecer hacia de amo de los demas.

—Toque esos sinçe, paizano, dijo mi primo sin poderse contener: «¿de qué parte del paraizo?

—De Jaen, replicó con un ronquido el viejo.

—Buena tierra zi nó estuviera tan serca de Cartilla.

—Maz serca eztá del sielo.—Como que tiene la cara de Dios.

—Y como que zí; pero dejando ezto, ¿no me dirá zu merzé (dirijiéndose a mí) de dónde han traido esta puelta, porque o me engañan miz vizuaez, o no estaba añez atraz cuando yo eztuve en ezte lugar.

—Así es la verdad, le contesté; porque hace pocos años que se sostituyó este monumento a las mezquinas tapias que ántes daban entrada por esta parte a la capital.

—Ahora (repasó el escribano) la entrada paese mesquina al lado de la puerta.

Aquí llegábamos en nuestra conversacion, cuando se nos dió por sanos y salvos, con lo que pudimos emprender la subida de la calle, alternando nuestras observaciones con las del viejo andaluz. Entre los primeros objetos que la fijaron, fueron la recua de manchegos que habiamos visto en la puerta, los cuales salian de una posada inmediata para repartir los cueros por las tabernas. Mi primo me hizo observar que llevaban veinte pellejos, y acordándonos de los diez y ocho pagados en la puerta, nos persuadimos de que habrian tratado de imitar el milagro de las bodas de Caná.

Divertíamos así nuestro camino, contemplando la multitud de tiendas y comercios que prestan a aquella calle el aspecto de una eterna feria; tantas tonelerías, caldererías, zapaterías y cofrerías; tantos barberos, tantas posadas, y sobre todo tabernas. Esta última circunstancia hizo observar a mi primo que la aficion al vino debe ser comun a todas las provincias. Yo solo le contesté que son ochocientas diez y seis las tabernas que hai en Madrid. Engolfados en nuestra conversacion tropezábamos, cuándo con un corro de mujeres cosiendo al sol, cuándo con un par de mozos durmiendo a la sombra; muchachos que corren; asturianos que retozan; carreteros que descargan a las puertas de las posadas; filas de mulas ensartadas una en otra y cargadas de paja que impiden la travesía; aquí una disputa de castañeras; allá una prision de rateros; por este lado un relevo de guardia; por el otro un entierro solemne....

Favor a la justicia. — *Agur, camará.* — *Requiem eternam.* — *Pué ya... ¡el demonio del usía!* — *Caballero, una calesa.* — *Vaya usté con Dios, prenda.* — *Chas... a un lado, la dilijencia de Carabanchel.* — *Aceituna bué... Señores, por el amor de Dios.* — *Riá... tomá... só... o... o... generala, coronela.* — *Perdone usté, caballero.* — *No hai de qué...*

Con estas y otras voces, la contínua confusion y demas, mi primo se atolondró de modo que le perdí de vista y tardé largo rato en volverle a encontrar. Por fin pude hallarle, que estaba parado delante de la fuente nueva.

—¿Qué haces ahí parado? le pregunté con algun ceño.

—Qué he de haser, hombre; estoi recordando todo el Buffon a ver zi zaco en limpio qué animalejo ez eze que eztá ahí ensima. —Majadero, ¿no conoces que es el leon.....?—Como no lo dise el letrero..... —Vamos, vamos.

«*Parador de Cádiz.*» —*Aquí se sacan muelas a gusto de los parroquianos.*» —«*Se guisa de comer por un tanto diario todos los dias.*» —«*Memoria-lista, se echan cuentas en todas lenguas.*» —«*Aquí se venden hábitos para difuntos completos.*» —«*Zapatos para hombres rusos hechos en Madrid.*» —«*Aquí se venden sombreros para niños de paja.*»

¿Qué demonios estás diciendo?—Leo las mueztras, contestó mi primo. —Vaya, déjate de tonteras, y repara que pisas el recinto fatal en que los condenados al último suplicio...—Pazito, primo, que tengo buen humor, y no eztá nada lindo ezo de que me enzeñes la horca ántes que el lugar.

Tremendos cartelones. —Teatro del Príncipe. —*El castillo de Staonins Coylz o los siete Crímenes.* —Cruz. —*Los asesinos elegantes.* —Sarten. —*Horror y desesperacion*, drama melo-mimo-lóbrego. —Oyez, primo, y se entretienen lez zeñores madrileños con eztas lindesaz? —Qué quieres, ¡el gusto del siglo...! —Pue hemoz llegao a un ziglo divertio.

Soberbia perspectiva hase eza iglezia. —Como que es la principal de la corte y dedicada a su santo patrono. —Póngaze en mi lugar en mi libro para visitarla mañana.

A este punto y hora llegábamos, cuando vimos a lo léjos una calesa con la cubierta echada atras y sentadas en ella dos manolas, con aquel aire natural que las caracteriza. Ni Tito ni Augusto al volver triunfantes a la capital del orbe pasaron mas

orgullosos bajo los arcos que les eran dedicados, que nuestras dos heroinas se encaminaban al de la Plaza Mayor. Guardapies amarillos y encarnados, ricas mantillas de sarga y terciopelo sobre los hombros, pañuelos de color de rosa al pecho, cesto de trenzas en las cabezas, y coloreadas las mejillas por el vapor del vino; tal era el atavio con que venian casi echándose fuera de la calesa, y pelando unas naranjas con un desenfado singular. Aquí de la turbacion de mi provincial; parado delante de la calesa no reparaba su peligro, hasta que una de las manolas,

—Oiga, señor vision (le dijo), déjenos el paso franco.

—¿Adónde van las reinas?

—A perderle de vista.

—Si nesesitazen un hombre al eztribo...

—¿Y son así los hombres en su tierra? Jesus, ¡qué miedo!

—Y qué, ¿no no me han de dar un poco de naranja?

—Tome el rocin venido.

Y le dirijieron a las narices una cáscara de vara y media; con lo cual, y aguijando el caballejo, desaparecieron en medio de la risa jeneral. Yo hube de contener la mia por no irritar al pobre mozo, a quien no me pareció habia gustado el lance; pero me propuse echarle despues un buen sermon. Entre tanto seguimos nuestro camino sin hablar palabra hasta casa, recapitulando ambos lo que habiamos visto y oido; él para aprovecharse de ello, y yo para contarlo aquí.

(Febrero de 1832.)

LA COMEDIA CASERA.

« ¿On sera ridicule et je n' oserai rire ?»
BOILEAU.

Los hombres nos reimos siempre de lo pasado; el niño jugueton se burla del tierno rapaz sujeto en la cuna; jóven ardiente y apasionado recuerda con risa los juegos de su niñez; el hombre formal mira con frialdad los ardores de la juventud; y el viejo, mas próximo ya al estado infantil, sonrie desdeñosamente a los juegos bulliciosos, a las fuertes pasiones, y al amor de los honores y riquezas que a él le ocuparon en las distintas estaciones de la vida. A su vez las demas edades rien de los viejos... con que queda justificado el dicho de que *la mitad del mundo se rie siempre de la otra mitad.*

— Y a qué viene una introduccion tan pomposa, que al oirla nadie dudaria que iba usted a improvisar una disertacion filosófica a la manera de Demócrito? —

Tal le decia yo a mi vecino, *don Plácido Cascabelillo*, cierta mañana entre nueve y diez, mientras colocábamos pausadamente en el estómago sendos bollos de los PP. de Jesus, hondamente reblandecidos con un rico chocolate de Torroba.

— Dígolo, me contestó el vecino con una sonrisa (y aquí se precipitó a alcanzar con los labios una casi desecha sopa que desde la mano, por un efecto de su gravedad queria volver a la jícara), dígolo por la escena que acabo de tener con mi sobrino. — ¿Y se puede saber cuál es la escena? — Oígala usted.

— Este jóven, a quien usted conoce por sus finos modales, nobles sentimientos, y por la fogosidad propia de sus 22 años, tiene al teatro una aficion que me da que temer algunas veces, aunque por otro lado no dejo de admirar su estraordinaria habilidad; así que, siempre que le sorprendo en su cuarto representando solo, y despues de haberle escuchado un rato con admiracion, no dejo de entrar con mui mal jesto a distraerle y aun regañarle.

Dias pasados me manifestó que una reunion de amigos habian determinado ejecutar en este Carnaval una comedia casera, y al principio me opuse a su entrada en ella; pero acordándome luego que yo habia hecho lo mismo a su edad, hube de ceder, convencido de las cualidades que adornaban a todos los de la reunion, de

la inocencia del objeto, y de la inutilidad de resistir a los esfuerzos de mi sobrino. La sociedad recibió con entusiasmo mi condescendencia, y queriendo dar una prueba plena de su agradecimiento, resolvió *némine discrepante* (ríase usted un poco, amigo mio), nombrarme su presidente.

— Aquí prorumpimos ambos en una carcajada, y echando un pequeño sorbo para dejar el jicaron a la mitad, continuamos nuestros bollos, y prosiguió.

— Ya usted conoce que hubiera sido descortesía corresponder con una negativa a tan solemne honor. Mui léjos de ello, oficié a la junta dándola las gracias por su distincion, y admitiendo el sillon presidencial. Aquella misma noche se citó para la toma de posesion, y la verifiqué en medio de la alegría de ambos lados, cubiertos de socios *actores*, socios *contribuyentes*, y socios *agregados*.

El que hacia de secretario de la junta me leyó un reglamento en que se disponia la division en comisiones. Comision *de buscar casa*, comision *de decoraciones*, comision *de candilejas*, comision *de copiar papeles*, comision *de trajes*, y comision *de permiso para la representacion*. De esta quedé yo encargado, y presidente *nato* de las demas.

El contarle a usted, amigo mio, las profundas discusiones, los acalorados debates, las distintas proposiciones, indicaciones, adiciones y resoluciones que han ido eslabonándose en las posteriores juntas, seria nunca acabar. Baste, pues, decirle, que encontramos en la calle de... una casa con sala bastante capaz (despues de tirar tres tabiques y construirlos mas apartados), de un aspecto bastante decente (despues de blanqueada y pintada), y con los enseres necesarios (que se alquilaron y colocaron donde convino). Así que, resuelto este problema y el del permiso favorablemente, los demas fueron ya de mas fácil resolucion, o quedaron subordinados a la importante discusion, acerca de la eleccion de pieza que se habia de representar.

Diez y siete se tuvieron presentes. Oígalas usted (dijo esto sacando un papelejo de su escritorio). El *Otelo*, las *Minas de Polonia*, *Pelayo*, la *Pata de Cabra*, la *Cabeza de Bronce*, el *Viejo y la niña*, el *Rico-hombre de Alcalá*, el *Español y la Francesa*, el *Jugador de los treinta años*, el *Médico a palos*, el *Tasso*, el *Delincuente honrado*, *A Madrid me vuelvo*, *García del Castañar*, la *Misantropia*, *Sancho Ortiz de las Roelas*, y el *Café*. Ya usted ve que en nuestra junta no preside esclusivamente el jénero clásico ni el romántico.

Las dificultades que a todas se ofrecian eran importantes. En una habia tres decoraciones, y los bastidores no se habian pintado mas que por dos lados, por la sencilla razon de que no tenian mas; tal necesitaba dos viejas, y ninguna de la comparsa, aun las de 58 años, se creian adecuadas para semejantes papeles; cuál llamaba a una niña de 18 años, y una de cuarenta, rotundamente embarazada, se empeñaba en ejecutar aquel papel. En una salia un rei, y el designado para este papel era bajo; en otra tenia el gracioso demasiado papel y poca memoria; todos querian ser primeros galanes; los que se avenian a los segundos apenas sabian hablar; se cuidaban por los maridos que el oficial N. no hiciera de galan enamorado; los amantes no consentian que sus queridas salieran de criadas; los galanes y las damas (porque a esta junta fueron admitidas), los barbas, las partes de por medio,

y las personas *que no hablan*, todos hablaban allí por los codos y a la vez, de modo que yo, presidente, ví varias veces desconocida mi autoridad. Por último, despues de largo rato pudo restablecerse el órden, y a instancias de mi sobrino se resolvió y adoptó jeneralmente la comedia de *El Rico-hombre de Alcalá*, no sin grandes protestas y malignas demostraciones de un jóven andaluz, a quien para desagraviarle se encargó el papel del rei don Pedro.

Terminado así este importante punto, pasamos a vencer otras dificultades, como tablado, decoraciones, orquesta, bancos, mozos de servicio, arreglo de entradas, salidas, billetes, señas, contraseñas, y demas del caso; y no tengo necesidad de decir a usted que en estos veinte y cinco dias se han renovado veinte y cinco veces en nuestra sala de juntas las escenas del campo de Agramamte.

Por último, la suscripcion se realizó, el arreglo del teatro tambien; los actores y actrices aprendieron sus papeles y se empezaron los ensayos. En ellos fué, amigo mio, cuando saqué yo el escote de mi diversion. Porque habia usted de ver allí las intriguillas, los chistes, los lances verdaderamente cómicos que sin cesar se sucedian. Quién formaba coalicion con el apuntador para que apuntase a un desmemoriado en voz casi imperceptible; quién reñia con su querida porque en cierta escena habia permanecido dos minutos mas, con su mano entre las del primer galan; cuál tomaba entre ojos a alguno porque le desairaba con sus grandes voces.

Despacio, señores.—Mas alto.—Conde, que le está a usted manchando esa vela.—Doña Antonia, que la llama a usted el rei don Pedro.—Esos brazos, que se menéen.—Usted sale por aquí y se vuelve por allá.—Doña Leonor, don Enrique, doña María, aquí mucho fuego.—Eso no vale nada.

Por este estilo puede usted figurarse lo demas; pero todo ello ha pasado entre la risa y la algazara, a no ser cierta competencia amorosa a que da lugar una de las actrices entre mi sobrino y el andaluz que hace de rei. Varias veces hemos temido un choque, pero por fin salimos con bien de los ensayos; en su consecuencia se ha señalado esta noche para la primera representacion, y tengo el honor, como presidente, de ofrecer a usted un billete.

Acepté gustoso el convite y llegada la noche, y habiéndome incorporado con don Plácido nos metimos en un simon, que a efecto de conducir al presidente y actores habia tomado la compañía, y llegamos en tres cuartos de hora a la casa de la comedia. El refuerzo de un farol mas en el portal nos advirtió de la solemnidad, y subiendo a la sala la encontramos ya ocupada tán económicamente, que no podiamos pasar por entre las filas de bancos. Por fin, atravesamos la calle real que corria en medio de la sala, formando division en la concurrencia, y fuímonos a colocar en la primera fila. Por de pronto tuvimos que hacerlo de modo que al sentarnos no viniesen abajo los dos que se hallaban a las estremidades del banco, aunque el del lado de la pared no quedó agradecido al refuerzo.

Los *socios* corrian aquí y allá colocando a sus favoritas, haciendo que todo el mundo se quitase el sombrero, hablando con los músicos y con los acomodadores, entrando y saliendo del tablado, comunicando noticias de la proximidad del espectáculo, y cuidando en fin de que todos estuviesen atentos.

Los concurrentes por su parte cada cual se hallaba ocupado en reconocer los

puestos circunvecinos, alargar el pescuezo por encima de un peine, enfilar la vista entre dos cabezas, limpiar el anteojo, sonreirse, corresponder con una inclinacion a un movimiento de abanico, y entablar en fin aquellos diálogos jenerales en tales ocasiones. Entre tanto los violines templaban, el bajo sonaba sus bordones, el apuntador sacaba su cabeza por el agujero, los músicos se colocaban en sus puestos, y con esto, y un prolongado silbido, todo el mundo se sentó, ménos el telon, que se levantó en aquel instante.

— «¿No me escuchas?
— ¡Qué molesta
y qué cansada mujer!
—Siempre que te viene a ver
debe de subir por cuesta.»

Ya pueden figurarse los lectores que así empezaron a representar; pero tres minutos ántes que los dijeran ya repetia yo estos versos solo de escucharlos al apuntador. Así fué repitiendo, y así nosotros escuchando, de suerte que oíamos la comedia con ecos.

Los actores eran de una desigualdad chocante. Cuando el uno acababa de decir su parte con una asombrosa rapidez, entraba otro a contestarle con una calma singular; uno mui bajito era galan de una dama altísima, que me hacia temblar por las bambalinas cada vez que parecia en la escena; cuál entraba resbalándose de lado por los bastidores; cuál salia atropellando cuanto encontraba y estremeciendo el tablado; solo en una cosa se parecian todos, es a saber: los galanes en el manejo de los guantes, y las damas en el *inevitable* pañuelo de la mano.

En fin, así seguimos aplaudiendo constantemente durante el primer acto todos los finales de las relaciones, que regularmente solian ir acompañados de una gran patada, pero subió a su colmo nuestro entusiasmo durante la escena entre el *Rico-hombre* y el *buen Aguilera*. Tengo dicho me parece que el sobrino del presidente, que hacia de *Rico-hombre*, estaba picado de celos con el que hacia de rei, así que cargaron a maravilla los desprecios y la arrogancia, con lo cual lució mas aquella escena.

El entreacto no ofreció cosa particular, a no ser una ocurrencia de que me hubiera reido a mi sabor si hubiera estado solo; y fué, que un oficial que sentaba detras de mí, dijo mui naturalmente a uno que estaba a su lado, que la dama era la única que lo desgraciaba.

—Se conoce que lo entiende usted mui poco, caballero, porque esa dama es mi hija.

—Entónces siento infinito haber creido que su hija de usted lo echa a perder.

—Diga usted que el galan no la ayuda.

—¿Cómo que no la ayuda mi sobrino? (gritó una voz aguda de cierta vieja de siglo y medio, que estaba a mi derecha.)

—Señores (saltamos todos) no hai que incomodarse ni tomarlo por donde quema, todos se ayudan recíprocamente, y la comedia *la sacan* que no hai mas que ver.

Por fin volvió a sonar el silbato: jiramos todos sobre nuestros pies, y queda-

mos sentados unos de frente y otros de perfil, segun la mayor o menor estension del terreno.

Todo el mundo deseaba la escena de la humillacion de don Tello a la presencia del rei, ménos mi vecino el presidente. En fin, llegó aquella escena, y don Pedro, vengándose de lo sufrido por el buen Aguilera, trató al Rico-hombre con una altivez sin igual: por último, al decir los dos versos.

«a cuenta de este castigo
tomad estas cabezadas,»

se revistió tan bien de su papel y de un sublime entusiasmo, que aunque los bastidores no eran mui dobles, no hubieron de parecer mui sencillos al sobrino, segun el jesto que presentó. Los aplausos de un lado, las risas jenerales por otro, y mas que todo, el aire triunfal de don Pedro, enfurecieron al sobrino don Tello, en términos que desapareciendo de su imajinacion toda idea de ficcion escénica, arremetió con don Pedro a bofetones; éste, viéndose bruscamente atacado, quiso tirar de su espada, pero por desgracia no tenia hoja y no pudo salir. Los músicos alborotados saltaron al tablado, el apuntador desapareció con su covacha, la ronda se metió entre los combatientes, y la consternacion se hizo jeneral. Entre tanto doña Leonor, la Elena de esta nueva Troya, cayó desmayada en el suelo con un estrépito formidable, miéntras don Enrique de Trastamara corria por un vaso de agua y vinagre. Todo eran voces, confusion y desórden, y nadie se tenia por dichoso si no lograba derribar una candileja o mudar una decoracion. El tablado en tanto, sobrecargado con cincuenta o sesenta personas, sufria con pena tan inaudita comparsa, y miéntras se pedian y daban las satisfacciones consiguientes se inclinó por la izquierda, y desplomándose con un estruendo horroroso, bajaron rodando todos los interlocutores, y se encontraron nivelados con la concurrencia. Esta, que por su parte ya habia tomado su determinacion, ganó por asalto la puerta y la escalera, adonde hallé al presidente haciendo vanos esfuerzos para evitar la retirada, y asegurando que *todo se habia acabado ya;* y así era la yerdad, porque aquí se acabó todo.

(Marzo de 1832.)

LAS VISITAS DE DIAS.

« On s' embrasse on s' etuffe á force de tendresse,
et tout bas on medit de celui qu' on caresse. »

PICARD.

Entre las varias modificaciones que con el tiempo ha recibido la antiquísima y loable costumbre de felicitar a los amigos el dia de su nacimiento, una es la de trasladarse al del santo de su nombre; y desde entonces fué mas importante el calendario, asi como resultaron mas clásicos que los demas algunos dias del año. Cuando se aproximan v. gr. el 1.º de enero, el 19 de marzo, el 24 de junio, el 16 de julio, el 8 de setiembre, el 8 de diciembre, ¡qué movimiento, qué vida en los talleres de sastres y modistas! ¡qué actividad en las fondas y confiterías! ¡qué cálculos entre los proveedores de comestibles! Amanece el dia feliz, y desde mui de mañana los mercados presentan el mas lisonjero aspecto; triples órdenes de ternerillos, salmones, perdices y demas familia que sustentan los tres elementos para ponerlos a disposicion del cuarto. ¡Qué dia para los mayordomos! ni la bolsa de Lóndres ofrece mas animacion, mas combinaciones que las que presenta a primera hora de tales dias la plazuela de San Miguel. Los compradores de las fondas y casas grandes dan el precio de los víveres y los hacen pasar a sus oficiales; siguen su movimiento los criados asturianos y demas especuladores subalternos, y las criadas vizcainas y alcarreñas acuden despues a espigar el resto; todos se retiran cargados, y en menos de dos horas desaparecen de aquel recinto algunos quintales de peso. Empieza despues el movimiento rápido de barberos que aquel dia tienen que asistir a todos sus parroquianos a la misma hora; luego los peluqueros de antaño y los de ogaño; los sastres de allende y de aquende y las modistas se cruzan con los mozos de las confiterias, que sostienen en sus manos sendas fuentes con castillos de dulce, templetes, navíos, estatuas y obeliscos....

Hai varios modos de dar los dias; el mejor sin duda es el que va acompañado de alguno de aquellos apéndices; pero aqui no se trata del mejor; solo sí se quisiera trazar el mas elegante.

Las ocho, «el barbero;» las nueve, «el peluquero;» las diez, «el sastre...»

el sastre no parece... ¡maldito sastre...! las once, ya está aquí; — a ver, probemos... nada, no vale nada, llévesele usted, maestro...; las doce, «señor, la berlina de la calle del Baño...» vamos allá.

La primera hora está dedicada a aquellas visitas de amigos de confianza, adonde puede uno ir *de mañanita* antes de las dos de la tarde. — «¿Adónde, señor?» — A la calle de Atocha, número..., casa de don Sinforiano Calabaza. — El lacayo, repitiendo la órden al cochero, cerró de un golpe la portezuela y echamos a andar.

A este punto y hora saqué mi cartera y empecé a recapitular... una, dos, seis ocho, doce, diez y siete visitas, no es nada... En seguida me puse a contemplar las tarjetas hechas *exprofeso* para aquél dia. Grandes habian sido mis cavilaciones para hacer estas tarjetas; la elegante variedad de la moda las hace mudar tan rápidamente de forma, que apénas hai medio de seguirla... luego, como yo no podia adornarlas con una corona ducal, ni con un capacete, ni con una órden militar, como hacen otros, no sabia cómo disponerlas de modo que diesen golpe. Primero tuve tentaciones de hacerlas estampar en un pie cuadrado de cartulina, y el nombre cruzado en una de las puntas en letra mui menuda; pero me hice el cargo de que ya no era nuevo. Luego quise poner las letras al revés, pero eché de ver que las volverian y quedarian al derecho. Letras góticas, alemanas, tártaras, hebreas, chinas, sirias y ejipcias; todas sufrieron mi inspeccion, hasta que por último me decidí, *para mayor claridad*, por unas griegas del siglo de Pericles, y las hice estampar en cartulinas octógonas y sobre un ramaje oscuro; de manera que conseguí que no se entendiera lo que decian. Mui satisfecho de mi invencion, me felicitaba de antemano por la sorpresa que iban a causar, y apartaba para las respectivas casas las doradas, las plateadas, las azules, las encarnadas, y las de tinta simpática.

En esto llegué a casa de don Sinforiano, y al ir a entrar me hicieron saber que él se habia marchado huyendo los cumplidos, «pero pase usted a la sala, que ahí están las señoras....» Las señoras no estaban, y ántes que se presentasen ya habia yo tenido un buen rato para mirar los cuadros, atusarme el pelo, remover el brasero y leer el diario. Apareció en fin la mamá a medio peinar, y por mitad vestida, cubriéndose con una gran capa y dándome escusas de no haber salido ántes. Yo se las dí igualmente de no haber entrado despues; hasta que conociendo por su impaciencia la mala obra que estaba haciendo, tomé el partido de retirarme. Primera visita.

Llegué a la segunda casa a eso de la una, y a tiempo que entre las personas de confianza estaban ensayando en una ária coreada que habia de cantar la niña a la noche. Mi aparicion en la sala turbó a la amable cantatriz, en términos que no hubo forma de hacerla seguir mientras yo estuviese allí; con que me marché. Segunda visita.

A la otra ya me lisonjeaba de encontrar mejor acojida y no caer tan de improviso y estemporáneo; pero salió un lacayo a decirme que las señoras *no recibian*, siendo así que por las risas y el bullicio que yo oía en las piezas inmediatas no pude ménos de conocer *que habian recibido*.

Gracias a Dios, a la otra me hallé ya con la sociedad mas en regla, y desde la

intensa en la animacion de la conversacion. Entré en la sala; cortesías al frente, a derecha e izquierda. Callaron todos y callé yo; me miraron y les miré; se sentaron y me senté; por último, despues de un rato de indecision...

—¿Usted ha visto qué tiempo, señor don Fulano? (salió una vieja que ocupaba el flanco derecho del sofá.)

«Ya, ya está bueno,» —y sobre esto nos apresuramos todos a dar nuestro parecer, amenizando cada cual la conversacion con sus observaciones particulares, hasta que al cabo de un cuarto de hora se agotó la materia, y cuando empezaba a decaer entraron otras señoras. Pasados los cumplidos y besos de ordenanza, —«¿Ha visto usted qué tiempo, mi señora doña María?» —dijo la mas vieja, y volvió a reanimar la pasada disertacion; llegó esta a su ordinaria frialdad, y ya iba habiendo pausas de diez minutos, cuando unas señoras se levantaron para marcharse; respondieron otras a esta señal, y luego otras y otros, y nos marchamos todos, despues de habernos convencido cordialmente de que *hacia mal tiempo*. Otra visita.

La siguiente era de una Pepita, bella como un ángel y elegante como la que mas. Hervia la sala en jóvenes primorosos, oficiales y paisanos. Pepita, vestida muy sencillamente, aparentaba no ser el objeto de la reunion, mientras su mamá, su abuela, su tía y hermanitas, ofuscaban con sus ricos trajes y elegantes peinados. Variado absolutamente el aspecto de estos, y habiendo sustituido toda la riqueza del órden corintio a la sencillez dórica, apénas pude reconocer al pronto a ninguna de las personas de la casa, a quien veia casi diariamente; reianse de mis escesivos cumplimientos, y me hablaban con mucha franqueza ajitando los abanicos, hasta que en fin ¡pobre de mí! acerté a distinguir las *inveteradas* facciones entre aquellos encajes y pedrerías... Allí fué la conversacion mas alegre, mas sustancial... se habló de la ópera; ¡oh qué cosas tan *cintosamente dilletantis* se dirijeron por aquellos señores! ¡qué reputaciones teatrales fueron a pique! ¡qué de otras subieron a las nubes...! Por último, convinimos todos en que *ahora no ahi ópera*, con lo cual salimos tan satisfechos unos de otros.

Desde aquí me dejé caer en una casa a la antigua, cuyo amo, jefe de una oficina principal, dió punto a sus progresos en el año de 1805 en que subió a su destino, y desde entónces para él el siglo ha permanecido estacionario. En vano sus hijos y nietos le impelen a marchar en él; fijo en sus antiguos usos, solo les opone una desdeñosa compasion. Entré en la sala, y me le encontré sentado en medio de su familia, con su vestido serio de rico paño, peluca nueva y pechera de encaje. Vino a abrazarme cuando me vió, y me presentó a los suyos con una franqueza y amabilidad sin igual. Componiase la reunion de antiguos empleados, abogados y comerciantes, varias señoras respetables y algun otro jóven, hijo de estos o meritorio de la oficina, que se ocupaban mas que lijeramente de la posteridad del señor don José, y a juzgar por las tiernas miradas de las nietecitas, me persuadí que acaso mui pronto le harian subir *legalmente* una casilla mas arriba en su árbol jenealójico.

La conversacion era animada, alegre y varia, y distraido con ella se me pasó el tiempo, hasta que oyendo las tres, se levantó don José para rogarme que

me quedara a comer: negúeme absolutamente a ello, pero no pude escusarme al convite del refresco por la tarde, ni a una entrada de Jerez y bollo maimon que circuló entre los asistentes, y de la cual me se hizo doble participante. Alegre y satisfecho dejé esta amable reunion despues de desear mui *felices dias* al ama de la casa, *en compañia de señoritas y niñas*, repetir a estas la misma cancion, dar la mano a todos los concurrentes, y retirarme, procurando olvidar las cortesías y las medias palabras.

De aquí datan las visitas de alto tono, las que despaché en un instante; en unas hacia desde el coche subir la tarjeta con la apostilla *en persona*. En otras me sentaba en una lista preparada por el portero; en otras entraba, hacia tres cortesías, me sentaba, me levantaba, hacia seis inclinaciones y me retiraba. En algunas terciaba un momento en la conversacion jeneral, que era siempre sobre los dos puntos consabidos, tiempo y ópera. Deseando darla pávulo tomaba en unas la defensiva de lo mismo que habia atacado en la anterior, y a lo mejor me encontraba con que el lejano interlocutor con quien cruzaba mi disputa era uno que en la visita ultima me sostuvo lo contrario. ¡Qué de contradicciones, qué de repeticiones, qué invenciones oí a todos sobre lo mismo que habian dicho a mi vista! ¡Qué de críticas de las casas anteriores! ¡qué glósas sobre los trajes, los dichos, los hechos, y los pensamientos! Estando en esto, solia entrar uno de los actores del cuadro en cuestion, y todos callaban; salia poco despues, y allí era ella... ¡qué complots..! ¡qué sátiras...! ¡qué mala fé...! ¡Cielos! ¿y es esta nuestra sociedad...?

Conociendo en fin por las miradas, las sonrisas y los secretitos al oído, que me habia tocado la suerte de quedar en berlina, corrí a meterme en la mia, abandonando un campo donde el mas atrevido y el mas hablador es el que luce a costa del hombre prudente y moderado.

En este punto dieron las cuatro, y me trasladé a la última casa, adonde estaba convidado a comer. Llegué a ella cuando se iban reuniendo los convidados, lo cual no tardó en verificarse del todo. Ibame yo poniendo al corriente de los distintos caractéres que formaban la reunion, cuando anunciaron la sopa. Pasamos al comedor y... pero la comida ya pica en historia, y merece por sí capítulo aparte.

(Marzo de 1832.)

LAS COSTUMBRES DE MADRID.

Difícile est propriè communia dicere.

HORAT.

«Este que llama el vulgo estilo llano
envuelve tantas fuerzas, que quien osa
tal vez acometerlo, suda en vano.»

LUPERCIO DE ARGENSOLA.

Grave y delicada carga es la de un escritor que se propone atacar en sus discursos los ridículos de la sociedad en que vive. Si no está dotado de un jenio observador, de una imajinacion viva, de una sutil penetracion; si no reune a estas dotes un gracejo natural, estilo facil, erudicion amena, y sobre todo un estudio continuo del mundo y del pais en que vive, en vano se esforzará a interesar a sus lectores; sus cuadros quedarán arrinconados cual aquellos retratos que, por mui estudiados que esten, no alcanzan la ventaja de parecerse al orijinal.

El transcurso del tiempo y los notables sucesos que han mediado desde los últimos años del siglo anterior, han dado a las costumbres de los pueblos nuevas direcciones, derivadas de las grandes pasiones e intereses que pusieran en lucha las circunstancias. Asi que un frances actual, se parece mui poco a otro de la corte de Luis XV; y en todas las naciones se observa la misma proporcion.

Los españoles, aunque mas afectos en jeneral a los antiguos usos, no hemos podido menos de participar de esta metamórfosis, que se hace sentir tanto mas en la corte por la facilidad de las comunicaciones y el trato con los estranjeros. Añádanse a estas causas las invasiones repetidas dos veces en este siglo, la mayor frecuencia de los viajes esteriores, el conocimiento mui jeneralizado de la lengua y la literatura francesa, el entusiasmo por sus modas, y mas que todo la falta de una educacion sólidamente española, y se conocerá la necesidad de que nuestras costumbres hayan tomado un carácter galo-hispano, peculiar del siglo actual, y que no han trazado ni pudieron prever los rijidos moralistas, o los festivos críticos que que describieron a España en los siglos anteriores. Es a la verdad mui cierto que en medio de esta confusion de ideas, y al través de tal estravagancia de usos, han

quedado aun (principalmente en algunas provinci as) muchos característicos de la nacion, si bien todos en jeneral reciben paulatinamente cierta modificacion que tiende a desfigurarlos.

Los franceses, los ingleses, alemanes y demas estranjeros, han intentado describir moralmente la España; pero o bien se han creado un pais ideal de romanticismo y quijotismo, o bien desentendiéndose del transcurso del tiempo la han descrito no come es, sino como pudo ser en tiempo de los Felipes... Y es así como en muchas obras publicadas en el estranjero de algunos años a esta parte con los pomposos titulos de *La España*, *Madrid ó las costumbres españolas*, *El Español*, *Viaje a España*, *etc. etc.*, se ha presentado a los jóvenes de Madrid enamorando con la guitarra; a las mujeres asesinando por celos a sus amantes; a las señoritas bailando el bolero; al trabajador descansando *de no hacer nada;* así es como se ha hecho de un sereno un héroe de novela; de un salteador de caminos un Gil Blas; de una manola de Lavapies una amazona; de este modo se han embellecido la plazuela de Aflijidos, la venta del Espíritu Santo, los barberos, el coche de colleras, y los romances de los ciegos, dándoles un aire a la Walter Scott, al mismo tiempo que se deprimen nuestros mas notables monumentos, las obras mas estimadas del arte; y así en fin los mas sagrados deberes, la relijiosidad, el valor, la amistad, la franqueza, el amor constante, han sido puestos en ridículo y presentados como obstinacion, preocupaciones, necedad y pobreza de espíritu.

Pero ¿qué ha de suceder? Viene a España un estranjero (y principalmente uno de nuestros vecinos traspirenáicos), y durante los cuatro dias del camino de Bayona a Madrid no cesa de clamar con sus compañeros de diligencia contra los usos y costumbres de la nacion que aun no conoce; apéase en una fonda estranjera, donde se reune con otros compatriotas que se ocupan esclusivamente de la alza o baja de los fondos en Paris, o de las discusiones de las cámaras; visita a todos sus paisanos, atiende con ellos a sus especulaciones mercantiles, y sigue en un todo sus patrios usos.

Levántase, por ejemplo, al siguiente dia, y despues de desayunarse con cuarenta y ocho columnas de diarios llegados por la mala, se dirije por el mas corto camino a casa de *Mr. Monier* a tomar un baño; luego a almorzar *chez Genieys*; despues al salon de *Petibon*, o al obrador de *Rouget*; desde allí a la embajada, y saliendo a las tres —«*¡Peste de pais!* no hai nadie en las calles.»— Con lo cual se baja al Prado, donde no deja de hallar a aquella hora a algun ciego que baila los monos delante de los muchachos, otro que enseña el tutili-mundi al son del tambor, o un calesin que va a los toros con dos manolas gallardamente escoltados por un picador y un chulo. —«—Vamos a los toros...» —gritos, silbidos, espresiones obscenas.— «*¡Oh le vilain pais!*» —Embiste el toro, cae el picador, derriba a los chulos, estropea el caballo; saca su libro de memoria y anota —«*En la corrida de toros murieron siete hombres, y el público reia grandemente.*» — Sale de allí y baja al Prado al anochecer; hai mucha jente, pero ya no se ve. —«*Las jóvenes personas* (anota) *van al Prado tan tapadas que no se las ve.*» — Súbese por la calle de la Reina, come en *Genieys*, donde el Champagne y el Bordeaux le entretienen tanto que llega al teatro cuando se ha empezado el sainete: «*Las pequeñas pibas en*

España son pitoyables. » — No le parece tanto otra pieza que se distingue en la primera fila de la cazuela; espérala a su descenso, y viéndola cabalmente sin compañía se ofrece caballerescamente a hacérsela; acepta ella como era de esperar, y desde el momento le habla con la mayor marcialidad: — « *Las mujeres en España son estremadamente amables.* » — dice; sin meterse a averiguar mas respecto a su compañera. Luego va a una *soirée*; donde al instante todos empiezan bien o mal a hablarle en frances, y para diferenciar le invitan a jugar al *ecarté* o a bailar la *galope*, con lo cual vase luego a su casa y emplea el resto de la noche en estender sus memorias sobre las costumbres españolas, y pintar los románticos amores de don *Gomez* con donna *Matilda*, o donna *Paguita* con don *Fernandez*. Pasan así quince dias, vuelve rápidamente a Bayona, y a poco tiempo: « *Tableau moral et politique de l'Espagne, par un observateur;* » — y pillando un trozo de Lesage, no duda en adoptar por epígrafe el: « *Suivez moi, je vous ferai connoitre Madrid.* » Y por cierto que el Madrid que ellos pintan no le conoceria Lesage ni el autor del Manual.

No pudiendo permanecer tranquilo espectador de tanta falsedad, y deseando ensayar un jénero que en otros paises han ennoblecido las elegantes plumas de los Adisson, los Jouy y otros, me propuse, aunque siguiendo de lejos aquellos modelos y *adorando sus huellas*, presentar al público español artículos que ofrezcan escenas de costumbres propias de nuestra nacion, y mas particularmente de Madrid, que como corte y centro de ella es el foco en que se reunen las de las lejanas provincias. No dejo de conocer, que los respetables nombres que acabo de escribir, y las cualidades que senté al principio de este discurso, y que reconozco indispensables para llenar con perfeccion esta tarea, son otros tantos cargos contra mí, y que acriminan la presuncion de mi intento; pero por otro lado, sea que nuestro gusto no esté tan refinado, ni exija tanta perfeccion como en aquellos paises, sea que marche por un campo vírjen, donde a poco esfuerzo pueden recojerse flores y matizar con ellas mis descoloridos cuadros, sea, en fin, fortuna mia, he conseguido hasta ahora que el público que ha reido con la *Comedia casera*, la *Calle de Toledo*, el *Retrato* y las *Visitas*, se haya mostrado juez induljente con quien le divierte a su costa.

Mi intento es merecer su benevolencia, si no por la brillantez de las imájenes, al menos por la verdad de ellas; si no por la ostentacion de una pedantesca ciencia, por el interes de una narracion sencilla; y finalmente, si no por el punzante aguijon de la sátira, por el festivo lenguaje de la crítica. Las costumbres de la que en el idioma modermo se llama *buena sociedad*, las de la medianía, y las del comun del pueblo, tendrán alternativamente lugar en estos cuadros, donde ya figurará un drama lloron, ya un alegre sainete. Empero nadie podrá quejarse de ser el objeto directo de mis discursos, pues deben tener entendido que cuando pinto, no retrato.

Esto supuesto, y entre tanto que otros artículos preparo, saldrán a lucir sin formalidad ni cumplimiento, *Los cómicos en cuaresma*, *La empleomanía*, *El dia 30 del mes*, *El patio del correo*, *El pleito*, *La sala y la cocina*, *El teatro*, *La comida de campo*, *La vuelta de Paris*, y otros muchos ya borrajeados, ya *in pectore* donde vayan encontrando su respectivo lugar todas las virtudes, todos los vicios, y

todos los ridículos que forman en el dia nuestra sociedad; donde los usos jenerales, los dichos familiares, caractericen el pueblo actual, llevando en su veracidad la fecha del escrito, y donde al mismo tiempo que se ataque al ridículo, se vengue al carácter nacional de los desmedidos insultos, de las estravagantes caricaturas en que le han presentado sus antagonistas. ¡Ojalá que guiado por una luz diáfana acierte a llenar mi propósito, y ojalá que el público al leer estos artículos diga con Terencio: «*Sic nunc sunt mores.*» — «¡Tales son nuestras actuales costumbres!»

(Abril de 1832.)

LOS COMICOS EN CUARESMA.

« Y con todo esto, son necesarios en la república, como lo son las florestas, las alamedas y las visitas de recreacion, y como lo son las cosas que honestamente recrean. »

CERVANTES. LIC. VIDRIERA.

«Amigo mio: hallándome comprometido a quedarme en el presente año con el «teatro de esta ciudad, y conociendo la aficion de usted a estas cosas, le ruego y «espero de su amistad se sirva proporcionarnos una buena compañía, pues en esa, «donde se hallan actualmente la mayor parte de los actores, será cosa facil, y «mas para usted. No me estiendo a mas, porque usted comprende mi idea, y so- «lo me limitaré a manifestarle que el tiempo urje, y que no da ya lugar para una «negativa. Adios, amigo mio.»

Tal, punto por coma, fue la epístola con que los dias pasados se me insinuó mi corresponsal de..., poniéndome con su contenido en uno de los apuros mayores en que me ví en la vida; porque si bien es cierta mi aficion al teatro, tambien lo es que nunca ha pasado mas allá de la orquesta, y que para mí sus interioridades son tan desconocidas como las islas del polo. Pero en fin, despues de haber cavilado tres cuartos de hora con la carta en la mano, hirió mi imajinativa el feliz recuerdo de *don Pascual Bailon Corredera*, el hombre mas apropósito de este mundo para sacarme del empeño. Porque este don Pascual es un hombre de vara y tercia, que entra, sale y bulle por todas partes, y tan pronto se le halla en la antecámara de un ministro, como en los bastidores de un teatro; ya paseando en landó con una duquesa, ya sentado en una tienda de la calle de Postas; ora disponiendo una comida de campo, ora acompañando a un entierro; o disputando en una librería, o pidiendo para los pobres del barrio a la puerta de una iglesia.

Este era el hombre en fin que yo necesitaba, y sin perder momento, corrí a avistarme con él: hallélo componiendo su itinerario del dia (del que en gracia de la brevedad hago gracia a mis lectores); mas luego que le hube enterado de mi negocio, varió de plan, aceptó mi encargo, y convenidos en un todo echamos a an-

dar para desempeñarle. Don Pascual, sin manifestarme adonde me conducia, me persuadió de que al momento encontrariamos jente conocida entre los venidos de las provincias, y que de un golpe nos pondrian en el justo medio de nuestra negociacion.

—«Porque ya sabe usted, añadió, que durante la Cuaresma, en que se cierran todos los teatros, hasta el domingo de Pascua, en que empieza el nuevo *año cómico*, *bajan* a Madrid los *autores o formadores* de las compañías, los cómicos y acompañamiento, y realizados aqui los ajustes salen para los puntos respectivos. Para formar una compañìa por lo regular el empresario, que suele ser un actor antiguo o un individuo unido al teatro por lazos de consanguinidad, reune las *partes* que le convienen, y sin mas adelanto que el preciso para gastos del viaje y algunos dias de asistencia a toda la compañía, cobra despues durante las funciones de todo el año el 25 por 100 o mas del capital adelantado; y para hacer el reparto del producto de aquellas con proporcion, se figura a cada individuo lo que se llama *partido;* v. gr. A, primer galan, entra con partido de 40 rs.; B con 30; y C con 20: siendo la entrada 225 rs. tocará al primero 100 rs., al segundo 75, y 50 al tercero, a razon de *dos partes y media;* pero como el producto en las provincias es corto, por muchas causas, apenas llegan a cobrar mas de *media parte* o *un cuarteron* del partido; asi que no es de estrañar la miseria en que jeneralmente se ven los cómicos *de la legua*, y aun los de las primeras capitales de provincia. Solo en Madrid, Barcelona y alguna otra ciudad pueden subsistir con decoro y darselo tambien a la escena; las demas son compañías de *pipirigaña*, como ellos dicen.

—«¿Y hacen ellos esa distincion?»

—Esa y otras muchas, aunque ya con el transcurso del tiempo van olvidandose; pero si quiere usted enterarse por menor de ello, lea usted al famoso Agustin de Rojas, quien en su *Viaje entretenido* nos dejó una graciosisima esplicacion de las ocho maneras de comparsas y representantes, a saber: *Bululú, Náque, Ganga-rilla, Cambóleo, Garnacha, Bojiganga, Farándula*, y *Compañía*. Leala usted, pues, que es rato divertido.

—«Pero ahora no subsisten ya esas distinciones.»

—Sin embargo, con poca diferencia la cosa en el fondo es la misma, no es esto decir que en el dia vayan forrados de carteles como el famoso Melchor Zapata del Gil Blas, pero tambien es la verdad que suelen andar sin forro de ninguna clase; y aun empeñado el año siguiente para comer el actual. En fin, ya llegamos al punto céntrico, y lo que en él vamos a ver suplirá mis esplicaciones.

Al decir esto hicimos alto en la embocadura de la calle ancha de Peligros, y enfilamos por medio la espaciosa puerta del parador de Zaragoza y Barcelona, que segun mi amigo es desde tiempo inmemorial el central depósito de toda jente de teatro advenediza; atravesamos el zaguan, subimos la escalera, y siguiendo lo largo de los corredores se nos ofreció a la vista una multitud de habitaciones todas abiertas, todas disponibles, y todas llenas de mujeres cantando, viejos que fumaban, o chiquillos alborotadores. Acercámonos a una de donde oimos salir grandes voces, y creimos asistir a una pendencia de provecho; mas toda ella se reducia a un cigarro que habia faltado de cierta peteca; aunque los interlocutores a fuer de

damas y *galanes nobles* chillaban tanto y tan de recio, y accionaban con tal calor (fuera de la costumbre), que al pronunciar una de las damas esta terrible amenaza,

«dame el cigarro, o las habrás con Roque,»

hubimos de entrar de *partes de por medio* para terminar aquella escena que podia figurar airosamente en uno de los dramas modernos. Arrancada que fué a la lid aquella heroina, restituida súbitamente a la calma por una de aquellas transiciones rápidas que son tan frecuentes en el mundo *de carton*, separadas las melenas nada airosas que cubrian su pronunciada faz, y enjugados aquellos luceros que el coraje habia eclipsado: — «¿Es usted, mi querida Narcisa?» (esclamó don Pascual con un arrebato verdaderamente dramático.) — ¡Don Pascual! Usted... pues... ¡quién habia de pensar...! — ¡Ingrata! y ¡qué poco ha conservado usted la memoria de mi cariño! — Ingrato! ¡y cuán mal ha pagado usted mi amor!

La esplicacion iba siendo vehemente, y yo entre tanto hube de tomar el recurso de reconocer el vestuario, que pendia colgado de sendos clavos al rededor de las paredes del cuarto. Llamóme primero la atencion un pantalon azul, un marsellés de calesero, y una cortina de muselina blanca en forma de turbante, sobre cuyo atavío habia un carton que en letras gordas decia: «*Traje de Otelo y demas moros de Venecia y de otras partes.*» Mas allá un tonelete, una coraza y una peluca a la Luis XIV, llevaban por distintivo: «*Traje de Carlos V, sobre Tunez.*» Una mantilla de tafetan con lantejuelas, y un vestido de percal frances: «*Traje de Dido, y tambien de la viuda de Malabar, con un crespon negro.*» Un tontillo, una escofieta y un jubon con faldillas: «*Traje de Semiramis, de la Esclava del negro Ponto, y demas comedias de Moratin.*» Un pantalon de mahon *figurando carne*, una camisa de mujer y un cinto de cuero: «*Traje de Isidoro en el Orestes.*» Y por este estilo iba siguiendo todo el equipaje hasta unos ocho o diez trajes de ambos sexos. Pero en llegando aquí, escuché claramente la voz de don Pascual, quien despues de un buen rato de cuchicheo preguntaba a Narcisa por su marido. — No sé, contestó ella; ya sabes (y advierta de paso el lector que se habian apeado el tratamiento) que por aquella carta tuya con tu sortija, que me sorprendió, huyó de mí dejándome en Málaga, donde creo que se embarcó, y hace diez años que... — Pues luego, ¿esos trajes de moros y cristianos...? — Esos trajes son... son... — ¿De quién, ingrata? — Del segundo galan.

A este punto, ya creí yo poder terciar en la conversacion y preguntar a entrambos cuándo podriamos empezar nuestra contrata. — Ahora mismo, contestó don Pascual: por de pronto ya tenemos dama. — Fáltanos sin embargo el galan, a menos que usted... — El galan, replicó Narcisa, le hallarán ustedes con todos los demas compañeros en la plazuela de Santa Ana: hablándole a usted con franqueza, añadió en voz baja a don Pascual, él no es gran cosa, pero... — Lo demas de la esplicacion no lo pude oir. Levantóse de alli a un momento mi amigo, y despidiéndonos de Narcisa emprendimos la marcha ácia la plazuela.

Hervía esta en corrillos en el punto en que la pisamos. Hombres de todas edades, trajes y cataduras, corrian, se ajitaban, se reunian, se separaban, hablaban

a voces, hablaban en secreto, y de esta mezcla, de esta actividad, resultaba un espectáculo singular: aqui un grupo de cuatro, vestidos, cuál con pantalon de verano, casaquilla gris y gorrita francesa, cuál con su gran capa color de corteza y sombrero calañés, trataban de formar una compañia bajo la bandera de uno de levita blanca, a quien todos agasajaban y perseguian; mas allá se disolvia estrepitosamente otra; de un lado se cerraba un ajuste, y ambos contrayentes corrian a firmarlo al inmediato café de Venecia; del otro se armaba una disputa entre dos interlocutores sobre su mérito respectivo. Formando el primer término de este cuadro, y entre la acera de la calle del Prado y los árboles de la plazuela, se dejaban ver en numeroso grupo los individuos de las compañias de la corte, manifestando en sus modales y en su vestido el buen tono y la elegancia. Hablaban de sus teatros, de sus empresas, encarecian sus protecciones, despreciaban sus sueldos, se lamentaban de la decadencia del arte, animábanse contra la boga de la ópera, contaban las intrigas de bastidor, y cuchicheaban en voz baja sobre los que ya *habian firmado*. Por via de sainete se reian de los pobres advenedizos, y con cuestiones malignas o alabanzas exajeradas contribuian a mantenerlos en su petulancia y disputas eternas, y en acabando estas las hacian volver a empezar.

Don Pascual y yo nos dirijimos a los cortesanos a fin de que nos prestasen el auxilio de sus luces en nuestra árdua operacion; hiciéronlo asi, y llamando por sus nombres a varios, nos los presentaron como *galanes*, *barbas*, *graciosos*, *caracteristicos y partes de por medio*. No bien corrió la voz de que éramos *formadores*, nos empezaron a sitiar, a acosarnos, a embestirnos por todos lados, y mientras un galan de cincuenta y ocho años nos esplicaba su ternura tirándonos del boton de la casaca y humedeciéndonos con el rocío que salia por entre su despoblada dentadura, un barba mal encarnado con voz cigarreña y aguardentosa nos hablaba de su formalidad, y el gracioso subido en un guardacanton nos ensordecia a gritos para hacernos reir. Estando en esto sentí por la espalda unos golpecitos de baston, y me encontré con un hombre de mala traza que me llamó aparte. — Pues señor (haciéndome tres cortesías), no he podido menos de compadecerme al considerar que le ha rodeado a usted la escoria del arte, porque ha de saber usted que esos son de los que nadie quiere, y de los que llegará el domingo de Ramos y tendrán que reunirse en una compañia de *conformes*, como decimos nosotros. — Y con esto se fué estendiendo lo mejor que supo en pintarme los defectos de varios de ellos, aunque a decir verdad, sospeché por su esplicacion que él debia ser el peor de todos. Los demas nos miraban con sospecha, y yo la tuve de que adivinaban nuestra conversacion, en tanto que los de Madrid con risas y señas me daban a entender el concepto que les merecia mi oficioso interlocutor. Tratábame ya de desembarazar de él a toda costa, cuando el nombre de *Narcisa* que pronunció, me hizo caer en la cuenta de que el tal era el suplente del marido de la dama de mi amigo, con lo cuál llamé a este y le dejé con él, mientras que yo me salvé entre los de Madrid, que me convidaron a ver por mí mismo la gracia de mi consultor en un *particular* que celebraban a la noche. — ¿Y qué es un *particular*? repliqué yo. — Llámanse asi, me contestó uno de los mas mesurados, las tertulias de exámen que suelen celebrarse en casa de algun actor para oir a los de las provincias. El nombre se ha

conservado de lo antiguo por la costumbre que habia de representar en las casas de los magnates y sujetos particulares.

«Solian con efecto (dice Pellicer) los señores, los togados y la jente principal, llamar a los comediantes a sus casas para que hiciesen en ellas algunos *pasos* (y aun comedias), y cantasen, despues de haber representado en los *corrales;* y a esta diversion casera llamaban *un particular*.»

—Que me place, dije yo, y acepto gustoso el convite a nombre de mi amigo y mio.

Con esto, y dejar citados a varios para el siguiente dia en nuestra casa, salimos de la plazuela, discurriendo alegremente sobre lo que habiamos visto, hasta que llegada que fué la noche marchamos al convite. Ya la sala estaba henchida de damas y galanes, de literatos y curiosos, que habian acudido a aquel certámen artístico. Tuvo principio este con varias relaciones de La Moza de Cántaro, La Vida es sueño, y el Tetrarca de Jerusalen, repetidas con el énfasis y los manoteos de costumbre; luego siguieron varias escenas chistosas y remedos de animales (en los cuales, algunos no se hacian gran violencia), y se reservó para final una escena trájica de Otelo, entre la bella Narcisa y su compadre el galan de la plazuela. Dificil seria pintar la orijinalidad del modo de representar de este; sus inflexiones, sus suspiros, sus movimientos: solo diré que era cosa de deshacerse en lágrimas de risa; asi como al contrario la dama por su naturalidad hacia nacer sentimientos diferentes. Brillaban, al oir los aplausos a esta, los ojos de don Pascual, si bien alguna vez los dejaba caer con desconfianza ácia la puerta de la alcoba, donde ademas se apercibia un hombre embozado y en pie. Lleno de curiosidad, preguntó quién era aquel sujeto misterioso, y se le contestó que un escelente actor venido de fuera, pero que no queria representar aquella noche.

En tanto la escena entre Narcisa y Roque (Otelo y Edelmira) fué animándose hasta el punto en que dice esta:

..... «Todo me mata,
todo va reuniéndose en mi daño.....»
— «Y todo te confunde, desdichada.»

prorrumpió un grito agudo lanzado de la alcoba. Las miradas de todos se dirijieron rápidamente ácia aquel punto, pero ya el embozado interruptor habia franqueado de un salto el espacio que le separaba de su víctima, habia soltado la capa, y cojiendo del brazo a aquella,

«Mírame, ¿me conoces...? me conoces...?

la dice con toda verdad y rabiosa espresion que en tal verso animaba al célebre Maiquez. Un grito de Edelmira fué la única contestacion y cayó sin sentido. Los circunstantes nos deshaciamos a aplausos y bravos, y estos crecieron al oir al nuevo Otelo dirijir a la infeliz estas palabras.

«El cielo soberano te castiga
por un medio distinto. ¿Ves la carta?
pues mira la *sortija*, aqui la tienes.»

Pero viendo que Edelmira nada respondia, que el galan primero, amostazado con el nuevo aparecido se disponia a recobrar su puesto, y que este no mitigaba su encono, llegamos a sospechar que alli podria haber algo mas que finjimiento, y por mi parte adiviné de plano la causa viendo escurrirse bonitamente a don Pascual, diciéndome al despedirse: — «Es el...»

Apresurámonos todos a volver en sí a Narcisa y su marido (que tal era el nuevo Otelo), y conduciendo gradualmente el negocio, vinimos al fin de media hora a una reconciliacion conyugal, que terminé yo apalabrando a entrambos para mi compañia. En cuanto a Roque desapareció de nuestra vista, y es fama que aquella noche no durmió ya en Madrid.

En los siguientes dias acabé de contratar la comparsa, hasta que reunidos en número de catorce, ajusté una gran galera, donde se empaquetaron entre cofres y maletas, y escribí a mi amigo una carta de *remesa*. Al cabo de unos dias me ha acusado el recibo del cargamento sin avería de ninguna especie.

(Abril de 1832.)

LA ROMERIA DE S. ISIDRO.

« Plàcenme lós cuadros en narracion, porque en cuanto a los de lienzó. aunque no dejo de hablar de ellos como tantos otros, confieso francamente que no los entiendo. «

DIDEROT.

Así lo ha dicho un autor frances: por supuesto que lo decia en frances, porque tienen esta gracia los escritores de aquella nacion, que casi todos escriben en su lengua; no asi muchos de nuestros castellanos, que cuando escriben no se acuerdan de la suya; pero en fin, esto no es del caso; vamos a la sustancia de mi narracion.

Yo queria regalar a mis lectores con una descripcion de la Romería de S. Isidro, y para ello me habia propuesto desde la víspera darme un madrugon y constituirme al amanecer en el punto mas importante de la fiesta. Por lo menos tengo esto de bueno, que no cuento sino lo que veo, y esto sin tropos ni figuras; pero viniendo a mi asunto digo, que aquella noche me acosté mas temprano que de costumbre revolviendo en mi cabeza el exordio de mi artículo.

«Romería (decia yo para darme cierta importancia de erudito) significa el viaje ó peregrinacion que se hace a algun santuario,» y si hemos de creer al Diccionario de la lengua, añadiremos que «se llamó asi porque las principales se hacian a Roma.» —Luego vino a mi imajinacion la memoria de Jovellanos, quien considerando a las romerías como una de las fiestas mas antiguas en los españoles, añade: «La devocion sencilla los llevaba naturalmente a los santuarios vecinos de los dias de fiesta y solemnidad, y allí, satisfechos los estímulos de la piedad, daban el resto del dia al esparcimiento y al placer.» Esto, segun la ya dicha respetable autoridad, acaecia en el siglo XII, y mi imajinacion se dirijia a cabilar sobre la fidelidad de los pueblos a sus antiguas usanzas.

Largo rato anduvieron alternando en mi memoria, ya las famosas de Santiago de Galicia, ya las de nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, y parecíame ver los peregrinos con su bordon y la esclavina cubierta de conchas acudir de luengas tierras a ganar el jubileo del año santo. Luego se me representaban las animadas fiestas de esta clase, que aun hoi se celebran en las provincias vascongadas, y de todo ello sacaba observaciones que podrán tener lugar cuando escribiera la historia de las romerías, que no dejaria de ser peregrina; mas por lo que es ahora no venian a cuento, pues que solo trataba de formar el cuadro de la de S. Isidro en nuestra capital. En fin, tanto cavilé, tantos autores revolví en los estantes de mi cabeza, tal polvo alcé de citas y pergaminos, que al cabo de algunas horas me quedé dormido profundamente.

La imajinacion empero no se durmió: afectada con la idea de la próxima funcion, me trasladó a la opuesta orilla del Manzanares, al sitio mismo donde la emperatriz doña Isabel, esposa de Cárlos V, fundó la ermita del patron de Madrid, en agradecimiento de la salud recobrada por su hijo el príncipe don Felipe con el agua de la vecina fuente, que segun la tradicion abrió el santo labrador al golpe de su hijada para apagar la sed de su amo Iban de Vargas. Dominaba desde allí la pequeña colina sobre que está situada la ermita; y la desigualdad del terreno, los pasos que conducen a ella, y las elevadas alturas que la rodean, encubrian a mi imajinacion la natural aridez de la campiña; añádase a esto la inmediacion del rio, la vista de los puentes de Toledo y Segovia, y mas que todo la estensa capital que se ostentaba ante mis ojos por el lado mas agradable, ofreciéndome por términos el palacio Real, el cuartel de Guardias y el Seminario de nobles a la izquierda, el convento de Atocha, el observatorio y el Hospital jeneral a la derecha; al frente tenia la nueva puerta de Toledo, y desde ella y la de Segovia la inmensa muchedumbre precipitándose al camino formaba una no interrumpida cadena hasta el sitio en que yo estaba o creia estar.

Mi fantasía corria libremente por el espacio que media entre el principio y el fin del paseo, y por todas partes era testigo de una animacion, de un movimiento imposibles de describir; nuevas y nuevas jentes cubrian el camino; multitud de coches de colleras corrian precipitadamente entre los lijeros calesines que volvian vacíos para embarcar nuevos pasajeros; los briosos caballos, las mulas enjaezadas hacian replegarse a multitud de pedestres, quienes para vengarse, los saludaban a su paso con sendos latigazos, o los espantaban con el ruido de las campanas de barro. Los que volvian de la ermita, cargados de santos, de campanillas, frascos de aguardiente bautizado y confirmado, los ofrecian bruscamente a los que iban, y estos reian del estado de acaloramiento y exaltacion de aquellos; siendo asi que podrian decir mui bien,-Vean ustedes cómo estaré yo a la tarde.. —Las danzas improvisadas de las manolas y los majos, las disputas y retoces de estos por quitarse los frasquetes, los puestos humeantes de buñuelos, y el continuo paso de carruajes, hacian cada momento mas interrumpida la carrera, y esta dificultad iba creciendo segun la mayor proximidad a la ermita.

Ya las incansables campanas de esta herian los oidos, entre la vocería de la muchedumbre que coronaba todas las alturas, y apiñándose en la parte baja hacia sen-

tir su reflujo hasta el medio del paseo. Los puestos de santos, de bollos y campanillas, iban sucediéndose rápidamente hasta llegar a cubrir ambos bordes del camino, y cedian despues el lugar a tiendas caprichosas y surtidas, de bizcochos, dulces y golosinas, eterna comezon de muchos llorones, tentacion perenne de bolsillos apurados. Cada paso que se avanzaba en la subida, se adelantaba tambien en el progreso de las artes del paladar; a los puestos ambulantes de buñuelos habian sucedido las escitantes pasas, higos y garbanzos tostados; luego los roscones de pan duro y los frasquetes alternaban con las tortas y soldados de pasta-flora: mas allá los dulces de ramillete y bizcochos empapelados ofrecian una interesante bateria: y por último, las fondas entapizadas ostentaban sobre sus entradas los nombres mas caros a la gastronomía madrileña, y bridaban en su interior con las apetitosas salsas y suculentos sólidos.

¡Qué espectáculo manducante y animado! Cuales sobre la verde alfombra formaban espeso círculo en derredor de una gran cazuela en que vertian sendos cantarillos de leche de las Navas sobre una gran cantidad de bollos y roscones; cuáles ostentando un noble jamon le partian y subdividian con todas las formalidades del derecho.

La conversacion por todas partes era alegre y animada, y las escenas a cual mas varia e interesante. Por aqui unos traviesos muchachos atando una cuerda a una mesa llena de figuras de barro, tiraban de ella corriendo, y rodaban estrepitosamente todos aquellos artefactos, no sin notable enojo de la vieja que los vendia; por allá un grupo de chulos al pasar por junto a un almuerzo dejaban caer en el cuenco de leche una campanilla; ya levantándose otros, volvian a caer impelidos de su propio peso, o bien al concluir un almuerzo rompian un gran botijo tirándole a veinte pasos con *blandos* bollos, restos del banquete. Los chillidos, las risas, los dichos agudos se sucedian sin cesar, y mientras esto pasaba de un lado, del otro los paseantes se ajitaban, bebian agua del Santo en la fuente milagrosa, intentaban penetrar en la ermita, y la turba saliente los obligaba a volver a bajar las gradas, penetrando al fin en el cementerio próximo, donde reflexionaban sobre la frajilidad de las cosas humanas mientras concluian los restos del mazapan y bizcocho de galera. En la parte elevada de la ermita algunos cofrades asomaban a los balconcillos ostentando en medio al santero vestido con un traje que remedaba al del Santo labrador, y en lo alto de las colinas cerraban todo este cuadro varios grupos de muchachos que arrojaban cohetes al aire.

La parte mas escojida de la concurrencia refluye en las fondas, adonde aguardaban en pié, y con sobrada disposicion de almorzar, mientras los felices que llegaron antes no desocupaban las mesas. La impaciencia se pintaba en el rostro de las madres, el deseo en el de las niñas, y la incertidumbre en los galanes acompañantes: entre tanto los dichosos sentados saboreaban una perdiz, o un plato de crema, sin pasar cuidado por los que les estaban contando los bocados.

Desocúpase en fin una mesa... ¡qué precipitacion para apoderarse de ella! Ocúpanla una madre, tres hijas y un caballero andante, el cual, a fuer de galan, pone en manos de la mamá la lista fatal... Los ojos de ésta brillan al verla... «Pichones,» «pollos,» «chuletas...» ¿qué escojerá? — Yo, lo que ustedes quieran; pero me

parece que ante todo debe venir un par de perdices; tú, Paquita, querrás un pollito, ¿no es verdad? — «Venga,» gritó el galan entusiasmado. — Y tú, Mariquita, ¿jamon en dulce? — Pues yo a mis pichones me atengo. — Vaya, probemos de todo. — «Venga de todo,» respondió el Gaiferos con una sonrisa si es no es afectada.

Con efecto, el mozo viene, la mesa se cubre, el trabajo mandibular comienza, y el infeliz prevee, aunque tarde, su perdicion; mas, entre tanto Paquita le ofrece un alon de perdiz, y en aquel momento todas las nubes desaparecen. La vieja incansable vuelve a empuñar la lista. — Ahora los fritos y asados, dice, y señala cinco o seis artículos al espedito mozo. No pára aqui, sino que en el furor de su canino diente, embiste a las aceitunas, saltando dos de ellas a la levita del amartelo; cae y rompe un par de vasos, y para hacer tiempo de que vuelva el mozo se come un salchichon de libra y media.

Tres veces se habian renovado de jente las otras mesas y aun duraba el almuerzo, no sin espanto del jóven caballero, que calculaba un resultado funesto; las muchachas cuál mas, cuál menos, todas imitaban a la mamá, y cuando ya cansadas apenas podian abrir la boca, las decia aquella: — Vamos, niñas, no hai que hacer melindres; — y siempre con la lista en la mano traia al mozo en contínua ajitacion. Por último, concluyó al fin de tres horas, aquel violento sacrificio; pídese la cuenta al mozo, y este, despues de mirar al techo y rascarse la frente, responde: «Ciento cuarenta y dos reales.» — El Narciso a tal acento varía de color, y como acometido de una convulsion revuelve rápidamente las manos de uno a otro bolsillo, y reuniendo antecedentes llega a juntar hasta unos cuatro duros y seis reales: entónces llama al mozo aparte, y mientras hace con él un acomodo, la mamá y las niñas rien graciosamente de la aventura.

Arreglado aquel negocio salen de la fonda, llevando al lado a la Dulcinea con cierto aire triunfal; pero a pocos pasos, un cierto oficialito conocido de las señoras, que se perdió a la entrada de la fonda, vuelve a aparecer casualmente y ocupa el otro lado de doña Paquita, no sin enojo del caballero pagano. Mas no pára aqui el contratiempo: a poco rato el escesivo almuerzo empieza a hacer su efecto en la mamá, y se siente indispuesta; el síntoma 14 del *cólera* se manifiesta estrepitosamente, y las niñas declaran al pobre galan que por una consecuencia desgraciada, su mamá no puede volver a pié...

No hai remedio, el hombre tiene que ajustar un coche de colleras y empaquetarse en él con toda la familia; mas, el aumento del recienvenido que se coloca en el testero, entre Paquita y su madre, quedándole al caballero particular el sitio frontero a esta para ser testigo de sus náuseas y horribles contorsiones. El cochero en tanto ocupa su lugar, y *chas... co-mandanta...*

Al ruido del coche desperté precipitado, y mirando al relej vi que eran ya las diez, con lo cual tuve que desistir de la idea de ir a la romeria, quedándome el sentimiento de no poder contar a mis lectores lo que pasa en Madrid el dia de S. Isidro.

(Mayo de 1832.)

LA EMPLEO-MANIA.

. . . . . Hic vivimus ambitiosa
paupertate omnes.
HORAT.

—Pues como digo a usted, el tal don Anselmo es un mayorazgo acomodado en una de las primeras villas de Andalucía; es jóven, buena presencia, amable, bondadoso; pero tiene una debilidad, cual es el afan de figurar; y no contento con la consideracion que sus bienes y demas cualidades le dan en su pueblo, siempre anda buscando cargos y comisiones que, a lo que él cree, contribuyen a realzar su esplendor. ¿Quién sabe lo que él intrigó para hacerse nombrar mayordomo de la cofradía de aquella iglesia parroquial? Consiguiólo, y aquel año pagó la mayordomía bien cara; despues aspiró al honor de síndico; y tambien se le decretaron; pero precisamente en ocasion en que los fondos de propios estaban mui atrasados, con que tuvo que suplir para el pago de contribuciones; luego fué alcalde y cuadrillero; mas pareciéndole ya su pueblo un círculo estrecho para su importancia, se hizo comisionar por el ayuntamiento para seguir un pleito en la chancillería de Granada: allí se olvidó de su mujer y de su casa, y solo pensó en buscar recomendaciones, solicitar favor y derramar su dinero en encargos ajenos. Hasta entonces con el producto de sus haciendas no habia necesitado un empleo: ahora ya le necesitaba, porque aquel cada dia era menor. En vano su esposa y sus amigos han procurado hacerle volver en sí, inclinándole á fomentar su patrimonio y buscar en él una subsistencia independiente y cómoda; él no oye razones, y por una plaza de oficial duodécimo de cualquiera oficina daria su mayorazgo, sus demas bienes, y hasta creo que su mujer y sus hijos. Por último, se ha dejado de rodeos, y se ha venido a Madrid, donde permanece hace dos años gastando lo que ya no tiene, acosando los ministerios a memoriales, solicitando recomendaciones de los lacayos para los cocineros, de estos para mayordomos y ayudas de cámara, de estos pa-

ra señoras que le venden mucha proteccion, y de ellas para señores que de todo se acuerdan menos de él; haciendo antesalas y cortesias, consumiendo zapatos, sombreros y papel sellado, y corriendo en fin tras una fantasma que se le escapa de las manos. ¿No le parece a usted un ente orijinal? —

—Eslo sin duda (replicó *don Fidel de la Vera-Cruz*, con quien yo suelo dar mis paseos filosóficos desde la puerta de Segovia a la de Toledo); pero por desgracia tiene entre nosotros bastantes copias. (Al llegar aqui, hicimos alto como unos dos minutos; sacó don Fidel su caja, ofrecióme un polvo, tiré yo el que tenia entre los dedos, tomé otro de aquella, él hizo lo mismo, y prosiguió la conversacion.)

La manía del don Anselmo es jeneral; ni el propietario rico, ni el industrioso fabricante, ni el comerciante, ni el letrado, ni ninguna de las otras clases independientes, se consideran por sí solas bastante lucidas como no vayan acompañadas *del empleito*. Este falso raciocinio, esta terrible manía es la que despuebla nuestros campos y nuestras fábricas, al mismo tiempo que hinche de pretendientes las antecámaras y las oficinas; la que arranca al comercio y a la industria los brazos mas útiles para ocuparlos en trabajos rutinarios; la que hace de un hombre activo un intrigante, de un literato un adulador, de un afortunado un ambicioso. Esta es la que a tantos ha hecho infelices sacándoles del círculo en que pudieran haber brillado, y esta en fin a quien debo yo todas las adversidades de mi vida. —

Volvimos a callar y paseamos un rato en silencio; pero animada con aquel exordio, y con la franqueza de la amistad, rogué al amigo que me esplicase lo que él llamaba sus adversidades, a lo cual condescendió de esta manera.

— «Mi padre era un comerciante acreditado de Alicante, que habiendo heredado del suyo un pequeño capital adquirido en la mercadería de sedas, supo aprovechar de tal modo su trabajo, que en pocos años logró elevar su comercio a una altura mas que mediana; tranquilo en el seno de su familia y de sus negocios, disfrutaba una vida activa sin ajitacion, y embellecida por la risueña perspectiva de un aumento progresivo en su fortuna. Varios negocios de comercio le trajeron a Madrid, donde alternando con personas importantes, acostumbrándose al ambiente de los salones, y ofuscado por el brillo de los bordados y el seductor lenguaje de la corte, hubo de recibir una impresion demasiado viva, con lo cual empezó a mirar con desden su bufete, sus fábricas y sus especulaciones mercantiles.

Su carácter amable e interesante, su talento y finos modales no tardaron en granjearle un lugar distinguido en la sociedad, y por fin un empleo de importancia vino a colmarle de placer. Este dia, que él celebró como el de su triunfo, fué el primero de sus infortunios.

Precisado a vivir en Madrid a consecuencia de su nuevo empleo, pasó a Alicante para arreglar sus negocios y transferirlos en un todo a un primo mio, volviendo a la capital con mi madre y conmigo. Yo entonces era un niño; pero fuese adulacion de padre, o fuese realidad, siempre aquel ponderaba en mí, mientras estuvimos en Valencia, mi disposicion para el comercio; mas la nueva carrera a que se veia llamado le hizo variar de plan. Por de pronto no se pensó mas que en hacerme olvidar los resabios de provincia y constituirme un señorito a la moda. Mis padres por su parte se esforzaban en brillar cuanto podian. Gran casa, gran mesa,

bailes, academias, abono en el teatro, nada faltaba a su esplendor; y nuestra casa fué mui pronto de las que *estaban en el mapa* de la brillante sociedad de Madrid. Entre tanto yo aprendia a bailar, tiraba el florete, montaba a caballo, leia en frances y escribia a la inglesa, a la rusa y a la italiana, con lo cual, y mi elegante persona, me veia halagado con la idea de una brillante suerte futura.

«Llegué a tener diez y siete años, y mis padres, que ya no podian soportar mis gastos, pensaron en hacerme conocer que sus productos no correspondian, y que era preciso que yo trabajase y ganase algo, o por lo menos que empezase a hacerme digno de ello, con que me propusieron que dijese la carrera que queria seguir. Entónces eché mis cuentas. —¿Comercio? —Yo carecía de los conocimientos necesarios, y aunque veia prosperar a mi primo, no era cosa de irme yo a poner bajo sus órdenes, y reducirme otra vez a Alicante. —¿Letras? —Yo no las entendia, y por otro lado de nada sirven, no siendo las de cambio, o las de universidad. —¿Milicia? —La verdad, no tenia grandes ánimos, y eso de esponerse uno a que una bala... —¿Iglesia? —¿Cómo, si me sentia inclinado a la *propaganda*? —¿Medicina? ¿Artes? —Para todo eso hai tanto que estudiar!!! —Pues señor (le dije a mi padre), como usted no me coloque en alguna oficina, aunque sea de meritorio... —Bravo, bravo; no esperaba yo menos de tí, me dijo mi padre mui satisfecho, y desde aquel dia empezó a trabajar para ello.

«No tardó mucho en conseguirlo, porque sus relaciones eran grandes, y asi que a poco tiempo, y a pesar de mi repugnancia natural al trabajo, pude ascender a cuatrocientos ducados de sueldo; con lo cual, y con mi uniforme y real título, me consideré un personaje de la mas alta importancia. Y estaba tan fiero, que respondí en un tono bastante altivo a mi primo, que me escribió proponiéndome asociarme a su casa y fortuna.

«El amor vino poco despues a alterar mi tranquilidad: mas por desgracia el objeto que le inspiró no estaba conforme con mis ideas de engrandecimiento. Asi lo advirtió mi padre, y participando tambien de ellas, fijó su atencion en la hija única de mi jefe, y me la propuso acompañada de un brillante empleo que se me haria obtener. El amor luchó largo tiempo en mi corazon con la vanidad; pero el sistema de mi educacion era mui conforme a hacer triunfar a esta; asi se verificó, yo recibí una esposa que mi alma miraba con tédio, y sacrifiqué al destino la desgraciada víctima de mi pasion; mi arrepentimiento la vengó mui luego.

«Mi esposa era una mujer altiva, acostumbrada a ser obedecida, y en mí veia un marido a quien ella habia elevado a su altura; cuya consideracion la hacia insufrible, dándola un dominio absoluto sobre mí. Poco despues de mi matrimonio faltaron mis padres, dejándome por única herencia algunas deudas considerables que contribuyeron no poco a abreviar su vida, y quedando en un todo a merced de los caprichos de mi esposa. Quise resistirlos; se me amenazó con la separacion y pérdida de mi empleo; cedí, y me ví hecho el juguete de mi casa. Entre tanto el cielo habia tenido a bien regalarme dos niños y una niña, y mi esposa los educaba a su modo; quiero decir, como la habian educado a ella y a mí. Mi casa hervía en diversiones, y mi sueldo siempre le llevaba gastado con tres meses de adelanto, pero ella se aturdia con las músicas y festines; y no osaba hablar alto, de miedo de

que todos me echasen en cara mi ingratitud. ¡Miserable condicion la de un marido vendido al interes!

«Mi mujer era intriganta y tenia mucho favor, y yo la perdonaba los malos ratos, en gracia de los ascensos y mercedes que prodigaba sobre mí. Verdad es que me los hacia pagar bien caros, pues aun me acuerdo de un dia que se me concedió un sobresuelo de 4,000 reales, y me hizo gastar 12,000 en trajes y funciones.

«Ya los hijos iban creciendo, y yo por mas que la queria hacer sentir la necesidad de darles carrera, no lo permitia lo que ella llamaba *su ternura maternal*, halagándome siempre con la idea de que mediante sus conexiones les conseguiria a cada uno un buen empleo, con lo cual yo dejábame dormir en estos sueños lisonjeros. Estaba del cielo que las pobres criaturas habian de ser víctimas de la misma manía que su abuelo y su padre.

«Todos tres estaban ya en edád de figurar, y apenas sabian leer; mi esposa empezaba a pensar en ellos alguna vez, cuando la falta de uno de los personajes con quien ella contaba, vino a desbaratar sus proyectos, y a pócp tiempo la arrebató la muerte tambien, dejándome con los muchchos sin educacion y sin apoyos. Mi carácter, tanto por el sistema de mis primeros años, cuanto por la especie de dependencia en que siempre me tuvo mi esposa, era para mui poco, asi que estas desgracias debilitaron en términos mi salud, que siéndome imposible continuar trabajando, solicité y obtuve mi jubilacion.

«Entre tanto los muchachos cada dia crecian en necesidades; y habiendo gastado todos mis productos en maestros de esgrima, de canto y de baile, me hallaba con que nada sabian y que para nada eran. El mayor, altivo y presuntuoso, rechazó mis proposiciones de varias colocaciones modestas; conducido de una en otra calaverada al juego y a la disolucion, concluyó a poco tiempo con huir de mi casa y correr a probar fortuna, sentando plaza en un rejimiento... Mi hija, a quien su madre reservaba para los mejores partidos de la corte, y a quien yo me propuse adornar de mil habilidades, tiene que sacar hoi partido de ellas para ayudar a nuestra manutencion, acudiendo a coser y bordar a un obrador; por último, el menor de mis hijos, mejor inclinado que el primero, ha consentido en pasar a Alicante, al lado de uno de mis sobrinos, como dependiente de su casa de comercio...

«Tal, amigo mio, es hoi la suerte de mi familia; de esta familia a quien sin el falso cálculo de mi padre hubiera yo transmitido la laboriosidad y la opulencia. En prueba de ello concluiré diciéndole a usted que de los dos hijos que quedaron de mi primo, el uno sigue el comercio, y es en el dia una de las primeras casas del reino; el otro, despues de haber recorrido toda Europa, ha regresado a su patria lleno de conocimientos, y establecido varias fábricas de tejidos en que brillan al mismo tiempo el talento, la actividad y el patriotismo de su dueño.» —

Al llegar aqui tuvo don Fidel que reprimir sus lágrimas, y yo poco menos conmovido traté de cambiar la conversacion, sin que en todo el paseo volviésemos a tocar la de la *Empleo-manía*.

UN VIAJE AL SITIO.

«Comme on voit au printemps la diligente abeille
Qui du butin des fleurs va composer son miel,
Des sottisses du temps je compose mon fiel.»
BOILEAU.

Mui agradable es el viajar, pero lo es aun mas el contar el viaje; mi inclinacion me llamaba a lo segundo; tuve que verificar lo primero. *El viaje por mis faltriqueras* de cierto autor, el que hizo otro *al rededor de su cuarto*, y aun el de *un curioso por Madrid*, me parecieron estrecho límite y apocada resolucion, si bien no me determiné como alguno a viajar por todo el universo desde mi escritorio. Quise en fin moverme en cuerpo y alma, y la primera duda que me ocurrió fué el saber a dónde iria. Parecióme por de pronto conveniente el dar la vuelta al globo, para cerciorarme de que su figura tiene mas de oval que de esférica, y venir a dar a mis lectores tan agradable nueva; pero la dificultad de hallar carruaje de retorno me disuadió de mi intento; despues pensé en atravesar de parte a parte el imperio chino, para fijar decididamente las dimensiones de la gran muralla; mas tarde quise ir a buscar el paso entre América y Asia, con el objeto de establecer allí un portazgo; por último, me decidí a marchar a Aranjuez, y gracias a Dios y a mi constancia lo llevé a cabo, y estoi ya de vuelta. (Aqui el *Curioso parlante* saluda con agrado a toda la sociedad de *curiosos oyentes*, y prosigue de esta manera su narrativa.)

Prolijo seria mi discurso si hubiera de darle principio contando por menor las dilaciones que hube de sufrir para proporcionarme asiento en la dilijencia; tampoco hablaré de las que me ocasionó la saca del pasaporte, y demas preparativos del viaje, antes bien dándolas todas por vencidas, me plantaré de un salto en el punto y hora de la partida.

El reloj de Nuestra Señora del Buen-Suceso sonaba majestuosamente las cinco y cuarto de la mañana, cuando yo atravesaba precipitado la puerta del Sol con direccion a la casa de postas, de donde sale la dilijencia. Los viajeros y viajeras iban

reuniéndose, mostrando aun en sus semblantes la impresion de la almohada agradablemente interrumpida en algunos menos curiosos con tal cual lijera pinta de chocolate en la parte mas saliente de la nariz, o algun trozo de barba menos afeitado que el resto, efectos todos de la premura del tiempo. Las maletas respectivas, las sombrereras y los sacos de noche iban siendo colocados en sus respectivos departamentos; los mozos concluian de enganchar el tiro, y los briosos caballos

«probaban sus herraduras
en las guijas del zaguan.»

Las portezuelas de las tres divisiones, berlina, interior y rotonda, se abrieron en fin, y todos los interesados fuimos tomando posesion de nuestros respectivos asientos; los adioses, los besos, los encargos se cruzaban en todas direcciones, y al decir el mayoral — «¿Hai mas?» — suena el reloj la media, ciérranse las puertas, silba el látigo, y rodando la inmensa mole sale del patio haciendo temblar el pavimento.

Mi posicion en aquel instante era la mas lisonjera: hallábame en el interior del coche y uno de sus ángulos; enfrente tenia una jóven mui linda, y el otro rincon le ocupaba una señora como de treinta, hermosa y elegante; el centro de ambas damas y del testero daba lugar a un finchado caballerito, que despues averiguamos ser esposo de la primera; un señor de edad y un jóven formaban conmigo el otro triunvirato.

La frescura de la mañana, la perspectiva del rio, y la alabanza del establecimiento de dilijencias fueron los objetos de las primeras palabras; pero bien pronto la conversacion se hizo mas animada, mas franca, y casi todos dejamos entrever los lisonjeros proyectos que hervian en nuestras cabezas. Fué la primera en tomar esta iniciativa la señora elegante, ostentando cierto aire de alta sociedad, y dando a sus palabras el jíro mas afectado. Los sucesos de buen tono, las intrigas, las bodas, los rompimientos entre las personas mas marcadas, eran contínuo pábulo a su discurso, y los nombres mas estupendos salian de su boca con cierta familiaridad consanguínea o amical. Todos la saludamos en nuestro interior como duquesa, o por lo menos condesa.

No asi la otra dama, que ya fuese porque la locuacidad de la primera no la dejaba meter baza en la conversacion, ya porque un esceso de penetracion femenil la hiciese dudar de la alta clase de nuestra amable parladora, la dirijia ciertas miradas escudriñadoras *desde el alto copete al pié pulido*, escuchaba cuidadosamente sus palabras, y de vez en cuando se descolgaba con tal cual preguntilla capciosa, sin duda con el piadoso fin de pillarla en algun renuncio; pero no la fué posible, porque la incógnita, firme en su posicion, la volvia un diccionario de espresiones alti-sonantes, y una floresta entera de anécdotas *autógrafas* de todo lo mas notable de Madrid; por último, para hacer mayor nuestro asombro, empezó a hablarnos de Lóndres y Paris con tales pelos y señales, que ya no pudimos menos de convenir en que todo el mundo era suyo, y que teniamos delante una de las primeras notabilidades de la Monarquía.

Nuestras atenciones redoblaban a medida que ella se encumbraba, y mui luego

viso a ser la reina de la dilijencia ; negábala solamente el tributo de admiracion la otra dama, y para hacerla sentir mas su indiferencia llevaba casi constantemente la cabeza fuera de la ventanilla : tanto prolongó esta situacion, y tanto me chocaba que nunca mirase al camino que teniamos delante, y sí al que dejábamos andado, que no pude menos de asomar yo tambien la cabeza ; pero la prudencia me hizo volver a retirarla, pues aunque lijeramente noté una mano masculina con guante amarillo que salia de la Rotonda y ayudaba a mi graciosa compañera a bajar la persiana.

El esposo en tanto, metiendo la barba en el corbatin, rizándose el cabello, inflando los carrillos, y fumando un luengo cigarro, nos contaba la calidad de las tierras por donde pasábamos ; los apellidos, títulos y conexiones de los personajes a quienes pertenecian (todos por supuesto amigos suyos); y aun amenizaba su narracion con algun rasguño de las costumbres de Getafe y Valdemoro que podria mui bien alternar en esta relacion, si ella no fuese ya de suyo harto fastidiosa.

El jóven de mi derecha, que por confesion propia supimos ser un pretendiente veterano que pasaba al Sitio con el objeto de activar eficazmente sus solicitudes, vió el cielo abierto cuando notó que le escuchábamos, y sin tomar aliento nos contó la historia de sus derrotas en todos los ministerios, nos encareció sus méritos, y fijándose en las oficinas por donde ahora pretendia, nos hizo ver casi palpablemente la injusticia que era el no haberle colocado cuando menos de jefe de alguna de ellas. El señor *del humo* escuchaba con aire importante su relacion ; acojia sus quejas, ayudaba sus sátiras, y ofrecíale su alta proteccion : seguro ya de su benevolencia nuestro pretendiente, quiso atraerse la del pacífico anciano que estaba al otro rincon, y empezó a dirijirle la palabra ; pero este solo le contestaba con cierta sonrisa, ni bien irónica, ni bien satisfactoria, o con palabras, como «*tal vez*, -*ya se ve*, -*puede ser*, » que desconcertaron al satisfecho jóven poniéndole de mui mal humor.

Por mi parte, ocupado casi esclusivamente en escuchar la brillante narracion de la hermosa incógnita, oia con indiferencia todo aquel diálogo ; y ella, a quien no pudieron menos de llamar la atencion mis miradas, mi silencio y mi espresion, quiso persuadirme de que su corazon no era de hielo, y cesando súbitamente en su interesante parla, fió a sus hermosos ojos el oficio que hasta entonces habia desempeñado tan bien su lengua. Este nuevo intérprete no era menos espresivo ni menos fuerte que el primero, y... forzoso será confesarlo, pero mi turbacion creció hasta un punto indecible. La casadita fué la primera que nos lo advirtió, o por lo menos que dió a entender que lo habia advertido, importunando nuestra misteriosa correspondencia con sonrisas y miradas ; quise, pues, hacerla callar, y asomé la cabeza por la ventanilla, mirando a la rotonda y sonriéndome tambien, con lo cual cesó de mezclarse en nuestras relaciones, y se cuidó solamente de componer su persiana de tiempo en tiempo.

Llegados a la parada en donde habiamos de mudar segunda vez el tiro, descendimos casi todos, y pude reconocer los demas personajes que ocupaban los distintos compartimientos del coche ; yo dí la mano a la hermosa para bajar, y me disponia a improvisar mi añeja declaracion, cuando otra de las señoras bajada de la ber-

lina, y a quien oí nombrar la *marquesa*, la llamó aparte y siguieron en conversacion todo el rato, con lo que ya no me quedó duda de que ella seria otra tal. La señorita casada no habia querido bajar hasta que se presentó a la portezuela un jóven buen mozo que la ofreció una mano, cubierta aun del anteado guante, y descendió. El mayoral llamó a poco rato a volver a ocupar el coche, y por uno de aquellos movimientos que una mujer diestra sabe dirijir, mi diosa halló el medio de ocupar el lugar enfrente del mio; y aunque la otra quiso replicar no se atrevió, y hubo de sentarse al otro lado.

No hai necesidad de decir que desde entónces nuestra correspondencia no era ya telegráfica, pues algunos *aparte* diestramente injeridos a favor de la conservacion jeneral formaban la nuestra particular. Ocurriósela en esto a mi amable interlocutora sacar el brazo para arreglar la ventanilla, y en el momento... ¡oh sorpresa! una mano estraña la retiene... el primer movimiento fué manifestar su enojo; pero yo, que eché de ver la equivocacion, la advertí prontamente, y con una ligera seña todo lo comprendió, asi como la interesada, que yacía en el otro ángulo del coche. Rápida comunicacion que solo cabe en una mente femenil.

La campiña en tanto habia variado májicamente de aspecto; a las áridas llanuras, al suelo ingrato y desnudo habian sucedido frondosas arboledas, valles encantadores; el ruido de los arroyos, el canto de los pájaros, formaban una cadencia lisonjera; corpulentos árboles sombreaban el camino; el aroma de las flores llegaba hasta nosotros; los puentes y pilares anunciaban la proximidad del Sitio, y nuestros corazones iban ya esperimentando la dulce embriaguez que el suelo de Aranjuez inspira. El jóven marido escitaba a su esposa a contemplar aquella maravilla; pero ella manifestaba con su indiferencia que la llanura pasada la habia sido mas grata; el pretendiente redoblaba sus atenciones con todos menos con el anciano, que sufria con paciencia sus impolíticos movimientos, y en cuanto a mí solo me ocupaba del objeto que delante tenia.

Tal era nuestra situacion cuando entramos en el puente sobre el Tajo; multitud de curiosos nos dirijian sus anteojos y sus saludos; y nosotros, cual otros Anacharsis, les haciamos conocer en nuestras miradas la superioridad de recien venidos. Paró el coche para reconocer los pasaportes, y todos tuvimos que dar nuestros nombres. — «Señor don *Preciso Necesér* y su esposa.» — Servidores de usted, dijo el marido. — «Señor, don Fulano de tal.» — Presente, contesté yo. — «Señor don...» — Aqui está, prorrumpió el anciano. — ¡Cómo! ¿es posible? (esclamó reprimiéndose el jóven y llamándome aparte.) ¡Desdichado de mí! ¡con quién me he ido yo a indisponer! ¡si es precisamente el director que ha de proponerme para el empleo...! — Vea usted, le repliqué yo, uno de los inconvenientes de la dilijencia. — «Señora marquesa de... y su criada, continuó el de los pasaportes.» — Aquí, gritó la señora de la berlina; la criada está en el interior.

¡Rayo del cielo fué a mis oidos esta voz! Todos le conocieron; el marido sonreia, la esposa gozaba de la humillacion de su antagonista, la miraba con cierto aire de triunfo, y aun la devolvió el abanico frunciendo los labios y limpiándose las manos. Hasta el pobre pretendiente se consideró con derecho a divertirse conmigo diciéndome al oido. — Amigo, vea usted otro de los inconvenientes de la dilijencia.

En tan difícil situacion seguimos hasta la fonda de la Flor de Lis, donde hicimos alto y descendimos; la criada habladora siguió a su ama, despues de haber recibido saludos irónicos de todos los compañeros; el pretendiente cabizbajo se deshacia a cortesías con el anciano, que respondia con su natural indiferencia; yo me retiré al primer corredor de la fonda y ocupé uno de los cuartos; pared por medio dió fondo el matrimonio consabido, y mas allá el caballero del guante, con lo cual pensamos todos en descansar, lavarnos, vestirnos y esperar la hora del paseo.

Sabido es que despues de medio dia la reunion del buen tono es en la fuente de la *Espina* del jardin de la Isla; alli dirijí mis pasos, saboreando durante la travesía por el jardin el aire embalsamado, el canto armonioso de las aves, la hermosa vista de las flores, el ruido de las fuentes y cascadas, y la delicia, en fin, del hermoso sitio por quien decia Lupercio:

«La hermosura y la paz de estas riberas
Las hace parecer a las que han sido
En ver pecar al hombre las primeras.»

Entrando en la plazuela de la fuente ví sentadas las damas bajo los templetes que la decoran, y una multitud de elegantes en pié formando grupos, y dirijiendo sus miradas a las mas hermosas. La conversacion era poco animada, la escena nada vária, y solo crecia un tanto cuanto en interes cuando entraban nuevas señoras en aquel recinto: fijábanse en ellas todas las miradas; las ya sentadas se hablaban en secreto; los caballeros rodeaban a los recien venidos que las acompañaban, les hacian preguntas de cómo habian dejado la capital, qué tal habia salido la ópera nueva, cómo estuvo el baile de... y luego los nuevos preguntaban a los antiguos sobre las cosas del Sitio.

«¿Y bien, marques, qué vida llevais aqui? — Chico, nada, como ves; una vida mui *circular*. — Pero ¿y los jardines...? — Hermosos, pero yo no he pasado aun de aqui. — ¿El teatro? — Insoportable. — ¿Los toros? — ¡Ba...! — ¿Las tertulias? — Aqui no hai tertulias, ya te lo digo, esto *es secarse*. — ¿Por lo menos las jiras de campo? — Nada menos que eso; quince dias ha que en casa de... pensamos en hacer una partida de campo *en borricos*, pero todavia no nos hemos determinado a madrugar una mañana. — ¡Pues yo os creia mas dichoso! — ¡Ah, los dichosos sois los que estais en Madrid!»

Por supuesto debe creerse que en aquel recinto hallaria yo a todos mis compañeros de viaje; que saludé respetuosamente al anciano; que no pude menos de sonrojarme al ver a mi brillante conquista detras de la marquesa; que al entrar en la plazuela el matrimonio mi vecino no tardé en mirar a lo lejos el satélite de aquel planeta. — ¿Quién es ese sujeto? le pregunté a un amigo que habia hablado al marido. — Este es un don Nadie que en todas partes se cree indispensable porque las gracias de su esposa le atraen muchos amigos que él los toma por suyos. — ¡Cuántos hai como él, de quién nadie hablaria sino fuera por sus mujeres! — Entónces le conté todo nuestro viaje, y no pudimos menos de reir juntos.

Salimos por fin de la plazuela, y atravesando el jardin solo hallamos de trecho en trecho algun corro de señoras mayores hablando de asuntos graves, parándose cada

momento, y siguiendo a lo lejos a sus respetables consortes, que iban reconociendo lentamente los mismos sitios en que medio siglo antes habian recibido acaso el primer flechazo de amor.

Retirado a mi posada tuve que contentarme con una comida mal condimentada y peor servida, y por la tarde salí al paseo de la *calle de la Reina*, que era a aquella hora el punto de reunion. La misma escena que por la mañana, aunque en distinto teatro. Todas las damas sentadas a lo largo del enrejado de los jardines; las conversaciones no hai por qué repetirlas: — «¿Quiénes han venido en la dilijencia esta mañana? — ¿Quién es ese que ha pasado? — ¿Y por qué Fulana no va con...? — ¿Han *tronado*? — ¿y N... tiene *plan* con esa que acompaña?» — Y asi de los demas. Nosotros por nuestra parte nos dábamos la posible importancia, hablábamos alto, con estudio, y no mirando al que dirijiamos la palabra, saludábamos con elegancia y haciendo una cuidadosa distincion segun la jerarquía o *notabilidad* de la persona saludada; y si podiamos pillar del brazo a un *entorchado* o una *llave dorada*, ¡qué ufanos y qué orondos nos paseábamos entonces!

Cansado en fin de esta pantomina, me retiré, y despues de la funcion del teatro, donde no tuve tampoco motivo de gran satisfaccion, volví a mi posada tranquilamente. En el cuarto inmediato al mio habia visto luz, y de cuando en cuando oia el ruido de las botas de alguno que paseaba por el corredor, con lo que me persuadí de que el don Preciso tomaba el fresco: convencíme mas y mas de ello cuando de alli a un instante miré abrirse la puerta de mi habitacion y entrar él mismo; sin embargo, mi imajinacion es rápida y no pude dejar de notar que no traia botas. — ¡Ah buena maula! esclamó alborozado al verme: ¿con que usted es el *curioso parlante*? - ¿Quién? ¿yo...? — Vamos, no hai que hacer la desecha, que lo sé de buen orijinal, y ademas soi suscriptor a las *Cartas Españolas;* ¡ai amigo! y ¡qué artículo tan bello me prometo ya sobre nuestro viaje, artículo *cómico* ¿no es verdad? (y la risa interrumpia sus esclamaciones). ¿A que sale alli a relucir aquel pobre hombre pretendiente, y aquel personaje incógnito, y usted tambien ¿no es asi? con sus amores con la dama habladora, que luego salimos con que era una criada? ¿Y mi mujer? ¿qué dirá usted de mi mujer y de mi? ¿Soi yo tambien persona *que hace*? — No, amigo mio (interrumpí yo con cierta sonrisa); usted es la *que padece*.

Uu lijero ruido en la puerta inmediata vino en este momento a llamar nuestra atencion; levantámonos, salimos al corredor, vimos entreabierta la puerta, abrímosla del todo, y hallamos al caballero consabido, que en aquel momento acababa de entrar, y la señora, que sentada junto a la ventana escuchaba sus palabras; el primer movimiento fué el de la turbacion; pero recobrando el mancebo su serenidad, espresó que solo una equivocacion de la puerta de su cuarto podria haber sido causa... Entonces ella se esplayó en demostrarnos lo fáciles que eran estas equivocaciones de noche, y yo defendí con teson tan escelente idea, con lo cual el esposo se dió por satisfecho, y a guisa de hombre de buen tono hizo los debidos ofrecimientos al vecino; este por su parte correspondió con toda la cortesía de un caballero, y yo sin pensarlo tuve que terciar en la relacion de jentes que debian conocerse y apreciarse. La conversacion se animó, el Adonis nos ofreció su vali-

miento y conexiones en el Sitio, nos invitó a ver todas sus curiosidades, aceptamos, y de allí en adelante no nos separamos ya ni para ver la casa del Labrador, ni en la de la Monta, ni en el Cortijo, ni en el Molino, ni en el Riajal.

Pero bien pronto esta vida monótona, que se repetia exactamente todos los dias, comenzó a fastidiarme, y para que no concluyera por hacerlo del todo, tomé la determinacion de regresar a Madrid. Subí de nuevo en la dilijencia, y... mas no quiero contar lo que me pasó a la vuelta, porque seria repetir lo ya dicho, como que en situaciones semejantes las escenas se parecen unas a otras.

(Junio de 1832.)

EL PRADO.

« Irás al *Prado*, Leonor,
En cuya grata espesura
Toda divina hermosura
Rinde tributo al amor.
¡Cuántos mirándote allí
Aumentarán sus desvelos!
No quieran, Leonor, los cielos
Que te los causen a ti. »

COMEDIA ANTIGUA.

« Acia la parte oriental (de Madrid) luego en saliendo de las casas sobre una al-
« tura que se hace, hai un suntuosísimo monesterio de frailes Hierónimos con apo-
« sentamientos y cuartos para recibimiento y hospedería de reyes, con una her-
« mosísima y mui grande huerta. Entre las casas y este monesterio hai a la mano
« izquierda en saliendo del pueblo una grande y hermosísima alameda; puestos los
« álamos en tres órdenes que hacen dos calles mui anchas y mui largas con cuatro
« o seis fuentes hermosísimas y de lindísima agua, a trechos puestas por la una ca-
« lle, y por la otra muchos rosales entretejidos a los pies de los árboles por toda
« la carrera. Aqui en esta alameda hai un estanque de agua que ayuda mucho a la
« grande hermosura y recreacion de la alameda. A la otra mano derecha del mis-
« mismo monesterio, saliendo de las casas, hai otra alameda tambien mui apacible,
« con dos órdenes de árboles que hacen una calle mui larga hasta salir al camino que
« llaman de Atocha. Tiene esta alameda sus regueros de agua, y en gran parte se
« va arrimando por la una mano a unas huertas. Llaman a estas alamedas el *Prado*
« *de San Hierónimo*, donde de invierno al sol, y de verano a gozar de la frescura,
« es cosa mui de ver, y de mucha recreacion la multitud de jente que sale, de bi-
« zarrísimas damas, de bien dispuestos caballeros, y de muchos señores y señoras
« principales en coches y carrozas. Aquí se goza con gran deleite y gusto de la
« frescura del viento todas las tardes y noches del estío, y de muchas buenas mú-
« sicas, sin daños, perjuicios ni deshonestidades, por el buen cuidado y dilijen-
« cia de los alcaldes de la corte. »

Hé aqui una pintura del Prado de Madrid hecha en el siglo XVI, y consignada en un librote *nuevo* de puro *viejo*, que como varias personas, no tiene otra recomendacion que los muchos años que sobre sí cuenta. ¿Qué diria el autor *(maestro Pedro de Medina)* si levantara la cabeza y fuérale permitido dar ahora un paseo desde la puerta de Recoletos hasta el convento de Atocha? Diria... ¡qué habia de decir! que el mundo se rejuvenece como cabeza de setentona con los específicos del doctor Oñez, y que lo que ayer era blanco, suele aparecer prieto al siguiente dia.

Por lo demas, si tales alabanzas prodigaban al Prado, cuando lo desigual e inculto de su inmenso término, lo espeso de sus matorrales, la oscuridad de sus revueltas, el inmundo arroyo que corria por toda su estension, y demas circunstancias que le afeaban, hacia olvidar tal cual trozo mas bello que de trecho en trecho pudiera amenizarle, ¿qué diria, vuelvo a repetir, si le atravesase hoi en toda su estension de cerca de media legua, marchando siempre por una superficie plana y sólida, diestramente compartida en magníficas calles de árboles, cuyas ramas se entrelazan formando una bóveda encantadora? ¿qué al contemplar en toda su estension ocho primorosas fuentes, entre ellas las de la Alcachofa, Neptuno, Apolo y Cibeles, cuya escelente ejecucion honra la memoria de los artistas españoles? ¿qué del lindísimo Jardin Botánico, de la elegante perspectiva del Museo, del gracioso peristilo de la real Platería, de las magníficas calles que desembocan en el paseo, y de tantos objetos, en fin, como constituyen su actual hermosura?

Verdad es que en aquellos siglos de valor y de galantería el amor embellecia, como en estos, los sitios mas ásperos y escabrosos, pues aunque el festivo Lope de Vega en un momento de mal humor se dejó decir

« Los prados en que pasean
Son y serán celebrados ;
Bien haceis en hacer prados,
Pues hai bien para que sean, »

él mismo, Tirso de Molina, Calderon, Moreto y demas poetas de su tiempo, se esmeraron en encomiarle a porfia con las descripciones mas interesantes y románticas. Asi que, el Prado desde aquel tiempo ha seguido ocupando un lugar privilejiado en las comedias y novelas españolas.

¡Quién no tiene en la memoria aquellas escenas interesantes, aquellas damas tapadas que a hurtadillas de sus padres y hermanos venian a este sitio al acecho de cuál o cuál galan perdedizo, o bien que se le encontraban alli sin buscarle! ¡quién no cree ver á estos tan valientes, tan pundonorosos, tan comedidos con la dama, tan altaneros con el rival! ¡aquellas criadas, malignas y revoltosas, aquellos escuderos socarrones, en fin, que el actor Cubas nos representa tan al vivo en el teatro! ¡Qué es el escuchar en estas injeniosísimas comedias (únicas historias de las costumbres de su tiempo) aquellos levantados razonamientos, aquellas intrigas galantes, aquella metafísica amorosa, que no solo estaba en la mente de los autores, pues que el público la aplaudia y ensalzaba como pintura fiel de la sociedad y espejo de sus acciones! ¡Qué gratas memorias no deberian acompañar a este Prado que todos los poetas se apropiaban como suyo! Pero al mismo tiempo ¡qué de ven-

ganzas, qué de intrigas, qué de traiciones no cubrieron tambien su suelo! Con efecto, su fragosidad, las circunstancias políticas, y la inmediacion a la corte del Retiro, llegaron a darle en los últimos reinados de la casa de Austria una celebridad casi funesta.

Por fortuna, en el estado actual de nuestras costumbres el Prado solo ha conservado la parte galante. Las damas, ya no encubiertas, sino ostentando todo el encanto de sus amables atractivos, vienen periódicamente todas las tardes a este delicioso sitio, seguras de hallar en él al galan o galanes, objeto u objetos de sus suspiros; la reunion de la parte mas visible del pueblo, y la franqueza que da la costumbre de verse en él, hacen a este paseo la primera tertulia de Madrid.

Figurémonos verle en una de las apacibles tardes del verano, cuando ya pasada la hora de la siesta, regado durante ella, y refrescado ademas con las exhalaciones de los árboles y las fuentes, empieza a ser el punto de reunion jeneral. Sea en aquel momento en que la multitud, abandonando las calles estrechas del lado de San Fermin, y las de Atocha, las del Jardin Botánico y las del paseo de Recoletos, viene a refluir en el gran *Salon*, centro de todo el Prado. Situémonos para el efecto de la perspectiva en la entrada de dicho Salon por delante de la fuente de Neptuno; a la derecha tendremos la calle destinada a los coches que corre a lo largo de todo el paseo. Mirarémosla henchida de carruajes de todas formas, de todos tiempos y de todos gustos, que desfilan en vuelta pausadamente, dejando en e medio espacio para los coches de la familia real, a cuyo paso todos paran y saludan con respeto.

Esta parte del paseo tiene un carácter de orijinalidad peculiar del pais y de la época, y que revela la confusa mezcla de nuestras costumbres antiguas con las imitadas de los paises estranjeros; v. gr., detras de un elegante *tilbury*, que Londres o Bruselas produjo, y que rije su mismo dueño desde un elevado asiento, conduciendo pacíficamente al lacayo sentado una cuarta mas abajo, viene arrastrando con dificultad un cajon semi-oval y verdi-negro, a quien el maestro Medina podria mui bien llamar *carroza* en el siglo XVI, y en el siglo XIX llamamos *Simon*, verdadero anacronismo ambulante. Síguele en pos linda carretela abierta, charolada y refuljente, con sendas armaduras en los costados y letras doradas en el pescante; hermosas damas elegantemente ataviadas a la francesa con sombreros y plumas ocupan el centro; el cochero, de gran librea, obliga con pena a los briosos caballos a seguir el paso del furgon que va delante, y dobles lacayos con bellos uniformes, bandas y plumeros, coronan aquella brillante máquina. Inmediato a ella sigue un coche cerrado, conducido por pacientes mulas que duermen al paso, permitiéndo tambien gozar de las dulzuras de Morfeo al cochero, al lacayo y al señor mayor que va adentro: no lejos de él pasa el modesto bombé que la bondad marital de un médico dispensó aquella tarde a su esposa; ni falta tampoco almagrado y estraño coche de camino, con grandes faroles, y ataviado a la caleserá; ni berlina redonda con soberbios caballos andaluces que compromete la pública prosopopeya; por último, unos de grado y otros por fuerza, todos se sujetan al carril, trazado desde la entrada del paseo por la fuente de Cibeles hasta la puerta de Atocha, y en el mismo, aunque por entre las filas de coches, lucen

su gallardía los elegantes jinetes, quiénes solos, quiénes acompañados de damas que ostentan su bizarría dominando un fogoso alazan.

Inmediato a este paseo mírase una estrecha calle que formaria parte del salon principal, solo interrumpido por la fila de bancos de piedra, si el buen tono no hubiera hecho en ella una division mas sensible. Como los carruajes van despacio, y los elegantes que no tienen coche tomarian mui a mal el ser confundidos con la multitud, elijieron este pequeño recinto como el punto mas a propósito para conservar cierta correspondencia con la sublime sociedad que se pasea sentada, y aun a despecho del olor ingrato de las mulas y caballos, y del polvo que ellos y los carruajes levantan: todo lo mas notable del paseo se *estracta* aqui, no sin graves apreturas, encontrones, distracciones, y contorsiones. (1) Cierran con los bancos este recinto multitud de sillas, ocupadas todas mediante el modesto rédito de ocho maravedís, que es al poco mas o menos el valor del capital. La estension del paseo proporciona la ventaja de volverse a encontrar varias veces durante la tarde, con un período ni tan corto que fatigue, ni tan largo que enoje o haga olvidar.

¡Qué campo tan fecundo para el observador! Sentado en una silla, cruzados los pies sobre otra, los anteojos sobre la nariz y el baston bajo la barba, si se inclina al lado de las fuentes en la parte principal del salon, mira desfilar delante de él la inmensa multítud: por poca que sea su penetracion, mui luego descubre las intriguillas amorosas, sorprende las furtivas miradas de las niñas, las sonrisas de intelijencia de los mozos; marca los saludos espresivos; nota en los semblantes de las madres los diversos síntomas de la vanidad, del cariño maternal, o del desprecio; tiembla al contemplar la imprudente seguridad del padre, que entretenido por el travieso niño, se distrae con él, mientras que su hermanita acaba de recibir un billete que un apuesto mancebo resbala en su mano; sorprende las espresiones de doble sentido y las que se dicen al paso y mirando a otro lado; está en antecedentes respecto al juego de pañuelos y al lenguaje del abanico; y nada, en fin, se escapa a su vista penetrante y escudriñadora.

Si jirando sobre su silla (con cuidado por supuesto para que no se destruya tan débil máquina con notable desman del caballero contemplativo) vuelve la vista al estrecho y elegante recinto, advierte la misma escena, aunque mas mímicamente representada. Mira a los elegantes rigoristas, afectando en su traje, en sus modales y en su habla las costumbres estranjeras: obsérvalos andar tortuosamente y sin direccion fija, ora arrimándose a los coches para ver pasar uno y recibir la grata sonrisa de alguna hermosa dama, ora volviendo rápidamente cerca de los bancos para asistir al paso de otra con quien aparece cierta intelijencia; hablar alto, formar corro, acompañar entre sí un momento a estas, y dejarlas rápidamente para dar media vuelta en sentido inverso siguiendo a otras.

Todas estas y mas mudanzas habian hecho una tarde el caballero Don-Tal y el caballero Don-Cual, sujetos ambos cuya fama se estiende desde la Puerta del Sol hasta la Red de San Luis, desde el salon del Prado hasta el teatro del Príncipe: miran pasar un elegante landó, corren precipitadamente a situarse en paraje con-

(1) Esta calle ha desaparecido ya últimamente con la nueva colocacion de los bancos y ampliacion del salon.

veniente mientras que una hermosa jóven baja acompañada de un caballero de edad; siguenla de cerca, y entablan en *frances* el diálogo siguiente:—

«*Ce mari, mon cher, est un homme bien original... toujours auprés de sa femme.* — *Cela t' etonne...? Un chevalier du quinziéme siécle.* — *Epoux d' une elégante du dix neuviéme.*—*¿Que veux tu, mon cher, ces vieux maris dissent que le coeur ne vieillit pas.* — *Oui... et leurs petites femmes... hein?* (con sonrisa irónica.) — *Chut, mon cher, notre homme peut nous entendre.* — *Bah! Tu oublies que de son temps on n' apprennait en Espagne que notre pauvre langue! Car, j' conviens, nos ayeux etaint des sottes gens!* — *Cependant, malgré nos avantages modernes, Madame fait la cruelle... Elle ne te regarde pas, mon cher...!* — *Elle m' adore cependant, car elle rit toujours lors qu' elle me voit... oui, mon cher, elle rit.* — Bravó, *mon cher*, bravó; *c' est bon signe.*» —

A este punto pasó un quidan del lado de la pareja marital, y habiéndola saludado le cojió el esposo del brazo y siguieron andando; viendo el recien venido que ambos consortes iban riendo, no pudo menos de preguntarles la causa, y el marido con suma cachaza le dijo en voz alta: — «Amigo, no puede usted figurarse lo que me voi divirtiendo con estos tontos de estranjeros que vienen detras. — ¡*Diable!* dijo uno de los dos. — *Tais toi*, — replicó el otro.) - Porque han pasado y repasado mil veces por delante para ver a mi mujer; vuelven, se paran, y hacen, en fin, mas mudanzas que los danzantes que suelen ir delante de las procesiones. — Pero, hable usted bajo, que lo van a comprender¡ —¡Qué han de comprender¡ Sino saben el español; nada; impunemente puedo decir que son unos majaderos. — (La esposa en este momento estrechó el brazo de su marido como temiendo que ellos lo entendiesen.) — No tengas miedo. ¿Te parece que esos tontos se habian de ocupar en aprender el español? Nada menos que eso. En su tiempo no se aprende tal lengua. — Es que, replicó el amigo, pudieran ser españoles, y acaso me atreviera a apostarlo, pues en sus modales, echo de ver mas caricatura que carácter frances. — ¡Cómo es posible que lo sean! ¿No ve usted que no entienden lo que digo? — Cierto que eso me hace dudar. — (Durante esta conversacion, ellos, haciendo los indiferentes, siguieron hablando de cosas jenerales, siempre en frances, sin darse por notificados del contenido diálogo.)

Cerca ya de anochecer subieron en su coche los consortes y salieron del Prado. Inmediatamente corrieron casi a escape por la Carrera de San Jerónimo los dos elegantes ambiguos, siguiendo el coche; pero el cochero (a quien sin duda habian descuidado aquella tarde) no les tenia consideracion, pues sacudiendo los caballos, obligó a los de a pie a volar y sudar, hasta que convencidos de que con cuatro pies se va mas lejos, y que ellos por la bondad del cielo no podian contar mas que con dos cada uno, dieron media vuelta y regresaron al Prado, metiéndose por el medio del salon.

Todo lo observaba yo desde la fuente de Neptuno, y no siéndome indiferente averiguar el final de sus aventuras, seguílos con disimulo, y pude escuchar su conversacion. Por supuesto era en español corriente, y por los nombres que mútuamente se dieron, no pude menos de conocer que eran en un todo *orijinales*. Hablaron largo de su aventura, rieron estrepitosamente, y despues se lamentaron

de que por haber paseado *del lado de allá* habian faltado a la cita con ciertas *chicas* que les habrian estado esperando *del lado de acá*. — «Ya ves, decia el uno, durante la fuerza de la tarde, ya conoces que seria mui *plebeyo* pasear a este lado. —Es verdad, y aunque acaso nos hubiera traido mas cuenta... —Sí, pero tú debes decirlas que hasta el anochecer no nos esperen. —Cierto que ya al anochecer es distinto, porque al cabo esta es una intriguilla de *tercer órden*, y como si dijéramos de *entre sol y sombra*.

En esto una viejecilla con dos muchachas, frescas y francas, apretaron el paso detras de ellos, y llegando bonitamente a su lado les insinuaron con mucha suavidad la punta de un alfiler en cada brazo. —«¡Ah, Fulanita, Zutanita, son ustedes!» —Y desde este punto y hora una conversacion jovial y animada se entabló entre los cinco, mientras subian graciosamente interpolados por la calle de Alcalá. Pasaron (sin entrar) por el elegante café de Solís; dejaron a uno y otro lado los concurridos de la Aduana, los dos Amigos, la Estrella, Buen-gusto etc., y dieron fondo en uno de los ángulos del sombrío y emparrado patio del café de Europa, calle del Arenal, donde les dejaremos por ahora para descansar un rato.

(Junio de 1832.)

LAS CASAS POR DENTRO.

Carta de un curioso provincial al curioso madrileño.

«Señor curioso, mui señor mio: desde que hallándome en esa capital, empezó usted a publicar sus observaciones sobre las costumbres de Madrid, en el periódico titulado *Cartas españolas*, me incluí en el número de los suscritores a dicho periódico, lisonjeado por la idea de que aun despues de mi salida de esa refrescaria en mi imajinacion (con el ausilio de usted) aquellos cuadros que tantas veces habian herido mis sentidos. Otro servicio aun mas importante me ha hecho usted, cual es el de haberme relevado de la insoportable precision de responder a tantas preguntas como al regresar de mis correrías me hacian siempre mi mujer, mis hijos y mis amigos; precision a la verdad mas dura que lo que parece, pues ya sabe usted que el hacer descripciones no es para todos, y mas si han de reunir las circunstancias de verdad, chiste e interes. Asi es que vi el cielo abierto con la oferta de usted, y desde entonces cuando alguno me importuna con sus dudas sobre tal o cual objeto de la corte, siempre le remito al momento en que a usted se le ponga en las mientes hablar de él.

«Pero es el caso, señor parlante, que como quiera que es mas facil preguntar que responder, casi siempre me encuentro atrasado de contestaciones con estas jentes, y Dios sabe lo que usted me hace penar hasta que llega la suya. Pero llega, y entonces es el pavonearme yo, reunir la asamblea, desplegar majestuosamente el papel, correr la vista en silencio por las primeras lineas, sonreirme un tanto cuanto, gozándome en la impaciencia de mis oyentes, y empezar en fin mi lectura con todo el énfasis de un poeta novel.

«Mas la exijencia de los demandantes rara vez se da por satisfecha con la racion que usted nos concede; quisieran ellos en pocos momentos ponerse al corriente de lo que sin duda habrá costado a usted muchos años de observacion; y si bien esta ansiedad me parece injusta e irreflexiva, no dejo sin embargo alguna vez de con-

venir con ellos en ciertos estremos. Por ejemplo, no pudo menos de hacerme fuerza la reflexion de una de mis niñas, que decia dias pasados—¿Por qué ese señor Curioso casi siempre nos habla de los objetos públicos, como calles y paseos, y nada nos ha dicho aun del interior de las casas? ¿Pues qué, nada hai que decir de ellas en Madrid? —Calla, niña, la contesté yo, que *todo se andará si el palo no se rompe*, y trazas lleva el tal señor de no dejarlo tan pronto. — Mas si bien es cierto que la hice callar, no asi calló mi imajinativa, que me inclinó a pensar que la chica podria tener razon, y que si en lo sucesivo habiamos de juzgar con acierto de los dramas que nos presente en sus cuadros familiares, era indispensable ante todas cosas hacernos tomar conocimiento exacto del lugar de la escena.

«Fue tanta la fuerza que me hizo esta consideracion que me determiné a escribirle a usted, y para mas empeñarle en mi objeto, y sin que sea visto querer introducirme en su terreno, me ha parecido conveniente hacerle una lijera descripcion de la casa en que yo viví en Madrid, por si en ella encuentra alguna o algunas circunstancias que puedan aplicarse cómodamente a las demas.

«Pero antes de dar principio a mi bosquejo, será bien enterar a usted de que mi marcha a Madrid fué convidada por los veraces ofrecimientos de un antiguo amigo, sujeto de consideracion en la corte, el cual exijió de mí la circunstancia de haber de habitar en su casa, con el objeto de no apartarnos un punto en mis correrías por el pueblo; la posicion social de mi amigo, y sus mas que medianas facultades, me convencieron de que sus ofertas no le serian molestas, y acepté el convite.

«Dí fondo en una de las cinco grandes calles que desembocan en la famosa puerta del Sol, y delante de un luenguísimo caseron. La multitud de sus balcones y ventanas, la elegancia de su pintura, aun reciente, y las demas circunstancias que constituian su adorno esterior me afirmaron en la idea de que iba a habitar en un palacio y en el seno de las comodidades; pero puse el pié en el portal y desapareció la ilusion, echando de ver por mi desgracia que este era el primer petardo que se me ofrecia en Madrid.

«Por de pronto, el tal portal era medianamente estrecho, oscuro y prolongado y la mitad de su espacio hallábase acotado por un remendon de zapatos, que a falta de portero ejercitaba no mal el oficio de despertador; la otra mitad se hallaba interrumpida por el *doble* y repugnante depósito indispensable en los portales de la corte, por manera que para ganar la escala era forzoso atravesar entre ambos escollos: es verdad que en logrando pillar esta, ya podia uno olvidarse de aquellos, para ocuparse esclusivamente de las revueltas, desniveles y tortuosidades de tan injeniosa arquitectura; solo tenia una contra tan prolijo exámen, y era que si por casualidad se oian resonar en la parte mas alta las rotundas pisadas del aguador asturiano, no habia mas remedio que volver a bajarse, o hacer que él volviese a subir, por la imposiblidad de hallar paso simultáneo. El adorno de tan magnífica escalinata era correspondiente, y consistia en una barandilla de hierro, enemiga natural de todo guante de color; unas ventanas que daban a un patio, cubiertas con vidrios verduscos y ennegrecidos por las moscas (a escepcion empero de algunos mas claros que los de Venecia, por donde se trasmitia no solo la luz, sino el aire y el

agua), y en lo alto de toda la fábrica un tragaluz, que propiamente se la tragaba, y aun tambien a una numerosa cohorte de bichos centípedos que habitaban aquellas rejiones.

«Delante de la meseta principal, un vaso de vidrio enclavado cerca de una ventanilla prestaba su escasa luz durante las primeras horas de la noche. Por último, en cada descanso habia dos o tres o mas puertas que indicaban otras tantas habitaciones separadas, y al lado de cada una colgaba un pedazo de cordel, un hilo de alambre, o una cadena tosca de hierro para llamar. Esceptúanse sin embargo algunas puertas del piso tercero, donde sin necesidad de llamar, solian abrir al menor ruido de botas.

«Mi amigo, segun pude averiguar a duras penas, ocupaba una de las habitaciones principales. No puedo negar a usted que la primera vista de ella me causó mucha estrañeza, no acertando a encontrar la mas mínima analojía entre las circunstancias del sujeto y las de la habitacion; pero poco a poco me fuí convenciendo de que todo consiste en los nombres de las cosas mas que en las cosas mismas y que tal podria yo tomar por estrecha y mezquina venta, que no fuese sino espléndido y cómodo castillo.

«Despues de una antesala, que por lo breve podria pasar por esdrújulo, se entraba en el gran *salon*, que consistia en un *cuadri* no mas *longo* que de unos treinta pies por veinte de ancho. Compartian la pared de fachada dos balcones, dejando en el medio un espacio suficiente para un espejo, una mesa con un reloj, y dos quinqués. La pintura de toda la sala era sencilla, de color de caña, interrumpida en las esquinas por fajas de otros colores: un sofá, una docena de sillas, cuatro chucherías en las rinconeras, seis vistas de la *Suiza* en sendos marcos de caoba, una modesta lámpara pendiente del techo, y un velador colocado debajo concluian el adorno del salon principal: el *gabinete* inmediato jugaba por el mismo estilo, si bien ostentaba dos muebles mas, a saber: el indispensable brasero, y una jaula dorada cerca del balcon. La alcoba principal no tenia mas relieve que la cama lisa, llana y limpia de colgaduras y garambainas. Pasábase despues a unos *dormitorios* a guisa de camarotes de fragata, tan espaciosos que el durmiente podia mui bien formarse una perfecta idea de su última mansion. En seguida me ostentó mi amigo sus *galerías*, que eran dos corredores, cuyas inevitables paredes se iban desgastando en los codos de los transeuntes. Estas estaban adornadas con colecciones mui entretenidas de mapas de las provincias de Valaquia y Moldavia.

«Tambien tenemos aqui nuestro jardin» (me dijo asomándome a un estrecho patio, donde campaban hasta unos ocho tiestos; y cuya elevada altura, cruzada en todas direcciones de cuerdas llenas de ropas puestas a secar, le daban cierta semejanza al interior de un buque empavesado). Luego me llevó al *comedor;* verdad es que entonces estaba haciendo de *sala de baño;* despues me mostró su *estudio;* cuyas vistas agradables sobre un tejadillo le hacian mui a propósito para el caso.—¿Y el *tocador* de tu esposa? le dije yo.—Ya le hemos dejado adelante, en aquella pieza donde tengo mi *biblioteca*.—¿Tambien esa?—Tambien esa.—En efecto, luego pasamos por la biblioteca, y vi sobre una mesa dos legajos de Diarios de avisos, una Guia de forasteros, un Calendario, un tomo cuarto del Quijote y una no-

vela sentimental que el maestro de baile habia prestado a la señorita. — Por último, vimos la *cocina*, que era ancha como cañon de chimenea, y tan clara como las Soledades de Góngora: no tengo necesidad de advertir que se hallaba adicionada con el estrecho recinto que mas lejos de ella debia colocarse, porque ya se sabe que esta es circunstancia indispensable en las cocinas de Madrid. De alli se pasaba a una *dispensa* lo suficientemente húmeda para prestar cierto saborete a todos los bastimentos en ella apiñados; y por último, se bajaba a los *sótanos y bodegas*, cuya estension era tal que habia que mirarlos desde la escalera siempre que estaban surtidos de un carro de carbon o dos arrobas de vino.

«Tal, amigo mio, era la habitacion principal de esta casa; juzgue usted ahora de las demas. Pues siendo cual era tenia dos tiendas, y en ellas vivian un sombrerero y un ebanista; el zapatero del portal dormia en un chirivitil de la escalera; un maestro de esgrima en el entresuelo; un empleado y un comerciante en los principales; un maestro de escuela y un sastre en los segundos; una ama de huéspedes, una modista y una planchadora en los terceros; un músico de rejimiento, un grabador, un traductor de comedias y dos viudas ocupaban las boardillas; y hasta en un desvancillo que caia sobre estas habia encontrado su asiento un matemático, que llevaba publicadas varias observaciones sobre las principales alturas del globo.

«Por lo que a mí toca, bien pronto empecé a suspirar por las comodidades a que estaba acostumbrado; y asi es que a los cuatro meses abandoné aquella mansion y volví a esta provincia; pero júrole a usted que no pude hacerlo sin notable deterioro de mis sentidos; pues gracias a la escasa luz que el patio empavesado nos suministraba, perdí algunos grados de vista; mi olfato llegó casi a neutralizarse con las contínuas exhalaciones de los pozos, albañales, comunes y vertederos de la tal casa; por una consecuencia inmediata vino a resentirse el gusto, que siempre tuve delicado; el oido perdió su natural fineza con la batahola del zapatero, del ebanista, del esgrimidor, de los chicos de la escuela y del músico; y solo el tacto llegó a sutilizárseme hasta un punto tal, que atajaba en su camino en el punto y hora que queria a las antropófagas chinches que paseaban mi persona en aquellas fementidas alcobas durante la hora de la siesta.

«Hé aqui, curiosísimo señor, la pintura fiel de mi habitacion en Madrid: ignoro si las demas (hablo tan solo de las de la clase media) se le parecen, y en este caso, no puedo menos de compadecer a ustedes, porque pagan a precio de oro tantas inconveniencias, mientras aqui disfrutamos habitaciones cómodas y aun regaladas por lo que ahí cuesta una boardilla. De todos modos espero que me conteste para desengañarme, y que reconozca desde ahora uno de sus apasionados en — *El provinciano.*»

Y *el parlante*, poco deseoso de decidir tamaña cuestion, deja por hoi a sus lectores la propiedad de inclinarse al partido que bien quieran, y al *provinciano* la posesion de ejercitar su despiadada sátira contra las casas de Madrid.

(Julio de 1832.)

1802 y 1832.

Ætas parentum, pejor avis, tulit
nos noquiores, mox daturos
progeniem vitiosorem.
HOR. OD.

El termómetro de Reaumur señalaba puntualmente 30 grados sobre cero, y el reloj del Cármen acababa de dar las cuatro de la tarde. Todo reposaba en torno de mí; dobles persianas y cristalería impedian la entrada en mi mansion al aire abrasador que destruye las fuerzas, y a la accion aun mas terrible del sol canicular; toda la casa presentaba el aspecto de una verdadera noche, y sus habitantes todos yacian entregados a las dulzuras del sueño; ningun ruido de carruaje ni de paseantes interrumpia el silencio de las calles, donde segun la espresion de cierto viajero, «solo se encontraba a tales horas algun frances o algun perro.» Los cafés, las tiendas, los establecimientos de todas clases, cerrados herméticamente; los portales llenos de mozos que dormian; todo, en fin, reposaba en armonia perfecta, procurando recobrar en brazos de Morfeo las fuerzas que el calor habia debilitado.

Brava ocasion para que un estranjero nos hiciese una bella disertacion pretendiendo demostrarnos los incalculables perjuicios que esta *segunda noche* nos proporciona: ¡con qué exactitud matemática nos ajustará la cuenta de las horas de trabajo que roba a nuestras manufacturas, haciendo subir escesivamente el precio de sus productos! Luego se empeñará en probarnos que inutilizamos la mayor parte del dia, suspendiendo todos los trabajos para comer precisamente a la hora que mas calor hai y menos apetito; de aqui sacará la consecuencia de que sin esta costumbre la siesta no nos seria necesaria; despues pasará a demostrarnos lo perjudicial que es a nuestra salud el sueño despues de la comida, por la acumulacion del calor a la cabeza en el momento en que mas falta hace en el estómago para operar la dijestion; en seguida nos amenazará con el entorpecimiento de nuestros sentidos, con las plétoras, accidentes y paralisis; y en fin, nos dirá tanto....tanto...

—Nosotros sin embargo, bien sea porque la accion del clima pueda mas que aquellos argumentos, bien porque una invencible costumbre nos arrastre a ello, marcharemos sin responderle una palabra a *dormir la siesta*. ¿Cómo resistir a este impulso jeneral, ni qué hacer donde todos duermen? Dormir como todos.

Mas como quiera que el señor Morfeo es un sujeto a quien no se puede pedir cuentas de sus acciones, que reparte su beleño cuando le place, y sobre quien le place, y por lo visto se hallaba a aquella sazon a algunas leguas de mis sentidos, ello es lo cierto que yo velaba como novia en vísperas, hasta que cansado de volver y revolver sobre mi desvencijada persona, y de dar tormento a la acalorada imajinacion, resolví en fin abandonar el lecho, abrir un balcon y asomarme a él.

Entonces fué cuando hice las reflexioncillas arriba dichas, y estando haciéndolas, senti en la cabeza un chinarrito bajado de la vecindad.... alzo la vista y miro... No sé si acaso se acordarán ustedes, señores lectores, de un mi vecino don Plácido, de quien creo haberles hablado ya. Pues este ni mas ni menos era el que en tal guisa y a tales horas interrumpia mi amostazado soliloquio, para contarme un desvelo como el mio y una resolucion idéntica. Y como el silencio de la siesta nos convidaba a cruzarnos de razones, subí a su habitacion para hacerlo cómodamente y medio tendidos en dos sofás entablamos nuestra sabrosa plática.

Por de pronto discurrimos acerca de los sucesos del dia; pero como mi vecino es algo viejo, y a los viejos les sucede con la imajinacion lo que con la vista, esto es, que ven mejor los objetos distantes que los mas cercanos, mui luego encontró medio de enderezar injeniosamente la conversacion ácia aquellos tiempos en que él brillaba en Madrid, y en que por sus buenos modales, su instruccion y sus conveniencias, era tenido por el *hombre a la moda*.

—«Desengáñese usted, me decia; el transcurso de treinta años, y los estraordinarios acontecimientos que en ellos han mediado, han sido bastantes para alterar nuestras costumbres en términos, que a uno que hubiera dejado nuestra capital en 1802 le seria imposible reconocerla en 1832. Es cierto que en la época actual la hallaria mas decorada y brillante, observaria mas actividad en nuestra industria, admiraria los progresos de las artes, veria con placer los muchos establecimientos destinados a difundir los conocimientos útiles, notaria los adelantos que el buen gusto ha introducido en las habitaciones, en los trajes, en los monumentos públicos, y quedaria al pronto seducido con esta erudidion *a la violeta*, que hace a la juventud del dia lucir y brillar aun delante de la esperiencia y la senectud. Todo esto, no hai duda, ocurriria al forastero de treinta años, y por de pronto confesaria avergonzado los progresos de la actual jeneracion; pero en cambio de aquellas ventajas, ¿no hallaria mui luego la ausencia de otras mas sólidas y duraderas? ¿No echaria de ver mui pronto la alteracion que ha esperimentado nuestro caracter? ¿Adónde encontraria ya aquella injénua virtud, aquella probidad natural que eran el distintivo de nuestros mayores? ¿Dónde el sólido saber, que aun que patrimonio de pocos, ofrecia a la posteridad obras clásicas e inmortales? ¿Dónde aquella franqueza sencilla que daba a los placeres inocentes su verdadero colorido, y al trato jeneral comunicaba la alegria y confianza? ¿Dónde, en fin, aquella cómoda reparticion de fortunas, aquel bienestar jeneral, que ahuyentaba las ideas de ambicion, y

permitia a todos ostentar sus respectivas facultades, sin pretensiones ni cálculos? En lugar de esto, ¿qué hallaria? Desden de las virtudes pacíficas y sólidas; el vicio embellecido con todos los recursos del entendimiento; fortunas desiguales y rápidas; reputaciones usurpadas; confusion grosera de todas las clases; ficcion en el trato esterior; cábala e intrigas interesadas en el interior; la amistad hecha una pura palabra; el amor un juego de ellas; la coquetería convertida en gracia, la pedantería en ciencia, y el charlatanismo en virtud. Esto, desengáñese usted, esto, y no mas, veria el forastero en nuestros magníficos salones, nuestros refinados espectáculos, nuestros elegantes cafés, tiendas y paseos.

—Paréceme sin embargo (le contesté yo algo mohino) que la prevencion con que usted mira las cosas le hace verlo todo con colores demasiado fuertes, y en cambio podria yo oponerle cuadros en que resultase todo lo contrario de lo que usted afirma.

— «No hai regla, me replicó el vecino, por jeneral que sea, que no tengo sus escepciones, y no podré negar que acaso serán numerosas las de esta; mas sin embargo, creo poder asegurar que lo jeneral inclina mas bien al bosquejo que llevo trazado. Acaso me pretenderá usted negar las ventajosas circunstancias que yo concedo a nuestra sociedad antigua; pero para convencerle de ello con un ejemplo, le presentaré el espectáculo de una casa a donde yo concurria diariamente en 1802.

«El amo de ella, hombre como de cuarenta años, franco, amable y lleno de conocimientos, habia seguido su carrera de empleado hasta llegar a un destino que le proporcionaba un buen sueldo y consideracion en la corte. Su esposa, digna de él por su amabilidad y juicio, dirijia el gobierno de la casa con aquella intelijencia e interes propias de quien reune a una buena educacion un constante deseo de hacer felices a su esposo y a sus hijos, y los dos que tenia, varon y hembra, eran el objeto contínuo de sus cuidados maternales. El muchacho asistia a las escuelas, y fué puesto en un colejio a los diez años; la niña aprendia cerca de su mamá aquellas labores y conocimientos propios de una mujer que algun dia ha de dirijir una casa y hacer la dicha o la desdicha de un hombre: ¡cuántas horas contemplando la ventura de ambos esposos hube de convenir en la felicidad conyugal! En ellos no habia mas que un pensamiento, que era el amarse y hacerse mas placentera la existencia; el sueldo del esposo, y el producto de algunas haciendas, bastaban de tal modo a sus necesidades, que despues de sostener su casa con esplendor, todavia la económica compañera encontraba medio de hacer algunos ahorros en beneficio de sus hijos.

«La sociedad que frecuentaba tal casa era digna de ambos; amigos francos y leales, jóvenes bien educados, mujeres amables y virtuosas: yo solía asistir a su mesa ciertos dias al mes; era abundante, pero sin ostentacion, franca sin grosería; despues soliamos irnos al teatro o a paseo; volviamos a casa, y a poco rato empezaba la tertulia. Por supuesto la primera operacion era refrescar y tomar chocolate; luego entraba la partida modesta de mediator o dominó, en tanto que los jóvenes hacian juegos de prendas bajo la inspeccion de las madres. Todo era alli animacion, alegria, franqueza; el amor no temia manifestarse; seguros todos de las buenas cualidades mútuas, no dudaban en entregarse a sus puras sensaciones, y

yo asistí a mas de tres bodas que resultaron durante el tiempo de nuestra tertulia; la amistad no temia comprometerse; las opiniones se debatian riendo, las disputas concluian con un cigarro, y las pérdidas del juego nunca daban lugar a cambiar un doblon. Daban las once, y todos nos retirábamos satisfechos unos de otros, sin sospechar que hubiera en el mundo otra clase de placeres, y deseando que pasasen las horas para volver a reunirnos. Tal, amigo mio, era el espectáculo que presentaba la casa de don Melchor del Vallecillo; búsqueme usted ahora muchas por este estilo.»

—¿Como dice usted que se llamaba? repliqué yo precipitado.—Don Melchor del Vallecillo. ¿Pero qué tiene usted, que se ha inmutado? ¿Acaso le ha conocido? o...—No señor, no le he conocido; pero ciertamente no podia usted haber escojido otro ejemplo mas a propósito para apoyar su idea. Y va usted a verlo.

Yo frecuento en el dia una de las casas más elegantes de Madrid. Todas las circunstancias que deberian embellecer la existencia de un hombre se habian reunido en el amo de ella; salud, fortuna regular, un buen empleo, una mujer con quien se casó enamorado, dos hermosos niños, consideracion en Madrid, todo se le ofrecia para hacer su dicha; pues este hombre por seguir el sistema de la moda ha hallado el medio de ser infeliz. Llegado a una edad regular, habiéndose casado, y obtenido por su buena suerte, el mismo destino que ocupó su padre, empezaron a desenvolverse en él la ambicion y la vanidad, y le sujetaron a su carro de tal modo, que dejó de gozar en el momento que debia empezar a verificarlo. Por de pronto, no pareciéndole bien el cuarto que su padre habia vivido, se trasladó a una habitacion magnífica, y menospreciando los antiguos muebles que formaban el adorno de aquel, alhajó esta con todo el refinamiento de la moderna elegancia; su esposa, cuyo caracter débil es mui a propósito para seguir las impresiones que la quieran comunicar, se dejó seducir, como es natural, al aspecto del lujo y la magnificencia; segundó grandemente las ideas de su esposo, ayudóle a derramar su dinero, y creciendo en necesidades supérfluas llegó a poner su casa en un tren que compite con las primeras de la corte.

Con tan bellos elementos ¿quién resiste a la tentacion de tener sociedad? Tuviéronla en efecto, y desde el principio vieron llenos sus salones de jentes de varias esferas; desocupados, seductores, damas de fortuna, maridos tolerantes, esposas lijeras, jugadores, músicos y danzantes. El marido, que como todo hombre de gran tono empezó por hacer un viaje de dos meses a Paris, volvió a su casa tan lleno de aquellas *maneras*, que quiso iniciar en ellas a su esposa. Esta no tardó en aprenderlas y exajerarlas, y mui luego fué citada como el modelo de las damas *a la derniére*. Entre tanto el gasto de la casa se ha hecho exorbitante, como puede usted creerlo; el sueldo del destino, los productos de las haciendas, y aun de sus mismos capitales, todo desapareció como el humo, y nuestro hombre se ha visto precisado a recurrir a la intriga y a la bajeza con el ojeto de prosperar mas en su carrera, y proporcionarse medios de bastar a su disipacion. Su casa desde entonces quedó abierta a ciertos personajes, protectores gratuitos, y a ciertas damas de corte a quienes adula y encomia, no sin notable burla del resto de la tertulia, que conoce sus miras. Uno de aquellos, hombre de mundo y de las peores ideas, le

tiene seducido con su proteccion, y mientras tanto obsequia a su mujer; ella tal vez no le escucharia; pero el mismo marido... ¡qué infamia! la obliga a contemporizar y no ponerle mala cara. Entre tanto él se encierra en su sala de juego, aventura alli el resto de su fortuna, se aficiona a ciertos manejos indecentes, y aturdido con sus pérdidas y ganancias, y con el ruido del baile que suena en el salon, no advierte que han dado las dos de la mañana...

Pues esta casa que le acabo a usted de describir es la de don Melchor del Vallecillo, y este hombre el mismo don Melchor.

—¡Dios mio! esclamó mi interlocutor: ¿será posible? El hijo de mi buen amigo, el joven criado en el seno de la virtud ¿habrá dejenerado hasta este estremo?

—¡Ay don Plácido! que no es sino demasiado cierto.—¿Lo ve usted, lo ve usted? no le aseguraba yo antes que hoi dia...—¿Y qué sirvieron los buenos ejemplos, la escelente educacion?—¡Qué han de servir, me contestó don Plácido, contra la influencia de la moda y treinta años de diferencia...!

A este punto llegábamos de nuestra plática, cuando los gritos de los lijeros valencianos que pregonaban sus refrescos, y la animacion de las calles, nos hizo conocer que era pasada la hora de la siesta, y cojiéndonos afectuosamente las manos, nos separamos sin hablar mas.

(Agosto de 1832.)

LOS AIRES DEL LUGAR.

«¡Qué horror! a Madrid me vuelvo,
que allí hai mas comodidades
si los vicios no son menos.»

BRETON.

—«No hai remedio, amigo don Tal: usted está malo, y es preciso desterrar ciertos humores que *nosotros* los físicos llamamos *humores acres, proclives, espontáneos y corrumpentes;* y para ello nada encuentro tan acertado como el que vaya usted a *tomar aires* fuera de Madrid.—Si usted me lo ordena...—Sí, amigo, y con toda la autoridad de la ciencia; su imajinacion de usted demasiado ocupada de trabajos mentales, necesita distraccion y desahogo: al mismo tiempo le es a usted conveniente el respirar un aire libre y puro, no como este mefítico que nos rodea en la capital; en fin, la vida del campo volverá a usted sus fuerzas, y ensanchará su pecho, ofreciéndole placeres sencillos e inocentes que no ha esperimentado aun.—¿Y ácia dónde parece a usted que dirija el rumbo?—Adonde usted quiera, con tal que sea a un pueblo sano, y a bastante distancia de Madrid.—No entiendo esa última circunstancia.—Pues créame usted, y sígala aunque sea sin entenderla.»

Mi doctor (que es algo brusco de modales) tomó a este punto su sombrero y me dejó sin mas preámbulos cavilando sobre el nuevo proyecto que me indicaba. Inmediatamente corrí a rodearme de los ciento y tantos cuadernos que van publicados del Diccionario Jeográfico Universal; item, del Atlas que le acompaña, con el objeto de escojer sitio adonde dirijirme en busca de la salud y de los placeres puros e inocentes. Todo se me volvia tomar y dejar mamotretos, consultar viajes pintorescos, contemplar estampas de paisajes y marinas, recitar églogas pastoriles, y reunir, en fin, un copioso número de materiales para el nuevo jénero de vida que iba a seguir durante algun tiempo. Pero por mas que cavilaba nada decidia, hasta que resolví salir a la calle a consultarlo con el primero que la suerte me deparase.

La casualidad a veces sabe mas que un libro, y ella y mi buena suerte hizo que me dirijiese a casa de *don Melquiades Revesino*, cuya familia es para mí de la mayor franqueza. Por qué tanto, la hallé cuidadosamente ocupada en discutir un proyecto semejante al que a mí me desvelaba; quiero decir, en salir a tomar aires a un lugar.

Motivaba esta improvisa determinacion (a lo que supe despues) cierto amorío de la niña de la casa con el joven *don Luisito del Parral*, mozo brillante, no por su elevada cuna, no por la superioridad de sus talentos, no por la abundancia de sus riquezas, no, en fin, por su perfecta persona, sino por un cierto aire de estranjerismo aprendido en un viaje que hizo a Bayona, por un tono decisivo y abierto, hijo natural de la calle de la Montera, y por cierta elegancia en el vestir debida a la sabia tijera de *Rouget*; mozo, en fin, a la moda, mui versado en la chismografia corriente, y tan poco conocedor de los sucesos pasados como nada cuidadoso de los futuros.

Pues este tal era el que inflamando el corazon de *Jacinta* (que tal era el nombre de mi heroina) alteraba la paz de aquella casa, y destruia la salud de la niña, cuya palidez y tristeza se aumentaban desde el dia en que al celoso don Melquiades se le ocurrió privar a aquel la entrada en su casa. Desde tal momento la niña era el objeto de los mas solícitos cuidados, se la mimaba cuidadosamente, ya ofreciéndola manjares delicados, ya tomándola maestros de canto y de dibujo, ya llevándola del Prado a la ópera, y desde esta al baile; pero nada era suficiente a borrar la impresion que el mancebo habia hecho en su alma, y toda la facultad matritense, convocada al efecto, habia declarado solemnemente que la chica adolécia de una melancolía que acabaria con ella si por el pronto no se tomaba la determinacion de sacarla de Madrid. Tal era el apuro de esta familia, que no titubeó un momento en llevar a efecto tan sabia determinacion, y hé aquí que yo llegué cuando estaban discutiendo el punto de direccion.

Nada les podia servir mejor que mi llegada, pues viniendo, como venia, lleno de la misma idea, y cargado ademas de erudicion jeográfica, estaba en el caso de contribuir grandemente a fijar la cuestion. Seducido con la idea que me propusieron de acompañarles en la partida, hablé larga y asombrosamente sobre los diferentes paises conocidos; cité lugares célebres, atravesé montañas, salté rios, y dejé a todos pasmados con lo mismo que acababa de leer (costumbre harto frecuente en ciertos sabios del dia); pero a todo se me contestaba con esta pregunta: —«¿Y cuántas leguas está eso de Madrid?» — y en pasando del espacio que ellos determinaban ya no habia forma de reducirles. Por fin, despues de largos y acalorados debates y comparaciones topográficas, históricas y críticas, determinamos de comun acuerdo que el viaje seria... a *Carabanchel*; célebre lugar situado donde acaso mas de un jeógrafo ignora, y en cuyas ventajosas circunstancias convino toda la sociedad.

Una sonrisa de Jacinta fué la señal de la aprobacion jeneral, y desde aquel momento ya no se pensó mas que en los preparativos del viaje, que se fijó para de alli a ocho dias. Don Melquiades salió a contratar el carruaje, la mamá y la niña al almacen de *Carrillo* a comprar trajes y adornos de camino, a consultar de paso con *mada-*

ma Adela la forma de los sombreros, y a despedirse de todos sus conocidos; otro se ofreció a sacar el pasaporte, aunque luego nos ocurrió que hasta pasadas seis leguas de Madrid no teniamos necesidad de él; otro se encargó de preparar casa; un poeta de surtido que frecuentaba la tertulia corrió a componer una despedida *cantabile*, y yo me volví a empaquetar mis efectos, mi biblioteca de campo, mis mapas, mis anteojos y catalejos, y a comprar un libro en blanco para escribir las observaciones histórico-críticas del viaje.

En tan complicadas operaciones, llenos de las ideas y proyectos mas lisonjeros, y saboreando de antemano los placeres que íbamos a disfrutar, pasaron aquellos ocho dias, hasta que lució la suspirada aurora, y antes que el sol iluminase el horizonte ya nos hallábamos reunidos en casa de don Melquiades con todo el tren y aparato de marcha. Los abrazos, las lágrimas, los suspiros se prolongaron largo rato; los respectivos utensilios, cofres, maletas, sacos de noche, colchones y demas, fueron colocados en el coche; y subiendo en él el papá, la mamá, la niña y yo, con dos criadas, empezamos nuestro camino escoltados de algunos buenos amigos de la casa, a quienes íbamos dejando, ya en la puerta, ya en el puente de Toledo, ya en la antigua ermita de San Dámaso, ya, en fin, a la vista de Carabanchel de abajo.

Entre tanto nosotros gozábamos del aspecto de la campiña, marchando entre dos filas de futuros árboles recien plantados, y animando a Jacinta (que nunca habia pasado del Canal) a regocijarse con la vista de aquellas tierras de pan llevar, o de tal cual colina de arena que interrumpia la uniformidad del paisaje. Por fin, despues de varias preguntas de cuántas leguas habriamos andado ya, despues de informarnos de los nombres de los lugares cuyos campanarios alcanzábamos a ver a lo lejos, y despues de disertar largamente sobre las incomodidades de los viajes, llegamos sin ocurrencia notable a Carabanchel sin necesidad de hacer noche en el camino, gracias a la ajilidad de nuestras mulas.

Echamos pié a tierra en una calle *de cuyo nombre no quiero acordarme*, y ocupamos la casa que se nos tenia preparada: componíase de una salita baja con dos rejas a la calle, una alcoba, y varias piezas y dormitorios interiores que daban a las heras; y si bien el adorno, compuesto de una mesa de pino, ocho sillas de Vitoria, dos cornucopias, y cuatro estampas de la prision del Maragato, no correspondia en nada al precio que se nos habia exijido, ni a la elegancia y porte de nuestras damas, al menos le encontramos mui en armonía con los modales y disposicion de los amos de la casa; de suerte que no tuvimos que quejarnos en este punto de la menor discordancia.

Por de pronto nos examinaron bien, rieron de nuestros sombreros y casquetes, franquearon su puerta a una caterva de muchachos en camisa que nos perseguian con el epiteto de *lechuguinos de Madrid*, y permanecieron sentados, tranquilos espectadores del descargo de nuestros efectos, sin aproximarse a ayudarnos en nada. Pedimos agua para lavarnos, nos trajeron una cofaina sucia y ordinaria que pusieron sobre una silla, y para hacer que mudaran el agua a cada uno, tuvimos que sostener tantas cuestiones como individuos éramos; pedimos pan, no lo habia hasta de alli a una hora; quisimos vino, nos lo trajeron bastante malo; por último,

tuvimos necesidad de descansar, y los colchones no nos lo permitieron; hubo, pues, que repartir económicamente los que traiamos, y aun así no fue posible dormir, porque una plaga de moscas, moscones y mosquitos, formaban a nuestros oidos un alegre terceto, interpolado de sendas embestidas sobre nuestros rostros; esto, unido a la algarabía que traian las gallinas en el corral, y al calor y la luz que entraban por las puertas y ventanas que no cerraban bien, nos hizo pasar un ratito agradable, parecido a los varios que despues tuvimos ocasion de disfrutar. ¿Pero para qué me canso en ir siguiendo metódicamente el orden de los acontecimientos? Basta indicar con rapidez el método de vida a que por necesidad tuvimos que acomodarnos, y haciendo la pintura de un dia, puede servir de molde para los demas.

Nos levantábamos tarde, porque no nos acostábamos temprano, porque ningun objeto nos escitaba a madrugar, porque el dia se nos hacia mas largo e insoportable, porque los bichos voladores nos disputaban el sueño durante la noche, por otras mil y una razones que seria prólijo esplicar. Durante el fementido almuerzo, mal condimentado y peor servido, escuchábamos las novedades del pueblo de boca del sobrino del patron, *Ferminillo*, mozo travieso y decidor; cuyas novedades se reducian a saber tal cual familia que habia llegado de Madrid, con todos los ribetes y circunstancias de lo que traian, lo que gastaban, lo que comian, etc.; luego solia amenizar la relacion con alguna que otra paliza dada durante la noche, tal o cual multa o encarcelamiento; y acostumbraba concluir con acompañarse a la guitarra unas infames seguidillas de malignos conceptos y alusiones harto claras.

Cansados de Ferminillo, nos dirijiamos a alguno de los jardines y huertas particulares, donde (prévia una esquela del dueño, un permiso del mayordomo, un empeño del portero, o una recomendacion del estercolador), podiamos pasearnos en dos fanegas de sembradura debajo de un emparrado, hasta que solia venir el conde o el marques propietario, y, o teniamos que abandonar el campo, o que deshacernos a cumplidos y cortesías. Saliamos de allí cuando el Dios de los tabardillos ejercia ya su poderosa influencia, y por las amenas calles de aquella brillante poblacion (interrumpidas por algunos grupos de muchachos que reian de buena fé al mirar el sombrero de Jacinta, o al verme a mí llevando su sombrilla), nos dirijiamos a visitar a algunas de las familias compatricias, á las cuáles encontrábamos o bien entregadas á un profundo sueño, o bien ocupadas en echar de comer a las gallinas; ya jugando al asalto, ya leyendo la Gaceta de Madrid; y todos en jeneral quejándose de que el dia en Carabanchel tenia cuarenta y ocho horas. En fin, despues de proyectar algun paseo para la tarde, nos retirábamos a nuestra casa a despachar la parca comida, siempre compuesta de los mismos artículos de pollo y tortilla, a menos que algun *propio* enviado de Madrid no nos trajese algo nuevo: dormiamos luego cuatro horas de siesta, y saliamos al paseo de las heras, o bien al otro Carabanchel, en union de alguna otra familia, formando luego en cualquiera casa nuestra tertulia de tresillo hasta las once o las doce.

Tal era la vida agreste que llevábamos, y no hai que decir que cada dia nos parecía mas necia; la salud de Jacinta empeoraba; la mia no ganaba nada, y ni médicos ni botica nos inspiraban confianza para consultarlos; el ejercicio que haciamos

en un pais árido e ingrato nos cansaba el cuerpo y nos entristecia el alma ; todos los objetos que nos rodeaban inspiraban tédio y desazon ; la mezquindez de la habitacion y sus muebles, la grosería de sus dueños, las chanzas pesadas de Fermiñillo, la etiqueta de las jentes que llegaban de Madrid, la monotonía de nuestras acciones, el aspecto mísero del lugar, la privacion de toda clase de conveniencias, las intrigas y enemistades ridículas que Fermin nos contaba, todo era mui a propósito para acabarnos de fastidiar, y al cabo de quince dias (de los cuales segun mi cuenta pasamos durmiendo los diez y medio), se empezó a tratar de volver a Madrid. Un incidente imprevisto vino a precipitarlo.

Hacia dos o tres noches que yo habia visto por las ventanas que daban a las heras pasar un hombre a caballo con aspecto misterioso, y haciendo salir a Fermin a reconocerle, vi que se hablaban, y que se despidió de él el caballero ; con lo cual, y con decirme Fermin que era un conocido de Madrid que estaba en el pueblo, cesaron mis sospechas, a pesar de que otras noches a la misma hora solia verle rondar la casa.

Ya nuestra partida estaba señalada para de allí a dos dias, cuando reuniéndonos una mañana al desayuno, notamos que Jacinta no venia ; llamamos a su criada, no respondió ; pasamos a su cuarto, y vimos que habian desaparecido una y otra, item mas, el Ferminillo, director de toda la intriga, y sobre la mesa encontramos un billete concebido en estos términos.

«Amados papá y mamá ; el estado infeliz a que me ha reducido una pasion vio»lenta, y el convencimiento que tengo de mi pronta muerte si me empeño en re»sistirla, me han obligado a dar un paso atrevido y ajeno de mis ideas ; pero creo »que el amor que ustedes me tienen les inclinará a perdonármelo. Yo huyo de »la casa paterna ; pero huyo bajo la proteccion de las leyes, y huyo con el es»poso que mi suerte me ha destinado. Voi con Fermin y Manuela, y quedo depo»sitada en Madrid en casa de D.... su amigo de ustedes, mientras espero alli la »aprobacion paternal. Perdon, papá y mamá : no me aborrezcan ustedes, y cóm»padézcanme por haberme visto precisada a este estremo. — Jacinta. »

No hai que decir el pasmo que en ambos consortes se manifestó con esta ocurrencia ; sin embargo, en la mamá noté mas serenidad, como si hubiese tenido algun antecedente. Yo me encargué de convencer al padre, y llegado que hubimos a Madrid, viéndose invitado por la autoridad a prestar su aprobacion, y fuertemente instado por todos sus amigos, cedió por fin a nuestras súplicas, y el matrimonio se celebró ayer con alegría y satisfaccion, sin mas nubes ni contratiempos.

La niña Jacinta parece satisfecha de haber salido *a tomar aires*, y no dudo que curará de sus males ; en cuanto a mí, si no bastasen los que tomé en Carabanchel, continuaré tomándolos en el Retiro, o me alejaré sesenta leguas de Madrid, adonde la sencilla ignorancia de la aldea no se halle mezclada con la malícia del pueblo bajo de la corte, y donde la campiña mas vária ofrezca mayor novedad y desahogo. Esto fué sin duda lo que me quiso decir mi médico.

(Agosto de 1832.)

EL PASEO DE JUANA.

«Debajo de esas ropas y jubones
imajino serpientes enroscadas,
uñas de grifos, garras de leones.»
LUPERCIO.

A electrizar muchos cuerpos
Y a cautivar muchas almas
Una noche de verano
Salió Juana de su casa:

Juana, la que en Avapies
Goza por su noble fama
Los galanes por docenas,
Las palizas por semanas;

La que con su vista solo
Turba la paz de las casas,
La que las mujeres temen,
La que los maridos aman.

Un airoso zagalejo
Sus perfecciones señala,
Y a la media pierna llega,
Y de allí, traidor, no pasa.

¡Ah zagalejo paciente,
Qué de aventuras contáras
Si fueras enriquecido
Con el don de la palabra!

De sarga rica mantilla
Con terciopelo de a cuarta
Deja Juana por los hombros
Colgar casi descolgada,

Y en recojer las dos puntas
La mano diestra empleaba,
Con la izquierda juguetona
Un blanco pañuelo arrastra.

Apenas pisa la calle,
En marcha oblicua y taimada
Sigue a *babór* y *estribór*
Con un meneo que encanta;

Nada, nada la detiene,
Al cruzar las calles, salta,
Y en gracia de la limpieza
Alza el vestido una cuarta;

Todos la dejan la acera,
Todos vuelven a mirarla,
Y ella a todos los desdeña
Y sigue alegre su marcha.

Algunos mas atrevidos
La dicen «*Pase, mi alma;*»
Pero ella alza su cabeza,
Tuerce el labio, escupe o canta;

Y va dejando plantones
Por las calles donde pasa,
Que hasta perderla de vista
Permanecen como estátuas.

¡Qué es ver al señor don Bruno,
El abogado de fama,
Quedarse petrificado
Sin saber lo que le pasa,

Andar dos pasos atras
Mirando si le reparan,
Hasta que mas reflexivo
Sigue su camino y marcha!

Y a don Cosme el mercader,
De la hambre fiel estampa,
¿No es una risa el mirarlo
Que al ver a Juana se pára,

Se envuelve en su capotillo,
Y se va tras la muchacha,
Y tropezando y cayendo
Hasta que llega a alcanzarla?

Dála entonces con el codo,
Y entre toses y entre babas
La dice cuatro chocheces
Con vóz trémula y cascada;

Juana le mira y se asusta
Al ver su figura estraña,
Hasta que rompe en reir
Y le deja... ¡cual quedaba!

Un cadete en este instante
Al lado de Juana pasa;
Mírala, vuelve, y la sigue;
Al cabo una cadetada.

Formando iba mil proyectos,
Y contemplando con ansia
La belleza de Juanilla,
Que ya cuenta por lograda.

Tienta primero el bolsillo
Para escuchar si sonaba,
Que esta clase de conquistas
No se hace con otras balas.

Avanza luego atrevido,
Y sin mirar mas que a Juana
Con palabras de grajea
Sus deseos la declara.

Juanilla, a quien el pudor
(Como es natural) ahogaba,
Sigue su paso, y camina
Sin responderle palabra,

Y el cadete, conociendo
Que *otorga todo el que calla*,
Marcha al lado, y tanto dice
Que al fin le responde Juana.

Arman, pues, conversacion,
Y yo no sé de qué hablaban,
Pero es cierto que el cadete
Iba que lástima daba.

Su paso era acelerado;
Mas la compañera manda,
Que conoce del mancebo
Las no disfrazadas ansias,

Quiere probar su paciencia,
Y a un vecino que pasaba
Haciendo el desentendido
Y evitando el saludarla,

Le pára, y empieza a darle
Conversacion mas que larga
Sobre no sé qué diabluras
Que hicieron noches pasadas.

Rabiando estaba el cadete
Y pelándose las barbas
Al mirar todo este paso
Desde una esquina inmediata;

Hasta que compadecida
De su situacion la Juana
Se despide del vecino
Y ácia el cadete ya marcha.

Este viéndola venir
Olvida sus amenazas,
Vuelve a espresar su contento,
Vuelve a la dicha turbada.

Llegan despues de un buen rato
De la tal niña a la casa,
Y en un oscuro portal
Entran en dulce compañía.

Una escalera de torre
No es mas peligrosa ni alta
Que la que el pobre cadete
Tuvo que subir tras Juana.

El que se miró en lo oscuro
Corre en pos de la muchacha,
Y como iba tan turbado
Y la escalera era mala,

No subia un escalon
Sin que un susto le costara,
Porque en el que no caia
Por lo menos tropezaba.

Llegan al alto por fin,
Y a la puerta Juana llama:
Abrese, pues; y una vieja
Asquerosa y remendada

(De estas viejas que su oficio
Llevan pintado en la cara)
Es el objeto primero
Que delante se les planta.

Un torcido candelero
Con media vela en la sala
Coloca, y mui cuidadosa
Dispone no falte nada;

Pone sillas, las cortinas
Despliega, espanta la gata,
Y hace, en fin, lo que hacer suele
Toda mujer de su casta.

Vase despues, y los deja
En libertad... pero calla,
Que quiero tomar aliento
Para describir la sala.

Erase un cuarto pequeño,
Las paredes sombreadas,
Las bovedillas mugrientas
Las arañas las poblaban.

Juana era caritativa,
Y asi vivir las dejara,
Consiguiendo con sus telas
Tener la casa colgada.

Una mesita de pino,
Un San Antonio de talla,
Y a su lado en simetria
Dos tiestecitos de albaca;

Un espejo sin azogue,
Del *dos de Mayo* una estampa,
Y un pandero en una esquina
Enfrente de una guitarra;

Tres desvencijadas sillas
Concluian de la sala
El adorno, y en verdad
Que estaba bien adornada.

¿Pero... adónde está Juanilla?
¿Y el cadete? ¡Ah, buenas maulas!
Mas silencio, que a la puerta
En este momento llaman;

¿*Quién es*? (pregunta la vieja.)—
— «Abra usted, señora Claudia.» —
— «¡Ay Juanita! que es el zurdo:
Por Dios que no sienta nada.» —

Abre la vieja y un majo
De sombrero de calaña,
De chaquetilla redonda,
Y de garrote y navaja,

Entra y toma posesion
Pacífica de la sala;
Y en tanto que la Juanita
Sale a ver su buena alhaja,

El cadete de puntillas
Se va por la puerta falsa,
Agarrado de la vieja
Bajando a oscuras la escala;

Y al encontrarse en la calle,
Su razon ya despejada
Le hace ver su desvarío,
Y mil temores lo asaltan.

Pero no solo en temores
Pararon, que poco tarda
En conocer los efectos
De pasearse con Juana:

Y entonces diz que el cuitado
A sus solas esclamaba:
¡Oh placer cuán poco duras,
Y qué de penas arrastras!

(Agosto de 1832.)

NOTA. Este romance, aunque publicado por primera vez en 1832, fue escrito por el autor en 1824 cuando solo contaba veinte años de edad. Esta circunstancia puede servir de disculpa de su incorrec-cion, y mas aun de la libertad de la pintura.

EL DIA 30 DEL MES.

« Reveses de fortuna
Hamais a las miserias :
¿ por qué, si son reveses
de la conducta necia ? »

SAMANIEGO.

Pared por medio de mi casa vive *don Homo-bono Quiñones*, jefe de mesa de cierta oficina, y uno de los carácteres mas orijinales que he conocido. Fenelon aseguraba que *el hombre mas dichoso es aquel que cree serlo*, y si este dicho es esacto, como debemos sospecharlo, hai motivos para pensar que el don Homo-bono sea aquel mortal privilejiado. Y si no se me creyese sobre mi palabra, eréase al menos la pintura que de él haré.

La satisfaccion y la alegría parecen haber escojido su mansion en aquel semblante que los años procuran en vano arrugar : ningun achaque destruye su físico ; ninguna pena halla el camino de su corazon ; ninguna sensacion violenta obra fuertemente sobre su alma. Los movimientos del dolor le son desconocidos ; su estado habitual es el de la alegria ; pero no una alegría ardiente y bulliciosa que haga trabajar a su imajinacion, sino un placer tranquilo y bonancible que le inclina a ver las cosas por el lado mas favorable. V. gr., su mujer es altiva, gastadora ; y ejerce sobre el esposo un dominio mas que conyugal ¿ pero qué importa ? es alegre, graciosa, se da tono en la sociedad, hace hablar de sí y de su casa, y esto le basta a su esposo : la niña es caprichosa, mal criada, y sin ninguna de las inclinaciones que descubren un fondo de virtud ; ¡ pero es tan bonita ! ¡ tan juguetona ! ¡ canta tan bien ! ¡ baila con tal gracia ! que su papá se pasma mirándola ; el muchacho es un calaverilla contrahecho, frívolo, enredador y pedante ; ¡ pero tiene unas ocurrencias tan graciosas ! ¡ se burla con tal agudeza de sus maestros ! es tan diestro para hacer sus travesuras, que nadie (y menos su padre) se atreve a reprenderle: los amigos de la casa son demasiado francos, se toman hartas libertades, frecuen-

tan sobradamente la mesa, y ayudan a caer a aquel ruinoso edificio; pero si no fuera por ellos, ¿quién habia de resistir la monotonía y el fastidio? Por último, los criados son habladores y rayan en insolentes, roban y malgastan lo que pueden, trabajan poco y mal, comen mucho y bien, y duermen mejor. ¿Pero quién tiene valor para meterse con ellos en contestaciones de esta especie? «*Il faut que tout le monde vive*,» decia Luis XVIII: *es preciso que todos vivamos*, traduce don Homo-bono.

Solo hai doce dias en el año en que este buen señor *(bonus vir)* suele hacer alguna reflexioncilla de distinta naturaleza, y son los dias 30 de cada mes, época fatal en que vienen a reducirse a maravedís todos los placeres y contentos de las tres decadas anteriores. Pero aquella sombra que por un momento quiere oscurecer su imajinacion, desaparece al instante, cual lijera nubecilla en un cielo tranquilo y sereno. Sin embargo, en las cortas horas que dura la estraña lucha de sus inclinaciones con su razon, ofrece un espectáculo tan grotesco, que el difunto Goya tomaria en él brijinal para un nuevo *capricho*.

Llega por fin despues de veinte y nueve la suspirada aurora en que el cuerno de Amaltea va a destaparse y verter sobre mesas y bufetes su arjentada preñez. Mi funcionario, por su calidad de jefe de mesa, debe dar buen ejemplo; el barbero, el peluquero, el chocolate y las demas ocupaciones matutinas, adelantan aquel dia media hora al sistema ordinario; y no bien han sonado las ocho y media de la mañana, sale de su casa, no sin grave ajitacion de los artesanos y tenderos, que viéndole pasar, gritan «*las nueve*;» espresion natural y espontánea que honra mas la puntualidad de este empleado que cuantos discursos pudiera yo escribir.

Llega a la oficina... ¡qué exactitud en todo el mundo! ¡qué soltura para el trabajo! ¡qué valentía de pulsos para rubricar la nómina! ¡qué combinacion para repartir metódicamente los cartuchos de municiones de boca! Uno de los de grueso calibre toca por supuesto a don Homo-bono, y su imajinacion se espacia considerando su lonjitud, que le promete una série de goces no interrumpidos hasta el fin del mes siguiente. Mas ¡oh imperfectibilidad de las cosas humanas! ¿quién habia de decir que esta agradable ilusion habia de durar tan poco? Yo lo diré, y tambien la causa; y es que don Homo-bono *habia echado la cuenta sin la huéspeda*, y la huéspeda era su mujer.

De vuelta a su casa, una horita mas temprano que de costumbre (por el sabio sistema de las compensaciones), viene cargado dulcemente con aquel amable fruto de sus tareas públicas, y ya le mira convertido en sendos jamones, nutridas empanadas, robustos pavos, e injeniosos ramilletes, y tambien en palcos de toros y comedias, coches y tiros, merendonas y algazaras; tan armónicamente organizado está su cerebro. Más ¡oh desgracia! al doblar la esquina de su calle, sale un fementido tendero, y con obligantes cortesías le pregunta por su salud; don Hono-bono cambia de color, y pasa a la otra mano el pañuelo de la mesada; pero del opuesto lado ábrese la puerta de la modista, y *Madama Cotillon* le hace tres cortesías a la francesa y le presenta un papel en español. (Aqui don Homo-bono guarda el pañuelo en la solapa del frac, remedando en este juego el de Bartolo con la bota en *El médico a palos*.) Recibe, pues, el papel con la misma seriedad

que un ministro los memoriales, y entra bruscamente en el portal; pero un vinatero manchego, sentado en la escalera, le quita cortesmente la monterilla y sube detras de él, ganando por la mano al tendero y a la modista. Entra en su casa; cierto caballero mui elegante se le presenta y hace cincuenta cortesías; contéstale don Homo-bono con otras tantas, y preguntada su gracia, le dice ser *Mr. Battement*, maestro de baile de *Mademoiselle*; mas allá se inclina profundamente un viejo mal vestido, que se da a conocer por el maestro de gramática del señorito; y no lejos de él *il signor Gorgorini, professore di musica et allievo del Conservatojo di Milano*, hace presente que es el encargado de la garganta de la *Signorina*.

Don Homo-bono conoce, aunque tarde, lo efímero de sus ilusiones; pero resuelto a quedar con el honor correspondiente, entra solemnemente en su despacho, y colocado con majestad *sede pro tribunale*, manda abrir con estrépito entrambas hojas de la puerta, y empieza la audiencia y pago. Concluida la operacion con los que van relatados, se dispone a poner a cubierto de las derrotas las medallas existentes, cuando un fuerte campanillazo le hace conocer que aun hai enemigos que aplacar. Con efecto, era el casero, y todos saben la clase de jesto tan repugnante que esta jente tiene, especialmente en ciertos dias; jesto inevitablemente mensual, trimestral, semestral, o anual, que recuerda las apariciones periódicas de los cometas de gran cola, previstas tristemente por los astrólogos agoreros.

Fué preciso sacrificar a aquel fantasma terrible una buena parte del remanente de los 30 dias, y otra no corta porcion repartieron entre sí el sastre *jeómetra*, el zapatero *galan*, el fondista *son arjent*, el almacenista de jéneros *carillo*, el calesero *de antaño* y el peluquero *de ogaño*, que todos fueron llegando como llamados a son de campana comunal.

Pero la decisiva de las visitas faltaba aun, y era la de la amable compañera, la caritativa costilla de don Homo-bono, que venia a notificarle como de alli a dos dias era el cumpleaños de la niña, y que habia determinado tener unos cuantos convidados, y un poquito de funcion. En vano Quiñones se afanó en manifestarla que se quedaba sin un cuarto, y con un mes delante de sí; su carácter no era tampoco para grandes reflexiones, ni ella las admitia; y asi fue que a dos por tres quedó en manos de la última el resto de la mesada, y don Homo-bono libre de cuidados. Entre tanto aquella noche para empezar la funcion hubo música y baile, y el esposo fué el primero que en tales momentos se entregó al esceso de su felicidad.

Sin embargo, asi pasó un mes, y otro, y otro; y vino un año, y se juntaron doce déficit que don Homo-bono no pudo pagar; y a los dos años ya serán veinte y cuatro, y asi sucesivamente; y se tendrá que empeñar, y luego no podrá satisfacer, y luego vendrá la vejez, y luego se jubilará, y luego, luego... en la calle de Atocha, última casa a la derecha, acaso darán razon.

(Agosto de 1832.)

EL AMANTE CORTO DE VISTA,

« ¡Ai cielos! sueño despierto,
pierdo cuando estoi ganando,
soi lince y a oscuras ando,
y en fin, apunto y no acierto. »

TIRSO DE MOLINA.

«¡Cómo! (esclamará con sorpresa algun crítico al leer el título de este discurso) ¿tampoco los vicios físicos estan fuera del alcance de los tiros de *el Curioso*? ¿Ignora acaso este buen señor que no le es lícito particularizar circunstancias que quiten a sus cuadros las aplicaciones jenerales? ¿Y quién le ha dicho tampoco que sea razonable presentar el ridículo de un vicio físico, por lo menos sin que vaya acompañado de otro moral?»

—Paciencia, hermano, y entendámonos, que quizá no es dificil. Venga usted acá; cuando ciertos vicios físicos son tan comunes en un pueblo que contribuyen a caracterizar su particular fisonomía, ¿será bien que el descriptor de costumbres los pase por alto sin sacar partido de las varias escenas que deben ofrecerle? Si hubiese un pueblo, por ejemplo, compuesto de cojos, ¿no seria curioso saber el órden de la marcha de sus ejércitos, sus juegos, sus bailes, sus ejercicios jimnásticos? ¿Pues por qué no se ha de pintar al amor *corto de vista* donde apenas hai amante que no lo sea? Por otro lado, ¿quién le ha dicho a usted que esta enfermedad *de moda* no presenta su aspecto moral? ¿Tan dificil seria probar su orijen de la depravacion de costumbres, de los vicios de la educacion, o de los escesos de la juventud? Con que ya ve usted, señor crítico, que este asunto entra naturalmente en la jurisdiccion de mi benigna correa; con que ya usted conocerá que no hai inconveniente en hablar de él.—¿No? pues manos a la obra.

Los ejemplos me salen al paso, y no tengo mas que hacer que la eleccion de uno. Téquele por hoi la suerte a Mauricio R.... y perdone si le hago servir para desa-

rrugar la frente de mis amables lectoras. — ¿Y quién es el tal? — El tal, señoras mias, es un jóven de veinte y tres, cuya figura espresiva y aire sentimental descubren a primera vista un corazon tierno y propenso al amor; no es por lo tanto estraño que encontrase gracia cerca de ustedes. Asi ha sucedido, pues, y algunas aventurillas en calles y paseos previnieron al jóven Mauricio de sus ventajosas circunstancias; mas por desgracia el pobre mancebo tiene un defecto capital, y es el ser corto de vista, mui corto de vista, lo cual le contraría en todos sus planes.

Alto, señoras, no hai que reirse, que mi héroe no lo toma a risa, ni sabe sacar partido como otros muchos de este mismo defecto, para ser mas atrevido y exijente, para ostentar sobre su nariz brillantes gafas de oro, o para sorprender con su *inevitable* lente las miradas furtivas de las damas. Nada menos que eso; Mauricio es sensible, pero mui comedido; y mas bien quiere privarse de un placer, que causar un disgusto a otra persona. Bien hubiera deseado ponerse anteojos perpétuos como hacen otros sin necesidad y solo por petulancia; ¡pero dicen tan mal unos espejuelos moviéndose al precipitado compas de la *Mazzowrka!!!* y Mauricio a los veinte y tres años no podia determinarse a dejar de bailar la Mazzowrka. Buen remedio era por cierto el lente colgante; pero ademas de la prudencia con que le usaba, ¿cómo adivinar las escenas que iban a suceder para estar prevenido con él en la mano? Si la hermosa Filis volvia rápidamente ácia él sus bellos ojos, o dejaba caer su pañuelo para darle ocasion de hablar con ella, ¿quién lo habia de prever un minuto antes? Si creyendo sacar a bailar a la mas hermosa de la sala, se hallaba con que se habia ofrecido a una momia de Ejipto, ¿de qué le servia el lente un minuto despues? Vamos, está visto que el lente no sirve de nada, y Mauricio, que conocia esto, se desesperaba de veras.

El amor, que por largo tiempo se habia complacido en punzarle lijeramente, vino por fin a atravesar de parte a parte su corazon, y una noche en el baile de la marquesa de... Mauricio, que bailaba con la bella Matilde de Lainez, no pudo menos de espontanear una declaracion en regla. La niña, en quien sin duda los atractivos de Mauricio hicieron su efecto, no se determinó a reprenderle.

«Faute d'avoir le temps de se mettre en courroux.»

Y hé aqui a mi buen mancebo en el momento mas feliz del amor; el de mirarse correspondido por la persona amada. Ya nuestros amantes habian hablado largamente; tres *rigodones* y una *galop*, no habian hecho mas que avivar el fuego de su pasion; pero el sarao se terminaba, y el rendido Mauricio renovaba las protestas y juramentos, tomaba exactamente la hora y el minuto en que Matilde se asomaria al balcon, la iglesia donde acudia a oir misa, los paseos y tertulias que frecuentaba, las óperas favoritas de la mamá; en una palabra, todos aquellos antecedentes que vosotros, diestros jóvenes, no descuidais en tales casos. Pero el inesperto Mauricio se olvidaba en tanto de reconocer puntualmente a la mamá y a una hermana mayor de Matilde, que estaban en el baile; no hizo alto en el padre de esta, coronel de caballería; y por último, no se atrevió a prevenir a su amada de la circunstancia fatal de su cortedad de vista. El suceso le dió despues a conocer su error.

No bien llegó la hora señalada, corrió al siguiente dia a la calle donde vivia su

dueño, repasando cuidadosamente las señas de la casa: Matilde le habia dicho que era número 12, y que hacia esquina a cierta calle; mas por cuanto la otra esquina, que era número 72, parecióle 12 al desdichado amante, y fué la que escojió como objeto de su bloqueo.

Matilde, que le vió venir (ojos femeniles, ¡qué no veis cuando estais enamorados!), tiró su almohadilla, y saliendo precipitada al balcon ostentó a su amante todas las gracias de su hermosura en el traje de casa; pero en vano, porque Mauricio, situado a seis varas, en la otra esquina, fijos los ojos en los balcones de la casa de enfrente, apenas hizo alto en la belleza que se habia asomado al otro balcon. Este desden inesperado picó sobremanera el amor propio de Matilde; tosió dos veces, sacó el pañuelo blanco; todo era inútil; el amante dolorido la miraba rápidamente, y la volvia la espalda para ocuparse del otro objeto. Una hora y mas duró esta escena, hasta que desesperado el muchacho, y creyéndose abandonado de su dama, sintió fuertes tentaciones de aprovechar el rato con la otra vecina que tan inmóvil se mostraba. No pudiendo, en fin, resistirlas, y viendo que de lo contrario perdia la tarde del todo, se determinó al cabo (aunque con harto dolor de su corazon) a hacer un paréntesis a su amor, y hablar a la airosa vecina. Dicho y hecho; atraviesa la calle, marcha determinado bajo el balcon de Matilde, alza la cabeza para hablarla; pero en el mismo momento tírale ella a la cara el pañuelo que tenia en la mano (al que durante su furor habia hecho unos cuantos nudos), y sin dirijirle una palabra éntrase adentro y cierra estrepitosamente el balcon. Mauricio desdobló el pañuelo, y reconoció el bordado, las mismas iniciales que habia visto en el que llevaba Matilde la noche del baile... Miró despues la casa, y alcanzó a ver *Visita jeneral número* 12. (1) ¿Cómo pintar su desesperacion?

Tres dias con tres noches paseó en vano la calle; el implacable balcon permanecia cerrado, y toda la vecindad, menos el objeto amado, era fiel testigo de sus suspiros. A la tercer noche se daba en el teatro una de las óperas favoritas de la mamá; colocado en su luneta, con el auxilio del *doble* anteojo, recorre con avidez el coliseo, y nada ve que pudiera lisonjearle: sin embargo, en uno de los palcos por asientos cree ver a la mamá acompañada de la causa de su tormento. Sube, pasea los corredores, se asoma a la puerta del palco; no hai que dudar... son ellas... Mauricio se deshace a señas y visajes, pero nada consigue; por último, se acaba la ópera, espéralas a su descenso, y en la parte mas oscura de la escalera acércase a la niña y la dice:

—«Señorita, perdone usted mi equivocacion; si sale usted luego al balcon la diré.. entre tanto tome usted el pañuelo.» —Caballero, ¿qué dice usted? le contestó una voz estraña a tiempo que un menguado farolillo (de los farolillos que alumbran pálidamente las escaleras de nuestros teatros) vino a revelarle que hablaba a otra persona, si bien mui parecida a su ídolo. —Señora... —¡Calle! y el pañuelo es de mi hermanita. —¿Qué es eso, niña? —Nada, mamá; este caballero que me da un pañuelo de Matilde. —¿Y por dónde tiene ese caballero un pañuelo de Matilde? —Señora...yo... dispense usted... el otro dia... la otra noche, quiero decir... en

(1) No hai necesidad de advertir que este artículo se escribió antes de la nueva numeracion de Madrid, que por su órden y claridad favorece a los amantes cortos de vista.

el baile de la marquesa de...—Es verdad, mamá, el señor bailó con mi hermana, y no es estraño que dejase olvidado el pañuelo.—Cierto, es verdad, señorita, se quedó olvidado... olvidado...—A la verdad que es estraño; en fin, caballero, damos a usted las gracias.» —

Un rayo caido a sus piés no hubiera turbado mas al pobre Mauricio, y lo que mas le apesadumbraba era que en una punta del pañuelo habia atado un billete en que hablaba de su amor, de la equivocacion de la casa, de las protestas del baile, en fin, hacia toda la esposicion del drama, y él no sabia qué suerte iba a correr el tal papel.

Trémulo e indeciso siguió a lo lejos a las damas, hasta que entraron en su casa y le dejaron en la calle en el mas oscuro abandono. En balde aplicaba el oido por ver si escuchaba algun diálogo animado; la voz lejana del sereno, que anunciaba las doce, o la sonora marcha de los súcios carros de la limpieza, era lo único que hería sus oidos, y aun sus narices; hasta que cansado de esperar sin fruto, se retiró a su casa a velar y cavilar sobre sus desgraciados amores.

Entre tanto ¿qué sucedia en el interior de la otra casa? La mamá, que tomó el pañuelo para reprender a la niña, habia descubierto el billete, se habia enterado de él, y pasados los primeros momentos de su enojo, habia resuelto por consejo de la hermanita callar y disimular, y escribir una respuesta mui lacónica y terminante al galan con el objeto de que no le quedase gana de volver; hiciéronlo así, y el billete quedó escrito, firmado de letra de mujer (que todas se parecen), cerrado con lacre y oblea, y picado por mas señas con un alfiler. Hecha esta operacion se fueron a dormir, seguras de que a la mañana siguiente pasaria por la calle el desacertado galan. Con efecto, no se hizo de rogar gran cosa; pues no habian dado las ocho cuando ya estaba en el portal del frente, sin atreverse a mirar. Estando asi, oye abrirse el balcon: ¡oh felicidad! una mano blanca arroja un papelito; corre el dichoso a recibirle, y encuentra... el balcon se habia cerrado ya, y la esperanza de su corazon tambien.

En vano fuera intentar describir el efecto que hizo en Mauricio aquella série de desgracias; baste decir que renunció para siempre al amor; pero en fin, era mancebo, y al cabo de quince dias pensó de distinta manera, y salió al Prado con un amigo suyo. Era una de aquellas noches apacibles de julio que convidan a gozar del ambiente agradable bajo los frondosos árboles, y sentados ambos camaradas empezaron la consabida conversacion de sus amores. Mauricio con su franqueza natural contó a su amigo su última aventura, con todos los lances y peripecias que la formaban, hasta la amarga despedida que sus adversas equivocaciones le habian proporcionado; pero al acabar esta relacion sintió un rápido movimiento en las sillas inmediatas, donde entre otras personas observó sentados a un militar y una jóven: arrímase un poco mas, saca su anteojo (¡insensato! ¿por qué no le sacaste desde el principio?) y conoce que la que tenia sentada junto a él oyendo su conversacion era nada menos que la hermosa Matilde. — «¡Ingrata...!» — fue lo único que pudo articular, mientras el papá llamaba a un muchacho para encender el cigarro. — «Yo no he escrito ese billete.» (Esta respuesta obtuvo al cabo de un cuarto de hora.) — ¿Pues quién...? — «No sé... llévelo usted; a las doce estaré al balcon.»

La esperanza volvió á derramar su bálsamo consolador en el corazon del pobre Mauricio, y lleno de ideas lisonjeras aguardó la hora señalada; corre precipitadamente bajo el balcon: con efecto, está allí; ya mira brillar sus hermosos ojos, ya advierte su blanca mano, ya... Mas ¡oh, y qué bien dice Shakespeare, que *cuando los males vienen no vienen esparcidos como espias, sino reunidos en escuadrones!* Aquella noche se le habia antojado al papá tomar el fresco despues de cenar, y era él el que estaba repantigado en la barandilla, no sin grave ajitacion de Matilde, que le rogaba se fuese a acostar para evitar el relente.

— «Bien mio, dijo Mauricio con voz almibarada, ¿es usted?» — Chica, Matilde, la dice el padre por lo bajo, ¿es contigo esto? — Papá, conmigo no señor; yo no sé... — No, pues estas cosas tuyas son o de tu hermana. — «Para que vea usted (continúa el galan amartelado) si tuve motivo de enfadarme, ahí va el billete.» — A ver, a ver, muchacha, aparta, aparta, y trae una luz, que voi a leerle... — Dicho y hecho; éntrase a la sala mirando a su hija con ojos amenazadores, abre el billete y lee... «*Caballero; si la noche del baile de la marquesa pude con mi indiscrecion hacer concebir a usted esperanzas locas...*» — Cielos; ¡pero qué veo! esta es letra de mi mujer... — ¡Ay papá mio! — ¡Infame! a los cuarenta años te andas haciendo concebir esperanzas locas... — Pero papá... — Déjame que la despierte, y que alborote la casa... Con efecto, asi lo hizo, y en mas de una hora las voces, los jemidos, los llantos, dieron que hacer a toda la vecindad, con no poco susto del *galan fantasma*, que desde la calle llegó medio a entender el inaudito *quid pro quo*.

Su jenerosidad y su pundonor no le permitieron sufrir por mas tiempo el que todos padeciesen por su causa, y fuertemente determinado llama a la puerta; asómase el padre al balcon: — Caballero, tenga usted a bien escuchar una palabra satisfactoria de mi conducta. — El padre coje dos pistolas y baja precipitado; abre la puerta; «Escoja usted, le dice.» — Serénese usted, contesta el joven; yo soi un caballero, mi nombre es N., y mi casa bien conocida; una combinacion desgraciada me ha hecho turbar la tranquilidad de su familia de usted, y no debo consentirlo sin esplicársela. — Aqui hizo una puntual y verdadera relacion de todos los hechos, la que apoyaron sucesivamente la mamá y las niñas, con lo cual calmó la ajitacion del celoso coronel.

Al siguiente dia la marquesa presentó a Mauricio en casa de Matilde, y el padre, informado de sus circunstancias, no se opuso a ello.

Desde aqui siguió mas tranquila la historia de estos amores, y los que desean apurar las cosas hasta el fin, pueden descansar sabiendo que se casaron Mauricio y su amada, a pesar de que esta, mirada de cerca, a buena luz, y con anteojos, le pareció a aquel no tan bella por los hoyos de las viruelas y algun otro defectillo: sin embargo, sus cualidades morales eran mui apreciables, y Mauricio prescindió de las físicas, no teniendo que hacer para olvidar estas sino una sencilla operacion, que fué... quitarse los anteojos.

(Setiembre de 1832.)

LAS TIENDAS.

«¿ Quién nos dirá (dejadas sus cautelas,
mayores) lo que cuestan sus encajes
sus cadenetas, randas y arandelas?
¿quién las ciegas mudanzas de los trajes?
B. DE ARGENSOLA.»

Eran las once en punto de la mañana, y yo no debia hallarme hasta las doce en cierta parte del mundo adonde la obligacion me llamaba. Quiero decir, que tenia sesenta minutos delante de mí para disponer de ellos a mi sabor. Encontrábame a la sazon en medio de la Puerta del Sol, mansion natural de todo desocupado, y yo en aquella hora lo estaba a mas no poder. Lánguido e indiferente, dejábame llevar en simétrica alternativa ya a una esquina, ya a otra, y mientras nada hacia, recreábame en mirar los estimulantes anuncios literarios que decoran aquellos eruditos postes, admirando su profusion, y la variedad de nombres clásicos que denuncian a la posteridad. En estas y otras cavilaciones me asaltó de improviso la idea de que si «para dormir no es menester luz,» para pensar tampoco se necesita estar en pié; y esto diciendo, enfilé por lo mas ancho la famosa calle Mayor, huyendo de los encontrados pasos de dilijencias, coches, ciegos, aguadores, borricos e importunos; y dejando a un lado las gradas de S. Felipe, tan animadas en tiempo de Quevedo, tan solitarias hoi, dí fondo en uno de los elegantes almacenes de jéneros que se encuentran sobre la izquierda.

Era cabalmente en un momento en que los cuatro jóvenes que rejentaban el mostrador se encontrahan sin pedidos; quiero decir, que no habia mas jente en la tienda que ellos y yo, que entraba.

—Felices dias, señores.—A Dios, señor don Tal, *(le nom ne fait pas a l'affaire.)* —¿Cómo asi tan desocupados? ¿Habrá acaso entrado la economía de Dupin o de Bergery en el sistema de las madrileñas? ¿qué es esto? vuelvo a decir: ¿qué soliloquio es este? ¿ha invadido el cólera-morbo nuestra capital, o ha dejado de venir el *Journal des Modes*? Porque solo causas tan graves pudieran hacer a esas varas castellanas estar paradas a tales horas.—Es la verdad, me contestó el mas almi-

varado, pero no hai que estrañarlo, pues en el diario de hoi se hacen tales anuncios que habrán llamado la concurrencia ácia el Sur, hasta que desengañada por la milésima vez venga antes de una hora como de costumbre.

Y no habia acabado de decir esto, cuando vîmos entrar por la puerta a una dama mui elegante seguida de un lacayo; y saludando con aire marcial a los jóvenes, que la contestaron con el nombre de marquesa, se sentó en un confidente, compúsose la mantilla mirándose al espejo que tenia enfrente, quitó sus guantes, abrió su bolsita, y entre mil dijes y chucherías sacó algo arrugado el número 89 del *Petit Courrier*. Entonces abrió un lentecito de oro, miró por encima de él, y leyó un rato, despues ojeó otro poco, luego recapacitó, miró el figurin, volvió a leer, y pidió *gros-grains*. — «No tenemos,» le contestó el mas próximo de los mancebos: — «¿Cómo que no?» interrumpió vivamente otro que desde el principio no habia quitado ojo del figurin. «¿No te acuerdas de aquella tela...» (Aqui bajó tanto la voz que no le pude oir.)— «¡Ah! sí, es verdad,» le contestó el primero; —«Ve por ella.» En efecto, entró en la trastienda, y del rincon de un armario que yo solo divisaba desde mi asiento sacó la pieza (que tuvo buen cuidado de sacudir de un polvo inveterado de tres años), y la puso satisfactoriamente sobre el mostrador; la risita de los demas mancebos me dió a sospechar que sino era la prevenida en el número 89 de este año, podia mui bien ser del de 1826. Pero la dama, seducida con la semejanza del color, y sin duda por no tener a mano una definicion académica de lo que quiere decir *gros-grains*, no dudó un instante en que fuese lo mismo que buscaba. Pidió un cierto número de varas, preguntó el precio: los mancebos hicieron entre sí una pequeña consulta para responder; nada regateó; abrió su bolsita, y sacó... una tarjeta mui elegante con yo no sé cuantas armaduras y jeroglíficos, que indicaba su título y señas de la habitacion, diciendo al mancebo principal que podria enviar por el importe el lunes; verdad es que no designó cuál. No pude menos de sonreirme de esta salida, y no bien se hubo marchado y mientras lo sentaban en el libro a continuacion de otras cinco o seis partidas pendientes, dí un poco de broma a los mancebos sobre el estreno que habian tenido; pero habiéndome esplicado todo el negocio de la tela, me convencieron de que no era tan fuerte el engaño como yo creí.

Aun reiamos de ello, cuando una mamá y dos niñas, estas en un interesante *negligé* y aquella en una espantosa *toilette*, entraron en la tienda, y empezaron tal demanda de *rasos*, *gros de Náples*, *poplines*, *organdis*, *crespones*, *barés*, *moirés*, *paliacats*, *cotepalis* y demas, que los cuatro mancebos eran pocos para tomar y dejar escaleras, subir y bajar piezas, desdoblar paquetes, abrir cajas y enseñar muestras. Ellas entre sí armaron una algarabía singular: cuál se inclinaba a una tela, cuál a otra; ésta se ponia un pañuelo al espejo y nos parecia mui hermosa; luego se le ponia la mamá y nos parecia mui fea; despues disertaban sobre las calidades; si aquel era mas fino que éste, si éste mas elegante que estotro,

«si el tafetan de Florencia
abulta mas que el de España:»

preguntaban de donde eran aquellas telas; se les respondia que de *Lion*; y estaba

yo viendo una punta no bien cortada que decia *Baroelona;* por fin apartaron no sé cuantas cosas y empezaron a pedir precios. Alli fue el hacer admiraciones, el entablar comparaciones con otras tiendas, el despreciar los jéneros, y en fin, hacer las indiferentes; despues hablaron aparte, y de repente tomaron un aire de broma, diciendo a los mancebos que eran unos picarillos, que no hacian gracia a las parroquianas, con que los pobres iban ablandando un tanto cuanto; pero una severa mirada del mas mal encarado les impuso en su deber, y respondieron unánimes: — «No podemos;» — con lo cual se marcharon las damas, y ellos se quedaron ocupados en volver a doblar las piezas.

No tardó en presentarse otra señora, que a juzgar por su aire, sus modales y vestido, califiqué desde luego de una gran persona; entró con mucha solemnidad, y al ver la premura con que los mancebos corrieron a servirla, despejando el mostrador, no pudo menos de picarme la curiosidad de saber quien era; dirijime para el caso a uno de ellos, y no sin admiracion supe que era la esposa de un empleado mui subalterno a quien yo conozco: pero creció de todo punto mi asombro cuando habiendo escojido un velo de blonda, abrió su bolsillo y tiró sobre la mesa seis onzas (que eran al poco mas o menos el sueldo de tres meses de su esposo), hecho lo cual, cargó de otras varias telas, que pagó tan jenerosamente, y marchó dejándome en el mayor éstasis; por fortuna una dama que habia presenciado todo el paso me sacó de él, diciendo: — «Cómo luce la Fulana las onzas que ganó antes de anoche en casa de... valiérala mas pagar al casero.»

Ya a la sazon ocupaba un ángulo del mostrador cierta graciosa y esbelta modista, que habia venido a buscar un pedazo de percal *como la muestra*, y el mancebillo listo la hacia rabiar enseñándola piezas enteramente opuestas, y amenizando este juego escénico con tal cual chanzoneta medianamente disparada si bien mejor recibida; por último concluyó con darla lo que pedia; item mas, con la galanteria de no quererla cobrar el importe.

No bien se habia acabado esta escena, empezó otra, en la cual tuve el honor de figurar, y fué la que produjo la entrada de cierta señora conocida mia, la cual me tomó por asesor de su gusto; yo, deseoso de darla la mejor idea del mio nunca me inclinaba a lo peor; por otro lado era preciso mirar por los intereses del amo de la tienda; asi que en fuerza de mis observaciones le hice reunir una partidita mas que mediana. Llegó el caso de echar la cuenta, y por cuanto no hizo el diablo que faltase dinero para unos pañuelos y no sé qué otras frioleras, con lo cual la dama apareció ruborizada. ¡Qué habia de hacer! La ocasion no era para rechazada; volvíme a ella y la dije: = «Paquita, no, no pase usted cuidado por ello, que está en tierra de amigos, y hallándome yo aqui... —Oh, no: ¡cómo tengo de permitir...! — Es que yo tengo en esta casa ciertas cuentas pendientes, y cabalmente hace falta para arreglarlas un pequeño pico como ese. — En vano me replicó dulcemente, yo insistí con mas dulzura, y dulcificando mas y mas nuestros tiros, quedé por fin vencedor, y la hermosa Dulcinea llevó los pañuelos. Verdad es que prometió pagármelos a domicilio.

La tienda entre tanto se iba llenando de jente, y eran tan rápidos los movimientos que no podia enterarme de ninguno; solo llamó mi atencion una pareja joven,

tan exigua y acaramelada que no pude dudar que se hallaba todavia en el primer mes del matrimonio. Con efecto, era asi, y un conocedor no podia menos de adivinarlo al ver las escesivas blondas, follajes y perendengues de la dama, los cuidados y complacencia del galan. Por de pronto hizo sentar a la esposa con cierta solicitud que me dió a conocer sus esperanzas maternales; empezaron a pedir, y todo era poco para aquella exijencia de alfeñique femenil, y nada demasiado para el provisto bolsillo del marido. Parecíame ver ya hechos los trajes de aquellas brillantes telas, agotada la imajinacion de las modistas en dar con ellas forma humana donde no la hai, y casi me daban tentaciones de repetir al marido un gracioso dicho de Tirso:

«Dad al diablo la mujer
Que gasta galas sin suma,
Porque ave de mucha pluma
Tiene poco que comer.»

Pero luego conocí que unos cuantos meses de matrimonio se lo dirian mejor que yo. En fin, fastidiado y enojoso despedíme de los muchachos y salí de aquel recinto.

Pero como todavia no eran mas que las once y media me dirijí por el pronto a una de las tiendas conocidas de la calle de la Montera, y me senté delante del pequeño mostrador, coronado de relojes, lamparillas, templos góticos, escaparates y quinquets; pero no era yo solo el concurrente, pues ya otros tres elegantes *abonados* ocupaban los demas asientos. Queriendo emplear en algo el tiempo, pedí bastones para escojer uno; al momento todos empezaron a aconsejarme el que debia tomar, alabarme su belleza, asegurarme que era igual al duque de... y en fin, a hacer los demas oficios propios del mercader; yo, que dí poca importancia a sus espresiones, tomé el que me pareció, y aun estaba contemplándole, cuando llegó otro camarada que lo cojió en sus manos, empezó a blandirle y a probar su elasticidad con tal brio, que a los cinco minutos tuve el consuelo de verle dividido en dos. Luego otro de ellos fué a dar una vuelta rápida y rompió el fanal de un reloj; verdad es que quiso pagarlo; pero el dueño no lo permitió; despues se levantaron todos y se pusieron a la puerta, y en entrando alguna señora, entraban detras, y hacian los mismos elojios de todo lo que ponia en precio; con esto y con algunas palabras mas o menos lijeras, noté que las ahuyentaban, en términos que el dueño de la tienda iba poniendo un jesto bastante espresivo. En esto acertó a parar un coche delante de la tienda, y todos ellos se colocaron como en el juego de las cuatro esquinas; bajó una mamá y una hija mui bien parecida, entraron en la tienda, y puso aquella en ajuste un reloj. Al momento uno de ellos hizo tocar la música, y mientras la madre con una sonrisa placentera llevaba el compás con la cabeza, pié y abanico, la niña en el estremo contrario hablaba disimuladamente con uno de ellos, en términos que me hizo sospechar que aquel encuentro no era casual, antes bien tenia todo el carácter de una verdadera conspiracion. La mamá volvió rápidamente a buscar la niña, pero ya esta habia visto su movimiento en un espejo que tenia delante, y con la mayor sinceridad se puso a preguntar si estaba vivo

el pajarito que cantaba sobre una torrecilla del nuevo monasterio de santa Amalverga. ¡Oh inocencia digna de la edad media! La mamá tuvo trabajo en persuadirla que era finjido, y el galan entre tanto probaba unos anteojos con disimulo, no sin grave susto del amo de la casa que ya preveia su próxima disolucion.

Yo reia de veras de toda esta escena, y por tener un pretesto para dilatar mi permanencia, compré una lamparilla que servia de pedestal a Napoleon meditando los planes de la batalla de Marengo, y un juego de bolos representando todos los varones célebres de Plutarco, y me puse a observar el desenlace: mas ¡oh fatalidad! estando en esto dieron las doce y tuve que echar a correr sin ver el final de aquel suceso, preguntándome impaciente ¿qué es lo que yo habia hecho en una hora? y no pudiendo menos de convenir con Moreto

«Que de aqui para alli
Y de alli para aqui
De allá para acá
Y de acá para allá,
El tiempo se va.»

(Setiembre de 1832.)

EL BARBERO DE MADRID.

«Pronto á far tutto
la notte e il giorno,
sempre d' interno
in giro stà.»

ARIA DE FIGARO.

¿Sabe usted, señor público, que es un compromiso demasiado fuerte el que yo me he echado encima de comunicarle semanalmente un cuadro de costumbres? ¿Sabe usted que no todos los dias están mis humores en perfecto equilibrio, y que no hai sino obligarme a una cosa para luego mirarla con tibieza y hastío? A la verdad que nada hai que acorte el injenio y mengüe el discurso como la obligacion de tenerles a tal o tal hora determinada. Y no dígolo por el mio, pues esto claro está que de suyo es apocado y exiguo, sino véole en otros mayores y de márca imperial, de lo cual infiero y saco la consecuencia de que el jenio es naturalmente indómito, y repugna y rechaza los lazos que le sujetan.

Pero al fin y postre, y viniendo a mi asunto (puesto que maldita la gana tenga de ello), preciso será sentarme a escribir algo, si es que mañana he de responder con papel en mano al cajista de la imprenta. Paciencia, hermano; sentémonos, preparemos la pluma, dispongamos papel, y.... pero entiendo que antes de empezar a escribir bueno será pensar sobre qué... Asi lo recomienda el célebre satírico frances

«avant donc que d' ecrire apprenez á penser.»

Mas no hai porque detenerse en ello, sino imitar a tantos escritores del dia que escriben primero y piensan despues. Verdad es que tambien *piensan* los jumentos.

Repasemos mis memorias a ver cuál puede hoi servir de materia al entendimiento... Esta... la otra... nada, la voluntad dice que nones; pues señores, medrados quedamos. — (Aqui *el curioso* da una fuerte palmada sobre el bufete, tira violentamente la pluma, y permanece un rato con la mano en la frente haciendo *como el que piensa.* La mampara del estudio se abre en este momento, y el barbero se anuncia sacando al autor de su éxtasis.)—Hola, maestro, ¿es usted? Me alegro, con eso hablará usted por mí.

Mi barbero es un mozo de veinte y dos, alegre como Fígaro, aunque con diversas inclinaciones; verdad es que a aquel le retrató Beaumarchais, y a este le pinto yo; ¡no es nada la diferencia! Pero en fin, como todo en este mundo se hace viejo, el barbero de Sevilla tambien; ademas de que ya nos lo han ofrecido cantado y rezado, y aun en danza, y nos le sabemos de coro. Vaya otro barbero no tan sabio, no tan injenioso, pero mas del dia; no vestido de calzon y chupetin, sino de casaquilla y corbata; no danzarin, sino *parlante* como yo; no... pero en fin, maestro, cuéntenos usted su historia, porque yo ni de hablar tengo hoi gana.

—Yo, señor, soi natural de Parla, y me llamo Pedro Correa; mi padre era sacristan del pueblo, y mi madre sacristana; yo entré de monaguillo asi que supe decir *amen;* de manera que con el señor cura, mis padres y yo, componiamos todo el cabildo. En mi casa se tenia por cosa cierta que yo habia de llegar a ser fraile francisco, porque así lo habia soñado mi madre, y ya me hacian ir con el hábito y me enseñaban a rezar en latin; pero por mas que discurrian no podian sujetar mis travesuras. Ni en las vinajeras habia vino seguro, ni las cabezas de los muchachos tampoco donde yo estaba; y cuando se me antojaba alborotar el lugar me colgaba de las cuerdas de la campana, y con pies y manos las hacia moverse, ni mas ni menos que si fueran atacadas de perlesía. En suma, tanto me querian sujetar y tanto me recomendaban la santidad de la carrera que me destinaban, que una mañana, sin decir esta boca es mia, cojí el camino por lo mas ancho, y no paré hasta la carrera de S. Francisco de esta heróica villa, en casa de un primo mio, y habiéndome dicho el nombre de la calle, di por realizado el ensueño de mi madre, y a mí por desquitado de mi estrella.

Mi primo era cursante de cirujia, y llevaba dos años de asistencia al colegio de S. Carlos, con lo cual siempre nos andaba hablando de visceras y tegumentos, y era tan afecto a la anatomía, que se empeñó en disecar a su mujer. Asi que yo, luego que perdí el miedo a las terribles espresiones de *fisiolojía, hijiene, terapéutica, sifilitico, obstetricia*, y otras asi de que abundaban aquellos librotes que él traia entre manos, no hallé mejor salida para mi injenio que seguir aquella misma profesion; y por el pronto aprendí a afeitar, haciendo la esperiencia en un pobre de la esquina a quien siempre andaba conquistando para que se dejase afeitar de *limosna.*

Luego que ya me encontré suficientemente instruido en el manejo del arma, y matriculado ademas en el colejio, dejé a mi primo y me puse en otra barberia, donde habia una muchacha con quien disertar sobre mis lecciones de anatomía; pero el diablo (que no duerme) hubo de mezclarse en el negocio, y nos condujo a practicar no sé qué esperiencias, con lo cual hicimos un embrollo que todos mis

libros no supieron desatar en algunos meses. En fin, salí como pude, y de la casa tambien, marchando a seguir en otra mis estudios, aunque por entónces me limité a la parte teórica, dejando la práctica para mejor ocasion. Al cabo de algunos años de otros sucesos menores, me hallé con que sabia tanto como mi maestro, y que solo me faltaba un pedazo de papel para poder abrir tienda; pero es el caso que este pedazo de papel cuesta un exámen y mui buenos maravedís, y si bien por lo primero no paso cuidado, lo segundo me aflije en estremo, por la sencilla razon de que no los tengo.

Desde entonces sigo buscando la buena ventura, ayudado de mis navajas y de tal cual enfermo *vergonzante* que suele caerme; y sino mirase al dia de mañana, créame usted que la vida que llevo no es para desear mudarla. Porque yo me levanto al romper el alba, y despues de afilar los instrumentos, barrer la tienda y afeitar a algun otro aguador o panadero, salgo alegrando todo el barrio, y por costumbre inveterada corro al colejio a asistir en clase de oyente, o a ver a mis antiguos camaradas. Súbome mui temprano, y al pasar por las plazas nunca falta alguna aventurilla galante que seguir, algun cesto que quitar de las manos de tal linda compradora, algunos cuartos que ofrecer a tal otra, o alguna tienda de vinos que visitar. Empieza despues la operacion de la rasura, y en las dos horas siguientes corro todos los estremos de Madrid, convirtiendo rostros, de respetables en inocentes y de buen comer; entre tanto, en casa de una marquesa me sale al paso el señorito, que está haciendo su aprendizaje en el vicio, y me encarga traerle ungüentos y brebajes; en otra casa, el señor don Cenon, que ha sido atacado del reuma, me obliga a ponerle dos docenas de sanguijuelas; en otra don Críspulo, el elegante, quiere que le corte los callos; y en la de mas allá una niña me esplica los síntomas de una enfermedad parecida a la que yo no pude curar en la que estudiaba conmigo.

Por todas partes ya se deja conocer que llueven sobre mi las propinas y los obsequios; pero de ninguno me resulta mayor complacencia como de los que recibo en cierta casa, prodigados por cierta fregona con quien el sol no pudiera competir. Porque ella me entretiene con su sabrosa plática entre tanto que el amo se viste y reza sus devociones; ella me auxilia vertiendo en la vacía al tiempo que el agua, ya el robusto chorizo, ya la estendida magra, ya la suculenta costilla con una destreza admirable; y ella, en fin, entretiene mis envejecidas esperanzas, haciéndome entrever seis grandes medallas que tiene guardadas para mi exámen, con la condicion *sine qua non* de casarnos el mismo dia.

Concluidas, por fin, mis operaciones matutinas, vuelvo a la tienda tan contento de mi, que no me trocaria por el mismo maestro, y con esto, y con asistir a alguna operacion quirúrjica, rasurar tal o cual escotero, o rasguear mi vihuela, se me pasa insensiblemente el dia. Llega la noche, y como caiga algun enfermo que sangrar, o que velar algun muerto, salgo con mi guitarra bajo el brazo, y entre caldo y maldo, o entre responso y jemido, hago mis escapatorias a colgarme de la ventana de mi Dulcinea, a quien despierto con los tiernos acentos de mi voz. Hé aquí mi vida tal como pasa, y si usted conoce otra mejor, para mi santiguada que yo no

Aquí calló Pedro Correa; y yo, que me sentí aliviado, me disponia a proseguir pensando en mi artículo; pero nada bueno me salia, por lo cual tuve que dejarlo hasta la noche; vino esta, y acordándome de la narracion de mi barbero, asaltóme la idea de que diciendo lo que él habló, tenia coordinado mi discurso, supuesto que es de costumbres, sino de las mas limpias.

Hícelo en efecto asi, y me fuí a acostar mui satisfecho; mas no bien habia cerrado los ojos, cuando un ruido estraño me despertó. Parecióme oir puntear una guitarra, y asi era la verdad, que la punteaban del lado de la calle; mas diciendo como don Diego en el Sí de las Niñas: *Pobre jente, ¿quién sabe la impertinencias que darán ellos a la tal música?* volvíme del otro lado con intencion de dormir; pero en esto algunos pasos cercanos, y el rechinar de una imprudente puerta, me hizo conocer que el enemigo se hallaba cerca; con lo cual, y la ventana abierta, oí distintamente una voz que cantaba esta seguidilla.

Aunque los males curo
De las heridas,
Amor no me permite
Curar las mias.
Que sus saetas
Tienen mas poderio
Que mis recetas.

No me pareció del todo mal el concepto barberil, y por ver si continuaba o yo me habia equivocado, dejéle echar el preludio de la segunda copla, mientras el cual la hermosa Maritornes se acercaba a la ventana a pocos pasos de donde yo me habia colocado. La guitarra concluyó el preludio, y la voz volvió a cantar:

Abandona ya el lecho,
Querida Antonia,
Para oir los suspiros
De quien te adora.
Depon el miedo,
Que todo el mundo duerme,
Menos tu Pedro.

—Y yo tampoco duermo, *señor rapista*, porque las voces de usted no me lo permiten (dije con voz gutural asomándome a la ventana.) ¿Parécele a usted que aquí somos de piedra como el guardacanton de la esquina? ¿o qué horas son estas para venir a alborotar al barrio? Por mi fé, señor Monaguillo Parlanchin, que asi vuelva usted a tomar mi barba como ahora llueven lechugas, y que la Maritornes que está a mi espalda no le tornará a colar mas chorizos en la bacía.—

Y diciendo esto cerré estrepitosamente la ventana, y me fuí a acostar. Pero a la mañana siguiente se me presentó el compunjido galan; luego la trasnochada dama,

y jugándola ambos de personajes de comedia se pusieron a mis piés pidiéndome licencia por matrimoniar. ¡Qué habia yo de hacer! Soi tierno, y el paso era no sé si diga *clásico* u *romántico*; alcélos con gravedad, y despues de un corto y mal dirijido sermon, les dispensé mi venia; item mas, me ofrecí al padrinazgo, y aun a completar lo que faltaba para los gastos del título. De tal modo les pagué el haberme proporcionado materia para este artículo.

(Setiembre de 1832.)

EL POETA Y SU DAMA.

«Ce qui ne vaut pas la peine
d' etre dit, on le chante.»
BEAUMARCHAIS.

Aquel poeta inmortal
Que en las alas del Pegaso
Caminando ácia el Parnaso
Se paró en el Hospital;

El que con la lira de oro
Tuvo que comer pepinos
Por no vender los divinos
Dones del luciente coro;

El que robaba las perlas
De la aurora al despertar
Sin poder nunca lograr
Ni empeñarlas ni venderlas;

El que pasó el medio dia
Con Horacio y con pan duro,
Y en lugar de vino puro
Bebió nectar y ambrosía.

A vos, del alma señora,
La ingrata, la desleal,
La que causásteis su mal,
La que os burlais de él ahora,

Libre ya de sus dolores
Llega este insigne poeta
De vuestra beldad perfeta
A mirar los resplandores.

Háganme trocar la poca
Fortuna que en mí se siente
La plata de vuestra frente
Y el coral de vuestra boca,

Que si son vuestros cabellos
De oro fino cual ninguno,
Dándomelos uno a uno
Me remediaré con ellos.

No es mi miseria tan rara
Si vos me quereis querer,
Que algo me puede valer
El marfil de vuestra cara.

Yo os haré a vos inmortal;
Vos me dareis con que coma;
Yo os haré verter aroma
Por los labios de coral;

Vos un hombre hareis de mí,
Yo de vos, haré una diosa;
Si en ello venís gustosa,
Empecemos desde aquí. —

Asi cantaba Liseno
Con la lira destemplada,
Aun medio convaleciente,
A la puerta de su dama.
Ella sus voces oia,
Pero ya solo escuchaba
De otro amante los suspiros,
Aunque eran en prosa llana;
Y es que iban acompañados
De diamantes y esmeraldas,
Y esto les daba una fuerza
Bastante a rendir mil almas.
Ella al oir al poeta
Creia que rebuznaba,
Y escuchar a Ciceron
Pensó cuando el otro hablára;
Porque en materia de letras
Está por las que se cambian,
Y cansada de ser diosa
Quiere las cosas humanas.
Hasta que ya decidida
Abrió por fin la ventana
Y al poeta desdichado
Estas razones le habla:
«No pienses en persuadirme,
Hombre mas duro y cansado
Que el pedernal seco y firme;
Si no quieres aburrirme
Vuelve el son acia otro lado.

Escuchen otros oidos
Tus sempiternas canciones,
Y te escuchen complacidos,
Que yo no quiero mas ruidos
Que el ruido de los doblones.

Yo no busco que mi amante
Me pondere su constancia
En un discurso elegante
Que como haya consonante
Aunque hubiere disonancia.

Si son mis mejillas perlas
Y mi frente plateada,
No llegarás a obtenerlas,
Pues con tanto encarecerlas
No ofreces por ellas nada.

Déjame tú en paz a mí,
Pues en paz te dejo yo:
Busca quien te diga *si*,
Y no pierdas tiempo aqui
Do siempre oirás que *no*.»
Absorto de este lenguaje
El amante desdichado
A la cerrada ventana
Se ha quedado contemplando;
Hasta que volviendo en sí
Torno a marchar cabizbajo
Camino del Hospital
Como quien va acia el Parnaso.

(Setiembre de 1832.)

LAS FERIAS

... por Mayo,
... son ferias.
ESQUILACHE.

Este mundo es un ... diferentes y de un ... quien paga su ... nes suelen ... cha ... ... da su mano a cambio de cortesías; ... los ergos y unos buenos ... fortunadad adquiere empleos, la ... cambiarse por desdicha; el ... y la ... en fin ... con ellas las que le falta; ... misma ... con la cual puede ... con ella se logran las comodidades ... los honores, y hasta ...

... ... filosofía, y ... va usted a parar ... manuscrito árabe del ... ordinarios; pero ... que ver lo uno ...

... circunstancia cualquiera ... social, esta épo- ... golpe de vista los es- ...

—Vaya, déjese usted de ejes y panoramas, y supuesto que ha llegado a Madrid en la temporada de feria, sepa ante todas cosas que la de esta villa, que empieza el dia de S. Mateo, 21 de setiembre, fué concedida por privilejio del rei don Juan el II en 8 de abril de 1447, y que esta feria, que llega hasta el dia de San Miguel, y otra que empezaba en el mismo y duraba quince dias, se han reunido en una, que concluye en 4 de octubre, y hé aqui sin duda la razon de que aun hoi se diga en Madrid *las ferias* en plural, como que realmente eran dos. —Mil gracias, señor Madrileño, por el trozo de erudicion histórica, aunque si va a decir la verdad, no le encuentro mas oportuno que mi exordio filosófico. —Tiene usted razon, señor Provinciano, pero por algo habiamos de empezar a hablar.—

Aqui callamos los dos y proseguimos largo rato nuestro camino, hasta que pasando por la calle de Atocha: —Venga usted acá (dije al Provinciano), que me parece que en este puesto hemos de hallar algo bueno; y en efecto era asi, porque una multitud de muebles y vestidos del mejor gusto dejaban ver, aunque en modesta prenderia, su reciente fecha. Preguntamos los precios de varios, y como a todo nos contestase la mujer que los vendia: «Esto se da en tanto, y ha costado cuanto, hace seis meses;» entramos en curiosidad de saber qué desgracia repentina habia obligado a su dueño a desprenderse de ellos, a lo cual nos satisfizo la prendera, diciéndonos que pertenecian a una cantatriz italiana que habia concluido su contrata: estando en esto vimos llegar a una jóven acompañada de un caballero que los puso todos en precio; y al ver su resolucion, sus modales, y mas que todo la condescendencia del caballero, no pudimos menos de conocer que aquella empezaba entonces su *contrata*, aunque de distinto jénero.

Mas allá, en otro gran depósito, observamos una coleccion de catres de todos gustos desde Felipe II acá, los cuales recordé haber visto ya cuando iba a la escuela, sin que en las distintas *esposiciones* que desde entonces han mediado hayan mejorado de suerte. Mas por cuánto y no en aquel momento, mi Provinciano hubo de prendarse de uno, y determinó llevarlo a su pueblo para regalárselo a cierta sobrina casadera, y hé aqui que este olvidado mueble, mudo testigo de la fidelidad conyugal de seis jeneraciones, lo será aun de la sétima.

En un portal inmediato campeaban multitud de vestidos, de los que en otros tiempos figuraron en los bailes sérios, y ahora lucen en los de máscara; ¡cielos, qué profanacion!... en el bolsillo de una casaca mui bordada de sedas encontré un sobre antiguo que decia: «Al Escelentísimo Sr. D... Ministro de S. M. Fernando VI;...» ¡y yo la compré para llevarla a los bailes de Carnaval...!

Pero nada nos entretenia tanto como el mirar algunos puestos tan desmantelados que parecian la verdadera efijie del retablo de Maese Pedro despues de la descomunal batalla sostenida por el héroe manchego; v. gr., uno que dejamos a la derecha en la calle de la Magdalena consistia ni mas ni menos en los siguientes efectos: media tinaja, un espejo sin azogue, dos puertas rotas, una escopeta cubierta de orin, seis alcarrazas sin suelo, y sobre una mesa de dos pies y medio arrimada a la pared, hasta unos seis o siete clavos romanos sin cabeza, dos cabezas sin clavo, una campanilla sin badajo, y una rodela vieja: y aun nos estábamos riendo de contemplar todo aquel aparato, cuando llegó a colmar nuestro asombro

un hombre que despues de haberlo considerado todo detenidamente lo puso en ajuste, y lo compró por tres pesetas. No pude contenerme, y sin mas preámbulos me determiné a preguntarle para qué podria servirle todo aquello, a lo que el pobre con la mejor voluntad me contestó:— «Señor, soi maestro de obras, y hace diez y ocho años que formé el proyecto de hacer una casa en mi barrio del Ave-Maria; desde entonces voi aprovechando para ello todo cuanto ladrillo y cascote puedo de las obras que manejo, y ya tengo suficientes materiales para empezar, Dios mediante, el verano que viene. Asi que ví este puesto, consideré que la media tinaja podia servirme para el fogon, el espejo para la claraboya de la escalera, las puertas rotas para ventanas, la escopeta para el cañon de la chimenea, las alcarrazas para bajadas de aguas, los clavos para los adornos, menos uno que servirá de badajo a la campanilla, y la rodela agujereada para tronera de la cueva. Con que ya ustedes ven que todo puede servir en este mundo.»—

Pasmados nos dejó el buen maestro, y hablando de ello largo rato, hasta que vino a distraernos un gran puesto cubierto de cuadros que llamaba la atencion de los dilijentes. Alli era el verlos considerar las pinturas largo rato y a todas luces, arquear las cejas, adivinar el autor (despues de haber leido la firma que estaba a la espalda), hablar de *frescura* y de *matices*, de *claro-oscuro* y *encarnaciones*, con toda la demas retahila de voces científicas. El hombre que los vendia no estaba tan al corriente como ellos; asi que, para él era el mejor el que tenia mejor marco, con lo cual mis aficionados le fueron llevando los buenos por poco dinero, y dejándole una coleccion de brillantes mamarrachos. Parado estaba yo delante de un retrato mui parecido, de cierta señora bien conocida por su belleza, y no pude menos de escandalizarme de que viviendo todavia, y aun durante su buena época, se la hiciesen ya los honores de la feria. El mismo asombro causaba en todos los que la veian, hasta que habiéndolo verificado un jóven que acertó a pasar, manifestó con tales veras su descontento, que no pudimos menos de sospechar que fuese uno de sus adoradores, y tomando un aire de reto, preguntó ¿quién vendia aquel cuadro?; contestósele que el pintor, como propiedad suya, por no habérsele pagado despues de mandárselo hacer; a lo cual mi galan algo abochornado lo rescató sin reparar en el precio: y solo esclamó:

«¡Oh dulces prendas por mi mal halladas!»

con lo demas que se sigue; mientras nosotros quedamos riendo del epígrama del pintor.

Mas en ninguna parte bullia tanta multitud ni se reproducian mas escenas que al rededor de los puestos de libros, y no hai necesidad de decir que el Provinciano y yo, como aficionados, tardamos poco en engolfarnos en ellos. Y mientras cojiamos este, abriamos aquel, ojeábamos el otro, o tirábamos el de mas allá, no podian menos de distraer nuestra atencion algunos de los episodios que pasaban a nuestro lado; por ejemplo; llegó un pedanton de estos que todo lo desprecian y que nada hacen; de estos, en fin, que se suponen superiores al mundo entero, porque el mundo entero no se ha querido tomar el trabajo de desmentirles; caló sus anteojos, apartó a todo el mundo, pidió un libro en griego y otro en

eleman; pero mientras le contemplábamos con gran respeto, no pudimos menos de observar que estaba mui entretenido en mirar las láminas, sin hacer la menor seña de entender el testo. Otros estaban con la nariz en el suelo rebuscando en el monton de artes de Cocina, Formularios, Guias atrasadas, Bertoldos, Soledades y Secretos raros, que se daban a 4 rs. chico con grande; y todos alargaban la mano a un tomo del Diccionario de M... porque tenia un forro mui bonito, y luego en leyendo la portada soltábanle ni mas ni menos que si se hubieran quemado los dedos. ¡Oh, y cuántas producciones clásicas de nuestros dias, cuyos recientes anuncios ablandan aun las esquinas de la capital, yacian en aquel *osario* heridas de prematura y no sospechada muerte! Alli las novísimas Historias y Compendios abreviados; alli los Retratos y Discursos; alli las sensibles parejas Fulano y Zutana; los Amantes desgraciados, y los dichosos; los Castillos góticos; los Espectros y Fantasmas en galeria; los Artes para todo que de nada sirven; los Tratados breves, las Memorias y Folletos, las Enciclopedias que pueden ir en carta, las traducciones, las imitaciones, las refundiciones, las visiones y las aberraciones. ¿Quién al mirar tal destrozo no habia de temblar por sí? Yo al menos hice mis *Mementos*, y por si tambien me alcanzaba el castigo, esclamé con fervor: «¡*Domine*, *pecavi*, *miserere mei!*»

Apartámonos de aquel sitio, y llegamos a la plazuela de la Cebada, teatro un tiempo de las ferias de Madrid, y hoi destinada a mas terribles escenas. Intentando atravesarla, fuimos detenidos por una multitud de curiosos apiñados en rededor de una máquina óptica, dirijida por un ciego con un tamborcillo, que enseñaba por dos cuartos *tutti li mondi*. Y al pasar a su lado hirieron mis oidos estas voces, interrumpidas por el tamborcillo: — «*Tan tan*... Ahora van ustedes a ver la gran calle de Alcalá en tiempo de ferias.» —

Paréme un poco, y consultando con el amigo, convinimos en que si habiamos de atravesar todo Madrid para verla, era mas cómodo mirarla pintada por dos cuartos: pagámoslos, aplicamos la vista al cristalejo, y el ciego empezó a decir:

«Aqui verán ustedes qué grande y qué hermosa es esta calle de Alcalá, y la multitud de puestos y almacenes ambulantes que la adornan: *tan tan*... Van ustedes a ver la famosa feria de Madrid... Avellanas y nueces, dominguillos y cortejos... *tan tan*... Miren ustedes cuántos muebles, chicos y grandes, malos y buenos, nuevos y viejos; pues todos sirven, aunque no sea mas que de estorbo... *tan tan*... ¡Cuántos muñecos parados y cuántos que andan, y qué tiernos y qué delicados...! *tan tan*... ¡Cuántas muchachas, figuritas de barro, y cuántas de carne y hueso. ¡Ay, y qué pintaditas y qué compuestitas...! *tan tan*... ¡Cuántos platos y pucheros, y qué poco de comer, cuántos servicios, y qué pocos méritos; cuántos libros, y qué pocos que lean...! *tan tan*... Miren ustedes qué apretones, y qué confusiones, y qué resbalones, y qué té... entones... *tan tan*... Observen ustedes ahí a la derecha, conforme vamos, qué pareja tan acaramelada, seguida por un criado; pues ese que va detras no es el criado que es el marido... *tan tan*... Vean ustedes qué elegante va esa niña, y cuántas blondas y cuánto raso; pues su trabajo le ha costado el ganarlo, que a su padre no... *tan tan*... Atencion; miren ustedes esos lechuguinos que siguen esas niñas; ¡ay, que se paran delante

de las mesas a ver los muñecos!; y ellos tambien se paran enfrente: «¿Qué quereis, hijas mias?—Ay, mamá, férienos usted un muñequito...» *tan tan*... A esotro lado vean ustedes un militar buen mozo, que se estira los bigotes, y cómo le gustan los de ese pimpollo que va delante, y la llega al oido y la dice: «Mi alma, ¿quiere usted que la ferie?» y ella dice: «¿Y por qué no?» Y la compra avellanas y azofaifas, y acerolas y nueces, y... ¡ay pobrecito, mira no te ferie ella a tí...! *tan tan*... Vean ustedes esotro elegante que hace parar un coche, y les alarga a los niños que van dentro tantos juguetes... pues no es por ellos, que es por la mamá, que no hai como adorar al santo por la peana... *tan tan*... Vamos, señores, que se va haciendo tarde: ¿he dicho algo? pues aun queda lo mejor; pero otro dia será; esto se acabó, y la feria tambien; hagan ustedes cuenta que llegamos al dia de San Francisco... *tan tan*...

Y tapó el cristalejo y nos dejó a buenas noches.

(Octubre de 1832.)

GRANDEZA Y MISERIA.

«No son todas las leyes jenerales,
que muchas escepciones hai en ellas,
ni las cosas del mundo son iguales.»

L. DE ARJENSOLA.

Hallándome en Zaragoza durante mi primera juventud contraje amistad íntima con el hijo del marques de.... jóven amable, franco y bullicioso, como yo lo era tambien entonces, y como me pesa no serlo ahora: nuestras relaciones no eran de aquellas superficiales que las circunstancias o la casualidad suelen combinar antes bien tenian el caracter de una verdadera amistad; asi que, viviendo juntos, y no separándonos ni en aquellos ratos que dedicábamos al estudio (que eran los menos), ni en los que dábamos a la distraccion y a los placeres (que eran los mas), llegamos a ser citados en la ciudad como modelo de amistosa fidelidad.

Ricardo (que asi se llamaba el hijo del marques) unia a una bella figura la elegancia en vestir, la destreza en la esgrima y en la danza, y la bizarría para dominar un alazan, con lo cual era tenido por el primer caballero de la ciudad; pero al mismo tiempo (preciso es confesarlo) los estudios de Ricardo se habian limitado a esto solo; y los maestros de filosofía, de ciencias y de idiomas, no tenian los motivos de alabanza que los de equitacion y de baile. En vano procuraba yo hacerle sentir lo equivocado de su conducta, la obligacion en que su elevada cuna le ponia de adquirir una instruccion poco comun; hablábale de la necesidad de corresponder a su noble apellido; los graves cargos y responsabilidades que algun dia pesarían sobre sus hombros; y le ponia delante la consideracion de que tanto mayor es el yerro, cuanto mayor es el que yerra. Todo esto lo esquivaba con la bondad natural de su caracter; pero la adulacion llegaba mui pronto a destruir mi obra, y no faltaban labios fementidos que le hacian creer que el estudio no era ocupacion digna de un caballero, y sí solo de aquellos que le necesitan para elevarse; que supuesto que él era ya marques y poderoso, de nada mas necesitaba; que se dejase de cá-

culos y de vijilias, y solo se ejercitase en aquellos juegos propios del valor o de la destreza, que tan bien sientan en las personas bien nacidas; con lo cual, y la aprobacion de unos ojos negros, seducian al pobre marques en términos, que hube de dejar a que el tiempo obrase lo que yo no podia.

Desde entonces nuestra casa fué la mansion de la disipacion y de los placeres: los festines, las músicas, las partidas de caza se reproducian sin cesar; las damas mas bellas de Zaragoza se disputaban los favores del señorito; los jóvenes imitaban sus modales y vestido: las modas de Paris y de Londres, los coches de Bruselas, los caballos normandos, todo le era presentado por diestros corredores que hallaban el secreto de cuadruplicar su valor; y sin haber salido de Zaragoza, afectaba ya los usos de un *fashionable* de Londres, y hablaba mal de nuestras cosas, con lo cual, y fiándose de mercaderes estranjeros, mui pronto se vió asaltado de acreedores y rufianes.

La suerte me separó por entonces de mi amigo, y durante mi larga ausencia recibí algunas cartas suyas en que manifestaba sus ahogos y compromisos, que llegaron al estremo; pero la muerte de su padre vino a poner término a ellos, y el nuevo marques al noticiármela al mismo tiempo que su casamiento con una señora de su misma clase, me manifestaba que habia variado de vida, arreglado sus négocios, y establecido un plan conveniente para lo sucesivo. Poco despues me escribió su marcha a la corte, adonde le llamaban sus deseos hacia muchos años, y desde entonces nada volví a saber de él; hasta que habiendo yo venido a Madrid le visité como a un amigo antiguo; pero ya no encontré aquel Ricardo compañero de mis primeros años, sino al marques de..., uno de los hombres mas visibles de la corte, y cuyo tren y magnificencia oia ponderar por todas partes. Recibióme con atencion, pero sin cordialidad; me enseñó con una distraccion afectaba su palacio, sus elegantes adornos, su jardin, sus caballos y carrozas, y aun me presentó a la marquesa como un amigo *de su niñez*; pero en sus modales poté una reserva, una pretension, que me obligó a mantenerme a cierta distancia, sin que ni él ni yo pareciéramos acordarnos de nuestra antigua familiaridad.

Sentílo ciertamente, aunque no tanto como si le hubiera necesitado; pero me propuse no volver a visitarle, y en este estado se corrieron algunos años, hasta que dias pasados atravesando la calle de Alcalá me oí llamar desde un coche y conocí al marques, mi antiguo camarada: no dejó de sorprenderme esta demostracion; pero aun mas me sorprendieron sus instancias para que al siguiente fuese a acompañarle a almorzar, por tener, segun dijo, que consultar conmigo cosas del mayor interes; y sin dejarme accion para producir mis escusas, me hizo darle palabra terminante.

Llegado el martes me encaminé a casa del marques, preparando de antemano mi amor propio contra todo evento. Entré en el portalon, y a fuer del precepto de *Nadie pase sin hablar al portero*, escrito en enormes caracteres sobre la puerta de este, me dirijí a él para darle mi nombre; pero fue en vano, porque el buen invalido prosiguió en su ocupacion, que era enseñar el ejercicio a un perro de aguas, bien es la verdad que con la mano me indicó gravemente la escalera

Pero el diablo y mi poca memoria hizo que entrase por la primera puerta que encontré, donde vi tres hombres al rededor de una mesa que jugaban a los naipes, y sin alzar los ojos a mí, ni informárse de a quién buscaba, tiraron de una cuerda desde su asiento, y abrieron una mampara que daba entrada a un salon cubierto de dobles filas de bufetes todos ocupados por varios caballeros.

Disputaban a la sazon fuertemente sobre si eran ocho o nueve mil duros, si se contaba desde tal o tal mes, y otras condiciones, con lo cual no dudé que se trataba de algun arrendamiento de las posesiones del marques; pero el nombre de una artista italiana que pronunciaron me hizo caer en la cuenta de que su conversacion era cosa de interes público. No la interrumpieron por mi llegada, antes bien me hicieron partícipe de ella, hasta que habiéndose enterado de mi deseo de ver a S. E., y de la equivocacion que me habia hecho entrar en las oficinas, uno de ellos tuvo la bondad de acompañarme para ir a buscar otra escalera, lo cual hicimos atravesando unas cuantas salas todas igualmente ocupadas que la anterior, y sobre cuyas puertas habia varios rótulos, como *Secretaría*, *Contaduría*, *Archivo*, *Tesorería* etc. etc.

Las ocupaciones de aquellos señores era varias; cual se adiestraba en hacer rúbricas y letras góticas; cual leia la gaceta con los codos sobre el bufete y meneando los labios; quién tomaba el sol cerca de una ventana; quién dormia en su sillon con las manos metidas en los bolsillos del pantalon; y luego entraron los porteros y traían sendas botellas y vasos, acompañados de panecillos, con lo cual todos se apresuraron a tomar *las once* para cobrar nuevas fuerzas con que servir a S. E.

Compadecíme del marques a quien una antigua preocupacion obligaba a mantener aquella cohorte, y subí a la habitacion principal. No habia nadie en ella; atravesé la segunda sala en la misma soledad, pero a la tercera me encontré con un grupo de lacayos que me hicieron aguardar hasta que llegase el *portero de estrados*: pareció éste al cabo de un buen rato con toda la autoridad de un consenje, y dudando de pasar a tal hora recado a S. E.; díjele que era llamado; y entonces sin dejar de mirarme de arriba abajo con una curiosidad desconfiada, envió a llamar a un ayuda de cámara, el cual me dirijió a otro, y éste a otro, que me hizo dar con el *secretario particular*, quien ya tenia antecedentes de mi visita.

Abrióse por fin la mampara que ocultaba a S. E., y entrando en el gabinete me encontré al marques que acababa de dejar el leche y se habia recostado en el sofá por precaucion para no fatigarse, mientras se entretenia en formar varias figuras con pedacitos de marfil pintados. No bien me vió, tiró todas las fichas y corrió a abrazarme, en lo cual, y en su espresion amable y sincera, volví a reconocer a mi amigo Ricardo; los criados dispusieron el almuerzo, y al concluir, de él cojióme el marqués del brazo, y descendimos al jardin, donde empezó la conversacion de esta manera.

— «Sin duda, amigo mio, que mi proceder te habrá parecido estraño, ya por la pasada indeferencia ya por la cordialidad presente, y no dejo de confesar que en efecto lo es. —Ni yo debo ocultarte que me ha sorprendido tu llamada mas que tu indiferencia, pues conozco mui bien que el aire de la grandeza no sienta bien con la fran-

queza de la amistad. —Sin embargo, yo no debí olvidar la nuestra; mas por desgracia no es el remordimiento que debia inspirarme mi proceder contigo lo que me hace recurrir a tu amistad, es mas bien un sentimiento de egoismo. —¿Cómo? —Sí, amigo mio, necesito de tí. —¿De mí? ¿y en qué puedo yo servir al poderoso marqués de.... ? —¡Poderoso.... ! ¡ai.... ! no lo soi, pero aunque lo fuera, siempre me serian oportunos los consejos de un amigo verdadero, juzga tu cuánto mas necesarios me serán en la desgracia. —Habla, mi querido marqués; si mi amistad puede aliviarte en algo, desahógate con tu mejor amigo. —Un momento de silencio y un estrecho abrazo del marqués interrumpieron por algunos instantes nuestro diálogo.

— «Ya te acordarás (continuó) de que a poco tiempo de tu salida de Zaragoza heredé por muerte de mi padre los títulos y rentas de mi casa, con lo cual y mi casamiento traté de mudar enteramente la conducta que hasta allí habia seguido. Empecé, pues, por arreglar mis negocios, y yo mismo me asombré de los inmensos sacrificios que mi pasada disipacion me ocasionaba; pero dueño de una fortuna cuya renta anual se eleva a dos millones de reales, me costó poco trabajo el cubrir aquellos, y aun me lisonjeé de comprar con ellos mi escarmiento. Mas mi venida a Madrid, con objeto de entrar en Palacio, llegó a reproducir mis ideas favoritas de ostentacion, y a lanzarme de nuevo en el gran mundo: mis rentas al principio bastaban a todo, y aun me parecia imposible que el capricho me hiciera inventar medios bastantes a consumirlas; pero ¡ai de mí! ¡cómo me engañé! ¿Querrás creerlo, mi buen amigo? Tú ves mi casa, mi tren y mis criados; oyes sin duda hablar de mis funciones y festines; considérasme el mortal mas feliz de la tierra; crees que la abundancia reina en torno de mí; sí, amigo mio, reina, pero es para los que me rodean; el mas miserable de mis colonos es mas feliz y mas poderoso que yo.

—Creo haberlo adivinado.

—¿Ves esa legion de criados que pueblan mi casa y mis dependencias? pues de nada me sirven, mientras que mis rentas le sirven a ellos para gozar una vida regalada. ¿Miras ese secretario que me manifiesta tanto interés y afeccion? Pues ese publica mis debilidades, desacredita mi conducta y me impide con sus consejos caminar al arreglo de mi casa. ¿Ese mayordomo tan fiel, tan desinteresado, que a una lijera insinuacion mia corre a buscarme fondos con que satisfacer mis invencibles caprichos? Pues ese me presta a un interés enorme los productos de mis mismas posesiones. ¿Esos administradores avaros que hacen que los tristes colonos maldigan mi nombre bajo el cual se ven acosados sin piedad? Pues esos son otros tantos señores con quienes yo mismo tengo que transijir para cobrar lo que quieren pagarme. ¿Esos ayudas de cámara que se inclinan a mi paso con el mas profundo respeto? Pues míralos un momento despues; veráslos vestidos con mi ropa, parodiando mis acciones, exajerando mis vicios y haciéndome el juguete de sus malas lenguas: por último, mis haciendas, mis rentas, mis casas, mis salones, mis graneros, mi cocina, mis cuadras, todo es presa de esas plantas parásitas que se alimentan de lo que es mio, sin que pueda yo evitarlo por no chocar con la costumbre y aun con las ideas que recibi en la educacion.—

—Pero al menos (le repliqué yo) tienes el consuelo de que tu casa sea citada como el modelo de la buena sociedad, y que todo el mundo te envidie y ensalce tu ostentacion.—

—¿Y qué me sirve este concepto equivocado? Esa turba de aduladores y de egoistas que me aplauden ¿me ofrece acaso un amigo sincero y desinteresado con quien desahogar mi corazon? Mi esposa misma y mis hijos alejados de mí por la etiqueta y el buen tono, ¿me brindan por ventura las caricias y la afeccion que encuentra en los suyos hasta el mas infeliz artesano? Mis enormes rentas ¿me permiten disponer a cualquier hora de una cantidad, por mínima que sea? ¿No he vendido ya mis fincas libres, gravado enormemente las vinculadas, acudido a los usureros, que primero me prestaban sobre mí palabra, luego sobre mi firma, despues sobre alhajas y posesiones, y a falta de estas han llegado a no prestarme por nada? Los criados me piden su sueldo, mi mujer su dote, mis hijos su fortuna, y la memoria de mis abuelos el lustre de su nombre. ¡Qué hacer, mi querido amigo, en tal ahogo, ni cómo remediar tamaños males!

—Con la filosofía y la virtud, mi querido marqués. Tú hubieras evitado tal abismo, si siguiendo mis consejos hubieras cultivado tu buen carácter en la educacion, y dado a tus inclinaciones el jiro conveniente: el ocio, causa de todos tus desastres, te hubiera parecido insoportable, y para evitarle hubieras buscado mil recursos que tu fortuna te permitia: los viajes útiles, las empresas notables, el deseo de verdadera gloria, que en otros paises, y en nuestra misma España, ostentan varios de tu ilustre clase, no desdeñándose de protejer la industria, cultivar las artes y las letras, o brillar en el campo del honor. Pero quisistes mas bien formarte para la holganza, y te rodeaste de una corte de holgazanes; quisiste servirte de ellos, y ellos se han servido de tí; pensaste no necesitar de nadie, y no reflexionabas que un hombre inútil necesita de todo el mundo. Pero en fin, mi querido Ricardo, todavia estás a tiempo; por fortuna tu corazon ha sufrido sin dañarse tamaño combate; pero tu debilidad no te permite permanecer en el puesto para sufrir nuevas asechanzas. Huye, pues, de este centro de corrupcion y de placeres; huye, y en tu apacible quinta de las orillas del Ebro; lejos de la disipacion y del bullicio, encontrarás la paz del alma que solo puede proporcionar una conciencia tranquila. Tus rentas bien distribuidas sirvan despues de satisfacer tus empeños, a protejer al jenio y al trabajo; tu casa, purgada de bajos aduladores, sea el asilo de la franqueza y de la honradez; tus hijos, educados bajo otros principios que tú, aprendan de tu boca las desgracias que el ocio proporciona; tu esposa, compañera de tu prosperidad, ayúdete a remediar tu desgracia; y tus súbditos mirándote de cerca, lleguen a conocerte y amarte... Huye, mi querido Ricardo, muéstrate hombre una vez...

Un nuevo abrazo, interrumpido con los sollozos del marques, puso fin a esta vehemente conversacion...

Quince dias despues he recibido una carta de mi amigo, fecha en su quinta cerca de Zaragoza, y su contenido me proporciona el placer de pensar que no han sido inútiles mis consejos.

(Octubre de 1832.)

EL CAMPO SANTO (1).

« No se engañe nadie, no,
pensando que ha de durar
lo que espera,
mas que duró lo que vió,
porque todo ha de pasar
por tal manera.»

JORJE MANRIQUE.

Mui pocos serán (hablo solo de aquellos seres dotados de sensibilidad y reflexion) los que no hayan esperimentado la verdad del dicho de que *la tristeza tiene su voluptuosidad*. Con efecto, ¿quién no conoce aquella dulce melancolía, aquella abnegacion de sí mismo que nos inclina en ocasiones a hacernos saborear nuestras mismas penas, midiendo grado por grado toda su estension, y como deteniéndonos en cada uno para mejor contemplar su inmensidad? ¡Cuán estraño es en aquel momento el hombre a todo lo que le rodea! ¡cuál busca en su imajinacion la sola compañía que necesita! ¡y cuál, en fin, elevando al cielo su alma, encuentra en él el único consuelo a sus desventuras! Huyendo entonces el bullicio del mundo quiere los campos, y su triste soledad le halaga mas que la ajitacion y la alegría.

Tal era el estado de mi espíritu una mañana en que tristes pensamientos me habian obligado a dejar el lecho. Acompañado de mi sola imajinacion, me dirijí fuera de la villa, adonde mas libremente pudiese entregar al viento mis suspiros; una doble fila de árboles que seguí corto rato desde la puerta de S. Fernando, me condujo al sitio en que se divide el camino en varias direcciones, y habiendo herido mi vista la modesta cúpula de la capilla que preside al recinto de la muerte, torcí maquinalmente el paso por la vereda que conduce a aquel. A medida que me alejaba del camino real iba dejando de oir el confuso ruido de los carros y caminantes que hasta allí habian interrumpido mis reflexiones, y un profundo

---

(1) El suceso a que se refiere este discurso es exacto; las personas y palabras tambien, segun todo me lo reproduce mi memoria aun despues de algunos años.

silencio sucedia a aquella animacion. Sin embargo, un impulso irresistible me hacia continuar el camino, deteniéndome solo un instante para saludar a la cruz que vi delante de la puerta; pero esta se hallaba cerrada, y nadie parecia al rededor; fuertes eran mi deseos de llamar; mas ¿cómo osar llamar en la morada de los muertos?...

Desistia ya de mi proyecto apoyado sobre la puerta, cuando una pequeña inclinacion de esta me dió a conocer que no estaba cerrada; continué entonces el impulso, y jirando sobre sus goznes me dejó ver el *Campo Santo*.

Entré, no sin pavor, en aquella terrible morada: atravesé el primer patio, y y me dirijí a la iglesia que veia enfrente, mirando a todas partes por si descubria alguno de los encargados del cementerio; pero a nadie ví, y mientras hice mi breve oracion tuve lugar para cerciorarme de que nadie sino yo respiraba en aquel sitio. Volví a salir de la iglesia a uno de los seis grandes patios de que consta el cementerio, y siguiendo a lo largo de sus paredes iba leyendo las lápidas e inscripciones colocadas sobre los nichos, al mismo tiempo que mis piés pisaban la arena que cubre las sepulturas de la multitud.

Esta consideracion, la soledad absoluta del lugar, y el ruido de mis suspiros, que repetia el eco en los otros patios, me llenaban de pavor, que subia de todo punto cuando leia entre los epitafios el nombre de alguno de mis amigos, o de aquellas personas a quienes vi brillar en el mundo.

—¡Y qué! decia yo; ¿será posible que aqui, donde al parecer estoi solo, me encuentre rodeado de un pueblo numeroso, de magnates distinguidos, de hombres virtuosos, de criminales y desgraciados, de las gracias de la juventud, de los encantos de la belleza y la gloria del saber? *«Aqui yace el escelentísimo señor duque de...»* ¿Será verdad?

«Al que de un pueblo ante sus piés rendido
Vi aclamado, en la casa de la muerte,
Le hallo ya entre sus siervos confundido.»

¿Pero qué miro? ¿tú tambien, bella Matilde, robada a la sociedad a los quince años, cuando formabas sus mayores esperanzas? ¿Y tú, desgraciado Anselmo, a quien el mundo pagó tan mal tus nobles trabajos y fatigas por su bienestar....? ¿Mas de qué sirven todos esos títulos y honores que ostenta esa lápida, para quien ya es un monton de tierra....? ¡Adulacion, adulacion por todas partes....! *«Aquí yace don.... arrebatado por una enfermedad a los 87 años...»* ¡Lisonjeros! escuchad a Montaigne, y él os dirá que *a cierta edad no se muere mas que de la muerte*... Pero alli veo sobre una lápida un jenio apagando una antorcha; sin duda uno de nuestros hombres grandes... ¡Insensato! un hombre oscuro; ¿ni cómo podia ser otra cosa? El cementerio es moderno, y en el dia escasean mucho los hombres verdaderamente ilustres, o no se entierran en su patria... Y sino ¿dónde se hallan Isla, Cienfuegos, Melendez, Moratin...? Si acaso nos queda alguno, busquémosle en el suelo, en las sepulturas de la multitud.

Pero entremos a otro patio, por ver si se encuentra alguien...; nadie... la

misma soledad, la misma monotonía; ni un solo árbol que sombree los sepulcros, ni un solo epitafio que esprese un concepto profundo; el nombre, la patria, la edad y el dia de la muerte, y nada mas... y de este otro lado aun no está lleno... Multitud de nichos abiertos que parecen amenazar a la jeneracion actual... ¡Cielos! acaso yo... en este... pero ¿qué miro? ¿aquel bulto que diviso en el ángulo del patio no es un hombre que iguala la tierra con su azada...? Si; corro á hablarle...

—Buenos dias, amigo. —«Buenos dias,» me contestó el mozo como sorprendido de ver allí a un viviente. «¿Qué queria usted?» añadió con el aire de un hombre acostubrado a no hacer tal pregunta. —Nada, buen amigo; queria visitar el cementerio. —Sino es mas que eso, véale usted; pero algo mas será. —No, nada mas; ¿acaso tiene algo de particular esta visita? —Y tanto como tiene. ¡Ai señor! nuestros difuntos no pueden quejarse de que el llanto de sus parientes venga a turbar su reposo.

Esta espresion natural, salida de la boca de un sepulturero, me hizo reflexionar sériamente sobre esta indiferencia que tanto choca en nuestras costumbres. —¡Qué quiere usted! contesté al sepultero, todavía no se ha desterrado la preocupacion jeneral contra los cementerios. —A la verdad que es sin razon, pues ya conoce usted, caballero, cuánto mejor estan aqui los cuerpos que en las iglesias; esta ventilacion, esta limpieza, este órden... recorrá usted todos los patios, y no encontrará ni una mala yerba, pues Francisco y yo tenemos cuidado de arrancarlas; no verá una lápida ni letrero que no esté muí cuidado; ni en fin, nada que pueda repugnar a la vista; mas por lo que hace a las jentes, esto no lo ven sino una vez al año, y es en el primer dia de noviembre; pero entonces, como dice el señor cura, valia mas que no lo vieran, pues la mayor parte vienen mas por paseo que por devocion, y mas preparados a los banquetes y algazara de aquel dia, que a implorar al cielo por el alma de los suyos. —

Admirado estaba yo del lenguaje del buen José, que asi se llamaba el sepulturero; y asi fué que le rogué me enseñase lo que hubiese de curioso en el cementerio; seguimos, pues, por todos los patios, haciendo alto de tiempo en tiempo para contemplar tal o cual nicho mas notable; despues llegamos a un sitio donde habia varias zanjas abiertas, y en una de ellas... —«¡Qué lástima! me dijo José: yo nunca reparo en los que vienen; hoi he sepultado seis, y apenas podré decir si eran mujeres u hombres; pero esta pobrecita, ¡qué buena moza...! » y urgando con su azada me dejó ver una mujer como de veinte años, jóven, hermosa, y atravesado el pecho con un puñal por su bárbaro amante.. Volví horrorizado la vista, y mientras tanto José repetia: —«Ai Dios mio! ¡líbreme Dios de un mal pensamiento! » —Esta esclamacion enérjica me hizo reparar en mis cadenas y reloj, y por primera vez temblé por mí al encontrarme en aquel sitio y soledad al borde de una zanja y un sepulturero al lado con el azadon sobre el hombro.

Sin embargo, la probidad de José estaba a prueba de tentaciones, y asegurado por ella me atreví a declararle un deseo que me instaba fuertemente desde que entré en el cementerio: este deseo era el encontrar la sepultura de mi padre.... —Cómo se llamaba? —Don... —¿En qué año murió? —En 1820. —¿Ha pagado

usted renuevo? — No; ni nadie me lo há pedido. — Pues entonces es de temer que haya sido sacado del nicho para pasar al depósito jeneral. — ¿Cómo? — Sí señor, porque no pagando el renuevo del precio del nicho cada cuatro años, se saca el cuerpo. — Y por qué no se me ha informado de ello? — Sin embargo, no se lleva con gran rigor, y acaso puede que... pero entremos en la capilla y veremos los rejistros.

En efecto, así lo hicimos, pasamos a la pieza de sacristía, sacó el libro de entradas del cementerio, abrió el año de 20 y leyó: «Dia 5 de enero: don.... número 261.»

Un temblor involuntario me sobrecojió en este momento; salimos precipitados con el libro en la mano, buscamos el número del nicho... ¡Oh Dios! ¡oh padre mio! Ya no estabas alli... otro cuerpo habia sustituido el tuyo; ¡y tu hijo, a quien tú legastes tus bienes y tu buen nombre, se veia privado por una ignorancia reprensible del consuelo de derramar sus lágrimas sobre tu tumba... ! Entonces José, llevándome a otro patio bajo de cuyo suelo está el *osario* o depósito jeneral, puso el pié sobre la piedra que le cubre diciendo: «*aquí está;*» a cuya voz caí sobre mis rodillas como herido de un rayo.

Largo tiempo permanecí en este estado de abatimiento y de estupor, hasta que levantándome José y marchando delante de mí seguíle con paso trémulo y entramos por una puertecilla a la escalera que conduce sobre el cubierto de la capilla; luego que hubimos llegado arriba hizo alto, y teniendo su azada con aire satisfecho, — «Vea usted desde aqui, me dijo, todo el cementerio... ¡qué hermoso, qué aseado, y bien dispuesto!» — y parecia complacerse en mirarle.... Yo tendí la vista por los seis uniformes patios, y despues sobre otro recinto adjunto, en medio del cual ví un elegante mausoleo que la piedad filial ha elevado al defensor de Madrid no lejos del sitio en que inmortalizó su valor (1). Despues, salvando las murallas, fijé los ojos en la populosa corte, cuyo lejano rumor y ajitacion llegaba hasta mí... ¡Qué de pasiones encontradas, qué de intrigas, que movimiento! y todo ¿para qué...? para venir a hundirse en este sitio....

Bajamos silenciosamente la escalera; atravesamos los patios; yo me despedí de José agradeciéndole y pagándole su bondad, y al estrechar en mi mano aquella que tal vez ha de cubrirme con la tierra,

Mihi frigidus horror
membra quatit, gelidusque coit formidine sanguis.»

Abrimos la puerta a tiempo que el compañero Francisco, guiando a cuatro mozos que traian un ataud, nos saludó con estrañeza, como admirado de que un mortal se atreviese a salir de allí. Preguntéle de quién era el cadáver que conducia, y

---

(1) El sepulcro del marqués de San Simon, erijido por su hija en un sitio cercado e independiente del cementerio. Napoleon condenó a muerte a aquel benemérito jeneral por el teson que manifestó en la defensa de la puerta de Fuencarral en los primeros dias de diciembre de 1808, y su hija alcanzó del emperador la conmutacion de esta pena por la de encierro perpétuo en Francia.

me dijo que de un poderoso a quien yo conocí servido y obsequiado de toda la corte... ¡ Infeliz ! ¡ y no habia un amigo que le acompañase a su última morada...!

Seguí lentamente la vereda que me conducia a las puertas de la villa, y al atravesar sus calles, al mirar la animacion del pueblo parecíame ver una tropa que habia hecho allí un lijero alto para ir a pasar la noche a la posada que yo por una combinacion estraña acababa de dejar.

(Noviembre de 1832.)

PRETENDER POR ALTO.

«Il n' est guère moins necessaire
de voir ce qu' il faut éviter
que de savoir ce qu' il faut faire.»

MME. DESHOULIERES,

«Tan útil es saber lo que debemos
evitar como lo que debemos hacer.»

En un pueblo como Madrid, donde las propiedades adquieren un valor enorme reduciendo a un corto número la clase de propietarios; donde la consideracion de esta clase desaparece casi del todo ante el brillo seductor de los honores y del poder; pueblo que por su posicion no ofrece al comerciante empresas grandes; cuya industria tiene que ser limitada a cubrir las necesidades del mismo, por la escasez de primeras materias y el subido precio de los jornales; pueblo, en fin, donde el orgullo cortesano hace necesario el lujo, al paso que limita los medios de produccion, ¿cómo estrañar que una gran parte de sus habitantes se vea acometida de aquella enfermedad endémica conocida por el nombre de *empleo-manía*?

Sobre tales consideraciones jiraba mi imajinacion una mañana que me hallaba sentado entre la inmensa multitud de postulantes en un rincon de cierta antesala, adonde me habia conducido, no la ambicion propia, sino la exijencia ajena; esto es, aquella obligacion tácita que a juicio de los amigos de provincia contraemos los habitantes de Madrid de tener siempre nuestro tiempo y nuestras relaciones a disposicion suya; y era por entonces el que me lanzaba en el campo de los solicitantes cierto pariente de un pariente mio, que espontáneamente me habia encargado de una pretension suya fulminada desde las orillas del Segura.

No es por ahora mi ánimo el bosquejar un cuadro crítico-filosófico de aquella antesala, ni menos hacer reir a mis lectores a costa de las distintas caricaturas que conmigo la poblaban. No hablaré de la pretension y el entonamiento de los unos, del rendimiento y humildad de los otros; huiré de presentar grupos de entrantes y salientes, porteros y lacayos, damas y caballeros; como igualmente de esplayar las reflexiones, si bien graves, si bien burlescas, que retozaban en mi cabeza; todo ello podrá tener lugar en otro discurso, si algun dia me vinie-

ren deseos de hacerle; mas lo que es por hoi bastará para intelijencia de mi narracion el manifestar que al cabo de catorce semanas de periódica asistencia a la susodicha antesala, despues de ponerme al corriente de las innumerables fisonomias demandantes de la capital, y despues, en fin, de hallarme medianamente versado en el lenguaje de oficio, pude conseguir en obsequio de mi protejido un decreto de N., esto es, «*Negado;*» con lo cual conocí que no era la voluntad de Dios el que yo le sirviera, y escribí al amigo que buscara otro conducto para sus pretensiones.

El transcurso de dos meses me habia hecho ya olvidar de ellas, persuadiéndome de que al interesado le hubiese sucedido lo mismo, y que un primer reves le habria curado de su enfermedad; pero hube de desengañarme del todo, cuando una mañana me le encontré en mi habitacion y me esplicó su designio de continuar *personalmente* sus pretensiones en la corte.

Este *personalmente*, repetido con cierto énfasis y mirándose a un espejo, me dió a conocer a primera vista la sobrada confianza que le merecia su persona, así como tambien la esplicacion de su plan me hubo de convencer de que desaprobaba el mio; en vano le dí a entender que yo no conocia otros caminos que los marcados por las leyes, pues los otros mas bien los creia derrumbaderos; él se rió de mi pobreza de espíritu, y me declaró solemnemente que su intencion era *pretender por alto;* tal fué su espresion.

Confieso a la verdad que se me pasaron ganas de entrar en contestaciones con él sobre el sentido de esta frase; pero no me dejó lugar, pues todo se le fué en hablarme de sus méritos, encarecer sus conocimientos y ponderar sus modales, en términos que quedé firmemente persuadido de que tenia que adquirir en Madrid méritos, conocimientos y modales. Por último, para prueba de su buena estrella, y de aquel *no sé que* que segun él le acompañaban, me contó la notable adquisicion que habia hecho la tarde anterior, a saber la amistad íntima contraida con un *don Solícito Ganzúa*, que *por casualidad* se habia hallado presente en la posada a la hora en que él llegó.

Este personaje, hasta ahora incógnito, prendado sin duda del buen talle de mi pretendiente, y acaso tambien de su equipaje nada modesto, entró en conversacion con él, le habló largamente de sus relaciones en la corte, escuchó con atencion la benévola confesion del recien venido, y aconsejándole con el mayor desinterés la mas completa desconfianza de todo el que intentase seducirle, se dignó tomar los negocios del provinciano bajo su poderosa proteccion, sin mediar (por ahora) otro interés que el de la simpatía con que habian simpatizado. Esto unido a una prolija esplicacion de los ardides de que podria ser víctima en la corte (escepto el de los protectores aparecidos), dejó a mi buen hombre tan encaprichado en la idea de que algun espíritu benévolo se encargaba de su prosperidad, que no me pareció oportuno pensar en desengañarle por entonces. Aconsejéle sí que midiese los pasos, que desconfiase de todos, empezando por su misma persona; y que tuviese presente que la ciencia de la corte no se aprende sino en la corte misma, con lo cual no pondria reparo en matricularse como estudiante en ella. Todo lo escuchó con atencion; y aun prometió observarlo; pero

o hizo de una manera que consideré que solo el escarmiento podia curarle; asi que, me limité a vijilar sus pasos (lo que pude hacer con mas comodidad por haberse venido a vivir conmigo), y afecté una completa indiferencia, dejándole tanta cuerda cuanta consideré que necesitaba para acercarse al precipicio sin perecer en él.

Don Solicito desde entonces se hizo gran amigo de la casa; entraba y salia en ella, cuándo con una lista de vacantes, cuándo con otra de mudanzas en pronóstico; ya con borradores de memoriales, ya con esquelas recomendatorias; y luego para diferenciar, le proporcionaba a mi pariente permisos para ver palacios y museos, y billetes de bailes y festines, cuyos obsequios y actividad le hacian a él hallarse mas complacido y a mí mas receloso.

Yo guardaba el dinero de mi huésped, y esto me tenia seguro de que sin mi noticia pudiesen engañarle; y aunque observé que sus gastos iban en un aumento mas que regular, nada le dije, considerando que acaso su buen porte podria contribuir al logro de sus pretensiones, pues bien se me alcanzaba que en la corte el que pretende en coche tiene ya medio lograda su solicitud; y confirmábame en ello cuando le veia acompañado de personas de gran tono, o ya sentado en un palco entre seda y plumas, o tuteándose con un duque en una partida de *ecarté*. En fin, su seguridad y satisfaccion eran tales, que me hacian dudar a mí mismo.

Una mañana en que mi huésped no estaba en casa, vino Ganzúa, y en su semblante y preguntas creí notar cierta ajitacion, no disimulando lo que le contrariaba el no encontrar en casa al otro, y si a mí: preguntóme si sabia por casualidad si mi amigo habia ido a casa de doña *Melchora Tragacanto*; dijele que no sabia, tanto cuanto que era la primera vez que el dicho nombre llegaba a mis oidos; con lo cual y una mirada escrutadora que le dirijí, no pudo disimular su turbacion, ni reparar la indiscreta falta que habia cometido.

Aumentáronse mis sospechas con la llegada de un ajente de cambios que venia a entregar el producto de una letra de dos mil pesos que mi pariente, sin noticia mia, habia jirado contra su casa y aquel habia negociado. Recojí el dinero, y solo pensé ya en buscar el hilo de aquel nudo en que se intentaba al parecer envolver a mi amigo; pero no lo hubiera conseguido facilmente si la suerte no me hubiera ayudado, y hé aquí el cómo.

Un coche que paró a la puerta a corto rato me hizo sospechar si acaso la dama vendria en persona a visitarnos; pero solo se presentó un caballero bien portado a quien por la ventana de la escalera vi ponerse en el ojal de la casaca una cinta de honor; esta evolucion no me gustó gran cosa; pero ¡cuál fué mi sorpresa cuando saliendo a su encuentro reconocí en él a *Perico*, mi antiguo ampanense, cuyas repetidas travesuras me habian causado en otro tiempo bastantes disgustos!

No pude contenerme, hablélo con la mayor estrañeza pidiéndole esplicaciones de aquella farsa, y aprovechando el anegamiento en que le habia constituido mi inesperada aparicion, le pregunté con resolucion quiénes eran doña Melchora Tragacanto y don Solicito Ganzúa, amenazándole con mis procedimientos sino me

descubria la verdad, y ofreciéndole una buena recompensa en caso contrario.

Entonces sin poderse contener, y mientras me pedia perdon de sus enredos, me entregó una carta abierta dirijida a mi amigo, y concebida en estos términos.

« Amiguito mio ; segun lo que acordamos anoche, y a fin de cumplir con quien » conviene, le envio a nuestro don Judas con el pagaré que usted me dejó, para » que se sirva entregarle la suma consabida, de que le dará recibo, y antes de » la noche tendrá usted en su poder el resultado ; rompan ustedes esta carta, y » hasta la noche, que venga por acá a que le demos una enhorabuena. Su fiel » amiga y desinteresada servidora—*Melchora Tragacanto.* »

Acabada que fué la lectura de la carta, Perico me refirió por menor las circunstancias de la tal señora, que eran singulares. Porque ella vivia con lujo, sosteniendo sus grandes necesidades, sin mas que aparentar una proteccion de que absolutamente carecia, para lo cual habia tomado mui bien sus medidas con los pobres pretendientes que llegaban a la corte. Entre otras tenia varios comensales distribuidos en las puertas, posadas y casas de huéspedes, los cuales introduciéndose con los recienvenidos, les brindaban su proteccion, adquiriéndose su confianza ; luego les presentaban en la casa, y allí se ostentaba rodeada de una comparsa, a la cual repartia los papeles que la convenian, para que el pobre forastero seducido cayese en el lazo y soltase prenda. — «Podria contarle a usted (continuó Perico) varios lances sucedidos en mi tiempo, pero solo me limitaré a decirle que su pariente es el objeto del dia, y que yo era el encargado de engañarle, y de terminar esta farsa cojiéndole una cantidad que él debia negociar hoi. Pero ya que la suerte lo dispone de otro modo, ordene usted lo que yo debo hacer para complacerle y enmendar mi delito. »

Grande fué mi indignacion durante el discurso de Perico ; pero despues de reflexionar bien, parecióme que no era tiempo de desahogarle, ante sí de sacar partido de la feliz combinacion que me hacia dueño del secreto de aquellos malvados ; y asi, dejando de tomarlo por el lado sério, combiné con el astuto Pedro una salida que pudiera castigar a la protectora y al protejido, y divertirnos al mismo tiempo.

No tardó en llegar mi buen huésped, al cual le dije que habiéndome entregado el ajente los dos mil pesos de la letra que habia hecho negociar, y presentándoseme luego un caballero con aquella firma suya, se los habia entregado ; al mismo tiempo puse en sus manos un pliego, que supuse que el mismo sujeto me habia dejado. Abriólo con precipitacion, y sus ojos brillaban de alegría, entonándose y mirándome con aire satisfecho : yo afectaba la mayor indiferencia, y luego que le ví cambiar de color y conmoverse al leer el pliego me escurrí bonitamente al gabinete inmediato ; pero no bien lo habia hecho, cuando entró por la sala doña Melchora Tragacanto con el rostro encendido y vertiendo contra mi amigo las mas horribles imprecaciones ; seguíanla don Solícito y Perico, el cual se vino a reunir conmigo al gabinete. El pintar los muchos reproches, las invectivas que se dijeron y la bulla que armaron, sin llegar a entenderse, fuera negocio largo de referir ; y ¿por qué todo ello ? (Travesuras que me sujirió Perico.) Qué

mi huésped habia encontrado en el pliego que yo le entregué, escrito en letras enormes, el siguiente motete:

De un pretendiente novicio
Castigando la ambicion,
Le hago un notorio servicio,
Pues por corto sacrificio
Recibe buena leccion.

Y doña Melchora en el talego que yo la habia remitido se encontró hasta unos cincuenta reales en monedas de a dos cuartos, nuevas y relucientes, como recien fabricadas que eran con el cuño de Segovia, y atravesada entre ellas la coplilla que aqui campa:

De una astuta cortesana
Pago la falaz intriga
Dándola una leccion sana:
Desnude a otra oveja, amiga,
Que yo vuelvo con mi lana.

Despues que Perico y yo nos cansamos de reir y ellos de gritar, salí de mi escondite, y dirijiéndome a ellos: —Señores mios, les dije, ustedes habrán de disimularme la burleta que me he permitido hacerles, conociendo y apreciando como no podrán menos los motivos que a ello me han movido. Usted, mi señora doña Melchora, a quien hasta ahora no tuve la dicha de conocer, conserve la memoria de este suceso, tratando de buscar otros medios con que acudir a sus necesidades, sin abusar del infeliz forastero que viene a la corte, el cual, si en ella encontrara muchas como usted, creeria haber entrado en una cueva de vicios y de horrores; mas por fortuna no es asi, pues la vijilancia del gobierno sabe descubrir las estafas y castigarlas menos festivamente que yo lo hago; y a usted, señor pretendiente por alto, o mas bien por bajo medio, sírvale de escarmiento lo pasado; y si sus merecimientos y servicios son algunos, hágalos conocer por los medios que la razon y el honor aprueban, teniendo entendido que el verdadero mérito se coloca él mismo a la altura de los honores, sin elevarse a impulso de una bajeza. En cuanto a ustedes, señores subalternos de tan pérfida intriga...

Iba a continuar, pero al volver mi cabeza a uno y otro lado, eché de ver que me habia quedado sin oyentes, pues todos habian desaparecido confusos y avergonzados.

(Noviembre de 1822.)

LA POLÍTICO-MANIA.

« Tratem otros del gobierno
del mundo y sus monarquias,
mientras gobiernan mis dias
mantequillas y pan tierno,
y las mañanas de invierno
naranjada y aguardiente
y ríase la jente. »

GONGORA.

Pero señor, ¿todo ha de ser gravedad? ¿Todo ha de ser proclamas, y discursos, y notas, y discusiones, y cálculos, y proyectos? ¿Y no habrá de sufrirse que yo, menguado de mí, que no conozco al filosofo Jinebrino mas que de oidas en un sermon, ni al presidente de Burdeos mas que de vista en la comedia de la *Llave falsa*, intente colocar mis pobres razonamientos aunque sea al abrigo del cañon de la ciudadela de Amberes? ¿O habré de estar siempre sujeto a que mis discursos salten a cada paso de la prensa para ceder su lugar a cualquiera disertacion política que impolíticamente venga a tomarme la delantera?

—Si señor, preciso será que usted lo sufra: no faltaba mas, sino que ahora que el aspecto guerrero de la Europa ofrece al discurso tantas combinaciones, ahora que los periódicos (crónicas mas o menos parciales del tiempo presente) deben esforzarse para tenernos al tanto de lo que ocurre desde Cádiz al Japon, nos viniese usted con tres o cuatro columnas de observaciones crítico-filosóficas sobre nuestros usos y costumbres; eso, amigo, desengañese usted, era muy bueno allá en los tiempos de antaño, cuando los epígramas de la Crónica o los versos de Rabadan formaban acontecimientos importantes; pero ahora es otra cosa, y no hai ya lector, por festivo que sea, que quede satisfecho si no se desayuna cada mañana con media docena de protocolos de la conferencia de Londres.

Sin embargo, señor don Zoilo, parecíame a mí que esto de la política no es, o a lo menos no debia ser, para todas las cabezas, asi bien como ciertos alimentos no son dijeribles por todos los estómagos; y por otro lado, estaba persuadido

de que el *utile dulci* del poeta latino, y el *per troppo variare* del toscano, emblemas ambos tan manoseados de los autores, se dirian con algun motivo. Creia yo ¡qué no cree la ignorancia! que las altas cuestiones de la política eran tan difíciles de comprender como de tratar, y que solo una disposicion natural y un estudio profundo podian conducir tal vez al descubrimiento de sus arcanos.

—Pues, señor mio, debe usted convencerse de todo lo contrario; y si no, escuche usted las conversaciones de hombres y mujeres, de viejos y de niños, de grandes y pequeños; escuche sus reflexiones, sus discusiones, y sus conclusiones, y por resultado de ellas adquirirá el convencimiento de que la política es una ciencia natural que se da espontáneamente en nuestras cabezas sin mas preparativos ni sementeras; y que el gusto dominante del siglo, desarrollando en nosotros aquella natural facultad, hace de cada uno un improvisador de leyes capaz de disputar con el mismo Solon Ateniense.

Asi será bien que lo crea, pues que el inapelable dictámen de usted me lo afirma; sin embargo (y sin que sea visto contradecir en un punto su opinion), ¿me permitirá usted que la entretenga con un v. gr., que, o yo soi un bobo, o viene aqui de molde? ¿Si? Pues oigale usted.

Yo tenia un tio llamado don Gaspar, el cual tio era natural de Navarra, y siéndolo, podrá usted venir en conocimiento de que era navarro; quiero decir, un navarro verdadero; honrado y testarudo, jeneroso y determinado. Los estudios de este buen señor se habian limitado a las primeras letras y algo de contar, con lo cual, y su buena suerte, tuvo la fortuna de hacer prosperar su comercio, primeramente en su provincia, y despues en la corte, donde fijó al fin su residencia. Casado en ella, y con una posteridad correspondiente, habia llegado en paz a la cuarta decena de su vida, pronosticando seguir a su resto del mismo modo; pero la revolucion de 1808 vino a alterar su tranquilidad mudando completamente su carácter.

Enemigo irreconciliable del invasor de España, y declarado desde luego acérrimo partidario de aquel «*no importa*» que por tantas veces ha hecho triunfar a nuestra patria de sus enemigos, no hubo en él un instante de incertidumbre, tanto sobre la verdad de su opinion, como en el indispensable triunfo de ella. Guiado por sus patrióticas ideas convirtió su casa en un receptáculo jeneral de todos los noticiosos de Madrid; los cuales, reunidos dia y noche, se complacian en tejer fábulas análogas a sus esperanzas, que a pocos instantes de concebidas pasaban por axiomas a los ojos de los mismos que las habian formado. Y era lo mas gracioso de esta escena el oirles glosar los papeles y boletines franceses, siempre por el lado favorable; v. gr., decian aquellos: —«*en la batalla de tal perecieron quinientos franceses*;— al instante no faltaba uno que replicaba: —«*algunos mas serán*;» —continuaba luego el boletin diciendo: — «*y cinco mil de los españoles*;» —y todos prorumpian esclamando: —«¡*ya se ve, ellos qué han de decir!*» —Asegurabase que tal plaza habia sido ocupada por los enemigos. —«Imposible.» —Hombre, que lo dicen las cartas. —«Se equivocan las cartas.» —Que lo dan de oficio los periódicos. —«Mienten los periódicos.» —Pero al fin las semanas y los meses pasaban, la noticia se confirmaba, y entonces mi tio solia decir con aire

misterioso y satisfecho: — «No tengan ustedes cuidado, eso es un ardid del Lord; tanto mejor, dejarlos que se internen.» — Y estando en esto solia entrar algun otro, a quien dirijiéndole el saludo ordinario de — «¿Qué hai de nuevo?» no dejaba nunca de responder: — «Hombre, yo no sé; dicen que se van;» — «dicen que vienen los nuestros; — con lo cual las esperanzas de toda la reunion se fortificaban, y mi tio con el mapa por delante solia lucir entónces sus conocimientos jeográficos y estratéjicos, haciendo maniobrar la caballería en la cumbre del Moncayo, o acampar la artillería en medio del Guadalquivir.

Pero en fin, aquella época pasó, y mi tio vió realizadas sus esperanzas, si no por un efecto de sus planes y combinaciones, por resultado del herbismo de la nacion entera. Parecia, pues, natural que restituida la calma, y restablecida en Europa la paz jeneral, tornaria mi don Gaspar a su tranquilidad primitiva, y haria prosperar su comercio con el mismo interes que en otros tiempos. Pues nada menos que eso; el demonio de la política (que debe ser un personaje principal entre los demas espíritus infernales) se habia agarrado tan bien de él, que ni aun la voluntad le dejó escaparse de sus uñas, antes bien atormentándole con sus continuas inspiraciones le hacia correr aqui y allá buscando alimento con que satisfacerlas. Desde aquel punto y hora no hubo lugar público ni secreto de la capital que no fuese testigo de sus eternas disputas, ni bóveda que no resonase con su agudo chillido provincial.

Levantábase al amanecer, y su primera operacion era rodearse de todos los periódicos nacionales y estranjeros que podia procurarse; los primeros los leia sin entenderlos, y los segundos los entendia sin saberlos leer; quiero decir, que como ignoraba otras lenguas que la suya, solo podia adivinar aquellas palabras que presentaban alguna analojía; con lo cual, y con los nombres propios de los jenerales y de las plazas, hacia él su composicion de lugar para formar luego su opinion; y soliale acontecer a veces tomar el nombre del comandante de un sitio por el de la ciudadela, o hacer maniobrar a un rio creyéndole jeneral de division.

Pero luego que bien penetrado de estos antecedentes se creia en estado de poder fijar todas las cuestiones, salia a la calle, y sin mas rodeos se dirijia a la Puerta del Sol, donde siempre tenia dos o tres tiendas en que ya se le esperaba con gran ansiedad para oir de su boca los proyectos ulteriores del ruso o los secretos recónditos del ingles. Alli era el oirle disertar y argüir con sus contrincantes, haciendo trizas el mapa con mas garbo que un sastre opera en una pieza de tela; alli el verle saltar montañas, adjudicar rios, firmar tratados, pasar notas, espedir correos, reunir congresos, publicar manifiestos, y manejar, en fin, la política universal desde una tienda de sombrerero, teniendo por oyentes a un prestamista sobre alhajas, a un corista de la ópera, dos mozos de casa y tres aprendices del almacen.

Luego pasaba a los cafées, y alli rodeado de oficiales a medio sueldo y de paisanos sin sueldo alguno, ocupaba su conocido lugar, y su primera operacion era pedir la Gaceta para volverla a repasar; despues, tomando por base cualquiera de sus párrafos, empezaba la discusion, unos en pro y otros en contra, asegurando todos que los motivos en que fundaban su opinion lo sabian *de muy buena tinta*, y

citando autoridades tales que cualquiera hubiera creido que habian cenado la noche anterior con el rei de Francia o con el emperador de Rusia; hasta que cansados de estragos y mortandades, se separaban en distintas direcciones, encaminándose unos al patio del correo: a ver si era cierta la salida del estraordinario, otros al gabinete de lectura a cielo raso de la calle de la Paz; cuál á las tiendas de la calle de la Montera, cuál, en fin (y este era mi tio), a la escalera de Palacio a ver subir y bajar los magnates, y augurar por las arrugas perpendiculares o transversales de sus semblantes lo que pasaba en lo interior del gabinete.

Verificadas todas aquellas correrías, se retiraba a comer a su casa, y ni la tierna solicitud de su esposa, ni las gracias amables de sus hijos, le conseguian sacar de aquella abnegacion, de aquella cavilosidad que constituian ya su estado favorito. Tal vez, sin embargo, entraba en su casa abatido y lánguido; su familia sobresaltada le preguntaba la causa de su tristeza, y no le dejaba hasta que habia declarado que la motivaba el rompimiento de la guerra entre la Rusia y la Persia. Otras veces volvia lleno de alegría, y averiguada la causa sabiamos que era nada menos que la mudanza del ministerio dinamarqués.

Por la tarde salia rodeado de dos o tres amigos de su mismo carácter, y paseaban por sitios estraviados y solitarios, parándose a cada momento y disputando a voces sobre la navegacion del Escalda, o sobre las fronteras de Hungría. De alli venian a nuestro pais, y hacian caer a su antojo todos los magnates, substituyéndolos inmediatamente por otros; luego decian en confianza los proyectos de decretos de todo el año corriente; y toda esta máquina continuaba despues en el café, sazonada con un bol de ponche, o en la tertulia entre jugada y jugada de ajedrez.

No hai que decir que los negocios particulares de mi tio decayeron a medida que se habia ido ocupando de los nogocios públicos; siendo tanto mas chocante, cuanto que a pesar de que su mujer, en vista de su debilidad, quiso sacar partido de ella escitándole a pretender algun empleo, él nunca vino en ello, porque decia que no queria sujetar su opinion ni depender de ninguna influencia. Mas por de pronto aquello que él llamaba independencia y franqueza le valió tres o cuatro delaciones, en virtud de las cuales tuvo que saltar de un punto a otro, sin que en ninguna parte dejase de perseguirle su inconcebible manía. Por último, agotadas sus fuerzas morales y físicas con tanto discurrir y tanto sufrimiento, adquirió una enfermedad cerebral que dió con él en el hospital de Toledo, a donde se entretuvo hasta su muerte en componer un periódico para uso de los demas locos, que si he de decir verdad, podia pasar por cuerdo al lado de algunos que alcanzamos a ver hoi.

Quedé, pues, por tutor de sus hijos menores, y haciendo el inventario de los bienes, encontré una larga relacion de acreedores, y un sistema completo de amortizacion de la deuda pública; dos o tres papeles sobre la paz interior, y un pleito de divorcio con su mujer; tres o cuatro libros de filosofia, y una pistola, que segun él repetia, era para cuando se hubiese cansado de vivir; un tratado jeneral de educacion pública, y cuatro muchachos que no sabian leer; un...

—Basta, basta, interrumpió vivamente don Zoilo con el rostro encendido y la

voz trémula; basta que usted me haya bosquejado las principales escenas de mi vida; no se complazca usted en presentarme las que sucederán despues de mi muerte.—Yo, amigo, no intenté...—Conozco la sana intencion de usted, estoi convencido de que de ninguna manera fué la de retratarme; pero ¡ai amigo mio! me ha presentado usted un espejo y me he mirado en él: ¿quiere usted mas?—Pues si ello es asi, debo felicitarme por la conmocion que usted manifiesta, y que no dejará de producir su resultado.—Sí, amigo, desde este momento veo que mis ideas toman otro jiro, y si bien no renuncio al interés que todo ser bien organizado debe sentir por la felicidad de su pais y del mundo entero, trataré de apartarme de cuestiones ajenas a mi obligacion y a mi capacidad, procurando aplicar los buenos principios al gobierno de mi familia, y contribuyendo de este modo al órden y la felicidad pública.—Entonces no pude contenerme, y abrazándole arrebatado esclamé: ¡Ai, amigo mio, si todos me entendieran como usted!

(Diciembre de 1832.)

EL AGUINALDO.

«Omnia tempus habent, et habet sua tempora tempus.»
TRADUCCION SUELTA.
«Cada cosa en su tiempo, y los nabos en adviento.»

El erudito Mr. de Jouy consagró un capítulo de su preciosa obra de *El Ermitaño* a describir la costumbre de los *estrenos (étrennes)* o regalos de año nuevo que tan en boga está en Francia y en otros paises, y razonando sobre ello con su profunda erudicion, pretende probar que aquel uso viene de Tacio, rei de los sabinos, a quien en un dia de año nuevo se habia hecho el presente de algunos ramos consagrados a Strinue, diosa de la fuerza, lo que parece que aquel señor hubo de tomar a buen agüero. Por qué tanto aquel año fué para él mui dichoso, y en justo agradecimiento autorizó la usanza de los dichos regalos en lo sucesivo llamándolos *strenæ*, de lo cual positivamente viene la voz francesa *etrennes*, y la castellana *estrenos*, que han usado en igual sentido nuestros autores.

Pero esta voz ha perdido entre nosotros su uso casi del todo, sin duda porque la costumbre a que se referia ha caducado tambien, pues si bien es cierto que aun se conservan algunos regalos de principio de año, a consecuencia de la burlesca ceremonia aun bastante jeneralizada en las tertulias de sacar a la suerte en la víspera de año nuevo parejas de hombre y mujer, sin embargo, puede considerarse como desacreditada semejante costumbre (especialmente en Madrid, donde hablamos), si bien en su lugar tenemos otra ocasion de lucir nuestra jenerosidad pocos dias ántes, en las dádivas llamadas de *aguinaldo* con que solemos endulzar la memoria del nacimiento de nuestro Redentor.

Que sea uno mismo nuestro *aguinaldo* que *les etrennes* franceses, lo asegura por mí un autor acreditado cuando dice:— «*y por ser a cuatro dias de mi llegada*

dia de año nuevo, cobré mi *aguinaldo* de los señores de aquella corte.» —Mas si la costumbre es la misma, la palabra tiene distinto oríjen. Tal lo siente el famoso Cobarrubias cuando la hace venir de la voz arábiga *guineldun*, que significa regalar, o de la palabra griega *gininaldo*, que vale tanto como regalar en dia de natalicio. Mas sea de ello lo que quiera, es lo cierto que con la voz *aguinaldo* (o *aguilando* como dicen en algunas provincias) designamos jeneralmente todos los presentes que se hacen desde la víspera de Navidad hasta la Epifanía, y que esta es una costumbre bastante jeneral para haberla de pasar por alto.

Ahora bien, ¿cómo se verifica esta costumbre? ¿Consiste acaso como en Francia (segun nos la describe el ya dicho Ermitaño) en un cambio mútuo de todo lo que la perfeccion de las fábricas, el jenio de los artistas o el buen gusto de los literatos ostentan a porfia en ocasion semejante? ¿Invéntanse para ello nuevas telas, alhajas y muebles primorosos, libros llenos de injenio y agudeza? ¿Pónense en movimiento grandes capitales destinados a vivificar las artes y el comercio, o a hacer florecer la literatura y las ciencias? ¿Amenízase el todo con sales epigramáticas, composiciones sublimes o cartas llenas de ternura y sensibilidad? Vamos a verlo.

En el año de 1824 tenia yo en mi casa un alojado frances, oficial de la Guardia real, el cual, por razon de cierta herencia habida de una tia suya casada en Alicante, permaneció en España mas tiempo que el ejército, lo bastante para poner en claro la testamentaría (cosa que no es tan fácil como parece), y con este motivo, y siendo ademas de un natural amable y amigo de sociedad, hizo relacion con muchas personas de todas clases que le recibian en su casa con la mayor complacencia. Las aventuras particulares de este frances son cosa de que mas de una vez he querido hacer partícipes a mis lectores, y que servirian ahora de clave para entender mejor este discurso; pero como de esas cosas me faltan que decir y hallarán su colocacion cuando menos se piense. Mas contrayéndome por ahora al objeto del dia, solo diré que acercándose el fin de aquel año, y deseando mi Parisien corresponder con aquellas personas a quien debia obligaciones o amistad, de un modo relativo a su clase y circunstancias, consultó conmigo sobre *las etrennes* que debia regalar; y como él desconfiaba de saber hacer por sí las compras, vino a proponerme sus intenciones, a saber:

En primer lugar a cierto personaje a quien él debia singular proteccion y benevolencia, le destinaba una primorosa coleccion de clásicos de la literatura francesa; a una señora cuya influencia le habia servido de notable recomendacion, la ofrecia un precioso artificio de pájaros disecados sobre flores y frutas trabajadas en cera; a su abogado defensor, dedicábale una caja de ébano que contenia los códigos frances e ingles; al ajente de sus negocios, le brindaba un semanero con rejistros de *ajenda* para todos los dias del año; a la esposa del escribano, media docena de cuadros copias de Vernet, con sendos marcos de relumbron; y por último, a la causa de su tormento, un primoroso libro encuadernado en mosáico que contenia las poesías mas sentimentales de Lamartine.

No pude dejar de sonreirme al escuchar tales propuestas; mas sin replicarle una palabra parecí conformarme con su idea y me encargué de la compra.

Por supuesto pueden venir en conocimiento mis lectores de que en vez de dirijirme a fábricas y librerías, hice rumbo ácia los portales de la plaza y calle Mayor, tocando empero al paso en ciertas tiendas de ultramarinos a donde sabia poder encontrar lo necesario para mi objeto. Y verificados que fueron mis ajustes, torné a mi casa, donde ya me esperaba el oficial con seis o siete cartas redactadas en el interin, cuales en prosa a la Chateaubriand, cuales en verso a la Victor-Hugo; y todas alusivas a los diferentes objetos que remitia. V. g., empezaba la del personaje: — «La voz de la sabiduría busca los oidos del sabio; permitid, «señor, a los autores clásicos de nuestra literatura que vayan a acojerse bajo la «superior inteligencia de usted;» — Y en esto entraban ya por la sala tres mozos cargados con seis barriles de *Peralta*, *Pedro Jimenez*, *Manzanilla* y otros diferentes autores. Seguia la de la dama, diciendo:

Símbolo de ternura y de amistad,
Ellos, señora, al dirijirse a ti,
De un corazon sensible a tu bondad,
La gratitud espresarán por mí.

Y a este tiempo ocuparon la sála media docena de pavos y otra media de capones cantando un *tutti* parecido al final de un primer acto.

Empezaba la del abogado diciendo: «La lei de todas las naciones.» y sin dejarle proseguir le presenté un precioso bolsillo que contenia una cincuentena de escudos. Proseguia la del ajente: «Trescientos sesenta y cinco dias bien empleados.» y a este tiempo hice sacar de las alforjas del conductor treinta docenas de chorizos; pero éste me hizo ver que me habia equivocado en la cuenta, pues faltaban cinco piezas para todo el año. Venia despues la carta de la mujer del escribano, y lo mismo fué ver que se hablaba en ella de cuadros, que al instante hice salir una coleccion de ellos capaz de guarnecer la mas amplia despensa. Por último, al presentarme con la carta de la querida en la mano: — «¿Qué podré yo «dedicar a la virjen de mis primeros amores que reuna en mas alto punto la sen«sibilidad y el gusto mas delicado?» — Una caja de mazapan de Toledo, esclamé yo con entusiasmo, poniéndola sobre la mesa.

Hasta aqui pudo llegar el sufrimiento de mi buen frances, el cual, saltando en medio de la sala, y con voz estentórea, apoyada por el bajo continuo de los pavos, esclamó — ¿Cómo? ¿qué es esto? ¿Usted pretende ponerme en ridículo? — Nada menos que eso, amigo mio, le contesté yo con gran calma; antes bien trato de evitarselo a usted, ademas que yo creo haber cumplido sus intenciones. Usted me encargó una coleccion de autores clásicos, ¿y no lo son *Pedro Jimenez* y demas? — Unas aves disecadas, ¿pues que les falta a esas para serlo? — Un código de leyes; yo le ofrezco un bolsillo lleno; — Un semanero; ¿y cuál mas a propósito que una cuelga de chorizos? — Una coleccion de cuadros; ¿y no lo son tambien los del tocino? — Una obra de ingenio; pues bien, segun mi dictamen pienso que lo es una caja de mazapan.

Pero dejando a un lado las chanzas, amigo mio, ¿parécele a usted que estamos

aqui en Paris? o piensa que en circunstancias semejantes nos pagamos por acá de libritos y de monadas? No, sino eche usted un pedazo en el puchero, y verá qué caldo sale Nada de eso, no señor; todas esas son ideas románticas que aqui no pegan, porque nosotros (a Dios gracias) estamos por el jénero clásico. Esas obras y artefactos son mui santos y mui buenos, sí señor; pero no podrian sacar a un hombre de un apuro del dia, y asi los agradecerian los regalados como por los cerros de Ubeda. Y si no, véngase un par de horas por esas calles de Dios, y verá como todos piensan de este modo; recorra usted esas confiterías, y observarálas preñadas de obeliscos y templetes (pruebas felices de nuestra arquitectura); verá en las diversas piezas de dulces y mazapanes la imitacion de la naturaleza tan recomendada de los artistas; desengáñese usted; estos y no otros cuadros necesitamos en nuestras galerías. ¡Estátuas! ¡pintura! ¡producciones raras de los tres reinos! ¡bravo! Asómese usted a ese balcon y verálas cruzar en todos sentidos, pero solo del reino animal y algunas pocas del vejetal para la colacion de Nochebuena: en cuanto a piedras ¡fuego! cómaselas quien las quiera. Mire usted, mire usted todos esos mozos, qué cargados van; pues todo lo que llevan es producto de nuestras fábricas; vea usted, chocolate... longanizas... confitura... turron... ¡y luego dirán que no hai industria! Pero acabemos de una vez; venga usted conmigo, y observe lo que sea digno de observar. Y no hubo mas, sino que agarrándole del brazo dí con él en medio de la plaza Mayor.

Pasmado se hallaba el bravo oficial al considerar toda aquella provision de víveres capaz de asegurar a la poblacion de Pekin, y bien que acostumbrado al redoble del parche o al estampido del cañon, todavía se le hacia insoportable el espantoso clamoreo de los vendedores y vendedoras de dulces y frutas, el pestífero olor de los besugos *vivitos de hoi*, el zumbido de los instrumentos rústicos, ambombas y panderos, chicharras y tambores, rabeles y castañuelas; el monosílabo canto de los pavos y las escalas de las gallinas, que atados y confundidos en manojos cabeza abajo, pendian de los fuertes hombros de gallegos y asturianos; el rechinar de las carretas que entraban por el arco de Toledo henchidas de cajones, que en enormes rótulos denunciaban a la opinion pública los dichosos a quiénes iban dirijidos; la no interrumpida cadena de aldeanos y aldeanas, montados en sus pollinos, que se encaminaban a las casas de sus conocidos de la corte a pasar las pascuas a mesa y mantel, en justa retribucion de una cantarilla de arrope o una cestita de bollos que traian de su lugar! el eterno gruñir de los muchachos, cuál porque un mal intencionado le habia picado el rabel, cuál porque un asesino le habia llevado de un embion entreambas piernas del pastor del arcabuz, o de la charrita de Belen; y en fin el animado canto de los ciegos que entonaban sus villancicos delante de las tiendas de beber.

—¿Cómo (esclamaba el estranjero), y es esta la nacion sóbria y taciturna? —Eslo sin duda, pero *dulce est disipere in loco*, y algun dia en el año habiamos de hacer traicion a nuestro *inevitable* puchero y nuestra eterna prosopopeya.— ¿Mas cómo puede llegar a consumirse toda esa provision, que parece destinada a sostener un sitio de cuatro meses? —Yo le diré a usted. Dedicándose todos a la gastronomía durante las vacaciones; reproduciéndose casi todos los dias los

convites de famílía; poniéndose unos a otros en contribucion de aguinaldo para sostenerlos; aumentándose notablemente la poblacion de Madrid con el refuerzo de los lugares circunvecínos, y dando rienda suelta para comer y cenar a soldados y muchachos.

¿Y en talcs momentos pretende usted que se aprecien los obsequios que usted preparaba? No, amígo mio, sea usted romano en Roma; espida desde este central depósito aves y turrones; omita el acompañarlos con elegantes misivas; que si ellos fueren de lei, ellos hablarán por usted; y si son malos, todas las epístolas de Ciceron no bastarian a hacerlos buenos. Recorra despues las casas de los obsequiados, y verá que toda la alegría del licor malagueño se ha trasladado a los semblantes, y toda la dulzura del mazapan se ha comunicado a los labios.

(Diciembre de 1832.)

LAS TRES TERTULIAS.

«Con estas cosas que digo
y lo que paso en silencio,
a mis soledades voi,
de mis soledades vengo.»

LOPE DE VEGA.

Yo no sé si fué el temor de la niebla que cubria nuestro horizonte, o de la mas espesa aun que la etiqueta y el fastidio estienden en nuestras sociedades cortesanas, lo que me determinó noches pasadas a subir a visitar a mi vecino *don Plácido Cascabelillo*, de quien ya tienen conocimiento mis lectores. Y como para ello no tenia que aguardar a que diesen las once, ni que ocuparme durante dos horas en el pulimento y adorno de mi persona, no hubo mas, sino que a cosa de las siete, y segun, y como me encontraba vestido, pillé la escalera y me presenté en casa del vecino.

No fuí, sin embargo, el primero, pues que ya se hallaban sentados en agradable círculo en derredor del brasero casi todos los individuos que componian la tertulia, de los cuales fuí recibido con grandes muestras de contento, haciéndome el amo de la casa los honores de recien venido, escarbando la lumbre, en tanto que los demas estrechaban su formacion para darme asiento dentro de la rueda.

No se puede negar que un brasero defendido por diez o doce personas, todas alegres, todas amables, y sin grandes pretensiones, es una de las cosas que inspiran mayor confianza, y dan rienda suelta al natural injenio para desenvolverse sin aquellas trabas que la afectacion, el orgullo, y el falsamente llamado *buen tono*, suelen imponerle. Todas las palabras (escepto algunas justamente proscriptas en cualquiera sociedad) son alli buenas para espresar los conceptos; los chistes familiares, los modismos del lenguaje, esmaltan a cada paso la conversacion, prestándola un carácter nacional y sin el desdichado sabor de estranjerismo de que adolece en el gran mundo; en una sociedad de esta clase, los melindres desapa-

recen; las exajeradas obligaciones de la moda tienen un aspecto ridículo, los sentimientos naturales se manifiestan sencillamente, y el amor, la amistad y la alegría se ostentan con franqueza sin temor de la censura ni del sarcasmo.

Tal era el cuadro que presentaba la reducida tertulia de mi vecino; ni allí una dama se sentia *vaporosa*; ni a un caballero se le permitia *secarse*; ni para designar aquella reunion se la llamaba *soirée* ni *círculo*, ni a la sala *salon*; ni nadie se avergonzaba de hablar español; ni de no conocer a Paris mas que en el mapa; ni de dejar su sombrero a la entrada, ni de tomar la mantilla a la salida; todo era franqueza y alegría, y como la coquetería y la envidia no habian podido aun penetrar en aquel modesto recinto, los amantes se consideraban felices, y el espectáculo de sus sencillos amores divertia a los demas.

Una hora habia ya que yo permanecia en aquella agradable escena, cuando acertó a entrar *doña Dorotea Ventosa*, viuda jóven de cincuenta años (cumplidos en 1825), señora de gran tono y de numerosos adoradores, que suspiran por los bellos ojos de su bolsillo; señora cuyo crédito se estiende desde el salon del Prado hasta la misma puerta de la Vega; y señora, en fin, mui de mi conocimiento, y cuya historia sabrá el lector algun dia.

Entró con aquel aparato con que una *prima donna* suele presentarse a cantar su ária despues del coro que la precede: toda la sociedad se dispuso en alas para recibirla; y la recien llegada, prévia la ceremonia de dejar su capa y su pelliza, i de arreglar su schal y su sombrero, se adelantó a recibir aquellos homenajes, dispensando a la media rueda de señoras sendos besos en las mejillas, y dedicando a los caballeros una afectada cortesía y sonrisa.

Instalada aquella nueva interlocutora, tomó de derecho la palabra, y nos habló de los sucesos del gran mundo (que eran para ella el salon del Prado, la ópera italiana y dos o tres casas de juego); y cuando ya creyó que habia escitado la admiracion y la envidia jeneral, propuso una partida hasta las diez, hora en que tenia que marchar a otras tertulias. Inmediatamente don Plácido hizo poner la mesa en el gabinete, y principiaron un tresillo a cuarto el tanto, no sin oposicion de doña Dorotea, que jugaba con guantes por no ensuciarse los dedos.

Mas el jérmen de discordia que la viuda habia arrojado en nuestra plácida reunion, no se separó con ella, antes bien manifestándose en voz baja, empezaron unos a censurar su afectacion y vanidad; otros a reir de sus flores y dijes; cuál a contar anécdotas picantes de las sociedades a que ella dijo concurrir; cuál, en fin, a manifestar desden por ellas. Por último, nuestra inocente conversacion se convirtió en amarga sátira, y esto empezó a desagradarme, tanto mas, cuanto que públicamente acababa de aceptar la propuesta de doña Dorotea de presentarme aquella noche en casa de la baronesa de... por lo cual no dejaron de darme broma.

Aquella nube desapareció sin embargo mui luego, y la calma volvió a restablecerse, con lo cual, y con unos cuantos juegos de prendas, cuyo único interes consistia en decirse secretos al oido, tornó a renacer la alegría y el contento en todos los corazones.

Mas para que se vea que no hai dicha en este bajo mundo sin su poco de mar, por qué tanto una de las viejas hubo de tener la mala tentacion de invitar a cierto

don Calisto (de menguada memoria) a que luciese un poco sus habilidades a la guitarra; y hé aqui a toda la sociedad pendiente de aquellas mal templadas cuerdas y peor dirijidos dedos, y aguzando los oidos para no perder un punto de aquella maravilla.

El nuevo *Sor* ocupó media hora larga en retocar clavijas, probar bordones, y saltar primas, de las cuales por dicha fué a parar una a los ojos de la vieja, su apasionada, entre la mal reprimida risa de todos los circunstantes; despues nos obsequió con tres escalas en *sol* y una en *fa*, cuatro arpejios, y tres ejercicios de mano izquierda, hasta que colocándose bien en la silla y marcando con el pié los compases, improvisó un walls del *Barbero de Sevilla*, otro conocido por *el de las Fraguas* en la Pata de Cabra, y un rondó obligado (música del célebre maestro *Paquete*) capaz de arrancar lágrimas de desesperacion; pero subió de todo punto nuestro entusiasmo, cuando despues de otro retoque jeneral de clavijas, y de dos o tres hondas toses, entregó su voz al viento con unas *seguidillas* intermediadas de *matraca*, y luego, pasando al estilo patético en las dos canciones de «*Horror me da el dia*» y «*La sombra de la noche*,» acabó de arrancar largos y pronunciados aplausos de manos y piés.

Sin embargo, yo, satisfecho de tan buen ratito, me escurrí sin ser notado a mi cuarto para vestirme convenientemente, a fin de acompañar a doña Dorotea; hícelo asi, y como luego me manifestase esta que era mui temprano para ir a casa de la baronesa, y que antes debiamos tocar en cierta tertulia donde no faltaria campo a mis observaciones, nos despedimos de aquella amable reunion, y tomando el coche de doña Dorotea nos dirijimos a la otra sociedad.

Era esta en casa de un personaje de alta importancia, a quien mi viuda compañera intentaba recomendar cierto pretendiente jóven, del que hablaremos en tiempo y lugar. La multitud de caballeros, escesiva respecto al número de señoras, me hubieron desde luego dado a conocer una tertulia de cálculo, asi como la deferencia y respeto gradual de los concurrentes me impuso al momento de quiénes eran el amo de la casa, su señora, hijos, parientes y confidentes.

El primero, sentado cerca de la chimenea, se hallaba rodeado de tres o cuatro graves personajes, los cuales aguardaban a que él hablase para sentirse exactísimamente del mismo parecer, y aun comentar sus discursos citando a cada paso algunas de las palabras del señor; si tal vez éste se levantaba a recorrer la sala, todos se alineaban para abrirle paso, haciéndole una cortesía los mas viejos, los jóvenes componiéndose el cabello, las niñas regalándole una sonrisa, e interrumpiendo por un momento su conversacion *de ordenanza* con los oficiales de la guardia, y estos ostentando un continente marcial. El buen anciano se detenia un momento en cada grupo, tomaba parte en las conversaciones, animaba a todos con su benevolencia, y todos se lisonjeaban de haber fijado esclusivamente su atencion.

Algo mas allá, la señora de la casa presidia una mesa de *ecárté* con gran aplauso del triple círculo de mirones que encomiaban a cada paso su destreza y jenerosidad. Las señoritas, en otro lado, recibian los homenajes de los brillantes jóvenes, que se esmeraban en ostentar su gallardía como un título de recomenda-

cion para inclinar a papá en favor de sus pretensiones; las amigas y amigos de la casa hablaban aparte con los presentados, los introducian en el círculo del señor o de la señora, referian en público sus gracias, y los colocaban en posicion de lucirlas.

Con tan delicada intencion procedió doña Dorotea con su recomendado, buscando el modo de hacerle cantar una magnífica ária del *Mahometo*; luego haciéndole tocar una sinfonía de *Meyerbeer*; y despues promoviéndole sus conversaciones favoritas, para que luciese la espedicion de su lengua y el brillo de sus grandes ojos árabes, con lo cual toda la tertulia quedó prendada del mancebo; el señor se informó de sus cualidades; la señora alabó sobremanera su hermosa voz; las jóvenes felicitaron a doña Dorotea, no sin algunos asomos de malicia, y ésta aseguró al galan que mas habia ganado aquella noche que en tres años de antesalas y audiencias.

Serian las doce dadas, cuando, concluida la mision de doña Dorotea, determinó que pasáramos a la otra tertulia, y con efecto, no tardamos en verificarlo. Mi presentacion se verificó en debida forma; mi introductora y yo atravesamos el salon; y dirijiéndonos a la señora de la casa, pronunciamos las simultáneas palabras de estilo, interpoladas con las cortesías propias del ceremonial, con cuyo brevísimo introito quedé instalado solemnemente, y pude dirijirme a donde me pareció.

La eleccion no era dudosa: guiado por aquella inclinacion natural ácia las hijas de Adan, propia y comun a todos los hijos de Eva, empecé mi reconocimiento por aquellas, dando una vuelta disimulada en derredor de la sala, y pude, con auxilio de mi doble anteojo, ponerme al corriente de las diversas fisonomías y sus fechas respectivas; luego me introduje (siempre con la misma precaucion) en los grupos de los jóvenes que formaban en el centro del salon; y de las conversaciones de los unos, y de las sonrisas y cuchicheos de las otras, formé mi cuadro jeneral, al cual iba prestando episodios segun la casualidad me los iba ofreciendo. Pero a corto rato de recojerlos eché de ver que todos eran idénticos, y que no habia por qué tomarse aquel trabajo.

Por ejemplo: uno de los jóvenes del grupo jeneral flechaba su anteojo ácia donde le parecia bien; y apartándose luego de sus compañeros, se adelantaba con cierto aire de satisfaccion, ya jugando con los sellos del reloj, ya con entrambos pulgares pendientes de las bocamangas del chaleco; poníase delante de cualquiera señorita, y mirándose de paso a un espejo que solia caer perpendicular sobre el peinado de esta, la dirijia con aire distraido é indiferente cuatro palabras (no las mas puras por cierto, ni las mejor escojidas), y mientras aguardaba su respuesta, continuaba su operacion de arreglarse el cabello o la corbata, o bien se hacia aire con el abanico de la niña. Persuadíame yo de que esta, ofendida de aquella grosera presuncion, responderia con altivez a las altiveces del galan; pues nada menos que eso; la mayor amabilidad, el mayor gracejo, la mas encantadora sonrisa; y si aquel, animado por ella, prorumpia en un concepto atrevido, solo se le interrumpia con un *¡qué malo es usted!*... mas pronunciado con cierta induljencia que no movia a lástima del hablador.

Pero ya este, embriagado con el triunfo de aquella escena, se incorporaba al

círculo de sus camaradas para recibir sus aplausos, o bien se dirijia al otro estremo de la sala, y colocándose al lado de otra jóven la dirijia ¡qué falacia! las mismas espresiones que a la anterior; mas como en este mundo todo se halla compensado, mi indignacion cesaba al escuchar que aquella estaba dando las mismas respuestas a otro interlocutor que ocupó el lugar del primero. Esta regla de conveniencia jeneral presidia en toda la tertulia, y solamente se esceptuaba de ella alguno que otro jóven, o mas tímido o menos petulante, que dejaba ver en su semblante las emociones del verdadero amor; pero estos eran por lo regular el objeto de los secretitos burlones o de las risas improvisadas de las niñas, así bien como algunas de estas menos determinadas, yacian en los rincones, sin que ninguno las dirijiese la palabra.

Todo lo observaba yo en silencio; mas como las observaciones no son agradables hasta el punto en que se comunican, no pude resistir al deseo de hacerlo; y dirijiéndome a un caballero que tenia al lado, le hice partícipe de ellas, y hablé tanto, que apenas le dejé manifestar su opinion. Despues, suponiéndole antiguo en la tertulia, le fuí preguntando los nombres de algunos y algunas de los que mas me habian llamado la atencion; pero de todos respondia no conocerlos, con lo cual quedé penetrado de que era alli tan novicio como yo; pero estando en esto, un lacayo que vino a comunicarle una órden de la señora me dió a conocer que era nada menos que el amo de la casa.

Castigado, pues, con este suceso, me replegué al lado de doña Dorotea, la cual con su natural locuacidad me disipó ciertas dudas que me habian asaltado durante la noche: ella me hizo ver que aquello que yo llamaba atrevimiento y grosería no era otra cosa que aire de mundo y de gran tono; que el amor, que yo creia ser vendado, hacia ya tiempo que veia mui bien, y sabia por dónde iba; ella disipó mis temores respecto a las incautas jóvenes; ella me convenció de que la ficcion sistematizada era una de las perfectibilidades sociales; que el ardor de las pasiones, y la animada espresion de la alegría, eran propios de las almas comunes, y de ningun modo convenientes en las reuniones de buen tono; que para lucir en ellas solo eran necesarios una buena dósis de presuncion y el correspondiente desenfado; que hoi dia para no parecer ridículo es preciso serlo; que la moda habia autorizado algunas que yo llamaba descortesías, tales como dejar sólas en la sala a las señoras; negarse a bailar; permanecer sentados afectando indiferencia; equivocar las contradanzas; llevar siempre una misma pareja; y otras muchas cosas, a las cuales llamaba doña Dorotea *darse tono*.

—Pues si es ello así (repliqué yo), ¿cuál es el aliciente que puede atraer a una diversion donde nadie se divierte; a un baile donde no se baila; a una sociedad donde apenas se habla; donde todo es aparente, y donde ni los jenios, ni las figuras, ni la clase, ni las palabras, representan su valor positivo? ¿Qué encanto, pues, es el que reune a esta sociedad?

«Ahora lo verá usted», me dijo doña Dorotea tomándome de la mano, y llevándome a una salita inmediata. La dificultad que esperimentamos para penetrar en ella me hizo conocer que alli estaba la seccion central de la tertulia, y que lo que habia visto hasta alli no eran sino las subalternas. Y en efecto, despues de

un largo y sostenido ataque, llegué a penetrar hasta una mesa circundada por numerosos grupos de cabezas, verdadera caricatura de Boilly, en cuyas espresivas facciones reconocí toda la coleccion de mamás y de maridos, ciegamente ocupados en correr tras una sota o un caballo, en tanto que hijas y esposas se esforzaban en la sala a salir al paso de los caballeros en un *baile ruso* capaz de hacer sudar en las orillas del Newa, o en una *galopada* mas propia de un camino real que de un salon.

Todos estos antecedentes, unidos al consiguiente de ser ya las dos de la mañana, sin que nuestras desmayadas fuerzas tuviesen otra perspectiva de socorro que seis vasos de agua pura y serenada que campaban en la antesala, empezaron a alterar mi humor, y me obligaron a invitar a doña Dorotea a que diésemos la vuelta; hicímoslo asi, y por colmo de mi pesadumbre tuve la desgracia de medio reñir con ella porque la dije que de las tres tertulias *de confianza*, *de respeto* y *de gran tono* que habiamos visitado, ninguna me habia ofrecido reunidas aquella franqueza delicada, aquella finura verdadera, aquel encanto irresistible que solo se encuentra en la reunion de personas amables e instruidas, exentas a un mismo tiempo de una exajerada pretension, de un bajo interes, y de una nulidad insustancial.

(Enero de 1833.)

EL ESTRANJERO EN SU PATRIA.

« La cántara conserva largos dias el gusto y el olor del primer licor de que se llena, y la primera edad decide cuasi siempre de nuestro carácter y afecciones. »

MELENDEZ VALDES.—DISC. FORENSES.

Preparábame a sentarme a la mesa a la hora acostumbrada, cuando de repente un fuerte campanillazo hirió mis oidos. Abrese la puerta, y un caballero mui elegante se dirije a mi habitacion a largos pasos; y en llegando a ella, y delante de mí:

— *¿ Es a Mr. de....* (me dijo) *a quien yo tengo el honor de dirijir mi palabra?*

— Fulano de Tal, para servir a usted (le contesté yo levantándome con atencion)

— *C' est egal; vos sin duda no me reconocereis; ello es posible; eh bien; yo seré obligado a deciros quién yo soi.*

— A la verdad que no caigo....

— *¡ Ah mon cher ! ello no es dificil; los años y los viajes han cambiado mucho de mi forma primera, a la manera que yo no reconozco en mi patria de hoi, a mi patria de otro tiempo.*

— ¡ Cómo ! ¿ Usted es español ?

— *Oui, desgraciadamente; bien entendido, español por nacimiento, mas no por inclinacion ni por carácter.*

— Cierto que ese aire, esos modales, ese acento y lenguaje, me habian persuadido.....

— *Son, señor, las nobles maneras del gran mundo que yo vengo de dejar; ¡ helas ! mas ello es bien cierto, pourtant, que yo soi nacido a Madrid (lo cual sea dicho entre nosotros), y que yo he tenido el honor de ser mui vuestro antes de mi partida en Francia.*

— Pues, señor mio, dicho se está que si usted no tiene la bondad de declararse, nunca vendré en conocimiento....

—*¡Oh mon Dieu! ¿est il possible? ¿o haceis semblante de ello? ¡Parbleu! el gran amigo y camarada de mi papá, el hombre de su confianza, ¿habrá olvidado a aquel hijo de quien los primeros pasos dirijió? ¿al jóven hombre que le fué redevable de tantas buenas amistades?*

—Me hace usted dudar....

—*¡Ah! no lo dudeis, señor: es Monsieur de Reveseint, que es mi padre.*

—¿Cómo? ¿el hijo de don Melquiades Revesino?

—*A la bonne heure, yo soi ese hijo, moi.*

—¡Ah, querido amigo!

—*¡Oh, mon cher!*

El público lector no tiene obligacion de acordarse ya de la familia de don Melquiades Revesino, de quien le hice tomar conocimiento con motivo de los amóres y boda de la niña Jacinta y de su viaje a Carabanchel (1); y como allí no lo dije, habré de decir ahora que el dicho don Melchor, ademas de aquella niña, cuyo amoroso drama supimos entonces, es tambien padre del jóven Camilo Revesino, a quien hacia nombrarse *Mr. de Reveseint*, la misma manía que al italiano *Signor Giovani Trotini*, que viajando por Francia se hacia llamar *Mr. Trotein*, en Inglaterra *Mister Trotan*, en Rusia *Trotonoff*, en Polonia *Trotinski*, en España *don Juan de Trotinos*, y en Portugal *o Senor Troutiñu*.

Pero viniendo a mi Camilo, este jóven, despues de aprender la gramática en los Escolapios, hubo de seguir el precepto de su padre, el cual, seducido con las continuas relaciones de los viajeros, llegó a persuadirse de lo conveniente que seria que su hijo, el heredero de su nombre, y a quien pronosticaba brillantes destinos, continuase su educacion en la capital de Francia, donde podria adquirir al paso que unos conocimientos superiores, los modales y porte de gran tono; y pudiendo en él mas esta persuasion que el sentimiento de separarse de su hijo, enviole a Paris bien recomendado. El jóven Camilo, que contaba a la sazon doce años, fué instalado desde luego en un colejio, donde aprendió ante todas cosas a olvidar la lengua patria, trocándola por la del pais, y consiguiéndolo de tal modo, que a la vuelta de dos años pasaba por un verdadero frances, y aun él mismo llegó a persuadirse de que lo era.

Sus conocimientos, es verdad, crecian en proporcion de sus estudios; y los diversos premios adquiridos en los exámenes de historia, matemáticas, física, química, dibujo y demas, mientras permaneció en el colejio, eran para su padre otros tantos argumentos en apoyo de su resolucion. En vano algunos amigos intentaron hacerle ver lo perjudicial que podria ser a su hijo tan prolongada separacion de su pais natal, y que pasando en el estranjero la edad mas decisiva de su vida, era mui posible que adoptase costumbres e inclinaciones que le harian parecer luego una planta exótica en su mismo suelo; ademas del que no faltaban en este los medios de recibir una esmerada educacion, pudiendo despues viajar, cuando se hallara en estado de poder adoptar solo lo conveniente para mejorarla. Todo fué en vano, y el bueno de don Melquiades, seducido con la idea de

(1) Véase en el tomo 3º el artículo de *los Aires del lugar*.

tener un hijo que, segun él decia, habia de llegar a ser la envidia de todo Madrid, persistió en su obstinacion, negándose a llamarle hasta que cumpliese los veinte y cuatro años.

Llegó por fin aquella época tan suspirada de toda la familia, que tuvo la satisfaccion de recibir en su seno un mozo brillante por sus conocimientos, sus modales y su figura. Por todas partes resonaban los elojios del recien venido; sus acciones y palabras eran repetidas por los otros jóvenes en tiendas y tertulias, sus trajes formaban el objeto de los contínuos desvelos de los sastres afamados; la narracion animada de sus aventuras servia para reunir en torno de él un círculo de admiradores y aun de envidiosos; y las mas altivas notabilidades femeninas se daban por contentas con fijar por un momento las miradas del español parisien.

No hai que decir el contento que todo esto inspiraría a los suyos; pero como todas las ilusiones duran poco, no tardaron en echar de ver que en medio de aquella felicidad aparente, nada de lo que le rodeaba era conforme a su carácter y costumbres. Por ejemplo; la distribucion de sus horas era diametralmente opuesta a la de la familia; pues él se desayunaba a medio dia, comia de noche, y no dormia hasta las dos de la mañana; su conversacion era siempre en frances; llamaba a sus padres de tú, y de vos a los criados; bailaba al espejo aunque fuese delante de personas de gran prosopopeya; besaba a su hermana, y reñia con las visitas porque no le dejaban hacer otro tanto; tocaba el violin, o tiraba el florete los ratos que no cantaba en alta voz; y en fin, tenia toda la vivacidad propia de un frances y de un jóven de veinte y cuatro. Por otro lado, se hablaba de comida, «¡Oh, las fondas de *Very* o *Rocher de Cancale!*» Iba al teatro, «¡Ah, qué teatros los de Paris!» Se le convidaba a los toros, «¡Bárbaro espectáculo!» Salia a la calle, «¡Peste de pais!» Volvia a su casa, «¡Oh *mon hôtel garni!*» —

—Con estas y otras cosas, con desaprobar abiertamente todo lo que se apartaba de los usos franceses al mismo tiempo que ridiculizaba las imitaciones de ellos, llegó a hacerse de tal modo insoportable hasta en su misma casa, que todos los dias daba lugar a cuestiones; y aun en la visita que al presente me hacia, me dió a entender una que acababa de tener con su padre, con motivo de proponerle un matrimonio que repugnaba a su corazon. No pude dejar de estrañarlo, conociendo bien el carácter de don Malquiades, y aun por la misma conversacion del jóven creí penetrar la causa de su adversion, suspendí el juicio hasta averiguarla por mí mismo.

Entre tanto hícele presente con franqueza que siendo ya cerca de las cuatro de la tarde, habia retrasado una hora mi comida, y convidéle a participar de ella; no aceptó por ser demasiado temprano para él, pero se entretuvo en probarme mientras comia que a aquella hora no habia apetito (sin embargo que yo demostraba en la práctica todo lo contrario); y luego que vió salir la fuente con todo el interior de la olla castellana, lanzó una filípica fulminante para demostrarme que aquel alimento era indijesto y mal sano; lo que por única respuesta le contesté que sin duda debia surtir tales efectos mui a la larga, por cuanto no me acordaba de haber padecido una indijestion. Por último, subió de todo punto su encono cuando acabada la comida llegó a entender que era mi costumbre el dormir media

horita de siesta; a esto ya no pudo sufrir mas, y saludándome con el nombre de español incorrejible, se separó de mí; menos contento que a su llegada.

A la mañana siguiente pasé a pagarle la visita; no le hallé en casa, y encontrándome solo con el padre le felicité por la llegada de su hijo, y por las bellas cualidades que ostentaba; pero mui luego pude conocer que su satisfaccion se hallaba mezclada con algun disgusto, como en efecto no tardó en declararmé.

—¿Tiene usted presente, me dijo en voz lastimera, cierta disputa que tuve con usted en este mismo gabinete acerca de las ventajas de la educacion en Francia?

—Sí señor; y por cierto que me acuerdo de la viva defensa que usted sostuvo.

—¿Pues qué diria usted si la esperiencia me inclinara hoi a sostener lo contrario?

—Es imposible: las relevantes cualidades que adornan a su hijo de usted, el aplauso que le rodea, y la satisfaccion interior que de ello debe resultar a un buen padre, son causas bastantes para afirmar a usted en su primitiva opinion.

—¿Y qué me sirven esas cualidades y ese aplauso, y qué le sirven a él tampoco si van emponzoñados con un tedio invencible, una aversion inesplicable a todo lo que le rodea, bastante a hacerle resistir mis proyectos para su felicidad?

—Quizás esos proyectos no estén bien meditados; y acaso en ellos no haya usted consultado el corazon de su hijo.

—¿Y qué mas puedo hacer para ello? Yo le he querido hacer obtener un buen destino en la administracion; se me ha opuesto a ello bajo el pretesto de no conocer bien las leyes de nuestro pais, y por temor de no desempeñarlo cumplidamente.

—Ha dicho mui bien, y pocos a quienes se ofreciera un empleo contestarian del mismo modo. Conócese bien que no está al corriente de nuestras costumbres.

—Le he indicado despues la carrera militar; me ha respondido que como las vicisitudes del mundo pudieran acaso algun dia obligarle a dirijir sus armas contra el pais en que ha recibido su educacion, no le permite su honor obligarse bajo el juramento militar.

—En eso manifiesta su virtud y agradecimiento.

—Le he hablado despues del comercio, que no tiene ninguno de esos inconvenientes; me ha manifestado otros que dice que suele tener entre nosotros esta profesion.

—Puede que no esté equivocado.

—Las carreras de la iglesia o del foro no he podido siquiera indicárselas, porque en efecto no ha hecho los estudios que a ellas conducen; mas por último, le he propuesto que viviendo tranquilamente de las rentas de nuestro mayorazgo, imitase a tantos de su clase como pasan la vida sin hacer nada; y ha rechazado con violencia mi proposicion, diciéndome que él ha nacido y ha estudiado para hacer algo.

—Y tiene mucha razon.

—Ahora bien, pasando despues al punto de su matrimonio, le he presentado a varias personas dignas de llamar su atencion; pues ninguna de ellas ha llenado sus ideas; la una carece a su vista de modales elegantes y *de buena compañía*, como él dice: la otra ignora hasta los primeros rudimentos de la jeografia y la

historia: otra piensa mui en español: otra... En suma, ¿qué partido tomar con una persona para quien nada hai a propósito, y cuyos conocimientos y circunstancias no pueden aplicarse a la sociedad en que ha de vivir?

—Ello es, en fin, le interrumpí yo, que su hijo de usted ha renunciado a su patria, y que la educacion estranjera, dando otro jiro a sus inclinaciones y sus deseos, le ha sacado fuera del círculo en que nació, para colocarle en otro mui distinto del que usted imajinaba; fácil era prever semejante resultado, pues es bien sabido que la educacion es una segunda naturaleza, acaso mas fuerte que la primera; ¿y quién sabe tambien si otras causas se habrán mezclado al mismo tiempo en destruir los planes de usted? Su hijo de usted es jóven y ardiente; ¿quién nos responde de que haya podido resistir al amor...?

—«Usted ha encontrado lo justo (esclamó en este momento Camilo, abriendo repentinamente la puerta del gabinete); el amor... un amor volcánico, irresistible, ha prendido en mi pecho, y si hasta ahora he podido hacer traicion a mis sentimientos, ya no me es posible ocutarlos. Dos años há que una señorita de Paris es el objeto de mi amor.» —

Suspensos nos dejó por largo rato tan súbita declaracion, hasta que volviendo en sí don Melquiades intentó reprender severamente a su hijo; pero tomando yo la palabra:—No es ya tiempo, le dije, de reparar un daño de que usted fué la causa principal; sufra usted, amigo mio, que se le diga: usted, separando a su hijo de su pais en los años mas decisivos de su vida, ha dado lugar a que este jóven apreciable se vea, apesar suyo, hecho un estranjero en la patria que le dió el ser; educado en ella, hubiera sabido conocer y apreciar sin violencia las eminentes cualidades que la son peculiares, y hubiera pagado con sus conocimientos y su trabajo el tributo que todos la debemos: no anhelaria otros placeres que los nuestros, y ellos habrian bastado a su felicidad y a la de usted. Llore usted ahora el haber renunciado a esta dicha, robando al mismo tiempo a la patria uno de sus hijos; pero no intente remediar una violencia con otra violencia, y deje seguir al suyo la determinacion a que le llama la suerte.

Camilo al oir esto se arrojó a los pies de su padre, y le pidió su permiso para fijarse en Paris; y este, con la voz ahogada en lágrimas de dolor, tuvo que dar un consentimiento que ya no podia evitar.

Volvió en efecto nuestro jóven a la capital de Francia, donde contrajo matrimonio con su amada, y ha establecido su casa-comercio, que sin duda acreditará con su talento y honradez. El padre en tanto llora el error de haber él mismo arrojado de su pais su nombre y su descendencia... ¡Cuántos así!

(Enero de 1833.)

LA CAPA VIEJA Y EL BAILE DE CANDIL.

.....Del Rastro a Maravillas,
del alto de San Blas a las Bellocas,
no hai barrio, calle, casa ni zahurda
a su padron negado.
JOVELLANOS — SAT.

—«¡Bravo título! ¡digno asunto! Por cierto que el señor Curioso nos promete hoi un discurso de gran tono.»

Tales ó semejantes esclamaciones zumban ya en mis oidos, proferidas por ciertos críticos de salon, de estos que afectan desdeñar todo lo que no sea sublime.... ¡Pobres jentes! ¡cómo si ellos lo fueran!

—Pero señores (les respondo yo), ¿todo ha de ser primores y filigrana? ¿Ignoran que el secreto del arte consiste en oponer los contrastes de lo alto y de lo bajo, de lo pulido y de lo grosero? ¿Y por qué habré yo de renunciar a esta ventaja, si he de hacer formar idea jeneral de las costumbres de todas las clases? En un mismo cuartel, en una misma calle, ¿no existen usos e inclinaciones diferentes? ¿Pues cuánto mayor no será esta diferencia, tratándose de toda una capital? No hai remedio, señores mios; si han de conocer la fisonomía particular de las clases que no habitan el centro de esta villa, fuerza será que le abandonen conmigo por un momento, y que si no lo han por enojo, me sigan adonde me cumpliere llevarles.

Revolviendo la esquina de la calle de la Ruda para entrar en la plazuela de Rastro (¡taparse bien las narices, señores críticos!), íbame entreteniendol agradablemente en reconocer los diversos almacenes ambulantes, restos de veneranda antigüedad, que ya decoran armoniosamente la angosta entrada de un chirivitil, á quien llaman tienda, ya figuran airosos a campo raso tendidos sobre un trozo de estera en medio del andito de la calle. A la vista, pues, de tantos despojos de la moda, que en otro tiempo decoraron estudios y salones, íbame llenando de aquel supersticioso respeto con que mas de un anticuario suele colo-

car en su gabinete tal cuarto segoviano, roñoso y carcomido, juzgándole moneda del bajo imperio; y considerando por otro lado que todos o gran parte de aquellos objetos padrian haber sido conquistados en buena guerra, me disponia ya a dirijirles una alocucion romántica, cual si fuesen espada del Cid o escudo de Cárlo Magno.

Pero mi monólogo pasó a ser diálogo, cuando volviendo la cabeza hallé detras de mí al amigo *don Pascual Bailon Corredera*, a quien no habia vuelto a ver desde el lance de la hermosa Narcisa, que, si mal no me acuerdo, conté en el artículo de *Los cómicos en Cuaresma*. Llenóme de placer este encuentro, y proseguimos juntos nuestro paseo escrutador, cuando al pasar por una vieja prenderia, paróse don Pascual como herido súbitamente, dándome lugar a un mediano susto; mas sin reparar en él, corre a la tienda, alcanza una capa vieja que pendia a la puerta, recónocela prolijamente broches y vivos, embozos y costuras, puertas y ventanas, y alzando cuanto pudo su voz.... «Ella es (esclamó con ademan doliente), la compañera de mi juventud, la encubridora de mis estravíos, ella es;» y la abrazaba enternecido, y la regaba con sus lágrimas.

—Pero don Pascual; ¿qué locura es esta?

—«Déjeme usted, amigo mio, déjeme usted que pague este tributo a un mudo acusador mio; déjeme usted recobrarle despues de largos años de separacion.»

—Y diciendo y haciendo pagó a la mujer que la vendia el precio de la capa, y poniéndola debajo de la que llevaba, continuamos nuestro paseo; pero como yo insistiese en que me esplicara el misterio de aquel asqueroso mueble, tomó la palabra don Pascual, y me habló de esta manera.

—«Creo a usted sabedor, amigo mio, de que en mi juventud fuí lo que se llama un calavera completo, y que la crónica escandalosa de Madrid ofrecia en aquel tiempo pocos lances en los cuales yo no figurase, haciéndome mi vanidad buscar los mas comprometidos por el solo placer de que todos se ocupasen de mí. Mientras permanecí en el círculo de la alta sociedad, tuve intrigas amorosas mas o menos complicadas, casos de honor mas o menos problemáticos, y de todos salí sano y salvo, como está admitido entre personas de cierta educacion. Pero el mal demonio, que no duerme, me hubo de fastidiar de aquel jénero de vida y de placeres, y ofreciendo un ejemplo mas a aquella regla de que los estremos se tocan, pasé por una brusca transicion desde el orgullo aristocrático a los modales mas groseros de la plebe. Cesaron, pues, mis galas y mis tocados, olvidéme de teatros y salones; renuncié a mis antiguas amistades, y adopté el traje y los modales de un *manolo* verdadero.

«Armado con mi calzon y chaqueta, corbata de sortija y sombrero calañes, y embozado sobre todo en mi gran capa, echéme a buscar aventuras por Lavapiés y el Barquillo, con mas determinacion que el héroe manchego por el campo de Montiel. Mi jenerosidad, mi buen humor, y mi determinacion para todo, me hicieron desde luego célebre entre aquellos habitantes, y ya se sabia que no habia funcion en que no se contara con *don Pascualito*; y hombres y mujeres me festejaban a cual mas; con lo cual tenia yo cierta superioridad parecida a la de un cacique en una tribu de Araucanos. Contribuia en gran manera a ello mi capa azul, que aunque

vieja, era aun superior a las que me rodeaban; pero como yo no queria distinciones, acerté a tratarla tan mal, que en mui pocos dias logré hacerla equivocar con todas, con lo cual me creí ya protejido del escudo de Minerva, y todo lo vencia, y nada me arredraba. Con ella frecuenté tabernas y figones, guardillas y pasillos, palomares y azoteas, y sin ella nada de esto hubiera podido hacer; tal era la confianza que este disfraz me inspiraba.

«Una tarde (de San Anton por cierto) salí envuelto en mi encubridora capa al paseo o romería de *las vueltas*, como es uso y costumbre en tal dia. Ignoro si usted, como curioso, habrá observado el espectáculo grotesco que en semejante ocasion presentan las dos calles de Hortaleza y Fuencarral, accesorias a la iglesia del santo anacoreta; la inmensa multitud de fieles que impulsados de su devocion se acercan por la mayor parte a la puerta de la iglesia sin entrar en ella; la esposicion pública de caballos y mulas de alquiler, adornados de cintas, que, guiados por inespertos jinetes, corren al trote por el arroyo o lodozal, y van a gustar la cebada bendita; la multitud de tiendas de panecillos del Santo para pasto de los fieles; los coches y calesas prodijiosamente henchidos de mujeres y muchachos; y el sofoco de la concurrencia, que son plácido espectáculo a la multitud de espectadores de rejas y balcones; las sales del injenio chisperil, y demas circunstancias, en fin, que hacen aquel cuadro tan orijinal en su clase.

«Servia yo de breve episodio en él, marchando con el sombrero hasta las cejas y el embozo a las pestañas, puestos en jarras bajo la capa entrambos brazos, y abriéndome paso con los codos a derecha e izquierda. Andaba, pues, titubeando sobre cuál de aquellas estrellas habia de tomar por norte, cuando al atravesar la boca-calle de San Marcos vi venir haciendo alarde de su desenvoltura a una manola, para cuyo retrato necesitaria yo la pluma de Cruz o el pincel de Goya. Acompañábanla otras tres mozas, que si la desmerecian en hermosura, la igualaban por lo menos en desvergüenza, y a pocos pasos las seguia un grupo de majos de chaqueta y vara, a quienes ellas tiraban panecillos por cima del hombro.

«Confieso a usted que la vista y la razon se me turbaron al contemplar aquella belleza, y sin ser dueño del primer movimiento, bajéme un poco mas el sombrero y me interpuse entre el planeta y sus satélites; pero un mediano garrotazo que sentí en el hombro derecho, me hizo volver en mí, y siguiendo el camino de dicho palo hasta encontrar el brazo que le blandia, encontré, no sin sorpresa, que estaba pegado a un mozo que yo conocia de varias aventuras anteriores. Esto fué hallarme como quien dice en tierra de amigos, y mui luego lo fueron todos los individuos de ambos sexos que componian aquellas guerrillas, merced a algunas oportunas estaciones que mi bolsillo permitió, donde convino.

«La niña retozona llevaba la vanguardia, y a cada paso nos comprometia en quimeras y reconvenciones, ya insultando a los paseantes, ya espantando los caballos o cojiendo las ruedas de las calesas, o tirando cáscaras de naranja a los que iban en los coches. Crecia mi amor a cada una de estas barbaridades, y no perdia una ocasion de espresárselo, a lo cual ponia ella mejor cara que uno de los acompañantes, que era el galan, mientras que el marido, que tambien era de la comparsa, todo se volvia condescendencias y atencion.

«Vino la noche, y habiendo manifestado aquella honrada jente que en casa de cierta amiga habia baile, nos dimos todos por convidados, y yo el primero me dirijí con mas apresuramiento a aquel *baile de candil*, que si fuera *Soirée* parisiense o *Rout* ingles.

«Pasamos desde luego a la calle de San Anton, y en una de sus casas, cuyos pisos eran dos, el de la calle y el del tejado, llamamos con estrépito, y salieron a recibirnos hasta dos decenas de personajes parecidos a los que entrábamos. Por de pronto hubo aquello de negarnos la entrada; amenazas y voces, empujones y palos; pero en fin, asaltamos la plaza, y griegos y troyanos, olvidando resentimientos mútuos, improvisamos unas *manchegas* que hubieran llamado la atencion de toda la vecindad, si toda la vecindad no hubiera estado ocupada en otras tales. Siguiéronlas en ingeniosa alternativa *boleras y fandango*, intermediados con los correspondientes refreseos trasegados del almacen de enfrente; y a favor de la algazara que el mosto infundia en la concurrencia, creia yo poder formar con mi consabida pareja la conspiracion correspondiente; pero otra mas sorda, dirijida por el amostazado galan, se formaba a mis espaldas, no sin grave peligro de ellas. Por último, para abreviar; el baile se fué acabando, cuando una patrulla que pasaba hizo cerrar el almacen de lo tinto a tiempo que este empezaba ya a obrar fuertemente sobre las cabezas, y ya se trataba de retirarnos, para lo cual echamos el último fandango con capa y sombrero, cuando un fuerte palo, disparado por el furioso Otelo al candilon de tres mechas que pendia colgado de una viga del techo, hízolo saltar en tierra, dejándonos a buenas noches. Aqui la consternacion se hizo jeneral; las mujeres corrian a buscar la puerta, y encontrándola atrancada daban gritos furibundos; los hombres repartian palos al aire; rodaban las sillas; estrellábanse las mesas; y voces no estampadas en ningun diccionario completaban este cuadro jeneral.

«*Si licet exemplis in parvo grandibus uti,*
Hæc facies trojæ cùm caperetur, erat.»

«Pero el centro de la refriega éramos por desgracia el matrimonio y yo, en cuya direccion disparaban los conjurados sus alevosos golpes, hasta que un agudo grito del marido, que vino al suelo al lanzarlo, dió lugar a que la puerta se abriese y todos se precipitasen a salir, quedando solamente el ya dicho tambien en el suelo, sin sentido, y yo con el suficiente para ver que mi pérfida Elena, apoderándose de mi capa y envolviéndose en ella, huia alegremente con su raptor. A mis voces y lamentos llega una ronda, reconoce al hombre que estaba a mi lado bañado en sangre: «¡Cielos! ¡está muerto!» y yo sin mas pruebas que mi dicho, disfrazado vilmente, niego mi nombre, me turbo de vergüenza, y haciendo concebir sospechas de mí, soi conducido a la cárcel pública.

«¡Qué noche, amigo mio! ¡qué noche de desengaños y de amargas reflexiones! Entonces maldije mi indiscrecion, me horroricé de mi envilecimiento, conocí, aunque tarde, todo lo criminal de mi conducta, y lamenté mi futuro destino. Pero la divina Providencia quiso darme solo un fuerte aviso, pues el hombre

a quien creiamos muerto solo estaba herido, y declaró mi inocencia, con lo cual logré al cabo de algunos dias recobrar mi libertad. Mas esta leccion, impresa indeleblemente en mi memoria, me hizo renunciar para siempre a aquel jénero de vida, volviéndome a la sociedad a que pertenecia; y tan fuerte es aun la impresion que en mí dejó aquel suceso, que no he podido disimularlo a la vista de este cómplice de mis estravios, que rescato hoi para eterna vergüenza mia.»

—Un traje grosero (repuse yo para aplicar la moraleja del cuento) suele inspirar ideas villanas. Usted señor don Pascual, tiene hijos que no tardarán en ser mancebos: inspíreles usted la misma saludable aversion que usted ha cobrado; procure que su traje sea siempre correspondiente a su clase para que les haga apartarse de aquellos sitios en que teman comprometerla, y sobre todo, créame usted, no les permita en ningun tiempo usar una *capa vieja*.

(Enero de 1832.)

LAS NIÑAS DEL DIA.

«Las solteras no me prenden,
porque se andan ya tan sueltas
que ellas se mueren por todos;
¿quién se ha de morir por ellas?

D. F. DE LEIVA, comedía de
El Socorro de los mantos.

Paseábase Diójenes con una luz en medio del dia por la plaza de Atenas buscando un hombre. Si Diójenes hubiera vivido en Madrid quizás habria buscado una mujer. ¿La hubiera encontrado? ¿O cansado de inútiles pesquisas tornaríase mohino a su tinaja? ¡Atencion, vosotros, celibatos de veinte a cuarenta, los que a manera de nube poblais calles y salones de esta heróica capital, y sin ser Diójenes, ni conocer el código de su filosofía, teneis la suficiente para no hallar una mujer en el salon del Prado; con vosotros hablo, y vuestra causa es hoi la que defiendo! Daos prisa a aprovecharos de mis argumentos; pues quizás otro dia volviéndolos injeniosamente en contra vuestra, a guisa de abogado veterano, defenderé con teson los derechos de vuestra parte contraria, presentandoos por causadores de sus flaquezas. Entre tanto, oid y callad.

Y vosotras, amabilísimas criaturas, perdonadme si el inevitable jiro de mis discursos me conduce hoi al atrevido intento de bosquejar vuestra incomprensible imajen; perdon os demando si mi tosca y desaliñada pluma se atreve a delinear algunos de vuestros rasgos característicos. ¿Cómo remediarlo? Vuestra importancia en el órden social es tal, que un escritor célebre ha dicho con razon: «Los hombres hacen las leyes; las mujeres forman las costumbres;» por cuya consecuencia mal podria yo proseguir en la pintura de estas, sino colocandoos en primer término de mis cuadros. Empero si alguna punta de amargo se deslizase hoi en mi tintero, cuyo inocente licor compongo para este caso con arabesca goma y

azúcar cristalizada; si mi anteojo escrutador acertase por desgracia a encontrar en vuestro cielo alguna nubecilla, sed tolerantes y no os enojeis, sino reid conmigo de vuestras propias debilidades.

Háganse a un lado, señoras viudas, alegres o plañidoras, en flor o en conserva, con tocas y lutos, o con paletina y schall; háganse a un lado, digo, que por hoi no son el blanco de mi pensamiento; y ustedes tambien, señoras esposas, Lucrecias o Helenas, ensanchen el pecho y sigan su camino; que tampoco a ustedes tocan hoi los puntos de mi sermon. Empero vosotras (no culpeis la llaneza del estilo) niñas en esperanza, fruta temprana de 1833, las que salvando vuestro tercer lustro os meceis alegremente en los felices límites del cuarto, rodeadme aqui todas y miradme frente a frente, por ver si mi pincel, animado con vuestra presencia, consigue trasladar al papel vuestra copia orijinal.

Mas privilejiadas que vosotras las que os precedieron en juventud y gracias en los siglos anteriores, fueron el objeto de las delicadas plumas de Lope y Calderon, las cuales supieron embellecer hasta sus mismos defectos. Si el teatro es el espejo fiel de las costumbres, y los autores cómicos los mas ciertos historiadores de ellas, no puede menos de sorprendernos el espectáculo que presentan aquellas damas heróicas hasta sus mismos estravios, sublimes hasta en los yerros de su amor. Aquella contradiccion de orgullo y rendimiento, aquella mezcla de flaqueza y de virtud, aquel amoroso desden, aquella jenerosa venganza, aquel sistema de amor sujerido por la unidad del sentimiento y por la mas natural filosofia para cautivar la admiracion y el entusiasmo del afortunado galan, son cosas que infunden asombro, y ponen en fuego al alma mas helada e indiferente. —Pero (me direis) la temeridad de sus pasos, el olvido de sus mas sólidos intereses, el atrevimiento de sus disfraces, la libertad de sus palabras, la... —Teneis razon, queridas mias, teneis razon; todo esto pudo pasar sin riesgo en aquellos tiempos, porque los galanes del siglo XVII merecian tambien su amor, mas talento y menos egoismo que los insignificantes y lijeros mancebos que os rodean.

Un siglo despues, diversas causas, que seria prolijo relatar, obraron notable diferencia en el sistema mujeril. Consideradas como demasiado peligrosas a la luz del dia, delante de padres y tutores celosos que podrian mui bien ser ofuscados por ellas, fueron encerradas tras las altas murallas de un convento, o tapiadas en la casa paterna entre rejas y celosías: el *Desiderio* y *Electo*, y las *Soledades de la vida*, eran las únicas lecturas que se les permitian; la estameña y muselina sus galas; la costura y el bordado su única ocupacion: mas al traves de estos obstáculos, el incorrejible amor hallaba medios de flechar aquellos incautos corazones, y cuando sus guardas vijilantes abrian los cerrojos para dar entrada al hombre a quien la autoridad paterna designaba por esposo, ya no era tiempo, pues el amor se veia adelantado, y «amor que entra por la ventana (dice Marmontel) es mas peligroso que el que entra por la puerta.»

El filósofo Moratin, en sus dos mejores comedias, nos ha dejado una pintura fiel de las consecuencias de esta educacion violenta y suspicaz, presentándonos en una la terrible obediencia, pronta a sacrificar su vida al capricho paternal, y en otra la industriosa resistencia y el finjimiento mas refinado para burlar su vijilancia.

Pero ya *doña Paquita* y *doña Clara* no son personajes de esta época, y sus retratos deben ser considerados mas bien como modelos del arte y como documentos históricos, que no como traslado de nuestras niñas actuales, que asi se apartan de las aventureras damas de Calderon y de Tirso, como de las desventuradas y oprimidas de Moratin.

Escuchadme aqui todas, *Adelaidas*, *Carolinas*, *Julias* (que hasta los nombres habeis embellecido), escuchadme aqui todas, que con vosotras y de vosotras voi a tratar. Pero quisiera ante todo que me dijereis qué premio me señalais si llego a adivinar el sistema de cada una. ¿Mudarlo? No, hijas mias, no creais que es mi intento ser corrector vuestro... ¿Pues qué premio ha de ser? Ea, daréme por contento con solo que me tolereis el que os conozca.

No estrañeis que empiece la rueda por la seductora *Amalia*, la de los ojos dormidos y el labio desdeñoso. Miradla atentamente; su marcha desigual y finjidamente penosa, su mirar oblícuo y descendiente, hacen descubrir en ella la costumbre de dejarse arrastrar en su carroza; su afectada sonrisa, su estudiado saludo, ese aire de pretension y de superioridad que la distingue, revelan la elevada sociedad a que pertenece, y harianla traicion si pretendiese ocultarla.

Asi es la verdad; Amalia es una rica heredera de la primera nobleza, y este pensamiento que en ella domina, se comunica tambien a los que la miran. Desde sus primeros años fué el objeto de la adulacion asalariada; separada casi constantemente por la etiqueta, de la vista de sus padres, rodeada de jentes inferiores a ella, desconoce los sentimientos tiernos y el lenguaje de la verdadera amistad; dirijida por maestros a quienes siempre miró como criados, para ella el jenio no tiene ninguna superioridad; y estos por su parte convencidos de la inutilidad de sus lecciones, solo la esplicaron lo suficiente para alargar su enseñanza, y para llenar su cabeza de palabras sin ideas, pero bastantes a deslumbrar a su papá. Primeras letras, gramática, jeografia, lenguas, dibujo, música y baile, de todo recibió lecciones; y por resultado de esta enseñanza, que costó un considerable capital, sabe hoi escribir un billete sin puntos ni comas; cantar una cabatina en italiano o bailar una mazourka en ruso; lo cual es suficiente saber para los tiempos que corren. Agrádala la lisonja y la cortesía de los jóvenes que la rodean, y quisiera tal vez responder con menos altivez a sus suspiros; pero aun no es tiempo; fiel a su dorada cuna, tiene empeñada su mano desde ántes de nacer a un cuarto primo, con cuyo enlace conseguirá añadir al escudo de su casa dos osos trepantes y una serpiente en campo de plata. Con tales antecedentes, preguntaréisme, ¿le hará feliz o desgraciado? Lo ignoro, amigas; solo sé decir que le hará marques.

Pero saltando de flor en flor, como mariposa, ¿me negareis que os hable de las festivas gracias y del mirar maligno de la risueña *Flora*? Esa marcialidad y ese despejo que formaban mientras estuvo en el colejio la envidia de sus compañeras y el encanto de sus parientes, me hicieron mas de una vez temer por los pobres amantes que algun dia habian de intentar rendir un corazon dispuesto a burlarse de todo. Mas ya se ve, ¡es tan graciosa una niña revoltosa y pizpireta! ¡sienta tan bien la risa a una cara infantil, que todos nos apresurábamos a hacerla mil lisonjas. Yo la vi en los solemnes exámenes del colejio llevar siempre los premios en la música

y la danza, dejando desdeñosamente a sus compañeras los menos brillantes de la aguja y el pincel. Yo la vi salir de la enseñanza y poner en movimiento a toda la sociedad elegante de Madrid; yo la vi seducir por la ostentacion de sus gracias, por el primor de sus adornos, por la riqueza de sus galas, por el torrente amable de su conversacion. ¿Quién es el dueño de su corazon? (pregunté.) Todos creian serlo, y ella no creia que lo fuese ninguno: mas de un alumno de Marte fué arrestado una quincena por renovar *il posto abbandonato*; mas de un espediente quedó sin despachar por visitarla un jóven empleado; mas de un soneto hirió sus oidos, plañido por la musa de soporífero poeta; mas de una espada desnuda brilló a sus ojos. Gozosa desde su balcon recibia estos tributos como otros tantos trofeos de su beldad, cual si los viera representados en el teatro desde su palco; mas ¡oh venganza! los jóvenes llegan por fin a conocerla y a entenderse: promesas falaces, prendas débiles de su cariño, sortijas y emblemas misteriosas, cartas novelescas, bucles injeniosamente tejidos, todo depone su volubilidad y mala fé; todo lo recibe en un dia devuelto por sus desengañados amantes. Desde entonces su moda pasó, sus gracias quedaron eclipsadas, las mujeres sonrieron a su presencia, los hombres hablaron con ironía, y por colmo de su desgracia el desden ajeno vino a castigarla del suyo, viéndose hoi despreciada de un hombre a quien ama con frenesí, y el cual es tambien el menos meritorio de sus amantes.

¡Qué diferencia de la sensible *Heloisa*! Un corazon hecho para el amor; un semblante formado por las gracias; un mirar lánguido y penetrante; una cabeza dulcemente inclinada; una boca suspirante que parece decir al que la mira: «Amadme, y yo os amaré.» ¡Cuántos encantos en una sola persona! Habla de amor; su pecho se inflama con la pintura del hermano de Saladino o de la huérfana de Underlach. Se sienta al piano o al harpa; ¡qué precision en los toques, qué afinacion en los sonidos! Luce su hermosísima voz; ¡qué profunda sensibilidad! ¡qué espresion tan sublime y animada! Los suspiros quejosos de *Bellini* no tuvieron nunca intérprete mejor. Un movimiento eléctrico se comunica a toda la concurrencia, y la sala resuena con estrepitosas y unánimes aclamaciones. ¿Quién no ha de amarla? ¿quién no ha de rendirla su albedrío? Una nube de incienso la rodea; pero ¡ay! que esta misma nube que lisonjea su corazon, formada por los ecos de falsos amantes, la impide tal vez la vista del verdadero, que adorándola en secreto teme que tanto incienso trastorne su cabeza, y repite con Castillejo:

«La cumplida en cualquier cosa
Y acabada,
Menos que todas me agrada,
Porque segun mi pensar
Tiene mucho que guardar
La de todos deseada.»

Mas volved la vista a otro lado; vereis venir crujiendo sedas, y descubriendo su beldad por entre el celaje de finísima blonda, a la hermosa *Serafina*: ¿quién al ver su equipaje no la tendrá por alguna marquesa? Pues nada menos que eso; tal

como la veis es hija del empleado don Homobono Quiñones, mi vecino, cuya mesada no equivale a la mitad de lo que ha costado ese velo. ¿Cómo se verifica tal milagro? me preguntais. Hijas mias, sino teneis memoria, mirad el artículo de *El dia 30 del mes* (1). Serafina, seducida con la idea de un casamiento brillante, exajera el adorno de su persona como para alejar a los que no estén en estado de sostener su esplendor; y en efecto consigue verse rodeada de multitud de pretendientes de su belleza, que no de su mano; pero ella escucha indiferente sus solicitudes, y para disponer de su voluntad solo espera que la hablen de matrimonio, diciéndoles en buenas palabras como la condesa que pinta Regnard:

«Je ne donne mon coeur que par-devant notaire.»

que viene a significar en nuestro romance español

Yo no doi mi corazon
Sino delante del cura.

Con lo cual consigue renovar constantemente la concurrencia de acreedores, sin que ninguno se dé por notificado del contenido de aquel emblema. Seis años hace que Serafina es estrella fija en nuestro cielo, y todas las noches se la ve aparecer en bailes y tertulias; pero en vano; y ya estaba casi determinada a entregar su mano a un jóven rico y amable que la pretendia, y a quien ella no podia perdonar el no tener un mal uniforme ni el menor sueldo por el gobierno, cuando ¡oh desgracia! el jóven calculando por una proporcion matemática los quilates a que subiria la ostentacion de su elegante novia despues del matrimonio, y temiendo ver su caudal en manos de modistas y joyeros, se retiró con tiempo. Por último, se presentó cierto meritorio de oficina, el cual ha logrado enamorarla, y con quien se espera haga un brillante casamiento.

¿Pero qué es esto? ¿todas vais desfilando, ingratas oyentes? ¿os fastidia mi oracion, o temeis que os llegue vuestra vez? No, queridas mias, nada temais. Mudaré de conversacion por complaceros; hablaremos de revistas en el Prado; de injusticias en el reparto de galones y charreteras; os alabaré vuestras galas y tocados; os traduciré la leyenda de los figurines y del *Journal des modes*. No me aborrezcais; pediré prestado el estro a un amigo mio para componer una sátira contra la aguja y el dedal, haré una disertacion para probar que un moderado recojimiento y un trato reducido, son antiguallas, y solamente propios de aquellas oscuras bellezas no destinadas a hacer el encanto de nuestra sociedad matritense. No me abandoneis, y os serviré para ayudaros a hacer cordoncitos y petacas; seré de vuestra opinion en cuanto a óperas y dramas; os leeré a Walter Scott y D'Arlincourt; os prestaré la *Revista Española* para que leais mis artículos de costumbres, y riais a placer cuando no os toquen a vosotras; y en fin os haré uno laudatorio pintando una niña perfecta como yo la he soñado; y diré que todas sois asi, aunque vosotras os esforceis en desmentirme y dejarme mal.

(Febrero de 1833.)

(1) Véase la página

EL DOMINÓ.

«Oyente, si tú me ayudas
con tu malicia y tu risa,
verdades diré en camisa
poco menos que desnúdas.»

QUEVEDO.

Seria en vano que yo pretendiera ocupar en los presentes dias la atencion de mis lectores con otro objeto que no sea el Carnaval y sus amables disipaciones. Ninguno querria escucharme; y mi discurso, por mui moral y filosófico que fuera, apareceria desabrido, y miraríase desdeñado por aquella máxima del *non erat his locus*. Por el contrario, si vestido y engalanado a la moda del dia, acierto a ofrecerle como el figurin moral de la semana, no me será difícil cautivar la atencion de mis leyentes, en gracia de la oportunidad; y hé aqui la razon que me decide a presentarle en *domiñó*.

No se crea por ello que al tratar de máscaras sea mi intencion hablar de aquellas con que suelen cubrirse habitualmente los vicios y debilidades humanas para imitar el aspecto de la virtud, del patriotismo, de la amistad, del amor, de la modestia y del desinteres. Semejantes máscaras por comunes y contínuas, no llaman ya nuestra atencion, y entran en la línea de aquellas *conveniencias sociales* contra las cuales seria ocioso declamar. Yo por lo menos, huyendo de tan espinoso argumento, limito hoi mi narrativa a tratar de aquella diversion festiva, y en cierto modo filosófica, que igualando todas las edades, todas las clases y condiciones por medio de un pedazo de tela sobre el rostro, presta al Carnaval su verdadero carácter de orijinalidad y de alegría.

Si deseoso de ostentar erudicion (lo cual es harto facil con una buena memoria y una regular voluntad) anduviese aqui a caza de autores para repetir lo que ellos hayan dicho relativo a esta diversion, haciéndola unos derivar de los romanos, y otros de la *muscara* (bufonada) de los árabes cordobeses y granadinos,

seria componer mi razonamiento de retazos, lo cual equivaldria a vestirle de arlequin, siendo asi que ya he dicho el traje en que hoi le quiero. Con que no hai sino abandonar aquellos tiempos remotos, y dejarme caer en medio en medio de mi auditorio, quiero decir, en el Carnaval de 1833.

¡Oh quién fuera ahora Velez de Guevara o Lesage para tener a mis órdenes un diablillo Asmodeo, aunque fuese cojo, que me ayudase a levantar los techos de las casas de Madrid para presentar su interior a los que aun se empeñan en caracterizarnos a su antojo! Verian si es como ellos dicen sombrío y taciturno un pueblo que a la hora en que escribo olvida alegremente sus cuidados, moviendose a compas; dijéranme si es miserable este mismo pueblo que tan crecidas sumas gasta en magníficas funciones, ostentando en todas ellas la riqueza y el buen gusto; verian, en fin, si son tan celosos nuestros maridos, tan altivas nuestras mujeres, tan intratables nuestros padres, tan rendidos nuestros amantes, tan espesas nuestras celosías, tan temibles nuestros puñales.

Semejantes reflexiones se agolpaban a mí imajinacion, vivamente afectada por el interesante espectáculo que acababa de dejar en cierto café de esta capital. Era la hora en que suelen concurrir a este Lloyd danzomano todos los demandantes y cambiantes de billetes de las diversas sociedades de suscricion que se reparten en tales noches la concurrencia; y aunque al principio hube de estudiar aquel lenguaje mercantil, viendo ofrecer dos *Sartenes* por una *Corona*, un *Solís* por dos *Fontanas*, un *San Bernardino* por un *Santa Catalina*, una *Paz* por una *Alameda*, un *Leon* por dos *Jardines*, y otras a este tenor, no tardé en ponerme al corriente de aquel vocabulario, y aun pude graduar la importancia respectiva de tales documentos por el boletin de cotizacion que uno de los mozos me dijo al oido. Por último, animado con el ejemplo y favorecido por la buena suerte, acepté un billete (no diré para cuál baile por solo dar a mi narracion este aire de misterio), y marché a recorrer prenderías y almacenes en que alquilar un traje a propósito para envolver mi catadura. Mas como no era mi intencion figurar, sino desfigurarme, parecióme conveniente abandonar mantos y bordados, y eclipsarme en un sencillo dominó, cuyo agradable color, y no afectada modestia, llamó mi atencion entre un *Genghiskan* y un *Saladino*, que alquilaron delante de mí un ropero de calle Mayor y un barberito de Puerta Cerrada.

De vuelta a mi casa, queriendo aprovechar el calor de mi fantasía, me puse a escribir el principio de este discurso; mas disgustado de la pobreza de mi pensamiento, concluí por envidiar a don Cleofas su Asmodeo, y tirando la pluma cojí mi dominó con ánimo de pasarle y ceñirle en derredor de mi cuerpo. Cuando ¡oh sorpresa! al ir a poner el capuchon, hállome en el fondo de él un papel; cójolo, le desdoblo, y veo escrito en él... ¿qué creerán mis lectores que veria? pues era nada menos que la *Historia de este dominó contada por él mismo.*

Figúrense las almas piadosas cuál sería mi contento con este hallazgo; no sé cómo esplicarlo; solo sí que, enajenado por él, suspendí mi vestido, calé mis anteojos, espabilé la luz, y leí de esta manera:

—«Amigo lector: cualquiera que tú seas a cuyas manos me haya deparado la suerte para encubrir por horas contadas tu triste o alegre figura, suspende, te

ruego, la operacion de tu disfraz, y tómate el trabajo de leer mi historia, si es que a trabajo tienes el saber aventuras de suyo peregrinas, que podrán servirte de gran provecho. Y pues cuento desde luego con tu benevolencia, escucha por ahora, y préstame atencion.

«Yo nací en el Carnaval de 1822 en manos de una corista de la ópera, la cual con poco cariño materal me arrojó entre otros trajes *espósitos*, entregando las primicias de mi inocencia al primero que llegase a alquilarme.

«Era la noche del 3 de febrero de aquel año, y habia baile de máscaras en ambos teatros, con lo cual no tardó en cargar conmigo un criado que conduciéndome a una elegante casa, me puso en las manos de un señor de edad y grave aspecto, cuya clase y circunstancias me dieron mucho que pensar.

«Al observar su seriedad y su entonamiento, no pudo menos de asaltarme el temor de que iba a pasar una noche mui triste; pero me engañé completamente, pues envolviendo en mi su añeja persona, salió silenciosamente y se dirijió al teatro del Príncipe, donde ya a la sazon se habia empezado el baile; y asegurado por la libertad que yo y la careta le dábamos, verificó tan repentino descenso desde la mas alta prosopopeya a la mas cordial alegría, que no fué posible dejar de felicitarme por este májico talisman, que al parecer se encerraba en mí, capaz de causar la felicidad momentánea de una persona a quien su clase o sus deberes imponian tal vez una perpétua contraccion de espíritu.

«Mas entre tanto que yo hácia estas y otras reflexiones, mi buen señor se ajitaba corriendo tras una rapaza que acababa de arrojar una careta de ochentona, quedándose con la mas fresca y bien cortada de diez y nueve que imaginarse pueda; y si bien mi conductor y yo hubimos de notar que aquella estrella parecia ya completamente observada y reconocida por los jóvenes astrólogos, segun la seguridad y confianza con que la miraban, sin embargo, animado aquel con las benévolas respuestas de tan linda boca, endulzaba la suya lo mejor posible, procurando ocultar en sus conceptos el estilo escolar y argumentante, aunque mas de un *mot pour rire* vino a confirmarme en la idea que desde luego habia formado. La niña, sin embargo, poniendo en limpio aquel borrador, leia corrientemente en el pecho de mi escondido, y deseosa de complacerle prestándole atento oido, habíase retirado con él a uno de los estremos del teatro, donde sentados mano a mano entregábanse mútuamente al sabor de tan peregrina plática... mas ¡oh suerte fatal!... estando ambos en esta agradable situacion huyendo los vaivenes de la multitud, los maderos que sostenian parte del tablado teatral sobrecargados enormemente crujen con estrépito, y abriendo un ancho boquerón húndese en él una buena parte de la concurrencia. (1)

«¿Cómo pintar (continuaba el dominó) aquella escena viva e inesperada? Hágalo el filósofo espectador que mas feliz que los demas se encontró del otro lado del teatro, sin dignarse interrumpir su contradanza al mirar nuestro *mal paso*; en cuanto a mí, comprendido en la fatal desgracia, solo tuve serenidad para agarrarme de un clavo, donde permanecí un instante debilitando el ímpetu de la

(1) Histórico.

caida de mi dueño, la cual sin embargo se verificó, sacando él por resultado una fuerte contusion, y yo un jiron de vara y media. Pero la vergüenza de aquel, y el temor de ser reconocido, pudo mas que su dolor, y rebujándose en mi mas fuertemente que nunca, salió conducido por los mozos, sin osar destaparse hasta su casa, donde quedé prisionero en premio de mi servicio, como sucede de ordinario á los que tercian en las debilidades de los grandes señores.

«Doce meses justos yací escondido en un armario en compañía de otros trajes y ropas, al cabo de los cuales cierta sobrina del señor, mi compañero de desgracia, me hubo de hallar, y compadecida de mi triste situacion, me compuso y arregló a su lindo cuerpo, tal que dí por bien empleado mi anterior desman.

«Era por entonces el Carnaval de 1823, y todo Madrid estaba ocupado de las máscaras; el amo de la casa, aun con un resto de cojera, oia con horror las conversaciones, y hablaba a su sobrina de aquella funcion con una acrimonia que ella atribuia a la elevacion de su alma, y yo a la caida de su cuerpo. La muchacha, que rayaba en los diez y seis, y era resueltilla y despierta como la que mas, oia con cuidado todas las asechanzas que segun el tio se tienden a la virtud en tales funciones, y rabiaba en deseos de esperimentarlas, tanto mas cuanto que no faltaba cierto alferez, primo suyo, que siempre la estaba convidando. Por último, ¿para qué cansar? las prohibiciones del tio, las invitaciones del sobrino, y mi vista mas que todo, fueron causas suficientes a despertar la curiosidad de esta niña, la cual cediendo a las instancias de su amante, cojióme silenciosamente cierta noche, y se fué al teatro fiada en mi defensa; mas ¡ay! que... (Aqui el manuscrito estaba borrado, sin duda por las lágrimas del dominó, y luego proseguia) ¡Muchachas, las que teneis primos amantes, o amantes aunque no sean primos, no os dejeis conducir por ellos a las máscaras, y creed a un dominó esperimentado...!

«Eran pasados cuatro años desde que saliendo de la casa de mis dueños por medio de una criada que se escapó conmigo, me hallaba arrinconado entre otros compañeros de desgracia en el desvan de un prendero de la calle del Prado, y ocupábame con ellos en la narracion de nuestras aventuras respectivas, cuando un nuevo Carnaval (1827) vino a procurarnos salida, si bien con mas precauciones que si fuéramos tabaco de la vuelta de abajo, o moneda española acuñada en Jibraltar. Y era la razon cierta lei no sé cuantas de la Novísima, que hace trescientos años prohibió segun parece las máscaras y disfraces. (1) Mas como los

(1) «Es la lei 7, lib. 8 del título *de los levantamientos y asonadas de jente armada*, promulgada « a peticion de las Cortes de Valladolid de 1523; su época y su título abren su interpretacion. La au- « toridad pública era entonces insultada por jentes asociadas para malos fines, que usaban alguna « vez de máscaras y disfraces para lograrlos mas de seguro. No se trató, pues, de prohibir los inocen- « tes disfraces de personas reunidas para divertirse en lugares cerrados señalados por el majistrado « público, y protejidos y velados por él, sino de que los enmascarados vagasen dia y noche por calles « y plazas, cosa que podia provocar a delito, cubriendo sus autores.» *(Jovellanos, Memoria sobre las diversiones públicas.)*

Después de la opinion de tan respetable majistrado, solo se podrán traer en apoyo los hechos, los cuales demuestran que en los reinados posteriores al de los reyes católicos; en que se promulgó aquella lei, fueron permitidas y autorizadas las diversiones de máscaras, como lo acreditan las historias de aquellos tiempos, pudiéndose citar entre otras varias ocasiones las que se celebraron en Madrid en 1637 con motivo de haber sido elevado al imperio el rei de Bohemia y Hungria, cuñado

hombres, siguiendo el ejemplo de nuestra primera madre, somos por desgracia tan inclinados a dar mas valor a las cosas prohibidas, de aqui nació la manía de enmascararse, en términos que a despecho de escribanos y corchetes inundábamos calles y salones.

«Entre las infinitas aventuras que me proporcionó la circunstancia de servir por mi cómoda hechura para damas y galanes, llamaré tu atencion sobre una que me aconteció cierta noche de aquel año, en la cual salí alquilado por un jóven que formaba parte de la comparsa mascaril. Figuraba en la misma cierta deidad a cuya mano aspiraba el mancebo, y lleno de amor y rendimiento al salir de la tertulia, incorporado con los demas para dirijirse a la casa del baile, íbase a precipitar a ofrecer su brazo a la niña, cuando la mamá (que ya empezaba a ejercer los rigores de suegra) le llamó para sostenerla, entre tanto que otro galan mas dichoso ocupó el lado de la amada.

«Rabiando iba mi pobre mozo con tan desdichada ocurrencia, lo cual conocia yo por sus contorsiones y movimientos mal reprimidos; y agobiado ademas por el medio siglo que pesaba sobre su diestro brazo, dejábase arrastrar lentamente, haciendo mas y mas sensible la distancia que la lijera pareja delantera les llevaba. Y ya iban a enfilar la calle angosta de Peligros, cuando el linternon de una ronda, haciendo reflejar las lantejuelas del turbante de sultana que cubria las canas de la mamá, vino a destruir nuestros planes. Fuimos, pues, descubiertos y detenidos con todas las parejas que venian detras, en tanto que los dichosos delanteros llegaban sin novedad a la sazon a la casa del baile.

«¡Oh lector, si no eres duro pedernal, contempla y compadece la situacion de mi galan interior, viéndose conducir a la presencia judicial en compañia de una sultana vieja, un Henriquo IV y una Raquel, Julio César y La Valiere, Marco Antonio y Cleopatra, Elisa y Claudio, y otras parejas mas o menos dichosas! Pero sobre todo, lo que le sacaba de juicio era el sospechar que su abandonada Aríadna podria consolarse de la pérdida de su Teseo con el Baco que delante tenia, y este pensamiento no le abandonó en el menguado recinto adonde tuvo que pasar la noche. En cuanto a mí y los demas trajes, como cuerpos del delito, corrimos unidos bajo una cuerda al proceso que se formó, y sacados en consecuencia a pública subasta, quedamos entregados al mejor postor, que lo fué por cierto otro prendero de la calle de Atocha.

«Varias y mui graves aventuras podria seguirte refiriendo de aquel tiempo en que fuí contrabando; pero como todo debe tener sus límites, mi narracion tambien, y asi solo me permitirás que te hable del último lance que me ocurrió en la última salida verificada una de estas noches.

---

de Felipe IV. Ademas, léanse las comedias de Calderon, Moreto y otros, donde se habla siempre de las máscaras como cosa corriente.

Posteriormente, en 26 de enero de 1716 dió S. M. Felipe V una lei (que es la segunda, tit. 18 del lib. 12 de la Nov. Recop.) prohibiendo las máscaras bajo severas penas, la cual reprodujo y agravó en otra de 27 de febrero de 1745. Mas a pesar de todo fueron permitidas pocos años despues, y puede verse sobre ello la *Instruccion para la concurrencia de los bailes de máscara dados en el teatro del Príncipe en el Carnaval de 1767*, que es un papel mui curioso por su minuciosidad. Tambien han sido permitidas en otras ocasiones y reinados en la corte, y casi constantemente en Barcelona y otras ciudades principales del reino.

«Fué, pues, el caso que cierto marido jóven, prévia la venia conyugal para ir a las máscaras, vino a alquilarme a poco de haberse llevado una dama a otro compañero mio que estaba a mi lado. Llegados al baile, divisé entre muchos a este compañero, y obligando ambos a nuestros dueños a llegar a hablarse (sin duda por la simpatía del traje) tuvimos ocasion de entablar tambien nuestra conversacion escuderil, y al comunicarnos las señas de la casa de donde habiamos salido, no pudimos menos de reirnos a dos. Entre tanto nuestros dueños habian comenzado una plática amorosa que nos tenia edificados, y ya la niña iba manifestando su corazon de algodon cardado, que no de agudo pedernal, cuando yo por un efecto de mi prevision, y deseoso de servirla de despertador, dejé caer mi capuchon y descubrí la cabeza del marido (que tal era el que me llevaba), con lo cual la discretísima criatura pudo conducir su conversacion en términos no tan solo de evitar un compromiso, sino tambien de quedar bien puesta para regañar despues al esposo, que se convenció mas que nunca del amor de su consorte...!»

Aqui acababa el manuscrito del dominó, sin que yo tenga necesidad de decir que durante su lectura la interrumpí varias veces con mi risa; y lleno de contento por poder figurar en adelante en tan curiosa crónica, me apresuré a cubrirme con él y a trasladarme al baile; pero aqui quiero hacer un punto y coma a mi narracion, para tomar un lijero descanso antes de ofrecer a mis lectores un cuadro fantástico del tal baile.

Figúrense, pues, allá en el interior de su mente, un gran salon capaz de quinientas personas, ocupado por mil, que con sus anchos disfraces y exajerado movimiento habian menester el espacio correspondiente a mil y quinientas; fórmense una temperatura a treinta y seis sobre cero, ocasionada por el inmenso número de luces y de concurrentes; añadan a esto para el sentido del olfato, la mucha confusion de buenas y malas exhalaciones naturales y artificiales; diviertan la vista con el deslumbrante reflejo de aderezos y bordados, gorras y turbantes, mantos y capacetes; amenicen el tímpano con el tiple contínuo de las voces disfrazadas, y con los rotundos compases de una *galope* infernal ejecutada por dos docenas de músicos, y obligada de pandereta y látigo; encomienden al tacto la violenta ondulacion que por un principio físico obliga a la mitad de la concurrencia a marchar impelida por la otra mitad; y satisfagan por último el gusto con una perdiz petrificada y solicitada en pié por espacio de tres horas en la sala *de descanso*. Con todos estos antecedentes podrán formarse una idea en miniatura de los goces que un baile semejante proporciona a los sentidos. ¡Felices los que pillando una silla podrian entregar a ella sus fatigados miembros! Mas ¿cómo lograrla? Las desdichadas mamás y las parejas dichosas las habian tomado por asalto al principio de la noche para no desocuparlas hasta el amanecer.

Envuelto en mi amigo dominó, y apoyado en el quicio de una puerta de paso, hallábame contemplando aquel animado espectáculo con la comodidad que dejo pensar; mas si mis sentidos se daban por quejosos, menos satisfecho aun quedé del lado del espíritu, apuntando cuidadosamente en mi memoria todos los dichos, preguntas, respuestas, réplicas y argumentos que escuché, me convencian de

una de dos cosas, o que era falso el dicho de que «es menester tener mui poco talento para no tenerlo con la careta,» o que yo tenia orejas de Midas.

Luego me ocupé en seguir las intrigas juveniles, sorprender combinaciones y armar peripecias, con lo cual mi dominó azul llegó a infundir tal pavura en aquel jénero volátil, que a mi llegada huian en grupos cual bandada de palomas a la vista del milano. Quién me tomaba por un marido celoso; quién por un amante desdeñado; cuál me daba satisfacciones; cuál me pedia cuenta de agravios; y como la circunstancia de conocer las intrigas anteriores de mi dominó me ponia desde luego en el medio de las cuestiones, pasé alternativamente por amante, por padre y por marido de todas, y por último convinieron en que era brujo, hasta que arrancándome por fuerza la careta se encontraron mas admiradas viendo que no me conocian, y yo sí a ellas.

¡Que no pueda yo presentar aqui de lleno el fruto de aquella noche de observacion y movimiento! mas no me es lícito por tres causas: la primera porque ofrecí a mis amables descubridoras que no las descubriria: la segunda porque de hacerlo corria peligro de estar hablando de máscaras hasta el miércoles de ceniza; y la tercera y principal, por no tener permiso de mi dominó para continuar la narracion de sus aventuras, por aquella sabia regla de que «la historia no se ha de escribir al tiempo que se verifica.»

(Febrero de 1832.)

LA COMPRA DE LA CASA.

« No todo lo que es brillante,
riqueza al avaro ofrece:
pro la alquimia parece,
vidrio hai que imita al diamante. »

TIRSO DE MOLINA.

Nada hai tan lisonjero para un honrado almacenista de esta villa, como la idea de invertir en una casita propia el resultado de sus cálculos y combinaciones sobre el queso de Rochefort y los barriles de Málaga. Mientras estos solos le produjeron el ahorro de un millar de pesos, limitó sus proyectos a enriquecer su almacen y dar mayor ensanche a sus negociaciones: lisonjeado por el éxito de estas, alquiló una espaciosa tienda, y la embelleció con cristales y columnas, al paso que abandonó la antigua manía de tener siempre el mejor jénero: los hombres son niños grandes, y pagan mas caro lo brillante que lo bueno.

Este cálculo se hizo nuestro almacenista, y una continua lluvia de plata y cobre, cayendo armoniosamente en el cajon del mostrador, fué transformada por él con el mayor sijilo en sendas onzas de Cárlos III, escudos y doblones de nuestro monarca actual.

¡Qué plenitud de ccntento equivale al de aquel, cuando cerrada la tienda y despachada la familia a una merienda en el Canal, se entregaba los domingos a sus anchuras al arqueo de su caja! ¡Qué invenciones tan peregrinas para ponerla a cubierto no tan solo de la vista de los estraños, sino de las sospechas de los propios! Porque a nuestro hombre no se le ocultaba que los enemigos domésticos son los mas temibles para el caudal, y que las necesidades o exijencias de su esposa y de sus hijos podrian crecer al compas de sus talegos. Asi que, él mismo se los cosia y recortaba, colocándolos luego en los sitios mas escusados; y hubiera deseado que existiese moneda equivalente al valor de todos ellos para llevarla siempre consigo con el mayor disimulo. Pero ya que esto no podia ser, las habia reducído al menor número posible de fracciones, todas de lei y

peso conveniente, y de sonido mas grato a sus oidos que romance de Bellini cantado por la *Meric Lalaud*.

Satisfecho, pues, con su incógnito monetario, aparentaba con todos la mayor escasez, negando siempre tener el menor fondo de reserva, si bien por otro lado no dejaba de calcular que su dinero asi arrinconado nada le producia, y se hallaba ademas espuesto a un caso fortuito de incendio, robo o cosa tal. Asi que, despues de muchas noches de desvelo, vino a resolver que seria lo mas conveniente emplear su capital en una casita *asegurada de incendios* en el casco de esta villa, con lo cual se proporcionaria multitud de goces y privilejios, amen de un cinco o seis por ciento líquido de su principal.

Vivamente afectado por tan feliz idea, se levantó una mañana, y su primera dilijencia fué correr a suscribirse al Diario de Avisos con el objeto de ponerse al corriente de todas las ventas a pública subasta, ya *en virtud de providencia*, ya *a voluntad de sus dueños*. Embebido desde entonces en esta grata lectura, solia pasar los dos tercios de la mañana; luego se ponia su sombrero, y envuelto en su astrosa capa, dirijíase a la casa en venta, y la miraba con disimulo desde el portal de enfrente: despues subia la escalera y llamaba en todos los cuartos con cualquier pretesto para reconocer lo que podia del interior: en seguida iba a la escribanía por donde se verificaba la subasta a ver el espediente, y desde allí pasaba a la contaduría de aposento a reconocer los planos de Madrid; con cuyas noticias, malas o buenas, no dejaba de consultar a un aprendiz de arquitecto, corredor de ventas, el cual siempre le daba las mejores ideas de la casa, aunque no fuese mas que por cobrar su tanto por ciento de comision; pero al tratarse de tocar a sus monedas faltábale a nuestro hombre la resolucion, y dilataba el plazo para ocasion mas oportuna.

Por último, llegó un dia en que el anuncio de una venta en la calle de la Palma alta, vino a despertar sus ideas adquisidoras: la sola consideracion de poseer una casa en la calle en que habia nacido, bastaría a decidirle, si las seguridades de su arquitecto, las invitaciones del escribano, y los respetuosos homenajes de los inquilinos, que desde el primer dia le saludaron como a su casero, no hubieran añadido a sus deseos una fuerza irresistible.

La casa se vendia en virtud de mandamiento judicial y para pago de acreedores, los cuales en vano habian esperado postores que hiciesen subir su valor: si hubiera estado situada en la calle de Carretas, de Alcalá, o cosa tal, millares de comerciantes ricos, americanos emigrados, o compañías revendedoras, se hubieran apresurado a doblar su tasacion; pero como era en la calle de la Palma alta, todos la desdeñaban, y solamente nuestro tendero tenia empeño en poseerla.

No dejó de conocerlo el escribano, el cual lo trasmitió a los acreedores, manifestándoles el único medio de sacar partido del entusiasmo de nuestro comprador; y con efecto, llegado el dia de la subasta, verificada en el piso bajo de las Casas Consistoriales ante la presencia judicial, el honrado tendero, que creia hallarse solo, vió con sorpresa un banco entero de oposicion, cuyos individuos se empeñaban en pujarle siempre *mil reales mas*; y en los intermedios de los pregones hablaban entre sí ponderando las cualidades de la tal casa, y manifestando su em-

peño en llevársela; pero mi tendero, rascándose la frente y tentándose el gargüero, pujaba mas, y ya la mayor parte de aquellos se iban retirando fingiendo sentimiento por la derrota; solo quedaba uno mas obstinado que todos, el cual, fijo en sus mil reales mas, hizo desconfiar al pujante tendero de vencerle, y por fin, con harto sentimiento, se determinó a cederla; pero no bien habian salido de la subasta, cuando llamándole el nuevo dueño de la finca, le hizo presente que él habia hecho la puja por encargo, pero que si tenia fuertes deseos de la casa, estaba resuelto a cedérsela aunque hubiera que dar algunos *guantes* a su principal; pues no podia ver padecer al prójimo: el buen hombre, que oyó que por un par de guantes tendria la casa, al momento iba a darle los suyos (que eran por cierto de punto de estambre azul con ribetes blancos); pero el otro le hizo ver la que él llamaba guantes; y no hubo mas remedio que transijir con él en media docena de medallas de pelucon.

Despues de este vinieron los gastos de escritura, alcabala, hipotecas, arquitecto consultor, reconocimiento de títulos, etc. etc., lo cual iba haciéndose sentir terriblemente en el archivo numismático del tendero. Pero todo lo dió por bien empleado cuando con toda la solemnidad legal se vió investido con la autoridad de propietario, dándosele a reconocer a los inquilinos como *único dueño de la finca, a quien debian acudir con el pago de sus alquileres*; y en seguida *abrió y cerró puertas, y paseó las habitaciones, echando fuera las jentes que dentro estaban, y haciendo otros actos de dominio no turbado ni contradicho*; con lo cual se le dió la posesion *en forma*.

Al siguiente dia abrió su tribunal en la trastienda de su almacen para oir y juzgar las reclamaciones de los inquilinos, las cuales estaban reducidas a pedir rebajas en los precios y varias obras de comodidad: sin embargo, el tendero por su sistema de compensacion tuvo por mas prudente desestimar las obras, y solo proveer la subida de precios con arreglo al presupuesto de productos que él se habia formado al comprar la casa. En vano los inquilinos intentaron reclamar aquella violacion de su derecho: la autoridad de un dueño nuevo es terrible, y nada pudieron lograr; pero deseosos de vengarse del todo fueron tomando la determinacion de dejar la casa, quedando a deber dos, tres o mas meses de alquiler, con lo cual tuvo el propietario que entablar tantas demandas como inquilinos eran, y luego otras tantas como plazos les señalaron para pagar, con cuyos gastos vino a duplicar el importe de las deudas. Por otro lado, los vecinos parecidos por aquellos barrios de Monserrate y el Hospicio, desacreditaron la casa *vieja* y el casero *nuevo*, en términos que en vano éste habia gastado ya cinco cuadernillos de papel para poner las señas del alquiler, y diez pesetas en anuncio de Diario, porque nadie parecia a pretenderla, con lo cual su autoridad dominal venia a quedar puramente nominal.

Nada de esto sabia bien el nuevo propietario, tanto mas cuanto que el pago de la contribucion de frutos civiles, regalía de aposento, farol y sereno, censos y demas cargas, eran invariables, ya estuviese alquilada, ya no; y por otro lado los actuales inquilinos (que eran los ratones), ademas de habitarla gratis, minaban los cimientos y destruian el edificio; asi que, convencido por estas circunstancias, por el ejemplo jeneral de refundicion, por las invitaciones de su esposa, y mas que

todo por los cálculos moderadísimos de su arquitecto, determinó reformar su casa dándola el aspecto de la novedad y de la frescura.

Dicho y hecho; plan de tintas de colores, licencia, cálculo de ganancia, presupuesto de gastos, todo se formó en un instante, y la obra empezó bajo la direccion del consabido. Abajo el tejado, piso tercero, cuarto, guardillas... Pero ¡que desdicha! a los primeros golpes húndese una viga y el pavimento del segundo se desploma detras: el principal como si hubiese aguardado esta señal, verifica la misma operacion. — Pues señor, ya nos encontramos en la tienda sin necesidad de bajar escaleras: ¿qué se hará, qué no se hará? y estando en esto, los cimientos flaquean, la fachada se inclina, y por mucha prisa que los obreros se daban para alijerar, una nube de polvo deshaciéndose en las nubes, dejó ver al segundo dia el ancho boqueron en qué *fué la casa*, cubierto de vigas y de cascotes.

Ya tenemos a mi señor de obra en el caso de edificar una casa de nueva planta, cuando solo pensaba en reformar la antigua, para lo cual contaba con los fondos suficientes. Estos quedaron consumidos en sacar los nuevos cimientos; en vano acudió a la enajenacion de efectos y alhajas; todo ello bastó para elevar el primer piso: empeñado en su empresa, recurre a los prestamistas, los cuales le adelantan lo suficiente para edificar el segundo, bajo la garantía o hipoteca del principal; por último una comunidad de monjes se le opone a la elevacion del tercero por sobreponerse a las paredes de su huerta. No le queda mas arbitrio al nuevo propietario que subdividir en muchas habitaciones los dos mil pies de terreno que posee, y siguiendo la regla del sastre de las monteras, asigna a cada una lo estrictamente necesario para poder vivir inquilinos *Liliputienses*, si bien gastando en puertas y ventanas mas de un año del alquiler.

Pero concluida que fué la casa, y colocada en el caballete del tejado la cruz de siete brazos y siete banderas, empezó a disfrutar los placeres consiguientes a la calidad de dueño que tanto habia deseado.

Entonces observó la puntualidad y buenos modos de los vecinos para pagarle su alquiler; la tolerancia de las contribuciones; las multas imprevistas; la sencillez y la moderacion de las cuentas de albañiles y yidrieros, carpinteros y soladores, la entretenida historia de las demandas de despojo; las divertidas comparecencias judiciales; los términos *por equidad*; los mandamientos *de amparo*, y tantos otros incidentes como dan grata ocupacion a los caseros y campo al injenio de los inquilinos de Madrid.

Mas lo peor del caso fué que la señora tendera y las niñas luego que se vieron con casa propia dijeron con resolucion: «*No mas mostrador;*» y fué tal su enerjía, que consiguieron determinar al amo de casa a trasladarse a vivir al cuarto principal de la propia. Con todas estas bajas, los empeños contraidos lejos de disminuirse fueron en aumento con los intereses anuales, en términos que, a vuelta de algunos años, el hipotecario, observando que su crédito ascendia ya al valor de toda la finca, la reclamó judicialmente y le fué adjudicada.

De esta manera desapareció el tesoro del almacenista, cual precioso monumento estraido sin precaucion de las ruinas de Herculano, que se deshace y evapora la sola impresion del aire.

(Marzo de 1833.)

LOS PALETOS EN MADRID.

«Juan Labrador, ¿qué os parecen
los músicos?»—«Que son diestros;
pero mejor me parecen
de mi éxido los jilgueros.»
MATOS.

El aire de corte es semejante al tufo en una pieza cerrada; que solo le perciben los que vienen de afuera. Esta fria atencion, estos estudiados modales, estas palabras vagas, este cortés egoismo que llamamos *buen tono* y bien parecer, desconciertan sobremanera a los forasteros, y hacen formar distinto concepto de nosotros a aquellos mismos que si nos vieron fuera de Madrid quedaron prendados de nuestra amabilidad y cortesia. ¿Y por qué esta diferencia? Porque en la corte la fantasma del poder nos persigue constantemente, obligándonos a estudiar y medir nuestras palabras y acciones; congójanos con el temor de aparecer hombres vulgares; llena nuestras mentes de proyectos quiméricos y de esperanzas ambiciosas; y adormeciéndonos con ellas, nos hace desdeñar los sólidos caminos de la fortuna por seguir los engañosos atajos del favor.

Sea, pues, ejemplo de estas verdades la familia de *don Teodoro Sobrepuja*. Este caballero, a quien sus importantes empleos y comisiones delicadas habian ocasionado una enfermedad de pecho que le redujo en poco tiempo a un estado lastimoso, viéndose precisado a buscar en los aires nativos el recobro de su salud pasó a la villa de Olaredo, llevando consigo a sus dos hijos Cárlos y Luisita, jóven aquel de diez y ocho, y ésta de catorce años de edad.

La amabilidad de don Teodoro y de sus hijos, y las muchas relaciones de familia que tenia en el pueblo, les sirvieron en términos que muy luego fueron el objeto de las atenciones y obsequios jenerales; pero mas particularmente de

parte de la familia de *Patricio Mirobajo*, el mas rico hacendado de aquellos contornos, compañero de infancia de don Teodoro, y cuya amistad llegó al estremo que no contento con prodigarle toda clase de atenciones, no paró hasta llevársele a vivir a su casa a fin de atender con mas cuidado al restablecimiento de su salud. La mujer de Patricio, *Aldonsa Cantueso*, mujer de un escelente fondo, aunque rústica sobremanera, y sus dos hijos Braulio y Feliciana, contribuyeron por su parte a hacer grata a los forasteros la estancia del lugar, de modo que, dilatándose esta mas de año y medio, recobró don Teodoro, no tan solo su perdida salud, sino aquel apacible sosiego del espíritu que huye de las ciudades, y solo se encuentra bajo los techos de la aldea.

Los jóvenes, por su parte, cuya tierna edad era la mas a propósito para recibir las primeras impresiones del amor, no pusieron cuidado en resistirlas; antes bien dejaron crecer a la vista de sus mismos padres una pasion inocente que estos se complacieron en fortificar, disponiendo en consecuencia los matrimonios de Cárlos con Feliciana, y de Luisita con Braulio; pero como todavía eran tan jóvenes, señalaron el plazo para de allí a tres años, que deberian reunirse en Madrid; y consolados con esta esperanza, aunque penetrados de sentimiento, regresaron don Teodoro y sus hijos a la capital.

Facil es de concebir la firmeza que resolucion semejante podria mantener en el pecho de un hombre en quien la ausencia de la corte no habia hecho mas que adormecer las ideas de orgullo y de elevacion; como tambien los vaivenes que durante tres años sufririan los corazones de nuestros jóvenes en aquella peligrosa edad, y rodeados de los atractivos y seducciones cortesanas. Con efecto, el recuerdo de sus amores se debilitaba de dia en dia; pesábales ya el momento de escribir a sus amantes, y en el interior de sus corazones temian ver llegar el plazo de la entrevista. Don Teodoro por su parte, ocupado en sus ascensos y engrandecimiento, apenas recordaba ya su compromiso, cuando una mañana la ronca voz de la señora Aldonsa vino a sacar a todos de su distraccion, y vieron con asombro a aquella y sus dos hijos, que entraban por la sala con la algazara y contento propias de personas sencillas y satisfechas.

Tan inesperada invasion no pudo menos de sorprender a don Teodoro y su familia; pero sobreponiéndose luego al primer movimiento de estrañeza, recordó aquel los inmensos favores que debia a sus huéspedes, y haciendo una violencia a su fisonomia y a su lengua, procuró recibirles con muestras de regocijo. Las parejas juveniles, observándose con desconfianza y curiosidad, tardaron aun largo rato en manifestarse; pero un resto del fuego de su antiguo amor, encendido a la vista de aquellas facciones, en otro tiempo adoradas, les obligó por entonces a hacer abstraccion de trajes y modales, y solo mirar el objeto de sus primeros amores, con lo cual pudieron entregarse a las demostraciones de su contento, demostraciones que se prolongaron todo aquel dia.

A la mañana siguiente fué preciso condescender con el deseo de los huéspedes de dar una vuelta por calles y paseos, con lo cual empezaron estos mui de mañana a destapar cofres y maletas, y sacar de ellos los trajes de *dia de Corpus* para presentarse en Madrid con el decoro conveniente. Pero el elegantísimo Cár-

litos, a quien toda la noche habia traido desvelado la consideracion de lo mucho que iba a padecer su vanidad, no perdia de vista aquella operacion: asustado con los tales preparativos corrió al cuarto de su hermanita, y arrojándose en una silla:—¡Ai, Luisita mia, esclamaba, tristes de nosotros acompañando a los lugareños! ¡si vieras qué vestidos, qué telas, qué peinados! sin duda que vamos a ser la burla de todo él Prado. ¿Qué dirán tus amiguitas las de *Yerba-vana*, que tan sublime concepto tienen formado de mi elegancia, viéndome hacer el amor a una paleta con el talle bajo el brazo, mantilla hueca y recojida a la garganta, bucles cortitos y peineta de a tercia, zapatos de tabinete y guantes de color de rosa? Y tú por tu parte, ¿cómo has de sufrir la risa del alferez de la Guardia, mirándote acompañar por un frac del año 12, sombrero ancho de copa, pantalon de punto ajustado, y botas de campana *a la bombé*?

—Sin duda, Cárlitos (esclamaba Luisita sollozando), sin duda que haremos con ellos un buen contraste, tú con tu levita *de fantasía*, y yo con mi *cachemir terné*.

—Y papá, ¿qué papel va a hacer con sus dos veneras, acompañando a la señora Aldonza de vestido de estameña y moño de calabaza?

—¡Oh! eso es insufrible, y yo voi a fingirme mala.

—Y yo tambien, decia Cárlitos; pero al llegar aqui abren con estrépito la mampara, y se adelanta el triunvirato olmedino, ofreciendo el anacronismo mas disonante en aquel primoroso *tocador-Psiché*.

Sin embargo, los jóvenes cortesanos disimularon su estrañeza; pero no asi los paletos, los cuales rieron a carcajadas al mirar el ajustado talle de Cárlos y el elegante prendido de Luisita, mortificando a estos con sus preguntas y algazara, no menos que al padre, que se presentó despues; pero no hubo mas remedio que hacerse una fuerte violencia, y acompañarles a paseo.

Pongo en consideracion de mis lectores la estravagante caricatura que ofrecerian las tres parejas, asi como tambien dejo considerar el efecto que en los recien venidos produciria la vista de tantos objetos estraños. Este a la verdad era singular e incomprensible; v. g., pasaron sin hacer alto por delante del hermoso edificio de la Aduana, y les llenó de admiracion la fuente de la Puerta del Sol: vieron sin entusiasmo el salon del Prado: en las fuentes de Cibeles, Apolo y Neptuno, lo que mas les admiraba era la anchura del pilon. Cada coche que pasaba era para ellos un suceso: las mujeres, madre e hija, agarraban a sus parejas respectivas, temiendo que las atropellasen, aunque fuesen a treinta varas de distancia, y el mancebo se quitaba cortesmente el sombrero, creyendo que los que iban dentro eran personas reales. A cada lugareño que pasaba iban a hablarle, tomándole por paisano suyo, y la vista de cada elegante les producia risas convulsivas y dichos nada corteses. Su marcha en la confusion del Prado era oblicua y desigual; quejábanse de las apreturas; distraíanse mirando atentamente a las caras de los paseantes; dejaban caer el abanico, los guantes, el pañuelo, y a cada objeto que les chocaba llamaban la atencion de los demas señalándole con el dedo. Mas en fin, cansados a la segunda vuelta, quisieron sentarse, no sin grave alivio de los acompañantes, que vieron disimulada por un momento su enfadosa publicidad.

De vuelta de paseo manifestaron deseos de beber, y don Teodoro, venciendo su repugnancia, les hizo entrar en un café, donde pidieron limon y leche, y luego chocolate con bollos; y habiendo querido obsequiar Carlitos a Feliciana con un queso helado, ésta pidió al mozo un cuchillo para partirla.

Pasaron despues al teatro a ocupar un palco, tomado de antemano: allí se acodaron de brazos en la barandilla, y dejaron caer un anteojo perpendicularmente encima de la cabeza de un alguacil, con lo que llamaron la atencion de toda la concurrencia, no sin grave bochorno de los dos jóvenes madrileños, que se escondian lo mejor posible.

La desgracia hizo que aquella noche acertasen a hacer la ópera de *L' ultimo giorno di Pompei*, y si bien al principio la vista de las decoraciones y el ruido de la música y de los coros los tenia agradablemente entretenidos, no tardaron en empezar a bostezar, y al caer el telon al final del primer acto cayeron tambien sus párpados, permaneciendo en tan envidiable estado, hasta que la erupcion del Vesubio, al concluirse la ópera, les hizo despertar asombrados, y figurándosela verdadera corrieron a la puerta, temiendo ser víctimas de aquella catástrofe.

Seria nunca acabar el ir refiriendo una por una las escenas grotescas que ofrecia la naturalidad de nuestros paletos, contrapuesta a la afectacion de los cortesanos; por mi parte tuve motivo de ser testigo de algunas de ellas, por haberles acompañado, en calidad de amigo de la casa, a ver las curiosidades de Madrid, y preguntándoles despues ¿qué era lo que mas les habia gustado de ellas? me respondieron que en el Palacio la pieza de porcelana; en el Museo el cuadro del hambre de Madrid; la bajilla de plata en el Casino; la campana china en el Gabinete de Historia natural; en el Retiro el ídolo ejipcio de la fuente del estanque, y en la Armería el espejo para curar la ictericia. En punto a paseos dieron la preferencia a la Ronda, y de funciones teatrales ninguna les agradó como la *Pata de Cabra;* lo demas todo lo hallaron mediano, y de ningun modo preferible a las bellezas de Olmedo.

No hai necesidad de decir que la ilusion de nuestros jóvenes madrileños habia ido desapareciendo a medida que observaban estas cosas; pero dudosos de su futura suerte, y aun confiados en que la permanencia en la corte obligaria a los otros a mudar de inclinaciones, formaron empeño en inspirarles otras ideas; inútil intento: la sencillez de las naturales venia a descomponer todos sus planes. En vano los sastres y modistas acomodaron a sus cuerpos todos los caprichos de los figurines parisinos: la cabeza erguida, y los brazos caidos, dábanles el aspecto de un manequí sin animacion: en vano les enseñaban a pronunciar bien las palabras: su lengua no sujeta, les hacia traicion a cada momento.

Por último, un dia en que todos manifestaban su mútuo descontento por lo inútil de estas lecciones, saltó la señora Aldonza, y dando rienda suelta a su mal reprimido disgusto: — «No os canseis, chicos (les dijo), que pa golver en ca e vuestro padre Patricio Mirabajo con los mismos pecaos que trujisteis, eso me da que igais aches como que igais erres, y Dios en mis adentros, que lo demas son sotilezas: con que no hai sino dejallo y no andarme con aqui te la puse, que lo mejor solo Dios lo sabe, y como esas cosas podria yo contarles a los de Madril cacaso no entienden...

¡No sino úrguemme un tantico, y verán como todos tenemos nuestro aquel...! Y dígolo porque yastoi cansáa de tanto pedricarles de la pulítica, y dale con las cortisías, y torna con los filis, que asi Dios me perdone como parecen saltarines de los cantaño bajaron a mi puebro. ¿Sus parece chicos (añadió encarándose con los madrileños), que los mis mochachos pa casarse nesecitan deprender toas esas estilaciones de la corte? Pues náa menos queso; porque ellos mientras Dios dé vida y salú a Aldonza Cantueso y Patricio Mirabajo, no han de apartarse dellos, agora se casen, agora no; que pa eso les himos pario y criao a nuestros pechos, pa que tengan cuidiao de mosotros desque lleguemos a viejos, y si lo contrario hicieren para esta (y besó la cruz) que no habian de llevar un chavo, casi es nuestra última y postrimera voluntá. Y esto mismo cuento de icirle a vuestro padre, y que o herrar o quitar el banco, y vosotros ya sabeis el camino de Olmedo, con que alli aguardamos la rempuesta.» —

Corridos y confusos quedaron los dos jóvenes con aquella inesperada *proclama*, y luego que quedaron solos empezaron a reflexionar sobre su suerte; vieron cuán ilusorios eran sus proyectos de enseñar a sus amantes el aire de corte, cuando ellos mismos se verian precisados a olvidarle si habian de casarse y vivir en Olmedo: preguntáronse mútuamente sobre el estado de sus corazones, y hallaron que no quedaba en ellos una chispa del amor primero; observaron la tibieza de su padre en recordarles el empeño contraido; y por último, llamaron en su auxilio las gracias de la señorita de Yerba-vana y del alferez de la Guardia, que acertaron a entrar en aquel momento. Don Teodoro por su parte, acalorado por las reconvenciones de Aldonza, no tuvo reparo en anular el contrato, y los jóvenes renunciaron con gusto a una renta de diez mil ducados por no verse precisados a salir de Madrid, asi como los aldeanos resolvieron olvidar un amor que les ponia en peligro de tener que alejarse de Olmedo.

(Marzo de 1832.)

LA FILARMONÍA.

«La dulzura de la música es el único hechizo permitido que haí en el mundo.»

FEIJÓO.

«*La música compone los ánimos descompuestos, y alivia los trabajos que nacen del espíritu.*»

CERVANTES.

El entusiasmo melomano producido a principios de este siglo por la fecunda lira del Cisne de Pésaro, halagaba las imajinaciones europeas, harto fatigadas por la política y los desastres de la guerra. Las artes encantadoras, que solo crecen a la sombra de la paz, tornaban a ejercer su influencia en los corazones jenerosos, y el privilejiado *Rossini*, aun no bien salido de la infancia, acababa de fijar la atencion jeneral presentando en la escena Veneciana en el Carnaval de 1813 su famoso *Tancredi*. A los acentos del nuevo Orfeo respondieron todos los corazones: «desde el dux hasta el último gondolero repetian involuntariamente su armonía; y las orillas del Adriático resonaban a todas horas «*mi rivedrai, ti rivedró.*» «Ni paró aqui (añadian los periódicos de aquella época) el triunfo del compositor boloñés: en menos de un año su magnífica produccion dió la vuelta a Europa; sus cantos se hicieron populares, y admirados en todas partes, asi se pian en la capilla Sixtina como en las revistas de Hide-park, en los conciertos de Petersburgo como en los bailes de Paris.»

Desde entonces los teatros líricos de Europa quedaron como avasallados al sublime jenio que incesantemente les alimentaba con nuevas producciones, llenas de riqueza y de armonía; y si bien el nuestro, aun no restablecido de los efectos de una guerra devastadora, no pudo tan pronto ofrecernos una produccion del compositor del dia, no por eso su música era desconocida en esta capital, en cuyos salones resonaba con el merecido aplauso.

El ajuste de las señoras *Moreno* y de otros artistas españoles para los teatros de Madrid, vino a ofrecer la posibilidad del espectáculo lírico, y aun de la ópera Rossiniana, siendo *La Italiana en Arjel* la primera de estas que oyó el público madrileño en la noche del domingo 29 de setiembre de 1816 con motivo del augusto enlace de nuestro soberano con la reina doña Maria Isabel. El entusiasmo inesplicable que aquella brillante produccion causó en esta capital fué un anuncio de los gratos momentos que el público matritense podia esperar del autor del Barbero de Sevilla; mas por entonces hubo de contentarse con algunas óperas de otros maestros, porque la escasez de la compañía lírica no permitia funciones de gran desempeño. Esta misma razon sin duda, fué la que motivó que la señora *Lorenza Correa*, que acababa de contribuir en los teatros estranjeros a la gloria de Rossini, no se determinase a dar en Madrid ninguna de sus óperas, contentándose con hacernos conocer el *Di tanti palpiti*, y *Una voce poco fá*, que colocó en las óperas tituladas *Los pretendientes* y *No se compra amor con oro*.

Sin embargo de la escasez del espectáculo, no fué perdido para un público naturalmente filarmónico, y a medida que aquel iba adquiriendo vigor, veíase desterrar entre los aficionados el estilo monótono y amanerado de la antigua escuela, para dar lugar al sentimiento y vida de la nueva. La aficion del público iba creciendo al compas que sus conocimientos, y era menester complacerle si se queria dar calor a aquel movimiento. La empresa teatral de 1821 hubo de pensar sin duda de este modo, decidiéndose a volver a presentar a los madrileños el espectáculo de la ópera italiana, de que aun conservaban reminiscencia, aunque remota. Para ello contrató una compañía, compuesta de profesores destinguidos tales como *Mari*, *Capitani*, *Vaccani etc.*, y a esta fué a quien debió Madrid el conocimiento de las obras mas escojidas de Rossini y demas célebres compositores modernos, cuyas bellezas acabaron de fijar su natural prediccion por la música; y le fueron un manantial de placeres. Muchos años pasarán sin que olvide el delirio que le infundia *Tancredo* en la peregrina voz de la señora *Adelaida Sala*, o *Garcia de Paredes* en el *Barbero de Sevilla*.

Siguió así la ópera, mas o menos boyante, hasta que en 1825 se ajustó la compañía de *Monbreson*, desde cuya época no fué una aficion la del público, sino un furor filarmónico. El mérito de los cantantes, la nueva pompa con que se adornó el espectáculo, lo escojido de las funciones que se presentaron, fueron cosas de trastornar todas las cabezas, y llegó a tal punto el entusiasmo, que no solamente se les imitaba en el canto, sino en jestos y modales; se vestia *a la Monbreson*, se peinaba *a la Cortesi*, y las mujeres varoniles *a la Fabrica* causaron furor todo aquel año. Tan poderoso es el prestijio de la novedad, y tan dominantes los preceptos de la moda.

La exijencia del público, creciendo desproporcionadamente, no se contentaba ya con artistas medianos. Fué preciso presentarles los de primer órden, y las célebres *Corri*, *Cesari*, *Albini*, *Lorenzani*, *Tessi* y *Meric Lalande*, y los señores *Maggioroti*, *Piermarini*, *Galli*, *Inchindi*, *Passini* y *Trezzini*, con tantos otros como, siempre ascendiendo, hemos visto despues, han necesitado toda la estension de sus talentos, y la perfecta ejecucion de las obras mas clásicas de *Rossini*, *Pa-*

cini, *Meyerbeer*, *Mercadante*, *Morlachi*, *Carnicer*, *Donizzeti*, y *Bellini* para sostener la aficion del público, y escitar su entusiasmo, hasta el punto que al concluirse el año cómico de 1834 con la despedida de la señora Adelaida Tossi, faltó poco para que los partidos encontrados de *Tossistas* y *Lalandistas* consiguiesen sembrar una eterna discordia en nuestra sociedad madrileña.

Tan imposible era ya hacer subir de punto aquella exajeracion que necesariamente tenia que empezar a declinar, y asi es que en el año último puede decirse que ha entrado la ópera en el período de su decadencia, de que solo han podido retraerla algunos instantes los estraordinarios recursos artísticos de la señora *Meric Lalande*. En vano los entusiastas o intolerantes esclaman que los artistas no son nuevos, y las óperas no bien escojidas: en vano buscan a su tibieza causas interiores; el mal está en su imajinacion. Satisfecha esta con el continuado alimento musical, y pasado tambien el influjo de la moda, ha llegado a mirar con indiferencia lo mismo que en otro tiempo la entusiasmaba; y por otro lado despues de escuchar *Semirámide*, *Mosé*, *L' ultimo giorno di Pompei*, *il Crociatto*, *il Pirata* y *la Straniera*, ¿qué otras composiciones podrian buscarse para escitar su admiracion? Por esta sencilla razon seria de desear que la exijencia filarmónica hiciese un alto, para mecerse agradablemente, y sin un furor imposible de perpetuarse, en el ameno campo que le ofrecen la rica fantasía de los compositores y la estraordinaria habilidad de los cantantes del dia.

Esta dilatada educacion musical, unida a la particular disposicion de los órganos españoles para la ciencia de la armoñía, han producido entre nosotros tan notables aficionados, que pueden hacerse oir con placer aun despues de los célebres profesores que hemos visto en el teatro. Reconocida jeneralmente la superioridad de la música italiana sobre la insulsa pesadez do los romances franceses que antes ocuparan nuestros salones de buen tono, viése en ellos campear la verdadera escuela del canto, si bien modificada cada año a la manera del modelo que se ostentaba en las tablas; asi que alternativamente hemos observado reproducidas con una admirable fidelidad la arrogante determinacion de la Albini, la tranquila correccion de la Lorenzani, la espresion romántica de la Tossi, y hasta la voz ahogada de Montreser., las prolongadas *fioriture* de Vaccani, y la tal vez nassal entonacion de Galli.

Ocasion era esta (si yo pretendiera tener vinculada la risa de mis lectores) para trazar un cuadro, si bien fantástico, si bien exacto, de nuestros filarmónicos de salon, poniendo de manifiesto las intriguillas que parecen anejas al ejercicio del arte, los desentonos de la *armonía*, las disputas de los *acordes*, las encontradas vociferaciones de los *unísonos*, y las intenciones menguadas de algunos *virtuosos*.

¡Qué festivos matices no podrian suministrar a mi bosquejo las ronqueras improvisadas, las pérdidas de voz y las recuperaciones repentinas; los descuidos con cuidado en mas de un duo, con el piadoso fin de perder al compañero; las espresivas miradas y suspiros en otro; las gratas palabras de *cara immaggine, mio dolce bene; tenero oggetto; bel' idol' mio; abbi pieta di mé*, tan dulcísimamente deslizadas de ciertos lábios como benévolamente acojidas por ciertos oidos;

las imprecaciones a un padre tirano, prodigadas tal vez en su presencia con notable entusiasmo suyo; o bien la letra de *l' inutil precautione*, fuertemente aplaudida por un bondadoso marido, o emitada con intelijencia por una virjen de diez y seis.

En segundo término, y como formando el coro de mi festiva composicion, osaria presentar a aquella cohorte parásita de aficionados *orechianti*, que sin haber saludado los principios del arte, elevan o rebajan a su antojo las reputaciones filarmónicas, formándose en *comision de aplausos*, y para los cuales las únicas bases del saber suelen ser la pujanza de la voz o los atractivos de una hermosa figura. En este número colocaria a aquellos que se sientan entre los cantantes, y estan siempre solícitos, ya a volver las hojas del papel, ya a despabilar las luces del piano; o repartiendo programas por la sala, o transmitiendo mas o menos desfiguradas las espresiones del maestro; los notificadores del *hoi no está en voz*, *no es de su cuerda*, *está cortada*, y otras muletillas con que suele disimularse el haber cantado mal; los que tararean *sotto voce* la misma pieza que se canta; los que dan la señal de los *bravo*, *soberbio*, *admirable*, *encantadora*, y otras espresiones a este tenor; los que arrojan a la cara de nuestras actrices coronas de papel, o rompen en su obsequio los asientos del teatro; los que conducen del piano a la silla a la amable cantatriz, envaneciéndose con los elojios que al paso recojen para ella; y tantos otros *indispensables* como forman el claro-oscuro de nuestras reuniones filarmónicas. Pero tales observaciones, dando un aire satírico a mi discurso, me harian aparecer dominado por el deseo de encontrar ridículos; y no es esta mi intencion, tratándose de un arte que ha llegado entre nosotros a una altura regular.

El estado, en fin, de la música en esta capital es lisonjero, y solo faltaba que asi como se forman aficionados para el encanto de los salones, se formasen artistas que ocupando algun dia los teatros, libren a nuestra nacion del crecido tributo que pagamos a los estranjeros. Nuestra benéfica Soberana ha provisto a este deseo, creando un Conservatorio de Música, en que reunidos los profesores mas distinguidos, y bajo un escelente método de enseñanza, se ofrece la lisonjera perspectiva de llenar en breves años aquel vacío, y que la nacion que produjo los Garcías, Colbran, Correa, y tantos otros, vuelva a presentar a Europa fenómenos de habilidad que acrediten mas y mas su esclarecido renombre en la historia de las artes.

(Marzo de 1838.)

LA POLICÍA URBANA. (1)

« Si por la laguna Estijia
juró el Tonante hasta aqui,
hoi jura por la mareo
de las calles de Madrid. »

D. JUAN DE IRIARTE.

Uno de aquellos dias felices en que el perfecto equilibrio de nuestros humores, ocasionado quizás por una buena dijestion, suele inclinarnos a la satisfaccion y al contento, haciéndonos mirar todos los objetos por el lado favorable, salí yo de mi casa sin destino fijo, y con la sola intencion de ponerme en movimiento, dando al mismo tiempo ocupacion a mi tranquila mente con la variedad de cuadros animados que ofrecen las calles de Madrid. Y como aquel dia por fortuna todo me parecia bien, no es fácil formarse una idea de las sensaciones agradables que a cada paso esperimentaba.

El cielo sereno y despejado, el sol brillante, el ambiente apacible, me trasladaban en imajinacion al clima delicioso de las orillas del Betis; el bullicio y animacion de las calles divertia mi fantasía; todos los hombres me parecian contentos, alegres y corteses; todas las mujeres bellas, amables y satisfechas; sobre todo, llamaban mi atencion por su picante fisonomía los jóvenes desde veinte hasta veinte y cinco, y ajustando las fechas, hube de observar que todos ellos debian haber nacido desde 1808 al 13, lo cual me condujo a sacar la consecuencia de que la guerra de invasion en nada perjudicó a las fisonomías.

Llamó luego mi atencion la multitud y belleza de las casas nuevas o reformadas, sino con la mejor voluntad de los caseros, por lo menos con notable complacencia de los inquilinos: consideraba despues la garantía que a estas mismas casas prestan la filantrópica sociedad de seguros, causa principal del embelle-

(1) Este artículo carece ya afortunadamente de una parte de su exactitud por haberse remediado muchos de los defectos que se critican en él con el nuevo alumbrado, empedrado y numeracion.

cimiento de la poblacion : miré con complacencia los edificios públicos destinados a establecimientos útiles y de nueva creacion : recorrí los paseos que por todos lados adornan diariamente nuestra capital : ví sus plazas mas públicas despejadas de la insalubre suciedad que ocasionaba la venta de comestibles : observé mejoras en la limpieza, buena arquitectura en las fuentes y puertas modernas, gusto y elegancia en la innumerable multitud de tiendas y cafés : admirable provision de comestibles en los varios mercados ; comodidad incalculable proporcionada por la multitud de mercaderes ambulantes que bajo distinto diapason entonan sus jéneros por las calles ; belleza y baratura en los objetos artísticos espuestos en los almacenes ; prueba incontestable de que hai literatura en la multitud de carteles con letras de a medio pié que adornan las esquinas : decencia y lujo en los vestidos, coches y habitaciones; y mil proyectos útiles, en fin, para en lo sucesivo, tales como el de alumbrado, conduccion de aguas, magnífico teatro y otros semejantes, de los cuales espera esta capital su futuro engrandecimiento. Y animado por la contemplacion de tantas bellezas, no pude menos de rendir en el interior de mi pecho el mas sincero tributo de admiracion y gratitud a las autoridades matritenses, que tanto se desvelan por la prosperidad de este pueblo.

El entusiasmo que aquel paseo habia infundido en mí fué suficiente a hacerme tomar la pluma, y llamando en mi auxilio la musa de Chateaubriand tracé las siguientes líneas : «¡Levanta la cabeza, villa de los dos mundos, levanta la cabeza, y sal del abatimiento a que una mano estraña te redujo : desecha los tristes lutos hijos de una guerra desastrosa, para vestirte de nuevas galas y primores : tú eres la joya de la España, tú eres la palma del desierto, la fuente del arenal y la estrella de la noche : como el fenix renace de sus cenizas, asi tú mas hermosa y brillante te presentas despues de tus escenas lastimosas ; viuda desconsolada que se adorna con preciosas galas para obsequiar al nuevo esposo; tu conquistada belleza y los nuevos encantos que ostentas, forman la dicha de tu enamorado ausente que vuelve a sus lares, y se admira de encontrarte mas jóven y mas bella que a su partida : permite, ¡oh Mantua! permite que mi débil voz entone tus loores : permite que enajenado con el suave ambiente de tu eterna primavera.... »

Pero al llegar aqui el espantoso ruido de un aguacero y granizo improvisados subitamente, no sin grave riesgo de mis cristales, vino a distraer mi atencion, y aun a arrancarme de mi amable éxtasis. Viendo, pues, que por entonces no me era tan facil volver a él, y conociendo por otro lado que mi estómago pedia a toda prisa el calor que habia subido al cerebro, me puse a cenar al ruido del chaparron, que no hai cosa como cenar tranquilamente mientras silba por fuera la furia del Aquilon y el bramido del Noto.

Consecuencia inmediata de la cena fué el quedar rendido al sueño, del que no volví hasta bien entrada la mañana siguiente : el frio intenso que sentia me hizo mirar el termómetro, y ví que por una de aquellas bruscas transiciones tan frecuentes en nuestra atmósfera, habiamos pasado en pocas horas desde doce grados sobre cero a tres por bajo, con lo cual no estrañé la fuerte tos que me molestaba, y que sin duda fué presajio de las malas aventuras que me esperaban

todo el dia. Mas halagado con el recuerdo del anterior, y a pesar del aguacero que habia durado toda la noche, y amenazaba volver a empezar, púseme en la calle con la idea de continuar mi paseo a fin de concluir mi empezado discurso.

Lo primero que desconcertó mi intencion fué el inmundo lodazal de las calles, que no sabia como evitar, pues si buscaba las estrechas y remendadas losas, iba haciendo pasos vascos, impelido por la suavidad del lodo reposado sobre ellas; y si me salia al empedrado, siempre encontraba el medio de poner el pie en las frecuentes hondonadas y charcos. Leia los bandos fijos en las esquinas y alababa las disposiciones que previenen a los vecinos barrer los frentes de sus casas; pero al mismo tiempo observaba la indolencia jeneral en este punto, y no podia menos de irritarme al considerar este descuido en cosa de interes comun, cuya ejecucion debia ser voluntaria; y estando en estas consideraciones vi desfilar delante de mí una multitud de mendigos, los cuales venian de recojer el segundo desayuno a la puerta de un convento o de una fonda, sin que a ninguno le ocurriese ofrecer su servicio a los vecinos para dar cumplimiento al barrido de las calles.

El cielo en tanto se iba cubriendo de nuevo, y no tardó en romper en otro turbion que a todos nos hizo alijerar el paso; pero en vano; a la lluvia por igual y gotera sucedieron mui pronto los asombros es surtidores de los canalones de los tejados, los cuales describiendo una curva perfecta cruzaban sus aguas en las calles estrechas, y en vano el mísero transeunte intentaba evitar su golpe, pues al menor descuido veíase aplanado y oia resonar sobre su sombrero la cascada de Aranjuez. Mui luego, arroyos mas rios que el Manzanares, se formaron en las calles, y si bien algunos puentes improvisados ofrecian su socorro, mediante una corta y aun voluntaria retribucion, eran de suyo tan débiles y vacilantes, que habia una probabilidad mas que mediana de caer en el arroyo, lo cual no dejaba de divertir sobremanera a los grupos de mozos de cordel repartidos por las esquinas, que cargarian con media casa si alguno se lo mandase, y formaban escrúpulo de alargar su mano ni ofrecer el menor auxilio a los pasajeros.

Yo buscaba el número 4 de la calle de..., para tomar puerto en casa de un amigo; y no bien le hube hallado, cuando sin reparar apenas en lo inmundo del portal, infestado por los vapores que exhalaban los dos depósitos que hasta la presente parecen indispensables en la mayor parte de los portales de esta corte, y sin mirar tampoco lo empinado, estrecho y óscuro de la escalera, subí a tientas y llamé en el cuarto que me figuré ser el del amigo; pero se me dijo que no era allí, y que tal vez seria otro número 4 que habia en frente. Atravesé corriendo la calle, subí a la otra casa (cuyo número por cierto estaba cubierto con una enorme muestra que decia: *Halmzeen de ave-yte-vinagre, belas de sevoy demas comestibles*), pero tampoco era allí, y solo pude sacar en limpio que aun habia otros dos números 4 en la calle. Mohino y enojado contra la numeracion de las casas por manzanas, que tanta molestia me ocasionaba, continué la calle abajo y me entré por el primer portal que encontré con aquel número: seguí largo rato su estrecha lobreguez, y ni él se acababa ni yo encontraba la escalera: en esto siento pasos precipitados detras de mí; redoblo yo los mios, acábase el callejon y me encuentro en otra calle distinta, con lo que vine en conocimiento

de que aquello era un pasadizo formado como la mayor parte de los de Madrid por la union de dos portales accesorios, aunque sin adornos de cristales y primorosas tiendas como los *passajes* de Paris.

Desesperado con mis azares y con la lluvia, que aun proseguia, no sé qué hubiera dado por hallar un coche que me volviese a mi casa; mas para encontrarle hubiera necesitado ir a la calle de Alcalá o la de Toledo, y alquilarle lo menos por medio dia mediante la cómoda retribucion de cuarenta reales, lo cual era peor que aguardar a que pasase la lluvia. Tuve, en fin, que tomar esta última determinacion; mas por fortuna no tardó en despejarse el dia, y por una estravagancia del temporal mui conforme con las anteriores, ostentar el sol su brillo natural.

Volvió la animacion de las calles; pero no volvió mi alegría, pues mis desdichas no desaparecieron con las nubes: distraido con las cavilaciones a que ellas me conducian, iba a torcer una esquina, cuando me miré rodeado de una docena de lijeros jumentillos que, recien aliviados de la carga de los costales de yeso, y animados por la flexible vara del mancebo que los presidia montado en el último término del mas provecto, no me dió lugar a defenderme en regla, sino grotescamente con manos y pies, recordando de paso al mozo con palabras harto duras la benéfica órden que les previene conducir su ganado sujeto a fila; pero aun estaba yo dirijiendo mi filípica, cuando blandiendo de nuevo la vara sobre los lomos de los pollinos, formó una densísima nube de yeso y desapareció con ellos, dejándome entregado al coraje y a una violenta tos, que mui pronto conjuró contra mí a todos los perros que han sobrevivido a la persecucion jurdicial del verano pasado.

Salvéme lo mejor que pude de aquellos peligros; pero fue para tropezar en otro, enredándome en una cuerda atada a un palo que habia delante de una obra, y por pronto que quise salir sufrí gran parte de la lluvia de cascote arrojado desde el tejado; apartéme de allí, y fui a dar cerca de una docena de picapedreros que estaban labrando las piedras para la obra, los cuales acertaron a asestarme un guijarro a un ojo, en términos que hube de permanecer tuerto por todo el dia.

Tantos y tan graves contratiempos irritaron mi bilis en términos que todo me incomodaba; los gritos de los vendedores agudos y disonantes; el descoco de las naranjas; las ropas nada limpias puestas a secar en balcones y ventanas; los tocadores al sol en calles no mui retiradas; el humo de las hachas que acompañaron al Santísimo Viático, impreso a propósito en las paredes del portal; las rejas salientes que amenazan los hombros de los adultos y las cabezas de los chiquillos; las riñas de los aguadores en las fuentes por tomar vez para llenar; las carretadas de bueyes cargadas de carbon; las interminables filas de mulas conductoras de paja; los inevitables serones de los panaderos equestres; los muchachos que venden candela y suelen arrimarla al que no la solicita; los que salen en tropel de las aulas, o convierten la calle en público anfiteatro imitando la corrida de toros; los fogosos caballos de la baillante carretela que se dirije al Prado; la eterna pesadez de los simones; la silenciosa embestida de los bom-

bès *facultativos*, y la vacilante direccion de los calesines. Todas estas y otras cosas que se me fueron ofreciendo a la vista en calles y paseos durante todo el dia, acabaron de completar mi disgusto.

Llegada la noche tomé puerto en el teatro, en el cual no tuve otro contratiempo sino unas cuantas gotas de aceite que perpendicularmente me cayeron de la araña; y al volver a mi casa a la luz de los faroles (que solo sirven para hacer visibles las tinieblas), iba buscando las calles mas acompañadas por hallarse ya cerradas todas las tiendas.

Mi desgracia iba como siempre delante de mí: cuándo me hacia tropezar con una muralla provisional de cascotes apilados, procedentes de alguna obra, y colocados a tres cuartas de la pared, entre la cual dejaban un estrecho callejon apenas suficiente para el paso de una persona; cuándo me lanzaba de pies en un monton de cal recien apagada; ora me enredaba en una fila de basuras colocadas en medio del arroyo con ocho horas de anticipacion al acto de recojerlas; ora me ponia delante ciertos avechuchos nocturnos, cuyo mal aspecto y repugnante desvergüenza ofenden al pudor y la moral pública; por aqui me salia al paso una vacilante tertulia arrojada de una taberna; por allá oia aproximarse el ruidoso tren encargado de aquella parte mas sucia de la limpieza; huyendo de su olorífica influencia en el acto solemne de sonar las once, me acojia a la otra acera, a tiempo cabalmente de recibir el rocío con que una amable deidad alimentaba los tiestos de su balcon; por último, un sereno que venia detras, entonó a este tiempo su agudísima y prolongada cancion, en términos que por miedo de que volviese a repetirla le invité a acompañarme a mi casa, y fué lo único que hice bien en todo el dia, pues al aparecer su farolillo a la entrada de cierta callejuela que teniamos que atravesar, vimos echar a correr dos hombres que sin duda no eran amigos de las luces.

Libre ya, en fin, de los pesados sustos, y procurando hacerme superior a las encontradas impresiones, reflexioné las inmensas mejoras que el aspecto de nuestra capital ha tenido en pocos años: reconocí que ellas son la causa de la exijencia actual sobre los inconvenientes que aun observamos, y cuyo remedio en un pueblo grande no es obra de un instante, y me dormí contento con la lisonjera perspectiva que el celo de las autoridades nos presenta, trabajando en hacerlos desaparecer de dia en dia.

(Marzo de 1833.)

LA CASA A LA ANTIGUA.

« Ne gênez pas ; je vous en donne avis
tant vos enfans, o vous, peres et meres,
tant vos moitiés, vous epous et maris,
c'est ou l'amour fait le mieux ses affaires. »

LA FONTAINE.

Mui distinto era el asunto que me proponia tratar en mi artículo de esta semana ; pero al prepararme a ello hallé sobre mi bufete una carta que me hizo variar de idea. Firmábala *don Perpetuo Antañon*, sujeto para mí desconocido, aunque sus circunstancias me parecieron tan notables ; que desde luego me propuse ponerlas en conocimiento de mis lectores. Cavilando largo rato sobre el modo de hacerlo con mayor efecto ; no hai que decir que ; corté varias plumas, tracé algunas líneas, las borré luego, cambié muchas veces de papel, y me rasqué no pocas las orejas y la frente ; pero todo en vano, pues nada de lo que escribia llenaba mis deseos ; hasta que volviendo a leer la carta, me ocurrió la feliz idea de que en vano intentaria yo prestar a mi pintura aquel colorido fiél y sencillo que la da el pincel del propio interesado, y en su consecuencia nada podrian agradecerme tanto mis lectores como recibir de mis manos el mismo bosquejo orijinal. Lo cual diciendo, tuve por bien salir de mis apuros sin otro trabajo que el de trasladar literalmente dicha carta, y héla aquí punto por coma.

« Señor curioso : usted es el mismísimo diablo cojuelo, y aun mas, pues sin el injenioso espediente de alzar los tejados de Madrid ni hacernos volar por los aires, como aquel al licenciado don Cleofás, nos pone usted de manifiesto aquellas escenas que pasan de puertas adentro de nuestras casas, y cuya observacion se escapa a la mayor parte de los testigos. Esta pintura, desdeñada por el historiador, y exajerada en pro u en contra por viajeros y poetas satíricos, es tanto mas importante, cuanto que nos ofrece un espejo fiel en que mirar nuestras inclinaciones, nuestros placeres, y tambien nuestras virtudes, nuestros defectos y ridiculeces (pues desde luego convengo con usted en que los crímines

no entran en su benévola inspeccion), y puede ofrecernos mas modelos que seguir y mas escollos que evitar que la misma historia, por la misma razon de que hai mas Juanes o Mengas que Titos y Dioclecianos, y que la mayor parte de los hechos y dichos de los varones célebres de Plutarco parecerian ridículos en un mercader de calle de Postas.

«Pero supuesta la necesidad de esta moral linterna májica, y supuesta tambien la dificultad de iluminarla de modo que todos la veamos, no pude menos de asaltarme la idea de que usted tenga a sus órdenes algun espíritu foleto para comunicarle los sucesos con la verdad con que los describe, como si a un mismo tiempo fuera jóven, viejo, elegante, pelucon, padre, amante, galan, cortejo u pretendiente. Esta consideracion, que me ha ocupado tres noches de desvelo, me ha hecho temer que el dicho malandrin al comunicarle la noticia de mi desman, la tuerza y desfigure tal vez en menos pro de mi buena fama, y por si asi sucediere, quiero yo mismo ser fiel coronista de ella y describírsela a usted, a fin de que despues haga el uso que crea conveniente.

«Para mayor intelijencia de mi discurso, empezaré por decir a usted que aqui donde no me ve, soi un antiguo comerciante, que habiendo debido a la divina Providencia y a cuarenta años de trabajo un capital respetable, fruto no de quiebras fraudulentas ni especulaciones ilícitas, sino de una honradez y buena fé nunca desmentidas, resolví habrá cinco años retirarme de los negocios, y vivir tranquilo en mi casa con aquella uniformidad y dulzura a que me inclinaba ya el conocimiento del mundo.

«No le negaré á usted que la causa principal de mi retiro fué sin duda la continuada reflexion sobre los vicios que la miseria parece haber puesto a la moda; observé la mala fé de los diestros estafadores; ví la hipocresía de los falsos amigos; adiviné el interés de los bajos aduladores; y conocí, en fin, la delicada posicion de un hombre de bien en medio de las asechanzas que le rodean; y sea esta conviccion, o mi natural deseo del descanso, ello fué que desde entonces me cerré herméticamente en mi casa, con la sola compañía de mi esposa, una hija niña y dos antiguos criados de conciencia esperimentada.

«Confesaré a usted que el edificio que ocupo en un barrio lejano es de los mas antiguos de Madrid, y que su aspecto sombrío, sus balcones de gran vuelo, la enorme ala del tejado, y toda su esterioridad, están denunciando a los transeuntes su fecha de tres siglos: convengo tambien en que el interior no es de mas moderna invencion; que no reina en él la economía presente; que las pinturas son antiguas, los techos envigados y de una altura desmesurada; las puertas colosales, los vidrios pequeños y verdinegros, las baldosas cortadas y desiguales; pero en cambio es casa propia, tengo en ella salones inmensos, corredores interminables, escaleras interiores, habitaciones independientes, guardillas, sótanos para guardar un almacen. Por otro lado, la prodijiosa multitud de muebles que poseo no solamente encuentran cabida en este inmenso caserón, sino que juegan mui bien por su fecha y por su forma con lo material del edificio; y sino, digame usted, ¿en cuál de los del dia podria yo colocar las costosas arañas de doce brazos que llenan ellas solas una sala, los cuadros de tres o cuatro varas, las

mesas macizas de nogal, los sillones de baqueta de Moscovia, las camas imperiales, los bufetes de cuatro rejistros, las alhacenas y las cómodas de doce cajones? ¿Ni qué bien irian en una casita de muñecas las floreadas cornucopias, las estampas del Hijo pródigo, los ricos escaparates del nacimiento, los sitiales encarnados, los bancos de respaldo, las colgaduras de damasco, los tapices de Ciro, los tiestos de tinaja, los relojes de flautas clavados en la pared, las rinconeras de dos pies, los mapas de media caña, los biombos chinescos, los velones de cuatro pabilos, o de bomba de cristal, los armarios enrejados, las figuras de talla, y tantos enseres a este tenor como forman el adorno de mi habitacion? Y por último, ¿qué figura habia de hacer yo mismo, vestido a la 1805 con mis zapatos en punta, hebilla de plata, media negra, calzon corto, chaleco cumplido, corbata blanca sin lazo, baston de tres altos, empolvado tupé y sombrero en facha?

«Sin querer, señor curioso, le he hecho a usted la descripcion de mi habitacion y de mi persona; ¿quiere usted saber mi método de vida? pues óigale usted.—Yo me levanto al salir el sol, y mi primera dilijencia es salir a oir misa á la parroquia, donde todos los concurrentes nos conocemos ya de vista cuotidiana: satisfecho este primer deber, me suelo dirijir a cualquiera de las plazuelas de san Ildefonso o de santo Domingo; allí, al mismo tiempo que tengo un rato agradable con la animacion y bullicio del mercado, ajusto de paso algunas provisiones, y sé mejor que sus amos lo que cuestan las que llevan los criados de mi vecindad. De vuelta a mi casa me entretengo agradablemente con mi jicaron de dos onzas de chocolate, eclipsado entre cuatro baluartes de tostadas y bollos; cuya sustancia restauradora me presta fuerzas para la lectura del Diario (único papel a que conservo aficion, por ser a mi entender el que mas ideas contiene), y como vea en él el anuncio de alguna almoneda o pública subasta, no dejo de anotarlas en mi rejistro para darme una vuelta por ellas, último resto que conservo de mi inclinacion mercantil. Cuido despues de mis tiestos y mis canarios; y salgo a las diez a visitar algun amigo de mi humor y de mi edad, con el cual me entretengo en ensalzar lo pasado a costa de lo presente; entro luego en una librería, donde suelo escuchar cosas que no estan escritas en ningun libro; recorro despues plazas y prenderías buscando preciosidades parecidas a las que yo conservo en mi casa, lo cual suele darme cierto aspecto de anticuario; examino despues el estado de las obras públicas, calculando su duracion, en cuyo cálculo suelo equivocarme en algunos años; y por último, vengo a parar en mi antiguo almacen, recordando en él los vaivenes de mi juventud, cual el viejo marinero sentado en la playa contempla como en sueños sus pasados sustos y alegrías.

«Allí permanezco hasta que suena la una del reloj del *Buen-Suceso*, a cuya hora vuelvo a mi casa, en la que percibo ya el olor de mis compras de la mañana; mas como no hai cosa que se envidie mas que un sentido a otro, no tardo en confiar al gusto los placeres del olfato, y sentado entre mis dos femeninas compañeras, empiezo la comida, que entre trabajo y descanso suele prolongarse hasta las tres.

«Alzados los manteles, me retiro a dormir una horita de siesta, y despues

salgo a pasee con algun amigo (que por lo regular suele ser un relijioso), dirijiéndonos despacito al camino de Chamberí o a las ventas de Alcorcon. Sentámonos donde nos parece, al sol o a la sombra, paramos de vez en cuando a tomar un polvo, y departiendo nuestros sentimientos en sabrosa e inocente plática, aguardamos a que el sol empiece a esconderse, para volver a la capital, y dirijirnos, ya juntos, ya separados, a restaurar nuestras fuerzas con la segunda toma de chocolate, precedida por un vaso de limon o de agraz. Reuno despues la familia, rezamos nuestro rosario, y acabado éste, suelo retirarme a mi despacho a leer un par de horas; o bien acontece bajar el vecino don Segundo con su esposa, que forman con la mia y conmigo dos parejas homojéneas, para jugar una manita de mediator o de malilla hasta las nueve, hora en que indispensablemente he de cenar, a fin de poder oir entre sábanas la campana de las diez.

«Tal es mi método de vida, que solo se interrumpe dos dias en el año, cuales son el del santo de mi esposa y el mio: en ellos, ademas del convite a los vecinos a mesa y refresco, es de ordenanza el tomar un palco para ver la funcion del coliseo, sea cual fuere, y sin cuidarnos de si pertenece a la familia clásica o a la romántica, aunque siento mucho cuando toca en el jénero fastidioso.

«Pero es el caso, señor curioso de mi alma (y aqui entra la parte mas sensible de mi narracion), que asi como no siempre llueve a gusto de todos, tampoco esta serenidad complacía a mi hija, desde que dió asomos de querer cumplir los quince, y desde aquel instante cesó la tranquilidad de mi existencia: hecho un Argos vijilante de sus pasos, con el fin de que no llegase a conocer las seducciones del mundo, me oponia a todo aquello que consideraba propio a despertar sus pasiones, evité cuidadosamente que ninguna persona humana, mas que mis vecinos visitase nuestra casa; cerré puertas y balcones; prohibí amigas y parientas; desterré lecturas, músicas y bailes; y en los ratos que me ostentaba mas amable, de vuelta a casa, despues de un paseo con ella a la fuente *del Pajarito*, o a Nuestra Señora del Puerto, en vez de mi ordinaria cancion contra las costumbres del dia, la daba a leer algunos de los artículos de usted en las Cartas Españolas o la Revista, tales como *Las visitas de dias*, *El Prado*, *Las tertulias*, *Las niñas del dia*, *etc.*, con lo cual creia haberla convencido sobre los inconvenientes del gran mundo para la juventud; pero si estos y los demas medios de mi defensa surtieron el efecto que me propuse, va usted a juzgarlo por sí mismo.

«Ya he dicho a usted que mi casa era inaccesible a los pretendientes que la belleza y buena dote de mi hija podrian suscitar; sin embargo, el amor y el interes fueron bastante móvil para hacer que algunos (y por cierto no despreciables) me hicieran proposiciones por medio de mis amigos: pero mi contestacion se reducia siempre a decir que mi hija era mui niña y no perdia tiempo (y a la verdad que esto último era demasiado cierto); con lo cual todos quedaban despedidos, y yo satisfecho de mi precaucion. El cielo, sin embargo, me reservaba el castigo de mi confianza, y aun no sé si diga de mi manía.

«Yo tenia, por mis pecados, un pleito pendiente, de cuyo estado venia a darme parte alguna vez mi procurador *don Simon Papirolario*, el cual solia traer

consigo para llevar los autos a su escribiente *Frasquito*, mozo despierto y hablador: este, con toda intencion encontraba siempre el medio de empeñarme en disputas con su principal, mientras iba él a la cocina o a la pieza de labor a beber agua o a encender el cigarro, y....¿ lo creerá usted, señor observador? Pues tal ha sido el disfraz que tomó el amor para rendir el corazon de mi hija; con este trastornó su cabeza, inspirándola una pasion frenética, y este, en fin, es el que a consecuencia de una larga serie de disgustos, de males y contiendas, tengo que consentir como yerno mio, despues de haber despreciado tan ventajosos partidos. ¡Un escribiente de procurador ....!

«Ahora, dígame usted si debí esperar tan desgraciado suceso de mi sistema de vida, o si cree mas bien que haya sido un resultado forzoso de él, en cuyo caso debo desengañar a los que le sigan, aconsejándoles que se engolfen en el gran mundo, y que escarmienten en cabeza del inconsolable — *Perpetuo Antañon.*»

Hasta aqui la carta del aflijido corresponsal y no habrá un solo lector que no haya observado en este buen señor a uno de aquellos espíritus exajerados que tienen la desgracia de no ver mas que los estremos de las cosas. Huyendo de las seducciones del gran mundo, vino a caer en el ridículo opuesto, convirtiendo su casa en un castillo; cerró las puertas al amor, y se le entró por la ventana. Lástima grande que no hubiera tenido un amigo sincero que a tiempo le hubiera aconsejado lo conveniente.

«Vijile usted en buen hora (le hubiera dicho) sobre la conservacion de las buenas costumbres en su familia; pero no las revista de una austeridad insoportable: huya tal vez de las tertulias y sociedades en donde la seduccion se halla sistematizada; mas no cierre su casa a un pequeño número de personas escojidas y dignas de frecuentarla; dirija en vez de torcer las inclinaciones de su hija, y no dude que estas serán racionales cuando cese de mirar en el techo paterno una prision, y en el primer miserable atrevido que se la presente, su libertador y paladin.»

(Abril de 1833.)

EL DIA DE FIESTA.

«Sin que pase la tarde
decir no puedes
¡que dia tan hermoso!
muchos como este.»

* * *

—¿Muchacho?
—Señor.
—¿Son campanas?
—Sí señor.
—Temprano la han tomano; ¡si apenas es de dia!
—Es verdad; pero como hoi es una fiesta solemne, ya usted ve.
—Y qué, ¿es a fiesta ese tañido?
—Mire usted, de todo hai: esas que se sienten a lo lejos son las de San Ginés, donde se celebra el santo del dia, y por eso tocan a vuelo, y las demas cerca son las de Santa-Cruz, y tocan a muerto, sin duda por aquel droguero gordo de la calle de Postas, cuyo entierro se verifica hoi.
—Cierra, cierra bien los balcones, que voi a escribir.
—¿A escribir, señor? no verá usted.
—Tanto mejor, con eso no sabré lo que me escribo, y entraré en la moda del dia.
Ahora, pues, leamos despacio mis notas, y escojamos materia conveniente... pero han llamado.
—Muchacho.
—Señor.
—Mira quién llama.
—Es el vecino de arriba que va a caza, y viene por usted.
—¿A cazarme a mí?
—Quiero decir, a que usted le acompañe.
—Buenos dias, señor *Postas*.

—Buenos dias, vecino; ¿qué tal, he cumplido la palabra?

—Sí; pero hombre, salir asi, tan de mañana...

—Pues mire usted, por mucha prisa que nos demos, ya llevaremos por delante cien escopetas que habrán estado esperando a que abrieran las puertas.

—¿Con que es decir que habré de vestirme?

—De cualquier modo; míreme usted a mí, ¡qué sencillo! zapato blanco, botines de estezado, pantalon grís, chaqueta corta, sombrero de calaña, mi morral, mi frasco, y... nada mas; lo que importa es ir lijero para poder andar mucho.

—¡Ah! ¿con que en eso consiste la diversion? Pero.... ¡calle! ¿otro convidado mas?

—No señor, es el vecino de la tienda, el señor *Liga*, que viene armado con su caña y demas arreos de pesca para ver si me cojia la delantera en llevarse a usted; pero amigo, por esta vez chasco se lleva.

—Ya escucha usted, señor Liga, mi compromiso; el señor Postas es mas madrugador que usted.

—No consiste en eso, señor vecino, sino en mi maldita caña, que he tenido que prepararla cón todo cuidado por si acaso pica alguna pieza grande.

—Una ballena tal vez, ¿no es verdad, señor Liga?

—Vaya, señor vecino, no hai que venirse con pullas, que a las veces donde menos se piensa salta la liebre.

—Eso de liebre (replicó vivamente el señor Postas) me toca a mí, y salte ella una vez, que asi se me escape a mí como por los cerros de Ubeda.

—Pues, señores, ya estoi vestido, y a la órden de ustedes.

—Ahora falta que escoja entre los elementos.

—El caso es que yo creo que los cuatro son a cual mejor, y si pudieran reunirse no encuentro motivo para separarlos.

—Dice mui bien el vecino; ¿hai mas que marchar juntos, y alli donde atravesare el aire algun bulto lucir usted su habilidad, señor Postas, y donde topáremos agua sacar yo partido de la mia?

—Vamos, señores, vamos, pues, a nuestra anfibia espedicion.

Esto diciendo, nos dimos a luz por las pacíficas calles donde solo encontrábamos a tales horas cual o cual lechero o buñolera que preparaban con sus espeditos manjares el camino de la tienda de la esquina que acababa de abrirse, y cuyo amo enjuagaba ya las copas del aguardiente.

La campana de una iglesia inmediata nos recordó que la primera obligacion era la de oir misa; entramos, pues, en el templo; su inmensidad y silencio inspiraban recojimiento y devocion; el sonido de la campanilla, los trémulos pasos de algun anciano, la tos de algun otro escondido en las capillas, los fuertes golpes de pecho de un mozo arrodillado, o el silbado rezo de una anciana sentada en el suelo, eran los únicos objetos que alteraban tal vez aquella sublime tranquilidad; y penetrado por ella, no pude menos de comparar tal espectáculo con el que algunas horas despues ofreceria el mismo templo henchido de jentes de todos sexos y condiciones, mezclados sin distincion; y mas ocupados en ostentar sus gracias y sus adornos que en la contemplacion del acto relijioso.

Cuando salimos de la iglesia, ya las plazuelas iban llenándose de jéneros y de compradores, siendo los encargados de las fondas los primeros que acudieron a hacer enormes provisiones, prueba no pequeña de la solemnidad del dia, y en tanto que mis acompañantes empleaban algunos maravedises en pan y en frutas, compré yo disimuladamente unas perdices y unos peces, dando encargo a un mozo que nos siguiera con ellos a lo lejos.

Saliendo despues por la puerta de Toledo nos dirijimos al Canal, con el objeto de realizar nuestra alternativa diversion: el señor Liga en cuanto vió el agua, tomó su posicion académica, enarbolando su caña, y el señor Postas echó a correr por los vericuetos con la escopeta al hombro; yo tomé asiento al lado del primero con el objeto de ser testigo de sus triunfos; pero en los tres cuartos de hora que permací con él solo obtuvo por resultado una rana, un zapato y un pez, que me produjeron tres movimientos convulsivos de risa. Queriendo desimularla en lo posible, me alejé del vecino, fui a encontrar al lejano mozo, le envié cerca del pescador, con encargo de pregonar sus peces, entretanto que me dirijia a buscar a Postas, cuyos repetidos tiros me daban la esperanza de una abundante caza.

La victoria, sin embargo, no correspondia a aquella salva, pues todo ello se redujo a un gorrion que, tasado por peritos, podria valer hasta ocho maravedís, a trueque de cinco reales mui cumplidos de municiones que iban ya consumidas. El héroe, sin embargo, no se desanimó, y viéndome venir redobló sus esfuerzos, sosteniendo con guardas y pastores tantas disputas como descargas hacia; pero observando yo lo inútil de su eficacia resolví acudir al consabido espediente de llamar al de las perdices para que diese una vuelta al rededor del cazador.

Situéme despues en un puesto distante, y segun la señal convenida llamé con la bocina a mis dos corsarios; no tardaron en llegar cantando victoria, ostentando con aire triunfal sus presas, y contándome el pormenor de su captura; yo les felicité como debia; pero al preparar el almuerzo con ellas, no pude resistir a la tentacion de hacer presente al señor Postas que aquellas perdices habian sido cojidas con lazo, y aquellos peces eran de otra clase que los que se dan en el Canal; replicáronme fuertemente; aparenté convencerme; mas volviendo a sonar el cuerno, se presentó mi montero mayor con el resto de las provisiones. Dejo pensar el efecto grotesco que produciria su vista en ambos adalides, y solo diré que, deseosos de recobrar su honor en el segundo ojeo, corrieron de nuevo a las armas, y me dejaron en disposicion de volverme pacíficamente a Madrid.

Las nueve poco mas serian, cuando atravesé la villa de uno a otro estremo, y mientras lo hacia con todo despacio, saboreando las diversas escenas que se presentaban a mi vista, sentíme llamar por un amigo que me seguia de cerca, el cual, tomando la palabra, ¿Qué es eso, señor curioso (me dijo), va usted recojiendo materiales para sus Escenas matritenses? Pues algunos podria yo darle a usted, que tambien yo hago mis observaciones, y aun me precio de intelijente en el arte de Lavater. Y sino, ¿quiere usted que le diga el estado y las circunstancias de todos los que van pasando a nuestra vista? pues óigalo usted.

¿Ve usted aquel caballero tan bien portado que corre dilijente con un lio de-

bajo del brazo cubierto con su pañuelo? Pues ese caballero es un sastre que va a llevar la ropa a los parroquianos; diez y seis de ellos estan esperándole sin salir de sus casas, y él no lleva recado mas que para cuatro, con que los otros doce irán a reconvenirle al taller; pero él ha provisto ya a este inconveniente cerrándole y marchándose a pasar el dia al Soto de Migas Calientes.

Ahora repare usted a estotro lado, y observe esa pareja que cruza delante de nosotros: media hora hace que salió la jóven (que en su guardapies de primavera, delantal negro, pañuelo amarillo y mantilla de sarga, muestra ser diosa de cocina) de una casa en la calle de la Magdalena, y al despedirse del ama, que la encargó que volviera pronto, respondió mui satisfecha:—«Descuide usted, señora, en cuanto oiga misa.»—Pero al volver la esquina de la calle tropezó con aquel mancebo que la esperaba, y aunque en todo este tiempo que van juntos han pasado por diferentes iglesias, en ninguna han dado muestras de entrar; y no es lo peor eso, sino que por el rato que va transcurrido tendrá ya la muchacha que volver a su casa.

—¿Y a usted qué le importa, le repliqué yo a este punto, esa intriguilla escuderil? Eleve usted un poco su pensamiento, y repare, si es que ya no lo hizo, en esa mamá noble que acaba de salir de su casa, llevando delantero un pimpollo de muchacha; observe aquel cuidadoso descuido de su traje matutino, y como no ha temido su belleza a la peligrosa esperiencia de la papalina rizada y pegadíta a la cara: vea usted como ese pañuelito corto y recojido al cuello nos deja contemplar su talle delicado, y la botita de color su pié de cinco puntos: mire usted con qué gracia nos hace conocer que va a misa, ostentando en las manos su devocionario lindamente encuadernado a la *Gauffré* por Alegría o por Ginesta; pero sobre todo, ¿a que no adivina usted por qué vuelve la cabeza tan repetidas veces ácia nosotros? Pues no se esponje y envanezca, que no repican por él, y si no torne usted su vista ácia ese jóven militar con capote de barragan azul forrado de encarnado, que viene detras de nosotros acortando sus pasos, y como midiéndolos a un compas conocido, rizándose los bigotes, y oblicuando sus miradas a la acera izquierda por donde va la niña.

—¿Y cómo ha sorprendido usted su pensamiento?

—Mui facilmente; observando que él salió de un portal de enfrente al mismo tiempo que ella de su casa, espiando despues sus miradas de intelijencia y..... pero ¿a qué cansar? Sígalas usted si quiere, y por mí la cuenta sino les viere oir una misma misa; mas no, déjeles usted, y repare en ese jóven que se adelanta ácia nosotros con su traje deslumbrante, como que conserva aun todo el brillo de la fábrica; contemple usted su atusado sombrero, todavía caliente de la plancha, su elevado corbatin, su lazo tan enigmático, sus botones de piedras de color, los selles de similor purísimo; pues es un honrado ropero de calle de Toledo que va derechamente a hacer su visita matutina y *en gran tren* a su futura la hija de madama *Bobiné*, modista de Orleans; pero antes reflexiona que será bien comprar unos guantes amarillos para mayor autorizacion de su blanca mano, y con efecto, entra en aquella mal cerrada guantería; mas ¡ai! que ese que ha entrado detras de él es un alguacil; mucho me temo que al guantero le

ha de costar diez ducados de multa el vender guantes el dia de fiesta: verdad es que el dia de trabajo nadie se los compra.

—No pierda usted, por Dios (me dijo a este tiempo mi amigo), el espectáculo de ese coche simon, nuevo caballo troyano, en cuyo seno han encontrado cabida hasta once cabezas entre chicas y grandes, formando un grupo piramidal en forma de caricatura, a cuyo pié podria escribirse: *Una boda del barquillo.* La novia es una tabernera de la calle de San Anton, y el novio un alojero de la de San Marcos; el padrino, que es un tocinero rico de la Costanilla, ha tomado el coche para todo el dia, con el objeto de pasear la boda por las calles y saludar a todo el mundo; pero como las mulas son algo flacas y la carga demasiado gruesa, y como por otro lado han tomado la precaucion de emborrachar al cochero, de aqui viene esa marcha oblícua y desigual que usted observa, y que concluirá por dar con la boda en el suelo, no sin grave contento de curiosos y muchachos que acompañen con sus silbidos los lamentos de los contusos.

Con estos y otros espectáculos eran las once cuando llegué a mi casa, y al pasar por delante de la tienda del señor Liga observé a un mancebo mui agraciado que estaba a la puerta haciendo sonreir a la esposa de aquel, con lo cual no pude menos de esclamar: ¡Cosas del mundo! ¡su marido acaso no habrá sacado aun un pez, y a ella sin buscarlos se le vienen a la mano!

Subí diciendo esto a mi cuarto, cuando sentí abrir la puerta de mi vecino el señor *don Magnífico Pabon*, cuyo criado, cuadrándose en la escalera, preguntó:—«¿Es el peluquero de su señoría?»—No, amigo, le contesté; pero segun el tufo de esencias que me ha dado al pasar, juraré que le dejo a la puerta de la tienda componiendo una receta de mil flores; y asi era la verdad, pues a este tiempo subia ya el mancebo, preparando los peines al son del romance frances de *Le Trovadour*.

Encerrado por fin en mi cuarto, me proponia aprovechar el resto de la mañana en disponer mi artículo; mas no bien lo empezaba a hacer, cuando entró por la puerta el señor don Magnífico en persona, radiante como un reverbero, que iba a la corte con su uniforme nuevo; propúsome acompañarle para hacer despues juntos varias visitas; acepté el ofrecimiento, y hénos aqui caminando a palacio por entre una multitud de carruajes de todas edades y condiciones, y de otra aun mas numerosa de pedestres en canillas, cuya vista, fija en los pies, se hallaba ocupada en defender las nacaradas medias de la inmunda profanacion del lodo.

Llegados a palacio subió mi compañero, y yo marché a esperarle a casa de un amigo, donde no tardó en llegar, con lo cual empezamos nuestras visitas de buen tono; pero tuvimos la suerte de despacharlas pronto, porque las señoras habian salido, cuál a la misa de la tropa, cuál a la *de las dos* en el Buen Suceso, cuál a la revista en el Prado, y cuál, en fin, a otras visitas, y esto me convenció de la ventaja de hacerlas en dia de fiesta. A todo esto eran ya las tres, y por indicacion de don Magnífico, y aunque no teniamos necesidad de ello, atravesamos a lo largo la calle de la Montera, en cuya acera izquierda se hallaba reunida a aquella hora entre sol y sombra la flor y la nata de la andante caballe-

ría, y al pasar por aquellos grupos no pudo prescindir mi vecino de bajar el cristal y sacar por el ventanillo la manga de su uniforme, con lo cual quedó satisfecho de haber fijado la conversacion jeneral por cinco minutos.

La tarde de un dia de fiesta necesitaria por sí una prolija descripcion en que podria lucir el pintor el efecto de los contrastes. Pintaria de un lado a una buena parte de la multitud, piadosa y recojida, poblando las iglesias para asistir al jubileo o al sermon, en tanto que otra gran parte del pueblo corre bulliciosa a los circos a presenciar las gracias de un novillo o las desgracias de un volatin; opondria la variedad y alegría de los retirados paseos, como la pradera del Canal, la Vírjen del Puerto, la fuente Castellana y otros asi, en que las meriendas improvisadas, las danzas provinciales, y los juegos bulliciosos ofrecen una animacion exajerada, y aun peligrosa algunas veces, a la prosopopeya uniforme de los paseos de buen tono, como el Prado y el Retiro; las ruidosas disputas de las tabernas, y las acaloradas discusiones de los cafés: la complacencia estraordinaria de los espectadores de la escena muda del descuartizado, ejecutada por *el primer fantasmagórico español*, o de los azares de don Simplicio Bobadilla, y la fria indiferencia de la sociedad altisonante escuchando pocas horas despues el Cid de Corneille o el Pirata de Bellini. Esto me hizo repetir la observacion que alguno ha hecho antes que yo, a saber: «que las fiestas son variedad en el aburrimiento del rico, consuelo y verdadero placer del pobre.»

Tarareando aun el rondó final de la ópera, regresé a mi casa para descansar de una vez; pero me hallé con un nuevo suceso que vino a distraer mi atencion, y fué que al entrar en mi cuarto me hallé tendido al señor Postas llorando su desventura.

—¿Qué hai, señor Postas, qué llanto es ese?

—Pobre de mí, señor vecino, pobre de mí, que he ido por lana y vuelvo trasquilado; quiero decir, que yo salí de mi casa a cazar sin haberlo conseguido, mientras que otro ha cazado en mi casa todo lo que habia en ella.

—¡Qué desgracia!

—Verdad es que no habia nada, pero menos he hallado yo fuera, como no sea este fogonazo que me ha abrasado media cara.

—Vaya, consuélese usted, podrá ser, que.... pero ¿qué voces son estas que se sienten arriba, «*¡que me mata! ¡vecinos!*» qué es esto?

—Nada, señor vecino, no se asuste usted, será el tio *Curro Cariñena*, el oficial de zapatero que vive en la buardilla de la esquina, que vendrá con el refuerzo acostumbrado en tales dias, y tratará de disculparse con su mujer dándola de palos.

—¡Infeliz! vamos a socorrerla.

Hicímoslo en efecto, no sin grave trabajo; y dejando al señor Postas en su habitacion, tomé yo a la mia para acostarme, como lo hice, procurando desechar penas y enojos; pero el ruido del baile que aquella noche daba don Magnífico, pared por medio de mi alcoba, no me dejaba sosegar un momento, haciéndome renegar de mi vecindad y del dia de fiesta, cuando de repente siento una ajitacion universal en toda la casa, y entre carreras y jemidos llegan a mí las vo-

ces de «*fuego*, *fuego*.» Salto precipitado de mi lecho, corro al peligro, y encuentro que era el fogon del señor Liga, que habiéndole abandonado sin precaucion por todo el dia, el marido ausente en la pesca, y la mujer en los novillos, salia ahora con la ocurrencia de que se estaba quemando desde las seis de la tarde. La consternacion entonces se hizo jeneral; toda la vecindad acudió a apagar el incendió, y aunque felizmente lo conseguimos mui pronto, tardamos aun el resto de la noche en recojer las reliquias de muchos efectos que algunos amigos oficiosos, para librarles de todo peligro, habian arrojado violentamente por el balcon.

(Abril de 1833.)

LA CASA DE CERVANTES.

« Los sitios habitados en otro tiempo por los hombres ilustres escitan grandes y jenerosos recuerdos, y no sin razon se ha comparado la fama que les sigue a aquellas preciosas esencias que llenan el espacio y se evaporan difícilmente. »

JOUY.

El antiguo Madrid no existe ya. Si por ventura lució bajo el nombre de *Mantua* en tiempo de los griegos, ningun vestijio, ningun testimonio sólido nos queda para probar tan remota antigüedad. ¿Pretendemos buscar el *Maioritum* o la *Ursaria* de los romanos? ¿Dónde están, pues, los templos, los circos, los caminos, los acueductos con que aquellos enriquecieran su recinto? Ni una sola piedra nos demuestra su existencia en aquella época. Los godos, que arrancaron a los romanos el imperio de España, gobernándola por siglos hasta la invasion de los sarracenos, ¿qué monumentos de su poder dejaron a esta villa? ningunos: ni las historias de aquellos reinados la nombran aun.

¿Qué prueba tenemos de la prosperidad del *Magerit* de los mahometanos? Un estrecho recinto contenido desde el sitio donde estuvo el Alcázar, al de Puerta de Moros, y en él muchas calles revueltas y costaneras; uno o dos templos de mezquinas proporciones, y los nombres de algunos sitios; tales son los únicos restos de la villa avanzada de Toledo, de la conquista de Alfonso el VI.

El soberbio alcázar de Madrid, que resistió a las tropas del emperador de Marruecos, y posteriormente jugó un papel de importancia en las civiles guerras de don Pedro y don Enrique, doña Isabel y Doña Juana; las poderosas murallas, las torres y puertas que aun se conservaban en el reinado del emperador, todo fué desapareciendo con el tiempo, pudiéndose hoi apénas encontrar algun otro edificío cuya fecha sea anterior al establecimiento de la corte en Madrid por el señor don Felipe II. Empero aquella real determinacion, atrayendo a esta villa el poder

y la riqueza de dos mundos, hizo nacer como por encanto una poblacion, cuya estension y suntuosidad escureció casi del todo las glorias de la antigua; y hé aquí la razon por qué los recuerdos matritenses apenas penetran mas allá de aquella época.

La imajinacion se sorprende con el brillante espectáculo de la corte del poderoso Felipe II. y de sus dos sucesores. Capital de la monarquía mas estendida del orbe, llave de la política europea, teatro de los mas importantes acontecimientos, centro de los hombres mas distinguídos, Madrid se identifica entónces con los recuerdos mas gloriosos, y su historia es ya desde aquella época la historia de la monarquía. Eternos por lo tanto deberian ser los monumentos de tal grandeza: mas por desgracia el transcurso de los tiempos, los desatres de las guerras, y el capricho y comodidad de los moradores de esta villa han ido destruyendo continuamente aquellos históricos documentos, en términos que solo algun otro edificio público nos queda para idea de la corte de los siglos XVI y XVII.

Verdad es que la munificencia de los augustos soberanos de la casa de Borbon, dirijida por el buen gusto de la época presente han hecho olvidar la falta de aquellas antigüedades con magníficas obras que prestan a la villa su actual suntuosidad. El palacio de Felipe IV pereció; pero en su lugar se eleva uno de los mas elegantes de Europa. El sitio del Buen-Retiro, obra del poderoso conde-duque, apenas conserva vestijios de su primera faz, si bien ostenta en el dia nuevos primores. Los templos fundados durante los reinados de la casa de Austria, destruidos por la mayor parte en la invasion francesa, aparecen hoi despojados de su carácter de antigüedad, y revestidos del gusto moderno. Los paseos, teatros de las galantes aventuras de aquella época, presentan hoi un aspecto y una importancia diferentes; el injenioso Calderon desconoceria el florido *Parque de Palacio* en el inculto término que hoi conocemos en aquel nombre, al paso que sentiria admiracion al contemplar el magnífico paseo que ha sustituido al desigual y escabroso *Prado de san Hierónimo*. Los palacios de los magnates, los edificios públicos, las magníficas puertas, y el aspecto, en fin, de novedad y elegancia que adornan a la corte de Cárlos III y Fernando VII, la harian desconocida a los mismos que en otro tiempo la pintaran, al inmortal Cervantes, al sublime Calderon, al fecundo Lope, al festivo Quevedo, y a tantos otros como en aquellos siglos formaron las delicias de Madrid, cautivando la admiracion de Europa.

Mas si nuestra exijencia y nuestro lujo pueden tal vez hallarse satisfechos con la moderna belleza de los objetos que nos rodean, no asi lo quedarian nuestro entendimiento y nuestra memoria, si tal vez pretendieran saborear la majia de los recuerdos; despojados ora de los restos de la antigüedad, en vano intentariamos respirar el aura de la gloria en los sitios habitados por los hombres ilustres; en vano pretendiéramos indentificarnos con ellos, uniendo su memoria a los objetos materiales que les rodearon en vida; la simple vista de aquellos monumentos nos sacaria al instante de nuestro error, ofreciéndonos solamente la mano del moderno artista, donde buscábamos la sombra del antiguo jenio.

No era un mero capricho el que habia determinado en mí estas reflexiones, sino la escena que acababa de presenciar, y en la que habia yo sido uno de los interlocutores. Parado una de estas últimas mañanas en la calle del Leon vien-

do derribar la casa número 20 de la manzana 228, que hace esquina y vuelve a la de Francos, habia largo rato que permanecia abismado en aquellas o semejantes consideraciones, cuando llamó mi atencion viniendo a sacarme de mi éxtasis el caballero Roberto Welford, jóven ingles de ilustre nacimiento, y uno de los poquísimos estranjeros que visitan nuestra España con solo el objeto de verla.

—¿Qué hace usted ahí, me dijo, tan absorto y entretenido?

—Veo derribar una casa.

—Por cierto que es un filosófico espectáculo.

—Acaso mas que lo que usted cree.

—Conforme: si la casa es de usted, desde luego le doi la razon.

—No, no es mia, ni un sentimiento material y mezquino es lo que me ocupa en este momento: mas sublime es la idea que me hacen nacer esas ruinas, y usted sin duda participará de mi sensacion cuando le diga que en esa casa que desaparece ante nuestra vista vivió y murió pobremente MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA (1).

—¡*La casa de Cervantes....!* (un golpe eléctrico no hubiera hecho impresion tan repentina en el semblante del ingles como la que produjo el solo nombre del autor inmortal). ¡Es posible! esclamó con resolucion; ¿y quién se atreve a profanar la morada del *escritor alegre, del regocijo de las musas?*

—El interés, mister, el interés será el que justamente incline a su dueño a sacar mas partido de su propiedad, sin cuidarse de glorias que nada le producen.

—¿Y por qué no le producen? ¿Por qué los magnates, los cuerpos literarios, los particulares amantes de su pais, no se apresuraron a adquirir a toda costa el único resto de tan célebre autor, para evitar cuidadosamente su aniquilamiento?—(Y esto diciendo, sacó su Album, y empezó a a dibujar la fachada de la casa, accion sencilla, pero espresiva, que hizo correr mis lágrimas.)

—Los ilustrados historiadores y anotadores de Cervantes (decíale yo mientras continuaba su dibujo) han averiguado con efecto, a no poderlo dudar, que habitando esta casa arrebató la muerte al hombre célebre, cuya sangre, derramada en los combates, cuyo ánimo esforzado en las prisiones, y el sublime mérito en fin, de sus obras en la paz y en el retiro, no pudieron despertar la atencion de sus contemporáneos, viviendo en medio de ellos pobre y necesitado; y muriendo oscura y miserablente el dia 23 de abril de 1616.

—¡Cómo, esclamó vivamente el ingles, en el mismo dia que nuestro *Shakespeare!* Pero el poeta británico tiene el soberbio mausoleo de Westminster, al lado de nuestros monarcas, mientras que el español.... ¡qué contraste!

---

(1) Léanse en prueba de esta asercion las noticias prolijas de los señores Rios, Pellicer, Mayans, Navarrete y otros; solamente no fijan el cuarto que ocupó, aunque hai razones para creer que fuera el entresuelo, y acaso podrian añadir a ellas fundamento los siguientes versos con que concluye viaje al Parnaso:

«Fuíme con esto, y lleno de despecho
busqué *mi antigua y lóbrega posada*
y arrojéme molido sobre el lecho,
que cansa, cuando es larga, una jornada.»

—Su cuerpo fué depositado por disposicion suya en el convento de las monjas trinitarias: pero el injusto desden que le persiguió durante su vida, privó a sus cenízas del homenaje merecido, llegándose a ignorar el lugar de su sepultura, culpa imperdonable en sus ingratos contemporáneos.

Los mas eruditos españoles que vinieron despues, ocupados cuidadosamente en recojer los mas pequeños datos de la vida del autor del QUIJOTE; los sabios de todas las naciones, formando una sola voz para encomiar aquella obra inmortal; las prensas y buriles, continuamente ocupados en reproducir sus bellezas con todo el lujo artístico, no eran aun completo desagravio a la ultrajada memoria de Cervantes; estaba, pues, reservada esta gloria a nuestro monarca actual, consagrando a aquel el monumento mas noble y desconocido entre nosotros; sí, amigo mio, a la voz del soberano, y bajo la direccion de un ilustrado magnate, cuyo nombre se enlaza naturalmente con los estímulos dados a las letras y a las artes, ya el cincel del español Solá reproduce las facciones del *manco de Lepanto*, para que colocada su estátua en una de las plazas públicas de esta capital sirva de eterno tributo consagrado a la memoria del escritor que forma el orgullo de la nacion y las delicias del jénero humano (1).

—Cuando el gobierno da el ejemplo (replicó el ingles), el público no debia mostrarse indiferente, y una suscricion voluntaria deberia no solo haber libertado esta casa de su ruina, sino haberla consagrado esclusivamente a la mansion de un cuerpo literario u otro objeto adecuado a la memoria del ilustre escritor.

—¿Qué quiere usted? Esos testimonios prodigados al jenio en otros paises, no escitan entre nosotros emulacion ni entusiasmo. Vea usted desde aqui, sin ir mas lejos, aquella casa baja, señalada con el número 11 en la calle de Francos; pues esa fué propiedad del famoso LOPE DE VEGA, el cual colocó sobre su puerta esta filosófica inscripcion, que tampoco existe hoi: «*Parva propia magna, magna allina parva.*» En ella vivió y murió; y aunque por una escepcion estraña entre nosotros reunió durante su vida a una decente medianía la gloria que sus numerosas obras le produjeron (2), y mereció a su muerte el duelo jeneral de todo un pueblo que acompañó sus restos hasta la bóveda de san Sebastian, mui luego fué olvidado en ella, y a pesar de los propósitos del duque de Sesa, su testamentario, de levantarle un mausoleo correspondiente, es lo cierto que no llegó a verificarse, y que sus cenizas fueron confundidas con las de la multitud.

Vuelva usted la vista a esa calle, que tenemos a la derecha (que es la llamada del Niño); en ella y su número 4 vivió el injeniosísimo *Quevedo*, aunque de resultas de las graves persecuciones que sufrió, murió pobremente en la Torre de Juan Abad, siendo enterrado en Villanueva de los Infantes, a pesar de haber ordenado que su cuerpo se trajese a santo Domingo de Madrid.

---

(1) Esta estátua está ya colocada en la plaza de las Córtes.

(2) Los que exajeran las riquezas de Lope de Vega pueden leer los siguientes trozos de su testamento, que orijinal he visto casualmente, y cuya copia conservo. Este testamento está otorgado en 26 de Agosto de 1635, víspera de su muerte, ante don Francisco Morales, escribano del número de esta villa, y entre otras cosas dicé lo siguiente:

—«Declaro que antes de ser sacerdote y relijioso fuí casado, segun órden de la Santa Madre Igle-«sia, con doña Juana de Guardo, hija de Antonio de Guardo y doña María de Collantes, su mujer, «difuntos, vecinos que fueron de esta villa, y la dicha mi mujer trajo por dote suyo a mi poder

El mas privilejiado en este punto de nuestros antiguos escritores es *Calderon*, quien habiendo legado sus bienes a la piadosa congregacion de presbíteros naturales de esta corte, de que fué hermano mayor, mereció de esta un sencillo cenotafio en el sitio de su sepultura a los pies de la iglesia de san Salvador, que aun existe con el retrato del poeta, pintado por su amigo don Juan de Álfaro (3).

Este es el único monumento que recuerdo existente hoi en Madrid elevado a las cenizas de un particular sabio, al paso que observará usted muchos prodigados a nombres solo conocidos por sus títulos y riquezas. *Mariana*, *Solis*, *Saavedra*, *Moreto*, *Tirso*, *Juan de Herrera*, *Velazquez* y tantos otros cuyos sublimes jenios formaron otro tiempo el encanto de la corte y de la nacion entera, yacen ignorados sin que nadie se duela de ellos: los modernos *Jovellanos*, *Isla*, *Melendez*, *Moratin*, *Cienfuegos*, *Maiquez* y otros muchos, víctimas de su desgraciada suerte, fueron por lo jeneral cubiertos con estraña tierra; y si bien la benevolencia del monarca ha levantado monumentos duraderos a la memoria de varios de ellos en la edicion magnífica de sus obras, la indiferencia del público es la misma, y en prueba de ella me contentaré con citar a usted un hecho solo.

Aun no hace tres años que la real junta de damas de honor y mérito de la piadosa casa inclusa de esta corte determinó rifar la casa y huerta de Moratin, en la villa de Pastrana, de que aquel habia hecho jenerosa cesion a dicho establecimiento. Dejo a usted considerar el resultado de una rifa abierta en Lóndres a la casa de Shakespeare, o en París a la de Moliere; pues bien; en Madrid fueron tan pocos los billetes despachados a la de Moratin, que volvió a quedar por el mismo establecimiento; bien es la verdad, que ni en los anuncios ni billetes se espresó haber pertenecido al Terencio español; pero esto mismo prueba la persuacion en que se estuvo de que semejante título no añadiria mayor estímulo a los jugadores.

A este punto llegábamos de nuestra plática, cuando un gran trozo de pared

---

«22,382 rs. de plata doble, é yo la hice de arras 500 ducados de que otorgué escritura ante Juan de «Pina, *y de ellos soi deudor a doña Feliciana Felix del Carpio, mi hija única*, y de la dicha mi «mujer, a quien mando se paguen y restituyan de lo mejor de mi hacienda con las ganancias que le «tocare.

—«Declaro que la dicha doña Feliciana, mi hija, está casada con Luis Usategui, vecino de esta vi«lla, y al tiempo que se trató el dicho casamiento le ofrecí 3000 ducados de dote, comprendiéndose «en ellos lo que a dicha mi hija le toca de su abuelo materno,... *y respecto de haber estado yo alcan«zado* no he pagado ni satisfecho por cuenta de la dicha dote maravedís ni otra cosa alguna, aunque «he cobrado de la herencia del dicho mi suegro algunas cantidades;... mando se les paguen los dichos «3000 ducados.

—«Declaro que el rei nuestro señor (Dios le guarde), usando de su benignidad y largueza, ha «muchos años que en remuneracion del mucho afecto y voluntad con que le he servido, me ofreció «dar un oficio para la persona que casase con la dicha mi hija, conforme a la calidad de dicha per«sona, y porque con esta esperanza tuvo efecto el dicho matrimonio, y el dicho Luis de Usategui, «mi yerno, es hombre principal y noble, y está mui alcanzado: suplico a S. M. con toda la humil«dad, y al Excmo. Sr. Conde-duque, en atencion de lo referido, honre al dicho mi yerno hacién«dole merced, como lo fio de su grandeza.»

Este testamento concluye nombrando por heredera universal a doña Feliciana, su hija única, y a la sagrada relijion de san Juan, por lo que la perteneciere, segun los estatutos, y por testamentarios nombró al Excmo. Sr. duque de Sesa, don Luis Fernandez de Córdoba, y a su yerno Luis de Usategui.

(3) A consecuencia del derribo de la iglesia de san Salvador en 1841 fueron trasladados los restos de Calderon al cementerio de san Nicolás fuera de la puerta de Atocha.

viniendo al suelo, y envolviéndonos en una nube de polvo, nos obligó a retirarnos de aquel sitio, si bien lentamente, y volviendo a cada paso los ojos a *la casa de Cervantes*.

NOTA.

La lectura de este artículo, publicado por el *Curioso Parlante* en la Revista Española el dia 23 de abril de 1833 (aniversario de la muerte de Cervantes), escitó de tal manera el celo patriótico del difunto comisario de Cruzada don Manuel Fernandez Varela, que inmediatamente llamó al autor y empezó a dar activos pasos, que produjeron a los diez dias la real órden que se copia a continuacion. El autor de esta obrita se lisonjea en recordar aqui la parte que pudo caberle en tan patriótica resolucion.

Real órden.

«Ministerio del fomento jeneral del reino.—Cuando llegó a noticia del rei nuestro señor que se «estaba demoliendo por hallarse ruinosa la casa número 20 de la calle de Francos de esta corte, «en que tuvo su modesta habitacion el célebre Miguel de Cervantes Saavedra, que tanto honor y «lustre ha dado a su patria, se sirvió S M. prevenirme que por medio de V. S. se hiciesen proposicio- «nes al dueño de ella, para que adquiriéndola el gobierno se reedificase y destinase a algun estable- «cimiento literario. Pero habiendo manifestado V. S. que aquel tenia repugnancia a enajenarla, «y queriendo S. M. por una parte que sea respetada la propiedad particular, y por otra que quede «a lo menos en dicha casa y a la vista del público un recuerdo permanente de haber sido la morada «de aquel grande hombre; ha tenido por conveniente resolver que en la fachada de la referida «casa, y en el paraje que parezca mas apropósito, se coloque el busto de Miguel de Cervantes, «de que está encargado don Esteban de Agreda, director de la real academia de San Fernando, con «una lápida de mármol y la correspondiente inscripcion en letras de bronce. El comisario jeneral «de Cruzada, vice-protector de la misma academia, don Manuel Fernandez Varela, animado de su «celo por el fomento de las artes, y por las glorias de su patria, se ha apresurado a proponer a «S. M. que de los fondos que se hallan bajo su direccion, y de la parte de ellos que está desti- «nada a auxiliar a los artistas, sa haga el gasto necesario para llevar a efecto este pensamiento «lo que S. M. se ha dignado aprobar. Y de su real órden lo comunico a V. S. para que tenga su «debido cumplimiento, poniéndose V. S. de acuerdo con el espresado comisario jeneral vice-pro- «tector de la academia, a quien lo traslado con esta fecha, y con el dueño de la casa que ha «dado para ello su consentimiento. Dios guarde a V. S. muchos años. Madrid, 4 de mayo de 1833. «—Señor correjidor de esta villa.»

En consecuencia de esta real órden, y verificada la reedificacion de la casa, se colocó sobre la puerta principal de ella que da a la antigua calle de Francos un medallon de mármol de Carrara que representa la imajen de Cervantes en alto relieve sobre un cuadrilongo de piedra berroqueña, adornado con trofeos poéticos, militares y de cautividad, y debajo una lápida de mármol de Granada con esta inscripcion en letras de oro.

Aqui vivió y murió
MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA,
cuyo injenio admira el mundo.
Falleció en MDCXVI.

La manifestacion al público de este monumento tuvo lugar el dia 13 de junio de 1834; y posteriormente en la reforma de los nombres de muchas calles de Madrid, verificada por su celoso correjidor el marques viudo de Pontejos, se ha dado a la ya dicha de Francos el nombre de *calle de Cervantes*, aunque para proceder con claridad este nombre le merecia la calle del Leon, porque en ella propiamente estaba la casa, aunque con accesorias a la de Francos; y con eso pudiera haberse llamado a esta última calle de *Lope de Vega*, pues consta la casa en que vivió y murió; y aun la inmediata del Niño deberia tambien haber mudado de nombre por el de *Quevedo*.

Advertencia.

Con motivo de un viaje del autor verificado en 1833 *y* 1834, *hubo de suspender su agradable tarea, siendo el artículo de* la casa de Cervantes *el último que por entónces escribió, hasta que con algunos mas que publicó en* 1835 *a su regreso* (*y son los que completan este tomo*), *dió por terminada la primera série de sus cuadros o Escenas Matritenses, continuando despues la segunda con los publicados desde* 1836 *hasta el dia.*

El artículo de El primer dia en Paris *que vá a continuacion, parece que no debia tener lugar en esta obra, por referirse a distinto pueblo y costumbres: pero ha creido que acaso no desagradaria a sus lectores conocer las primeras impresiones del curioso madrileño a la vista de la capital francesa: impresiones que mas o ménos modificadas en un segundo viaje hecho recientemente, ha esplanado mas en una obrita especialmente consagrada a aquel pais.*

ora varios pares sin neces-
n con las muchachas del
go una sortija, y despues
una máquina para afeitar-
ni tinta, ni lápiz, ni pa-
ido las innumerables tar-
los los almacenes y esta-
o una cadena *casi de oro*
ndario y un paquete de
mente demandada; y al
sous o bebe una taza de
se detiene un momento
para ver las habilidades
ube a las torres de *Nues-*
, y saliendo del bullicio
dre *Lachaise*.
te solemne y magnífico,
forastero en las brillantes
so de aprovechar las gra-
estraordinarios, he solido
la; pero ninguno, lo con-
profunda y agradable como
decir la verdad, hasta Paris
raba: pues bien; ahora debo
aris objeto de los ensueños de

aquel bullicioso recinto, no en-
no, toda descripcion seria inútil
eunirse todo lo que una poblacion
e interes en las artes, la industria
ades de la existencia, todos los en-
, infinidad de almacenes magníficos,
de necesidad; teatros, cafés, fondas,
todos jeneros; y animado todo ello por
a brillantez de decoracion esterior tal,
o encanto al que por primera vez llega a

te estado; pero mi estomago, mas positivo
bruscamente de el, recordándome caritati-
le habia abandonado. Llegaba en aquel mo-
mose restaurador *Very*, y en ninguna ocasion
ave, pues, que transijir con su justa exijencia y
ansion.
aco los que sin haber visitado a Paris calculen de

y monótono que tantas veces habia contemplado en los alderredores de nuestro Madrid, no pude menos de dejar escapar un suspiro, que bien rápidamente debió atravesar las trescientas leguas que me separaban de este.

Ya habiamos pasado el puente de Charenton, y yo contando cuidadosamente los pasos que me acercaban a la capital, habia preguntado al conductor ¿cuánto nos faltaba aun para esta?

—Dos leguas, me contestó.

—Pero la série de casas de uno y otro lado no concluia, antes bien de bajas y sencillas, iban tomando formas mas majestuosas y elegantes; ya se dividian en calles traviesas y de una prolongada estension, ya daban lugar a plazas regularmente formadas; ya la multitud de carruajes de todas las formas conocidas, de trajineros, de paseantes, iba aumentando prodijiosamente; ya veia desplegarse a mi vista un prodijioso número de tiendas, almacenes, cafés.... y sin embargo Paris no parecia.

—Conductor, ¿cuánto nos falta aun para llegar?

—¿Adónde?

—A Paris.

—Hace hora y media que estamos en él.

—Pues ¿cómo? ¿desde cuándo?

—Desde Charenton.

—¿Pues no habia dos leguas?

—Sí señor, pero son contadas desde la plaza de Nuestra Señora, punto jeneral para todos los caminos de la Francia.

—¡Con que esto es Paris! ¡dos leguas! por cierto que es bien grande! ¡Y en verdad que debia haberlo adivinado, porque estas calles interminables, estos altísimos edificios, este bullicio de pueblo, no eran cosa que podian encontrarse en cualquier parte. .— Pero señor, adónde vamos a parar? Dos horas hace que andamos, y aun no hemos llegado al punto de parada; y eso que vamos en piés ajenos: ¡cielos! qué será cuando tenga que franquear estas distancias con los mios....! ¡Qué tristeza....! esto será vivir solo en medio de la multitud. Esta sentida reflexion es terrible, y sin embargo es la primera que asalta a un estranjero.

Por lo demas (continuaba yo mi monólogo mental), ¡qué feo es Paris, ¡qué calles tan súcias y oscuras! ¡qué casas tan negras! ¡qué monotonía! qué pesadez de edificios! ¿Dónde estás, alegre y hermosísima calle de Alcalá con tu arco de triunfo, y tus árboles, y tu Retiro, y tu Prado, y tus fuentes, y tu aduana, y tus casas blancas, y tu cielo azul, puro y brillante? ¿Y para esto he andado yo trescientas leguas, para meterme en este tenebroso basurero? Reniego de Paris, reniego y me arrepiento de mi resolucion.

«*Hotel Royal des Messageries.*» «Hola, aqui es donde haremos alto.... ¡Qué confusion! ¡cuántos coches y dilijencias en el patio! Aquel que descarga alli viene de Bruselas; el otro de Viena; el de mas allá de Berlin; pero ¿qué quieren estos hombres que me cercan, me acosan, y me hacen mil reverencias....? ¡ai que el uno se lleva mis baules, otro mi maleta, otro mi sombrerera y mi saco! ¡qué los meten en aquel coche....! ¿qué es esto, dónde me llevan ustedes?

—*Entrez, Monsieur.*

—Pues señor, héme aqui trasegado con todos mis efectos a un coche de ciudad; ¿pero adónde nos dirijiremos? veamos las papeletas de los *hotels* que me han dado estos hombres ... escojamos.

—«Conductor, al *hotel de... Rue Richelieu.*»

—«Estamos en él.»

El que vaya a juzgar de lo que en Paris se llama un *hotel* por lo que en Madrid llamamos una fonda o casa de posadas, desde luego puede estar convencido de que se equivoca de medio a medio. En una capital como aquella, donde va a reunirse constantemente lo mas escojido y brillante de la poblacion de Europa; donde los potentados y aun los reyes llegan de incógnito, confundiéndose con la inmensa multitud; donde no hai clase de aliciente y de comodidad que no se ponga en uso para fijar todo lo posible esta poblacion móvil de viajeros que tanto beneficio dejan al comercio y a la industria; puede desde luego concebirse que las mansiones dedicadas a recibirlos y hospedarlos, reunirán cuantos agrados pueden imajinarse para hacerles mas grata su permanencia. Asi es la verdad; los primeros edificios particulares de Paris, los magníficos palacios de la antigua nobleza, han sido convertidos en *hotels* por el espíritu de especulacion. Añádase a esto la elegancia y primor del mueblaje de las habitaciones, el esmero y aseo en el servicio, el órden admirable en el réjimen interior de aquellas casas, donde cada uno llega a dudar si está solo, y si solo para él se prodigan aquellos cuidados, no se estrañará la facilidad con que de este modo se identifica mui pronto el forastero con una vida en que no puede echar de menos las comodidades de su propia casa.

Héme aqui instalado en mi habitacion parisien, con mi chimenea con su espejo incrustado en la pared, mi cama, mi cómoda o *secretaire*, mi velador, mis sillones, mi reloj y mis candeleros y campanillas: ¡cuán grato es aquel primer momento en que uno entregado a sí mismo, y descansando de las fatigas de tan largo viaje, no teme ya que nadie le moleste, y volviendo agradablemente la vista a los objetos que le rodean, les escucha, aunque mudos, decirle todos: «Estás en Paris.»

Pero no dura largo tiempo este reposo. La puerta se entreabre respetuosamente. — Es el criado conductor *(Domestique de place,)* que viene a ofrecer sus importantes auxilios sirviéndoos de guia en el laberinto de Paris: para él no hai secretos, ni puerta cerrada en la ciudad; los museos y bibliotecas, los jardines y paseos, los monumentos públicos, los establecimientos particulares de todos jéneros, todo lo conoce prácticamente, y de paso que os lo enseña, os repetirá la historia de cada uno, su fundacion, sus vicisitudes y progresos; este personaje, digno de la pluma de *Scribe*, es un tipo orijinal de Paris, es Paris mismo, que os habla, que os enseña sus teseros, como una coqueta que gusta de ostentar sus perfecciones; es la clave de aquella cifra, la luz de aquella linterna, el maese Pedro de aquel retablo.

No lejos de él viene a ofrecerse a vuestras órdenes el cochero del hotel, que os brinda con su cabriolé a *dos francos por hora*; ese os hace aprovechar los mo-

mentos, y en caso necesario os sirve tambien de *cicerone*; pero su jurisdiccion no se estiende mas allá de las fachadas y de los patios de los edificios. – Luego viene el barbero con su cajita llena de ungüentos y cosméticos para todos los males conocidos; y os afeita y os peina al mismo tiempo, y os perfuma y barniza de piés a cabeza, siempre amenizándolo con las novedades del dia, y envidiando la guitarra y la alegría de los *Fígaros* españoles. – Despues se acerca con mil cortesías y muecas la planchadora de la casa, con su pañolito graciosamente prendido en la cabeza y su delantal, su zapatito ajustado, y sus sortijas de *souvenir*.—Luego entran las fantásticas tarjetas de *adresses* (señas) de los sombrereros, peluqueros, casas de baños, restauradores, y gabinetes de lectura de todo el cuartel. Y por último teneis que sufrir la inevitable visita del sastre del hotel, el mas cansado de todos aquellos solícitos servidores, el cual abrirá vuestros baules, los reconocerá de arriba abajo, y mirará vuestros trajes con una sonrisa compasiva; despues, dirijiéndose a vos con un aire solemne, esclamará:

— «Monsieur, mucho me aflije el tener que decíroslo, pero vuestro guardaropa necesita *incesantemente* una rehabilitacion completa, *con arreglo a los adelantamientos del siglo.* »

— Y tú, pobre viajero, que habias pensado sorprender aquel práctico con la manifestacion de tu elegancia y buen gusto, tienes que sufrir semejante sarcasmo, y ponerte en sus manos a riesgo de pasar por un antípoda.

Ya, en fin, se acabaron las visitas y el tocador; ya he reconocido detenidamente el plano de Paris para medir el grado de latitud a que me encuentro; ya he metido en mi bolsillo *la verdadera guia parisien*; por hoi no quiero ni cabriolés, ni cicerones, ni amigo conductor; quiero saborear por mí solo mis primeras impresiones; vamos, pues, a la calle. ¿Pero adónde dirijiré mis pasos, ¿iré a ver los edificios públicos, las Tullerías, el Louvre, la Bolsa, la Magdalena, la Columna o el Panteon? ¿preferiré los paseos? ¿recorreré los *Boulevarts* o el *Palais royal*? Sigamos, pues, sin dirijirle, el impulso de mis piés y entreguémonos al numen tutelar que sin duda debe haber para los recien llegados a esa Babilonia.

¿Has reparado acaso, benévolo lector, en uno de tus chiquillos (si los tienes) metido en dias de feria en una tienda de tiroleses, en el momento en que tú deseoso de proporcionarle aquella dicha, le dices que escoja entre todos los objetos que el esperimentado vendedor le muestra profusamente? Pues hé aquí la *vera efigies* de un forastero en su primer salida por las curiosas calles de aquella capital. Mírale correr precipitado de un objeto a otro, sin entenderlos ni clasificarlos en su memoria; pararse de pronto y volver a desandar lo andado; y que tan pronto llama su atencion un magnífico templo, como la muestra de un peluquero; el prolongado faeton *omnibus*, como el brillante aparato dijestible de una pastelería; las caricaturas de Boily que cubren los cristales de una estampería, como la elegante y agraciada *limonadiera* que rejonta el mostrador de un café; que se rie en la cara a su sansimoniano con su traje fantástico, y por poco se ve atropellado por un cabriolé por volver a mirar el gracioso talle de una *grisetq* que va a llevar los vestidos a las parroquianas; que luego sube en un *omnibus* para dejarse conducir por ocho cuartos sin saber adonde, y en seguida se apea y

vuelve atras, y entra en una tienda de guantes, y compra varios pares sin necesidad, por solo tener el gusto de entablar conversacion con las muchachas del almacen; y mas allá se le antoja uua estampa, y luego una sortija, y despues un libro, y mas arriba una caja de música, y mas abajo una máquina para afeitarse sin navajas y sin jabon, o para escribir sin pluma, ni tinta, ni lápiz, ni papel, ni manos, ni cabeza; entre tanto recibe con agrado las innumerables tarjetas que le entregan por las calles con las señas de todos los almacenes y establecimientos públicos; y luego compra en el *Puente nuevo* una cadena *casi de oro* por cinco reales; despues recibe de una vieja un calendario y un paquete de cerillas fosfóricas, a cambio de una limosna vergonzantemente demandada; y al mismo tiempo come sin pararse *des petits patés a deux sous* o bebe una taza de caldo en algun establecimiento a la holandesa, y luego se detiene un momento a recorrer los periódicos en un gabinete de lectura, o para ver las habilidades de los monos *Mma. Angot y Mr. Leprice*, y despues sube a las torres de *Nuestra Señora*, y desde alli quiere bajar a las *Catacumbas*, y saliendo del bullicio de la Bolsa, corre al silencio sepulcral del jardin del padre *Lachaise*.

Pero hai entre todos estos un momento verdaderamente solemne y magnífico, y este es aquel en que por primera vez se introduce el forastero en las brillantes galerías del *Palais Royal*. He visto bastante, y deseoso de aprovechar las gratas sensaciones que proporcionan los objetos nuevos y estraordinarios, he solido verlos con el entusiasmo de una imajinacion apasionada; pero ninguno, lo confieso con franqueza, me ha causado impresion tan profunda y agradable como el interior del gran jardin del Palacio Real. Si he de decir la verdad, hasta Paris no habia encontrado aquella Francia que yo me figuraba: pues bien; ahora debo añadir que solo en el Palacio Real encontraba el Paris objeto de los ensueños de mi fantasia.

Los que han tenido el placer de contemplar aquel bullicioso recinto, no encontrarán exajerada esta observacion; a los que no, toda descripcion seria inútil y cansada. Baste decirles que en él viene a reunirse todo lo que una poblacion numerosa, activa y brillante puede ofrecer de interés en las artes, la industria y el comercio; todos los halagos y comodidades de la existencia, todos los encantos de la imajinacion y de los sentidos; infinidad de almacenes magníficos, surtidos de todos los objetos de lujo y de necesidad; teatros, cafés, fondas, gabinetes de lectura, y espectáculos de todos jéneros; y animado todo ello por una concurrencia tan numerosa, por una brillantez de decoracion esterior tal, que es para constituir en un verdadero encanto al que por primera vez llega a contemplar tan animado cuadro.

Yo me hallaba precisamente en este estado; pero mi estómago, mas positivo aun que mi cabeza, vino a sacarme bruscamente de él, recordándome caritativamente que hacia seis horas que le habia abandonado. Llegaba en aquel momento delante de la puerta del famoso restaurador *Very*, y en ninguna ocasion podia avisarme tan a tiempo. Tuve, pues, que transijir con su justa exijencia y entrar en aquella suculenta mansion.

Tambien se llevan otro chasco los que sin haber visitado a Paris calculen de

los llamados *restauradores* en aquella capital por los conocidos por fondistas en la nuestra; los que crean que hai algo de semejante entre los Dos amigos y *Rocher de cancale*, entre la Fontana y *Les freres provenceaux*. Se ha dicho no sin razon que para saber lo que es el placer de una buena mesa es menester ir a Paris; con efecto, el mas delicado gastrónomo no tiene alli la menor queja; y para edificacion de los madrileños, que nos solemos contentar con nuestra olla y nuestros míseros guisados, convendria reimprimir cualquiera de los abultados volúmenes (no listas) de artículos, que las mesas parisienses ofrecen al feliz consumidor. De aqui la boga de tales establecimientos, que no solamente estan en posesion de servir a todos los forasteros, sino a una gran parte de la poblacion fija de aquella capital. Su elegancia por otro lado, la limpieza y esmero en el servicio, la profusion de vajillas y cristaleria, la magnífica iluminacion de gas, la combinada escala de precios desde los mas ínfimos hasta los mas inauditos, el placer sensual que dejan adivinar los animados rostros de toda la concurrencia, son cosas tales que en vano pretenderia yo aquí ni tan solo delinearlas.

La casualidad me hizo encontrarme allí con mi compañero de viaje, de quien me habia separado aquella mañana a mi llegada a Paris; y como práctico de otras veces en aquella capital, gustó hacer un examen de mis primeros pasos en aquel pueblo, dándome de camino algunos avisos que no me fueron perdidos para en adelante. Acabada la comida, y teniendo a la vista el *Entr'acte* y el *Vert-vert*, periódicos de *teatros*, estuvimos largo tiempo ocupados en resolver la cuestion de a cual dariamos la preferencia. ¡Ai que no era nada! Uno, dos, tres, cinco, diez, veinte, treinta y cuatro espectáculos teniamos donde escojer. ¿Y qué espectáculos? *Roberto el Diablo*, *I Puritani*, *El misántropo*, *Ifigenia*, *Lucrecia Borgia*, *El arte de conspirar*, *La torre de Nesle*, *El diablo en Sevilla*, *El hombre del siglo*.... Meyerbeer, Bellini, Moliere, Racini, Victor Hugo, Scribe, Dumas, Gomis, todos ofreciéndonos a porfia el fruto de sus talentos, y por bocas tales como las de *Mlles. Mars*, *Fay*, *Mrs. Ligier*, *Joanny*, *Samson*, *Rubini*, *Tamburini*, *Ybanoof*, *La Grisi*, *y la Unguer*.... y esto sin contar otro sin número de diversiones mas *vergonzantes*, bailes públicos, campestres y cortesanos, altos y bajos, descarados y con careta, *Campos eliseos*, *Idalia*, *Tivoli*, *Vauxall*, *Frascati*, *el Prado y el Retiro*; conciertos franceses, e ingleses, rusos, italianos, alemanes, y de indios del Malabar; figuras representantes, fantasmagoría, sombras chinescas, pájaros militares, pulgas maravillosas, perros sapientes, arlequines, monos y volatineros...

Pero era el primer dia que yo estaba en Paris y me hallaba en el Palacio Real: creí, pues, de mi deber no salir de él y tributar aquella noche al primer teatro francés, al teatro de Racine y de Corneille. Reuníase casualmente en él una circunstancia favorable. La célebre actriz Mars, viniendo de las provincias, salia a ejecutar el papel de *Celimene* en el Misántropo... Confieso francamente que al contemplar su admirable intelijencia y el decoro escénico de aquel templo digno de las musas, no pude menos de volver a lanzar un suspiro que por fuerza debió de oirse en las calles del Príncipe y de la Cruz de Madrid.

Pero aun no quise concluir aqui las gratas sensaciones de aquel dia; comuniquéle

a mi compañero el pensamiento, y marchamos ambos con direccion a la *Academia real de música*, donde a la sazou se hallaban cantando el *Roberto el Diablo*, de Mayerbeer.

Al llegar aqui, al escuchar aquellos filosóficos y sublimes acentos, en el primer teatro del mundo, y realzados por una admirable ejecucion y por un aparato de que solo viéndolo puede formarse idea, al ver el májico vuelo de *Mlle. Tallioni*, y demas comparsa aérea, al considerar que despues de esto todo me habia de parecer inferior, y sacarme del éxtasis dulce en que me hallaba, tomé, acabada la ópera el camino de mi posada, sin hacer alto en el bullicio de los coches, sin hacer parada por aquella noche en el café de *Tortoni* ni en el *inglés*, sin apenas reparar en la larga procesion de *seducciones emplumadas* que a tales horas detienen cariñosamente al forastero, sin acordarme, en fin de que estaba en Paris ni de mis proyectos para el síguiente dia, reconcentrándose completamente en el actual, hasta que me quedé dormido en aquel dichoso término que media entre la grata posesion de lo presente y las esperanzas aun mas gratas del porvenir.

(22 de octubre de 1833.)

LA VUELTA DE PARIS.

I.

No hace tantos años que un honrado vecino de Madrid, tranquilo y satisfecho bajo el puro cielo que vió al nacer, dejaba correr sus dias sin tomarse gran pena por lo que pudiera existir mas allá del puente de Toledo o de la venta del Espíritu Santo. Finjia ignorar pacíficamente que hubiese otras montañas que las del Guadarrama, y estas creíalas azules, contemplándolas diariamente desde la plaza de palacio o desde el campo del Moro. Alguna rara vez, es cierto, llegaba a hacer escepcion a tan monótona existencia, concurriendo a la funcion patronal de Vallecas o a los novillos de Pinto; pero este suceso formaba época en su vida, y al volver a su casa en la desvencijada y bulliciosa calesa, creíase otro nuevo Anacharsis, tendia el paño, y comenzaba la relacion pintoresca de su viaje; decia entre otras cosas que el cerro de los Anjeles mirado de cerca tiene diez leguas de altura, o se estendia en pintar las costumbres y el sistema agrícola de Villaverde o de Getafe; semejante en esto a un viajero frances (lijero como todos los franceses, y ponderativo como todos los viajeros), que estampaba en su diario: «*Sábado 24 pasamos a cinco leguas N. de las Canarias, cuyos habitantes me han parecido en estremo amables y hospitalarios.*»

Si por un esceso raro de curiosidad, o porque su empleo le uniese a la corte, llegaba nuestro convecino a hacer alguna espedicion a los sitios reales, ¿quién le podia sufrir entonces? Cristobal Colon y el capitan Cook eran chiquillos de escuela en comparacion de nuestro viajero. Por último, si el recobro de su salud, la posesion de alguna herencia u otro negocio de no menos importancia le obligaban a apartarse cuarenta o cincuenta leguas de la capital, era cosa de meditarlo tres años antes, arreglar su conciencia y negocios temporales, y dejar bien condimentado su testamento.

Todo esto sucedia en la época de que vamos tratando; pero ahora es otra cosa. *Tempora mutantur et nos mutamur in illis.* Las revoluciones, las invasiones, las emigraciones, que hace veinte y siete años forman el entretenido drama romántico de nuestra historia, han ocasionado un trasiego, un va-y-ven tan no interrumpido, que, bendito Dios, nada falta a nuestra jeneracion actual para parecer sombras chinescas o rápidas ilusiones fantasmagóricas. —Señores, atencion...; míren los ustedes bien...; ¿los ven ustedes...? pues ya no los ven. Hoi en el prado, mañana en el *Boulevart*; pasado en *Hydepark*; amanecen en Madrid, comen en Paris y van a hacer noche en Lóndres.

Para los madrileños, en especial, la visita a Paris es tan necesaria como para los musulmanes la peregrinacion a Meca, o para los ingleses el *viaje grande*. No parece sino que sin ir allá no puede ningun hombre ser hombre de importancia, y al oir las apasionadas relaciones de los que vienen, es cosa de rechinar los dientes los que no llegan a ir. Este aliciente, el deseo de comprar el derecho de hacerse oir y envidiar por los demas, y la consideracion que de ello resulta, es lo que impele aquel movimiento jeneral, y para satisfacerle busca cada cual de por sí los medios que están a su alcance.

Hai quien destina a los espectáculos y fondas de Paris las rentas heredadas de sus abuelos, los señoríos gallegos y los cortijos de Andalucía; otros van a buscar la instruccion en los colejios franceses; cuáles dedican al comercio con aquella nacion sus capitales; cuáles se atraen una persecucion cualquiera para tener una ocasion de emigrar; unos buscan una comision que les indemnice de los gastos del viaje; otros se dan por satisfechos con venir cargados de dramas venenosos, farsas, follas, entremeses y demas ensalada italiana que traia en sus alforjas el estudianton gallego de Moratin; hai quien regresa con su maleta llena de proyectos, capaces de hacer en veinte y cuatro horas la felicidad de la patria; y los hai que vuelven contentos con haber aprendido la última combinacion del lazo de la corbata. Usos y costumbres, *maneras* y lenguaje, leyes y literatura, muebles y trajes, corbatines y almohadillas, todo nos viene de Paris. Solo la moneda se nos va.

A vista, pues, de aquel jeneral movimiento, de aquel impulso involuntario, ¿quién ha de permanecer quietista? ¿quién ha de resistir al deseo de adquirir a costa de algun sacrificio el derecho de fastidiar a los demas? No será por lo menos aquel que como yo, a la calidad de *Curioso* reune la circunstancia de *Parlante*. Hé aquí una razon bastante para determinarme, y ya que mi insignificancia política no me obligaba a ninguna emigracion, y puesto que ni comision ni objeto mercantil me llamasen tampoco a los paises estranjeros, quise visitarlos solo por gusto o comodidad, a espensas propias y cargando solo por mi respeto, bastándome por resultado la única satisfaccion de poder atajar de vez en cuando las relaciones de mas de cuatro exajerados con esta sencilla espresion: «*Lo he visto tambien.*»

Ocasion era esta para abusar tal vez de la paciencia de mis lectores haciendo una pomposa descripcion de viaje, amenizada con episodios mas o menos animados. Hablaria de las diferencias en leyes y costumbres; prohijaria las relaciones de viajeros poco escrupulosos, describiendo con igual lijereza que ellos el movimiento y la vida de Londres y Paris, su comercio e industria, espectáculos y di-

versiones, el puerto de Liverpool, las fábricas de Manchester y Birmingham; describiria los caminos de hierro y las máquinas de vapor; presentaria datos del comercio de Burdeos, de Lion y de Marsella; enumeraria la escuadra francesa en Tolon y la inglesa en Portsmouth, y me daria, en fin, importancia suma, sin mas trabajo que el de trasladar algunos de los innumerables itinerarios, guias y cartas de ruta que comprara al paso, prestándoles cierto saborete de orijinalidad con tal o cual anecdotilla personal, ya robada, ya autógrafa, que me hiciera aparecer cual otro *Sterne* sentimental a los ojos de mis lectores. De este modo, pues, facil me hubiera sido llenar tres o cuatro tomos que pudieran alternar airosamente entre los innumerables de los viajeros estranjeros, y dar de sus paises una idea tan estravagante por lo menos, como la que hacen formar del nuestro en sus relaciones y curiosos romances.

Los españoles, sin embargo, pecamos en el estremo opuesto, y bien que nos lisonjee el hablar entre amigos de lo que hemos visto, casi nunca nos determinamos a escribirlo; y hé aquí la razon porque carecemos de descripciones orijinales, no digamos del imperio del Japon ni de las islas del Polo, sino aun de los paises mas conocidos de Europa, y aun de nuestra misma España. El miedo de no hacerlo con perfeccion, nos impide el hacerlo de ninguna manera.

De nada de esto se trata, pues convencido de mi insuficiencia debo mas que ningun otro seguir en este punto la moda del pais; empero, entre relacionar minuciosamente el viaje o hablar solo de la vuelta, entre desenvolver el argumento del drama o decir solo su desenlace, hai por lo menos tanta distancia como del Humboldt o Lamartine a mi persona, como del diccionario de Miñano a la guia de caminos, como de un *infolio* a un folletin de diario. Y es para solo este objeto para el que reclamo hoi la benévola atencion de mis lectores.

La dilijencia francesa que viene de Perpiñan se cambia en Figueras por la catalana, que espera alli para conducir los viajeros a Barcelona. Es un momento de verdadera sensacion el de este cambio, y no es dificil leer en los semblantes los distintos afectos que promueven en los circunstantes de ambas naciones la esperanza de la patria o el desconsuelo de perderla de vista. El cuadro no puede ser mas animado y caprichoso. Los conductores franceses y zagales españoles, en sus trajes respectivos, forman un interesante contraste, y renunciando a sus respectivas lenguas, se entienden en catalan, que participa de ambas.

Pero ya los pesados caballos franceses y las engalanadas mulas españolas se hallan enganchados a los carruajes respectivos; los caminantes se apresuran en torno de ellos, los mayorales chasquean sus látigos, y comienzan el confuso movimiento y las rápidas interpelaciones de costumbre:

«Conducteur, prenez garde a ma malle.» — «Muchacho, esa sombrerera.» — «A Deu, noya, a la turnata.» — «Mon porte-manteau.» — «¿Combien d'ici a la frontiere?» — Las onse horas.» — «Bon voyage» — «Messieurs, en voiture.» — Señores, a la dilijencia.» — «Iiiiiif, a Perpiñan. — «A Barselona: zagaaa-la.»

II.

Pocos dias recuerdo tan gratos en mi vida como los que mediaron para llegar desde la frontera a Madrid; y el placer que me resultaba de volver a España despues de un año de ausencia voluntaria, grata y divertida, me hacia calcular el imponderable que debian esperimentar aquellos que tras largos años de proscripcion volvian a ver abiertas las puertas de su patria.

Uno de los sujetos compañeros de viaje se hallaba en este caso, y a cada sitio, a cada montaña, a cada pueblo que reconocia, asomaban las lágrimas a sus ojos, dándonos a conocer lo interesante de su situacion. Venia acompañado de una linda jóven hija suya, que aunque nacida en España, habia pasado la mayor parte de su vida en un colejio de Paris. El resto de la dilijencia estaba tan armónicamente organizado, que un poeta clásico hubiera necesitado mui poco esfuerzo para formar una comedia de costumbres, a la que no hubiera faltado el interes y sobre todo el *movimiento*. Teníamos alli, ademas de los ya dichos interlocutores, un fabricante de Lyon, un elegante madrileño, un viajero inglés, una modista de Paris, un comerciante y un literato españoles, y un peluquero francés. Calcúlese ahora si con tan buena compañía podian hacerse largas las horas del viaje.

Fuertes tentaciones se me pasan de estampar aqui punto por coma muchos de los diálogos filosóficos, políticos, económicos, mercantiles, literarios, amorosos y hasta ridículos, que mediaron en tan larga travesía; pero fuerza será pasarlos en silencio, atendidos los estrechos límites de este artículo, y el deseo de no abusar de la paciencia del auditorio. Baste decir que de todos ellos un observador filósofo podia deducir la exajeracion o la falsedad de las ideas que los vagos rumores, las estravagantes lecturas y la absoluta ignorancia de nuestras costumbres habian hecho concebir de nuestro pais a los estranjeros, y aun a los españoles que faltaban de él algunos años.

Acaloradas las imajinaciones por el espectáculo que acababan de ver en otras partes, y sin tomar en cuenta las diversas circunstancias de clima, leyes, usos y costumbres, bullian sus cabezas en multitud de planes mas o menos importantes que pensaban realizar con notable asombro de nuestros compatriotas; y tal es la

fuerza de aquella manía, de aquel epidémico entusiasmo, que yo mismo, que en los meses de mi ausencia habia apenas podido saludar aquellas invenciones, creíalas todas oportunas, todas realizables, y me admiraba de que no estuviesen ya puestas en ejecucion.

El tema, pues, favorito de nuestros discursos, era el declamar contra la inercia de los españoles, lamentarnos del abandono de sus campos, la soledad de sus caminos, la escasez de sus fábricas y talleres: el respetable anciano que regresaba a su patria, atribuíalo todo a la empleo-manía, esta funesta plaga de nuestra sociedad que alejando de las ciencias y la industria las cabezas y brazos útiles, aumenta con ruina de los pueblos las clases improductivas y convierte en mecánicas ruedas a los que pudieran ser ajentes de la gran máquina social.

—Vea usted aquí, esclamaba el comerciante, unos campos estériles y yermos, sin duda por ignorar que a beneficio de los pozos artesianos, de las máquinas y otros adelantos agrícolas, pudieran beneficiarse en términos de doblar la produccion en pocos años. ¡Oh! si mis empresas llegan a tener ejecucion, yo cambiaré la faz de este pais.

—Sin embargo, replicaba yo, no es la falta de produccion la que causa nuestra ruina, y observe usted sino al mayoral que acaba de pagar ocho reales por una fanega de cebada, seis por un cántaro de vino, y así lo demas.

—Todo eso consiste, replicaba el inglés, en la escasez de comunicaciones, y el estado de los caminos, que impiden la rápida circulacion: nosotros hemos vivificado nuestras islas con la multiplicacion de canales y caminos de hierro, y el este modelo, que pienso presentar en Madrid, llega a tener efecto...

Al este tiempo el mayoral abrió la portezuela del coche para rogarnos que nos apeásemos, a fin de pasar una de las elevadas montañas que dividen la Cataluña del Aragon.

—Vea usted, le dije yo al inglés, algo que podria oponerse en nuestra España a la realizacion de muchos proyectos.

—Los adelantos de la industria, decia majistralmente el fabricante lionés, son muy escasos en nuestro pais, y solo el estímulo de los estranjeros podrá hacerlos progresar. Convencido de ello, traigo a él no solo jéneros desconocidos y apreciables, sino tambien la idea de establecer una manufactura a la manera de las nuestras, que llegue a libraros en parte del crecido tributo que pagais a la industria estranjera.

—Desengáñense ustedes, señores, no es la absoluta ignorancia de esos grandes medios que acabamos de ver en otros paises la que nos hace emplearlos tan lentamente en el nuestro; es la reunion de circunstancias que nos rodea; es la influencia del clima, que hace impracticables en muchas de nuestras provincias esos descubrimientos; es la configuracion de nuestro suelo, que opone mayores obstáculos a la realizacion de ellos; es el poder de las leyes y la influencia de las costumbres; es, en fin, la falta de numerario y la escasez de poblacion, atendido el vasto territorio que habitamos. Por fortuna estas verdades son ya triviales de puro conocidas, y los españoles sensatos (que los hai) sin desentenderse de ellas, procuran marchar con los adelantos materiales del siglo y

de lo cual todos ustedes tendrán ocasion de convencerse, haciendo justicia a la constancia y el tesen con que saben vencer muchas dificultades.

—¡Ah! el buen español (esclamaban los estranjeros), cómo sale a la defensa de la patria.

Otras veces sin remontar tanto el discurso, y dejando la iniciativa en él al interlocutor, tratábamos del animado movimiento de la imprenta en los demas paises, nos entusiasmábamos con él al recordar el sin número de publicaciones útiles que diariamente ven la luz en ellos; recordábamos con placer los teatros de Paris y de Lóndres, y luego comparábamos con aquel brillante cuadro el mezquino que las letras y las bellas artes presentan hoi en nuestro suelo, y escitábamos a nuestro contrincante a emprender publicaciones útiles y agradables, que al paso que asegurasen su fama y su fortuna, sirviesen al pais de instruccion y de recreo.

Por último, cuando cansados de estas discusiones llegábamos a ocuparnos de la accion del momento y de las pequeñas intriguillas del viaje, no nos faltaba materia con el elegante rigorista de la calle de la Montera y la linda colejialita de Paris; con el peluquero *Alcibiades* y madama *Tal Bobiné*.

Es cosa sabida que el amor en viaje hace siempre su camino en posta, y tal debió pensar el Narciso madrileño para entablar su conquista en esta ocasion. Por supuesto no perdia el tiempo como nosotros en discusiones áridas y encrespadas y cuando mas terciaba en ellas siempre que rozaban tanto cuanto con algun punto de modas o de espectáculos. Se hablaba de industria, nos enseñaba la hebilla de su chaleco o las cadenas de su reloj; se trataba de literatura, nos recitaba un trozo del *Petit Courrier* o del *Almanak des dames*; pero todo con un aire de satisfaccion y de suficiencia que no siempre causaba el mejor efecto en los circunstantes. Mas él, poco cuidadose del resto de ellos, prestaba toda su atencion, y dirijia casi siempre su discurso a la agraciada niña, a quien por estos medios pretendia bautivar. Sin embargo, sea que ella, poseyendo el talento y la instruccion necesarios para reconocer aquella fatuidad, la apreciase en su justo valor, sea por otro cualquier motivo, no parecia tan interesada como el galan quisiera, y sobre todo, tuve ocasion de observar repetidas veces que cuando este por una unicion, por desgracia harto frecuente, se permitia con ella alguna intencion o libertad en las palabras, la niña tomaba el aspecto mas severo, y le dirijia unas contestaciones solemnes y sentidas.

En cuanto al peluquero y la modista, su posicion era mas armónica. Exactos conocedores de los usos y las costumbres respectivos, hablando un mismo lenguaje, y colocados en igual categoria, no era dificil que mui pronto llegaran a entenderse, y lo llegaron tanto, que hubo momentos en que ya no les entendiamos los demas.

Con tan bellas disposiciones arribamos al fin a la capital. Separámonos en el patio de la diligencia tan cordialmente como nos habiamos reunido, y cada cual trató de buscar su acomodo. Los estranjeros pedian un *facre* que les condujese. No les habia allí a mano. Los españoles se contentaban con un cuarto; tampoco se presentaba ninguno. Aquellos preguntaban por un *hotel*. — «Aquí no hai hoteles.» — Estos demandaban un *cicerone* que les enseñase las calles. — Tampoco

—«Las cosas de España,» decia el comerciante.—«Esta jente no quiere moneda,» replicaba el ingles.—«*Ah le vilain pays*,» concluian en coro el peluquero y la modista.

Ocupado en saborear despues de un ajitado viaje la tranquilidad y la dulzura de la vida doméstica, y en visitar mis amigos y relaciones, tardé algunos meses en volver a comunicar con los compañeros de diligencia, a quienes suponia lejítimamente ocupados en desenvolver sus grandes planes y aclimatar sus utopias. Hasta un dia en que la casualidad me hizo acercarme a cierta antesala de un ministerio, y donde menos pudiera pensarlo acerté a encontrar al viejecito declamador contra los empleos. Confieso mi malicia; pero por mas que pretendió ocultárseme no lo pudo conseguir, y hasta tuve la indiscrecion de recordarle sus palabras del coche.

«Qué quiere usted, amigo, a mi edad ya no se puede aprender otro oficio: ¡si volviera a nacer!»

—Probablemente haria usted lo mismo: créame usted, le repliqué, si nuestro compañero el ingles conociese bien nuestro pais no hablaria de caminos de hierro, o los aplicaria solo al camino de la tesorería, que es el único frecuentado en España.—

No le hubiera yo citado tan pronto como acertó a entrar casualmente en la antesala, tan largo como un ciprés, trayendo bajo el brazo un rollo de papel aun mas largo que él mismo. Venia acompañado del fabricante lionés, y ambos tenian que hablar a S. E.; aquel para recojer la primera parte de su proyecto que hacia seis meses que habia entregado, y dejar la segunda, pues cansado de esperar, hacia ánimo de recojerla al regreso de un viaje a América: el fabricante venia a solicitar el despacho de cierta causa de contrabando por jéneros que yo mismo habia visto pagar derechos, y segun me dijo, de todos sus planes se daba por contento con que le dejasen libre por volverse a su pais.

Ellos tambien me enteraron del resultado de los otros compañeros de viaje. El comerciante empresista, despues de tentar mil proyectos mercantiles e industriales, despues de haber querido establecer *teatros*, *ómnibus*, *casas de baños*, *divanes*, *hotéles* y demas, se habia convencido de la innecesidad en nuestra España de muchas cosas necesarias en todas partes, acabando por poner un almacen de arroz de Valencia y garbanzos del Barco de Avila. Tambien me dijeron que el literato habiendo verificado varias de las publicaciones que nos anunció, solo habia podido obtener veinte suscripciones, entre las que nos contábamos los compañeros de viaje. Solo el peluquero y la modista habian progresado considerablemente: el uno con su relumbrante salon, y la otra con su fantástico taller; aquel descargando las cabezas, y esta adornándolas a la moda.

Por lo que hace al elegante, tuve ocasion de verle varias veces en teatros y diversiones: al principio me aseguraba que no podia sufrir la vida de Madrid; pero insensiblemente le vi amoldarse a ella; en términos que el lunes pasado le hallé en los toros vestido de chulo, y hasta observé que desde su palco le saludaba con mucho gracejo y ajitado movimiento de abánico la severa ex-colejialita parisien, ya de mantilla blanca y con su rosa a la izquierda, mientras por la derecha escuchaba con amabilidad los tiernos arrullos de un oficial de la Guardia.

Réstame solo dar cuenta de mi persona, pues segun ya creo haberlo indicado, yo tambien traia en la cabeza mucho ruido de proyectos mercantiles y literarios. Habia ademas formado mi plan de vida diametralmente opuesto al que seguia antes de mi viaje; creia haber llegado a aprender en él lo que valen el tiempo y el trabajo, y me proponia aprovecharme de uno y otro; pero... ¡qué sé yo porqué!... asi que me vi en Madrid, empecé a levantarme a las siete, luego a las ocho, despues a las nueve; empecé a salir a las doce; a sentarme en las librerías a la una, y en las tiendas de la calle de la Montera a las dos; a comer la inevitable olla a las tres; a echar la siesta a las cuatro, y levantarme a las seis; a ir al Prado a las siete, y al café o al teatro a las ocho, a tertulia a las once, a cenar a las doce y acostarme a la una, y asi un dia tras otro se me ha ido el tiempo sin realizar mis proyectos.

Verdad es que los mercantiles no me ofrecian grandes ventajas, y renuncié a ellos con todo conocimiento, limitándome (siempre por espíritu imitativo de lo que habia visto en otros paises) a emplear en fondos del Estado parte de mi capital, con lo que aseguraba una renta de 5 por 100 al año: por cierto que en el valor *efectivo* de aquel he perdido en el mismo tiempo un 17; pero el *nominal* siempre es el mismo, y esto no deja de ser algun consuelo.

En cuanto a proyectos literarios me costó mas trabajo el haber de renunciar a ellos; pero me hice cargo de que si en las circunstancias en que nos hallamos escribia de historia, o de viajes, o de literatura, perderia mi latin y mi dinero, y es cosa fuerte esto de escribir para el impresor y los ratones. Los periódicos políticos eran un recurso socorrido; pero en primer lugar yo soi mui impolítico, quiero decir, que no tengo grandes conocimientos en esta materia; ignoro la nomenclatura corriente; y sin poder hablar de *escision* y *colisiones* y *garantías* y *fusion*, y *oposicion legal*, y *resistencia*, y comentar decretos, hacer alocuciones, y proponer medidas, y sistemas, ¿quién me hubiera entendido? Pero es el caso que yo queria escribir y... ¿qué remedio...? me decidí a escribir folletines para el Diario (1). Con esto por lo ménos lograré ser leido antes de que un despiadado tendero me convierta en envoltorio de manteca de Flandes o de queso de Rochefort, y si de este modo paso a la posteridad no será por lo menos sin algo de sustancia.

(Abril de 1835.)

---

(1) Alude a que este artículo y algun otro de los de este tomo los publicó el autor en el nuevo Diario de Madrid.

EL DIARIO DE MADRID.

I.

Por real privilejio firmado en el sitio de Buen-Retiro por el rei don Fernando VI en 17 de enero de 1758 se concedió permiso a don Manuel Ruiz de Urive y Compañía para publicar en esta corte un *Diario curioso, erudito, comercial y económico*. Dicho Urive dió principio a su publicacion en 1.º de febrero del mismo año, dándole la forma de medio pliego español, y componiéndole de discursos eruditos, y una segunda parte dedicada a las noticias comerciales de ventas, alquileres etc., y hé aquí el principio del Diario de Madrid, de cuyas primeras y mezquinas bases se ha ido apartando tan lentamente, a pesar del trascurso del tiempo, y de los adelantos de la perfeccion social.

Desde luego llamó mucho la atencion del público por la importancia y utilidad de su objeto, y el gobierno por su parte no dejó de sacar partido de su publicacion, haciendo insertar en él aquellas noticias y advertencias que juzgaba oportunas. Entre otras, y como muestra de la época, citarémos únicamente la disposicion del juez de imprentas, que al mes de la publicacion, y con fecha de 9 de marzo del mismo año de 1758, dispuso que la primera pájina del Diario la ocupase la vida del santo del dia; y asi se empezó a verificar desde el siguiente 10 de marzo, con notable entretenimiento sin duda y edificacion de los lectores. Sin embargo, no debieron ser estos tan completos, cuando vemos que esta piadosa costumbre no se observó sino el resto de aquel año, dejando de poner dicho capítulo en 1.º de enero del siguiente de 1759.

Desde entonces empezó a insertar en su primera parte discursos eruditos y científicos sobre historia, artes, jeografía, viajes, astronomía y otras ciencias,

que si bien no decian nada nuevo, ni eran otra cosa que copias miserables de obras conocidas, no dejaban de tener un objeto laudable. Por este tiempo fué cuando apoderándose el editor de la Historia jeneral de los viajes, tuvo la entretenida ocurrencia de ir copiando en un Diario de medio pliego algunos tomos de ella, lo cual no deja de ser una prueba mas de la candidez de aquella época bienaventurada. Sin embargo, sea que el público no correspondiese con su gratitud á aquel torrente de ilustracion, sea por cualquiera otra causa, es lo cierto que el Diario por entonces no llevó una marcha tan firme que no hubiéra de sufrir sus intercadencias, y así le vemos eclipsarse de vez en cuando, y dejar de salir, por ejemplo, todo el año de 1775, volviendo a aparecer en 1.º de enero de 1776, tornando a suspenderse en 1.º de julio de dicho año y durante todo el de 1777, y cesando, en fin, de todo punto en 31 de diciembre de 1781.

Apagóse por fin aquella luminosa antorcha matritense; y puesto que seamos historiadores de ella, no nos atreveremos a asegurar si el público de la capital la olvidó pronto, ó si bien una vez conocida su utilidad, se condolió de su desaparicion; pero hablando con la buena fé que nos caracteriza, como que nos inclinamos a creer esto último, y sin duda hubo de pensar así el estranjero don Santiago Thewin, que considerando el partido que podia sacarse de esta publicacion, solicitó y obtuvo el permiso para continuarla, y en su consecuencia empezó a salir a luz el *Diario curioso, erudito y comercial*, en 1.º de julio de 1786. De esta época, pues, data la verdadera existencia del Diario de Madrid, y desde luego por su redaccion y por su forma empezó a tener mas analojía con el verdadero objeto de su publicacion.

Un observador que cotejase el primer Diario de Urive con el de Thewin por las materias contenidas en la primera parte, no dejaria de reconocer el progreso que los conocimientos y el gusto iban adquiriendo, así como tambien el mayor movimiento mercantil e industrial de la capital, por el número de anuncios que ya contenia. Bajo todos conceptos, pues, no se puede negar a don Santiago Thewin la gloria de verdadero fundador de esta empresa, y no queremos desaprovechar la ocasion de hacer observar al público una coincidencia singular que un poeta romántico no hubiera dudado atribuir a *la fuerza del sino*. Consiste, pues, en que habiéndose hecho la verdadera fundacion de este Diario por dicho Thewin, puso su imprenta y redaccion en 1786 en la puerta del Sol, número 7, frente el Real Sacseo, y vemos que despues de medio siglo, por una combinacion casual de circunstancias ha vuelto a situarse en la misma *Puerta del Sol número* 7, si bien no en la misma casa, y sí tres o cuatro puertas mas arriba; pero la nueva numeracion de Madrid ha venido a suplir esta circunstancia, dando el número 7 al actual despacho de este periódico.

Desde dicha época siguió tranquilo el Diario de Madrid en la posesion de entretener al público con anécdotas mas o menos curiosas, secretos raros de artes y oficios, documentos históricos y observaciones sobre todas las cosas observables. El famoso *don Santiago Salamova*, que le dirijió por algun tiempo, amenizaba los mas de los números con acrósticos y ovillejos que debian ser un pasmo en aquella época; *Guerrero y Cacea*, dos famosos injenios de entonces, cuyos

nombres ha denunciado a la posteridad el gran Moratin (1), tercialaba en tan agradable tarea, ya ofreciendo al público tiernas endechas y lastimosas elejías «a la muerte del perro de Filis,» ya retozando en burlescas letrillas de estrambote y pié quebrado sobre las faltas de las mujeres o las obras de los maridos, y finalmente, el inagotable *don Lucas Alemán*, el Nestor de los poetas españoles, cerraba la funcion con sus relaciones y curiosos romances, que han sabido escitar la sonrisa de tres jeneraciones. ¡Felices tiempos en que tan fácil era entretener a un público tranquilo, y de cuyas mas fuertes sensaciones eran dueños Romero y Costillares, la Rita y García Parra! Entonces faltaban a los periodistas los asuntos de que ocuparse, y debia ser tal esta carencia, que vemos en un Diario de 1790 el ofrecimiento que hacia la redaccion de la cantidad de diez reales a todo el que le comunicase un artículo o discurso sobre asuntos eruditos o curiosos, lo cual no deja de deponer en favor de la fecundidad de los redactores ya citados.

Mas, en fin, con un grado de interés mayor o menor, arribó tranquilamente nuestro Diario al famoso siglo XIX, y aun consiguió alcanzar sin interrupcion hasta 10 de mayo de 1808, en que a consecuencia de los notorios sucesos del 2 del mismo mes fué envuelto en el trastorno jeneral y se empezó a publicar con carácter oficial por el gobierno frances en un pliego comun y conteniendo noticias políticas. En estos términos siguió hasta 17 de junio del mismo año, en que se suprimió por aquel gobierno, sustituyéndole por la Gaceta diaria: en 8 de agosto del mismo año, libre ya la capital de franceses, volvió a publicarse el Diario en la antigua forma de medio pliego, si bien conteniendo las noticias políticas que por entonces absorvian la atencion, y habiendo perdido su carácter primitivo; mas aunque despues volvieron los franceses a ocupar la capital, no recibió el Diario nueva alteracion, antes bien siguió tranquilamente durante la época de su dominacion, y pudo en 1814 recibir en sus pájinas las apasionadas coplas del elejíaco *don Diego Rabadan*, las de la musa *sombrerera* de *Abril* y otras de varios injenios de esta corte, de cuyos nombres no queremos acordarnos. Pasó aquella época, vino la de la Constitucion, y nuestro Diario siguió tranquilo en medio de los vaivenes políticos, que le respetaron constantemente.

Sea por prudencia, sea por falta de direccion, fué escaseando los razonamientos y aun las coplas, y limitándose mas bien a la insercion de avisos oficiales y particulares, que daban ya suficiente alimento para llenar el medio pliego, hasta que en la Gaceta de 29 de marzo de 1825 apareció el prospecto del *Diario de Avisos de Madrid*, y se notició al público que S. M. habia concedido el privilejio de su publicacion por diez años a don Pedro Jimenez de Haro, mediante una retribucion anual para los establecimientos de beneficencia. En dicho prospecto se anunciaba al público que el Diario en adelante no contendria ninguna

(1) El diablo dicta sus coplas,
Maldecidas de Minerva,
A don Alvaro Guerrero
Y a don Antonio Cacea.

MORATIN.—ROMANCE.

especie de artículos razonados, sino simplemente los avisos del gobierno y los anuncios de los particulares; y ha sido tan fiel a este propósito, que desafiamos al mas lince a que en dicha serie de los diez años nos encuentre, no digamos un solo artículo *razonado*, pero ni una línea, una palabra sola de razon, por el notorio abandono de los anuncios particulares.

De aqui nacian aquellos chistosos despropósitos que hacian reir diariamente al público ilustrado de esta capital: en unas ocasiones se vendian «*sombreros para niños de paja*; en otras *medias para clérigos de lana, hábitos y cajas para difuntos completos y de medio herraje; zapatos para hombres rusos hechos en Madrid; cama de matrimonio con su cópula correspondiente*,» y otras a este tenor, de que cada uno de los lectores tiene en su memoria suficiente acopio sin necesidad de mas citas de nuestra parte.

Cumplióse en fin aquella década, y en 1.º de abril del presente año de gracia de 1835, a virtud del nuevo permiso concedido a don Tomás Jordan, salió a relucir el *Diario*, doblando de un golpe sus dimensiones; y habrásenos de permitir el que despues de trazar la historia de esta publicacion entretengamos otro dia la paciencia de nuestros lectores sobre el objeto y utilidad de ella y las mejoras que a nuestro corto entender ha recibido.

II.

Hemos hecho en nuestro anterior artículo una historia del orijen y progreso de este periódico: réstanos, pues, en el presente discurrir sobre su estado actual, y las utilidades que promete al vecindario de esta capital. Ellas son tales que le hacen indispensable a toda persona regular residente en Madrid; y si bien limitado al recinto de sus muros, viene a ser dentro de ellos la *órden del dia* para el movimiento económico de la poblacion.

¿Quién es, con efecto, el que no acude a este depósito central a adquirir las noticias respectivas que su curiosidad o su interés le hacen desear? La vieja devota, el hombre timorato buscan el santo del dia o las funciones relijiosas; los que desean saber a punto fijo el grado de calor o de frio que han sentido el dia anterior, no quedan persuadidos de él hasta que lo ven confirmado en el Diario; el militar busca la órden de la plaza, y el paisano la de las autoridades civiles; el tendero o la viuda rica examinan los anuncios de casas, ya *en pública subasta*, ya *a voluntad de sus dueños*, todo con el objeto de encontrar una en que poder colocar su arrinconado monetario que el corto movimiento de nuestra industria les impide emplear mas útilmente, los acreedores se consuelan con ver el señalamiento para las juntas de concurso en que tendrán la facultad de poder nombrar un síndico que parta con el escribano el resto del caudal del deudor; los aficionados a la lotería tienen la satisfaccion de saber que tal o cual premio ha caido en Madrid, y aun el nombre de una patriota conexionada con las víctimas del 2 de mayo; los que tuvieren alhajas que empeñar saben que hai monte de piedad; el público todo conoce a cómo pagan el trigo los tahoneros, y los que fiaron en el crédito del Estado para comprar una renta que le produjese un 5 por 100 al año, teniendo la satisfaccion de saber que en el mismo espacio de tiempo han perdido un 15 en el capital.

Esto en cuanto a la primera parte de *anuncios oficiales*, que si de ahí nos deslizamos en la segunda que comprende los *particulares* de comercio e industria, ¿quién es el ser tan completamente independiente que no tenga que ver con algunas de estas líneas?

Si consideramos al hombre en jeneral, debemos suponer que este hombre ha sido niño y ha necesitado vacunacion, a menos que haya transijido con las viruelas; ha necesitado nodriza (siempre que su madre no haya pertenecido a la plebe); ha sido mancebo, y se ha visto obligado a tener bigotes o patillas, o bien le ha sido preciso quitarse uno y otro, segun la aplicacion que se haya dado al jénero romántico o al clásico, y en cualquiera de los dos casos ha tenido que acudir a los *cosméticos* para hacerlos crecer, o a las navajas para rasurarlas; ha sido dama y ha necesitado ser hermosa, y si la naturaleza ingrata la ha negado una fina tez o un agradable color, se ha visto obligada a adoptar *el agua de madama Ma*, o *la bolsmica de la Mesa que usan las damas de Borbon*: ha sido libertino, y siente los dolores osteocopos o sifilíticos; en este caso nadie mejor que los empíricos pueden sacarle del apuro con bálsamos y rodomites; ha sido gastrónomo, y es probable que le hayan gustado los jamones de Caldelas, o las truchas de Barbo de Avila; ha sido viejo, y ha tenido pelo, ha tenido dientes, y ahora tiene callos, tiene gota, tiene... los anjüentos, los calefactores, los bragueros vienen a su socorro; por último, se ha muerto: no tiene que pasar cuidado, que no ha de faltarle caja y mortaja a precios cómodos y a gusto del consumidor.

Todas estas y otras mas ventajas ofrece la lectura del Diario al hombre considerado en su estado natural; mas si le concretamos al social en que vivimos, hasta hombre por fuerza se ha visto precisado a vestirse segun su clase y debido acudir a los alcances cuyos curiosos inventarios publica diariamente este periódico: si ha obtenido un empleo, puede encontrar a poca costa el uniforme, tal vez de su antecesor, y con él comprar la ciencia infusa que los bordados llevan consigo: si ha de tomar casa o poner tienda, se le presentan alquileres y traspasos de enseres y reputacion; si es aficionado a la literatura, verá por los copiosos anuncios el estado floreciente de la nuestra; si necesita criados que le sirvan, podrá escojerlos en la dilatada escala que media desde los sujetos decentes que se ofrecen a administrarle las fincas o llevarle sus libros, hasta el mozo de mulas que se compromete a cuidárselas, si las tiene; si necesita dinero, encontrará quien se lo preste, siempre que medie el correspondiente interés y una hipoteca bastante a juicio de usureros; mas si por el contrario le sobrase y no supiera en qué emplearlo, podrá escojer cualquiera de las ocasiones que se presentan todos los dias de casas que se reedifican, hipotecándose el piso principal para la construccion del segundo.

Sobre la tercera parte del *Diario*, de cuya oportunidad le felicitamos, se ha hablado bastante, y hasta el nombre de *Agenda* que la designa dió lugar a los chistes de algun periódico. Unos se irritaron porque estaba en *latin*, para otros estuvo en *griego*, y hubo quien sostenia que era una palabra demasiado *francesa*. Nosotros confesamos nuestro pecado: pero tratándose de indicar movimiento *o cosas que han de hacerse*, encontramos algo pobre en este punto nuestro diccionario, sin duda porque acaso sea la moda del pais el no hacer nada, y hé aquí la razon por qué creemos prudente el haber acudido a nuestra madre la lengua de los romanos, entre quienes no debia ser esta palabra vacía de sentido. Esto en cuanto a la cuestion del nombre; por lo que hace a la esencia de aquel artículo diario, nos hace agradecerle el convencimiento de que en nuestra España todo

el mundo es pretendiente o litigante, pues el que quiera moverse en cualquier sentido, ha de acudir a solicitar permiso para ello; el propietario que paga sus contribuciones constantemente, tiene que dar sendos pasos para obtener las cartas de pago; el que presta su dinero, ha de sostener un pleito para cobrarle: y el que adquiere cualquier derecho, le ha de costar *derechos* el conocerle. Esto prescindiendo de las demas noticias curiosas que ofrece dicha *Agenda* sobre correos y diligencias, museos y espectáculos. Este artículo faltaba sin duda a nuestro Diario para hacerle jeneral a toda la poblacion, y puede asegurarse que en las dos primeras capitales de Europa no existe ni puede existir esta comodidad de un depósito central de noticias locales, lo cual es natural, atendida la inmensa poblacion de aquellas ciudades que da suficiente alimento de anuncios a considerable número de periódicos; pero esto, sin embargo, no es tan cómodo para el público como poder encontrarlos reunidos en uno solo.

Concluiremos, en fin, la reseña del actual Diario de Madrid advirtiendo que sobre todas sus ventajas ofrece la mayor en la baratura del precio. En efecto todas aquellas se pueden obtener con poco mas de dos cuartos diarios. ¿Y quién es, repetimos, el que no saca de la lectura del Diario mayor utilidad? ¿Quién el que no pone a usura aquella módica suma? El conocimiento de un bando que liberta de una multa, el de un jénero mas barato, el ahorro de un paseo inútil para acudir a una audiencia, y demas circunstancias que dejamos enumeradas, ¿no valen dos cuartos al dia? Y si se calculan numéricamente todos estos conocimientos, ¿no habrán de tasarse mas que en ocho reales al mes?

Despues de todo lo dicho, solo nos permitiremos una observacion que prueba el adelanto de los tiempos, a saber: que este periódico, que tan limitado principio tuvo, y aun en sus mezquinas bases no podia sostenerse, no solo se basta en el dia a si mismo, aun despues de sus notables mejoras, sino que puede rendir y rinde efectivamente al Estado y con aplicacion a los establecimientos de beneficencia, la crecida suma anual de *ciento veinte mil reales* (1).

(Mayo de 1835).

(1) En la subasta posterior verificada en 4.º de octubre de 1835 a favor de don Ignacio Boix, ha quedado rematado el Diario en la cantidad de 21,600 rs. mensuales, o sea 259,200 al año.

LA PROCESION DEL CORPUS.

I.

1623.

Era el dia 15 de junio del año de 1623, y celebraba en él la Iglesia Católica su fiesta principal: el Santísimo Sacramento. Esta festividad habia sido instituida en la ciudad de Lieja, en Flándes, por los años de 1245, a consecuencia de la revelacion de unas virtuosas mujeres que la confesaron a Roberto su Obispo, y siendo arcediano de aquella iglesia Jacobo Pantaleon, despues Urbano IV, espidió bula en 1272 para su celebracion. Desde entonces se verificó esta solemnemente en toda la cristiandad, y en particular distinguíase siempre en ella por su ostentacion la corte de los reyes católicos, que empleaban sus tesoros en tributar al Señor un culto magnífico haciendo alarde de su relijiosidad y grandeza.

Quisiéramos presentar a nuestros lectores un fiel dibujo de cómo pasaban estas fiestas en lo antiguo; y puesto que nuestras fuerzas sean insuficientes para trasladarles en imajinacion a aquella época, no queremos renunciar al placer de colocar aquí algunas noticias que, revolviendo archivos, hojeando cronicones y apuntando especies sueltas, hemos podido reunir sobre este y otros usos de pasadas épocas.

Fijemos particularmente para ello nuestra atencion en el dicho dia 15 de junio de 1623, en que la corte de Felipe IV, ostentosa y poética, dispuso con mayor lujo que de ordinario la solemne funcion del Señor. Concurria para ello una circunstancia mui notable. Carlos Stuard, príncipe de Gales, hijo primojénito y heredero del rei de la Gran Bretaña (despues Carlos I, que pereció desgraciadamente en un cadalso en 1649), habia llegado a Madrid el 7 de marzo de aquel año, con el intento de entablar su casamiento, que no llegó a tener efecto, con la infanta doña María de España. El rei, los príncipes, el poderoso valido Conde-

duque de Olivares, y toda la corte, en fin, se esmeraban a porfía en obsequiar y halagar a tan distinguido huésped, con ceremonias y festejos que le pudieran dar idea de la grandeza del católico monarca.

Hai un ceromonial antiguo y manuscrito en el archivo de esta heróica Villa que dispone el modo y forma de arreglarse la procesion en la primitiva y parroquial iglesia de Santa María la Real de Almudena. Dicho ceremonial previene que, señalada la hora por S. M., si asiste a la procesion, o por el presidente del consejo en caso contrario, se reunan todos en dicha iglesia, y los consejos divididos cada uno en una capilla, y no habiendo, como no las hai, para todos, se forman con canceles. Así, ácia la pila del bautismo estaba el consejo de cruzada: a los piés de la iglesia, Madrid: en la capilla del Santo Cristo del Buen Camino, el de Indias: en la capilla antigua, frente a la puerta de las gradas, el Consejo real de Castilla: en el del Santo Cristo de la Salud, el de la Inquisicion: en la de Santa Ana, el de Hacienda: en el cuerpo de la iglesia a mano derecha, los capellanes de honor y predicadores de S M., y a la izquierda los grandes. El sitial del rei y príncipe, junto a la baranda del altar mayor, al lado del Evanjelio. Al ofertorio de la misa (que se celebra siempre de pontifical) se le sirve al rei y al príncipe las velas por los caballeros rejidores comisionados en esta forma: llevan dos porteros de Madrid, vestidos con ropa carmesí, en dos fuentes de plata grandes e iguales, una acheta pintada y una vela en la misma forma, una blanca de a libra y otra de a media; y en llegando al medio de la iglesia, toman las bandejas de manos de los porteros, y haciendo tres reverencias las entregan al capellan de honor que está de asistencia, y éste al sumiller de cortina, primero para el rei, y despues al príncipe. Despues que se empieza la misa se da principio a ordenar la procesion por el mayordomo de semana y el aparejador de las obras de Palacio. Madrid lleva el palio, repartiéndose las cuatro varas y ocho borlones de él por antigüedad.

Aquel año se verificó así, y el príncipe de Gales, desde uno de los balcones del cuarto en que se hospedó, que fué en el entresuelo de la torre primera del alcázar, la vió pasar, permaneciendo en pié durante toda ella, así como el marqués de Bonkingham y demas caballeros de su corte que le acompañaban, y al llegar el Santísimo se arrodillaron todos.

El órden que llevaba la procesion era el siguiente: Abrian la marcha los atabales y clarines seguian los niños desamparados y los de la doctrina —luego los pendones y las cruces de las parroquias —los hermanos del hospital jeneral— los de Anton Martin y las comunidades relijiosas por este órden —mercenarios descalzos —capuchinos —trinitarios descalzos —agustinos descalzos —carmelitas descalzos —clérigos menores —padres de la compañía de Jesus —mínimos de la Victoria —jerónimos —mercenarios calzados —trinitarios —carmelitas —agustinos —franciscos —dominicos —basilios —premostratenses —bernardos —y benitos —La cruz de Santa María de la Almudena —la del hospital jeneral de corte —la clerecía en medio de las órdenes militares. Alcántara, Calatrava y Santiago con mantos capitulares. —Al lado derecho el consejo de Indias —el de Aragon —el de Portugal —el supremo de Castilla. —Al izquierdo el de Hacienda —el de las

Ordenes — el de la Inquisicion — el de Italia — el cabildo de la clerecía — veinte y cuatro sacerdotes revestidos, con incensarios — la capilla real con su guion — tres caperos, el de en medio llevaba el báculo — el arzobispo de Santiago de pontifical — los pajes del rei con hachas - las andas del Santísimo — la villa con el palio — el rei — el príncipe al lado izquierdo — un poco detras el cardenal Zapata al derecho — el cardenal Espínola al otro lado — el nuncio en medio de los dos — el obispo de Pamplona detras. — El inquisidor jeneral — el embajador de Polonia — el patriarca de las Indias — el embajador de Francia — el de Venecia — el de Inglaterra — el de Alemania — el Conde-duque de Olivares — los grandes cerca de la persona del rei — los títulos y señores a tropas en medio de la procesion — las dos guardias española y tudesca a los lados de la procesion — y detras toda la de archeros.

Era costumbre en aquellos tiempos, y se observó constantemente hasta 1705, que por la tarde de este dia empezase la representacion pública de los Autos sacramentales, que seguia durante toda la octava del Corpus. Levantábanse para ello en las plazas de Palacio y de la Villa sendos tablados, a donde se encaminaban ocho carros triunfales, cuatro para cada una de las dos compañías de comediantes; principiaba con notable aparato el primer auto en la plaza de Palacio delante del rei el mismo dia del Corpus a las cuatro de la tarde, y acabado aquel empezaba el segundo, y pasaban los carros del primero a la plaza de la Villa a representarle al consejo de Castilla, y despues la misma noche al de Aragon: seguia el segundo auto en la forma referida, y al viernes siguiente por la mañana se representaban los dos al consejo de Inquisicion, y por la tarde a Madrid, desde donde por el órden que queda espresado del dia antecedente, se seguian representando a los consejos de Italia, Flandes, Ordenes, y el sábado a los de Cruzada, Indias y Hacienda; y acabadas las representaciones públicas por consejos, continuaban en las casas de los señores presidentes, en que se gastaban todos los dias de la octava, dando principio luego en los corrales el viernes siguiente a ella. Así pasó hasta el año de 1676, en que por escusarse algunos consejos de este gasto se hicieron variaciones, de que resultaron algunas dudas e inconvenientes, y habiéndose consultado a S. M., resolvió que no se hiciese novedad. Despues, por lo molesto que era para los reyes la representacion de los dos autos en una tarde, se resolvió el año 94 que se hiciese uno el jueves y otro el viernes, y este dia se hiciesen los dos al consejo, dando principio la compañía que el dia antecedente representó en Palacio, y el mismo dia al consejo de Aragon, y que si el consejo de Inquisicion quisiese autos se los representasen por la mañana, y por la tarde a la Villa; lo que se ejecutó algunos años, hasta que por escusar gastos se hacian estos festejos a SS. MM., al consejo y Madrid, en los dias jueves, viérnes y sábado. Por último, en 1705 S. M. don Felipe V. se sirvió aplicar a las urjencias de la guerra el gasto que se causaba en estas representaciones, y desde entonces no volvieron a verificarse mas que en los Corrales.

Es bien sabido que en la composicion de estos autos se emplearon los primeros injenios de esta corte, y que muchos de ellos tienen cualidades que los hacen interesantes. Don Pedro Calderon de la Barca solo, escribió setenta y

dos, cuyos orijínales legó en su testamento a la Villa de Madrid, que se los había pagado, y a fin de que se conservasen en su archivo; pero fueron estraidos y sustituidos por copias, y en 1716 se imprimieron por don Pedro Prado y Mier, pagando a la villa 16,500 reales por su propiedad.

II.

1835.

Despues del trascurso de los tiempos, se conserva en el dia como la mas solemne entre nosotros la festividad del Corpus, y la procesion con que la villa de Madrid la celebra, sigue el mismo órden de majestad y decoro que en el siglo XVII en que la hemos descrito, si bien con menos acompañamiento de comunidades y personajes, habiéndosela purgado tambien de los ridículos emblemas que bajo los nombres de *la tarasca*, *los jigantones* y otros, se conservan aun en algunos pueblos de España, y hasta antes de la guerra de los franceses se usaban en el mismo Madrid (1).

Queda ya dicho que el órden de la procesion es en el dia el mismo; y si bien puede haber perdido en cantidad de personajes asistentes; no en la calidad de ellos, que es siempre la mas elevada, empezando por el mismo monarca cuando se halla en la corte, los grandes, los supremos consejos y tribunales, el clero secular y regular, el ayuntamiento etc., que en todo forma un tan dilatado como vistoso y rico acompañamiento.

Pero en lo que sin duda alguna debe esceder el Madrid actual al antiguo, en semejante dia, es en el suntuoso y variado aspecto de sus calles, especialmente en las que constituyen la carrera de la procesion; el bullicio y animacion del numeroso pueblo, la elegancia de las vestimentas, y la agradable armonía, en fin, de un conjunto tan vario y caprichoso.

Dificilmente una persona que no haya estado en esta corte podrá formarse una idea ni aproximada de todo ello. Si es estranjero y no conoce la pureza de nuestro cielo, la viva lumbre del sol que nos ilumina, la diafanidad de nuestra atmósfera, ¿cómo podrá imajinarse la alegría de aquel hermoso cuadro?

Una luz templada por los toldos azules y blanoos que cubren toda la carrera;

(1) *La tarasca* era una figura de sierpe que iba delante de la procesion, y representaba místicamente el vencimiento glorioso de nuestro Señor Jesucristo sobre el demonio. Es voz tomada del verbo griego *theracca*, que significa amedrentar, porque espantaba y amedrentaba a los muchachos. En *Tarascon*, villa de Francia, en la Provenza, sobre la orilla izquierda del Ródano, existe una tradicion que dice que habiendo llegado Santa Marta a aquellas riberas, logró vencer y encadenar a un mostruo carnívoro llamado *la tarasca*, que aflijia y desolaba aquel pais. La villa agradecida elijió a la santa por su patrona, y conservó la memoria de aquel beneficio en un cuadro que hemos tenido ocasion de ver en su iglesia. Ademas, en la procesion que se hace anualmente con gran solemnidad, se pasea por las calles una imájen colosal del monstruo vencido y arrastrado por una muchacha. Finalmente, en el archivo de Madrid leemos en un antiguo libro de cuentas una partida que dice: «*Por gastos en la tarasca para la procesion del Corpus, 1400 reales.*»

un piso blando de arena que hace desaparecer la desigualdad del empedrado; dobles filas de tropas vistosamente enjaezadas, e interrumpidas de trecho en trecho por armoniosas músicas; un pueblo inmenso, bullicioso, espresivo, cubriendo absolutamente el espacio que la tropa permite; calles anchas, bellas, y tiradas a cordel, que dejan contemplar una larga serie de casas, adornadas esquisita o caprichosamente con vistosas colgaduras, y tan henchidos de jente los balcones que parecen imprimir movimiento a los edificios: tal es el bellísimo conjunto que desde las primeras horas de la mañana presentan las hermosas calles Mayor, de Carretas y de Atocha, Plaza Mayor y Puerta del Sol.

Los detalles son aun mas interesantes. No bien apunta la aurora, que a la verdad es bien pronto en un hermoso dia de junio, empiezan a circular las bombas que riegan la carrera; apodéranse en seguida de ella los vendedores de flores, que la llenan de un agradable perfume: los vecinos, madrugadores aquel dia, disponen y cuelgan las fachadas de sus casas, y desde aquel momento empieza la concurrencia, que, como debe suponerse, se compone al principio de las sirvientas y mancebos, que si ceden a la posterior concurrencia en elegancia y aderezo, pueden disputarla en alegría y gracia natural.

Siguiendo por una progresion ascendente, y mientras la tropa va formándose, llegan ostentando sus respectivos atavíos y personas, la desenvuelta manola del Barquillo con su peineta elevada, cesto de trenzas, mantilla sobre los hombros, recortado guardapies, guarnecido delantal, rica media calada y zapato de cinco puntos. Síguela en pos el honrado artesano, vestido de nuevo, reluciente sombrero de seda, frac improvisado en los portales de calle Mayor, y guantes amarillos. El mancebo de comercio, con su corbatin de a cuarta, sus cadenas de similor y su camisa plegada; la alegre modista con una espresiva rosa en la cabeza, su zapatito primorosamente atacado, y sus mangas huecas de pergamino: el mercader de calle de Postas, envuelto en su casacon Tarrasa, su corbata blanca, ancho sombrero y zapato de oreja: el antiguo abogado, el veterano procurador, conduciendo del brazo a la respetable mitad, y llevando por delante tal cual pimpollo femenil de 15 a 16 (cosecha de 1835), que sale por primera vez al gran mundo, y se admira ella misma de la sorpresa y encanto que su ignorada belleza produce en los circunstantes. Mas allá vienen los almibarados y flexibles mozalbetes, con sus ajustadas levitas, sombrerito a los ojos, perilla romántica: ni dejan de cruzarse con las pareadas filas de desdeñosas elegantes que ostentan sus gracias entre las blondas y rasos prendidos y recortados por las mas hábiles manos de la calle de la Montera, o muestran su mal disimulado enojo porque madama Tal dejó de llevarlas a tiempo el traje *punzó* o el sombrerito *hortensia*.

Guarda descuidadamente aquel jénero volátil la formidable marquesa, que cree hacer olvidar su fé de bautismo entre el fino encaje, las hiperbólicas guarniciones, los injeniosos artificios de cintas y gasas; y alza la cabeza, habla con tono solemne y satisfecho, al verse servida por dos alumnos de Marte, cuyos hombros decoran por primera vez aquel dia relucientes charreteras: uno de ellos se apresura a darle el brazo; otro a ponerle la sombrilla; cuál a hacerla observar lo mas

notable de la carrera; cuál, en fin, a apartar la jente para dejarle paso; pero una dulce mirada de alguna de las niñas que van delante, recompensa de tanto afan a aquellos mártires, hasta que llegando al balcon deseado, pueden dejar descansar al siglo XVIII, y trasladar su atencion al de la juventud y de la hermosura.

En este armonioso y confuso laberinto, la concurrencia se ajita, vuelve y revuelve una y mil veces, y ni la vista puede seguir tan variable escena, ni la pluma pintarla con fidelidad. Suena, en fin, el redoble del tambor; óyense las voces de atencion y de mando; la procesion se acerca; es preciso acomodarse entre filas, y dejar el centro despejado: ¡qué momento de confusion y de agradable desórden! ¡qué combinaciones tan inesperadas y estravagantes! La jóven inocente que jira asustada sobre su derecha, se encuentra sin saberlo colocada entre un grupo de oficiales que se apresuran a hacerla sitio, en tanto que los papás, torciendo aturdidamente sobre la izquierda, la echan menos, la buscan, la ven en frente, quieren reunirse a ella; pero en vano; los batidores de la procesion se interponen e impiden el paso, y el indignado padre tiene que contentarse con hacer a la niña jestos espresivos, y jurar no volver a sacarla al público hasta el Corpus del año siguiente.

Aquí es una mujer que chilla porque la dejen colocar su chico delante de las filas; allá es un soldado que repugna y codea a una espantable vieja que se ha sabido colocar en *correcta formacion:* ¡qué movimiento en los balcones! ¡qué estrechar las distancias! ¡qué hacerse lugar entre dos sillas! ¡qué abrir de quitasoles! ¡qué mover de abanicos! ¡qué enarbolar de anteojos!

La caballería llega, en fin, despejando la carrera, y entre el son de las campanillas y de los cánticos, empieza la larga fila de niños espósitos, ancianos mendigos, comunidades, pendones y cruces, consejos, alguaciles y personajes de la corte, hasta que llega el Santísimo: las músicas militares y relijiosas se mezclan a este punto en sonora armonía: la atmósfera aparece cubierta del humo del incienso que queman los sacerdotes: la tropa rinde las armas e hinca la rodilla a la presencia del Omnipotente: los espectadores todos siguen el ejemplo; y las campanas llenan los aires con sus redoblados sonidos. Este momento es verdaderamente sublime. El bullicio y la confusion han desaparecido, y un pueblo entero, silencioso y postrado, rinde a la Divinidad el homenaje de su adoracion.

No bien ha pasado la guardia de la procesion, los balcones quedan despoblados; la jente del pueblo abandona la fiesta para retirarse a sus casas; pero la concurrencia elegante prolonga aun el paseo durante una hora, en que con mas desahogo puede lucir las gracias de su persona ó la riqueza de su vestido. Los funcionarios que asistieron a la procesion en gran uniforme, recobran sus esposas y las pasean con cortés condescendencia: los jóvenes agrupados en la Puerta del Sol y calle de Carretas ven desfilar las bellezas y suelen ir desfilando en pos de ellas; y de este modo va disminuyendo la concurrencia hasta las tres de la tarde, en que cesa del todo. Una hora despues los toldos han venido al suelo, las colgaduras han desaparecido, y cuando mas tarde atraviesa la misma concurrencia aquellas calles para dirijirse al Prado, ya no encuentra en ellas la mas mínima señal de la festividad de la mañana.

(Junio de 1835.)

PASEOS POR LAS CALLES.

II.

Nada hai mas natural en un forastero que la curiosidad de conecer el aspecto jeneral del pueblo que por primera vez visita, y nada tambien suele ser tan frecuente como el decidir por esta primera impresion de la belleza o mezquindez del tal pueblo.

Aventurado por cierto seria aquel juicio, aplicable a nuestro Madrid, pues que variaria absolutamente segun el lado de donde viniese el forastero, y por donde pudiera observar su primera vista. El gallego y castellano, por ejemplo, mirando la poblacion por su parte mas antigua y escabrosa, atravesando su escaso rio sobre el magnífico puente a que Juan de Herrera imprimió la severidad de su escuela, y entrando por una mezquina puerta, solitaria y empinada calle, cuyos tejados forman una dilatada escalera, apenas encontraria diferencia notable con sus tétricas ciudades, si la presencia del palacio real a su izquierda no le hubiera dado de antemano a conocer la capital del reino.

Mui diferente idea formará el andaluz que viene de la parte de Mediodia, abrazando con su vista toda la poblacion por su parte mas vital y variada. Los suntuosos edificios del seminario, cuartel de guardias y palacio a la izquierda; la fábrica de tabacos, el hospital jeneral y el observatorio, a su derecha; el puente, paseo y nueva puerta de Toledo al frente; intermediado todo por variados edificios, caprichosas torres, numerosos grupos de casas de distintas formas, y revelando, por decirlo asi, la existencia de un pueblo grande y vivificado con la presencia del gobierno, prestan por este lado a Madrid su vista mas completa e interesante. Los catalanes, aragoneses y valencianos, arribando a la capital por la soberbia puerta de Alcalá y la de Atocha, formarán una idea aun mas risueña y magnífica, por los elegantes paseos de las Delicias y el Prado, los pintorescos jardines del Retiro y Botánico, y las suntuosas calles de Atocha y Alcalá;

y finalmente, los procedentes de las provincias del Norte juzgarán a nuestra villa árida y solitaria al entrar por las puertas de San Fernando o de Santo Domingo.

Si deseando modificar estas primeras impresiones, y conocer a un golpe de vista el conjunto del pueblo que los recibe, solicitasen subir a una altura céntrica y de la elevacion correspondiente para medir y conocer *a vista de pájaro* todo el plano de la capital, seria aun mas difícil el indicársela, careciendo, como carecemos, de un gran templo central, que suele ser en otros pueblos el sitio adonde los forasteros acuden para satisfacer este deseo. La torre de la parroquia de Santa-Cruz es la única que puede suplir en Madrid aquella falta, aunque ni su elevacion ni su situacion son suficientes para abrazar distintamente todo el plano, y conocer a un golpe de vista las varias fisonomías de los cuarteles de esta villa. Sin embargo, colocados en aquella altura puede observarse el corte de la poblacion, uno de los mas cómodos y ventajosos que conocemos, pues que partiendo sus calles principales de un centro comun, que es la Puerta del Sol, se prolongan en forma de estrella hasta los últimos confines de la villa. Asi que, conocidas una vez la direccion al E. de las calles de Alcalá y San Jerónimo, de la Montera, Hortaleza y Fuencarral al N., de la Mayor al O., y de las Carretas, Concepcion Jerónima y Toledo al S., llega a ser fácil evitar la confusion que un pueblo nuevo infunde. La frecuentacion de sus calles hará conocer al forastero que todas ellas le llevan como por la mano a estos puntos capitales, que en la mayor estension del rádio se modifican y cruzan por otros mas subalternos y parciales, como las calles de Atocha, anchas de S. Bernardo, Jacometrezo y otras. Por lo demas, en cuanto a la belleza del aspecto jeneral, menguada idea podrá formar desde aquel punto, no divisando desde él sino la desigualdad, tristeza y mezquina forma de los tejados de nuestras casas.

Esta desfavorable impresion será sin embargo modificada cuando descendiendo a las calles hiera la vista del observador la espaciosidad y desahogo de estas, la regularidad bastante jeneral de su alineacion, la variada y caprichosa pintura de las fachadas de las casas, y sus distintas formas y dimensiones, que si bien puede condenarlas un ojo artístico por su falta de órden y simetría, llevan la ventaja de entretener agradablemente la vista, alterando a cada paso la insoportable monotonía de las ciudades edificadas bajo seguro plan y severas condiciones.

Las calles de Lóndres y de Paris, por lo jéneral planas y sin notables desniveles, sujetas sus casas a una perfecta alineacion, y presentando en su forma esterior un aspecto casi uniforme, son aun mas fatigantes, mas tristes y enfadosas que las de Madrid con sus cuestas y la irregularidad de sus casas. Añádase a esto las inmensas ventajas que nuestro clima nos proporciona de la sequedad constante del piso, la perfecta conservacion de los colores en las fachadas, y la animacion que produce la costumbre de los balcones; compárese todo ello a la densidad de una atmósfera nebulosa, la casi perpétua humedad del piso, el ennegrecido moho de las fachadas, la severidad de aspecto de la línea de ventanas, y la metódica uniformidad, en fin, de los edificios, en aquellas capitales, y habrá mui pocos que dejen de preferir un paseo por nuestra villa (haciendo para ello abstraccion del mayor movimiento y vida de aquellas poblaciones) al cansancio y

fatiga de cuerpo y de espíritu que puedan proporcionarle otras ciudades mas importantes.

No es esto decir que nuestro Madrid actual no pueda y deba recibir graves modificaciones para imprimirle mayor regularidad y agrado, y las numerosas y contínuas que hace veinte años esperimenta, revelan, por decirlo asi, el grado de belleza a que aun puede llegar. Cuando se haya reformado del todo el empedrado de las calles, cuando en la forma y revoque de las casas se haga jeneral el gusto que se observa en las nuevamente edificadas, imitando a las de Cádiz; cuando se modifique la forma de los tejados y buhardillas, y desaparezcan del todo los canalones; cuando, en fin, se vean jeneralizadas aquellas variaciones que observamos ya parcialmente, entonces será cuando Madrid llegará al punto de belleza que su situacion local y el hermoso sol meridional le proporcionan, y merecerá con mas justicia los dictados que aun los mismos estranjeros la prodigan de la *villa blanca*, la *villa jóven del Midiodia*.

Mas si prescindiendo ya del aspecto material de sus calles y casas, intentáramos dibujar, aunqne lijeramente, su vitalidad y movimiento; si dejáramos las piedras por los hombres, los órdenes arquitectónicos por el órden de la sociedad, el Madrid físico, en fin, por el Madrid moral, ¡qué escena tan varia! ¡qué espectáculo tan animado no podriamos presentar a nuestros lectores!

Tosco y desaliñado es nuestro pincel para tamaño intento: pero no podemos resistir a la tentacion de emprenderlo. No nos propondremos seguir metódicamente para ello las distintas fases de tan variado teatro segun las diversas horas del dia, las estaciones y demas circunstancias que alteran y modifican los usos populares. Escojeremos cualqnier dia del año; por ejemplo, el dia en que nos hallamos: procederemos libremente y como al acaso; dejaremos vagar a nuestro discurso, y pues que el moderno romanticísmo nos autoriza, renunciarémos a todas las unidades conocidas; y tanto mas románticos seremos, cuanto menos pensemos en lo que vamos a escribir.

II.

Ningun momento del dia nos parece mas oportuno para sorprender a los madrileños en el espectáculo de su vida esterior, que aquellas apacibles horas que aproximando el dia a la noche, libertan del trabajo para acercarnos al descanso y al placer; aquellas horas que en la estacion ardorosa en que nos hallamos, vienen a mitigar los rigores de nuestro sol meridional, y en que la poblacion, ansiosa de disfrutar la apetecida brisa de la noche, abandona el interior de las casas, y se muestra jeneralmente en las calles y plazas, en las puertas y balcones. No haya miedo el cojuelo Astarot, ni su licenciado don Cleofás, que para tal momento solicitemos sus auxilios con el objeto de levantar los tejados de las casas, y reconocer lo que pasa en el interior: por la ocasion presente dejémosle a los ladrones y enamorados, que tambien suelen aprovecharse a tales horas de aquel abandono,

y pues que todo el pueblo se halla en la calle, bueno será mezclarnos y confundirnos con todo el pueblo.

El reloj de nuestra Señora del Buen Suceso ha dado las seis: la animacion y el movimiento, interrumpidos durante la siesta, han vuelto a renacer en las calles; los vecinos de las tiendas, descorriendo las cortinas que las cubren, hacen regar el frente de sus puertas, asoman al cancel de ellas, y llaman al lijero valenciano, que con sus enagüetas blancas, su pañuelo a la cabeza y su garrafa a la espalda, cruza pregonando el «*Gúa é sebá fria*..... Otros escojen en el cesto de aquella desenfadada manola tres o cuatro naranjas para remojar la palabra, dirijiéndola de paso algunas medianamente disimuladas, si bien mejor recibidas; y otros, en fin, se contentan con un baso de agua pura que les ofrece en eco lastimero el asturiano, por cuatro maravedís. En tanto los muchachos, que a la primer campanada de las seis ha lanzado una escuela, improvisan en medio de la calle una corrida de toros, o atan disimuladamente a la rueda de un calesin alguna canasta de fruta, que al echar a andar el carruaje por el suelo, con notable provecho de la alegre comparsa; o bien tratan de engañar a un barquillero, distrayéndole para que no mire el juego; o ya disparan sendas carretillas de pólvora a los perros y a los que no lo son.

A semejantes horas todavía no se sienten circular mas carruajes que los del riego o los bombés *facultativos*, y sin embargo, en todas las cocheras se disponen y preparan ya los que de alli a un rato han de conducir al Prado a la flor y nata de la aristocracia. Los cafés, oscuros y aun abiertos de par en par, no reciben todavía mas que uno u otro provinciano que saborea el primero un gran cuartillo de leche helada, algun militar que fuma un cigarro mientras ojea la gaceta, o un quidan que entran mirando al reloj, espera a un amigo que viene de alli a un rato, y juntos parten a paseo.

«*De la loteria-aaaao-cha-vó-á ochavito los fijos.—¿Una calesa, mi amo?—De la fuente la traigo, ¿quién la bebe?—Señores, a un lao, chás.—El papel que acaba de salir ahora nuevo.—Cartas de pega.—Orchateró.*»

Crece la animacion por instantes: el rápido movimiento se comunica de calle en calle; las puertas vomitan jentes; los balcones se coronan de lindas muchachas; cruzan las elegantes carretelas, los lijeros tilburís, las damas y galanes a caballo; grupos interesantes, numerosos, variados, se dirijen a los paseos ostentando sus adornos y atractivos; otros *medio hombres* y *medio esquinas* ocupan las encrucijadas de las calles, y presencian a pié firme el paso de la concurrencia.

Punto central de esta ajitacion es la Puerta del Sol y y principales calles que la avecinan, observándose el reflujo de la poblacion en direccion al Prado. Las calles apartadas del centro no ofrecen tanto interes, si bien tienen el suficiente para ser consideradas. Cuando las de Alcalá, la Montera y Carretas ostentan rápidamente lo mas elegante y bullicioso de nuestra poblacion; cuando sus balcones, por lo regular abandonados, demuestran que sus vecinos se hallan en paseo; cuando el ruido y el polvo de los carruajes ofuscan los sentidos y tienden un denso velo que nos impide ver a cuatro pasos, salvémonos de este laberinto, y trasladémonos, por ejemplo, a la calle ancha de San Bernardo o a la de Hortaleza, a la de San Mateo, o a la de Leganitos.

Todo es tranquilidad en el dilatado recinto que media desde el monasterio de las Salesas hasta el seminario de Nobles. El silencio y soledad de las calles, apenas es interrumpido por el paso de los pocos transeuntes. Tal cual matrimonio del pasado siglo, precedido de algunos retoños, representantes de la futura España, y dirijiéndose pausadamente a las puertas de Santa Bárbara o San Bernardino con el objeto de llegar al obelisco o a la cuesta de Harineros; tal cual corro de dilettantis a la puerta de una taberna, saboreando el compas de la tirolesa de Guillelmo Tell, tocada por el organillo del perro; tal cual grupo de mozos de esquina ensayando sus ociosas fuerzas colosales; tal cual cuerpo de guardia o batallon pasando la lista al son de sinfonias y cabaletas: hé aquí los únicos episodios que alteran de vez en cuando la unidad de accion de aquel clásico espectáculo.

Los conocedores, sin embargo, encuentran en este cuadro multitud de bellezas y el mas indiferente suele verse sorprendido al pasar por bajo de algun baloon, donde no sospechaba tales tesoros. Aquella cortinilla, que parece casualmente recojida en los hierros de aquel balcon, está mejor dirijida que lo que aparenta: jamás ningun marinero manejó con tal destreza la vela de su bajel como la personita escondida bajo de ella hace servir a su gusto a la oficiosa cortina.

Pero vedla que la descorre de pronto, que deja el asiento, tira la labor y ostenta en pleno balcon toda la esbeltez y primor de su figura. ¡Y habrá todavía quien hable contra nuestros balcones...! Lindo pié encerrado sin violencia en un gracioso zapatito, limpio y elegante vestido de muselina primorosamente sencillo, que deja admirar una contorneada cintura por bajo la graciosa esclavina que cubre los hombros y el pecho; elegante nudo recojido a la garganta, gracioso rodete a la parte baja de la cabeza, a semejanza de la Vénus de Médicis, dos primorosos bucles tras de la oreja, otro par de rizos pegados en la sonrosada mejilla, y diestramente combinados con unos lazos azules que hubieran puesto envidia al mismo sol: tal es el espectáculo delicioso que ha asomado en aquel balcon. ¿Mas por qué no lo hizo antes? ¿por qué tan precipitadamente ahora?—El por qué, señores mios, yo me lo sé, pero no sé cómo decírselo a ustedes.

«Mariquita.—Matilde.—¿Has visto?—¡Qué quieres; paciencia!—Yo no sé qué tendrán.—Lo que es N... estaba de guardia cerca de aquí, pero el otro..,—El otro... apostaré que está en el Prado haciendo el galan con la de...—No lo creas... puede que hayan pasado... pero mira, ¿no reparas aquellos dos que han vuelto la esquina?—¡Qué! pero si..., no, no son... ¿a ver? saca el pañuelo.—Sí, mira, mira cómo han sacado el suyo, mira cómo se rien.—Sí, ellos son... ¡Ai qué vergüenza, Matilde! Cerremos los balcones.—¿Pues qué..?—¡Que no son ellos...!»

«Bravo, señoritas, lindamente,» gritaban en esto otros dos caballeros de jentil aspecto que llegaban precisamente en aquel momento por la parte opuesta de ambos balcones.—¿Qué te parece, Cárlos? ¡hemos quedado lucidos!—Qué haremos?—Yo sería de opinion de desafiar a aquellos dos —Yo de matarlas a ellas. —Hombre, no, en tal caso matarnos nosotros es mas noble —Mira, lo mejor será que todos vivamos, y nos venguemos marchándonos al Prado.—No dices mal.»

Bien diferente colorido presenta por cierto a los ojos del observador el otro trozo de pueblo comprendido desde el Palacio a la puerta de Atocha: las calles de Toledo y Embajadores, del Meson de Paredes y de Lavapies no ceden a tales horas en movimiento a las mas animadas de Lóndres. Las enormes galeras de los ordinarios valencianos y andaluces que salen para hacer noche en la venta de Villaverde; los calesines que esperan flete para los Carabancheles; el barbero que rasguea su vihuela a la puerta de su tienda; el corro de andaluces que sentados en el banco de aquel herrador entonan la caña; los alegres muchachos, que subidos en los mostradores y sobre las sillas de las tiendas, rien de las habilidades de Juan de las viñas o del perro que salta al monótono son de la dulzaina de aquel ciego; la terrible cohorte de cigarreras de la fábrica que al anochecer dejan el trabajo y se mezclan y confunden con los no pequeños grupos de mozallones que esperan su salida. ¡Qué confusion, qué bullicio por todas partes! Tambien el amor embellece este animado cuadro. Sígamos, por ejemplo, a alguna de esas parejas, verémosla dar fondo en cualquiera de las innumerables tabernas que ostentan al paso sus variadas provisiones de bacalao y sardinas, ensaladas y huevos duros Mirad a aquel galan que dejó su tienda armado de punta en blanco, y demostrando que va de servicio de teatro o de patrulla. ¿Mas por qué no siguió la calle de Embajadores a la de Toledo, y ha dado esa vuelta para venir a la plaza? ¡Cosa clara! ¿No habeis reparado en aquella tienda de cordonero de la calle de las Maldonadas? ¿No le habeis visto pararse delante de ella, dudar un rato mirando por las vidrieras, dejar el fusil apoyado en ellas mientras encendia un cigarro en la tienda de enfrente? ¿No habeis reparado una blanca mano que disimuladamente ha echado algo por el cañon del arma? —¿Qué fue ello? —Nada, reparad al mancebo que la vuelve a echar al hombro con ligereza; apostaria a que la niña ha burlado las precauciones de un padre tirano: el fusil encierra el misterio del amor. Jamás parte de una victoria fue conducido con mas alegría.

Pero ya la campana de san Millan y san Cayetano llama a los fieles al rosario; la trompeta y el tambor desde el vecino cuartel dan el toque de oracion; las tiendas y cajones de comestibles van encendiendo sus farolillos; los profundos coches del siglo XVII y los desvencijados calesines abandonan el puesto; y las tinieblas de la noche van, en fin, oscureciendo aquel animado teatro. Este espectáculo nocturno merece otro cuadro aparte, y tal vez algun dia le emprenderé: el que intentaba dibujar por hoi, concluye aquí.

(Julio de 1835)

EL PATIO DEL CORREO.

Madrid es la patria comun, el lugar de cita para todos los españoles; las varias necesidades de la vida, el comercio, la industria, el lujo, la miseria, el afan de figurar, el deseo de descanso, tantos motivos, en fin, diversificados segun las circunstancias de cada individuo, le conducen tarde o temprano a la capital del reino, y se tendria por mui infeliz el que una vez por lo menos en su vida no llegase a visitar este emporio de la hispana monarquía. Los habitantes de él pueden, pues, vivir seguros de ver pasar ante su vista como en una linterna májica todas las notabilidades provinciales.

Si Madrid es el centro de España, y la Puerta del Sol lo es de Madrid, un escolástico sacará la consecuencia de que la Puerta del Sol es el punto central del reino. Eslo indudablemente, no tanto por su situacion topográfica, como por su vitalidad y movimiento. La memoria de este sitio es el primer pensamiento del forastero al dirijirse a Madrid, y no seria ridículo el que dos españoles que se encontrasen en las elevadas cordilleras de los Andes, o en las heladas márjenes del Newa, se despidiesen citándose «para la Puerta del Sol.» Pero aun hai dentro de ella misma otro punto central, que por esta razon, y siguiendo el argumento que arriba dejamos sentado, puede tomarse por el disco de sus rayos. Tal es *el patio del Correo*, y para hablar de él tomamos por hoi la venia de nuestros lectores.

Todas las cosas de este mundo son grandes o pequeñas, sublimes o ridículas, segun el punto de vista de donde se las mire; y tal espectáculo habrá que parezca mezquino a los ojos de un ser indiferente o desdeñoso, al paso que logre escitar la meditacion del curioso y del observador.

Cierto que el que lea el epígrafe de este artículo no encontrará el asunto sobradamente interesante.—¡El patio del Correo! ¿y qué hai en el patio del Correo? Un cuerpo de guardia, una prision nocturna, que mas bien puede llamarse albergue de borrachos y escarriados; una escalera póstuma, tres o cuatro

ventanillos cerrados, y esparcidos por los postes que circundan el recinto, sendos cartelones y cartelitos desde las colosales y laboreadas letras de Sancha o Jordan hasta los mas imperfectos garrapatos de los escribientes memorialistas. De todo esto poco o nada se puede decir, y por mui *Parlante* que sea el señor *Curioso* que hoi nos enseña su linterna, harto será que no consiga escitar los bostezos del auditorio. —

—Poco a pcco, señor indiferente; poco a poco, y antes de juzgar de la cosas por su superficie procure usted enterarse un tantico de su fondo. No, sino dé cuatro paseos, y aguarde un rato en esta galería, y si luego de bien enterado de su contenido pretendiese dejarla bruscamente, para mi santiguada que es un necio o yo soi un bolo. Aguarde, repito, media hora: y pues que el reloj patronal de este recinto acaba de dar las doce y media, entreténgase un rato mirando esas columnas de piedra que ostentan una variedad literaria, por lo menos tan interesante como las de nuestros periódicos matritenses.

No se tome por chanza: Victor Hugo es quien lo dice, que «los pueblos escriben en piedra sus invenciones y sus progresos.» Vea usted sino los nuestros en literatura. *Direccion de cartas*: no haga usted caso; por ahora no rije, pues por mui bien que usted las dirija, es lo regular que no logre a darlas direccion segura; deje usted que en acabando la guerra civil, y luego que tengamos buenos caminos y mejores postas, y empleados celosos, y... otra cosa será. No se acerque usted a leer ese cartelito *Curacion de la vista*, no se pierda la suya con la letrilla menuda y temblejona en que está impreso; deje a un lado el *Manual de Madrid*, que es libro caro y puede pedirlo prestado al autor. No haga caso del *Segur*, porque segun van menudeando tomos a 24 rs, es de temer que empleando uno cada año de los que comprenden su Historia universal, venga a ser una verdadera *segur* para nuestros bolsillos; y en cuanto a aquella otra publicacion *Mariana y Sabau*, por Dios no vaya a tomarla por una novela o drama romántico, o bien por el nombre de una tierna pareja conyugal; no repita el caso de aquella dama que leia el poema de Florian, y preguntándola cómo concluia, respondió sinceramente: «¿En qué habia de concluir? en que *Numa* se casó con *Pompilio*, y todo quedó arreglado.»

Pero veamos los anuncios manuscritos, no menos preciosos que los impresos.

—«*El sugueto. que. formi. la pressenta. tiene. buena. conduta. y horto grafia. Tiene. ademas. buena letra. castellana dela. lengua..Suplica. no. le. rasquen. ni le boren*»

—«*Un sujeto de buena forma, de letra solicita entrar en casa de un Señor comerciante, o Abogado o Curial, para tenedor de libros o administrador.. Sabe todo lo necesario como afeitar y cortar el pelo, cuidar los caballos y demas menesteres. Suplica no le engañen.*»

—«*Un jóven decente natural de Segovia desea encontrar una Señora para arreglarla sus asuntos. Pide lo de costumbre y la manutencion.*»

—«*Con permiso del casero se le traspasa a quien le convenga: una tienda sita en las quatro calles esquina a una de ellas que puede servir de aceite jabon velas de sebo y demas comestibles y jéneros ultramarinos.*»

¡Que da la una! ¡Las listas! ¡Que ponen las listas! —La concurrencia ha ido

creciendo asombrosamente. Mezcla confusa de hombres y mujeres, ciudadanos y lugareños, paisanos y militares; trajes y modales, acentos y aun idiomas tan varios como nuestras variadas provincias: vascuence y catalan, andaluz y valenciano mezclan con sus paisanos los saludos provinciales, y por un momento el patio del Correo se ha convertido en una verdadera torre de Babel. Todos se agrupan, se acosan en torno de las recientes listas, y buscan con ansia la inicial de su nombre, y algunos (los mas) no encontrándole en ella, le buscan por todas las letras del alfabeto.

¡Qué variedad de escenas para un pintor de caprichos! ¡qué ir y venir de la lista a la ventana y de la ventana a la lista! Quién toma rápidamente el número de su carta en la memoria, la pide en el despacho pero encuentra que se ha equivocado en una centena; otro ha pedido ligeramente una al sobre N. Marques, sin reparar que él no es Marques, sino Marquez; cual no lleva bastantes cuartos para pagar su abultado paquete y tiene que dejarlo no sin grande remordimiento; cuál faltándole el tiempo para saber el contenido, abre la carta a la misma reja, y ocupa indebidamente un sitio que tantos desean.

Pero sigamos nuestro paseo por la galería. No hagamos caso de aquel grupo de militares en traje de paisanos, y de paisanos con bigotes, que se estrechan en torno de aquel altiseco que recostado en la columna lee en alta voz una carta. Son noticieros, y si nos entretenemos con ellos, no nos dejarán tiempo para observar lo demas: dejémosles, pues, *estereotipar* en sus cabezas la tal carta para irla a recitar como propia en la calle de la Montera y en el Prado, en el café nuevo y en el del Príncipe.

Dígole a usted que yo no he sido. — Yo sostengo que ha sido usted, ¡Infamia! sacarle a uno las cartas del correo. — Usted es capaz de ello, y por eso lo piensa. — Sí, que no sé yo de lo que es capaz un escribano: ¿no hizo usted lo mismo con los folios 86 al 97 inclusive de los autos? — Usted me insulta. — Yo no digo mas que la verdad. — Sino mirára. .. — ¿Qué.. .? (Aqui todos los concurrentes terciamos como pudimos para impedir nna intentona.)

El caso era mui sencillo; dos litigantes de un mismo pueblo esperaban de sus respectivos corresponsales la noticia de cierta sentencia. Llegó el primero, sacó su carta, y sin duda vió el nombre de su contrario en la lista; antojósele saber lo que le decian, y la sacó tambien (¡malicia humana!): llegó el segundo, y le contestaron que ya su carta estaba fuera (¡cosa clara!): empieza a maliciar duda, recela, cuando mira salir del patio a su antagonista, y ¡aqui fué troya! empezó el diálogo arriba dicho que tuvimos dificultad en interrumpir. La cara del escribano daba en efecto señales nada equívocas de la verdad del hecho.

No de carácter tan sério, aunque del mismo jénero, era otro incidente que pasaba en el estremo opuesto. Un marido habia visto en las listas de militares el nombre de su mujer. ¡Una carta del ejército a mi mujer! ¡Sí será este el conducto por donde envian los partes! La curiosidad no es vicio peculiar solamente de las mujeres; los hombres no les vamos en zaga; acércase al ventanillo, pide la carta, pero se le responde que un chicuelo acababa de sacarla. ¡Oh li-

jereza femenil....! Lo demas de la escena pasaria *en familia*; no lo sabemos, solo sí que aquella misma tarde vimos al esposo en la calle de la Montera leyendo una carta de las provincias con graves noticias: mas los circunstantes (¡narices políticas, qué no oleis!) repararon que el sobre no tenia sello, y por consecuencia la carta estaba escrita en Madrid. En vano el hombre se esforzaba en asegurar que era de un amigo íntimo que habia puesto el sobre a su mujer por precaucion etc. Nadie lo creyó, y le tomaron por un escritor apócrifo; yo solamente que estaba en autos conocí su inocencia y la destreza de su Penélope para tejer este inocente enredo.

¡Cuántas y cuántas escenas semejantes! ¡qué espresiones tan raras y variadas en las fisonomías! ¡cómo descubren el secreto del alma! Aquel aguador que sentado en su cuba deletrea los torcidos renglones de su correspondencia, ¿por qué va compunjiendo su semblante y asoman a sus ojos gruesos lagrimones? ¡Desdichado! su familia le comunica que ha caido quinto, y que tiene que trocar la cuba por la mochila, la montera por el schakó.

¿Qué busca aquel pisaverde con su eterno lente en todas las listas atrasadas? ¿Sino tiene carta, para qué cansarse? —¿Qué busca? Busca los ojos de aquella linda paisanilla, que para hallar su nombre tiene que leer toda la lista, hasta que ya se cansa: mira al rededor como demandando auxilio; ve al del lente; este se adelanta a ofrecer sus servicios: no hallan la carta, pero ya ellos han entablado otra correspondencia que lleva tanta ventaja a la del ausente, cuanto va de la palabra a la escritura, de la falta de memoria a la sobra de la voluntad. ¡Es tan natural a una forastera buscar un conductor para no perderse en las calles de Madrid!

Seria nunca acabar el intentar describir uno por uno tan variados episodios. El que busca en el interior de una carta una letra de cambio, y halla en cambio muchas letras y palabras; el que se para sorprendido al ver la suya cerrada con negra oblea; el que sabe la noticia de un empleo, de una herencia, de un premio a la lotería; el que en finísimo oficio con sendo membrete grabado recibe la delicada nueva de su cesantía; el que en materia de pleitos encuentra la cuenta de su procurador, y en la de mujeres un papel de desafío; el que....

¿Pero adónde vamos a parar con estas observaciones? Sin embargo todas pueden hacerse en este sitio.... ¿Con que no es tan indiferente, con que merece alguna atencion....? Mas.... las dos han dado, y empieza a quedar desierto y sin movimiento. Pasó el instante de su apojeo; la ventanilla de las esperanzas se ha cerrado, los consultores de aquel oráculo abandonaron ya el templo.

(Julio de 1835.)

LAS CASAS DE BAÑOS.

I.

La costumbre del baño es tan natural, que debe suponerse que nació con el hombre. La limpieza, que Aristóteles no duda en calificar casi de virtud, el placer y el deseo de buscar alivio en las dolencias, debieron indicarle aquel grato recurso como el único reparador de sus fuerzas fatigadas, ya por los rigores de la estacion, ya por la irritacion de las enfermedades. Mas tarde, el lujo, convirtiendo en objeto de moda lo que pudo tener en su principio el carácter medicinal, propagó insensiblemente esta costumbre, y los pueblos antiguos nos han dejado testimonio de la ostentacion y grandeza con que en ellos se sostenia.

Los orientales fueron los primeros que construyeron edificios para servir de baños públicos, y los griegos no tardaron en imitarlos. Homero, en su divina Ulissea, nos habla ya de estos baños, dando a entender que se hallaban cerca de los jimnasios o palestras para entrar en ellos al salir de los ejercicios. Tambien Vitrubio nos ha dejado una descripcion circunstanciada de ellos, diciendo que se componian de siete piezas diferentes, intermediadas de otras varias destinadas a los ejercicios.

Los romanos, habitadores de un clima meridional y grandes en todas sus cosas, adoptaron con magnificencia la costumbre de los griegos, y desde el tiempo de Pompeyo, segun Plinio, empezaron a construirse baños públicos por toda la ciudad, siguiendo este movimiento en una progresion asombrosa. Agripa, solo, en el año de su edilidad, hizo construir ciento setenta. A su ejemplo Neron, Vespasiano, Tito, Domiciano, y casi todos los emperadores, mandaron edificar baños magníficos de preciosos mármoles y elegante arquitectura, complaciéndose en concurrir a ellos con el pueblo, viniendo a tal estremo su profusion, que se asegura haber llegado a existir ochocientas de estas casas repartidas por toda la ciudad.

Las dilatadas conquistas de aquel pueblo magnífico y guerrero, introdujeron, como era natural, sus costumbres en todos los paises que dominaron, y en particular la del baño fué tan estendida por ellos, que se ha dicho que luego que conquistaban un pais lo primero que hacian era edificar *thermas*, asi como mas tarde los españoles construian una iglesia, los ingleses y holandeses una factoría, y los franceses un teatro. Los restos de nuestras ciudades antiguas prueban evidentemente que no fué España la menos favorecidá en aquel punto.

Desalojados de nuestra península por los godos, y estos por los árabes, debió crecer naturalmente aquella costumbre bajo la dominacion de los últimos, por la influencia que ademas del clima la daba su relijion. En efecto, asi sucedió, y aun pueden reconocerse pruebas positivas de ello en las ciudades del Mediodia, Granada, Córdoba y tantas otras. En *Magerit* mismo (Madrid) habia baños públicos en la calle de Segovia por bajo de la parroquia de san Pedro, y hai tambien quien los supone en la plazuela de los Caños del Peral, fundándose en el nombre de la puerta de *Balnadú* que estaba alli cerca, y que se hace derivar de las dos palabras latinas *Balnea-duo*, si bien otros con mayor fundamento suponen a dicha palabra contraccion de las árabes *Bal-al-nadur*, que significa *Puerta de las Atalayas*.

Pero los árabes y los turcos, que son entre los pueblos modernos los que han conservado un uso mas habitual del baño, le verifican de un modo diferente que nosotros. Al salir de él entran por lo regular en un *sudatorium* o estufa caliente por medio de conductos abiertos en el suelo, y desde alli vuelven a trasladarse al baño caliente, haciéndose antes frotar violentamente las articulaciones y todo el cuerpo con cepillos suaves y guantes de franela, y perfumarse con aceites y esencias esquisitas.

Parécenos que en la moderna Europa no fue tan jeneral la costumbre del baño, y desde luego puede asegurarse que perdió el carácter de magnificencia que tuvo en lo antiguo. Sin embargo, a mediados del siglo pasado un Mr. Alvert estableció en Paris cerca del muelle de Orsay una casa de baños, que aunque no mas que mediana, obtuvo por la novedad una boga singular, y fué considerada como un fenómeno de industria. Su ejemplo no tardó en tener otros imitadores; multitud de establecimientos en que el lujo y el buen gusto compiten a porfía, poblaron el rio, las calles, y plazas de aquella capital, de tal manera que no sin razon se ha dicho que en Paris hai en el dia tantos medios de lavarse como de volverse a ensuciar. Hoi se cuentan en aquella capital ochenta casas de baños con dos mil doscientos setenta y cuatro pilas fijas, y mil cincuenta y nueve baños portátiles. Hai ademas cinco edificios vistosísimos en forma de barcos sobre el rio, que tienen trescientos treinta y cinco baños fijos, y otros setenta y dos en el hospital de san Luis. Se calculan en cinco mil personas, tres mil hombres y dos mil mujeres, las que se emplean en el servicio de estos baños, y su producto al año en diez y seis millones de francos (cerca de setenta y cuatro millones de reales.)

La costumbre del baño, jeneralizada de nuevo en toda Europa, ha tomado en aquella ciudad por las combinaciones de la ciencia y del buen gusto un carácter

tal de voluptuosidad y encanto que constituye un placer verdadero, no limitado como entre nosotros a la estacion de verano y a una corta temporada, sino frecuentado durante todo el año, con lo cual pueden sostenerse y perfeccionarse cada dia mas tan numerosos e importantes establecimientos. En todo sucede lo mismo; la civilizacion y la cultura hacen nacer necesidades nuevas, que poniendo en circulacion los capitales alimentan la industria, dan aplicacion a las ciencias y a las artes, y modifican y embellecen las costumbres públicas.

Deliciosa es sobremanera una visita a los baños de aquella encantadora capital. Los llamados *turcos* en forma de *kiosks* cerrados con vidrios de colores y coronados de medias lunas; los *griegos* al rededor de un gran circo oblongo iluminado por lo alto; los *chinos* con sus torrecillas armónicas; los numerosos establecimientos de *Vigier* y las escuelas de natacion sobre el rio Sena; los de *Tivoli* elegantes y variados; las *Neothermas*, complemento de toda magnificencia en este jénero, dan una alta idea de la civilizacion de un pueblo que disfruta tan agradables recreaciones. Ni es solo bajo este aspecto con el que deben considerarse; las ciencias físicas y químicas, haciendo aplicacion de sus admirables investigaciones, han logrado reunir en ellos las diferentes aguas minerales, sulfurosas, aromáticas, ardientes, heladas de todos los paises y de todas las especies. Barege, Baigneres, Plombieres, Aix, Spá, Bath, Neris, Saint Amand, Badén, todos los manantiales, en fin, mas famosos de Europa, han sido copiados por los májicos procedimientos analíticos y sintéticos de la química en los estanques del Tivoli frances. En las Neothermas se hallan tambien los baños *ejipcios*, en donde los bañadores, perfumados y frotados de piés a cabeza por manos ájiles, como en el gran Cairo, adquieren una gran esbeltez y soltura en sus movimientos. «*Las venerables dueñas* (dice una descripcion un poco alegre de este establecimiento) *salen de él con el rosado de la aurora, los especuladores y usureros mas comprimidos vuelven con una facilidad en sus movimientos, una movilidad en la espina dorsal capaz de dar envidia a los* Hércules *de teatro, y aun a los pretendientes del dia.*»

Añádase a todas estas circunstancias, elegantes cafés y fondas donde se sirven variados y esquisitos manjares y bebidas, jardines pintorescos, gabinetes de lectura y una sociedad numerosa y amable; todos los agrados, en fin, que puede desear el ánimo mas exijente, y se formará una idea aproximada del encanto de estos establecimientos en la capital del vecino reino. La costumbre de él, difundida jeneralmente por la moda en todas las provincias, ha dado lugar a la creacion de baños igualmente magníficos, y entre muchos que pudieran citarse baste decir que los construidos últimamente en Burdeos han tenido de coste mas de cinco millones de reales.

A este punto llegaba yo de mi discurso, cuando harto ya de revolver mamotretos, tomar apuntes, refrescar memorias y asentar especies sueltas, tiré la pluma, tomé el sombrero y me planté en la calle, deseoso de vivificar con el frescor de la mañana mi acalorada imajinacion. Pero como ella sea tal que una vez ocupada de un objeto, tarde o nunca llega a desasirse de él, enderezóme la voluntad al mismo punto y caso en que de antemano se revolvia, y me hizo

sospechar que si de pensar en los baños nacia mi ajitacian, nada como ellos podria conseguir calmarla. Y no hubo mas, sino que el alma asi predispuesta, y el cuerpo en ayunas, una vez resuelto a buscar en el agua el perfecto equilibrio de mis humores, me dirijí a la primera casa de baños que a la mano tenia.

III.

La calle de los Jardines estaba allí cerca; con que a la calle de los Jardines fué mi direccion. No era sola, a decir verdad, aquella razon de proximidad la que me inclinó a darla la preferencia; otro motivo aun mas poderoso tuvo no poca parte en mi determinacion.

Recordando con cierto placer el establecimiento de baños, acaso primitivo de Madrid, que hace algunos años frecuentaba yo en semejante temporada, deseaba saber si aun conservaba aquella disposicion sencilla y *sin disfraz* que tanto satisfacia a nuestros padres; pensaba con interes (¿se creerá?) en los estrechos y sucios aposentos, las mezquinas pilas hundidas en el suelo, la desnudez absoluta de adornos y atavíos; y procurando desechar de mi imajinacion el recuerdo de los magníficos baños estranjeros, como que intentaba rejuvenecerme en aquellas aguas, esperando hallar en ellas ¡qué delirio! el placer y la alegría de mi niñez. Mas ¡oh instabilidad de las cosas humanas!... Aquella casa matriz, aquel establecimiento inmemorial y primitivo que un dia hubo de bastar a las necesidades de la corte de dos mundos, ya no existe, y de toda su forma material, solo me pudo ofrecer sobre la puerta de entrada el nombre que en lo antiguo le distinguia: «Casa de baños del Cura.» *Hic Troja fuit.*

Por fortuna hallábame en calle donde me era facil aun escojer entre dos establecimientos semejantes, el de la *Cruz* y el de *Mena*, que podrian mui bien suplir al que buscaba. Dirijíme al primero, que me pareció semejarse mas a la sencillez *patriarcal* que la estravagancia de mi imajinacion me hacia desear en aquel momento; y con efecto, no quedó engañada mi espectativa, pues en toda su disposicion, órden y mecanismo me pareció tan idéntico al anterior, que no fuí dueño a contener la persuasion de que el alma del cura, fundador de aquel, podria mui bien haber transmigrado a la acera de enfrente.

Sin embargo, la influencia del sétimo mes del año, haciendo frisar el Reaumur con los treinta grados, la hora cómoda de la mañana, y la centralidad de la calle, habian llamado tanta concurrencia, que no cabíamos en los varios callejones de que consta aquel edificio, ni en el estrecho y menguado patinillo; de suerte que siendo insoportable el esperar un largo rato en aquel *sudatorium*, renuncié jenerosamento a bañarme en esta casa, y verifiqué mi traslacion corporal a la inmediata del rincon, que me pareció algun tanto mas en el progreso del siglo; pero mui luego hube de reconocer los mismos inconvenientes que en la anterior.

Sencillez y naturalidad en el aparato, eso sí; como podrian ser los baños en

tiempo de Adan: media docena de sillas y un arcon supletorio para sentarse; una tinaja de agua, emblema del edificio; una sala interior bien caldeadita, por supuesto, con los efluvios de los baños que la rodean; y hasta una docena de aposentos estrechos, conteniendo cada uno la menguada pila en que con dificultad una anguila podria revolverse.

Pero tambien, grande concurrencia, mucha boga, mucho favor del público. Todo estaba lleno; con que habia que tomar billete y esperar turno, y contar dos horas, sin otra distraccion que el Diario, o el espectáculo del interior del edificio, como si dijéramos el esqueleto de aquella máquina, reducido a la maniobra de dos hombres sacando agua cubo a cubo de un pozo de noventa piés de hondo para bañar al numeroso público espectador y espectante.

Yo no pude resignarme a aguardar en esta monotonía, y por otro lado, como ya habia pasado mi hora, y estaba en ayunas, y *sine Cerere et Baco friget Venus*, y en aquel sitio no se sirve mas que el agua *en seco*, recordé que no lejos de allí estaba la calle del Caballero de Gracia, en donde tiene su establecimiento el famoso *Monier*, el *Vigier* de Madrid, a quien debe este pueblo los utilísimos baños portátiles, la fonda y gabinete de lectura a la parisien; y que, últimamente, en el presente año acaba de establecer en el Manzanares una escuela de natacion y sitio de recreo bajo el nombre de *Pórtici*.

Dirijíme, pues, a los baños del Caballero de Gracia, que ya conocia; entré en el patió: la concurrencia era numerosa y elegante; pero resuelto a no salir de allí sin satisfacer mi deseo, tomé mi número 72 y me dispuse a aguardar el turno desde el 49, que era el último sumerjido. Y considerando por una regla proporcional que esto no podia menos de dilatarse un par de horas, traté de invertir este tiempo lo mas útilmente posible. El estómago obtuvo por entonces la preferencia sobre la cabeza; mas por fortuna pude complacerle con una taza de caldo y una copa de Jerez (circunstancia entre paréntesis que en vano hubiera deseado en otro de los establecimientos de esta clase en nuestra capital), con lo cual restablecidas las fuerzas físicas, pudieron las mentales recobrar su equilibrio y ocuparme en hojear algunos periódicos nacionales y estranjeros. Pero era tan vario y animado el espectáculo que el patio me presentaba, que renuncié a la política (en lo cual no tengo que hacerme gran violencia) para entregarme al *impolítico* papel de observador.

Yo no sé si será o no fundado mi capricho; pero nunca me parece mas interesante una mujer hermosa que al salir del baño. Aquel sonrosado de las mejillas; aquel aspecto de pudor, de pulcritud y de molicie; aquel andar voluptuoso y descansado; aquella satisfaccion del semblante que parece gloriarse en sus perfecciones; aquella lijereza y descuido del vestido; aquella sencillez del peinado; y sobre todo, si un largo velo encubre a medias tantas gracias, y si brillan por entre los dibujos de su bordado dos hermosos ojos españoles, ¿quién no convendrá conmigo en la exactitud de la observacion? Muchos, los mas de los concurrentes debian ser de este modo de pensar, pues no bien sentian ruido en cualquiera de los picaportes de los baños, se agrupaban en medio, y si veian aparecer una de aquellas deidades, dejábanla paso con una mezcla de admiracion,

de respeto y de amor; es verdad que por desgracia no siempre sucedia aquello, y tal solia ser la aparicion, que por miedo de verla otra vez cerraban los ojos y tornaban la espalda con mas rapidez que si fuesen deslumbrados por impreviso relámpago.

Como en semejantes sitios se hallan conservadas las tres unidades dramáticas de accion, tiempo y lugar, los circunstantes, identificados por la simpatía de situacion, se agrupan naturalmente, forman diálogos interesantes, y concurren á la accion principal sin perjudicarla por los numerosos episodios que de vez en cuando saltan a embellecerla. Esta escena, repetida todos los dias, hace nacer una intimidad, una franqueza, en que solo le aventaja un viaje en diligencia, y personas que segun el curso natural de los sucesos tardarian en la sociedad algunos años para hablarse con satisfaccion, suelen contraerla en cuatro dias frecuentando unos mismos baños. ¡Ya se ve! ¡Son tantas las ocasiones para entablar correspondencia!

La cesion de una silla, el caer de un abanico, el reir de una figura estraña, los diálogos de los mozos, el ruido del agua, el calor, el toldo, el... hasta el folletin del Diario, cualquiera de estos asuntos sirven de *pié* para entrar en relaciones con una linda mano: ademas, entre el círculo de concurrentes en Madrid a todas partes, es tan regular conocerse todos, o de vista, o de oido, o de... de cualquier modo, que las mas de las veces una simple ojeada de inteligencia dice discursos enteros; luego se recuerda una *galop* bailada juntos en Santa-Catalina o en Abrantes; se habla de la ópera y del tenor nuevo; se rie del *Maniqui*; se cuenta con la correspondiente guarnicion alguna anecdotilla del dia; se pone en berlina a la persona que acaba de salir; o se dicen dos palabras al oido acerca de la que acababa de entrar; todos estos *nadas* oportunamente colocados sirven de liga a voluntades inflamables, de iman a corazones sensibles; y luego al salir una mano ofrecida para subir al coche, una sombrilla abierta, una cortesía hecha con gracia. ¿Qué mas para acabarse de abrasar?

Mui ocupado estaba yo en estas consideraciones, mientras que figuraba leer la gaceta como si fuese cosa de interes, cuando un fuerte bastonazo sobre el papel vino a llamarme la atencion. Siguiendo rápidamente con la vista la direccion del baston, encontré que pendia de una mano pegada a un brazo de cierto amigo mio, de estos amigotes que uno tiene, que no sabe cómo se llaman pero que acostumbra a pasear y reunirse con ellos en fondas, cafés, teatros, funciones públicas, toros y casas de baños; marques sin título, militar de paisano, elegante talla, figura espresiva, traje noble, maneras distinguidas.

Este tal me saludó con la dicha franqueza, y sin hablarme mas palabra fué a conferenciar con el mozo; es cierto que no pude entender lo que decian; pero sí repare en el recien llegado un aire de distraccion e impaciencia, intermediados por algunas miradas dirijidas a cierto baño cerrado que tenia yo a mi izquierda. Revolviame en conjeturas para adivinar la causa de aquella distincion, cuando abriéndose de repente el baño, acertó a salir de él una elegante figura de dama semejante al bosquejo que arriba queda trazado; hizonos una profunda inclinacion, y aun estaba yo correspondiendo a ella, cuando el mozo llamó en alta voz

al número 72. — «Aquí está,» —contesté precipitado echando mano al bolsillo; pero aun no habia acabado de articularlo, y ya el amigo del bigote me tenia agarradas entrambas manos, y me conjuraba por *nuestra amistad* que le cediese el número, pues que le iba *la existencia* en entrar en aquel baño. Yo no dejo de ser complaciente, pero esto de irse sin bañar despues de dos horas de espera, era algo fuerte; sin embargo, tales fueron las instancias, tales las protestas del camarada, que me ví obligado a hacer con él un convenio; cual fué dejarle el billete, cediéndome él su coche para trasladarme a otros baños; y sin volver atras la cabeza salí renegando de la casa y de la fatalidad de ser amigo de todo el mundo.

¡Qué necedad! (iba diciendo entre mí) ¡estraño modo de alimentar una pasion! ¡bañarse en el mismo baño que la persona amada! ¡este es el *non plus ultra*, el necio ideal del amor! Pero entre tanto ¿será posible que esté yo condenado por todo el dia al suplicio de Tántalo, viendo el agua sin poder disfrutarla? ¿será posible...?

— «¿Adónde, señor?»

— «A la mejor casa de baños de Madrid;» —y cerró la ventanilla y me dejó en paz.

Estaba yo ya cansado de establecimientos mezquinos y de baños de sol, de sudor, y de vapores; y necesitaba respirar libremente y predisponer mi piel a la impresion del agua; ignoraba adónde el cochero me llevaria; pero siéndome conocida la elegancia de su amo, supuse que estaria versado en este como en otros puntos, y con efecto no me engañé, viéndole dar cabo a nuestro viaje delante de una casa de moderno y elegante aspecto por detras de la parroquia de Santiago. — «Estos (me dijo al apearme) son los baños de la Estrella.»

Un poco tarde, es verdad, amanecia para mí; pero me dí por satisfecho de los pasados disgustos, cuando abriendo la persiana descendí por uno de los ramales de la doble escalera al salon de descanso. Al observar la bella disposicion del edificio; su bien entendido compartimiento, el sencillo y elegante adorno del salon, la frescura del patio, los modales de los encargados del servicio, me felicité de encontrar este progreso en nuestra capital; y deseoso de comunicar con alguien mi sensacion, me dirijí a un sujeto mui formal que acababa de dejar un periódico: entablamos, pues, un dialogo apolojético de la casa, del cual vino a subseguirse el contarle yo mis cuitas de aquella mañana.

— «No lo estraño (me decia el descansado caballero): yo soi un bañador veterano, que heredé esta costumbre de mi padre, que era de Valencia, y así que, conozco por menor todos los establecimientos de Madrid, y podria escribir la historia de su fundacion. Figurarian en ella en primera línea los que usted visitó esta mañana, que se abrieron durante mi juventud con grande asombro de nuestra poblacion, acostumbrada hasta allí a bajar por sendos nueve dias a sumerjirse en el frio y seco Manzanares, bajo las casillas de estera que hoi han quedado únicamente como patrimonio de modistas y artesanos; diríale tambien algo del famoso *Berete*, de su célebre casa en la plazuela de Lavapiés, y de la concurrencia que supo atraer a su puerta, nunca desocupada en aquel tiempo de

calesines, y simones peseteros, y hoi reducida al privilejio de refrescar, por la módica suma de cinco reales, las estericoridades de las abonadas de la calle de la Comadre, o del rollizo tabernero del contorno. Todos los baños públicos de Madrid pasarian mi *revista de inspeccion*; los de la calle de la Flora, limpios, aunque mezquinos; los cesantes de la Victoria en la Puerta del Sol: los antiguos de Santa-Bárbara, que pretenden curar todas las enfermedades y otras muchas mas; los vecinos de Oriente, mas abajo de estos, que fueron los primeros que dieron a conocer en Madrid el verdadero gusto y comodidad de estas casas; las suntuosas pilas romanas de la puerta del Conde-duque, para el servicio sin duda de los vecinos de Hortaleza o Fuencarral; estos, en fin, en que estamos, que segun mi corto saber y entender son los mejores, y que han tenido la prerogativa de fijar mi *thermophila* persona.»

—Todo esto está mui bien, replicaba yo, y sin duda que revela un adelanto en la civilizacion de nuestro pueblo; pero ¿qué es ello todavía? Una docena de establecimientos entre buenos y malos, y en todos ellos como unas ciento cincuenta pilas para servicio de un pueblo de doscientas mil almas. ¿Qué comparacion tiene con lo que se ve en otros paises? Y sin hablar mas le dí a leer la parte primera de este artículo.

A este tiempo llaman a mi número, y al entregar mi billete ábrese la persiana y baja precipitado la escalera mi amigo, el marques, el de los baños de allá bajo, el del trueque, el....

—¿Cómo, qué es esto, viene usted a disputarme la vez aqui tambien.....?

—No, amigo mio, vengo a abrazar a usted, vengo a darle las gracias porque me ha proporcionado la mayor felicidad.... lea usted.... lea usted.. y me dió a leer un pedacito de papel en que habia mal escritas con lápiz estas palabras misteriosas:

—«*Esta noche.... a las nueve.... dos golpecitos a la puerta...., fidelidad, amor y secreto.*»

—¿Y qué tiene que ver con....?

—Detras del espejo del baño; ¿qué quiere usted? ¡el amor....! este es un medio como otro cualquiera.

—Ya no me estraño de que usted tuviera tal interes....

—Sí, amigo mio, todo lo debo a su bondad. Pero vaya usted, vaya usted al baño; yo le aguardaré para conducirle en mi coche, y de paso podré contar a usted toda la historia. Advierta usted que se le recomienda el *secreto*.

—¡Ah! pero entre amigos íntimos....

—Tiene usted razon, señor de.... ¿Cómo es su gracia de usted?

Entré en la pieza del baño, encontré en ella sillas para sentarme y colocar mi ropa, una mesa para poner el dinero y el reloj, espejo, cepillos, peines, sacabotas, una pila hermosa de alabastro: ¡yo estaba absorto....! creia no encontrarme en Madrid ...; por fin, me metí en el agua y.... callé.

(Agosto de 1835.)

EL SOMBRERITO Y LA MANTILLA.

Los autores estranjeros que han hablado tanto y tan desatinadamente acerca de nuestras costumbres, al describir el aspecto de nuestros paseos y concurrencias, han repetido que la capa oscura en los hombres, y el vestido negro y la mantilla en las mujeres, presta en España a las reuniones públicas un aspecto sombrío y monótono, insoportable a su vista, acostumbrada á mayor variedad y colorido.

Hasta cierto punto preciso será darles la razon, y acaso esta es una de las pocas observaciones exactas que acerca de nosotros han hecho. Y decimos hasta cierto punto, porque el mas preocupado con esta idea no dejaria de sorprenderse al ver la notable revolucion que de pocos años a esta parte ha verificado la moda en el atavío de damas y galanes españoles. El Prado de hoi no es ya ni por asomo el Prado de 1808, ni aun el de 1832: ¡tales y tan variados son los matices que han venido a modificar su fisonomía! Con efecto, no es ya la uniformidad el carácter distintivo de aquel paseo; las leyes de la moda, encerradas antiguamente en ciertos límites, dejan ya mas vuelo, mas movimiento a la fantasía; en esto como en otras cosas se observa el espíritu innovador del siglo; y ante su influencia terrible, que hace ceder las leyes y los usos mas graves apoyados en una respetable antigüedad, ¿cómo podria oponer resistencia la débil moda, variable de suyo y resbaladiza? Es sin duda por esta razon por la que convencida de su impotencia, ha abdicado su imperio, resignándolo en otra deidad menos ríjida: es a saber, *el capricho.*

Desde que este último ensanchó los límites del imperio de la moda, nada hai estable, nada positivo en ella; huyeron los preceptos dictados a la fantasía: cada cual pudo crearlos a su antojo, y el buen gusto y la economía ganaron notablemente en ello. De aqui nace esa variedad verdaderamente halagüeña en trajes y adornos: el vestido dejó de ser ya un hábito de ordenanza, una obligacion social; en el dia es mas bien una idea animada, una espresion del buen gusto y hasta del carácter de la persona que le lleva. No es esto pretender erijir en

principio la sabida aplicacion de los colores a las pasiones; hartos estamos ya de celos azulados y de verdes esperanzas; pero en la combinacion de todos ellos, en el dibujo, en el corte del vestido, ¿ quién no reconoce aquella espresion del alma, aquella parte animada que podremos llamar *la poesía del traje?* Y siendo este libre, como lo es en el dia ¿por qué hemos de dudar que tenga cierta analojía con las inclinaciones de la persona? Asi los anchos pliegues, las mangas perdidas, los ajustados ceñidores serán adoptados con preferencia por las damas altisonantes y heróicas; la sencillez de la inocencia escojerá el color blanco, las gasas y las flores; la coquetería las plumas; el orgullo los diamantes, y la frivolidad y tontería..., ¿pero qué escojerá la tontería que luego no se dé a conocer?

Semejante observacion no podia tener en lo antiguo exactitud, pues como queda dicho, la voz de la moda avasallaba todas las inclinaciones, hacía callar todas las voluntades. Arrastrados a su terrible carro, veíanse correr hombres y mujeres, jóvenes y viejos, grandes y pequeños; la figura raquítica y la colosal se doblegaban bajo las mismas formas: la morena tez se ataviaba con los mismos colores que la blanca: la esbeltez del cuerpo sufria los pliegues que plugo darle a la obesidad: el hermoso cuello jemia bajo el yugo que disimulaba el feo; y la rubia cabellera usaba los mismos lazos que tan bien decian a la del color de ébano.

¿Qué significaba entonces el vestido relativamente a la persona que le llevaba? ¿Qué queria decir una jóven fria y sin gracia vestida de andaluza? ¿qué una desenfada malagueña cubriendo los zapatos con la guarnicion de su vestido? Nada, absolutamente nada, solo que *era moda*: que la modista o el sastre lo querian; el traje no era mas que la espresion; el sastre la idea.

¡Qué diferencia ahora! El albedrío es libre en la eleccion; el refinamiento de la industria ofrece tan portentosa variedad en las telas y en las formas, que seria ridículo hasta el pretender reducirlas a precepto. Sin negar las debidas aplicaciones, el color negro no tiene ya respecto al gusto preferencia alguna sobre los demas; la seda sobre el hilo; el bordado sobre el dibujo. Recórranse, sino, esos surtidos almacenes, obsérvese ese Prado, y dígtense despues reglas fijas e invariables: telas de todos los colores y dibujos, trajes de todos los tiempos y naciones, han sustituido a la inveterada capa masculina, a la antigua basquiña femenil, y en variedad hemos ganado, cuanto perdido en nacionalidad o españolismo.

Una de las innovaciones mas graves de estos últimos tiempos es sin duda la sustitucion del *sombrerillo* estranjero en vez de la *mantilla*, que en todos tiempos ha dado celebridad a nuestras damas. En varias ocasiones se ha procurado introducir esta costumbre; pero el crédito de nuestras mantillas ha ofrecido siempre una insuperable barrera. El sombrero era un adorno puramente de corte; como los uniformes y las grandes cruces *imprimia carácter:* no hace muchos meses que una señora *de gorro*, era equivalente a una señora *de coche*, y si tal vez se atrevia a pasear indiscretamente el uno sin el otro por las calles de Madrid, corria peligro de verse acompañada por la turba muchachil y chilladora. Unicamente saliendo al campo por temporada, la esposa del rico comerciante o la hija del propietario, osaban aspirar al adorno de la aristocracía, al sombrero; y eso para lucirlo en las heras de Carabanchel o en los baños de Saceden. Hoi es otra cosa;

la mantilla ha cedido el terreno, y el sombrerillo, progresando de dia en dia, ha llevado las cosas al estremo que es ya miserable la modestia que no logra envanecerse con él.

¿Hemos ganado ó hemos perdido en el cambio? Hai quien dice que presta gracia al semblante, y quien supone que oculta lo mejor de él; quien sostiene que las bonitas estan mas bonitas, y quien asegura que las feas estan mas feas, quien cree que es moda de niñas, y otros que la acomodan a las viejas; los maridos la encuentran cara; las mujeres sostienen que es económica; unos piensan que es moda de invierno; las madrileñas la han adoptado en verano; cuáles estan por las flores, cuáles por la paja; estas por el gró; aquellas por el raso ¡Terrible alternativa! ¡profunda y dificilísima cuestion!

Todas estas reflexiones y otras muchas mas se habian agolpado a mi imajinacion a consecuencia de un suceso que acababa de presenciar; y como el corto espacio no me permite esplayarle, limitaréme a indicar lo mas sustancial de él.

Dias pasados tuve que ir a visitar a la familia de mi amigo D... (pero el nombre no es del caso, pues que por ahora no ha de salir a la escena). La antigüedad de mis relaciones de amistad con aquella familia, y la franqueza de mi carácter, me hacen ser un consultor nato de la casa, reducida al matrimonio respetable y a una hija única que frisa con los diez y nueve abriles, y a quien por lejítimo derecho vienen a parar los 4000 pesos de renta que posee el papá, lo cual presta a sus lindas facciones nueva perfeccion y rosicler.

La ocasion era solemne, y como consejero áulico, fuí llamado para conferenciar *en familia*. Un cierto jóven caballero, primo de la niña, y por consiguiente sobrino de su tio, acababa de llegar aquella mañana de vuelta de sus largos viajes, emprendidos despues que dejó el colejio de *Blois* y la *Escuela politécnica*. Este primo, pues, regresaba a su patria a los veinte y seis años, habiendo pasado fuera de ella los quince últimos; era elegante e instruido, bella figura, considerable caudal; con que no hai que decir si el partido era ventajoso para una prima que podia ofrecerle cuando menos iguales cualidades. Asi lo debió sin duda de pensar el papá, y al efecto nada perdonó hasta conseguir traerle a Madrid y a su misma casa. ¡Amor de padre!

Pocas horas hacia que el estranjerísimo viajero habia llegado, cuando yo entré en la casa; aquel se habia retirado a descansar, y las damas madre e hija se hallaban regañando a la sazon con una modista sobre el corte de ciertos vestidos y sombreros que traia a prueba: apenas hicieron alto de mí, de manera que mientras duraba aquella *polémica* tuve tiempo de ponerme al corriente de la sostenida por nuestros periódicos; por ahí puede calcularse lo que duraria la tal sesion; pero de toda ella solo pude venir en conocimiento de la importancia que daban al atavío con que pretendian deslumbrar al elegante viajero.

No entraré en detalles sobre los demas diálogos y escenas que mediaron con este luego que nos sentamos a la mesa, ni sobre su cortesía y atencion con las damas, atencion que respecto a *Serafina* (que asi se llama la criatura) tenia todo el carácter de la mas fina galantería.

—«¡Es encantadora! me decia por lo bajo; pero lo que mas me sorprende es

que me parece una de nuestras bellezas parisienses; la misma espresion, los mismos modales, el mismo metal de voz... ¡Y temia yo tanto no encontrar una española que me gustase!»

—Sin embargo, le contestaba yo, no hai que desanimarse, amiguito, acaso no será la última.—

Era ya la hora del paseo, y nuestras damas nos hicieron avisar de que estaban dispuestas a salir. Dejáronse, pues, ver en todo el lleno de su atavío, y es preciso confesar que no habian tenido razon para reñir a la modista: el mayor gusto y elegancia habian dirijido su hábil tijera; rasos lisos y floreados, blondas esquisitas, bordados y pedrerías, nada se habia economizado en aquel momento; pero sobre todo me llamó la atencion el gracioso sombrerillo de la niña, que oponia la elegante sencillez de sus flores y espiguillas al complicado laberinto de plumas y cintas del de la mamá.

El amigo estaba satisfecho; las señoras tambien; yo igualmente; con que todos lo estábamos: en esta conformidad nos íbamos a dirijir al Prado, cuando acertaron a llamar a la puerta. Abrese esta y aparece *Paquita*, la prima de Serafina, que con su papá y hermanos venia a saludar al recien venido (tambien su pariente), y a convidarle a la funcion de toros de aquella tarde... ¡Ah!... se me habia olvidado que era lunes y que habia funcion de toros.

Rico y elegante zapatito de raso, encerrando sin dificultad el breve pié; delgadísima media delicadamente calada; redondo y bien cortado vestido, guarnecido por todo su vuelo de brillante y móvil fleco y cordonadura; un ajustado corpiñito abrazando una cintura esbelta y delicada, y adornado de la misma guarnicion en los hombros y becamangas; un pañuelito al cuello recojido con sendas sortijas sobre cada hombrillo, y correspondiendo por su color con la rosa de la cabeza; y una mantilla, en fin, de blonda blanca, cruzada con garbóso brio sobre el pecho, dejaban contemplar desembarazadamente un cuerpo digno de las orillas del Betis, un semblante de diez y siete a diez y ocho, unas facciones picantemente combinadas, una tez de un moreno suave, y un par de ojos árabes, en fin, que no hubieran figurado mal en el paraiso de Mahoma.

Tal era la nueva interlocutora que se presentaba en aquel momento en nuestro cuadro; y si era temible y digna de figurar en primer término, dígalo el enmudecimiento jeneral que ocasionó, y mas que todo el asombro y distraccion que se leian en el semblante del recien venido.

Cambió la escena: la cortés galantería de aquel se trocó en indecision y aturdimiento; la satisfaccion de Serafina y su madre, en temor y aire receloso, y solamente yo ganaba en el cambio, porque amagado, como lo estaba, de haber de dar conversacion toda la tarde a la mamá, sospeché desde luego que tendria que hacer los mismos oficios con la hija. Y por cierto no me equivoqué; ni durante el camino, ni mientras la funcion, ni al tiempo del regreso, fué posible tornar en sí al preocupado caballero, ni hacerle recuperar respecto de las damas de casa el lugar que ocupaba por la mañana; de suerte que era preciso ser mui poco conocedor para no anticipar el resultado de aquel negocio.

Mi curiosidad natural me llevó a la mañanita siguiente a esplorar la disposicion

de los ánimos, y aunque no dejé de observar alguna nubecilla, resto de la pasada escena, encontré algun tanto restablecida la armonía, y al caballero en disposicion de acompañar a las damas a su paseo matutino por las calles de la capital. No lo estrañé, a la verdad, porque el aspecto de Serafina en tal momento era capaz de fijar a mas de un inconstante. Su lijero y blanquísimo vestido de muselina, sin mas adorno que la sencilla esclavinita sobre los hombros, un gracioso nudo a la garganta y un sombrerillo de paja de Italia en la cabeza, la hacian aparecer tal a mi vista, que si fuera Chateaubriand no dudaria en compararla a *la vírjen de los primeros amores*.

Mas..., ¡oh *fuerza del sino*, o mas bien sea dicho de las femeniles combinaciones! La segunda prima, que sin duda se creia mas adecuada para el carácter de prima que para el de segunda, vuelve a aparecer de repente.

Su traje era un sencillo hábito negro mas fino por cierto que el que podrian usar las vírjenes del Carmelo, pero con el escudo distintivo en una de las mangas; un ajustado ceñidor de charol desprendiéndose hasta el pié; una mantilla de rico tafetan, cuya elegante guarnicion servia de dosel a la cintura; el pelo recojido tras de la oreja; y una cara..... la propia cara, en fin, espresiva y revolucionaria de la tarde anterior.

Queda dicho: las mismas causas producen siempre los mismos efectos: el caballero volvió a aturdirse; las damas a anublarse; yo a cuidar de la amable Serafina; y cuando a la vuelta del paseo pude tener mi esplicacion con el galan, llegué a conocer que el mal no tenia ya remedio, que la mas profunda e irresistible impresion era a favor de Paquita; y argumentándole como buen amigo en favor de las gracias de su prima, concluyó con decirme que las reconocia; que hubiera podido resistir a los encantos naturales de su rival; pero que le era imposible, absolutamente imposible, triunfar de *su mantilla*.

(Setiembre de 1835.)

Á PRIMA NOCHE.

Fama es jeneral, y aun pudiera decirse fundada, la que atribuye a los españoles la jenerosidad como una de las bases distintivas de su carácter. Jenerosos somos en efecto, en el sentido mas lato de esta palabra, jenerosos y aun pródigos en los gastos necesarios y superfluos: dígalo nuestra deuda nacional, nuestras oficinas, nuestros palacios, iglesias y monumentos. Pródigos tambien somos en las hipérboles y demas figuras retóricas, y de ello podrian dar testimonio los entusiastas historiadores, los encomiásticos poetas, y tantas alocuciones, esposiciones y manifestaciones como vemos diariamente; y que pudieran, recojidas con cuidado, servir de formulario jeneral y completo de proclamas para todos los paises del globo.

Pero en medio de nuestra prodigalidad, de nada somos tan pródigos como del tiempo, y nada en efecto sabemos desperdiciar con mas garbo y bizarría.

Las naciones industriosas han considerado el tiempo, como el mas precioso de los capitales. Nosotros, jeneralmente hablando, le consumimos como réditos de nuestra existencia. La frase española de *hacer tiempo* equivale a perderle en cualquiera lengua; y un lijero paseo por nuestra capital (adonde la cortedad de nuestra vista nos limita) probaria mucho mas que todos los discursos aquí estampados.

¿Qué hace, v. gr., esa turba parásita de plantones fijos en la Puerta del Sol interrumpiendo el paso de los transeuntes, aprendiendo de memoria los carteles, mirando al reloj, u oyendo cantar a un ciego?—Está *haciendo tiempo* para pasar a otro lado a ocuparse en trabajos semejantes.

¿Qué espera aquel almibarado petrimetre, dije habitual de una elegante tienda de la calle de la Montera, parte integrante de su aparador, emblema de su muestra, y fiel contralor de sus operaciones mercantiles? ¿Muévele algun interés en estas, o el deseo de hacer observaciones económicas o morales?—Nada menos que eso: está *haciendo tiempo* para que un marido vaya a la oficina, y correr a consolar a la esposa, que le espera *haciendo tiempo* al balcon o ensayando al espejo la nueva combinacion del prendido.

El esposo entretanto sentado en su silla burocrática, ejercitando su pulso en bravos rasgos y jeroglíficos, recortando en pico el pelo de las plumas, paseando la badila al rededor del brasero para darle la forma piramidal, formando cigarrillos que ofrece a sus compañeros, y disertando a la ventana mientras los fuma sobre la órden de la plaza o sobre la corrida de toros, *hace tiempo* de que venga el jefe a echar reprimendas al portero, atar y desatar legajos, tirar de la campanilla, y *hacer tiempo* de que den las dos para tomar el sombrero.

¿Qué espera aquel majistrado hundido en su sillon carmesí, la cabeza sobre el respaldo y los ojos elevados al cielo? ¿Medita sobre la defensa en que el abogado con frases anfibolójicas ha hecho una hora de tiempo para martirizar un pensamiento?—Pues no señor, *está haciendo tiempo* de que el portero que jugaba a los naipes con los lacayos de S. S , abra con estrépito la mampara digiendo: *Señor, la hora.*

¿Qué busca el obrero paseando sus miradas desde el caballete de un tejado con la piqueta alzada y la otra mano estendida en ademan de comunicar sus órdenes a la cuadrilla? ¿Inventa acaso un corte mas ventajoso, una operacion mas fácil que le economice tiempo y trabajo?—Nada menos que eso: su vista penetrante, salvando los tejados y chimeneas, se fija en la torre de la Trinidad, y tarareando alegremente el antiguo romance

«Medio dia era por filo,
las doce daba el reloj,
comiendo está con sus grandes
el rei Alfonso en Leon.»

siente la primera campanada, arroja simultáneamente la piqueta, y desciende por el andamio como aliviado del peso del trabajo, corriendo a reunirse con su cara consorte, que sentada al sol a la puerta de su casa calle de lá Paloma, *hace tiempo* de que se salga el puchero, o que caiga en la lumbre el chicuelo revoltoso o el gato dormilon.

En ningunos momentos es mas perceptible este vacío universal, este *dolce far niente* (que dijo el Toscano) como en los que constituyen las primeras horas de la noche: no basta a nuestra apática indifereneia el interrumpir indiscretamente el trabajo del dia con la solemne operacion de la comida a las tres; no es suficiente a nuestro reposo la segunda noche, improvisada en la siesta, ni el paseo de ordenanza, hasta que la luz del dia llega a estinguirse: es preciso aun perder otro par de horas en un café, o sentados en derredor de una mesa de villar, o corriendo las calles sin direccion, o a la puerta de una tienda de confianza.

Si al cabo estas horas importantísimas, ya que no las ocupáramos en asistir a las academias y liceos, ya que prescindiéramos de todo trabajo mercantil o artístico, fueran empleadas en intimar nuestra sociedad, no aquella sociedad pública y ficticia, disputadora y pedantesca que se encuentra al rededor de un ból de ponche o con el taco en la mano; sino aquella grata franqueza que solo se halla en el interior de las familias que nos son conocidas; aquella sociedad en que podemos aparecer tal cual somos sin riesgo de comprometernos ni de ofender a los demas; aquella compañía, en fin, amable y sin pretensiones que forma la verdadera amistad, el amor y los lazos mas dulces y duraderos, aun pudiera darse por bien empleado tal solaz.

Burlámonos de nuestros antepasados porque tocando lijeramente en las botillerias o cafés para solo el acto de refrescar, se retiraban a sus casas despues de anochecer para recibir en ellas a sus amigos verdaderos, y pasar algunas horas en sabrosas pláticas o en juegos permitidos. Es la verdad que en la antigua botillería de *Canosa* o en la de San Antonio de los Portugueses no encontraban mesas de mármol, ni columnas, ni relieves, ni arañas de cristal, ni espejos, ni aparadores como en nuestros cafés del dia; es la verdad que una estrecha mesa, y un banco mas estrecho aun, un candilon de cuatro pábilos, un vaso de campana y un cestillo de bizcochos, eran todo el aliciente que ofrecian aquellas lóbregas salas; pero a la vuelta de esto las bebidas eran escelentes, la concurrencia jeneral, y los escasos momentos de permanencia en ellas hacian llevaderas

aquellas faltas. No hallaban allí, es cierto, periódicos que leer, políticos con quien disputar, literatos a quien engreir, militares que temer, ni crónica escandalosa que comentar; pero en cambio no ensordecian con el ruido infernal de las disputas; no adquirian los modales de mal tono; no se acostumbraban a repetir frases indecorosas; no se impregnaban en el pestífero olor del tabaco, y sobre todo no perdian lastimosamente el tiempo.

—Buenas noches, señor *Curioso Parlante*.

—Buenas noches, don Pascual.

—¿Qué hace usted?

—Escribir.

—¿Y a quién?

—Al público.

—Escelente corresponsal, aunque algo sordo; ¿y se puede saber sobre qué?

—Veálo usted.—Y le alargué el papel mientras *hacia tiempo* de que lo leyese saboreando un purísimo habano. ¡Ah!... tambien me sirvió este tiempo para informar a mis lectores de que este interlocutor es aquel mismísimo don *Pascual Bailon Corredera*, de que ya tienen conocimiento, si han leido mis anteriores artículos de los *Cómicos en cuaresma* y *La capa vieja*.

—Todo eso está mui bueno, me replicó don Pascual, alargándome el papel despues de haberlo leido; pero ¿quién le mete a usted a censor moralista? ¿pues hai cosa mejor que estas costumbres de prima noche? Míreme usted aquí: son las nueve, ¿no es verdad? pues si yo le contára a usted lo que me ha pasado mientras estaba *haciendo tiempo* para venir a quitarle a usted el suyo, habia de reformar su opinion.

Por de pronto luego que empezó a anochecer, y que los árboles del Prado atraian a su atmósfera una humedad perniciosa, reflexioné que en ninguna cosa podria emplear los momentos como en refrescar mis fauces resecadas con el polvo y la ajitacion del paseo. El inmediato salon de *Solís* me ofrecia su socorro; pero era tal la concurrencia de los que calcularon como yo, que no me fué posible proporcionar una silla, y a la verdad no lo sentí, pues esto me ofreció la ocasion de ir a saborear cerca del famoso repostero *Amato* un esquisito *sentillé* a la rosa. ¡Figúrese usted lo dulce que es un *sentillé* a la rosa, tomado de una linda sala, viendo sucederse alternativamente la elegante concurrencia de damas y caballeros que descendiendo de brillantes carretelas, llegan a rendir el tributo de su admiracion a aquel amable Anfitrion. Por desgracia esta operacion no puede prolongarse mas que un cuarto de hora. ¡*Sic transit gloria mundi!* y al cabo de él ¿qué remedio? abandonar aquel elegante recinto y buscar en otro sitio nuevas sensaciones.

¡La política! ¡qué campo tan inmenso para el observador! por fortuna el café *Nuevo* sale al paso. ¡Estrépito! ¡confusion! ¡qué noticias supe allí! ¡qué discursotes escuché! ¡qué planes para concluir la guerra! ¡cómo diserté, y argüí, y parecia un Bernadotte; pero me dolia la cabeza, y no tuve otro remedio que ganar las escalas de Levante, quiero decir, que subí la escalera del café de aquel nombre.—Transicion, contraste romántico;—1835 y 1805.

Para descargar la cabeza no hai como sentarse a jugar una partida de ajedrez con un escribano; pero la bóveda de mirones que se forma sobre nuestras figuras, encerrándonos herméticamente, no nos dejaba respirar. El humo del cigarro, el del café (que por cierto es escelente), el monótono ruido de los peones y damas, de las bolas y tacos, de los dados y fichas...; quédese para otro dia la partida: pasemos a la sala del villar: ¡aquella sí que es tranquilidad! Círculo inamovible al rededor de la mesa, senado mudo, espresivas fisonomías, escena original iluminada por lo alto, digna del pincel de Teniers. ¿Y todo para qué? para observar los movimientos de dos bolas redondas impelidas por discursos mas redondos aun. *¡Oh raras hominum mentes!*

Los próximos salones de Lorencini y la Fontana me ofrecian un espectáculo demasiado *clásico*, compuesto de antiguos abonados que disertaban sobre el cólera del año pasado o la contribucion de paja y utensilios del actual; pero ¡una formalidad!... dénme la broma y el ruido y.... vamos, no hai otro café del *Príncipe* en el mundo: alli sí que hai que ver, que escuchar... ¿Quiere usted política? todos los correos se apean en este *Lloyd* madrileño. ¿Estima usted el derecho público? escuche usted a un centenar de abogados. ¿Diplomacia? antigua y moderna, a escojer. ¿Moral? alli sí que se saben aventuras. ¿Poesía? el parnasillo moderno está alli. ¿Periodistas? las gradas de san Felipe hablando. ¿Romanticismo? ¡es una Venecia! ¿Goces materiales, bebidas? medio sorbete, sorbete poético por dos reales. ¿Tono rigorista? al café de en frente o al villar del Morenillo.

Todo cansa, sin embargo, y yo lo estaba ya a mas no poder de aquella batahola; pero el reloj *no marchaba*, y todavía no eran mas que las ocho, segun me anunciaba estrepitosamente el ruido de la retreta partida en distintas direcciones de la Puerta del Sol con gran séquito de desgreñadas Andrómacas que marchaban al compas de las cajas de guerra.

Huyendo como es natural de toda aquella bulla que por la calle de Alcalá se dirijia al cuartel, me detuve involuntariamente en la calle de Peligros, y alli donde en historiado retablo se ostenta a la pública veneracion el abogado de las cosas perdidas, hice alto un momento para reflexionar mi direccion. ¡Ai señor Curioso, y cómo quisiera tener aqui su pincel para bosquejarle las sombrías escenas que presencié! Créame usted; pocas figuras de contradanza o de mazurca salen tan bien ensayadas como las que formaban a mi vista las compaseadas manolas con su figura ondulante y campanil, y los listos aficionados al ojeo, apareciendo y desapareciendo alternativamente por las bocas calles de Hita y de Jitanos, de Peligros y san Jerónimo, del Príncipe y de la Cruz; mas como la oscuridad de la noche y la escabrosidad del terreno permitian ocultarme sus movimientos, y como por otro lado recuerdo que ya usted nos ha descrito estas evoluciones en su romance de *El paseo de Juana*, nada mas añadiré, ni me empeñaré en seguir paso a paso a las sensibles parejas que tomaban puerto franco en una tienda de vinos, harto escasa en verdad de picaportes y cerrojos, gracias a la previsora susceptibilidad del dueño; ni tampoco a las filarmónicas ambulantes, que paradas delante de un ciego cantante tendian su tela como las arañas en una esquina, no sin gran concurso de moscones embozados; ni en fin, a las que al entrar con la

terciada mantilla en la bulliciosa tertulia tabernaria, reanimaban aquella báquica reunion. Esta escena por sí sola, que contemplé parado delante de una de la calle de Toledo, merece un artículo aparte y prometo contárselo a usted.

—Recojo la palabra

¿Y despues de lo dicho llamará usted perderle esta manera de *hacer tiempo*? No, sino vénganos ahora a encarecer los círculos y sociedades, las academias y liceos estranjeros. ¿Querria usted, por ejemplo, que los literatos y aficionados tuviesen aqui tertulias privadas donde reunirse a tales horas para charlar sobre sus obras? ¿Propondria que el pueblo encontrase espectáculos baratos a que acudir para ver las habilidades de un físico, o las patochadas de un arlequin? ¿Desearia que las bibliotecas estuviesen abiertas a semejante hora y que fuera lícito a entreambos sexos el concurrir a ellas? ¿Encomiaria, en fin, las tertulias de confianza con sus juegos de prendas y sus amores platónicos? ¡Fuego en las tales! ¿Mas dónde existen ya?

Acérquese usted, sino, a casa de su amigo *don Melquiades Revesino*.—La puerta cerrada... si serán dos golpes, si serán tres... vayan dos.—¿Quién es? (pregunta una destemplada vieja desde el piso tercero.)—Un hombre.—¿A qué cuarto va usted?—Al segundo.—Y cierra el balcon y se queda usted en la calle.

—Demos que le abre *de caridad*; demos que luego se sube a su cuarto; demos que tira usted la campanilla del segundo; y que no estan las señoras, y que solo le responde el falderillo que ladra, y que en fin no hai nadie en casa... ¡Pues cierto que es rato divertido el encontrarse en una escalera a escuras o con el portal cerrado!

Pero animase usted a descolgarse *por via de recurso de apelacion o como mas haya lugar* a casa del abogado don Pánfilo. Mire usted a toda la familia asustada con su visita estemporánea, y preguntarle ¿qué es esto, don Fulano? ¿usted por aqui? ¿qué novedad es esta? ¿hai algo nuevo? ¿ha sucedido alguna cosa?—Nada, señores, el deseo de ver a ustedes.—Vaya, no es posible; muchacha, Margarita, tira esa labor, acércate; y tú, Toribio, avisa al amo, que está en el despacho.—No le incomode usted.—Quita tú ese velon y trae unas velas.—Señoras, de cualquier modo.—En fin, que observa usted (y es fácil de conocerlo) que ha venido a incomodar, y por cubrir el espediente, como si dijéramos por *hacer tiempo*, tiene que improvisar una semi declaracion a la niña.

Pero qué ¿está usted ahí escribiendo jeroglíficos mientras yo hablo? ¿Está usted *haciendo tiempo* tambien?

—Nada de eso; estoi haciendo mi artículo, o por mejor decir, usted le está haciendo por mí, pues que solo escribo en taquigrafía lo que usted va hablando.

—¿De veras? ¿Y qué ha salido ello?

—Ha salido lo que yo deseaba; un rasguño de Madrid *a prima noche*, que habrá de suplir a falta de otro mejor.

—¿Cómo?

—Sí, amigo; yo habia bosquejado el paisaje, usted le ha dado la animacion.

(Octubre de 1835.)

ESCENAS MATRITENSES.

EL OBSERVATORIO DE LA PUERTA DEL SOL.

INTRODUCCION A LA SEGUNDA SERIE.

Lo mejor del mundo es la Europa (¡cosa clara!); la mejor de las naciones de Europa es la España (¡quién lo duda!); el pueblo mejor de España es Madrid (¿de veras?); el sitio mas principal de Madrid es la puerta del Sol... *ergo*, la Puerta del Sol es el punto privilejiado del globo.

Este terrífico argumento tan convincente y sin réplica, no es mio: es de un doctor de Alcalá, hombre fuerte en esto del razonar, que con las armas de su lójica y el auxilio de unos buenos pulmones, metia mucho ruido años atras en las aulas celebradas de la universidad complutense, y a cuyas ingeniosas decisiones y engalanados absurdos inclinábanse hasta el suelo las borlas y muceta y se encojia de hombros la estatua de la verdad.

Tenia, pues, mi doctor, una gran secuela de apasionados admiradores, que así que él ponia en circulacion una de estas sentencias garrafales, dábanse luego maña a engalanarla y pulirla; y así dispuesta, ostentábanla con enfasis a los ojos del vulgo, hasta que quedaba sancionada por el uso y por el abuso, como axioma práctico y verdad especulativa.

Yo, que por entonces a los pocos años juntaba una dosis regular de presuncion, no era de los mas flojos en esto del *sed sic est*, y para mi tanto mayor era el argumentante cuanto mas temerario el argumento; y el de mi dómine, que arriba queda estampado, lo quedó tan hondamente por entonces en mi blando caletre, que vino a ser como la clave de mi conducta futura. Y procediendo por el órden lójico de mi maestro, hice abstraccion de los demas hombres para dedicarme a estudiar los hombres que me rodeaban; prescindí de las demas partes del mundo, y me contenté con asomarme a Europa; regresé a nuestra España como el suelo mas privilejiado de aquella; y torné a Madrid como corte y lugar principal de España; con lo cual y con asentar mis reales en la famosa Puerta del Sol y esta-

blecer mi atalaya dominando la cubierta del Buen-Suceso, hallé que *lójicamente*, y al decir de mi maestro, me hallaba instalado en el punto mas culminante de este mundo sublunar.

Dispuse, pues, mi observatorio moral, en la rejion de las nubes, aislado, independiente y libre de toda atmósfera viciada; preparé el telescopio de la esperiencia; pedí una pluma a la verdad; abrí los ojos; cerré los libros; dejé los estudios, y me metí a predicador.

«¡Oh qué fortuna (decia poco mas o menos un amable moralista contemporáneo) el ser libre y libre de veras, y poseedor de la mas noble libertad, que es la libertad del pensamiento! No arrastrar la cadena de partido alguno; vivir independiente del poder, y no haber hecho tampoco alianza con sus enemigos; no haber de defender las faltas del uno ni las demasías de los otros; no ser responsable de las acciones ajenas; obrar en nombre propio, dando solo cuenta a Dios de nuestras operaciones; no recibir consejos sino de la conciencia, fiándonos sin temor en este noble instinto de la verdad que el cielo ha impreso en nuestras almas; admirar sin creerse adulador; ser justo sin pasar por enemigo; buscar con preferencia el aspecto bueno de todas las cosas, como la abeja que liba la miel de todas las plantas; mirar con ojos serenos; escuchar con oido imparcial; viajar sin mandato y detenerse segun place, alli donde el sitio es apacible, alli donde el sol alumbra sereno; no haber de preguntar a qué reino pertenece un pais para saber si hemos de alabarle; no querer saber el nombre de un autor antes de decidirnos a aplaudirle; repetir indistintamente todos los sonidos, si en ellos hallamos armonía; aspirar todos los ambientes puros; disfrutar de todas las obras del injenio, sea cualquiera su escuela y el pais que las produjo; y aplaudir, en fin, todas las grandes acciones bajo cualquiera bandera que fuesen hechas. ¡Oh qué fortuna! no ser político, ni revolucionario, ni retrógrado: no ser poeta, ni clásico, ni romántico; no tener nombre, entre los ambiciosos, ni entre los pedantes; no contar padrinos poderosos ni haber de serlo de nadie, no reconocer deberes de convencion: no hallarse obligado a ninguna defensa, a ninguna acusacion; ¡ser libre en fin! pero no libre con esta libertad intolerante, que corre las calles desenfrenada y ébria, como una bacante en las fiestas de su patrono, sino como aquella otra, hija del cielo, que nos deja usar de nuestro albedrío, permitiéndonos seguir voluntariamente las inspiraciones del alma.

Vosotros, los que sabeis apreciar el valor de esta libertad, única positiva; los que buscais la voz de la verdad desnuda de pasiones y partidos, de encarecimientos y de encono; los que no sois optimistas ni pesimistas sino que alcanzais a ver en el hombre y su sociedad una mezcla armoniosa de errores y ridiculez, de grandeza y de bondad; vosotros que gustais de aplicarla la risa de Demócrito mas bien que el jemido plañidero de Heráclito o la pena de Juvenal; subid conmigo a mi observatorio; desde donde con el auxilio de sus lentes podreis descubrir todo el ámbito de nuestra noble capital, y escuchar con confianza la voz de un hombre que por sistema y por carácter rinde solo tributo a la verdad; mas cuenta que esta confianza que os demando ha de ser voluntaria y espontánea, y no ha de ceder en mengua de la libertad de vuestro propio pensamiento. Si esto simpatiza

con el mio, si acertare yo a esplicar las sensaciones de vuestras almas, entonces quiero que le sigais, quiero que penseis como yo; si no fuere asi, y para ello hubiérais de sacrificar alguna parte de vuestro albedrío, entonces me quedaré yo a solas con el que Dios me dió, que para eso teneis tambien derecho a juzgar de su bondad.

Ahora bien, ya estamos en las nubes yo y mi auditorio; ya asestamos los catalejos a esta tierra noble, feraz y en otro tiempo afortunada del globo, que se denomina España; ya miramos ajitarse a nuestros pies a este pueblo jeneroso que se llama la capital del pueblo español; las pasiones momentáneas que le ajitan apenas llegan a la altura en que nos hemos colocado, apenas consiguen empeñar uno de los infinitos lados del prisma por donde le contemplamos.... ¿Qué es a la historia filosófica de un pueblo, uno, dos, tres, diez años de existencia borrascosa? ¿Qué es al carácter jeneral de sus habitantes el de una centena, el de un millar de sus individuos ambiciosos y ajitados? El cuadro que tenemos a la vista es mas inmenso y magnífico que todo esto; él nos pone de manifiesto el carácter, las inclinaciones, las costumbres jenerales de toda una Sociedad; él nos hace considerar tambien aisladamente las escepciones, y ¡cielos! ¡qué pequeñas se presentan a nuestra vista estas escepciones que allá abajo meten tanto ruido, y pretenden servir de pautas a la regla jeneral! Ellas aparecen y desaparecen en solo un dia, y brillan a nuestros ojos como los fuegos fosfóricos en un dilatado horizonte, o como una sombra vacilante en la inmensidad de los mares.

No esperen, pues, mis lectores que en la segunda série de cuadros críticos-morales que les preparo, abandone mi primitivo propósito ni roce con las circunstancias históricas de esta época ajitada, sino aquello puramente indispensable para averiguar la influencia que puedan tener en las costumbres patrias. El bosquejo fiel aunque incorrecto de estas, y no su historia, es lo que me propongo delinear; los caracteres que necesariamente habré de describir no son retratos, sino tipos o figuras, asi como yo no pretendo ser retratista, sino pintor.

Las pasiones, los errores y ridiculeces, asi como las brillantes cualidades del hombre, desnudas de la persona material, y puestas al descubierto por una atmósfera mas pura, caben en mi laboratorio ajenas de toda liga terrena, material y tanjible, y aparecen tal cual son, grandes en su pequeñez, pequeñas en su afectada grandeza.

Por último, mi pluma renunciando siempre al estilo metafórico y campanudo, que a su pesar ha tenido en esto obligado intróito, seguirá como siempre el impulso de mi carácter, la libertad de mi pensamiento, que consiste en escribir para todos, en estilo comun, sin afectacion ni desaliño, pintar las mas veces, raras pocas, hacer llorar nunca, reir casi siempre, criticar sin encono, aplaudir sin envidia, y aspirar, en fin, no a la gloria de grande injenio, sino a la reputacion de crítico observador.

De esta manera, y hasta donde alcanzen mis cortas fuerzas, recibirán mis benévolos lectores los sucesivos cuadros o *Escenas matritenses* trazados por mi mano y dictados por mi corazon. Si ellos contienen la verdad, no importa que sea sencillo el traje en que salga engalanada; si por el contrario, el dibujo fuere falso, seria mayor mal el ataviarle con magnífico colorido.

MI CALLE.

« Yo, Talia, en despedirte
y tú en que me has de querer,
tijeretas han de ser. »
FORESIX.

Cierto que es preciso haber nacido con una inclinacion bien pronunciada ácia la observacion de las costumbres para pretender seguir describiendo las nuestras en los tiempos de rápida transicion y de movilidad prodijiosa que alcanzamos. Si la primer circunstancia recomendada por el artista para obtener la semejanza de un retrato es la inmovilidad impasible del orijinal, ¿cómo pretender alcanzar aquella, cuando el modelo se cambia y ajita en todas direcciones y á cada momento; y ora rie, y charla y se envanece haciendo pompeso alarde de su arrogancia, ora se lamenta y esconde como para ocultar su abyeccion y miseria? ¿Cómo y en qué momento sorprender á un ave que vuela, á un niño que crece, á una rueda que jira, á un pueblo antiguo, en fin, que desaparece y se confunde en otro nuevo, que renuncia lo pasado y sacrifica lo presente por entregarse á las ilusiones y esperanzas del porvenir?

Y cuenta, señores lectores, que aquí no voi á tratar de los grandes acontecimientos políticos que diariamente vemos suceder en nosotros, mi particular condicion me mantiene á una distancia respetuosa para querer ocuparme de ellos, y nunca mi modesta pluma lo ha pretendido ni aun intentado. En este punto digo con *Mercier*: « Pasajero en el navío, no pretendo gobernar al piloto. » Empero aquellos acontecimientos, aquella vitalidad asombrosa de este siglo del vapor que atravesamos, imprimen á las costumbres su reflejo, prestan al nuestro su carácter rápido é indeciso; y bajo este aspecto entra en la jurisdicion del *curioso* el considerarle no ya en los profundos y enmarañados bosques de la ciencia política, no en el animado cuadro de la historia contemporánea, sino en el no menos armónico y consecuente de los usos y costumbres populares. Quédese para espíri-

tus mas elevados, para plumas mejor cortadas, el indagar y desenvolver las causas; mi natural cortedad me limita a los efectos mas pequeños y palpables.

Reducido a este estrecho recinto, apenas llegan a mi noticia los acontecimientos públicos; ni frecuento los salones políticos; ni los señores periodistas de todos los colores del iris ven mi nombre en las listas de sus abonados; ni el cartero sabe las señas de mi habitacion; ni en los cafés hago otra cosa que beber; ni pueden quejarse de mi las tiendas de la calle de la Montera ni las losas de la Puerta del Sol. Pero en medio de este aislamiento, y cuando las ideas vienen, por decirlo asi, a materializarse, no puedo menos de observar en ellas la marcha de este siglo correton, y que parece va huyendo de su sombra. Como de paso, y desde el ventanillo de una dilijencia, veo sucederse los hombres y las cosas, cual se suceden en un camino los troncos y los brutos, y multiplicada la rapidez con que ellos marchan, por la rapidez con que yo vuelo, viene a producirse en mi imajinacion un resultado tal de movimiento, que apenas acierto a bosquejar en ella ni aun los objetos mas notables.

Asi que procediendo por impresiones del momento y sin ningun conocimiento de causa, no es estraño que lleguen a sorprenderme las cosas que me ocurren al paso, y que a falta de conocer su objeto, venga a deducir consecuencias que por lo naturalmente simples y materiales pudieran figurar airosamente en el dictionario de Pero Grullo. Por ejemplo:

Cuando recorriendo de esta manera las calles de nuestra capital, veo darse tanta prisa a derribar edificios, supongo de buena fé que habria sobra de ellos; cuando miro construirse anchas aceras y cuidarse de la mayor comodidad de los pedestres, entiendo que acaso vayan a suprimirse los coches; cuando advierto la riqueza escitante de las tiendas, calculo la ingrata esquividad de los compradores; cuando reparo en la elegancia y profusion de nuestras boticas, saco la consecuencia del profundo saber de nuestros médicos; la variedad y confusion de los trajes, me hace sospechar la que reina sin duda en las opiniones; la enciclopédica ostentacion de los esquinazos de la Puerta del Sol, me pone al corriente del estado brillante de nuestra literatura; y la grata diafanidad de los nuevos faroles, me convence plenamente de que estamos en el siglo de las luces.

Mas ¡oh contraste! ¡contraste verdaderamente romántico y teatral! cuando miro el empedrado de algunas calles, las casas a la malicia, los calesines desvencijados, las escaleras de la plaza, los tocadores al sol de la calle de Lavapies, la fuente de la Puerta del Sol, las droguerías de la calle de Postas, el teatro de la Cruz y la fachada del Hospicio; entonces como que prescindo de todo lo demas que ví, y recuerdo entre sueños el Madrid pasado, aquel Madrid de la clásica antigüedad que cada dia me veo precisado a arrancar hoja a hoja del *Manual*.

Vuelvo a repetirlo; el espectáculo de nuestras costumbres actuales, de estas costumbres indecisas, ni orijinales del todo ni del todo traducidas, ni viejas ni nuevas, ni buenas ni malas, ni sérias ni burlescas; esta mezcla de nuestros propios gustos con los gustos aprendidos en el estranjero; este refinamiento de lujo al lado de la mas espantosa miseria; esta inconstancia de ideas que nos hace abandonar hoi el proyecto de ayer, y deshacer lo hecho solo porque existe, y

ensayarlo todo y todo exajerarlo, y llevar el jénero clásico retrógrado hasta dormir, y el romántico progresivo hasta accidentarse; y silbar a los unos y a los otros; y matarse porque se escriba, y luego no comprar un libro; y correr desde los toros a la ópera italiana, desde la tribuna al sermon, desde las sociedades políticas al Prado, desde lo alto a lo bajo, desde lo pasado al porvenir, y desde lo presente a lo pasado; desde el año 8 al 14 y del 14 al 8, del 23 al 14 y del 33 al 20, del 36 al 42 y del 37 al... sábelo Dios; todos estos vaivenes, todas estas inconsecuencias toman forma material, por decirlo asi, en nuestras casas, en nuestros trajes, en nuestras diversiones, en nuestros placeres, en los usos, en fin, mas indiferentes de nuestra vida privada.

Un filósofo práctico no puede dejar de ver todo esto con solo recorrer las calles de Madrid, y sin ser *Victor Hugo* ni estar acostumbrado a trasladar el lenguaje de las piedras al lenguaje vulgar, no podrá menos de reconocer estos vaivenes, esta incertidumbre en todos los objetos que hieran sus sentidos. Ellos le ofrecerán una poblacion rica y pobre, indiferente y ajitada, atrasada y progresiva, jóven y vieja, con recuerdos y con esperanzas, con fanatismo y con filosofía; mezcla, en fin, de lo delicado y lo grosero, de las épocas que pasaron y de las que van a suceder.

Puede que haya alguna exajeracion poética en este aserto; pero yo veo todo esto y algo mas en las calles de Alcalá y de Lavapies, de la Montera y del Barquillo, de san Anton y de Carretas. Pero ¿qué digo? sin salir de la mia pudiera presentar a mis lectores un compendio que bastara a probar *eo ungi teonem*; y por cierto ya que he nombrado *mi calle* no quiero renunciar a trazar este ligero *cervigrafia*, este prospecto sustancial, siquiera parezca impertinente y como traido a mi intento por la cabellera.

Figúrese, pues, el que guste acompañarme, una calle que sin ser elegante ni bulliciosa de suyo, participa de la influencia de dos de las principales de Madrid, a quienes sirve de paso y comunicacion. Con solo salir de una de estas y dar un paso en la mia, ya se han retrogradado dos siglos, ya se ha constituido el viajero, no diremos en el Madrid de los Moros; pero al menos en el de Cervantes y Calderon. Las anchas y cómodas aceras, *comito real de Pontejos*, no han penetrado aun en este modesto recinto, ni lo permite su estrechez y torcida direccion, semejante en lo indecisa a la que llevamos en lo que ya de siglo; un empedrado menudo, vacilante y desigual, forma la base de su sistema; algunas de sus casas, aparentando marchar con el siglo, elevan su dentada frente sobre los edificios estacionarios que las rodean, y el lujo y la juventud de aquellas contrasta singularmente con la decrepitud y desaseo de estas; unas y otras empero, por su forma respectiva favorecen ya al esplendor, ya a la miseria de sus habitantes, y de aqui el que los efectos del ya citado contraste se estiendan no tan solo al aspecto físico de las casas, sino tambien a las inclinaciones, usos y condicion moral de sus pobladores.

Para proceder con el órden debido, o lójicamente, como dicen los escolásticos, podemos tomarnos la molestia de penetrar por una de las entradas de la dicha calle, deteniéndonos segun conviniere en aquellos objetos mas marcados. Por

de pronto se nos presenta interrumpida la línea jeneral de las casas por dos o tres de ellas que intestan algunos piés mas retiradas que las demas, lo cual sin duda debió orijinarse de algun plan de desahogo y de mejora de esta calle que existiria en los tiempos antiguos, y como todos los planes de mejora que forman en España, fué abandonado despues. Este lijero desnivel forma lo que en Madrid se llama una plazuela, bien que (sea dicho en verdad) tan incógnita, que aunque con su rótulo y todo, se escapó a la solícita averiguacion del último correjidor de la villa. Ustedes, señores lectores, querrian que yo aquí compulsase el dicho rótulo, aunque no fuera mas que para sacar el ovillo por el hilo, y averiguar de esta manera la calle que hoi me toca sacar a la escena; ¿pero no conocen ustedes que esto seria demasiada candidez, candidez semejante a la del pintor de Orbaneja, o a la de aquel otro que habiendo trasladado en su lienzo a san Anton, y a su indispensable compañero, puso debajo para evitar dudas indiscretas: «Este es san Anton, y este otro es el cochino?» Yo, en fin, no he de revelar el nombre de mi calle, sino dar tales señas de sus facciones, que aquel que la conozca no pueda menos de esclamar—«Esta es.»

Volviendo a la plazoleta de su entrada, no hai que alegar de su inutilidad, pues que sirve de comun patrimonio a un herrador, a un carbonero, y a una cabreria, los cuales alternan armónicamente en su tranquila posesion, segun las horas del dia, a saber: el carbonero durante las primeras de la mañana procediendo al descargo y encierro de las seras del carbon, operacion atlética en que los robustos asturianos ofrecen gratis un espectáculo no menos prodijioso que el de los señores *Darrás* y *Manchi*; el herrador en lo restante del dia uso de la plazuela acondicionando bestias de toda especie; y el cabrero al anochecer, como es uso y costumbre en toda égloga, echando a pacer las mansas cabrillas, no ya *la yerba aljofarada*, sino los pedazos de tachuela, y los desperdicios del cisco.

Una taberna (con perdon) sale al paso, y detendria al menos advertido si no fuera por otras tres o cuatro que se disputan con ella el surtido de la calle; pero cuenta, que la que hablamos es taberna filosófica, con dos puertas como el templo de Jano, la una de paz, la otra de guerra; una pública y ostensible otra disfrazada en un portal.... ¡y qué portal!.... portal-*passage* que comunica con una calle principal y con una oficina, y luego por la parte de arriba, huéspedes, y qué sé yo cuántas cosas. ¡Feliz situacion de establecimiento!

«¡Si es o no invencion moderna
vive Dios que no lo sé!
pero delicada fué
la invencion de *esta* taberna.»

Las casas nuevas y renovadas se ostentan por lo jeneral en la acera izquierda; la derecha la ocupan las accesorias de dos establecimientos públicos, el uno *financiero*, el otro *artístico*; aquel concurrido, este solitario; este demostrando en su lúgubre manto el miserable estado de las artes en España, aquel dando a conocer en su animacion la tendencia y objeto de este siglo *de oro*. Uno y otro

a debia la verdad podria haberse ido la sitiar en otra parte, y no venir a oponerse a la propagacion de nuestras luces: afortunadamente para el último tercio de la calle, ciertas tapias de un convento de monjas favorecen a la claridad del frente; máxime despues que la revolucion ha venido a batir las cataratas o pantallas de los balcones. Esto en cuanto a la vista; en cuanto al olfato, no nos falta regalo a los vecinos de la tal calle, teniendo a mano la seccion central del diabólico invento de Sabatini; mas allá brinda mil placeres al gusto un establecimiento gastronómico de seis reales arriba; tres o cuatro barberos oportunamente colocados se encargan por su parte de asegurar al oido las mas punzantes sensaciones; y por último, algunas cortinillas vergonzantes dejan adivinar otros estímulos al mas perseguido y envidioso de los sentidos.

De todo hai, pues, en esta enciclopédia calle, lujo é indijencia, clásico y romántico, virtudes y hierro, oro y estiercol; y todo en cuatro pasos como quien dice, y en estos cuatro pasos, que dán ustedes todos los dias, señores lectores, distraidos é indiferentes, no habrán hecho alto en el bullicio de las tabernas, ni en el silencio del convento, ni en la desentonada vihuela y la seguidilla del entresuelo, ni en el armónico piano y la *preghiera* del principal, ni en la carretela parada a una puerta, ni en la sabatina que sale por otra, ni en los cabritillos que triscan, ni en los muchachos que retozan, ni en las casas al estilo de Lóndres, ni en las otras al estilo de Leganés, ni en los empleados que entran, ni en los que salen, ni en los huéspedes forasteros, ni en los habitantes indíjenas, ni en la elegante romántica de la edad media, ni en la compaseada manola de la mantilla de terciopelo, ni en los dichosos del dia, ni en los desdichados de la noche, ni en nada, en nada, en fin, de lo que constituye este variado espectáculo, este cuadro de fantasía que llamamos... —¿Su calle de usted? —Sí, señores lectores, la de ustedes, la mia, cualquiera de las calles de Madrid: se entiende: del Madrid de 1837.

(Enero de 1837.)

UNA VISITA A S. BERNARDINO.

El puro sentimiento de la beneficencia es tan natural a la especie humana, y se halla ademas tan fortalecido por los preceptos de todas o casi todas las relijiones, que el ejercicio de aquella virtud sublime ha venido a ser una lei social para todos los pueblos civilizados.

Sabias disposiciones han sido adoptadas en muchos estados con el objeto de reducir a práctica aquel sentimiento relijioso, procurando conciliar en ellas, a par que el interés del indijente beneficiado, el que reclama la sociedad bienhechora; se ha querido, pues, que este devuelva a aquella los réditos del beneficio, libertándola de su importuna solicitud, moderando sus costumbres, y trabajando en adquirirse medios honrados de subsistir. El antiguo sistema de *hacer bien sin mirar a quien*, es mas jeneroso que político; las sociedades modernas han considerado justamente que los dones indiscretos hacen florecer la mendicidad, que la holganza ningun derecho tiene a ser mantenida por el trabajo ajeno, y que todo el que reclame el auxilio de sus semejantes es preciso que sea a cambio proporcional del que les preste con el suyo. Tales principios presiden hoi los establecimientos públicos de beneficencia en los paises civilizados, y la esperiencia demuestra la solidez del raciocinio que les dirijió.

Menguada por cierto era la idea que de la civilizacion de nuestra capital podriamos dar a un estranjero, cuando sus calles cubiertas de andrajos y clamoreantes mendigos daban un testimonio positivo de la inmensa distancia que nos separa de los pueblos adelantados en la ciencia administrativa y en la educacion popular. En vano los hombres instruidos y amantes de este pueblo habian clamado de tiempo inmemorial por el remedio de tan escandaloso mal; en vano viajeros celosos, de vuelta a su pais, presentaron por resultado de sus observaciones el cuadro animado de los establecimientos benéficos en las ciudades estranjeras; en vano la relijion y la filantropía de algunos magnates y personas acaudaladas habian dispuesto en favor de la pública indijencia sumas considerables y creado establecimientos parciales para este objeto; en vano, en fin, el sarcasmo y la envenenada hiel de plumas estranjeras, realzando atrevidamente el negro colorido de aquel repugnante cuadro, picaban en la parte mas sensible el honor nacional, designándonos como avezados a la estupidez y la miseria.

Todos aquellos esfuerzos, todos estos lamentables resultados, eran inútiles ante la incuria y el abandono que partiendo de las leyes se reflejaba tan visiblemente en nuestras costumbres; y la capital del reino, el pueblo que por sus medios Á circunstancias debia dar la señal de los adelantamientos sociales, era, por decirlo asi, el ejemplo mas práctico de aquella incuria, de aquel abandono.

Una gran calamidad suele a veces ser causa de un progreso, porque los hombres en los momentos críticos de la desgracia vuelven los ojos del lado de la virtud y de los sólidos principios, con mas entusiasmo y fervor que cuando se hallan lisonjeados por la fortuna. La destructora guerra con la Gran Bretaña en 1799, y la indijencia a que dió lugar con la paralizacion del comercio y de la industria, fué ocasion en la populosa Barcelona a un establecimiento filantrópico que por su importancia y réjimen puede competir con los mas celebrados en el estranjero; tal es la *Casa de Caridad*, que tiene por objeto recojer no solo a los mendigos de aquella ciudad, sino a los de todo el principado, proporcionando educacion a los jóvenes, ocupacion a los adultos, y la posible comodidad a los ancianos e impedidos. Un desastre semejante produjo en Madrid un resultado análogo, pudiendo asegurarse que a pesar de todos los planes y proyectos concebidos, nunca hubiera llegado a plantearse el *Asilo de mendicidad de San Bernardino* sin el desarrollo del funesto *cólera morbo* en nuestra capital.

La real órden de su creacion lleva la fecha de 3 de agosto de 1834, en aquellos críticos momentos en que atribulada la capital por el terrible azote con que el cielo quisiera probarla, se hallaba mas que nunca dispuesta a ejercer la beneficencia con sus semejantes, y en que las consecuencias palpables de la miseria y de la relajacion de las costumbres hicieron parar la atencion del gobierno sobre la imperiosa necesidad de mejorarlas.

Reuniéronse por fortuna para dar cumplimiento a sus intenciones cuantas circunstancias ventajosas pudieran apetecerse. Un vecindario sensato y filantrópico; una junta de caridad celosa y distinguida; una autoridad local, en fin, ilustrada, enérjica, y ante cuya firme decision y voluntad desaparecian como por encanto los obstáculos que hasta entonces se creyeron insuperables; y lo que acaso no tiene ejemplo en nuestra España, a poco mas de un mes de dada la órden, empezó a recibir su cumplimiento. El 18 de setiembre de aquel año fué el dia en que entraron los mendigos en el nuevo establecimiento.

Yo no le habia visitado desde aquella primera época, y no sabia de su estado actual mas que las lijeras indicaciones que de tiempo en tiempo han publicado los periódicos. Por desgracia, la situacion de aquel edificio (si bien ventajosa bajo otro aspecto) es tan fuera del cuotidiano itinerario matritense, que solo una intencion decidida puede aproximar a él. Esta intencion es la que yo formé el viernes último, y aun hice mas, pues la llevé a cabo.

Ya habia salvado el espacio que media entre el portillo de san Bernardino y la cuesta de Harineros, y seguia lentamente la tapia de la estéril montaña del Príncipe Pio, sin que persona alguna viniese a interrumpir la soledad del sitio y el monótono espectáculo que me presentaba. Sin embargo, no tardé en sentir pasos a mi espalda, y volviendo a contemplar quién era el impulsado por la misma

intencion que a mí me dirijia, observé que su traje y atavíos me revelaban uno de los acojidos al establecimiento que yo iba a visitar. Paréceme que le estoi viendo todavía con su blusa azul, su sombrero encerado en que campeaba el número 710, su soga encendida en la mano (recurso de fumadores callejeros) y su cepillo al cinto para recojer las limosnas o gratificaciones por aquel servicio.

Su aspecto era mesurado y tranquilo; su semblante espresivo y alegre; y su voz, ya cansada por el transcurso de diez lustros, dejaba escapar por lo bajo una de las canciones favoritas de la guerra de la independencia

«*Dupont, terror del Norte,*
fue vencido en Bailen.»

Al ir a pasar delante de mí, se quitó su sombrero con cortesía y dignidad, y yo, deseoso de entablar conversacion durante el camino, pedíle candela, que me ofreció con voluntad y prontitud.

A mui pocas palabras que habiamos hablado, eché de ver que las habia con uno de los decanos del establecimiento, que por su honradez e intelijencia se hallaba en el goce de la confianza de los jefes, que sabia todas las interioridades de la casa, y era en ella una rueda indispensable y laboriosa. Dejo pensar al pío lector la conveniencia de semejante hallazgo para quien como yo no lleva al *Asilo* mas objeto que el enterarse de todos sus pormenores.

El diálogo que en su consecuencia entablamos figuraria oportunamente en este lugar si su demasiada prolijidad lo permitiese. Quisiera, sin embargo, poner en conocimiento de mis lectores lo mas sustancial de él, para que formasen la idea que yo concebí del establecimiento, razon por la que me veo obligado a estampar aquí las mas notables de sus indicaciones, que la memoria ha logrado conservar.

Despues de contarme por menor la historia de la creacion del Asilo y las inmensas dificultades que hubo que vencer, vino a hablarme de su réjimen interior, produciéndose poco mas o menos en estos términos:

—El establecimiento admite todas las personas que se presentan voluntariamente, y recoje todos los mendigos a quienes se encuentra pidiendo limosna por las calles, teniendo derecho a permanecer en él aquellos que llevan siete años de residencia en Madrid, y los niños de seis años de edad. Si no tuviesen estas circunstancias se les considera como forasteros, y despues de socorridos se les entrega el pasaporte para los pueblos de su naturaleza.

Una vez entrado el mendigo y anotado en los rejistros de la casa, es destinado a una de las *brigadas* segun su sexo y condicion, y recibe el vestido y número correspondiente.

Las brigadas se subdividen en *escuadras* de diez a quince personas, procurando que sean las de un mismo oficio o de ocupaciones análogas. Los jefes cabos de brigada son escojidos entre los individuos que tienen mejor conducta.

Cada individuo recibe a su entrada una libreta o asiento en que se anota los vestidos y prendas que lleva al establecimiento, y los ahorros que produzca con su jornal, asi como los descuentos que se le hagan por sus faltas.

Las horas de levantarse son las cuatro y media en verano, y las seis y media en invierno, y una hora despues se entra al trabajo hasta las doce, y luego por la tarde hasta el anochecer, recojiéndose despues. Los dias festivos se emplean en la enseñanza de la relijion, en revista de las ropas, en paseos y lecturas.

Los niños y niñas asisten a la escuela del establecimiento. Ademas se les dedica de aprendices en los talleres.

Los mendigos hábiles asisten a los talleres establecidos en la casa segun su inclinacion u oficio anterior, ganando en ellos, ademas de la manutencion, un pequeño jornal, que una parte se les entrega cada semana, y la otra parte se les abona en *libreta* para cuando salgan del Asilo. Lo mismo sucede cuando salen a trabajar o servir fuera del establecimiento. En el dia hai operarios que tienen en depósito de 300 a 700 rs.

Los pobres ademas de este trabajo prestan todo el servicio interior de la casa, como el de cuarteleros, porteros, cocineros, barberos, lavanderas, barrenderos y hortelanos.

El servicio esterior consiste en conducir los enfermos al hospital, dar lumbre para fumar en calles y paseos, cuidar las sillas de las iglesias, y asistir a los funerales a que sean invitados, y cualquiera otro servicio que se les reclame fuera del establecimiento.

Las penas por falta son: privacion de todo ó parte del jornal o de una parte del alimento, recargo del trabajo, e imposicion de multas y encierros.

Las recompensas son: mencion honorífica en la lista jeneral, permiso de salida, destino al servicio ménos penoso, ascenso a jefe de brigada, y alguna recompensa pecuniaria.

El traje de la casa consiste en chaqueta y pantalon de paño pardo con botones blancos con el nombre del establecimiento, dos pantalones de lienzo, tres camisas id., un sombrero encerado, una gorra para dentro de casa, un par de zapatos, dos pañuelos, una blusa azul y un cinturon. Las mujeres un jubon y saya de estameña con escudo del establecimiento al brazo, dos sayas bajeras, tres camisas, un apretador, dos pares de medias, dos pañuelos del cuello, dos de cabeza y dos de bolsillo, dos delantales, un par de zapatos, dos paños. Las camas de la casa constan de un tablado, un jergon, una almohada, una funda, un par de sábanas y una manta.

El alimento consiste en lo siguiente. *Almuerzo*: Un cuarteron de pan en sopa condimentada con aceite, sal, ajos y pimiento. *Comida*: Un potaje de menestras y patatas, condimentado con cabezas de carnero o grasa de animales, y aceite en dias de vijilia, y media libra de pan. *Cena:* Un potaje de menestras y patatas, y un cuarteron de pan. Todo esto suele alterarse en ocasiones estraordinarias.—

El número de pobres acojidos hoi en la casa es de 744 personas, a saber: 193 hombres, 179 mujeres, 279 niños y 96 niñas, y fuera 103 personas en el hospital, 250 sirviendo en Madrid, y 12 aprendices con varios maestros de oficio. Los talléres corrientes son carpintería, ebanistería, pintura, zapatería, sastrería, carretería, fragua, costura, espartería y albañilería, ademas de los trabajos de la casa ya indicados.—

Tales fueron en resúmen las oportunas esplicaciones del viejo *Tomás* (que así se llamaba mi interlocutor), y con ellas entretuvimos curiosamente el tiempo hasta llegar a la puerta del establecimiento, donde conocida mi idea por los caballeros encargados de su direccion, tuvieron la bondad de acompañarme en mi visita, satisfaciendo en todas sus partes mi exijente curiosidad.

Desde luego hubieron de llamar mi atencion los notables aumentos y mejoras del edificio que han logrado disimular en gran parte su pequeñez y deformidad. El nuevo patio de entrada y las habitaciones de ambos lados están dispuestos con intelijencia y sencillez. Los dos hermosos comedores que se encuentran a la derecha son notables por su espaciosidad, escelentes luces, y la idea de la cocina circular que les divide, dispuesta con un mecanismo injenioso. Las oficinas de la izquierda, portería, almacenes, talleres, botica, barberias, son todas cómodas, aseadas y sencillas. Entrando en lo principal de la casa-convento, se observa en ella la oportunidad de la distribucion a pesar de la poca analojía del edificio con su actual objeto, siendo de notar la espaciosidad y aseo de los dormitorios, la limpieza de los tránsitos, la abundancia de aguas repartidas por toda la casa, y sobre todo un principio jeneral de economia e intelijencia poco comun en nuestros establecimientos públicos, donde suele pasarse desde la miseria mas completa a un fauste y primor exajerados.

El establecimiento de san Bernardino, a pesar de su inmensa utilidad e importancia, no contó para su creacion con aquellos cuantiosos recursos que otras casas de beneficencia. Sin embargo, no solo se creó y sostuvo hasta el dia el gasto corriente, sino que ha emprendido obras indispensables, cuyo costo pasa ya en el dia de 400,000 rs. Compárese este resultado con el que ofrecen en esta misma capital otros institutos benéficos que, a pesar de disfrutar cuantiosas rentas, permanecen estacionarios sin progresar en lo mas mínimo, y en los mas de ellos sin cumplir siquiera con el objeto de sus fundadores y donatarios.

Feliz fué por estremo la idea de apelar a la caridad individual del vecindario de Madrid, y mas feliz aun la de reducir esta caridad a la moderada cuota personal de una *peseta* al mes. Semejante regla, limitando los efímeros impulsos del orgullo, alienta y asegura los mas sólidos de la verdadera caridad.

Sin embargo, y a pesar de haber correspondido el resultado, el producto solo de la suscripcion no basta para las necesidades de aquel vasto establecimiento, como puede demostrarse numéricamente. El máximun que la suscripcion llegó a alcanzar fué 37.000 rs. al mes; pero en el dia en razon de las escaceces jenerales, atrasos de pagas etc., solo se pueden calcular en 29.000. Cuenta ademas el establecimiento por ingresos eventuales con unos 4.000 rs. mensuales por productos de limosnas, candela, sillas y venta de efectos fabricados en el mismo, lo cual ofrece un total de 33,000 reales poco mas o ménos. La mantencion solo de los acojidos ascendió en el mes de junio último a 34,766 reales: ademas hai que atender a los demas gastos, pagos de sueldo, obras y compra de materiales, siendo por lo tanto considerable el déficit que tiene que cubrirse por medio de préstamos.

La economía sin embargo no puede llevarse más adelante, segun se vé por el

dicho gasto del mes de junio, pues habiendo habido en él por término medio 750 personas diarias, arroja un resultado de *un real* 18 *maravadis por persona*, gasto sobradamente económico, atendido a que el establecimiento no disfruta ninguna franquicia, y hasta los derechos de puertas abona mensualmente a la intendencia de la provincia.

Véase por tanto la situacion precaría de un establecimiento tan importante, al paso que su utilidad le hace ya tan indispensable, que si desapareciera sería una calamidad para la capital. Ademas, y en tanto que sus productos han rebajado, han aumentado notablemente sus necesidades por las escaseces del dia, el crédito de la casa, y la supresion de los socorros que dispensaban las comunidades estinguídas; de esta manera ha crecido considerablemente el número de los acojidos, tanto que en el año pasado por igual época no se contaba mas que con 530 personas, y en el actual ya queda dicho que llegan a 744.

El pueblo de Madrid ha hecho por su parte cuanto tenia derecho a exijirle un establecimiento semejante. Este, sin embargo, necesita mayor proteccion y debe recibirla del gobierno, que considerando su importancia en las costumbres y la riqueza pública, debe tratar de aplicarle los fondos suficientes refundiendo en él las rentas de otros institutos análogos en esta capital.

Muchas observaciones morales me ocurrieron durante mi larga visita e inspeccion de aquella casa. El silencio y compostura de los acojidos, su buen humor y aspecto saludable, convencen al espectador de que el trabajo es solo capaz de infundir en el hombre aquella tranquilidad y bienestar tan análogo a la especie civilizada. El aseo y limpieza de las habitaciones, la cortesía de los encargados, desde el administrador en jefe hasta el último dependiente, la belleza de los artefactos elaborados en el establecimiento, la intelijencia y armonía en todas sus partes, me llenaron de placer y de entusiasmo.

A varios de los pobres dirijí la palabra, y todos me convencieron de la importancia y moralidad de la institucion. Por boca del buen *Tomás*, que no se apartó un punto de mi lado, supe la historia de varios de ellos, historia de desgracias y de debilidades. El me hizo observar el obstáculo progresivo que la edad y el hábito arraigado oponian a la reforma de las costumbres. En jeneral los niños presentaban como es consiguiente mayor facilidad que los adultos, los hombres mayor que las mujeres, y los que en la sociedad ejercieron algun oficio, mas que los que siempre se ocuparon en la vagancia y pordioseo. Entre los mismos oficios habia una notable diferencia; por ejemplo, observé que los sastres y carpinteros eran pocos en número y ya viejos, y muchos mas y mas jóvenes los albañiles y zapateros. Esto me inclinó en favor de los primeros, como que solo recurren al estado de mendicidad cuando las fuerzas físicas llegan a abandonarles.

Mi conductor Tomás, entre tanto, me habia hecho saber su vida llena de desgracias no merecidas. Habia sido soldado diez años, y tenia su cuerpo lleno de honrosas cicatrices. La injusticia de los gobiernos le habia abandonado despues, cuando ya no era apto para aprender un oficio. Tuvo varios amos, que todos se portaron con él harto mal; y de una en otra desdicha vino a tener que pedir su auxilio a este establecimiento, donde su honrada conducta le hacia ofrecer un mo-

delo a sus compañeros, atrayéndole cargos honoríficos y premios que le aseguraban en la caja de ahorros un resultado de 600 reales.

Varias veces su narracion me hizo asomar las lágrimas, y otras tantas las suyas me dieron bien a conocer la lealtad de su corazon.

La desgracia vino sin embargo en aquel momento a turbar la felicidad de Tomás. Al bajar las escaleras vimos conducir al calabozo a un mendigo de siniestro aspecto, cojido en una taberna de esta poblacion. Largo tiempo habia burlado la vijilancia de los encargados de recojerle, y otro tanto a favor de sus estafas era el azote de los vecinos honrados y el apoyo de los malhechores del pueblo. Su vida era un tejido de crímenes; desertor de casa de sus padres, desertor de su rejimiento, insubordinado y vagamundo, unas veces abiertamente bandolero, otras ratero, petardista, holgazan y borracho, este hombre dejaba ver en su aspecto toda la deformidad del vicio, todo el temor del trabajo y del castigo. Tomás sin embargo, corrió a abrazarle a pesar de que él lo repulsaba.

—«Ya estás aqui, Dios sea bendito;» esclamó.

—Este hombre tan opuesto en ideas y en antecedentes era su hermano. La desgracia y el vicio suelen encontrarse en el mismo sitio, aunque partidas de diverso punto. La desgracia, sin embargo, halla descanso en el trabajo y la tranquilidad de la conciencia: el vicio encuentra en ambos un suplicio prolongado.

Despues de abandonar aquel triste espectáculo, Tomás y yo nos dirijimos a la huerta y encaminándome aquel por entre sus estrechas sendas, dimos vista a un templete formado de ramajes, y con una sencilla portada compuesta de utensilios rústicos de las artes, y oficios. Delante de esta portada se paró mi conductor, y quitándose respetuosamente el sombrero, me señaló a un busto que se alzaba en el interior del templete diciéndome entusiasmado:

—«Mirad ahí el protector de los infelices.»

Este dictado que le dió el honrado Tomás me recordó la idea del ilustre promovedor del establecimiento (1), si ántes no lo hubiera adivinado por la sencilla inscripcion que se leia al pié de su busto: «*Gratitud y aprecio.*»

Antes de despedirme de aquella mansion me presentaron un *Album* donde todos los visitantes solian escribir sus observaciones: recorriendo estas encontré algunas mui dignas de atencion y firmadas por las personas mas respetables de Madrid. Por último, tropecé con una, consignada por mi amigo don M. R. de T., que por su elegante frase y sublime sentido, escitó de tal modo mi simpatía que la tomé en la memoria para repetirla al final de este artículo. Decia así:

«*No envidio a los que ven con indiferencia las desgracias ajenas, contentos con su propia felicidad; y agradezco al cielo el haberme dado un corazon que se identifica con las dolencias de mis semejantes, y sino puede remediarlas, al ménos las llora. ¡Feliz el que puede y sabe no hacer estériles sus lágrimas como el digno protector del establecimiento! Su nombre será mas grato a los hombres sensibles que el de los guerreros y el de los sábios.*

(1) Don Joaquin Vizcaino, marqués viudo de Pontejos, último correjidor de Madrid.

EL SALON DE ORIENTE.

Abriose, en fin, *el Salon de Oriente*, este hermoso paréntesis entre la guerra civil y los empréstitos forzosos, entre la falta de pagas y los debates parlamentarios, entre el palacio y el Espíritu Santo, entre la aristocracia y la democracia, entre la edad pasada y las futuras edades, entre la miseria y la opulencia, entre los antiguos amores y los amores nuevos, entre las harturas de navidad y las abstinencias de cuaresma, entre los desengaños de 1836 y las esperanzas de 1837.

Abrióse, en fin; absorviendo en su bullicioso seno la política, los triunfos militares, los reveses parlamentarios, los discursos periodísticos, las felicitaciones, la oposicion, los planes de campaña, los presupuestos, las pretensiones, las relaciones, en fin, las enemistades y desvaríos de un pueblo grande, en cuya marcha tienen fija la vista los demas pueblos, y que en este momento se entrega apaciblemente á las gratas combinaciones de la *mazowrka*....

Justo es pues que dando al tiempo lo que es suyo sigamos el impulso jeneral y abandonemos tambien por un momento los modestos objetos a que ordinariamente nos dedicamos, para tratar del ídolo del dia; que olvidemos las ciencias y la literatura por la máscara y el dominó, las narraciones históricas por el ruido de las músicas y la danza, y los monumentos de la antigüedad por el moderno Salon oriental.

Las fuerzas, sin embargo, me abandonan cuando quiero penetrar en aquel complicado laberinto, y pretendo traducir las pájinas de un libro que a medida que la edad va emblanqueciendo mis cabellos, se me hace menos intelijible y espresivo.

Colocado en medio del Salon veia indiferente y con aire de estupidez el rápido movimiento, los encontrados jiros de moros y valencianas, de beatas y dominós, de arlequines y capuchones.—Para mí todos aquellos encuentros eran *casuales*, todas aquellas separaciones *imprevistas*. Semejantes al que mira jugar sin entender el juego, parecíame a veces que tal jugador debia *triunfar* cuando *renunciaba*, que tal otro debia *pasar* cuando tenia un *estuche*. Aplaudia sin oportunidad, reia fuera de tiempo, y daba la vuelta por el salon para abrogarme el

aspecto de antiguo y conocido, y el Salon me respondia con la mas profunda indiferencia. De aquí vine a sacar una gran verdad, y es que el año de 1837 no era el de 1830, que nuestra época habia pasado, que otra jeneracion nos habia sucedido, y que tranquilamente y sin apercibirlo nos hallábamos ya colocados entre los desperdicios de la clásica antigüedad.

Resignado con la suerte, iba me a retirar sin osar penetrar en los arcanos de aquel interesante cuadro, cuando quiso la fortuna depararme el mas oportuno instrumento para dibujar hasta una forma microscópica todos los detalles y matices de aquella escena; un completo diccionario de aquellas simbólicas pájinas; una brújula, en fin, segura para navegar con acierto en aquel ajitador mar.

Consistia, pues, mi feliz encuentro en una de esas muchachas chiquitas, *estereotípicas* y de *faldriquera*, que se reproducen en todas partes y a todas horas como una edicion completa *a mil ejemplares*; que en invierno solemos hallar en el Prado tomando el sol, y en verano tomando la luna: que en febrero engañan con máscara de alegría, y en marzo con máscara de devocion, que en abril asisten a las tinieblas, y en mayo a la pradera de san Isidro a ver salir el sol; que en junio pasean la carrera del Corpus, y en julio la de la plaza de los toros; que en agosto se bañan en todos los establecimientos posibles, y en setiembre ya están puestas en feria en la calle de Alcalá; que en octubre miran los cuadros de la academia, y en noviembre los epitafios del campo santo; que en diciembre frecuentan los dulces de la plaza, y en enero los patines del retiro, y que en *todos* los meses, en *todos* los dias, en *todas* las noches, llenan *todas* las calles, *todas* las tiendas, *todas* las iglesias, *todas* las tertulias, *todas* las procesiones, *todos* los circos, *todas* las romerías, *todos* los teatros, *todas* las misas de tropa, *todos* los entierros, *todas* las revistas, *todas* las entradas triunfales y *todas* las asonadas; desde la puerta de Toledo hasta el jardin de Apolo, desde la plaza de toros a la casa de Campo; muchachas, en fin, pólipos, azogadas, imánicas, verdaderos *Kaleidescopios* multiformes, reproducciones fantásticas, y resolucion práctica del problema del movimiento continuo.

Esta muchacha, viva, correcona y sulfúrica, era, como si dijéramos, una segunda edicion correjida y aumentada de cierta mamá verde, en plena posesion de sus treinta y ocho carnavales y de sus veinte y cuatro reales de Montepio, y viuda con quien yo habia simpatizado bastante en mis años juveniles.

El lector me perdonará si me veo precisado a hacer aquí esta lijera revelacion, pues no puedo de otro modo esplicar la franqueza con que la niña atravesando el Salon, vino flechada a encontrarme a uno de sus ángulos, donde a guisa de estátua de rinconera me hallaba entretenido con mis pensamientos y falto de mejor ocupacion.

—¿Qué hace usted ahí? (me dijo mi amable interlocutora con una voz que penetró en mis oidos, como un recuerdo de mis alegres años, cual un viento de primavera en una tarde canicular.)

—¿Qué tengo de hacer? respondí procurando poetizar un si es no es mi discurso; estaba contando las luces del Salon; pero en este momento echo de ver que habia errado la cuenta, pues no habia visto las dos que ahora me iluminan.

—¡Bah, bah! ¡lindo retruécano! ¡gusto clásico! por esas señas, si usted trata de darnos la estadística del Salon, escribirá que tiene *cuatro mil pies*, si es que son dos mil los concurrentes.

Un si es no es me desconcertó la respuesta, por la parte que ridiculizaba mi concepto, pero no pude ménos de confesar que tenia razon; y se la dí, y el brazo para conducirla hasta el otro estremo del Salon, donde a la sazon se hallaba la viuda madre verificando, por lo que pude sospechar, la conversion de un Sarraceno a su creencia.

En peor ocasion no podriamos llegar a la presencia maternal.—Esta voz, *mamá*, dirijida por una muchacha de quince años a una vestal, delante de un moro adorador de su *cándida inocencia*, era una verdadera interpelacion exótica, grosera, y como lo son las mas de las interpelaciones; por otro lado, mi presencia al lado de la hija venia a ser un discurso entero de oposicion; era un drama completo, unas *memorias autógrafas* en cuatro tomos.

La sacerdotisa de Vesta se encontró, pues, tan desconcertada como un ministro tribunizado, o como un jugador de manos a quien hayan acertado la trampa; pero acordándose luego de sus treinta y ocho, nos dijo con entera seguridad:—«Tu mamá ha cambiado de traje conmigo; yo la he dado mi pasiega, y ella me ha dado su vestal.»

Y hétenos aqui, lector carísimo, buscando un zagalejo amarillo por aquellos salones, corredores y escaleras, y preguntando a todos por una pasiega que primero habia sido vestal.

Pero en vano; todas las vestales se ofendian de que las tomásemos por pasiegas y ninguna pasiega estaba tampoco conforme en parecernos vestal.

Durante esta larga travesía, que para mi volátil pareja no fué sino un breve episodio, vino a revelarse en mí la accion principal de aquella noche. Y si no temiera abusar de la paciencia de mis lectores, dariales cuenta de las observaciones crítico-filosóficas que la inteligencia de aquella me proporcionaba; espondriales *d'aprés nature* todas las escenas, antes mudas a mis ojos, y ahora tan espresivas y significantes, ausiliado por el natural instinto de mi compañera. Ella reia, burlaba, preguntaba, respondia, observaba, y hacia, en fin, lo mismo que en ocasiones semejantes solia yo hacer algunos años antes; mi imajinacion iba colgada de mi brazo; mi cabeza descansaba en la mas profunda inaccion; el Príncipe, Solis, Trastamara, san Bernardino, Abrantes, santa Catalina, todos los sitios fecundos en sucesos, que para mí venian a ser ya otros tantos acusadores de mis años, otras tantas guias atrasadas, otros tantos laureles marchitos, reproducianse a mi vista con todos sus encantos y frescura: placiame en recorrer con aquel misterioso talisman el magnífico Salon, y vivificado con su fuego, veia renovado en mí aquel sentimiento bullicioso, maligno y juvenil que algunas horas antes creia estinguido para siempre; ya no me parecia el baile monótono, confuso y desacordado; ya no hallaba a la concurrencia fatigada, displicente y distraida; todo en mi imajinacion habia recibido un nuevo sentimiento; la ajitacion y el movimiento eran entonces condiciones de mi existencia, el ruido y el continuo roce, el resplandor de las luces, los vapores de la atmósfera, obraban fuerte-

mente en mis sentidos; necesitaba ya como antiguamente correr del Salon a la fonda, de los tocadores a las piezas de descanso, de la tribuna a la sala de jugar, y aquel continuo vagar por tránsitos y escaleras, y preguntar a todos y no responder ninguno, y respetar los misteriosos coloquios de los ángulos de la salas y evitar las banquetas donde tienen un asiento las mamas *inamovibles* y *sólidas*, y embrollar al paso alguna pareja dichosa, y servir de punto de conciliacion de las nuevas intrigas en agraz.

No sé como esplicarlo; pero aquella muchacha habia cambiado mi existencia, habia hecho retroceder mi edad. Ya no habia para mí Oriente, ni observaciones, ni 1837—habia únicamente amor, máscara, y 1830.

A imitacion de mi cabeza, mis piernas tambien se hallaban alijeradas, y luego ¿quién no vuela con el auxilio de un serafin? No hubo mas, sino que al ruido de la música, vínome a la memoria el olvidado compas, y creyéndome el jénio de aquella Sílfide, improvisé desde luego una *galope* instintiva, espontánea, aérea, que.... Mas ¡oh dolor! mis piés entumecidos algunos años rehusan al movimiento.... mi pareja sigue la figura en los móviles brazos de un barbudo galan, y... ¡ay de mí! ¿qué es esto...? las luces... se apagan las luces... la jente desaparece... el ruido se convierte en silencio... y.... se abre una puerta... alguien me toca.—¿Eres tú, divina criatura...? ¿qué es esto?... ¿quién me mueve...?

— *Señur... las ocho en punto...* — ¡Ah, maldito gallego! —

¡Desapareció la ilusion! Todo se esplica.—El salon era mi alcoba; el que entraba a llamarme mí gallego; el baile un sueño, y mi amable pareja, aérea; incorpórea, impalpable... era, en fin, mi imajinacion, que no quiere aun renunciar a la juventud.

(Febrero de 1837.)

COSTUMBRES LITERARIAS.

I.

LA LITERATURA.

«Virtud y filosofía
peregrinan como ciegos,
el uno conduce al otro,
llorando van y pidiendo.»

LOPE DE VEGA.

Desde que en España hai literatura, se ha venido repitiendo constantemente que en ella no puede haber literatos; y siéndolo los mismos que dicen esto, preciso será creerlos bajo su palabra, y convenir con ellos en que el cultivo de las letras no es entre nosotros el mejor jénero de cultivo.

Y a la verdad, ¿qué es un literato, meramente literato, en nuestra España? Una planta exótica a quien ningun árbol presta su sombra; ave que pasa sin anidar; espíritu sin forma ni color; llama que se consume por alumbrar a los demas; astro, en fin, desprendido del cielo, en una tierra ingrata que no conoce su valor.

Si confiado en la superioridad de su jénio, no supo unir la adulacion a las dotes de su talento; si mirando desdeñosamente los intereses materiales, no acertó a mendigar un favor del poderoso, favor menguado que apartándole de sus nobles ocupaciones le convierte en lisonjeador de oficio o en mecánico oficinista; todo su saber, por grande que sea, bastará tal vez a conquistarle un lugar distinguido en las crónicas literarias del pais; acaso la posteridad encomiará su jénio; acaso levantará estátuas a su memoria; pero en tanto su vida se consumirá angustiosa en medio de las mas tristes privaciones; y aquel hondo despecho que produce en el alma un desden injusto, abreviará sus dias, y le conducirá mui luego al ignorado sepulcro que en vano buscarán sus futuros admiradores.

Hubo un tiempo, es verdad, en nuestro pais que parecia presajiar a las letras mas alta fortuna, mas estimada consideracion. Los siglos XVI y XVII, imprimiendo en este punto a las costumbres una tendencia bienhechora, vieron mui

luego, aparecer eminentes injenios que, consignando eternamente la gloria de aquella edad, recompensaron con usura los favores que de ella pudieron recibir.

Sin embargo, no bastó tampoco entónces el talento literario; preciso fué tambien unir a él la intriga cortesana, y saber prescindir en ocasiones del hombre de letras, para aparecer bajo el aspecto del hombre político ó del discreto palaciego. Los que como Quevedo, Mendoza y Saavedra supieron reunir estas cualidades a las de escritores, vieron recompensado su mérito con altos empleos, con rejios favores, y figuraron airosamente entre los primeros hombres públicos de su tiempo; los que como Cervantes, Lope y Moreto limitaron su ambicion a la gloria literaria, fueron es verdad, el objeto del entusiasmo de su siglo, y pudieron presajiar en vida el tributo de admiracion que habia de rendirles la posteridad; mas sus trabajos, tan aplaudidos y admirados, no bastaron a asegurarles una cómoda subsistencia, ni a legar a sus hijos otra cosa que la gloria de sus nombres esclarecidos. Lope de Vega quedó empeñado al morir, despues de haber escrito dos mil comedias (que los cómicos solian pagarle a 500 reales), y otras muchísimas obras sueltas. Calderon vendió todos sus Autos Sacramentales a la villa de Madrid por 16000 reales; y Miguel de Cervantes tuvo que mendigar el socorro de un magnate para dar a luz la obra inmortal que habia de ser el primer título de la gloria literaria del pais.

Cuando en el último tercio del siglo anterior volvieron a aparecer las letras despues de un largo período de completa ausencia, una feliz casualidad hizo que hombres colocados en alta posicion social fueran los primeros a cultivarlas; y de este modo se ofrecieron a los ojos del público con mayor brillo y consideracion. Montiano y Luyando, Luzan, Jovellanos, Campomanes, Saavedra, Llaguno y Amírola, los PP. Isla y Gonzalez, el duque de Hijar, los condes de Haro y de Noroña, Viegas, Forner, Cadahalso y Melendez, ocupaban los primeros puestos del Estado, las sillas ministeriales, las dignidades eclesiásticas, las embajadas, la alta majistratura y los grados superiores de la milicia; bajo este aspecto pudieron servir y sirvieron efectivamente a las letras, tanto para adquirirlas en el concepto público aquel respeto que por desgracia solo se prodiga a los falsos oropeles, cuanto para estimular a la juventud a emprender una carrera que no aparecia ya como incompatible con los halagos de la fortuna.

Empero de un estremo vinimos a caer en el opuesto; los jóvenes se hicieron literatos para ser políticos; unos cultivaron las musas para esplicar las Pandectas; otros se hicieron críticos para pretender un empleo; cuales consiguieron un beneficio eclesiástico en premio de una comedia; cuales vieron recompensado un tomo de anacreónticas con una toga ó una embajada. Y siguiendo este órden lójico se ha continuado hasta el dia, en términos que un mero literato no sirve para nada, a ménos que guste de cambiar su título de autor por un título de autoridad. De aquí las singulares anomalías que vemos diariamente; de aquí la prostitucion de las letras bajo el falso oropel de los honores cortesanos. — ¿Fulano escribió una letrilla satírica? Escelente sujeto para intendente de rentas. — Zutano compuso un drama romántico, ó un clásico epitalamio? Preciso es recompensarle con una plaza en la Amortizacion. — Aquel que hace mui buenas novelas,

a formar la estadística de una provincia.—Este que ha traducido a Byron; a poner notas oficiales en una secretaría.—El otro que escribió un folletin de teatros; a representar al gobierno español en un pais estranjero.

Entre tanto aquellos escritores concienzudos que ven en el cultivo de las letras su sagrada y única mision, y que no sabiendo o no queriendo abandonarlas, esperan recibir de ellas la única corona a que aspiran, yacen arrinconados, y como se dijo al principio, peregrinos en su propia patria; y el pueblo que los mira, y los magnates que no comprenden la causa noble de su desden, lo arrojan al pasar una mirada compasiva, o llegan a dudar hasta de sus intenciones o su talento...—«¡Literato...! Qué quiere decir, literato...?» le preguntará la autoridad al empadronarle.—«¡Poeta...!» repetirá el pueblo...«¡valiente poeta será él cuando no ha llegado a ser ni siquiera intendente o covachuelo!»

De esta manera la multitud, que solo juzga por resultados, se acostumbra a ver la literatura como un medio, no como un fin; como un título de elevacion, no como un patrimonio de gloria, y entre tanto que ensalza y eleva al talento, y engalana la persona del autor con relumbrantes uniformes, deja olvidadas sus obras en la librería; y por una singular contradiccion, aquellos mismos escritos bajo los cuales se escondia una elevada posicion social, sirven al mismo tiempo para que el inhumano tendero envuelva en ellos las pasas de Málaga o los quesos de Rochefort.

EL MANUSCRITO.

«Así se animarán nuevos autores
a imprimir obras que vender al peso.»

IRIARTE

—Y para hacer mas sensible el argumento por medio de un ejemplo, figurémonos un autor que despues de haber dedicado largos años a trabajar concienzudamente una obra literaria, vé por fin concluido aquel trabajo, en que vincula la gloria de su nombre y las esperanzas lisonjeras de su porvenir...

—¡Pobre autor! ¡Tú creias cuando dabas fin a la última pájina de tu libro que nada te quedaba ya que trabajar, nada que padecer! Pues entónces es cuando empieza tu verdadero sufrimiento, tu mas ingrata molestia. Por fortuna en el dia no tienes que temer las trabas de una arbitraria censura, ni necesitas mendigar un permiso que las leyes actuales te conceden gratuitamente... Si hubiera sido hace algunos años, tu primera diligencia seria forzosamente la de poner un *pedimento* en papel sellado, y cargado con él y con tu manuscrito acudir a la escribanía de cámara del Consejo de Castilla, dejándolos allí confiados en manos de curiales y entre *bespajos y moratorias*... ¡Qué agudo puñal para un escritor al dar el tierno a Dios (que podia muy bien ser el último) a su amada obra, y arro-

jarla entre profanos, que midiéndola por su escasa intelijencia, no hacian escrúpulo en despreciar un manuscrito que acaso la posteridad miraria como un tesoro!

El secretario formulaba su relacion, y cargando con el manuscrito entre los demas papeles del despacho, entraba al Consejo a dar cuenta de él, entre un permiso de feria y un alegato de bien probado; el tribunal mandaba censurar aquel, y el escribano era regularmente el que designaba el censor; y si la obra era de bella literatura, la remitia al guardian de san Francisco o al cocinero de los Mínimos; y si hablaba de historia no faltaba algun capellan de monjas; o un abogado del colejio si se trataba de una coleccion de poesías. En vano el pobre autor trataba de adivinar por todos los medios posibles en qué manos se hallaba; este secreto era secreto de Estado, y los hombres de lei sabian guardarlo, y dar así a los censores todo el desahogo posible para que pudieran meditarla a su sabor dos o tres años. ¿Quién pintará las angustias de aquel mísero autor en este tiempo? ¿Quién sus esquisitas diligencias para descubrir el paradero de su futura gloria? Por fin, al cabo de muchos meses y de varios pedimentos de recuerdo decretados por el tribunal, el tiránico censor devolvia la obra, o con una negativa terminante, o toda mutilada con inmundos borrones que hacian desaparecer su mérito principal; y gracias, cuando no se metia a enmendarla de su propia autoridad, y hacer decir al autor cosas que ni en sueños imajinara. Satisfecho de este modo el tribunal de que el libro *no contenia nada contra nuestra santa relijion ni las regalías de la corona*, solia conceder el permiso, y el autor se daba por mui satisfecho cuando a vuelta de algunos ducados, y aparapetado con su *Real cédula*, lograba recojer aquella oveja descarriada, su libro querido, todo desvencijado por manos impuras, y con sendas rúbricas en cada una de sus hojas.

Ahora, es verdad, los tiempos han cambiado; para ser autor no se necesita mas que un buen ánimo; y en gracia de esta libertad han llegado las letras a la altura que las vemos. Asombroso, a decir verdad, debe ser el número de obras importantes que han debido ver la luz desde que se abolió toda censura; nuestros escritores, que antes se escudaban con ella para justificar su silencio, han podido dar a conocer sus prodijiosos adelantos y su jénio superior. Ciencias, artes, literatura, todo han podido tratarlo con estension; nadie les ha ido a la mano.... Desde entonces las imajinaciones han tomado un vuelo jigantesco, las luces se propagan, las prensas jimen, y.... ¡desgraciada la madre que en estos tiempos no tiene un hijo escritor.... Por resultado de este movimiento admirable, benéfico, sublime, ¿dónde estan las enciclopedias profundas, las filosóficas historias, los científicos viajes, las críticas novelas, los admirables poemas? Sin duda que han debido abundar en estos tiempos de franquía político-literaria. Sin duda que nuestros escritores se habran dado prisa a vengar el honor nacional y a responder victoriosamente a los terribles cargos que de dos siglos a esta parte les dirije la Europa entera... Si señor, han respondido, han escrito multitud de volúmenes... de periódicos, llenos de partes militares o de alocuciones civiles. El público no quiere mas historias que la historia contemporánea, ni busca otro progreso sino el progreso de la guerra.

III.

LA LIBRERÍA.

«En la literatura el producto del trabajo
está en razon inversa de su importancia.»
ADDISON.

Mas volviendo a nuestro anónimo escritor, a quien hemos dejado con su manuscrito bajo el brazo, salvándole cual otro Camoens de los embates de las olas, sigámosle paso a paso en sus dilijencias ulteriores hasta ver realizado el objeto de sus esperanzas.

Por de pronto le encontraremos corriendo una a una todas las imprentas de Madrid, y cotejando formas, y demandando precios, y escojiendo papel, y reduciendo, en fin, a números todas las circunstancias del contrato, hasta arreglar convenientemente sus bases.

Pocas cosas hai tan entretenidas como ver a un literato ajustar una cuenta o formar un cálculo, con aquella misma pluma con que suele volar por las vagas rejiones de la fantasía. La falta de práctica, y su escaso conocimiento de los guarismos, le hacen equivocar a cada paso la cuenta; y suma y multiplica, y vuelve a sumar y multiplicar, y unas veces saca mil y otras un millon; y quien de 24 quita 6 deja 40, y llevo 7; dos mil ejemplares vendidos a duro, hacen 200,000 duros; rebajados 500 por el coste de impresion quedan 150,000 duros, limpios de polvo y paja... ¿A donde vamos a parar?

Que se ajustan, en fin, literato e impresor, y que empieza la tarea de la *composicion*, y la *correccion de pruebas*, y el *ajuste*, y el *pliego de prensa*, y la *tiracion* y *retiracion*, y las *capillas*, y el *ales*, y el *pliego*; y mi autor en algunos meses no sabe qué cosa es dormir, ni sosiega un solo instante, y unas veces riñe con el rejente de la imprenta por la tardanza, y otras con los cajistas por la precipitacion; y se desespera por una errata, porque en vez de *tu mano esquiva* le han puesto *tu mano de escriba*, o en lugar de *memoria póstuma* han estampado *memoria postema*, u otros *quid pro quos* tan inocentes como estos, en que suelen incurrir los inocentes cajistas.

Llega, por fin, el suspirado momento en que ya corrientes y encuadernados los ejemplares de impresion va a proceder a la venta; y una mañanita temprano sale mi dilijente autor a recorrer uno por uno todos los esquinazos de Madrid, donde ha hecho fijar enormes cartelones con letras tan grandes como todo el libro; y se aflije y desespera porque unos los encuentra demasiado altos, y otros demasiado torcidos; cuales empezados a rasgar; cuales rasgados del todo; estos cubiertos por un anuncio de natillas; aquellos ofuscados por una funcion de cofradía. Pero se consuela con que en aquel mismo dia la *Gaceta* y el *Diario* han anunciado su obra en *términos precisos*, y que ya de antemano ha regalado un ejemplar a todos los periodistas de Madrid, los cuales en conciencia no podrán ménos de decir que la obra es escelente y su autor un buen sujeto, con la demas

música celestial de costumbre, no olvidando al final la librería donde se vende o se quiere vender.

Y aquí llamo la atencion de mis lectores no madrileños para hacerles un pasajero bosquejo de lo que es *una librería* en nuestra heróica capital.

Siempre que a su paso encuentren una portada gótico-arabesca y hermoso cierre de cristalería: siempre que vean relucir en el interior brillantes dorados y trasparentes, y coronada la pintada muestra por un cuerno de Amaltea o por una fama trompetera, aquello por supuesto, no es una librería, sino un almacen de objetos mas útiles, tales como guantes o confitura.

Siempre que miren un prolongado mostrador, asediado por multitud de bellezas mercantes, por infinidad de galanes paganos, allí por supuesto no se venden libros, sino sedas y cachemiras, ni se conocen otras letras que las de «*Precios fijos*» estampadas en góticos caracteres en el fondo del almacen.

Empero cuando vean un menguado recinto de cuarenta piés de superficie, abierto y ventilado por todas sus coyunturas, cubiertas las paredes de unos andamios bajo la forma de estantería, y en ellos fabricada una segunda pared de volúmenes de todos gustos y dimensiones, pared tan sólida e inamovible como la que forma el cuadrilátero recinto; siempre que vean éste, cortado a su término medio por un menguado mostrador de pino sin disfraz, tan angosto como banco de herrador, y tan plana su superficie como las montañas de la Suiza; siempre que encima de este laboratorio vean varias hojas impresas a medio plegar, vetias orteras de engrudo, y el todo amenizado con las recortaduras del papel y los restos del pergamino; siempre que detras acierten a columbrar la fementida estampa de un hombre chico y panzudo, como una olla de miel de la Alcarria, y vean sobre la abertura que forma la trastienda un mezquino nicho en forma de altar con una estampa de san Casiano, patron de los hombres de letras; siempre que encuentren, en fin, todas estas circunstancias, detengan el paso, alcen la cabeza, y verán en los dos esquinazos de entrada unos misteriosos emblemas de líneas blancas y coloradas, y sobre el cancel un mal formado rótulo que en anticuadas letras dirá forzosamente «LIBRERÍA.»

A decir verdad que nada es mas a propósito para dar una idea del estado de la literatura en nuestro pais, como el aspecto de las tiendas de libros, que sin celos ni estímulo de ninguna especie han visto progresar y modificarse, segun los preceptos de la moda, a las quincallerías, floristas, confiteros, todos los almacenes de comercio, hasta las zapaterias y tabernas, y ellas, impasibles en aquel estado normal que las imprimió el siglo XVIII, han permanecido estacionarias, sobreviviendo indiferentes a las revoluciones de la moda y a las convulsiones heróicas del pais.

Si prescindiendo de la librería, consideramos aisladamente la persona del librero, hallaremos en él la misma inamovilidad, igual estoicismo que en aquella. Desdeñando con altivez todos los esfuerzos del resto del comercio, vive tranquilamente encuadernado en su mostrador de pino y sus anaqueles de becerro, repartiendo el producto del humano saber con sus compañeros los ratones (que los hai con un hambre del año 12). Si escucha hablar del celoso movimiento de los li-

breros de Lóndres y Paris, del lujo de sus almacenes, de la pompa de sus catálogos y de sus grandes empresas mercantiles, el librero madrileño sonrie desdeñoso, y sigue sin responder, plegando calendarios o dando a los cartones una mano de engrudo. Si se le pregunta por el mérito de una obra, responde con indiferencia: — «No es cosa; no se han vendido mas que cien ejemplares.» —Para él la pauta de todos los libros está en su libro de caja, y por este estilo aprecia mas que las obras de Homero, el Sarrabal de Milan; y mucho mas el Arte de cocina, que los Varones ilustres de Plutarco.

Ocupado sin cesar en sus mecánicas tareas, escucha con indiferencia las interesantes polémicas de los abonados concurrentes (todos por supuesto literatos) que ocupan constantemente los mal seguros banquillos estramuros del mostrador; los cuales literatos cuando alguno entra a pedir algun libro, le glosan y le comentan; y dicen que no vale cosa; y despues de juzgarle a su sabor, le piden prestado al librero un ejemplar para leerle. Y mientras tanto ojean un periódico, y mascan y muerden a su sabor el artículo *de fondo*, y luego la pegan con la comedia nueva y hacen una diseccion anatómica de ella y de su autor. Todo hasta que dan las dos, hora en que el librero, recojiendo sus chismes, les invita por la forma a comer la puchera, que es lo mismo que decirles que se vayan a la calle. Y luego cierra la tienda, y come y duerme su siesta, y vuelve a abrir, y vuelve a reproducirse la escena anterior.

Pero si mal no me acuerdo dejamos a mi autor caminando hácia la librería; pues bien, figurémonos que entra en ella a la sazon que el librero acaba de despachar un ejemplar, el tercer ejemplar de su obra, y que los literatos del banquillo han abierto la discusion sobre ella.

— ¿Ha leido usted, señor don Hermójenes, ese libro nuevo?

— ¡Cómo si lo he leido! Pájina por pájina me lo ha consultado su autor.

— ¡Calle! ¿conoce usted al autor?

— ¡Pues no le he de conocer, si ha sido discípulo mio! y dé gracias a mis advertencias y correcciones, que sino... pero callemos, que no es cosa de decirlo todo; dejémosle gozar tranquilamente de los honores del triunfo.

—Me han dicho, replica don Pedancio, que es un muchacho de mérito, y que...

— Si señor, *tiene chispa*, y si estuviera bien dirijido...

— ¿Cómo bien dirijido? ¿pues no he dicho que le dirijo yo?

— Tiene usted razon, y a decir la verdad, ya me parecia a mí que era imposible que ese mozo hiciera por sí nada de provecho; figúrense ustedes que le he conocido hace veinte años jugando a la rayuela todas las tardes con los chicos de mi vecino don Abundio... y luego, señor, lo que yo digo, ¿qué han de saber estos muchachos, ni qué universidades han cursado, ni qué oposiciones han sostenido, ni...?

(Mientras este lijero diálogo, el jóven autor ha entablado un aparte con el librero para informarse de la venta; y luego que éste le asegura que en todo el dia ha realizado tres ejemplares, hace un jesto espresivo, dá un suspiro, y lanzando una mirada fulminante a los interlocutores se sale precipitadamente de la tienda.)

—Oiga usted, señor amo de casa, ¿no querrá usted decirnos quién es ese caballerete que acaba de salir?

—Ese caballerete, responde el librero, es un amigo de todos ustedes y protejido de mi señor don Hermójenes.

—¿De veras?

—Sí señores, es el autor de quien ustedes hablaban, y no sé cómo no le han conocido.

—A la verdad, replican todos, que está bastante desfigurado... y luego esta vista tan cansada... ¿no es verdad usted, señor don Pedancio?—

Los quince primeros dias repite diariamente el jóven la visita a la librería, y ajustando mentalmente la cuenta, saca la consecuencia de que en ellos ha despachado veinte y cinco ejemplares; y sin embargo todo el mundo le habla de la obra, y todos sus amigos se la elojian y le colocan a par de Cervantes; es verdad que él ha tomado la precaucion de regalársela a todos; y al cabo del mes pide cuentas al librero, el cual se la dá de treinta ejemplares; al segundo mes de diez, y al tercero de ninguno; y entre tanto el impresor le ha cobrado la suya, y el encuadernador igualmente; y advierte, en fin, que su futura gloria le ha costado un purgatorio presente, y que en vez de los ciento cincuenta mil duros de ganancia, se halla con cien doblones de menos en el bolsillo.

IV.

EL AUTOR.

«Oui, j'aime mieux, n'en deplaise a la gloire,
vivre au monde deux jours que mil ans dans l'histoire.»

MOLIERE.

Y con perdon de la gloria,
mucho mas estimaria
vivir en el mundo un dia
que mil años en la historia.

Entónces reconoce la ingratitud del siglo, y medita filosóficamente sobre la ignorancia de la multitud; pero templa su dolor con la consideracion de los inconvenientes de las riquezas, y la gloria que le brinda la fama en las futuras edades, con lo cual se determina a pasar el resto de sus dias dedicado a la filosofia y al estudio. Mas desgraciadamente llega el dia 30 del mes, y el casero le recuerda el alquiler del cuarto; la patrona le reclama el gasto de casa; el sastre tiene la inhumanidad de presentarle la cuenta; y hasta el grosero asturiano que le sirve se atreve a interpelarle sobre el pago de su salario.

El desdichado autor cae entonces bruscamente desde su cielo ideal en este mundo mecánico y positivo; mira con dolor que el injenio es un capital pasivo que no empieza a producir hasta despues de la muerte; que la sabiduría no tiene cose-

cha, o que si siembra ideas es para recojer únicamente desengaños; que hacer libros donde nadie lee, es ponerse a fabricar rosarios en Pekin; que aquella individualidad, aquella sublime escepcion a que ha aspirado por resultado de sus tareas, le han constituido en una situacion exótica en medio de una sociedad material y positiva; y que, en fin, todo su talento, toda su nombradía, no pueden hacerle prescindir de aquellas necesidades que esta misma sociedad le impone.

Entonces es cuando dando un nuevo jiro a sus ideas, las materializa y dirije a un resultado positivo; entonces cuando hace el sacrificio de su futura gloria en gracia de su vivir presente; y trata de hacer valer sus circunstancias para llegar a clasificarse en esta misma sociedad que antes miraba con enfático desden. Entonces es cuando cambia las bibliotecas por las antesalas; los profundos volúmenes por los periódicos fujitivos; las relaciones literarias por las encumbradas y políticas; entonces cuando hace la oposicion o la defensa de los ministros; entonces cuando brilla en su mayor esplendor, y todos alaban su talento y pasa de mano en mano altamente recomendado, hasta que da en las de un poderoso Mecenas que en justo galardon de sus conocimientos literarios, o de su númen poético, le encaja una contaduría de estancadas o una administracion de correos; con lo cual el ex-autor hace almoneda de sus libros, vende al peso todas sus impresiones a un almacenista de chocolate, y marcha satisfecho a desempeñar su destino y a firmar *oficios y cargarémes*.

Y aqui concluyó el literato y empezó su positiva carrera el funcionario público.

(Marzo de 1837.)

EL DIA DE TOROS.

I.

CASA DE VECINDAD.

En la parte mas intrincada y costanera del antiguo y famoso cuartel de Lavapies, siguiendo por la calle de la Fé, como quien se dirije a la parroquia de san Lorenzo, y revolviendo despues por la diestra mano para ganar una altura que se eleva sobre la izquierda, hai una calle, *de cuyo nombre no quiero acordarme*, que tiene por apéndice oriental un angosto y desusado callejon, *de cuyo nombre no me acordaria aunque quisiera.*

Entre esta calle y este callejon, y formando en escuadra los límites ordinarios de ambos, descuella sobre las inmediatas un caseron de forma ambigua, tan caprichoso y hetereojéneo en el órden de sus fachadas, como el de su distribucion y mecánica interior. El aspecto de la primera de ellas, que sirve a la calle principal, no ofrece ni en la forma de su entrada, ni en la triple fila de balcones, ninguna discordancia con la de los demas edificios que pueblan el casco de esta notable capital; antes bien sujeta en un todo a las formas autorizadas por el uso, encubre con el velo de cándida vestal (inocente disfraz harto comun en las casas de Madrid) deformidades y faltas de mas de un jénero. Por el opuesto lado es otra cosa: el color primitivo de la pared, en que la azarosa mano del tiempo ha impreso todos sus rigores, la combinacion casual de ventanas y agujeros, el alero prolongado, el estrecho portal, y mas que todo, la estravagante adicion de un corredor descubierto y económicamente repartido en sendas habitaciones o celdillas, prestan al todo del edificio un aspecto *romántico*, que revela su fecha y el gusto de la época de su construccion.

El interior de esta mansion no es ménos fecundo en halagüeños y significativos contrastes. Cualquiera que entre por la escalera principal no advertirá en la respectiva colocacion de las puertas de cada piso notable disparidad con lo que está acostumbrado a ver en las demas casas de Madrid, y costarále trabajo persuadirse de que en esta puedan encontrar habitacion independiente sesenta y dos

familias, que puesto que habitantes de un mismo pueblo, de un mismo barrio, de una misma casa, representan ocupaciones, gusto y necesidades tan distintos entre sí, como son discordantes los guarismos que forman el precio de su alquiler. Empero esta duda cesará de todo punto, si guiado por la natural curiosidad, acierta a traspasar el límite que separa la aristocracia de la tal casa, de la parte que constituye su tripulacion popular.

Preséntasele, pues, para este paso al nuevo Magallanes, un nuevo estrecho o pasillo que le conduce desde el piso segundo al cuadrado patio, en torno del cual se ostenta el abierto corredor de que arriba dejamos hecha mencion. La multiplicidad de las puertas de las viviendas que interrumpen el lienzo, causarále por el pronto alguna confusion; pero mui luego adoptará por brújula para navegar en tan procelosos mares los sendos números que mirará estampados sobre cada una de aquellas. Por último, si limitado al objeto de mero descubridor buscára la salida de aquel archipiélago, y su comunicacion con la calle, no será para él objeto menor de admiracion el encontrarla directamente a aquella altura (el piso segundo) por la parte del callejon escusado; notable desnivel de algunos sitios de Madrid, que permite a varias de sus casas tan estrambótica construccion.

II.

ANTES DE LA CORRIDA.

En el intrincado laberinto que queda bosquejado, todo era animacion y movimiento uno de los pasados lunes, en que segun la piadosa y antigua costumbre, celebraba la Junta de hospitales una de las funciones de la temporada en el ancho circo de la puerta de Alcalá. Era *dia de toros*, y los que conocen la influencia de estas palabras májicas para la poblacion madrileña, pueden calcular el efecto producido por semejante causa en las trescientas setenta y dos personas que por término medio pueden calcularse cobijadas bajo aquel techo.

El movimiento, pues, estaba a la órden del dia, y por emblema de él ostentábase a la puerta principal un almagrado coche de camino, abierto y ventilado por todas sus coyunturas, y arrastrado por seis vigorosas mulas, cubiertas las colleras de campanillas y cascabeles; al paso que por la puerta del costado, dejábanse contar hasta cuatro calesines de forma análoga, dirijidos por mitad entre los menguados caballejos de sus varas y los despiertos mancebos de sombrero de cucurucho, cinto y marsellés.

Del ya referido coche acababa de desembarcar un apuesto caballero, ni tan viejo que ostentase blanca cabellera sobre su frente, ni tan jóven que se hallara comprendido en el último alistamiento militar. Y mientras atusándose el pelo dictaba desde el portal las órdenes convenientes al cochero, era, sin advertirlo, el objeto de curiosidad jeneral de entreambas calles, en cuyos balcones y ventanas el ruido del coche habia hecho aparecer multitud de espectadores de todos sexos y condiciones.

—Oyes, Paca, la del número 12, ¿conoces a ese señor de tantas campanillas que se ha apeado en tu portal?

—Toma si le conozgo: ¡si es mi casero el percurador! ¡todos los domingos me hace una vesita por el monís!

—¡Fuego, hija, y qué casero tan aquel, que viene a visitar en coche a su enquilinos!

—Yo le diré a usted, seña Blasa, me esplicaré; lo que es por la presente no viene a por cuartos, y en tal caso no son de cobre por cierto.

—¿Trampilla tenemos? ai, cuenta, cuenta, hija, que no hai como escuchar para aprender; apostaré a que lo dices por cierto sombrerillo de raso que veo asomar por entre las cortinas del principal.

—Pues.... ya me entiende usted... ¡ai Jesus, y qué encapotado está el tiempo!

—No temas, muchacha, que pronto cambiará.

—¿Diga usted, madre Blasa, usted que endiña desde ahí la muestra, ¿a cuántos apunta el reloj?

—Dos en punto, si no veo mal.

—Pues punto y coma, que hai moros en la costa y salvajes en portillo.

—¡Qué lengua, qué lengua, seña Paca!

—Calle, tio Mondongo, ¿usted está ahí? ¿y quién le mete a usted en la conversacion de las personas? Mas le valiera cuidar de su tia Mondonga y de su hija, que no entrarse donde no le llaman.

—Me llaman y me importa, seña Paca, que al cabo soi hombre de lei y no puedo ver esos tiruleques.

—¡Ai Jesus! llamar al abogado de pobres para que se lo cuente a su señoría.

—Pues tengo mil razones, y mi concencia es concencia, y ¡digo! ahí que no es nada; estar sacando al aire, como quien no dice la cosa, los trapos de nuestro casero don Simon Papirolario, honrado percurador, administrador judicial por la justicia de esta casa de mostrencos.

—El mostrenco será él y usted que le abona, vaya usted a decírselo de mi parte, y que le baje el cuarto, que harto subido está sobre el tejao.

—Dice bien el tio Mondongo, Pacorra; ¿qué tienes tú que meterte en cuidaos ajenos, y si don Simon vesita a la seña Catalina, y si viene por ella para llevarla a los toros, y si la viste y la calza y la da de comer, y el cuarto de balde; y si es casao y con tres hijos que deja en casa, y si doña Catalina tiene otro cortejo por otro lao, y si... en fin, cada uno se gobierna como puede, y a quien Dios se la dió, san Pedro se la bendiga.

—Que se la bendiga en buen hora, mario; y a tí te dé majin para echar sermones, y a mí paciencia para oirlos; pero ahora que me acuerdo, ¿no ha venido todavía tu compadre?

—Mi compadre estará legítimamente ocupao que es el que pone el hierro a las banderillas.

—No digo ese, sino el Chato, que tiene que venir por mí para llevarme á los toros.

—Ese no es mi compadre, canalla, que es el tuyo; y si no fuera por armar un escándalo, no te dejaria ir con él.

—Calla, mal jénio; que no te quedarás en casa, y puedes irnos a esperar a la vuelta a la taberna de la Alfonsa.

—Bien sabe Dios que solo la necesiá...

—Tiene cara de hereje, Juancho, y tú no la tienes mejor por cierto.

—Eh, hombre, ¡cuidao! ¿Dónde diablo vas a parar?

—A donde quiero y puedo; y háganse todos a un lao de la calle, y dejen a mi carroza la puerta franca.

—Pues nosotros hemos llegado antes.

—Pues yo llego siempre a tiempo, y... hola...muchacho, agnija la bestia, y que salte sobre esas otras.

—Hui... soo... ráa.. iak... eh... atras....

—Vaya, señores, ahora que estamos acomodaos, la paz, y cas uno se espere mientras me apeo, que ya saben que soi hombre de malas pulgas.

Y aquí un sordo mormullo de reniegos y juramentos, reconcentrados por aquella prudencia que dicta el miedo, acompañó respetuosamente al descenso del *Chato*, que era el que en tal momento se apeaba de su carroza de dos ruedas.

III.

MIENTRAS LA CORRIDA.

Ya nos han dejado solos, tio Mondongo, a mi con los puntos de mi calceta, y a usted con su banquillo y su piedra; a mi echando al aire mis arrugas, y a usted asomando los cuérnos al sol.

—¡Qué quiere usted, seña Blasa! la juventu es juventu, y nosotros...

—Usted será el viejo, que yo, a Dios gracias, todavía tengo mi alma en mi almario, y mi cuerpo donde Dios me lo puso, y si no fuera por el hambre del año 12 que me hizo caer los dientes y el pelo, todavía era negocio de salir a la plaza a echar una suerte; pero dejando esta plática y viniendo a lo del dia, ¿sabe usted que se me hacian los dientes, digo las encias, un agua pura al ver la alegria de nuestra jente?

—Ello dirá, tia Blasa, ello dirá; y tras del dia viene la noche, y al fin se canta la gloria.

—Vaya, hombre, que no parece sino que viene de casta de disciplinantes; ¿pues qué mal hai en que la jente se divierta y se ponga maja? Pero a propósito, ¿sabe usted que la Paca iba que ni una reina de Gito con aquel guardapies encarnado, y delántal de flores y medias negras caladas hasta la liga, y pañuelo amarillo, y roete de cesto, y mantilla al hombro? Cierto que el Chato es hombre que lo entiende, y que no hace mal el tio Juancho en tener paciencia.

—Chito, tia Blasa, que las paredes oyen.

—¡Qué! tió Mondongo, si aquí no nos oyen mas que las golondrinas.

—Pues una vez que es así, sepa usted (y dejemos un rato el mandil, que de menos nos hizo Dios, y la noche diz que se ha hecho para dormir y el dia para descansar), sepa usted, pues, como iba diciendo, que luego que se marcharon todas las calesas, y en ellas los ya dichos y el Bereque y la Curra, con Maljesto y el banderillero, Lamparilla con la mujer del herrador, y este con la hija del alguacil, y despues que nos quedamos solos yo y mi chica (que es una muchacha que ni pintada, y que no quiere ir a los toros por mas que la pedrico), vino el dengue, el filé, el lechuguino de los bigotillos y la pera, y miró al balcon del principal; se acercó callandito a la rejilla de la escalera, y dió dos golpecitos, y le abrió la vieja y allá se colocó; con que si vuelve el percurador ¿sabe usted que es lance?

—¡Ah, ah, ah!

—Ello dirá, señora Blasa, ello dirá.

—Pero dígame usted, ¿qué ruido infernal es ese que salió hace un rato por ese bujero del diablo?

—Qué quiere usted que sea, los siete chicos de la tuerta que se han quedado solos y estan jugando al toro con un gato en la guardilla del rincon.

—¡Pobres criaturas! pero en fin, ellos podrán dejar las divisas cuando quieran, mientras que su pobre padre....

—Pues no para ahí lo mejor, sino que la puerta del ebanista está abierta, y hai quien sospecha del barbero de enfrente, que ha sido aprendiz de herrador, y así parece hecho para afeitar barbas, como para rapar la bolsa al prójimo.

—Yo no queria decirlo a usted, pero me parece que cuando estaba comiendo vi salir una caña por cierto agujero que encaminándose a la guardilla de la Paca, enganchó por su propia virtud en los pañales que estaban colgados; pero no lo quisiera afirmar, porque como mi vista es débil, y luego los antojos se me quebraron la otra noche leyendo el Bertoldo....

—Ahora que dice usted Bertoldo, ¿no sabe usted que el Cacasenillo del aguacil del número 13 ha dado en requebrar a la Paca, y en querérsela disputar a su marido y al banderillero, y lo que aun es mas, al matachin del Chato, que es capaz de enristrar alguaciles, como el toro a los dominguillos.

—¡Ah, ah, ah...! me ha hecho usted reir con la comparacion, y a fé que es menester haber vivido años para entenderla.

—El año de 89, si mal no me acuerdo.

—Y es la verdad; yo estaba en la plaza, y acababa de casarme con mi marido Rodriguez (que Dios allá tenga) cuando echaron al toro dominguillos: pero a propósito de dominguillo, ¿dice usted que el lechuguino quedaba en el principal con la criada?

—Pues, para mientras venga el ama con don Simon.

—¿Y está usted seguro de ello?

—Toma si lo estoi.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¿Un muchacho como de 22, alto, bien plantado, bigote rubio, barbas capuchinas, pantalon colorado, levita corta y sombrerito ladeado, basteneillo y espolines?

—Ese mismo, ese mismo es.

—Pues es el caso que, si no veo mal, paréceme que le miraba ahora mismo salir por el portal de la otra calle con una muchacha de vestido corto, color de pasa, delantal y mangas huecas, mantilla de tira, y....

—¡Qué! no, no lo crea usted, tia Blasa, si no ha quedado en casa mas moza de esas señas que mi hija.

—Es que pudiera ser que acaso fuera su hija de usted.

—¿Mi hija? sí, bonita es ella; ahora quedaba allá dentro espalgando al dogo. Juanilla... Juanilla... ¡Diantres! no responde; voi a ver.

—No se moleste usted, tio Mondongo, que hace ya rato que doblaron la esquina.

IV.

DESPUES DE LA CORRIDA.

Perdone usted, señor alcalde, que no fué asi como lo ha contao mi mario porque él se quedó en cá e la Alifonsa durmiendo la mona y no supo naa del sucedido.

—Pues diga usted cómo fué.

—Yo, señor, ya ve usted, soi una probe mujer, y no sé esplicarme de corrido; pero el señor es mi mario, y su conducta es la que usted ve, siempre borracho y sin trabajar, con que de algun modo ha de comer una y tener cuatro trapos.

—Vamos al caso.

—Pues al caso voi: ello es que el que tiene la culpa de todo es un amigo de la casa y mui compadre, como too el mundo sabe, que llaman Maljesto, y capaz de plantar una banderilla al lucero del alba cuanto ni mas al toro; pues como iba diciendo, este tal me tenia dicho: «Paca, no quiero que mires al Chato, porque si tal haces le voi a cortar las pocas narices que le quedan.»

—¡Que sí! decia yo; y como ya ve su señoría o su merced, el gusto es gusto, y en dengun catecismo he visto el pecado *no mirarás*; yo, ya se ve, no le hacia caso, y....

—Adelante, fué usted con el otro a los toros.

—Pues ahí está, porque tomó su calesa y me llevó, que yo no me fuí sola; y esto cualquiera lo hubiera hecho, y señoronas conozgo yo....

—Al grano, al grano.

—El grano es un grano de anis, como quien dice, porque el otro desde la plaza mira que te mira, no nos quitaba ojo en toa la corrida, y ponia las banderillas en cruz, y nos las juraba con unos jestos que Dios nos libre.

—Pero al cabo....

—Al cabo se acabó con el último toro como es costumbre, y todos nos íbamos

en paz y en gracia de Dios, cuando al salir de la plaza, el Chato se desapareció no se cómo, y yo que me esperaba encontrarle al pié de la calesa, ¿a quién dirán ustedes que encontré? pues fué naa menos que al banderillero, que diciéndome— «¡Ingrata! no, endina (me dijo), ¿es ese el modo de obedecer mis preceptos?»

—Yo le dije... pero no, entónces no dije nada, como que estaba encojida; pero solo le hice un jesto, y aun no sé si algo mas. El no me respondió mas que dos o tres juramentos y algunos reniegos, y luego agarrando a la Curra que venia conmigo la subió por fuerza a la calesa; en seguida puso una rodilla en tierra y me la presentó como estribo, diciéndome por lo bajo—«Paca, si no subes mato al Chato;» —y yo, ya ve su señoría, soi mujer de bien, y no quiero la muerte de nadie.

—¿Con que en fin, qué hizo usted?

—¿Qué habia de hacer? subí.

—¿Y despues?

—Despues fué la jarana, porque la Curra, que para servir a su señoría es, segun dicen malas lenguas, mujer de Maljesto, empezó a gruñir, y yó tambien, y él nos quiso tranquilizar y nos dió dos o tres bofetones a cada una, pero nosotras empezamos á menudearle y a menudearnos, y ya vé usía, la defensa es natural; por último que se espantó el caballo y por poco nos vuelca, pero en fin, nos apeamos en la calle del Barquillo, y él ya habia echado a correr, y luego la Curra, y no he vuelto a saber mas de ellos.

—¿Con que nada mas tiene usted que alegar?

—Nada mas.

—¿Y se ratifica usted en ello?

—Me ratifico en que soi una mujer de bien, incapaz de dar escándalos, sino que a veces no puede una...; pero ahora voi a quejarme yo a su señoría, que tambien tengo mi porqué.

—Veamos.

—En primer lugar me quejo de toda la vecindad porque me han robado todo lo que tenia en casa y dejado por puertas.

—¿Y cómo puede usted probar...?

—Puedo probar que me han robado, que es lo principal; en segundo lugar me quejo de mi marido porque no me defiende en mis peligros; en tercer lugar me quejo de la Curra por catorce arañones y diez pellizcos, amen de algunas bofetadas donde no se puede nombrar; ademas me quejo del alguacil porque se empeña en llevarme a la cárcel, y todo porque le hice una mueca el dia de san Anton, que quiso requebrarme; por último, me quejo de usía, porque desde que es alcalde de este barrio...

—Calle usted, demonio, que ya no la puedo sufrir mas, o por el alma de mi padre que la ponga una mordaza que no se la caiga tan pronto.

Veamos otro. ¿Usted, buen hombre, qué quejas tiene usted que proponer a la autoridad? Sea breve, y yo le prometo justicia.

—Yo, señor, me llamo Cenon Lanteja, alias Mondongo; tengo una hija que se llama Juanita, alias la Perla.

—Adelante sin mas ribetes, seor Mondongo, que si volviére a echar otro alias por este bastón que empuño que no le baje la multa de cuarenta ducados.

—Pues señor, claro, esta muchacha tan recatada se me ha ido con un lechuguino á los toros, y...

—Aquí entro yo, señor alcalde; yo me quejo de ese pícaro, que despues de hacerme salir de casa de mi padre no me llevó a los toros, y sabe Dios...

—Señor alcalde, palabra.

—Señor don Simon y mui señor mio, ¡qué jentecita tiene usted en casa!

—Calle usted por Dios, señor, que todas son cuitas, pues ya usted sabe que en el principal tengo una pariente jóven, a quien su tio, oidor de Filipinas, me dejó recomendada al morir.

—Si, sí, ya lo sé todo, y se tambien que la convida usted a los toros, y...

—Pues ahí voi: despues de hacer con ella los oficios de padre, ¿sabe usted con lo que me encuentro?

—¿Qué?

—¡Ahí es nada! que al volver con ella a su casa me he hallado en la escalera a un galancete jóven, que cuando le he descubierto, me insulta, me desafia y...

—Pues no es eso lo mejor, señor don Simon, sino que su esposa de usted, segun me ha dicho el escribano, ha estado esta mañana en mi casa a quejarse de su infidelidad, y a ponerle como quien no quiere la cosa demanda de divorcio.

—¿De divorcio?

—Yo la he procurado calmar y desengañar, aconsejándola que para esto se dirija al tribunal de mostrencos, porque como usted tiene ese carácter...

—Señor alcalde, señor alcalde.

—¿Alguacil?

—Que vienen a avisar que a la puerta de la taberna de la tia Alfonsa se han dado dos hombres de navajadas, y han quedado los dos mui mal heridos.

—¡Ai Dios mio! ¡Ellos son!

—¡El Chato!

—¡Maljesto!

—¡Ai, ai, ai,

—Orden, dijo el alcalde pegando un bastonazo en el suelo. ¿Hai aquí algun hombre bueno...? Nadie responde; pues bien, sirva usted, escribano por esta vez, y apúnteme un prospecto de providencia...; a ver, lea usted.

« En la villa de Madrid, a tantos de tal mes etc., visto, juzgamos; que debíamos mandar y mandábamos que al muerto, si se le hubiere, se le dé cómoda » sepultura, y al herido sea conducido al santo hospital; que a la llamada Paca la » Zandunga, mujer del Juancho, se la encierre en galeras, por dos años, y lo » mismo a la otra moza, alias la Curra, de estado indirecto: condenamos al zapatero Mondongo a un encierro de tres meses por no haber sabido encerrar a su » hija, y a esta a las Arrepentidas para que tenga tiempo de llorar sus estravíos: » que a la señora del principal y al amante incógnito se les remita al cura de la

» parroquia para que los case, bajo partida de rejistro; y que cada uno de los » vecinos de la casa pague diez ducados de multa; últimamente, al representante » de los mostrencos, don Simon Papirolario, se condena en las costas del proceso » y cien ducados mas; sin que esta nuestra sentencia pueda perjudicar en lo » mas mínimo a la buena opinion y fama de los causantes; y hágase saber a las » partes para su ejecucion y debido cumplimiento.—El señor don Crisanto de » Tirafloja, maestro guarnicionero y alcalde de este barrio, lo mandó entre dos » luces por ante mí el infrascrito escribano de S. M., hoy dia 17 del corriente » del año del Señor de 1836.—*Gestas de Uñate.*»

Ninguno de los presentes se conformó con la sentencia, porque el juez era *lego* y no la podia dar, a pesar de que la dió; pero luego fueron ante otros jueces *profesos*, y la cosa en sustancia vino a ser la misma, con el apéndice de otros seis meses de encerrona mientras se *sustanciaba* el proceso con todos los requisitos legales.

Tal fué el resultado de aquel *dia de toros;* la riqueza pública perdió en él, es verdad, aquel tiempo y aquellos brazos; la agricultura, algunos animales destinados a su fomento; los establecimientos públicos, el fruto de la caridad y de las contribuciones; las costumbres sintieron la falta del pudor y la decadencia; y la relijion el olvido de los sentimientos mas nobles y jenerosos; pero en cambio dos personas tuvieron ocasion de felicitarse y salir gananciosas, a saber: la tabernera Alfonsa, y el escribano don Gestas. ¡Feliz compensacion!

(Mayo de 1836.)

EL DUELO SE DESPIDE EN LA IGLESIA.

I.

EL TESTAMENTARIO.

«Ved de cuán poco valor
son las cosas tras que andamos
y corremos
en este mundo traidor,
que aun primero que muramos
las perdemos.»

JORJE MANRIQUE.

Solamente otra vez en mi vida me he visto tan apurado.... pero entonces se trataba de un padrinazgo de boda que la suerte y mi jenio complaciente habíanme deparado: bastaba para quedar bien en semejante ocasion dar rienda suelta a la lengua y al bolsillo, y reir y charlar, y hacer piruetas, y engullir dulces, y echar pullas a los novios, y cantar epitalamios, y disparar redondillas, y llenar de simones la calle, y dar dentera a la vecindad. Mas ahora ¡qué diferencia...! otros deberes mas sérios eran los que exijia de mí la amistad... ¡Funesto privilejio de los años, que blanqueando mi cabellera, han impreso en mí aquel carácter de formalidad *legal* que la *Novísima* exije para casos semejantes!

Dia 1.° de marzo era... me acordaré toda mi vida... y acababa yo de despertarme y de implorar la proteccion del Santo Anjel de la Guarda, cuando ví aparecer en mi estudio una de estas figuras agoreras que un autor romántico no dudaria en calificar de *siniestro bulto*; un poeta satírico apellidaria *espía del purgatorio*; pero yo, a fuer de escritor castizo, me limitaré a llamar simplemente *un escribano*. Venia, pues, cubierto de negras vestiduras (segun rigorosa costumbre de estos señores, que siempre llevan luto, sin duda porque heredan a todo el mundo), y con semblante austero y voz temblorosa y solemne me hizo la notificacion de su nombre y profesion.

—*Fulano de tal, secretario de S. M.....*

Confieso francamente que aunque mi conciencia nada me arguia, no pudo menos de sorprenderme aquella exótica aparicion... ¡Un escribano en mi casa! ¿pues en qué puedo yo ocupar a estos señores...? ¿Denuncias...? Yo no soi escritor político, ni tal permita Dios. ¿Notificacion? Con todo el mundo vivo en paz, e ignoro siquiera dónde se vende el papel sellado. ¿Protesta? Un autor no conoce mas letras que las de imprenta. ¿Pues qué puede ser?

—Voi a decírselo a usted, me replicó el escribano, aunque me sea sensible el alterar por un momento su envidiable tranquilidad.

Ignoro si usted es sabedor de que su amigo don Cosme del Arenal está enfermo.

—¿Cómo? ¿pues cuándo, si hace pocas noches que estuvo jugando conmigo en Levante una partida de dominó?

—Pues en este momento se halla mui próximo a llegar a su Ocaso.

—¿Es posible?

—Sí señor; una pulmonía, de estas pícaras pulmonías de Madrid, que traen aparejada la ejecucion; letras de cambio, pagaderas en el otro barrio a cuatro dias, fijos, y sin cortesía (con arreglo al art. 447, título 9.º libro 2.º del Código de comercio); ha reducido al don Cosme a tal estremidad, que en el instante en que hablamos se halla, como si dijéramos, apercibido de remate, y a menos que la divina Providencia no acuda a la mejora, es de creer que quede adjudicado esta misma tarde al señor cura de la parroquia.

Viniendo ahora a nuestro propósito, debo notificar a usted *pro forma*, como el susodicho don Cosme hallándose en su cabal entendimiento y tres potencias distintas, aunque postrado en cama *in artículo mortis*, a causa de una enfermedad que Dios nuestro Señor se ha servido enviarle, ha determinado hacer su testamento, y declarar su última voluntad, ante mí el infrascrito escribano real y del número de esta M. H. Villa, segun y en los términos en él contenidos, y son como sigue.

Y aquí el secretario me hizo una fiel lectura de todo el testamento desde el *In dei nómine* hasta el signo y rúbrica acostumbrado; y por la dicha lectura vine en conocimiento de que el moribundo don Cosme habia tenido la tentacion (que tentacion sin duda que debió de ser) de acordarse de mí para nombrarme su albacea, y encargado de cumplir su disposicion final.

Héme, pues, al corriente de aquel nuevo deber que me regalaba la suerte, y si me era doblemente sensible y doloroso, déjelo a la consideracion de las almas tiernas que sin pretenderlo se hayan hallado en casos semejantes.

Mi primera diligencia fué marchar precipitadamente a la casa del moribundo, para recojer sus últimos suspiros y asistir y consolar a su desventurada familia. Encontré aquella casa en la confusion y desórden que ya me figuraba; las puertas francas y descuidadas; los criados corriendo aquí y allí con cataplasmas y vendajes; los amigos hablándose misteriosamente en voz baja; los médicos dando disposiciones encontradas; las vecinas encargándose de ejecutarlas; los viejos penetrando en la alcoba para cerciorarse del estado del paciente; los jóvenes corriendo al gabinete a llevar el último alcance a la presunta viuda.

Mi presencia en la escena vino a darla aun mayor interes: ya se habia tras-

lucido el papel que me tocaba en ella, que si no era el de primer galan (porque este nadie se le podia disputar al doliente), era por lo ménos el de barba característico, y conciliador del *interés* escénico. Bajo este concepto, la viuda, los hijos, parientes, criados y demas referentes al enfermo, me debian consideraciones, que yo no comprendí por el pronto, aunque en lo sucesivo tuve ocasion de apreciarlas en su justo valor.

A mi entrada en la alcoba, el bueno de don Cosme se hallaba en uno de aquellos momentos críticos entre la vida y la muerte, de que volvió por un instante a fuerza de álcalis y martirios. Su primer movimiento al fijar en mí la vista, fué el de derramar una lágrima, quiso hablarme pero apenas se lo permitian las fuerzas; únicamente con voz balbuciente y apagada y en mui distantes períodos, creí escucharle estas palabras...

— «Todos me dejan... mis hijos... mi mujer... el médico... el confesor...»

—¿Cómo? esclamé conmovido: ¿en qué consiste esto? ¿Porqué causa semejante abandono?

—No haga usted caso (me dijo llamándome aparte un jóven mui perfumado que, sin quitarse los guantes, aparentaba aproximar de vez en cuando un pomito a las narices del enfermo), no haga usted caso, todos esos son delirios, y se conoce que la cabeza... Vea usted, aquí hemos dispuesto todo esto; el médico estuvo esta mañana temprano, pero viendo que no tenia remedio, se despidió y... por señas que dejó sobre la chimenea la certificacion para la parroquia... el confesor queria quedarse, es verdad; pero le hemos disuadido, porque al fin ¿qué se adelanta con entristecer al pobre paciente? En cuanto a la señora, ha sido preciso hacerla que se separe del lado de su esposo, porque es tal su sensibilidad, que los nervios se resentian, y por fortuna hemos podido hacerla pasar al gabinete que dá al jardin; por último, los niños tambien incomodaban, y se ha encargado una vecina de llevarlos a pasear.

—Todo eso será mui bueno, repliqué yo, pero el resultado es que el paciente se queja.

—¡Preocupacion! ¿quién va a hacer caso de un moribundo?

—¿Sin embargo, caballerito, la última voluntad del hombre es la mas respetable, y cuando este hombre es un esposo, un padre, un honrado ciudadano, interesa a su esposa, interesa a sus hijos, interesa a la sociedad entera el recojer cuidadosamente sus últimos acentos.

—¡Bah! ¡antigualla del siglo pasado! —Dijo el caballerito, y frunció los labios, y arregló la corbata al espejo, y se deslizó bonitamente del lado del gabinete del jardin.

Entre tanto que esto pasaba, el enfermo iba apurándose por momentos; los circunstantes conmovidos por aquel terrible espectáculo, fueron desapareciendo, y solo dos criados, un practicante y yo quedamos a ser testigos de su último suspiro, que a la verdad no se nos hizo esperar largo rato.

III.

EL AJUSTE DEL ENTIERRO.

« Pompa mortis magis terret quam mors ipsa. »

El difunto don Cosme habia casado en segundas nupcias a la edad de 59 años con una mujer jóven, hermosa y petimetra... puede calcularse por estas circunstancias la esquisita sensibilidad de la recien viuda, y cuan natural era que no pudiera resistir el espectáculo de la muerte de su consorte.

La casualidad que acabo de indicar de haberme dejado solo, me obligó a ser mensajero de tan triste nueva, pasando al efecto al gabinete donde se hallaba la nueva Artemisa, reclinada en un elegante sofá, y asistida por diversidad de caballeros con la mas interesante solicitud. Al verme entrar la señora, se incorporó, y alargándome su blanca mano, hubo aquello de respirar ajitada, y sollozar, y desvanecerse, y caer redonda en el almohadon. Aqui la tribulacion de aquellos rutilantes servidores; aquí el sacar elixir y esencias antiespasmódicas; aquí el aflojar el corsé, y repartirse las manos, y apartar los bucles, y colocar la cabeza en el hombro, y hacer aire con el abanico... ¡Qué apurados nos vimos...! Pero en fin pasó aquel terrible momento, y la viuda pareció en fin resignarse con la voluntad del Señor, y aun nos agradeció a todos nominalmente por nuestros respectivos ausilios, como si ninguno se la hubiera escapado, en medio de la *ofuscacion de su vitalidad*, que así la llamó mi interlocutor de la alcoba.

Pero como todas las cosas en este pícaro mundo suelen equilibrarse por el feliz sistema de las compensaciones, ví que era ya llegada la hora de neutralizar la profunda afliccion de la viudita con la lectura del testamento de don Cosme en el cual este buen señor, con perjuicio de sus hijos (que no sé si he dicho que eran del primer matrimonio), hacia en favor de su consorte todas las mejoras que le permitian nuestras leyes; rasgo de heroicidad conyugal que no dejó de escitar las mas vivas simpatías en la agraciada y en varios de los aflijidos concurrentes.

Desde este momento quedé instalado en mi fúnebre encargo, y despues de tomar la vénía de la señora; pasé a dar las disposiciones convenientes para que el difunto no tuviera motivo de arrepentirse de haber muerto, dejando como dejaba su decoro en manos tan entendidas y jenerosas.

Mientras esto pasaba en la sala, la alcoba mortuoria servia de escena a otra transformacion no ménos singular, cual era la que habia esperimentado el difunto en las dilijentes manos de los enterradores de las vecinas y del barbero. Cuando yo regresé a aquel sitio ya me encontré al buen don Cosme convertido en reverendo P. Fr. Cosme, y dispuesto al parecer y resignado a tomar de este modo el camino de la puerta de Toledo. Pero como antes de esto pudiera verificarse

era preciso obtener el pasaporte de la parroquia, tuve que trasladarme a ella para negociar el precio y demas circunstancias de aquel viaje final.

Si estuviéramos despacio, y si los indispensables antecedentes de esta historia no me hubieran ya obligado a dilatarme mas que pensé, ocuparia un buen rato la atencion de mis lectores para transcribir aquí el episodio del dicho ajuste, y las diversas escenas de que fuì actor o testigo durante él en el despacho parroquial.

Pero baste decir que despues de largas y sostenidas discusiones sobre las circunstancias del muerto y la clase de entierro que segun ellas le correspondia; despues de pasar en revista una por una todas las partidas de aquel diccionario funeral; despues de arreglar lo mas económicamente posible la tarifa de *responsos, tumba, crucero, sacerdotes, sacristan, acólitos, capa, clamores, ofrenda, sepultura, nicho, posas, vestuarios, paño, lutos, blandones, tarimas, blandoncillos, sepultureros, hospicio, depósito, veladores, licencias, cera de tumbas, santos y altares, cera de sacerdotes, voces y bajones, manda forzosa, y oblata cuarta parroquial,* quedó arreglado un entierro mui decentito y cómodo *de segunda clase* en los términos siguientes:

	Reales.
A la parroquia, dependientes y cera.	1712
Ofrenda para los partícipes.	630
Dos bajones y seis cantores con el facistol, a veinte y cuatro rs. . . .	192
Dos filas de bancos.	80
Nicho para el cadáver, y capellan del cementerio.	490
Bayetas para entapizar el suelo y cubrir el banco travesero, diez piezas, a diez rs. y veinte y cuatro mrs.	407 2
Seis hachas para el túmulo, a ocho rs.	48
La cuarta parte de misas para la parroquia.	250
	3509 2

Ya que estuvo esto arreglado convenientemente, solo tratamos de echar, como quien dice, el muerto fuera; pues todo el empeño de los amigos, y aun de la misma viuda, era que no pasara la noche en la casa, por no sé qué temores de apariciones románticas como las que acababa de leer en uno de los cuentos de Hoffman.

En los tiempos antiguos, cuando la civilizacion no habia hecho tantos progresos, era frecuente el conservar el cuerpo en la cama mortuoria uno, dos, o mas dias, con gran acompañamiento de blandones y veladores, responsos y agua bendita. Los parientes del difunto, los amigos y vecindad, alternaban relijiosamente en su custodia, o venian a derramar lágrimas y dirijir oraciones al Eterno por el alma del difunto, y la relijion y filosofía encontraban en este patético espectáculo ámplio motivo a las mas sublimes meditaciones.

Ahora, bendito Dios, es otra cosa; desde la invencion de los nervios (que no data de muchos años), nuestros difuntos pueden estar seguros de que no serán molestados con visitas impertinentes, y que aun no habrán enfriado la cama,

cuando de incógnito, sin aparato plañidero, y como dicen los franceses *à la derobee*, serán conducidos en hombros de un par de mozos como cualquiera de los trastos de la casa; v. g., una tinaja, un piano, o una estátua de yeso. Luego que le hayan entregado al sacristan de la parroquia, este le hará colocar en una cueva mui negra y mui fria, y dando el jesto a una rejilla que arranca sobre el piso de la calle, le acomodará entre cuatro blandones amarillos, que con su pálido resplandor atraerán las miradas de los chicos que salgan de la escuela; y se asomarán, y harán muecas al difunto, y dirán a carcajadas: «¡Qué feo está!» y los elegantes al pasar se taparán las narices con el pañuelo, y las demas esclamarán: «¡Jesus qué horror! ¿porqué permitirán esta falta de policía?»

Y luego que haya trasnochado en aquel solitario recinto, por la mañanita, con la fresca, le volverán a cojer los susodichos acarreadores, y le subirán bonitamente a la llanura de Chamberí, o le bajarán a las márjenes del Manzanares, donde sin mas formalidad preliminar, pasará a ocupar su hueco de pared en aquella monótona anaquelería, con su número corriente y su rótulo que diga «*Aquí yace don fulano de tal:*» y sin mas dísticos latinos, ni admiraciones, ni puntos suspensivos, ni oraciones fúnebres, ni coronas de siemprevivas, se quedará tranquilo en aquel sitio, sin esperar otras visitas que las de los murciélagos, ni escuchar ruido alguno hasta que le venga a dispertar la trompeta del juicio.

Quédense la tierna solicitud, las lágrimas, las oraciones y las flores, para las humildes sepulturas de la aldea, a donde todos los dias al tocar de la oracion vuelen la desconsolada viuda y los huérfanos a dirijr al cielo sus plegarias por el objeto de su amor, recibiendo en cambio aquel dulce bálsamo de la conformidad cristiana que solo la verdadera relijion puede inspirar. Nosotros, los madrileños, somos mas desprendidos, para nada necesitamos estos consuelos, y hacemos alarde de ignorar el camino del cementerio, hasta que la muerte nos obliga por fuerza a recorrerle.

III.

LA VIUDA.

«*Vestida toda de luto,*
cédula que dice al aire,
aqui se alquila una boda,
el que quiera que no tarde.»

CASTRO, — COMEDIA ANTIGUA.

A los cuatro dias de muerto don Cosme se celebró el funeral en la parroquia correspondiente, para cuyo convite hice imprimir en papel de holanda algunos centenares de esquelas, poniendo por cabeza de los invitantes a el Excmo Sr. Secretario de Estado y del despacho de la Guerra, por no sé qué fuero militar que disfrutaba el difunto por haber sido en su niñez oficial supernumerario de milicias; y ademas, por advertencia de la viuda, que quería absolutamente pres-

cindir de recuerdos dolorosos, no olvidé estampar al final de la esquela y en mui bellas letras góticas la consabida cláusula de

El duelo se despide en la iglesia.

Llegado el momento del funeral, ocupé con el confesor y un vetusto pariente de la casa del banco travesero o de ceremonia, y mui luego vimos cubiertos los laterales por compañeros, amigos y contemporáneos del aneiano don Cosme, que venian a tributarle este último obsequio, y de paso a contar el número de bajones y de luces para calcular el coste del entierro y poder murmurar de él. En cuanto a la nueva janeracion, no tuvo por conveniente enviar sus representantes a esta solemnidad, y creyó mas análogo el permanecer en la casa procurando distraer a la señora.

Concluido el *De profundis*, con todo el rigor armónico de la nota, y despues de las últimas preces dirijidas por los celebrantes delante de nuestro banco triunviral, en tanto que se apagaban las luces, y que las campanas repetian su lúgubre clamor, fuimos correspondiendo con sendas cortesías a las que nos eran dirijidas por cada uno de los concurrentes al desfilar ácia la puerta, hasta que cumplido este lijero ceremonial pudimos disponer de nuestras personas. Y sin embargo de que ya la costumbre ha suprimido tambien la solemne recepcion del acompañamiento en la casa mortuoria, el otro pié de banco y yo creimos oportuno el pasar a dar cuenta de nuestra comision a la señora viuda.

Hallábase esta en la situacion mas sentimental, envuelta en gasas negras que realzaban su hermosura, y con un prendido tan cuidadosamente descuidado, que suponia largas horas de tocador. Ocupaba, pues, el centro de un sofá entre dos elegantes amigas, tambien enlutadas, que la tenian cojida de entrambas manos, formando un frente capaz de inspirar una alegría al mismo Tibulo. A uno y otro lado del sofá alternaban interpolados diversas damas y caballeros (todos de este siglo), que en voz misteriosa entablaban *apartes*, sin duda en alabanza del finado.

Nuestra presencia en la sala causó un embarazo jeneral; los duos *sotto voce* cesaron por un momento; la viuda, como que hubo de llamar en su auxilio la *ofuscacion vital* del otro dia; pero luego aquellas amigas dilijentes acertaron a distraer su atencion enseñándola las viñetas del «*No me olvides*,» y de aquí la conversacion volvió a reanimarse, y todos alababan los lindos versos de aquel periódico, y hasta el difunto me pareció que repetia, aunque en vano, su título. Despues se habló de viajes, y se proyectaron partidas de campo, y luego de modas, y de mudanzas de casa, y de planes de vida futura; y la viuda parecia recobrarse a la vista de aquellos halagüeños cuadros, como la mustia rosa al benéfico influjo del astro matinal. ¡Qué consejos tan profundos, qué observaciones tan acertadas se escucharon allí sobre la necesidad de distraerse para vivir, y la demencia de morirse los vivos por los muertos, y luego las ventajas de la juventud y las esperanzas del amor....!

Viendo, en fin, mi compañero y yo que ibamos siendo alli figuras tan exóticas como las del *Silencio* y la *Sorpresa* que adornaban las rinconeras de la sala, tratabamos de despedirnos; pero el buen hombre (¡castellano y viejo) atravesando la sala e interponiéndose delante de la viuda, compunjió su semblante, e iba a improvisar una de aquellas relaciones del siglo pasado que comienzan «*Que Dios*» y concluyen «*por muchos años*,» cuando yo, observando su imprudencia y lo mal recibido que iba a ser este apóstrofe estemporáneo de parte de todos los concurrentes, le tiré de la casaca y le arrastré ácia la puerta diciéndole: «Hombre de Dios, ¿qué va usted a hacer? ¿no sabe ústed que *El duelo se ha despedido en la iglesia?*»

(Junio de 1837.)

EL CESANTE.

« Les hommes en place ne sont que des patins ; coupez le fil qui le faisoit mouvoir, le pantin reste inmovile. »

DIDEROT.

La sociedad moderna en su movilidad y fantasías ofrece al escritor filósofo usos tan estravagantes, caractéres tan orijinales que describir, que espontáneamente y sin violacion alguna han de hacerle distinguirse entre los que precedieron a la tarea de pintar a los hombres y las cosas en tiempo mas unísonos y bonancibles.

Uno de estos tipos peculiares de nuestra época, y tan frecuentes en ella como desconocidos fueron de nuestros mayores, es sin duda alguna el hombre público reducido a esta especie de muerte civil, conocida en el diccionario moderno bajo el nombre de *cesantía*, y ocasionada no por la notoria incapacidad del sujeto, no por la necesidad de su reposo, no en fin por delitos o faltas cometidas en el desempeño de su destino, sino por un capricho de la fortuna, o mas bien de los que mandan a la fortuna, por un vaiven político, por un *fiat* ministerial, por aquella lei, en fin, de la física que no permite a dos cuerpos ocupar simultáneamente un mismo espacio.

Fontenelle solia decir que el *Almanak royal* era el libro que mas verdades contenia; si hubiera vivido entre nosotros y en esta época, no podria aplicar igual dicho a nuestra *Guia de forasteros*. Esta (segun los mas modernos adelantamientos) no rije mas que el primer mes del año; en los restantes solo puede consultarse como documento histórico; como el ilustre panteon de los hombres que pasaron; monetario roñoso y carcomido; museo antiguo, ofrecido a los curiosos con su olor de polvo y su ambiente sepulcral.

Fueron ya los tiempos en que el afortunado mortal que llegaba a hacerse inscribir en tan envidiado rejistro, podia contar con él con la misma inamovilidad que los bienaventurados que pueblan el calendario. En aquella eternidad de existencia, en aquella unidad clásica de accion, tiempo y lugar, los destinos parecian segundos apellidos, los apellidos parecian vinculados en los destinos. Ni aun la misma muerte bastaba a las veces a separar los unos de los otros; trasmitíanse por herencia directa o trasversal, descendente o ascendente; a los hijos, a los nietos, a los hermanos, a los tios, a los sobrinos; muchas veces a las viudas, y hasta los parientes en quinto grado. De este modo existian familias, verdaderos planteles (*pepinieres* en frances) para las respectivas carreras del estado; tal para la iglesia,

cual para la toga, esta para el palacio, estotra para el foro, aquella para la diplomacia, una para la militar, otra para la rentística, cuales para la municipal, y hasta para la porteril y alguacilesca; familias venerandas, providenciales, dinásticas, que parecian poseer esclusivamente el secreto de la intelijencia de toda carrera, y trasmitirlo y dispensarlo únicamente a los suyos, cual el inventor de un bálsamo antisifilítico, o de un emplasto febrífugo, endona y transmite sijilosamente a su presunto heredero el inestimable secreto de su receta.

Desgraciadamente (para ellas) estos tiempos desaparecieron, y con ellos el esclusivo monopolio de los empleos y distinciones sociales. Hoi estos corren las calles y las plazas, y penetran en los salones, y suben a las guardillas; y bajan al taller del artesano, y arrancan al escolar del aula, y al rústico de la aldea, y al comerciante de la tienda, y al atrevido escritor de la redaccion de su periódico; pero a par de esta universalidad de derecho, de esta posibilidad en su adquisicion a todas las condiciones, a todos los individuos, así es tambien la inconstancia de su posesion, la veleidosa rapidez de su marcha. Semejantes a los actores de nuestros teatros, los hombres públicos del dia aprenden costosamente su papel, y no bien le han ensayado, cuando ya se les reparte otro o se quedan las mas veces para *comparsas*. Hoi de magnates, mañana de plebe; ora dominantes, luego dominados; tan pronto de Césares, tan luego de Brutos; ya de la oposicion, ya de la resistencia; cuando levantados como ídolos, cuando arrastrados por los piés.

Esta porcion ajitada, esta masa flotante de individuos que forma lo que vulgarmente suele llamarse *la patria*, viene a constituir el mas entretenido juego teatral para el modesto espectador, que sentado en su luneta y sin otra obligacion que la de pagar cuando se lo mandan (obligacion no por cierto la mas lisonjera ni agradecida), apenas tiene tiempo de formarse una idea bien clara de los actores ni aun del drama, y con la mayor buena fé, atento siempre a los movimiento del patio, aplaude lo que este aplaude, y silba cuando este tiene por conveniente silbar.

Pero dejemos a un lado los hombres en accion; prescindamos de este cuadro animado y filosófico, digno de las plumas privilejiadas de un Cervantes o del autor de Gil Blas; mi débil paleta no alcanza a combinar acertadamente los diversos colores que forman su conjunto; y volviendo a mi primer propósito, solo escojeré por objeto aquellas otras figuras que hoi suelen llamarse *pasivas*; dejaremos los hombres *en plaza* por ocuparnos de los hombres *en la calle*; los empleados *de labor*, por los empleados *de barbecho*; los que con mas o ménos aplauso ocupan las tablas, por aquellos a quienes solo toca abrir los palcos o encender las candilejas.

Como no todos los lectores de este artículo tienen obligacion de haberlo sido de todos mis anteriores cuadros de costumbres, muchos habrá que no tengan noticia de las varias figuras que segun lo ha exijido el argumento han salido a campear en esta májica linterna. Tal podrá suceder con *don Homobono Quiñones*, empleado antiguo y ex-vecino mio, cuyo carácter y semblanza me tomé la libertad de rasguñar en el artículo titulado *El dia 30 del mes*.

Cinco años han transcurrido desde entónces, y en ellos los sucesos, marchando con inconcebible rapidez, han arrastrado tras sí los hombres y las cosas, en términos que lo de ayer es ya antiguo; lo del año pasado, inmemorial.

Pongo en consideracion del auditorio qué parecerá don Homobono, con sus sesenta y tres cumplidos, su semblante jovial y reluciente, su peluca castaña, su corbata blanca, su vestido negro, su paraguas encarnado, y sus zapatos de castor; ni si un hombre que no se sienta a escribir sin haberse puesto los guardamángas, que no empieza ningun papel sin la señal de la cruz, ni le concluye sin añadirle puntos y comas, podia alternar decorosamente con los modernos funcionarios en una oficina *montada* segun los nuevos adelantamientos de la ciencia administrativa.

No es, pues, de estrañar que pesadas todas aquellas circunstancias, y puestos en una balanza la peluca del don Homobono, sus años y modales, su añejo formulario, su letra de Palomares, sus anteojos a la Quevedo, su altísimo bufete y sus carpetas amarillas; y colocadas en el otro peso las flamantes cualidades de un jóven de 28, rubicundo Apolo, con sus barbas de a tercia, y su peinado a la Villamediana, su letra inglesa, sus espolines y su lente, su erudicion romántica, y la estension de sus viajes y correrías; no es de estrañar, repito, que todas estas grandes cualidades inclinasen la balanza a su favor, suspendiendo en el aire al don Homobono, aunque se le echasen de añadidura sus treinta años de servicio puntual, sus conocimientos prácticos, su honradez y probidad no desmentidas. Verdad es que para neutralizar el efecto de estas cualidades, cuidó de echarse mano de algunas muletillas relativas a las opiniones del don Homobono; v. g.; si no leia mas periódicos que el Diario; si rezaba o no rezaba novenas a santa Rita; y si paseaba o no paseaba todas las tardes ácia Atocha con un ex-consejero del ex-consejo de la ex-hacienda.

Sea, pues, de estas causas la que quiera, ello fué en fin, que una mañanita temprano, al tiempo que nuestro *bonus vir* se cepillaba la casaca y se atusaba el peluquin para trasladarse a su oficina, un cuerpo estraño a manera de portero se le interpone delante y le presenta un pliego a él dirijido con la S. y la N. de costumbre; el desventurado rompe el sello fatal, no sin algun sobresalto en el corazon (que no suele engañar en tales ocasiones), y lee en claras y bien terminantes palabras que S. M. ha tenido a bien declararle *cesante*, proponiéndose tomar en consideracion sus servicios etc., y terminando el ministro su oficio con el obligado sarcasmo del «*Dios guarde a usted muchos años.*»

Hai circunstancias en la vida que forman época, por decirlo así; y el tránsito de una ocupacion constante a un indefinido reposo, de una tranquila ajitacion a una ajitada tranquilidad, no es por cierto de las menores peripecias que en este pícaro drama de nuestra existencia suelen venir a aumentar el interes de la accion. Don Homobono, que por los años de 1804 habia logrado entrar de meritorio en su oficina, por el poderoso influjo de una prima del cocinero del secretario del príncipe de la Paz, y no habia pensado en otra cosa que en ascender por rigorosa antigüedad, se hallaba por primera vez de su vida en aquella situacion escéntrica, despues de haber visto pasar sobre su impermeable cabeza todos los sistemas retrógrados y progresivos, todas las formas de gobierno conocidas de antiguos y modernos.

Volvió, pues, a su despacho; dejó en él con dignidad teatral los papeles y el

cortaplumas; pasó al cuarto de su esposa, con la que alternó un rato en escena jaculatoria; tomó una copita de Jerez (remedio que aunque no le apuntó el andaluz Séneca, no deja de ser de los mas indicados para la tranquilidad del ánimo), y ya dadas las once, se trasladó en persona a la calle, donde es fama que su presencia a tales horas, y en un dia de labor, ocasionó una consternacion jeneral, y hasta los mas reflexivos de los vecinos del barrio auguraron de semejante acontecimiento graves trastornos en nuestro globo sublunar.

Yo quisiera saber qué se hace un hombre cuando le sobra la vida; quiero decir, cuando tiene delante de sí seis horas que acostumbraba a prescindir de su imajinacion entre los estractos y los informes. ¿Oir misa? Don Homobono tenia la costumbre de asistir a la primera de la mañana, y por consecuencia ya la habia oido. ¿Sentarse en una librería? En su vida habia entrado en ninguna, mas que una vez cada año para comprar el calendario. ¿Pararse en la calle de la Montera? Todos los actores de aquel teatro le eran desconocidos. ¿Entrar en un café? ¿Qué se diria de la formalidad de nuestro héroe? No habia, pues, mas remedio que ir a dar tormento a una silla en casa de algun amigo, y por cuanto y no este amigo en quien recayó la eleccion fué desgraciadamente un servidor de ustedes.

Dejo a un lado mi natural estrañeza por semejante visita y a tales horas; prescindiré tambien en gracia de la brevedad, de la apasionada relacion de su cuita que me hizo el buen don Homo; estas cosas son mejor para escuchadas que para escritas, y acaso en mi pluma parecerian pálidos y sin vida razonamientos que en su boca iban acompañados de todo el fuego del sentimiento. Dejando, pues, a un lado estas hipérboles que cada uno de los lectores (y mas si es cesante) sabrá suplir abundantemente, vendremos a lo mas sustancial de nuestro diálogo, quiero decir, a aquella parte que tenia por objeto demandar consejo y formar planes de vida para lo sucesivo.

Cosa bien dificil, por no decir imposible del todo, es dar nueva direccion a un tronco antiguo, y cambiar la existencia de un ser humano, cuando ya los años han hecho de la costumbre la condicion primera del vivir. ¿Qué podia yo aconsejar a nuestro buen cesante en este sentido, aun cuando hubiera llamado a mi auxilio todas las disertaciones de los filósofos antiguos (que no fueron cesantes), y de los modernos, que no sabrian serlo?

Semejante al pez a quien una mano inhumana arrancó de su elemento, pugnaba el desgraciado con la esperanza de volver a sumerjirse en él; ideaba nuevas pretensiones: recorria la nomenclatura de sus amigos y de los mios, por si alguno podia servirle de apoyo en su demanda, traia a la memoria sus olvidados servicios a todos los gobiernos posibles; y ya se preparaba a visitar antesalas, y gastar papel sellado; pero yo que le contemplaba con tranquilidad; yo, que miraba su casacon y su peluca, visiblemente retrógrados y opuestos, como quien nada dice, a la marcha del siglo; yo que sabia que su delito capital era el ocupar una placita que habia caido en gracia para darla por via de dote con una blanca mano al jóven barbudo; yo, en fin, que consideraba lo inútil de todas las dilijencias, lo escusado de todas las fatigas del buen viejo, traté de disuadirle, no sin grave dificultad,

ofreciendo a su imajinacion otras perspectivas mas gratas que los desaires del ministro y las groserías de los porteros.

Hablóle de la dulzura de la vida doméstica; de la independencia en que entraba de lleno al fin de sus dias; hícele una pintura Virjiliana de los placeres de la vida del campo, escitándole a abandonar la corte, esta colonia de los vicios (como decia el buen cortesano Argensola), y a pasar tranquilamente el resto de su vida cultivando sus campos, o inspeccionando sus ganados. Pero a todo esto me contestó con algunas pequeñas dificultades, tales como que no tenia campos que cultivar, ni ganados que poder dirijir, que solo contaba con una mujer altiva y exijente, con unos hijos frívolos y mal educados, con una bolsa vacía, con algunos amigos egoistas, con necesidades grandes, con esperanza ninguna.

—Pues escriba usted (le dije como inspirado), y gane con la pluma su sustento y su reputacion.

—¡Escribir, escribir! (me interrumpió el pobre hombre) ¿usted sabe el trabajo que me cuesta el escribir? ¿usted sabe que el dia que mejor tengo el pulso, podria con dificultad concluir un pliego de líneas anchas y de letra redonda, de la que ya por desgracia no está en moda? Y luego al cabo de este trabajo, ¿qué me resultaria de ganancia? Una peseta, como quien dice, todo lo mas, y esto.... (Prosiguió derramando una lágrima), despues de humillarme y...

— Calle usted por Dios (le interrumpí), calle usted, pues, y no prosiga en delirio semejante. Cuando yo le aconsejaba escribir, no fué mi idea el que se metiese a escribiente, nada de eso, no señor. Mi intencion fué elevarle a la altura de escritor público, a esta que ahora se llama «alta mision de difundir las luces,» «público tribunado de la multitud,» «apostólica tarea de los hombres superiores,» y otros dictados así, mas o ménos modestos. Y en cuanto al contenido de sus escritos, eso me daba que fuesen propios o cuyos, parto de su imajinacion o adopciones benéficas; que no seria usted el primero que en esta materia se vistiese de prendería; y sepa que las hai literarias y políticas, donde en un santiamen cualquier hombre honrado puede encontrar hecho el ropaje que mas cuadre a su talle y apostura.

—En medio de muchas cosas que se me han escapado, creo haber llegado a entender (me replicó don Homobono), que usted me aconseja que publique mis pensamientos.

— Cabalmente.

— Está bien, señor Curioso; y ¿sobre qué materia parécele a usted que me meta a escribir?

—Pregunta escusada, señor mio, sabiendo que hoi dia, como no sea yo y algun otro pobre diablo, nadie se dedica a otras materias que no sean las materias políticas

— Pero es el caso, señor Curioso, que yo no sé qué cosa sea la política.

— Pues ese es el caso, señor don Homobono, que yo tampoco.

— ¡Medrados quedamos!

Despues de un rato de silencio contemplativo, nos miramos ambos a las caras, como buscando el medio de añudar el roto hilo de nuestro diálogo, hasta que yo, dándole una palmada en el hombro, le dije con tono solemne y decidido.

—Haga usted la oposicion.

—¿Y a qué, señor Curioso, si usted no lo ha por enojo?

—¡Buena pregunta por cierto! *Al poder.*

—Cada vez le entiendo a usted menos. Si usted me habla de oposicion pública, es bien que le diga que ese destino mio (que Dios haya) no es de los que suelen darse por oposicion como las cátedras y prebendas.

—O usted, don Homobono, no conoce una sola vez del diccionario moderno, o yo me esplico en hebreo... Hombre de Barrabás, ¿de qué oposicion me está usted hablando? La oposicion que yo le aconsejo es la oposicion política, la oposicion ministerial, que segun los autores mas esclarecidos, suele dividirse en dos clases: oposicion *sistemática* y oposicion *de circunstancias;* quiero decir (por que segun los ojos y la boca que vá usted abriendo veo que no me entiende una palabra), quiero decir que usted debe de hoi mas constituirse en fiscal, acusador, contrincante, denunciador, y opuesto a todos los altos funcionarios (que es a lo que llamamos *el poder*), y añadir el cañon de su pluma al órgano periodístico (que es lo que llamamos *la opinion pública*).

—Y despues de haber hecho todo eso (caso de que yo supiera hacerlo), ¿qué bienes me vendrán con esa gracia?

—¡Qué bienes dice usted! ¡ahí que no es nada! Desde luego una corona cívica adornará su frente, y podrá contar de seguro con una buena racion de aura popular, cosa de inestimable valor, y sobre lo cual han hablado mucho los filósofos griegos; pero como usted no es filósofo griego, y por el jesto que va poniendo veo que nada de esto le satisface, le añadiré como cosa mas positiva que aun podrá conseguir otros frutos mas materiales y tanjibles; que acaso el miedo que llegará a inspirar, pueda mas que su mérito; acaso el poder se doblará a su látigo; acaso le tenderá la mano; acaso le asociará a su elevacion y... ¿qué destino tenia usted?

—Oficial de mesa de la contaduria de...

—¡Pues qué menos que intendente o covachuelo!

—¿De veras?

—De veras.

—¡Ai señor Curioso de mi alma! ¿por dónde y cuando debo empezar a escribir?

—Por cualquiera lado y a todas horas no le faltará motivo; pero supuesto que usted ha sido empleado durante treinta años, con solo que cuente sencillamente lo que en ellos ha visto, le sobra materia para mas de un tratado de política sublime, de perpetua y ejemplar aplicacion.

—Usted me ilumina con una idea feliz; ahora mismo vuelvo a mi casa y... ya me falta el tiempo... ¡ah...! se me olvidaba preguntar a usted ¿qué título le parece a usted que podria poner a mi obra?

—Hombre, segun lo que salga.

«Si sale con barbas, sea san Anton,
y sino, la pura y limpia Concepcion.»

Pero segun le miro a usted parécome que a su folleto, libro u cronicon, o lo que sea, no le cuadraria mal el titulillo de *Memorias de un cesante.*

—Cosa hecha (dijo levantándose mi interlocutor y estrechándome la mano), cosa hecha, y antes de quince dias me tiene usted aquí a leer el borrador; y como Dios nuestro Señor (añadió entusiasmado) quiera continuarme el fuego que en este instante me inspira, creo, señor Curioso, que no se arrepentirá usted de haber proporcionado a la patria un publicista mas.

(Agosto de 1837).

EL ALQUILER DE UN CUARTO.

« Las riquezas no hacen rico; mas ocupado;
no hacen señor; mas mayordomo.

CELESTINA.

A los que acostumbran mirar las cosas solo por la superficie, suele parecerles que no hai vida mas descansada ni exenta de sinsabores que la de un propietario de Madrid. Envidiando su suerte, entienden que en aquel estado de bienaventuranza nada es capaz de alterar la tranquilidad de tan dichoso mortal, al cual (segun ellos) bástale solo saber las primeras reglas de la aritmética para recibir puntualmente y a plazos periódicos y seguros el inagotable manantial de su propiedad. —« ¡Si yo fuera propietario (dicen estos tales), qué vida tan regalona habia de llevar! De los treinta dias del mes, los veinte y nueve los pasaria alternando en toda clase de placeres en el campo y en la ciudad, y solo doce veces al año dedicaria algunas horas a recibir el tributo que mis arrendatarios llegarian a ofrecerme. Tanto de este, tanto del otro, cuanto del de mas allá; suman tanto...; bien puedo descansar y divertirme, y reir por el dia, y roncar por la noche, y compadecerme de la ajitacion del mercader, y de la dependencia del empleado, y del estudio del literato, y de la dilijencia del médico, y del trabajo, en fin, que todas las carreras llevan consigo.» —

Esto dicen los que no son propietarios: escuchemos ahora a los que lo son; pero no los escuchemos, porque esto sería cuento de no acabar; mirémosles solamente hojear de continuo sus libros de caja para ajustar a cada inquilino su respectivo *debe* y *haber* (porque un propietario debe saber la teneduría de libros y estar enterado de la partida doble); veámosle correr a su posesion, y llamar de una en otra puerta con aire sumiso y demandante, y recibir por toda respuesta un «No está el amo en casa.» —« Vuelva usted otro dia.» —« Amigo, no me es posible; los tiempos... ya ve usted como están los tiempos...» —« Yo hace veinte dias que no trabajo.» — A mi me están debiendo ocho meses de mi viudedad.» — Yo estoi en enero.» — Yo en octubre de 35.» — Pues yo, señores mios (dice el propietario), estoi en diciembre de 1840 para pagar adelantadas las contribuciones, con que si ustedes no me ayudan...

Otros la toman por diverso estilo... — «Oiga usted, señor casero, en esta casa no se puede vivir de chinches; es preciso que aquí ponga cielo raso.» — «Yo quiero que me blanquee usted el cuarto.» — «Yo que me desatasque usted el comun.» — «Yo que me ensanche la cocina.» — «Yo que me baje la buhardilla.»

Mirémosle, pues, regresar a su casa tan lleno el pecho de esperanzas, como vacío el bolsillo de realidades, y dedicarse luego profundamente a la lectura del Diario y la Gaceta (porque un propietario debe ser suscritor nato a ambos periódicos) para instruirse convenientemente de las disposiciones de la autoridad sobre policía urbana, y saber a punto fijo cuando ha de revocar su fachada, cuando ha de blanquear sus puertas, cuando ha de arreglar el pozo, cuando ha de limpiar el tejado; o bien para estudiar los decretos concernientes a contribuciones ordinarias y estraordinarias, y calcular la parte de propiedad de que aun se le permite disponer. Veámosle despues consultar los libros forenses, la Novísima recopilacion y los autos acordados (porque un propietario debe ser lejista teórico y práctico), con el objeto de entablar juicios de conciliacion y demandas de despojo. Escuchémosle luego defender su derecho ante la autoridad (porque el propietario debe tambien ser elocuente), para convencerla de que el medianero debe dar otra salida a las aguas, o que el inquilino tiene que acudirle con el pago puntual de sus alquileres, cosa que de puro desusada ha llegado a ponerse en duda. Oigámosle mas adelante dirimir las discordias de los vecinos sobre el farol que se rompió, el chico que tiró piedras a la ventana de la otra buhardilla, el perro que no dejó dormir a la vecindad, el zapatero que se emborracha, la mujer del sastre que recibe al cortejo, el albañil que apalea a su consorte, el herrador que trabaja por la siesta, la vieja del entresuelo que proteje a la juventud, el barbero que cortó la cuerda del pozo, y otros puntos de derecho vecinal, para resolver sobre los cuales es preciso que el propietario tenga un espíritu conciliador, un alma grande, una capacidad electoral, una presencia majestuosa, actitudes académicas, sonora e imponente voz. Por último, veámosle entablar diálogos interesantes con el albañil y el carpintero, el vidriero y el solador, y disputar sobre *panderetes*, y *bajadas*, y *crujías*, y *solarones*, y *emplomados*, y *rasillas*, y nos convenceremos de que el propietario tiene que saber por principios todos aquellos oficios, y encerrar en su cabeza todo un diccionario tecnolójico; y cuenta, que esto no ha de salvarle de repartir por mitad con aquellos artífices el líquido producto de su propiedad.

Pero en ninguno de los casos arriba dichos ofrece tanto interes al espectador la situacion de nuestro propietario, como en el acto solemne en que va a proceder a *el alquiler de un cuarto*.

Figurémonos un hombre de cuatro piés, aunque sustentándose ordinariamente en dos, frisando en la edad de medio siglo; rostro apacible, sereno y vigorizado por cierto rosicler... el rosicler que infunde una bolsa bien provista; los ojos vivos, como del que sabe estar alerta contra las seducciones y las estafas; las narices pronunciadas, como de un hombre que acostumbra a oler de lejos la falta de pecunia; la frente pequeña, señal de perseverancia; los labios gruesos y adelantado el inferior, en muestra de grosería y avaricia; las orejas anchas y mal

conformadas, para ser sensibles a los encantos de la elocuencia; y amenizado el resto de su persona con un cuello toril en diámetro, y tan corto de talla, que la punta de la barba viene a herirle la paletilla; con unos hombros atléticos; con una espalda como una llanura de la Mancha; con unas piernas como dos guardacantones; y colocada sobre entrambas una protuberante barriga, como la muestra de un reloj sobre dos columnas, o como un caldero vuelto del reves, y colgado en una espetera.

Envolvamos esta fementida estampa en siete varas de tela de algodon, cortada a manera de bata antigua; cubramos sus desmesurados piés con anchas pantuflas de paño guarnecidas de pieles de cabrito; y coloquemos sobre su cabeza un alto bonete de terciopelo azul, bordado de pájaros y de amapolas por las diligentes manos de la señora propietaria. Coloquémosle asi ataviado en una profunda silla de respaldo, con la que parece identificada su persona, segun la gravedad con que en ella descansa; haya delante un espacioso bufete de forma antigua, profusamente adornado de legajos de papeles y títulos de pergamino, animales bronceados y frutas imitadas en piedra, manojos de llaves, y padrones impresos; y ataviemos el resto del *estudio* con un reloj aleman de longanísima caja, un estante para libros, aunque vacío de ellos, dos figuras de yeso, unas cuantas sillas de Vitoria, y un plano de Madrid de colosales dimensiones. Y ya imajinado todo esto imajinémonos tambien que son las ocho de la mañana, y que nuestro casero, despues de haber dado fin a sus dos onzas de chocolate, abre solemnemente su audiencia a los postulantes que van entrando en demanda de la habitacion desalquilada.

—Buenos dias, señor administrador.

—Dueño, para servir a usted.

—Por muchos años.

—¿En qué puedo servir a usted?

—En poca cosa. Yo, señor dueño, acabo de ver una habitacion perteneciente a una casa de usted en la calle de... y si fuera posible que nos arregláramos, acaso podria convenirme dicha habitacion.

—Yo tendria en ello un singular honor. ¿Ha visto usted el cuarto? ¿Le han instruido a usted de las condiciones?

—Pues ahí voi, señor casero, yo soi un hombre que no gusta de regatear; pero habiéndome dicho que el precio es de diez reales diarios, paréceme que no estaria demas el ofrecer a usted seis con las garantías necesarias.

—Conócese que usted gusta de ponerse en razon; pero como cada uno tiene las suyas, a mí no me faltan para haber puesto ese precio a la habitacion.

—Pero ya usted se hace cargo de la calle en que está; si fuera siquiera en la de Carretas....

—Entonces probablemente la hubiera puesto en quince reales.

—Luego la sala es pequeña y con solo un gabinete; si tuviera dos...,

—Valdria ciertamente dos reales mas.

—La cocina oscura y....

—Es lástima que no sea clara, porque entonces hubiera llegado al duro.

—El despacho es pequeño y los pasillos....

—En suma, señor mio, yo por desgracia solo puedo ofrecer a usted el cuarto tal cual es, y como antes dijo que le acomodaba....

—Sí ; pero el precio....

—El precio es el último que ha rentado.

—Mas ya usted ve, las circunstancias han cambiado.

—Las casas no.

—Los sueldos se han disminuido.

—Las contribuciones se aumentan.

—Los negocios estan parados.

—Los albañiles marchan.

—¿Con que es decir que no nos arreglamos?

—Imposible.

—Dios guarde a usted.

—Dios guarde a usted.... Entre usted, señora.

—Beso a usted la mano.

—Y yo a usted los piés.

—Yo soi una señora viuda de un capitan de fragata.

—Mui señora mia ; mal hizo el capitan en dejarla a usted tan jóven y sin arrimo en este mundo pecador.

—Sí señor, el pobrecito marchó de Cádiz para dar la vuelta al mundo, y sin duda hubo de darla por el otro, porque no ha vuelto.

—Todavia no es tarde.... ¿y usted, señora mia, trata de esperarle en Madrid por lo visto?

—Sí señor ; aqui tengo varios parientes de distincion, el conde del Cierzo, la marquesa de las siete Cabrillas, el baron del Capricornio, y otros varios personajes que no podrán menos de ser conocidos de usted.

—Señora, por desgracia soi mui terrestre y no me trato con esa corte celestial.

—Pues como digo a usted, mi prima la marquesa y yo hemos visto el cuarto desalquilado, y, lo que ella dice, para tí que eres una persona sola, sin mas que cinco criados.... aunque lá casa no sea gran cosa...

—¿Y el precio, señora, qué le ha parecido a mi señora la marquesa?

—El precio será el que usted guste, por eso no hemos de regañar.

—Supongo que usted, señora, no llevará a mal que la entere como forastera de los usos de la corte.

—Nada de eso, no señor ; yo me presto a todo... a todo lo que se use en la corte.

—Pues señora, en casos tales, cuando uno no tiene el honor de conocer a las personas con quien habla, suele exijirse una fianza y....

—¿Habla usted de veras? ¿Y yo, yo, doña Mencia Quiñones, Rivadeneira, Zúñiga de Moron, habia de ir a pedir fianzas a nadie? ¿para qué? ¿para una fruslería como quien dice, para una habitacioncilla de seis al cuarto que cabe en el palomar de mi casa de campo de Chiclana? Como soi, señor casero, que eso pasa ya de incivilidad y grosería, y siento haber venido sola y no haberme he-

cho acompañar siquiera por mi primo el freire de Alcántara, para dar a conocer a usted quién yo era.

—Pues señora, si usted, a Dios gracias, se halla colocada en tan elevada esfera, ¿qué trabajo puede costarle el hacer que cualquiera de esos señores parientes salga por usted?

—Ninguno, y a decir verdad no desearian mas que poder hacerme un favor; pero....

—Pues bien, señora, propóngalo usted y verá cómo no lo estrañan, y por lo demas, supuesto que usted es una señora sola....

—Sola, absolutamente: pero si usted gusta de hacer el recibo a nombre del caballero que vendrá a hablarle, que es hermano de mi difunto, y suele vivir en mi casa las temporadas que está su regimiento de guarnicion....

—¡Ai, señora! pues entonces me parece que la casa no la conviene, porque como no hai habitaciones independientes.... luego tantos criados....

—Diré a usted; los criados pienso repartirlos entre mis parientes y quedarme solo con una niña de doce años.

—Pues entonces ya os demasiada la casa, y aun parécome, señora, que la conversacion tambien.

A este punto llegaban de ella, cuando entra el criado con una esquela de un amigo rogando a nuestro casero que no comprometiera su palabra, y reservase el cuarto para unos señores que iban a llegar a Madrid: con esta salvaguardia, el propietario despacha a la viudita, pero sigue recibiendo a los que vienen despues; entre ellos un empleado de quien el diestro propietario se informa cuidadosamente sobre el estado de las pagas, y compadeciéndose con el mayor interes de que todavía le tuviesen en enero, le despacha con la mayor cordialidad; despues acierta a entrar un militar que con aire de campaña reclama la preferencia, y a las razones del casero responde con amenazas, de suerte que este hace la resolucion de no alquilar el cuarto, por no tener que sostener un desafio mensual; mas adelante entra un hombre de siniestro aspecto y asendereada catadura, que dice ser ajente de negocios y vivir en un cuarto cuarto (vulgò buhardilla); despues entra una vieja que quiere la habitacion para subarrendarla en detalle a cinco guardias de corps; mas adelante entra un perfumado caballero que lo pide para una jóven huérfana y se promete a salir por fiador de ella, y aun a poner a su nombre el recibo; mas allá se presenta otra señora acompañada de dos hermosas hijas que arrastran blondas y rasos, y cubren sus cabezas con elegantes sombrerillos, y tocan el piano, segun parece, y bailan que es un primor; «y tan virtuosas y trabajadoras las pobrecitas (dice la mamá), que todo esto que usted ve lo adquieren con su trabajo, y nada nos falta, bendito Dios.»

—Él, señora, premia la laboriosidad y proteje la inocencia.... mas sin embargo, siento decirlas que el cuarto no puede ser para ustedes.—

Estando en esto vuelve el criado a decir que el amigo que quería el cuarto ya no le quiere, porque a los señores para quien eran, no les ha gustado;—que la otra señora que se convenia a todo, tampoco, porque despues ha reparado que

no cabe el piano en el gabinete;—que el militar ha quitado los papeles y dice que el cuarto es suyo, quiera o no quiera el casero;—que el llamado ajente de negocios, al tiempo que lo vió se llevó de paso ocho vidrios de una ventana, cuatro llaves, y los hierros de la hornilla;—que dos manolas que lo habian visto, habian pintado con carbon un figuron harto obsceno en el gabinete;—que unos muchachos habian roto las persianas y atascado el comun;—y por último (y era el golpe fatal para nuestro casero), que una amiga a quien nada podia negar, queria el cuarto; pero con la condicion de pintarlo todo, y abrir puertas en los tabiques, y poner tabiques en las puertas, y ensolarlo de azul y blanco, y blanquear la escalera, y poner chimenea en el gabinete..... en punto a fiadores daba solo sus bellos ojos, harto abonados y conocidos de nuestro Quasimodo; y en cuanto al precio, solo quedaba sobreentendida una condicion, a saber: que fuera este el que quisiera, el casero no se lo habia de pedir, pero ella tampoco se lo habia de pagar.

Asi concluyó este *alquiler*, sin mas ulteriores resultados que una escena de celosía entre el casero y su esposa, una multa de diez ducados por no haber dado el padron al alcalde a su debido tiempo, y un blanco de algunas pájinas en su libro de caja, por aquella parte que se referia a la habitacion arriba dicha.

(Agosto de 1837.)

EL ROMANTICISMO Y LOS ROMANTICOS.

«Señales son del juicio
ver que todos lo perdemos,
unos por carta de mas
y otros por carta de ménos.

LOPE DE VEGA.

Si fuera posible seducir a un solo eco las voces todas de la actual jeneracion europea, apenas cabe ponerse en duda que la palabra *romanticismo* pareciera ser la dominante desde el Tajo al Danubio, desde el mar del Norte al estrecho de Gibraltar.

Y sin embargo (¡cosa singular!) esta palabra tan favorita, tan cómoda, que así aplicamos a las personas como a las cosas, a las verdades de la ciencia como a las ilusiones de la fantasía, esta palabra que todas las plumas adoptan, que todas las lenguas repiten, todavia carece de una definicion exacta que fije distintamente su verdadero sentido.

¡Cuantos discursos, cuantas controversias han prodigado los sabios para resolver acertadamente esta cuestion! y en ellos ¡qué contradicciones de opiniones! ¡que estravagancia singular de sistemas...! — «¿Qué cosa es romanticismo...?» —(les ha preguntado el público;) y los sabios le han contestado cada cual a su manera. Unos le han dicho que era todo lo ideal y romanesco; otros por el contrario, que no podia ser sino lo escrupulosamente histórico; cuales han creido ver en él la naturaleza en toda su verdad; cuales la imajinacion en toda su mentira; algunos han asegurado que solo era propio a describir la edad media; otros le han hallado aplicable tambien a la moderna; aquellos le han querido hermanar con la relijion y con la moral; estos le han echado a reñir con ambas; hai quien pretende dictarle reglas; hai, por último, quien sostiene que su condicion es la de no guardar ninguna.

Dueña, en fin, la actual jeneracion de este pretendido descubrimiento, de este májico talisman, indefinible, fantástico, todos los objetos le han parecido propios para ser mirados al traves de aquel prisma seductor; y no contenta con subyugar a él la literatura y las bellas artes que por su carácter vago permiten mas libertad a la fantasía, ha adelantado su aplicacion a los preceptos de la moral, a

las verdades de la historia, a la severidad de las ciencias, no faltando quien pretende formular bajo esta nueva enseña todas las estravagancias morales y políticas, científicas y literarias.

El escritor osado, que acusa a la sociedad de corrompida, al mismo tiempo que contribuye a corromperla mas con la inmoralidad de sus escritos; el político, que exajera todos los sistemas, todos los desfigura y contradice, y pretende reunir en su doctrina el feudalismo y la república; el historiador, que poetiza la historia; el poeta, que finje una sociedad fantástica y se queja de ella porque no reconoce su retrato; el artista, que pretende pintar a la naturaleza aun mas hermosa que en su orijinal; todas estas manías que en cualesquiera época han debido existir, y sin duda en siglos anteriores habrán podido pasar por estravios de la razon o debilidades de la humana especie; el siglo actual, mas adelantado y perspicuo, las ha calificado de *romanticismo puro*.

«La necedad se pega» ha dicho un autor célebre. No es esto afirmar que lo que hoi se entiende por romanticismo sea necedad, sino que todas las cosas exajeradas suelen degenerar en necias; y bajo este aspecto la romántico-manía se pega tambien. Y no solo se pega, sino que al reves de otras enfermedades contajiosas que a medida que se trasmiten pierden en grados de intensidad, esta, por el contrario, adquiere en la inoculacion tal desarrollo, que lo que en su orijen pudo ser sublime, pasa despues a ser ridículo, lo que en uno fué un destello del jénio, en otros viene a ser un ramo de locura.

Y hé aquí porque un muchacho que por los años de 1811 vivia en nuestra corte y su calle de san Mateo, y era hijo del jeneral frances *Hugo*, y se llamaba *Victor*, encontró el romanticismo donde ménos podia esperarse, esto es, en el Seminario de nobles; y el pícaruelo conoció lo que nosotros no habiamos sabido apreciar y teniamos enterrado hace dos siglos con Calderon; y luego regresó a Paris, estrayendo de entre nosotros esta primera materia, y la confeccionó a la francesa, y provisto como de costumbre con su patente de invencion, abrió su almacen, y dijo que él era el Mesias de la literatura, que venia a redimirla de la esclavitud de las reglas, y acudieron ansiosos los noveleros; y la manada de imitadores (*imitatores servum pecus*, que dijo Horacio) se esforzaron en sobrepujarle y dejar atras su exajeracion; y los poetas transmitieron el nuevo humor a los novelistas, estos a los historiadores; estos a los políticos, estos a todos los demas hombres, estos a todas las mujeres; y luego salió de Francia aquel virus ya bastardeado, y corrió toda la Europa, y vino en fin a España y llegó a Madrid (de donde habia salido puro), y de una en otra pluma, de una en otra cabeza, vino a dar en la cabeza y en la pluma de mi sobrino, de aquel sobrino de que ya en otro tiempo creo haber hablado a mis lectores, y tal llegó a sus manos, que ni el mismo Victor Hugo le conoceria, ni el Seminario de nobles tampoco.

La primera aplicacion que mi sobrino creyó deber hacer de adquisicion tan importante, fué a su propia física persona, esmerándose en poetizarla por medio del romanticismo aplicado al tocador.

Porque (decia él) la fachada de un romántico debe ser gótica, ojiva, pirámidal y emblemática.

Para ello comenzó á revolver cuadros y libros viejos, y á estudiar los trajes del tiempo de las cruzadas; y cuando en un códice roñoso y amarillento acertaba a encontrar un monigote formando alguna letra inicial de capítulo, ó rasguñado al márjen por infantil e inesperta mano, daba por bien empleado su desvelo, y luego poníase a formular en su persona aquel trasunto de la edad media.

Por resultado de estos esperimentos llegó mui luego a ser considerado como la estampa mas *romántica* de todo Madrid, y á servir de modelo a todos los jóvenes aspirantes a esta nueva, no sé si diga ciencia o arte. Sea dicho en verdad; pero si yo hubiese mirado el negocio solo por el lado económico, poco o nada podia pesarme de ello; porque mi sobrino procediendo a simplificar su traje, llegó a alcanzar tal rigor ascético, que un ermitaño daria mas que hacer a los *Utrillas* y *Rougets*. Por de pronto eliminó el frac, por considerarle del tiempo de la decadencia, y aunque no del todo conforme con la levita, hubo de transijir con ella, como mas análoga a la sensibilidad de la espresion. Luego suprimió el chaleco, por redundante; luego el cuello de la camisa, por inconexo; luego las cadenas y relojes, los botones y alfileres, por minuciosos y mecánicos; despues los guantes, por embarazosos; luego las aguas de olor, los cepillos, el barniz de las botas, y las navajas de afeitar; y otros mil adminículos que los que no alcanzamos la perfeccion romántica creemos indispensables y de todo rigor.

Quedó, pues, reducido todo el atavío de su persona a un estrecho pantalon que designaba la musculatura pronunciada de aquellas piernas; una levitilla de menguada faldamenta, y abrochada tenazmente hasta la nuez de la garganta; un pañuelo negro descuidadamente añudado en torno de ésta, y un sombrero de misteriosa forma, fuertemente introducido hasta la ceja izquierda. Por bajo de él descolgábanse de entre ambos lados de la cabeza dos guedejas de pelo negro y barnizado, que formando un doble bucle convexo, se introducian por bajo de las orejas, haciendo desaparecer estas de la vista del espectador; las patillas, la barba y el bigote, formando una continuacion de aquella espesura, daban con dificultad permiso para blanquear a dos mejillas lívidas, dos labios mortecinos, una afilada nariz, dos ojos grandes, negros y de mirar sombrío, una frente triangular y *fatídica*. Tal era la *vera éfijies* de mi sobrino, y no hai que decir que tan uniforme tristura ofrecia no sé qué de siniestro é inanimado, de suerte que no pocas veces, cuando cruzado de brazos y la barba sumida en el pecho, se hallaba abismado en sus tétricas reflexiones, llegaba yo a dudar si era él mismo o solo su traje colgado de una percha; y aconteciome mas de una ocasion el ir a hablarle por la espalda, creyendo verle de frente, ó darle una palmada en el pecho, jugando dársela en el lomo.

Ya que vió romantizada su persona, toda su atencion se convirtió a romantizar igualmente sus ideas, su carácter y sus estudios. Por de pronto me declaró rotundamente su resolucion contraria á seguir ninguna de las carreras que le propuse, asegurándome que encontraba en su corazon algo de volcánico y sublime, incompatible con la exactitud matemática, o con las fórmulas del foro; y despues de largas disertaciones, vine a sacar en consecuencia que la carrera que le parecia mas análoga a sus circunstancias era la carrera de poeta, que segun él es la que guia derechita al templo de la inmortalidad.

En busca de sublimes inspiraciones, y con el objeto sin duda de formar su carácter tétrico y sepulcral, recorrió dia y noche los cementerios y escuelas anatómicas; trabó amistosa relacion con los enterradores y fisiólogos; aprendió el lenguaje de los búhos y de las lechuzas; encaramóse á las peñas escarpadas, y se perdió en la espesura de los bosques; interrogó á las ruinas de los monasterios y de las ventas (que él tomaba por góticos castillos); examinó la ponzoñosa virtud de las plantas, é hizo esperiencia en algunos animales del filo de su cuchilla, y de los convulsos movimientos de la muerte. Trocó los libros que yo le recomendaba, los Cervantes, los Solís, los Quevedos, los Saavedras, los Moretos, Melendez y Moratines, por los Hugos y Dumas, los Balzacs, los Sands y Soulíés; rebutió su mollera de todas las encantadoras fantasías de Lord Byron, y de los tétricos cuadros de d'Arlincourt; no se le escapó uno solo de los abortos teatrales de Duncange, ni de los fantásticos ensueños de Hoffman; y en los ratos en que ménos propenso estaba á la melancolia, entreteníase en estudiar la Craneoscopia del doctor Gall, ó las Meditaciones de Volney.

Fuertemente pertrechado con toda esta diabólica erudicion se creyó ya en estado de dejar correr su pluma, y rasguñó unas cuantas docenas de *fragmentos* en prosa poética, y concluyó algunos *cuentos* en verso prosaico; y todos empezaban con puntos suspensivos, y concluian en *¡maldicion!*, y unos y otros estaban atestados de *figuras de capuz*, y de *siniestros bultos*, y de *hombres jigantes*, y de *sonrisa infernal*, y de *almenas altísimas*, y de *profundos fosos*, y de *buitres carnívoros*, y de *copas fatales*, y de *ensueños fatídicos*, y de *velos transparentes*, y de *aceradas mallas*, y de *bríosos corceles*, y de *flores amarillas*, y de *fúnebre cruz*. Jenéralmente todas estas composiciones *fugitivas* solian llevar sus títulos tan incomprensibles y vagos como ellas mismas, v. g. *¡¡¡Qué será!!!* — *¡¡¡...No...!!!* — *¡Mas allá...!* — *Puede ser.* — *¿Cuándo?* — *¡Acaso...!* — *¡Oremus!*

Esto en cuanto á la forma de sus composiciones; en cuanto al fondo de sus pensamientos, no sé qué decir, sino que unas veces me parecia mi sobrino un gran poeta, y otras un loco de atar; en algunas ocasiones me estremecia al oirle cantar el suicidio, ó discurrir dudosamente sobre la inmortalidad del alma; y otras teníale por un santo, pintando la celestial sonrisa de los ángeles, ó haciendo tiernos apóstrofes á la Madre de Dios. Yo no sé á punto fijo qué pensaba él sobre todo esto; pero creo que lo mas seguro es que no pensaba nada, ni él mismo entendia lo que queria decir.

Sin embargo, el muchacho con estos *ripios* consiguió al fin verse admirado por una turba de aprendices del delirio, que le escuchaban enternecidos cuando él con voz monótona y sepulcral les recitaba cualquiera de sus composiciones, y siempre le aplaudian en aquellos rasgos mas estravagantes y oscuros, y sacaban copias nada escrupulosas, y las aprendian de memoria, y luego esforzábanse en imitarlas, y solo acertaban á imitar los defectos y de ningun modo las bellezas imitables que podian recomendarlas.

Todos estos encomios y adulaciones de amistad lisonjeaban muy poco el activo deseo de mi sobrino, que apenas veia que atraer hácia sí la atencion y el entusiasmo de todo el pais. Y convencido de que para llegar al templo de la inmortalidad (partiendo de Madrid) es cosa indispensable el pasarse por la calle del

Príncipe, quiero decir, el componer una obra para el teatro, hé aquí la razon por qué reunió todas sus fuerzas intelectuales; llamó a concurso su fatídica estrella, sus recuerdos, sus lecturas; evocó las sombras de los muertos para preguntarles sobre diferentes puntos; martirizó las historias, y tragó el polvo de los archivos; interpeló a su calenturienta musa, colocándose con ella en la rejion aérea donde se forman las románticas tormentas, y mirando desde aquella altura esta sociedad terrena, reducida por la distancia a una pequeñez microscópica, aplicado al ojo izquierdo el catalejo romántico, que todo lo abulta, que todo lo descompone, inflamóse al fin su fosfórica fantasía, y compuso un drama.

¡Valgame Dios! ¿con qué placer haria yo a mis lectores el mayor de los regalos posibles, dándoles *in integrum* esta composicion sublime, práctica esplicacion del sistema romántico, en que segun la medicina homeopática, que consiste en curar las enfermedades con sus semejantes, se intenta a fuerza de crímenes correjir el crimen mismo! Mas ni la suerte ni mi sobrino me han hecho poseedor de aquel tesoro, y únicamente la memoria, depositaria infiel de secretos, ha conservado en mi imajinecion el título y personajes del drama. Hélos aquí.

¡¡ELLA... !!! Y ¡¡EL... !!!

DRAMA ROMANTICO NATURAL,

EMBLEMÁTICO—SUBLIME, ANÓNIMO, SINÓNIMO, TÉTRICO Y ESPASMÓDICO;

ORIJINAL, EN DIFERENTES PROSAS Y VERSOS

en seis actos y catorce cuadros.

Por.....

(Aquí habia una nota que decia: *Cuando el público pida el nombre del autor*); y seguia mas abajo:

Siglos IV y V.—La escena pasa en toda Europa y dura unos cien años.

INTERLOCUTORES.

La mujer, [todas las mujeres, toda la mujer].
El marido, [todos los maridos].
Un hombre salvaje, [el amante].
El Dux de Venecia.
El tirano de Siracusa.
El doncel.
La archiduquesa de Austria.
Un espia.
Un favorito.
Un verdugo.
Un boticario.
La cuadruple alianza.
El sereno del barrio.
Coro de monjas carmelitas.
Coro de padres agonizantes.
Un hombre del pueblo.
Un pueblo de hombres.
Un espectro que habla.
Otro idem que agarra.
Un demasiadero de la Paz y Caridad.
Un judio.
Cuatro enterradores.
Médicos y danzantes.
Comparsas de tropa, brujas, jitanos, frailes, y jente ordinaria.

—Los títulos de las jornadas (porque cada uno llevaba el suyo a manera de código) eran, si mal no me acuerdo, los siguientes: 1.ª *Un crímen*.—2.ª *El veneno*.—3.ª *Ya es tarde*.—4.ª *El panteon*.—5.ª *¡Ella!*—6.ª *¡El!*—y las de-

coraciones eran las seis obligadas en todos los dramas románticos, á saber: *Salon de baile; Bosque; La capilla; Un subterráneo; La alcoba, y El cementerio.*

Con tan buenos elementos confeccionó mi sobrino su admirable composicion, en términos, que si yo recordase una sola escena para estamparla aquí, peligraba el sistema nervioso de mis lectores; con que así no hai sino dejarlo en tal punto y aguardar á que llegue dia en que la fama nos las trasmita en toda su integridad, dia que él retardaba aguardando á que *las masas* (las masas somos nosotros) se hallen (o nos hallemos) en el caso de dijerir esta comida que él modestamente llamaba un *poco fuerte.*

De esta manera mi sobrino caminaba a la inmortalidad por la senda de la muerte; quiere decir, que con tales fatigas cumplia lo que él llamaba *su mision sobre la tierra.* Empero la continuacion de las vijilias y el obstinado combate de sentimientos tan hiperbólicos habianle reducido a una situacion tan lastimosa de cerebro que cada dia me temia encontrarle consumido a impulsos de su fuego celestial.

Y aconteció, que para acabar de rematar lo poco que en él quedaba de seso, hubo de ver una tarde por entre los mas labrados hierros de un balcon a cierta Melisendra de diez y ocho abriles, mas pálida que una noche de luna, y mas mortecina que lámpara sepulcral; con sus luengos cabellos trenzados a la Veneciana, y sus mangas a la María Tudor, y su blanquísimo vestido aéreo a la Estraniera, y su cinturon a la Esmeralda, y su cruz de oro al cuello a la huérfana de Underlach.

Hallábase a la sazon meditabunda, los ojos elevados al cielo, la mano derecha en la apagada mejilla, y en la izquierda sosteniendo débilmente un libro abierto... libro que segun el forro amarillo, su tamaño y demas proporciones, no podia ser otro, a mi entender, que el *Han de Islandia* o *el Bug-Jargal.*

No fué menester mas para que la chispa eléctrico-romántica atravesase instantáneamente la calle y pasase desde el balcon de la doncella sentimental al otro frontero donde se hallaba mi sobrino, viniendo a inflamar súbitamente su corazon. Miráronse pues; creyeron adivinarse; luego se hablaron; y concluyeron por no entenderse; esto es, por entregarse a aquel sentimiento vago, ideal, fantástico, frenético, que no sé bien cómo designar aquí, si no es ya que me valga de la consabida calificacion de... *romanticismo puro.*

Pero al cabo el sujeto en cuestion era mi sobrino, y el bello objeto de sus arrobamientos, una señorita, hija de un honrado vecino mio, procurador del número, y clásico por todas sus coyunturas. A mí no me desagradó la idea de que el muchacho se inclinase a la muchacha (siempre llevando por delante la mas santa intencion), y con el deseo tambien de distraerle de sus melancólicas tareas, no solo le introduje en la casa, sino que favorecí (Dios me lo perdone) todo lo posible el desarrollo de su inclinacion.

Lisonjeábame, pues, con la idea de un desenlace natural y espontáneo, sabiendo que toda la familia de la niña participaba de mis sentimientos, cuando una noche me hallé sorprendido con la vuelta repentina de mi sobrino, que en el estado mas descompuesto y atroz corrió a encerrarse en su cuarto gritando desaforadamente: — «¡Asesino...! ¡Asesino...! ¡Fatalidad! ¡Maldicion...!»

—¿Qué demonios es esto?—Corro al cuarto del muchacho; pero habia cerrado por dentro y no me responde; vuelo a casa del vecino por si alcanzo a averiguar la causa de aquel desórden, y me encuentro en otro no menos terrible a toda la familia; la chica accidentada y convulsa, la madre llorando, el padre fuera de sí....

—¿Qué es esto, señores? ¿qué es lo que hai?

—¿Qué ha de ser? (me contestó el buen hombre) ¿qué ha de ser? sino que el demonio en persona se ha introducido en mi casa con su sobrino de usted..... Lea usted, lea usted qué proyectos son los suyos, qué ideas de amor y de relijion..Y me entregó unos papeles que por lo visto habia sorprendido a los amantes.

Recorrílos rápidamente, y me encontré diversas composiciones de estas de tumba y hachero que yo estaba tan acostumbrado a escuchar a mi sobrino. En todas ellas venia a decir a su amante con la mayor ternura, que era preciso que se muriesen para ser felices; que se matara ella, y luego él iria a derramar flores sobre su sepulcro, y luego se moriria tambien, y los enterrarian bajo una misma losa... Otras veces la proponia que para huir de la tiranía del hombre («este *hombre* soi yo,» decia el pobre procurador) se escurriese con él a los bosques o a los mares, y que se irian a una caverna a vivir con las fieras, o se harian piratas o bandoleros; en unas ocasiones la suponia ya difunta, y la cantaba el responso en bellísimas quintillas y coplas de pié quebrado; en otras llenábala de maldiciones por haberle hecho probar la ponzoña del amor.

—Y a todo esto (añadia el padre) nada de boda, ni nada de solicitar un empleo para mantenerla... vea usted, vea usted; por ahí ha de estar...; oiga usted cómo se esplica en este punto...; ahí en esas coplas o seguidillas, o lo que sean, en que la dice lo que tiene que esperar de él...

Y en tan fiera esclavitud
solo puede darte mi alma
un suspiro... y una palma...
una tumba... y una cruz...

Pues cierto que son buenos adminícnlos para llenar una carta de dote...; no, sino échelos usted en el puchero y verá qué caldo sale... Y no es esto lo peor (continuaba el buen hombre), sino que la muchacha se ha vuelto tan loca como él, y ya habla de féretros y letanías, y dice que está deshojada, y que es un tronco carcomido, con otras mil barbaridades que no sé cómo no la mato... y a lo mejor nos asusta por las noches despertando despavorida y corriendo por toda la casa, diciendo que la persigue la sombra de no sé qué Astolfo o Ingolfo *el esterminador;* y nos llama tiranos a su madre y a mí; y dice que tiene guardado un veneno, no sé bien si para ella, o para nosotros, y entre tanto las camisas no se cosen y la casa no se barre, y los libros malditos me consumen todo el caudal.

—Sosiéguese usted, señor don Cleto, sosiéguese usted.

Y llamándole aparte le hice una esplicacion del carácter de mi sobrino, componiéndolo de suerte que si no lo convencí de que podia casar a su bija con un tigre, por lo ménos le determiné a casarla con un loco.

Satisfecho con tan buenas nuevas, regresé a mi casa para tranquilizar el espíritu del jóven amante, pero aquí me esperaba otra escena de contraste, que por lo singular tampoco dudo en apellidar romántica.

Mi sobrino, despojado de su lacónico vestido y atormentado por sus remordimientos, habia salido en mi busca por todas las piezas de la casa, y no hallándome, se entregaba a todo el lleno de su desesperacion. No sé lo que hubiera hecho considerándose solo, cuando al pasar por el cuarto de la criada, hubo sin duda esta de darle a conocer por algun suspiro que un ser humano respiraba a su lado. (Se hace preciso advertir que esta tal moza era una moza gallega, con mas bellaquería que cuartos, y mas cuartos que peseta columnaria, y que hacia ya dias que trataba de entablar relaciones *clásicas* con el señorito.) La ocasion la pintan calva, y la gallega tenia buenas garras para no dejarla escapar; asi fue que entreabrió la puerta, y modificando todo lo posible la aguardentosa voz, acertó a formar un sonido gutural, término medio entre el graznido del pato y los golpes de la codorniz.

—Señoritu... señoritu... ¿qué díablus tiene...? Entre y dígalo; si quier una cataplasma para las muelas o un emplastu para el hígadu....

Y cojió y le entró en su cuarto y sentóle sobre la cama, esperando sin duda que él pusiera algo de su parte.

Pero el preocupado galan no respondia, sino de cuando en cuando exhalaba hondos suspiros, que ella contestaba a vuelta de correo con otros descomunales, aderezados con aceite y vinagre, ajos crudos y cominos, parte del mecanismo de la ensalada qne acababa de cenar. De vez en cuando tirábale de las narices o le pinchaba las orejas con un alfiler (todo en muestras de cariño y de tierna solicitud); pero el hombre estátua, permanecia siempre en la misma inamovilidad.

Ya estaba ella en términos de darse a todos los diablos por tanta severidad de principios, cuando mi sobrino con un movimiento convulsivo la agarró con una mano de la camisa (que no sé si he dicho que era de lienzo choricero del Vierzo), e hincando una rodilla en tierra, levantó en ademan patético el otro brazo y esclamó

Sombra fatal de la mujer que adoro,
ya el helado puñal siento en el pecho;
ya miro el funeral lúgubre lecho,
que a los dos nos recibe al perecer.
Y veo en tu semblante la agonía
y la muerte en tus miembros palpitantes,
que reclama dos míseros amantes
que la tierra no pudo comprender.

—Ave María purísima... (dijo la gallega santiguándose). Mal dimoñu me lleve si le comprendu.. ¡Habrá cermeñu...! pues si quier lechu ¿tien mas que tenderse en ese que está ahí delante, y dejar a los muertus que se ecuesten con los difuntus?

Pero el amartelado galan seguia, sin escucharla, su improvisacion, y luego variando de estilo y aun de metro esclamaba:

¡Maldita seas, mujer!
¿No ves que tu aliento mata?
Si has de ser mañana ingrata,
¿por qué me quisiste ayer?
¡Maldita seas, mujer!

—El malditu sea él y la bruja que lo parió... ¡ingratu! despues que todas las mañanas le entru el choculate a la cama, y que por él he despreciadu al aguador Toribiu, y a Benitu el escarolero del portal....

Ven, ven y muramos juntos,
huye del mundo conmigo,
ánjel de luz,
al campo de los difuntos;
allí te espera un amigo
y un ataud.

—Vaya, vaya, señoritu, esto ya pasa de chanza; o usted esta locu, o yo soi una bestia... Váyase con mil demonius al cimenteriu u a su cuarto, antes que empiece a ladrar para que venga el amu y le ate.—

Aquí me pareció conveniente poner un término a tan grotesca escena, entrando a recojer a mi moribundo sobrino y encerrarle bajo de llave en su cuarto; y al reconocer cuidadosamente todos los objetos con que pudiera ofenderse, hallé sobre la mesa una carta sin fecha, dirijida a mí, y copiada de la *Galería fúnebre*, la cual estaba concebida en términos tan alarmantes, que me hizo empezar a temer de veras sus proyectos y el estado infeliz de su cabeza. Conocí, pues, que no habia mas que un medio que adoptar, y era el arrancarle con mano fuerte a sus lecturas, a sus amores y a sus reflexiones, haciéndole emprender una carrera activa, peligrosa y varia; ninguna me pareció mejor que la militar, a la que él tambien mostraba alguna inclinacion; hícele poner una charretera al hombro izquierdo, y le ví partir con alegría a reunirse a sus banderas.

Un año ha trascurido desde entónces, y hasta hace pocos dias no le habia vuelto a ver; y pueden considerar mis lectores el placer que me causaria al contemplarle robusto y alegre, la charretera a la derecha, y una cruz en el lado izquierdo, cantando perpetuamente zorcicos y rondeñas, y por toda biblioteca en la maleta, la Ordenanza militar y la *Guia del oficial en campaña*.

Luego que ya le ví en estado que no peligraba, le entregué la llave de su escritorio; y era cosa de ver el oirle repetir a carcajadas sus fúnebres composiciones; deseoso sin duda de probarme su nuevo humor, quiso entregarlas al fuego; pero yo, celoso de su fama póstuma, me opuse fuertemente a esta rosolucion, y únicamente consentí en hacer un escrupuloso escrutinio, dividiéndolas no en clásicas y románticas sino en tontas y no tontas, sacrificando aquellas, y poniendo estas sobre las niñas de mis ojos. En cuanto al drama, no fué posible encontrarle, por haberle prestado mi sobrino a otro poeta novel, el cual le comunicó a varios aprendices del oficio, y estos le adoptaron por tipo, y repartieron entre sí las be-

llezas de que abundaba, usurpando de este modo, ora los aplausos, ora los silbidos que a mi sobrino correspondian, y dando al público en mutilados trozos el esqueleto de tan jigantesca composicion.

La lectura, en fin, de sus versos trajo a la memoria del jóven militar un recuerdo de su vaporosa deidad; preguntóme por ella con interes, y aun llegué a sospechar que estaba persuadido de que se habria evaporado de puro amor; pero yo procuré tranquilizarle con la verdad del caso, y era que la abandonada Ariadna se habia conformado con su suerte: item mas; se habia pasado al jénero clásico, entregando su mano, y aun no sé si su corazon, a un honrado mercader de la calle de Postas: ¡ingratitud notable de mujeres!... bien es la verdad que él por su parte no la habio hecho, segun me confesó, sino unas catorce o quince infidelidades en el año transcurrido. De este modo concluyeron unos amores que si hubieran seguido su curso natural, habrian podido dar a los venideros Shakespeares materia sublime para otro nuevo *Romeo*.

(Setiembre de 1837.)

HABLEMOS DE MI PLEITO.

«Beatus ille qui procul negotiis.»

HORAT.

«Dichoso el que de pleitos alejado....»

Cuando la imajinacion se halla afectada de una idea dominante, es en vano el pretender reducirla a ocuparse en otro objeto, pues la menor coincidencia, la mas insignificante espresion, suelen ser causas suficientes para hacer inútiles nuestros esfuerzos, y volvernos a lanzar de nuevo en el ajitado círculo de aquella misma idea de que pretendiamos huir.

Hablo por esperiencia propia, y si ya de antemano no estuviera convencido de ello, el suceso presente bastaria a probármelo con rigorosa exactitud.

Despues de haber pasado una noche bien larga y ajitada, soñando con lo que suele soñar un litigante, es decir, con *mi pleito*, me preparaba á disipar aquellas tumultuosas ideas, borrajeando un artículo crítico-burlesco que ofrecer a mis benévolos lectores; pero el diablo (que no duerme) habia estravasado entre mis papeles uno que por el sello real, sus anchas márjenes, y las tres iniciales «M. P. S.» que le encabezaban, reconocí mui luego por uno de los alegatos, el alegato número 62 de mi derecho en el pleito consabido. Y no fue menester mas, para que mi imajinacion rebelada de nuevo y dispuesta a no transijir con otra idea, me arrancase violentamente a mis propósitos, lanzándome, sin voluntad mia, desde el palacio de Momo al santuario de Themis; desde mis libros favoritos a la Guia de Forasteros y al Febrero adicionado; desde la festiva máscara de Talia á la indijesta faz de un escribano.

El compromiso era grande: de un lado el cajista de la imprenta esperando el artículo de costumbres; por otro mi pluma negándose por aquel momento a trazar otras frases que no fuesen las consabidas del *otro sí* y del *y por qué*; Adisson y Labruyere huyendo a todo correr de mi cabeza; la pieza corriente de los autos brindándome con trescientas cincuenta fojas de entretenida lectura; mi memoria llena de trámites judiciales; mi voluntad buscando en vano lances cómicos y observaciones festivas; ¿qué recurso, pues, me quedaba? ¿recurso de ape-

lacion o de injusticia notoria? Mi escaso entendimiento no halló otro alguno que el de amalgamar si fuese posible aquellas dos ideas; y supuesto que el público reclamaba costumbres, y que mi imajinacion se encastillaba en el foro, probar a escribir un artículo de costumbres del foro, con lo cual tranquilamente, y como por la mano, encontraba la salida de tan grave compromiso. Tomada, en fin, esta resolucion, falta saber si los lectores aceptan el partido... ¿Dicen ustedes qus sí....? vaya, pues *hablemos de mi pleito;* casualmente *aquí tengo los papeles.*

Ante todas cosas conviene advertir que yo no soi de aquellos litigantes infatigables que en llegando a agarrar por su cuenta un tantico de auditorio, no estan contentos si no le embocan la historia de su litis, tomando su principio, cuando no desde el pecado de Adan, por lo menos y en gracia de la brevedad, desde la mismísima arca de Noe. No señor; nada menos que eso; me hago cargo de la razon, y a decir la verdad, ¿qué les importa a los lectores el que yo haya heredado un pleito por parte de un tio materno, el cual tio lo recibió directamente de su padre, y este se hizo cargo de él por via de dote con la blanca mano de mi bisabuela, la cual es fama que ya venia representando en el tal embrollo el derecho y accion de tres jeneraciones anteriores? ¿qué falta les hace enterarse de que este tal pleito sea sobre propiedad de unas, en otro tiempo viñas, en tierra de Jerez, ni que empezara su sustanciacion (la del pleito, no la de las viñas) en dicha ciudad, y que siguiera en Granada, y que luego viniera a Madrid, y pasara por todos los juzgados posibles (incluso el de los Mostrencos), y subdividido en *incidentes* como un drama romántico, o en *artículos* como las *Escenas Matritenses*, abrace, en fin, bajo una misma cuerda las capacidades acumuladas de cuatro alcaldes mayores, dos audiencias, una chancillería y un supremo consejo? ¿Qué les importa, digo, saber que el dicho proceso entre *interlocutorios* y *definitivas*, entre *confirmaciones* y *reformas* cuenta ya en su seno hasta catorce sentencias, de las cuales cinco a favor de la contraria, y cinco al mio, amen de otras cuatro a guisa de oráculo u logogrifo que nadie ha acertado a descifrar? ¿Qué adelantará, en fin, con saber que mientras los autos se robustecen de un modo asombroso con el fecundo raudal de la sabiduría de jueces y abogados, las viñas desaparecieron hace siglo y medio, y que hoi dia la tradicion se esfuerza vanamente a conjeturar ácia qué parte, legua mas o menos, estuvieron plantadas?

Todo esto, a decir la verdad, de poco o nada aprovecha al lector, y de lo que sí únicamente le conviene enterarse, es de que yo tengo justicia; y esto se lo aseguro yo bajo la fé de mi abogado, el cual me lo asegura á mí bajo la fé de la Novísima Recopilacion; fé sin embargo tan voluntariosa y coqueta, que suele no pocas veces hacerme rabiar, empeñándose en favorecer a mi contrario.

Satisfechos ya los oyentes de que uno y otro somos litigantes *de buena fé*, aunque de poca caridad, resta decir que nuestra obstinacion, respectiva, heredada y adquirida, es tal, que ni que fuéramos partidos políticos, y antes consentiriamos en perder ambos la existencia que acercarnos al menor término de transaccion y de acomodo. Nada de eso. — «Perezcan las viñas (dice la contraria) antes que mi derecho.» — «Perezcan las tierras (digo yo) antes que el derecho de mi abuela.»

Y nuestros abogados respectivos, dignos intérpretes de aquellos sentimientos, aplauden y encomian nuestro valor, y nos convencen mas y mas de nuestra justicia (todo por supuesto con su cuenta y razon), y nos esplayan y formulan nuestros derechos, a tanto la hoja; y nos ajustan un memorial cargado de razon. y nos aflojan el bolsillo descargado por ellos de pesetas. Asi que lo menos curioso del tal pleito somos las *partes*, quiero decir, mi contrariá y yo, porque solo aparecemos en relacion, y nuestro nombre solo sirve de pretesto para hacer resaltar la elocuencia de nuestros respectivos defensores.

El encargado de pensar por mí y de reducir a fórmula lo que dice que yo deseo, es un veterano del foro, formado en las aulas salmanticenses, curado en chancillerías y audiencias, cocido luego en concursos y abintestatos por todas las escribanías de número de esta heróica villa, y servido despues en menestra de *tanteos*, *moratorias* y *despojos*, en todas las salas de los antiguos consejos y de los modernos tribunales. Déjase por lo dicho inferir lo sabroso que será el manjar de su forense erudicion, y si habrá causa, por menguada que sea, que no adquiera en manos de *don Simeon Pandectas* todos los colores del iris.

«El estilo (dice Montaigne) es el hombre;» y si esta observacion es exacta, como yo creo mui bien, pueden echarse a discurrir qué hombrecito será el que escribe por este estilo.—*Y por cuanto los supradichos argumentos bastarian a pulverizar y reducir al silencio cualquiera erizada bateria de sofisticas almenas tras de la que pretenda encastillarse la contraria; y porque las pruebas en que hoi nos revolcamos, combinadas y puestas en infusion en el lucífero crisol de la sabiduria de V. A., no podrán ménos de hacer patente a todas luces del dia y de la noche, de presentes y venituros, el indubitable derecho de mis partes, en formidable contraste con la simulacion y mendacioso artificio dispuesto por su mal aconsejado contrincante; y toda vez, en fin, que en los ciento sesenta y dos años que há que acudió mi cliente o sus causantes al templo de la justicia en denuncia de la detentacion de que era victima por parte del precitado N., y atendiendo a que despues del sostenido combate con que demandantes y demandados, tirios y troyanos, han venido sosteniendo el argumento respectivo en el magnífico palenque de las cincuenta y dos piezas de los autos que hoi desentrañamos, aparece, en fin, satisfactoriamente dilucidada la cuestion, y disipadas las densas nieblas, refuljente penetrando el sol de la verdad en las mentes mas aceradas y obtusas.—A V. A. suplico se sirva por méritos de lo espuesto proveer, resolver y determinar, conforme y en los términos que en el ingreso de este escrito dejo impetrado, y anular y reformar las ilegalidades (hablo con la venia) del inferior, como así es justicia que pido, juro, costas etc.*—Otro sí digo: *que por cuanto en el alegato contrario a que contesto, se sientan espresiones a su folio 14 vuelto, líneas 16, por manera injuriosas al defensor que suscribe, apellidándole retrógrado y añejo, y a su estilo exótico y jerudense, con varias demasias que ponen de manifiesto la juvenil arrogancia y la falta de práctica del letrado contendente:—A V. A. suplico se sirva mandar que se tilden, borren y tachen supradichas palabras, con los apercibimientos y declaraciones y aditamentos que V. A. en la balanza de su ilustracion tenga a bien ordenar, como tambien así procede en términos legales etc. etc.*—Licenciado don Simeon Pandectas.—*Honorario por reconocimiento, estracto y alegato, cien ducados.*

El defensor de la contraria es en efecto un jóven de 28, recientemente laureado por la universidad de Alcalá, y tan diferente en jénio y en estilo de mi vetusto don Simeon, como se infiere de todos sus escritos, en que todavia respira el saber declamatorio del aula, y el hiperbólico estilo tribunicio. A las indijestas disertaciones de mi letrado suele responder él con trozos tan oportunos como el siguiente.—*¿Hasta cuándo, señor, hasta cuando, la contraria abusará de nuestra pacienoia? ¿Hasta quándo el error ocupará el lugar de la verdad, la debilidad o la ignorancia, el de la justicia y la sana razon? ¡Alma virtud! ¡Tú que desde el cielo rijes el destino de los mortales que te imploran, rasga ya, rasga el misterioso velo que encubre el derecho de mi defendido, y dinos que a él pertenecen las viñas en cuestion! Ábranse, señor, las pájinas de la historia, y desde las mas remotas edades veremos el sagrado derecho de propiedad combatido por los sofisticos argumentos de la envidia; empero las leyes venerandas vuelan por do quier a su socorro. Y para no engolfarnos en los siglos mas remotos, escuchemos únicamente al gran orador del foro, esplayar con este motivo las reflexiones siguientes.* (Aquí trascribia un buen trozo de la oracion *prodemo sua*, y continuaba.) *Ni se diga, señor, que para huir del caso presente me remonto a los tiempos heróicos y a las lejislaciones estrañas, no; para dar la robustez necesaria a mis argumentos, la justicia patria me servirá de apoyo suficiente; ábranse esas Partidas, código venerando de la sabiduría de un gran pueblo, recórranse esos fueros, y Recopilaciones, y en los tiempos modernos esas copiosas colecciones de derechos y reales órdenes, y se concluirá etc. etc...»* y por aquí iba discurriendo hasta que probaba con los discursos de *Mirabeau* y las coplas de *Juan de Mena*, que las tierras no me pertenecian, y que se me debia imponer perpétuo silencio en materia de viñas.

Pero no son únicamente los dos abogados los personajes que figuran en primer término en el interesante cuadro de mi pleito. Agrúpanse en torno de ellos, a la sombra de sus respectivas banderas, dos numerosas cohortes de figuras simbólicas, cada una de las cuales representa una jerarquía determinada en el inmenso campo curialense. Los procuradores y ajentes: los escribanos de cámara, de número y de dilijencias; los relatores y ajentes fiscales; los pajes de bolsa, alguaciles y porteros; y otra porcion de aves menores de esta gran familia plumática, forman vistosa y distinguida comparsa a los dos mantenedores del torneo, o sea combate, en que mi contrario y yo somos las bellezas rivales, y algunas doradas monedas el noble galardon del vencedor. Allá en el fondo, último término del cuadro, alumbrados por escasa luz, y cobijados bajo magnífico dosel, los jueces del campo dejan adivinar las plateadas frentes, y con voz providencial y fatídica pronuncian el fallo, e interpretan al caso particular las disposiciones jenerales de la lei.

¡Oh! dichosa la edad, y siglos dichosos, aquellos en que un sexajenario patriarca sentado en el humilde escaño a la sombra de un olmo, escuchaba las quejas sencillamente espresadas de los demandantes y las contestaciones francas y categóricas de los demandados, y con arreglo a entrambas, y sin mas código que el de la verdad y la sana razon, pronunciaba una palabra de paz y de justicia, y luego los hombres se apresuraban a respetarla, y a dar a cada uno lo que suyo era! Empero, por desgracia, aquellos siglos pasaron, y vinieron otros de pe-

tulancia y de falsia, y las nubes de la ignorancia se agruparon sobre el templo de la lei; y la estátua de la justicia se vió a veces cubierta con el velo del error, y la sofistería o la mala fé pugnaron, por estender su dominio en el santuario de la verdad y de la sabiduría. Desde entónces, cual en templo profanado y en ruinas suelen aparecer por entre las anchas grietas de sus murallas los malignos insectos o las silvestres plantas, viéronse hormiguear en el foro los abusos y los errores, y nacer y alimentarse variedad de alimañas que hicieron temer al hombre justo el acercarse á tan peligroso recinto.

Y porque dejemos el estilo metafórico, y vengamos al material y positivo, figúrate tú, caro lector, que una mañanita temprano te encuentras con la novedad de que mi señora la Discordia se ha entrado de rondon por tus puertas, y que sin parte activa tuya has sido víctima de algun entuerto que en pro de tu interes o de tu buena fama te conviene enmendar o desfacer. Tu quisieras ¡ya se ve! acabar si fuese posible en un minuto con tu competidor (o sea si te place competidora), y cuando esto no fuera dable, acudir a quien breve y sumariamente te diese la razon, si la tenias, y a tu contrario obligase a dártela tambien. Cosa es todo esto mui natural y sencilla en teoría; pero el interes (principal móvil que dirije esta máquina mundana) ha llegado a poner en la práctica tales trabas entre la demanda y la sentencia, entre el agravio y el desagravio, que muchas veces la muerte suele encontrar en el camino a los contrincantes y arrebatarles a su torbellino antes de llegar al término deseado.

Y a tal punto llegan las cosas, y tal ha venido a parar la señora justicia en manos de los hombres de letras, que no es para todos el entenderla, sino a los iniciados en sus misterios (¡los misterios de la verdad!) es dado el penetrar en su oráculo y promover e interpretar sus decisiones para darlas luego a conocer a los profanos a quienes obliga su cumplimiento. Porque los abogados dividen el mundo en dos clases de jentes, a saber: abogados, y no abogados; a la primera regalan la intelijencia, en la segunda suponen el vacío.

Y volviendo al v. gr. de tu pleito, lector amigo, has de saber que desde el primer momento que le entables, parece claramente aquella nulidad de tu persona, sin que te valga para evitarla el ir acompañado de tus respectivos padrinos forenses, porque ellos te harán quedar a la entrada del palenque, y solo ellos penetrarán en el interior, y allí te dejarán el único consuelo de verlos batirse con tus municiones.

Y así es que para presentarte a usar de tu derecho, lo primero que tienes que hacer es llamar a un escribano real, notario de los reinos, para que use de él por tí, porque nada serviria que tú dijeses: «Yo, fulano de tal, quiero esto, y digo lo otro, y otorgo lo de mas allá,» si un escribano no dá fé de que tú eres tú, y que quieres decir y otorgar; que es decirte, que si quieres ser creido en juicio y fuera de él, tienes que hablar por su boca, como pudieras hacerlo por boca de ganso, y dar un poder *dmplio, jeneral y bastante, cual de derecho se requiere y es necesario* a fulano o mengano para que te defienda en el supuesto pleito etc., con otra multitud de fórmulas todas tan rotundas y eufónicas como estas... «*Pida ejecuciones, prisiones, solturas, embargos, desembargos, ventas, trances y re-*

mates de bienes... » « *Tache y contradiga, recuse, jure y se aparte...* » « *Oiga autos y sentencias, interlocutorios y definitivas, consienta lo favorable, y de lo adverso apele y suplique etc. etc...* » Todo esto te hace decir tu escribano, por supuesto en el papel del sello correspondiente, porque tambien desde aquel momento has renunciado a tu papel, por mui bueno que lo gastes, habiendo de trocarle por otro hastante malo; pero que no por eso dejará de costarse a razon de cuarenta maravedís por hoja, y advierte que estas tampoco serán economizadas por las amanuenses, que con sus anchas márjenes y letras gordas parecen tener convenio tácito con la hacienda nacional.

Luego que hayas otorgado el poder y ejecutado la misteriosa incubacion de tu persona en la persona de tu apoderado, desaparecerá aquella, y únicamente quedarás bajo la forma de tu ajente de negocios, o tu *alter ego*, al cual cuidarás de continuar influyendo la vitalidad, suministrándole los correspondientes fondos e instrucciones; pero sobre todo los fondos, porque sin ello te espones a verle convertido en autómata descompuesto, y solo quiero recordarte lo que con este motivo dice el injenioso don Ramon de la Cruz.

«Los ajentes y relojes
son máquinas delicadas,
que si no se les da cuerda
luego al instante se paran.»

Y ya en los tiempos antiguos el mordaz Góngora (que sin duda habia tenido un pleito) se anticipó a espresar una idea semejante en los siguientes versos:

«Cualquiera que pleitos trata
aunque sea sin razon,
deje el rio Marañon
y éntrese en el de la Plata,
que hallará corriente grata
y puerto de claridad.
Verdad.»

Mas volviendo al ajente, este tampoco se presentará ostensiblemente en representacion de tu derecho, sino que oculto entre telones dirijirá desde allí los movimientos de los actores, regulará su accion, y aplicando a la máquina el necesario combustible, él la hará marchar con la rapidez conveniente, tocando con oportunidad los resortes que se descompongan ó entorpezcan. Por lo demas aparentemente y para *dar la cara* en la cuestion, él substituirá tu poder en uno de los procuradores del número, que encabezará y firmará tus peticiones y te hará saber su resultado, y correrá del tribunal a la escribanía, y apremiará al contrario, y será apremiado por él, y en *tomas* y *recibos* (tomando y recibiendo), y en *apremios* y *términos* y *rebeldías* y *avisos* te regalará al cabo del año con una minutita de vara y media que habrás de aceptar a la vista.

Ya tienes un representante jurado en el tribunal; ya ha presentado el poder

que le autoriza, y el juzgado ha dicho: «*Hásele por parte;*» ya tiene que probar tu demanda; pero hasta esto no alcanza su jucio material ni sus escasas letras; con que tienes precision de valerte de un abogado (y si no lo has por enojo te recomiendo al mio, que ya habrás conocido por el estilo que es hombre de calibre y de brocha gorda), el cual formulará tu peticion en unos cuantos pliegos de argumentos, y luego la pasará al procurador y este al escribano, el cual la hará presente al tribunal, y el tribunal dirá: «*Traslado a la otra parte;*» y la otra parte no querrá acudir a responderte; y tendrá que acusarle tres *rebeldías* con otros tantos *autos;* y por último se presentará, y luego pedirá tres *términos* para contestar, y al cabo de ellos lo verificará; y vendrá de nuevo el proceso a manos de tu defensor, que volverá a reproducir lo dicho, y luego al otro, y despues a tí, y mas adelante serás *recibido a prueba,* y se te concederán los ochenta dias de la lei; y ambas partes buscareis testigos, y hareis largas informaciones; y despues cuando el escribano dé cuenta al tribunal, este dirá que lo haga el relator, y este hará nuevo estracto y apuntamiento y relacion, y dirá el tribunal: «*Pase al fiscal;*» y este mandará a su ajente fiscal que le diga lo que ha de responder; y luego vuelta a la rueda; y a lo mejor el contrario formará un artículo de *no contestar*, el cual es otro pleito aparte (como si dijéramos un episodio del drama); y despues de bien *sustanciado* se reunirá todo a la principal, y por último se llamará a *estrados*, y acudirán los abogados a esforzar sus pulmones, y el presidente tocará la campanilla, y dirá: «*Vistos;*» y os retirareis; y aquella noche no dormirás; y a la mañana siguiente vendrá el paje del relator con una providencia que no entenderás, y tu ajente tampoco; y la pasarás al abogado, y este no se conformará, y *apelará* a la otra sala, y vuelta a la rueda; y despues será confirmada la sentencia, y *suplicarás* de ella; digo, suplicarán tus nietos, porque tú supongo que ya estarás hace años en el otro mundo; y por último tal vez ganarás el pleito; pero será cuando ya tu derecho se haya convertido en *derechos* de todos aquellos señores que han trabajado por tu cuenta y sin su riesgo, y hallarás que tus viñas (si pleiteas por viñas como yo) se han trasformado en *pedimentos, autos, apremios, tiras, juntas, pases, encomiendas, tomas, llevadas y traidas, firmas, notas, entregas, propinas y papel sellado;* pero en cambio te encontrarás con una *ejecutoria* para tomar posesion de lo que ya no existe; y un proceso en variedad de letras por donde puedan aprender a leer tus biznietos; esto si ganas el pleito, mas si lo perdieres, te quedarás sin todo aquello, mas sin la ejecutoria, y solo podrás usar de la cuerda de los autos, si acaso te viniese gana de acabar dramáticamente tu existencia.

Perdona, caro lector, si la ajitacion de mi mente me ha conducido adonde no pensaba: tú por fortuna acaso te hallas libre de este temor; mas para lo sustancial, que es desahogarme contigo, y enterarte de lo que yo debo sufrir como litigante, tanto da que hablemos de mi pleito como del tuyo... ¿qué no le tienes? (me dices) ¡tanto mejor! ¡Dichoso tú que te habrás fastidiado con la lectura de mi artículo, y podrás arrojarle repitiendo con Horacio: *¡Beatus ille qui procul negotiis!*

Setiembre de 1837.)

LA ALMONEDA.

«Venus, la diosa de Chipre,
ya es matrona jenovesa,
guarismo sabe su niño,
multiplica, suma y resta.»

GÓNGORA.

En la pintoresca galería de carácteres orijinales que se pasean por el mundo, merece una honorífica mencion *don Policarpo de la Transfiguracion Omnibus de los Santos*, sujeto singular en quien parecen haberse reunido todas las circunstancias sustanciales de los dos siglos pasado y presente, formando por decirlo así, un verdadero mosáico de cualidades tan varias y heterojéneas que causarian la desesperacion del químico que intentara analizarle.

Allá en sus juventudes fué estudiante, y metió mucho ruido en la universidad, no tanto con la brillantez de sus conclusiones, como con las cuerdas de su guitarra. Andando el tiempo vino a ordenarse de abate, cosa indispensable en aquel entónces para cortejar y bailar el bolero; hasta que cansado de los estudios, renegó del latin y se hizo poeta. Luego vino la patria a requerir su espada, y combatió valerosamente en todas las acciones que se perdieron; y despues no pudiendo acostumbrarse a la paz, se abrazó de nuevo con sus antiguos Bártulos, y guerreó en los tribunales con cañones de cisne y balas de papel sellado. Mas adelante aficionado a los viajes, se hizo comerciante, y quebró; y entónces echó coche para evitar que le persiguiesen los acreedores. Por último, se metió a pretendiente, y fué mueble obligado de todas las antesalas; y luego que consiguió, hizo que otros frecuentasen la suya. Y en todas estas andanzas fué tres veces casado, y otras tantas acertó a enviudar, heredando por supuesto a sus respectivas consortes; y despues de serlo todo, llegó por fin a no ser nada, que es lo que hai que ser en este mundo, si es que nada sea el hallarse un hombre a los cincuenta de su edad con cara fresca, y humor alegre, y bolsa llena, y salud cumplida, y ninguna obligacion, mas que la de todo fiel cristiano.

Ya, en fin, que se vió dueño absoluto de su persona, de sus cuantiosas rentas y de sus veinte y cuatro horas diarias, se consideró por el pronto en aquel es-

tremo de felicidad a que siempre habia aspirado. Pero mui luego empezó a fastidiarse de aquella inaccion, y acostumbrado, como lo estaba toda su vida a una ocupacion contínua, a un ajitado movimiento, llegó a mirar su reposo como una paralisis moral, como una muerte prematura. Su inclinacion y su jenio natural triunfaron al fin de su conveniencia, renunciando voluntariamente a esta y dando rienda suelta a aquellos, en términos que hoi dia es el hombre mas ocupado que conozco; sin embargo de que nadie tenga derecho a ocuparle.

Porque él corre las calles desde que amanece Dios hasta las altas horas de la noche; y tan pronto se le ve disputando políticamente en un corrillo de la Puerta del Sol, como pidiendo para los pobres del barrio a la puerta de una iglesia; ya sirviendo de testigo en un tribunal; ya defendiendo proyectos en una sociedad literaria; ora poniendo cataplasmas o dando caldos a un enfermo; ora acompañando a unas señoras en un palco de la ópera. No hai boda desde la calle de san Anton hasta la de Carretas, desde Aflijidos a las Vistillas, en que él no sea el padrino, o corra con los contratos, o componga los versos, o coma los dulces. Si es entierro, él por fuerza ha de ser el albacea, o dirijir el inventario, o presidir el funeral; si bautizo, alquilará los coches, o imprimirá las esquelas, o tendrá en la pila al recien nacido. Todos los ministros que se nombren han de ser por fuerza amigos suyos, y los habrá de felicitar, y les hará recomendaciones, y desde la casa del entrante ira a la del que cayó, y consolará a la señora, y declamará con el señor sobre la injusticia de los hombres. A nadie se puede prender que él no vaya a visitar en el calabozo; si hai junta de acreedores, él quedará nombrado síndico; si demanda de divorcio, él será el juez árbitro entre ambos consortes; y si juicio de conciliacion, por fuerza una de las dos partes le ha de escojer por *hombre bueno*. Ni puede haber ruptura de amantes que él no componga, ni mudanza de habitacion que él no dirija, ni cofradía en que él no sea mayordomo o tesorero, ni carga concejil que no le encaje. ¿Se habla del fuego? sucedió casualmente enfrente de su casa: ¿se cuenta un asesinato o una quimera? alli precisamente estaba él. En el patio de las dilijencias acude a recibir y despedir a todos los que entran y salen; en la Bolsa es el alma de todas las operaciones; en el Prado está al corriente de todas las intrigas amorosas; en la plaza de toros lleva cuenta de los *puyazos* y de los *volapiés*; en la Alameda o la Moncloa, dirije todas las comidas de campo; en los desafíos arregla el almuerzo; en el teatro es presidente *nato* de toda comision de aplausos; en las esposiciones de pinturas habla de *formas* y *coloridos*; en el mercado de caballos a todos los pone su pero; y en las partidas de caza dirije los ojeos, o cuida de que los perros no se escapen.

Esta multiplicidad de aspectos, esta vitalidad asombrosa, unidas a su carácter determinado, a su ninguna aprension, a su edad respetable, y mas principalmente a la consideracion de su fortuna, han vinculado en él una autoridad tal que no hai cosa sobre que no se atreva a decidir *ex cátedra*; ni hai reunion que no someta fácilmente a sus opiniones. Si un abogado quiere acreditarse, si una prima donna va a hacer su salida al teatro, si un autor va a publicar una obra, bien pueden encomendarse a mi hombre, si no quieren pasar incógnitos o criti-

cados; porque su opinion es la opinion normal de un sin número de admiradores que si él dice: —«¿Fulano, el médico? ¡valiente majadero! ¡fué la causa de la muerte de un amigo mio!» —todos repetirán en coro que el médico tal es un asesino; si él asegura que tal comedia es buena, todos se pasmarán aunque no la entiendan; si afirma que tal o cual noticia la sabe de buena tinta, la harán pasar por mas de oficio que si estuviese estampada en la Gaceta; y si le diese gana de decir que un libro es malo, huirán de la librería como pudieran hacerlo de un lazareto.

Él, en fin, se reproduce en términos que es imposible dar un paso atras o adelante sin encontrarle; y si toma uno el partido de estarse en casa, allí le ha de ir a buscar, y aun saliendo de Madrid a viajar, él es el primero que nos hemos de hallar en la dilijencia. Y es tan cierto esto, que dias pasados habiendo subido a la torre de santa Cruz, me pareció desde allí que le veia a un mismo tiempo en la calle de la Montera, y en el Prado, y en la plaza de Oriente, y en el Canal, y en la puerta de Toledo, y allí mismo en la torre conmigo, que me asediaba y me perseguia como una aparicion fantástica, inevitable, impasible, semejante a una obstinada pesadilla, o al ruido sempiterno y monótono de una cascada.

Entre los diversos placeres que (digan lo que quieran) proporciona esta pícara farsa que llamamos vida, uno de los mayores para mí es la lectura del Diario, operacion obligada que verifico constantemente entre siete y ocho de la mañana con mas escrupulosidad y saboreo que un catador de vinos en los diques de Lóndres o en las bodegas afamadas de Jerez. Y si no fuera por los filosóficos *Mementos* de la intendencia de rentas, que cuida de recordarnos a cada paso que nos hemos de convertir en cartas de pago o billetes del tesoro, se pudiera decir mui bien que mi placer era inefable y sin punta alguna de sinsabor. Perdonen los periódicos políticos; pero no puedo menos de decírles, que segun mi opinion, ninguno puede competir en *sustancia* con aquel *sustancioso* papel, y aun si me apuran, no dudaria en asegurar que los mas de los lectores darian de buena gana seis de los artículos que aquellos llaman *de fondo*, por cualquiera de los *de fonda* que amenizan el Diario los domingos.

Todo esto lo digo, no porque venga mui a cuento, sino por tomar ocasion de introducir el mio; y era para servir a ustedes que aquella mañana (una mañana, la que ustedes gusten) caminando viento en popa por el Diario arriba, acerté a tropezar a su pájina tercera con el anuncio de una *almoneda*.., y para mí el segundo placer de esta vida es una almoneda, es decir, una casa a donde sin disfraz de ninguna especie se dice: «Aquí todo se reduce a maravedís.»

Verdad es que no teniendo que mudar de habitacion, ni abrir tienda, ni recibir huesped, en rigor nada tenia que comprar; mas sin embargo, ¿quién resiste a la tentacion de una almoneda? Un libro curioso, un mueble raro, una tela barata... ¿qué no suele encontrarse allí? Yo por lo menos no soi dueño de dominar mi curiosidad, así que no dejo pasar ocasion; de suérte que todos los prenderos y revendedores de libros viejos me conocen ya, porque ellos y yo somos los primeros que tomamos posesion de todas las almonedas de Madrid.

Y aquel dia tampoco me descuidé, sino que a las nueve en punto, hora mar-

cada en el anuncio, ya estaba yo en la casa de la venta, pugnando por adelantarme a preguntar precios y a apartar todos los objetos que me llamaban la atencion. Y era tal mi entusiasmo, que ilusionado con la rebaja de la tercera parte del precio (uso jeneral en toda almoneda), no reparaba que aquellos mismos objetos los hallaria nuevos en cualquiera tienda, aun con mayor equidad, y que ademas me salian doblemente caros, supuesto que no me eran absolutamente necesarios. Yo, en fin, que no sé de música, compré un piano porque me le dieron en un precio arreglado; sin tener caballo, me hice por lo que yo creia poco dinero con unas ricas guarniciones; compré cigarros sin fumar, y vino de Arganda embotellado en frascos de *Lafitte*, y barriles de *madera* con vino de Chinchon; compré algunos tomos sueltos de varias obras, esperando la casualidad de encontrar en otra almoneda los que me faltaban; y sin reparar que no me cabian en toda la casa, compré unos armarios que ni los de la sacristía del Escorial.

De todos estos arrojos mios tuvo la culpa un maldito prendero tuerto que siempre me acosaba con la siguiente interpelacion: —«Caballero, ¿lleva usted eso, u no?» —Con lo cual, temiendo vérmelo arrebatar de las manos parecia que me faltaba el tiempo para decir que sí.

Todo se me volvia hojear y cotejar los inventarios puestos sobre las mesas, y correr de la sala al gabinete, y de este a la antesala, y probar anteojos, y mirar cuadros, y abrir y cerrar libros, y dar cuerda a los relojes, y desplegar mapas, y alcanzar muebles, y agruparlos en un rincon, y tomar notas en mi cartera, y...

Estando en esta afanosa ocupacion siento una palmadita en el hombro... alzo la cabeza... ¿y a quien dirán ustedes que vi? Pues era nada menos que al mismo *don Policarpo Omnibus*, en persona... ¡Si era preciso...! Allí estaba tambien él.

—Qué traes por aquí, señor Curioso? (porque el amigo tiene tambien esta gracia, que es de los que tutean a todo el mundo).

—No traigo, sino llevo, señor don Policarpo.

—Véamos qué. —Y me sujetó a un escrupuloso exámen de todas mis mercancías, probándome hasta la evidencia que habia dado por ellas el doble de su valor. No contento con esta inhumanidad, me empezó a encajar la historia de aquella casa; y puesto que nada me interesaba, tuve que saber que la causa de la tal almoneda era el haber separado del empleo que tenia al amo de aquellos muebles, habiendole dado otro en una provincia, a virtud del trasiego jeneral de funcionarios tan frecuente en estos tiempos.

—Era mui amigo mio, añadió, y a decir la verdad del caso, yo solo vengo aquí para averiguar una dudilla... —y al decir esto todo se le volvia entreabrir las cortinillas de la alcoba y lanzar por entre los cristales algunas miradas indiscretas.

Entre tanto que él averiguaba su dudilla, la casa se iba llenando de nuevos compradores, y don Policarpo, flechandoles uno a uno sus lentes, se agarró de mi brazo y no hubo ya forma de verme libre de él...

—A tus piés, Mariquita.

—Hola, perillan, ¿tú por aquí...? —¿Y tambien el condecito...? vaya, ya veo que estamos en tierra de amigos... (Como si hubiera alguna tierra incógnita

para él). —Mira, Curioso tú que todo lo cuentas, ¿ves aquella pareja exigua y acaramelada que todo lo tienta y nada compra; y se miran a todos los espejos, y él lleva la sombrilla, y ella la bolsa, y él la derecha y ella la izquierda? pues esos son Fulanito y Menganita, esposos de quince dias, que estan poniendo casa, y... advierte con qué tierna solicitud el recien marido hace que ella se siente de vez en cuando, sin duda para que no se malogre algun proyecto de paternidad; mira cómo repara en sus ojos, esforzándose a leer en ellos algun antojo, para luego satisfacerlo, de miedo que el muchacho salga con una cornucopia en la frente o un mapamundi en el embés... Vuelve la cabeza a estotro lado, y repara en ese viejo alto de los anteojos, cómo hojea ese libro para que creamos qué entiende el griego; pues ya habrás advertido que no mira mas que las láminas... observa aquel otro martirizando las telas y vestidos... ese es un sastre del teatro que las está convirtiendo ya en su imajinacion en galas de *Semiramis* y *de Tancredo*. ¿Ves aquella dama que ajusta unas espuelas de plata? pues su marido es gotoso de ambos piés. ¿No reparas aquel abogado que carga con la Novísima? pues ya hace veinte años que ejerce sin ella. Pero dejemos esto y vamos a mi negocio... ¿Quieres que veamos el cuarto? porque me parece mui bien para alquilarle para mí....

Y sin darme lugar a responder me arrastró por las piezas interiores, hasta que llegando a un gabinetito cerrado, miró por la ventana, y apartándome un poco me dijo al oido.—Aqui está mi dudilla... Dió dos golpecitos á la puerta...—¿Quien va...?—Señora, a los piés de usted. ¿Da usted permiso para que veamos la habitacion?—No hai inconveniente.

Y se abrió la puerta y nos dejó ver un precioso retrete ocupado decorosamente por una matrona de treinta y dos, de figura heróica y magnífico continente.

—¡Oh Fulanita! (esclamó al verla don Policarpo) no me engañaba el corazon; ¿cómo? ¿pues no ha acompañado usted a su esposo a su nuevo destino?—Y me apretaba el brazo y como que se sonreia el maldito al reparar la imprevista turbacion que tal pregunta habia causado a la señora.

—No señor... hai tantas cosas que arreglar... ¡y luego los caminos esta tan malos para las damas...!

—Y sobre todo si las damas son del talle de usted, no estrañaria yo que acudieran al reclamo todos los salteadores de quince leguas a la redonda.—Usted siempre de tan buen humor.—Y usted siempre de tan bella cara...—

A decir la verdad, yo estaba un poco empachado observando mi inutilidad en aquella escena, y por miedo de que los otros dos interlocutores no cayesen tambien en ella, tomé el partido de salirme por los corredores a silbar a los canarios o cojer flores de las macetas; cuando de alli a pocos minutos sale mi don Policarpo á buscarme, en un estado radiante de alegria... Aquel hombre era otro enteramente... antes todo lo miraba con desden, ahora todo lo compraba por su precio.

—Y no te admires de esto (me decia), me quedo con el cuarto, me quedo con los muebles, y en cuanto a la señora... (porque has de saber que aunque la pregunté por su esposo, bien sabia yo que no lo era, porque hace años que le servi de padrino cuando se casó con una viuda de Goatemala) y...

—¿Con que es decir que se queda usted con la dama tambien? ¿y dígame usted, en esa adquisicion ha tenido usted presente la rebaja de la tercera parte de la tasa a estilo de almoneda?

—Anda, socarron, me replicó don Policarpo entre mohino y risueño... Nada tengo que añadirte sino que vuelvas mañana por tus muebles, y yo me quedaré con los mios; en cuanto a los demas, señores (añadió alzando la voz), escusen ustedes de molestarse mas, porque todos los enseres de la casa los he comprado yo.

Volví en efecto al siguiente dia y me le encontré ya instalado en su nuevo *estudio*, que era el mismo gabinete del dia anterior: como tiene confianza conmigo, me hizo sabedor de todas las condiciones de aquel *traspaso*, y aun me añadió que para que la manifestacion fuese completa, tenia ya solicitado el mismo empleo que dejó su antecesor, cosa que no le podia negar el ministro, por ser, como era de pensar, amigo suyo; por lo demas, en la casa nada se habia mudados, no era un retrato en el tocador de la señora, y un orijinal en su corazon.

(Octubre de 1837.)

EL COCHE SIMON.

I.

Haí en Madrid un Simon
Que se alquila... no sé dónde,
y tiene mas aventuras
que Gil Blas o Don Quijote.
Su figura es de caldera,
verde y negro sus colores,
no tiene muelles de Ce,
ni persianas ni faroles;
Ni menos en sus costados
se ostentan empresas nobles,
ni guarnecido pescante
con dobles cifras de bronce.
Modesto en su sencillez,
holgado en sus dimensiones,
tan cerca está de cajon
como distante de coche;
Y a no ser por cuatro ruedas
que se mueven, si no corren,
tomáranle por sepulcro
o babilónica torre.
Arrastran con harta pena
esta máquina deforme
dos mulas que fueron bravas
en mil ochocientos doce.
De la historia de estas mulas
pudiera decir primores,
mas dejarélo esta vez
para contar la del coche.
Fué primero de un marqués
que vino de no sé dónde
a pretender... ¡feliz siglo!
una venera en la corte.
Esto prueba que las cruces
tan caras eran entónces,
como baratas se dán
en estos tiempos que corren.
Llegado que hubo a Madrid
quiso ostentar sus doblones,
que no hai para pretender
como pretender en coche.
Y a falta de los talleres
de Bruselas o de Lóndres,
un ambulante artificio
buscó por toda la corte;
A tiempo que un gran maestro
(no le nombran los autores)
daba el último barniz
al recien nacido coche.
Sacóle el marques de pila,
luego sus armas le pone,
campo de plata y dos zorras
trepantes a un alcornoque.
Ufano con tal conquista,
por las calles de la corte
salió a lucir y ostentar
su bolsa y prosapia nobles.
¡Cielos, a cuántas envidias,
a qué ingratos sinsabores
dió lugar la tal carroza
en nuestro Prado de entónces!
¿Quién dirá las aventuras,
las intrigas, los honores

que valieron al marqués
estos cuatro tablajones?
Por ellos venció a las diosas,
por ellos mandó a los hombres,
por ellos adquirió gota,
ciencia, orgullo y acreedores;
Hasta que en ellos cruzado
y entre estolas y blandones
le llevaron a enterrar,
y pasó el concurso el coche.

II.

En virtud de providencia
del señor don Juan Quirós,
de esta coronada villa
teniente corregidor;
En los autos del concurso
del marqués de... que finó
por óbito abintestato
y han radicado ante nos
El infrascrito escribano
que firma esta relacion,
ordena su señoría
que por cuanto el acreedor
Ha probado su derecho
y la hipotecaria accion
que tiene por mil ducados
al coche que aquel dejó,
Se le endone y adjudique
en integra posesion
la referida carroza
tasada en igual valor.
Mandólo su señoría
en Madrid, y lo firmó
a veinte y cuatro de agosto
de mil ochocientos dos.

Ya tenemos a mi coche
con nuevo dueño y señor,
un viejo capitalista
bien cuidado y solteron
Que en las campañas de
altos lauros alcanzó;
azote de los maridos,
de las mujeres patron.
Dedicaba por entónces
su sexajenario amor
a una viuda de cuarenta,
doña Tecla de Alhornoz,
Bella tinaja con piernas,
hermoso guardacanton.
¿Qué don pudiera ofrecerla
un apasionado amor
Como una máquina amiga
que a influjo de bestias dos
imprimiese movimiento
a volúmen tan atroz?
No sabré decir el cómo,
pero ello se celebró
cuadruple alianza entre aquellas,
la señora y el señor.
Y riéndose del mundo,
libres de vientos y sol,
vivieron encajonados
en íntima relacion,
Como una parte del coche,
come en su celda el castor,
el gusano en su capullo,
o en su concha el caracol.
La muerte, que se complace
en destruir con furor
todas las dichas del hombre,
por este tiempo alcanzó
A aquella dulce pareja,
y... ¡cielos! ¡en qué ocasion!
cuando no cabiendo ya
dentro del coche su ardor,
Acababan de adornarle
con emblemas de pasion;
dos corazones flechados,
y riéndose el Amor.

--Jesus! qué estraños emblemas;
llámenme pronto a un pintor
que borre esas herejías
y ponga el santo cordon,

el báculo y el capelo,
y la cruz del Redentor.—
Esto decia el obispo
que aquel coche remató,
e hisopo y agua bendita
aplicaba al interior
para purgar los pecados
que supuso con razon.
Ya que fué purificado,
el mui ilustre señor,
subió con sus familiares
a tomar la posesion.
¡Qué vida la que mi coche
por aquel tiempo pasó!
Ni un capellan de las Huelgas
puede contarla mejor.
Una novena a san Jil
y luego a tomar el sol
al paseo de la ronda
o al camino de Alcorcon;
O un viajecito hasta Atocha
a visitar al prior,
y luego volverse a casa
al toque de la oracion.
¡Qué vida! vuelvo a decir;
pero aquel tiempo pasó,
y vino otro de cuidados,
de sustos y ajitacion.
Un ministro.. ¡ai que no es nada!
al obispo sucedió
de aquel histórico coche
en la grata posesion.
Nuevo impulso y movimiento
a sus ejes imprimió,
que estaban entumecidos
por el reposo anterior.
De palacio al ministerio,
desde el consejo al salon,
desde la audiencia al teatro;
desde el dominio al favor.
¡Pobre coche, que ajitado
por el mar de la ambicion
caminas á todos vientos
tras un fantástico honor!

¿Qué se hiciera aquel reposo
que un dia te permitió
saborear de la existencia
el progreso bienhechor?
¿Qué, mísero, has alcanzado
en premio de tu ambicion,
sino llegar mas a prisa
al término del favor?
Que mucho brillas, me dices,
que escuchas de tu patron
altos secretos de estado
reservados a los dos.
Que todos te reverencian
como a tan alto señor,
y escuchas del que suplica
en torno tuyo la voz.
¡Ai cuitado! ¿no reparas
en el cielo del favor,
miserable nubecilla
que ve con desprecio el sol?
Pues mírala cuál creciendo
el firmamento ocupó
y roba al astro del dia
su fúljido resplandor.
Y mira al mortal gusano,
que a su lumbre se ensalzó,
cuál vacila y tiembla, y cae
de la tormenta al furor.
¡Pobre coche! tu menguada
nulidad te defendió,
quedando para testigo
de tu infamia y tu baldon.
Y vino un hombre sin nombre
que tus favores vendió,
y en pago a tus demasías
y ridícula ambicion,
Riéndose a un pueblo entero
por escarnio te entregó,
para que puedas decir
en sentida esclamacion:
¡Aprended, coches, de mí,
lo que va de ayer a hoi.

III.

De un anchuroso corral
sobre la menguada puerta
que asienta en el interior
de una súcia callejuela;
En letras greco-romanas
y ortografía caldea,
dice «*Aqui se alquilan coches*»
una envejecida muestra.
Yacen en el interior,
sin guardas y a la inclemencia
cien carrozas que otro tiempo
ornaron la corte réjia.
Y ora tristes, abatidas
por el tiempo y la miseria,
en un lupanar de coches
lloran su pública afrenta.
Míranse en él confundidos,
sin jerarquía y sin regla,
cien románticas carrozas,
cien clásicas diligencias.
Alli el almagrado coche
que arrastraron seis colleras,
está llorando festines
y soñando en la Alameda.
Allí el bombé vacilante
que dejó el doctor Postema,
reza y murmura aforismos
y latines de receta.
Mas allá hai una berlina
con cifras y otros emblemas,
de uno que fué al hospital
sin zapatos ni calcetas.
Aqui un sucio faeton,
allí una gran carretela,
que fué premio en otro tiempo
de una virtud de Lucrecia.
Y agrupadas a un rincon
se miran cuatro calesas
que a queso y a vino puro
trascienden a media legua.
En tan sucia compañía,
y en situacion tan adversa,
un coche tambien... ¡Dios mio!
(casi no acierta la lengua).
Un coche... ¿si será él?
un coche... sí, el mismo era,
el del marques, del obispo,
del ministro, y doña Tecla.
¡Ai! quién fuera Garcilaso
para esclamar: «Dulces prendas,
aqui por mi mal halladas,»
con lo demas que se deja.
¿Y habrá despues ¡oh fortuna!
quien fie en tu faz risueña,
y no te vuelva la espalda
antes que tú se la vuelvas?
Mas tornemos a mi coche
y dejemos las sentencias,
que dicen bien en un libro
con tal de que no se lea.

En hábito verdi-negro,
como ya descrito queda,
ha tranformado sus galas,
sus timbres y sus preseas;
Y los caballos normandos
en dos mulas pelí-negras,
que corrieron ha veinte años
todas las ferias manchegas.
Piloto de aquel timon,
sentado en su delantera
un infanzon de Cantabria
tiene en sus manos las riendas.
Un capote franciscano
su tosca persona encierra,
y un sombrero des-alado
metido hasta las orejas.
Cantando está a media voz,
mientras que las ocho suenan,
las glorias de Covadonga
por el son de la muñeira;
Y en tanto las pobres mulas
pensando estan enque piensan,
y de este pienso mental
se sostienen y alimentan.

Otro animal de dos piés
como el que en la proa asienta,
sube con pena a la popa
y a los tirantes se cuelga.
Con que la tripulacion
queda del todo completa,
dos mulas y dos rocines,
y sumadas cuatro bestias.

Las ocho suena el reloj,
se abre del corral la puerta,
y en oblicuo movimiento,
y en marcha angustiosa y lenta
Tiran torcidas las mulas
a impulsos de la correa,
y anunciando un fin cercano
crujen jirando las ruedas.
Por las calles de la corte,
y a riesgo de las aceras,
la máquina informe arrastra,
dando a quien la mira pena;
Y entre silbos y reniegos
en menos de una hora llega
a la puerta del letrado
que va a charlar a la audiencia.
Embarca en él su persona
medio cura y medio enferma,
y saca las doctas mangas
por entrambas portezuelas.
Luego que llega al consejo,
mientras su derecho alega,
cochero y mozo liquidan
la propina en la taberna.
Con que añaden a su celo
de Yepes azumbre y media,
para hacer mas llevadero
el trabajo de la vuelta.
Despues del pleito, a visitas
con la letrada y su suegra,
cinco chiquillos y una ama,
dos pasantes y una perra.
Vuelta despues al corral;
ya don Timoteo espera
para ir a misa de dos
del Buen-Suceso... a la puerta.
La misa ya se ha acabado;
mas por cuanto la marquesa
al ver a don Timoteo
se siente un poco indispuesta.
El, a fuer de hombre jentil,
la ofrece su carretela,
y a fin de tomar el aire
van camino de la Venta.
En vano el pobre Simon
les grita que den la vuelta,
que hace falta en un bautizo
antes de las cuatro y media.
Suéltanle a las cinco, en fin,
toma el paso a media rienda,
y en casa de la parida
a oir maldiciones llega.
Suben en él la madrina,
el padrino, la pasiega,
los hermanos, el autor,
y el chico con falda nueva.
Cien pillos de todo el barrio,
que ha vomitado una escuela,
van corriendo tras el coche;
ya suben en la trasera;
Ya trepan a los estribos;
ya se agarran de las ruedas;
ya gritan: «Señor padrino,
¿cuándo haja la moneda?»
Ya hacen jestos al Simon;
ya al lacayo desesperan,
apoyando sus razones
en alguna que otra piedra.
En tal dia, es de cajon,
va la jente a la comedia,
y el coche hasta media noche
embargan y saborean.
Y en tanto las tristes mulas,
guardando siempre la dieta,
y cuando dan vuelta a casa
hasta en su sombra tropiezan.

Otro dia... ¿pero acaso
pretendo que sea eterna

esta triste relacion,
y que en crónica se vuelva?
¿No ha de acabarse jamás?
¿ni cómo narrar pudiera
uno a uno los sucesos
que en sus pájinas encierra?
Baste decir que en enero
hai un san Anton, y hai *vueltas*;
que hai máscaras en febrero
y en marzo hai Pepes y Pepas.
Que abril encierra una pascua;
mayo a san Isidro fiesta;
junio noche de san Juan
con fandango y con vihuelas;
Julio ostenta de sus toros
las entretenidas fiestas,
y en agosto Manzanares
brinda con húmeda arena.
Viene setiembre despues
con sus históricas ferias,
y sus fiestas de Pozuelo,
Carabanchel y Vallecas.
Y octubre empieza a mostrar
sus frios y calles puercas,
y noviembre sus difuntos,
diciembre su noche-buena.
Y en todos meses del año
hai cortejos y hai cortejas,
y hai revistas, besamanos,
y hai visitas y hai audiencias;
Y hai tontas a quien se engaña,
con una máquina de estas,
y hai jugadores que ganan,
y hai empleados que medran;
Y hai indianos de San Lucar,
y hai sin condados condesas,
y hai nobleza que ostentar,
y hai que encubrir la miseria.
De todos estos primores
puede este coche dar cuenta;
mas por desgracia no sabe
porqué carece de lengua.
Yo, viéndole sordo-mudo,
en descargo de su pena
quise atreverme a formar
(puesto que no soi poeta)
En estos *clásicos* versos
esta *clásica* leyenda,
a riesgo de que el lector
clásicamente se duerma.

(Octubre de 1837.)

LA BOLSA.

I.

«Toujours triste ou fougueux, pestant contre le jeu,
ou d'avoir perdu trop, ou bien gagné trop peu.»

REGNARD.

Ora frenético y loco,
ora triste y abatido;
ya porque mucho ha perdido,
ya porque ha ganado poco.

Cuando Madrid se llamaba capital de dos mundos, y cuando las minas de Potosí desaguaban en su recinto, entónces no teniamos *Bolsa;* ahora tenemos Bolsa, pero en cambio hemos perdido los mundos, las minas, y el Potosí.

En aquellos felices tiempos todo el sistema de hacienda estaba reducido a necesitar dos y gastar cuatro (porque habia estos cuatro): en el dia por el contrario todo el chiste está en necesitar cuatro y componerse con dos... y gracias si se puede contar con estos dos.

Es verdad que todo se halla equilibrado por el feliz sistema de las compensaciones, y de este modo si perdimos nuestra superioridad metálica, nos hallamos, Dios sea bendito, con que hemos adquirido la científica; si no tenemos dinero, tenemos libros y cátedras en que instruirnos sobre la *teoría del crédito*, y podemos convencernos por ellos de que el pedir prestado es un signo favorable de riqueza (sobre todo cuando el que pide se propone no pagarlo nunca). Tenemos tambien *caja de amortizacion*, donde todo se amortiza, capital, intereses y acreedores; tenemos una grata variedad de documentos de crédito de todas formas y de diverso primor artístico: *Inscripciones*, *certificaciones*, *transferibles*, *no negociables*, *títulos al portador*, *residuos*, *cupones*, *acciones*, *dividendos y billetes del Tesoro;* todo de mui entretenida vista por la multitud de sellos, cifras y contraseñas, ademas del notable ahorro de canastillos de paja y talegos de arpillera. Tenemos, en fin, *Bolsa de comercio*, en donde poder usar de aquella baraja, y tratar de

despojarnos cordialmente unos a otros por medio de atrevidas apuestas y demas lances que constituyen el entretenido *juego* de *fondos públicos*.

Otros eran, en verdad, aquellos tiempos en que el honrado comerciante dirijia desde su bufete las mas grandiosas empresas, espedia sus buques cargados de nuestros deliciosos frutos al Callao o a la Vera-Cruz; ora recibia los injeniosos artefactos de Manila, el cacao de Caracas o el azúcar de las Antillas, ora contentándose con mas moderada y segura ganancia limitaba sus operaciones al descuento de letras, y cambio de fondos con las diversas plazas mercantiles.

En el dia tal clase de negocios solo queda para jentes apocadas de suyo y que carecen de la intelijencia y el valor necesario, para lo que en lenguaje técnico llamamos *meterse en la Bolsa*; y a la verdad ¿cómo la perspectiva de un mezquino interés de diez o doce por ciento al año podria lisonjear al atrevido especulador que lanzándose en el juego público sueña en el mismo espacio de tiempo cuadruplicar su capital?

Verdad es que, como dice un adajio vulgar, «no todo lo que reluce es oro,» y que tales suelen ser los resultados de estas jigantescas operaciones, que destruyan en breves momentos las fortunas mas sólidas y acreditadas. Pero los hombres en sus proyectos de ambicion acostumbran jeneralmente a mirarlos solo por el lado favorable, y el resplandor que difunde uno solo que alcance a conseguir un buen resultado, ofusca y hace olvidar la multitud inmensa que quedaron arruinados por levantarle. Semejantes al atrevido navegante que fija la imajinacion en las delicias del puerto, no reflexiona que su bajel marcha sobre los restos de otros infinitos a quienes animaba la misma esperanza.

En vano los escritores moralistas y concienzudos han intentado probar los inconvenientes de tales empresas; en vano han dicho y repetido que destruyen el comercio, que atacan a la moralidad de las familias, que ponen en contínuo peligro a los gobiernos y a las naciones. Los hombres del dia no han querido escuchar tales plegarias; y no contentos con seguir su inclinacion, la han reducido a sistema; han compuesto libros en su elojio; y la teoría del crédito ha encontrado aduladores, como los encontraria la peste, si la peste tuviera dinero para pagarlos. Inútil es, pues, cuanto se declame; la esperiencia acredita que cuando se abre una puerta en el templo del interes, cierran las suyas la filosofía y la razon.

No por eso conviene que queden abandonados los argumentos de estas, y el hombre inesperto sin otra brújula para caminar en el mundo que su propia reflexion. Carga es, pues, noble del escritor filósofo el trazarle un fiel espejo en que mire sus deberes y los peligros a que le espone la ambicion; si despues de ello gusta lanzarse en tan funesta via, por lo ménos no será por ignorancia de los escollos; algunos podrá evitar teniendo presente aquella pauta, y siquiera no sirviese ella mas que para precaver a un individuo solo, ese solo individuo será una noble conquista de la virtud sobre el vicio; esa sola conquista será un nuevo laurel para la frente del escritor.

III.

Don Honorato Buenafé, rico comerciante de una de nuestras primeras capitales, había llegado a una edad avanzada, disfrutando por su probidad de una reputacion honrosa, y en posesion de la inmensa fortuna que le habian proporcionado sus negocios mercantiles. Satisfecha ya su noble ambicion de legar a su familia un buen nombre y un puesto distinguido en la sociedad trató de dar grato reposo a su imajinacion en los últimos años de su vida, y al efecto liquidó sus negocios y dividiendo en dos su casa-comercio, puso al frente de cada una de ellas a uno de sus hijos, a quienes habia de antemano educado convenientemente para la carrera a que pensaba destinarles.

Ambos jóvenes por fortuna manifestaban a ella la mayor inclinacion, al paso que ayudados de los conocimientos adquiridos, prometian aplicar a su jiro toda aquella intelijencia que es necesaria. El carácter, sin embargo, de los dos disentia notablemente, y prometia imprimir a sus negociaciones respectivas un sello peculiar.

Benigno (que asi se llamaba el mayor) se distinguia por su espíritu metódico y reflexivo; pensaba mucho y obraba lentamente; pero su constancia y regularidad le aseguraban hasta cierto punto un éxito seguro aunque tardío. El cambio de frutos coloniales, el jiro de letras, las anticipaciones a un premio moderado; tales eran sus negocios favoritos, y el tiempo un necesario elemento que combinaba en ellos con su interes y su intelijencia. La mas pequeña comision, el negocio de menor cuantía, eran por él mirados con la misma atencion, con igual celo que aquellos de primer órden. La exactitud de sus libros de caja podia servir de modelo; y el estilo de su correspondencia llevaba todo el sello de la honradez y de la formalidad. Con este sistema, si se quiere rutinario y apocado, es verdad que no dúplicó en poco tiempo su capital, ni ofuscó con su brillo el nombre paterno; pero al cabo de cada año resultaba de su *balance* un progreso cierto, al paso que su reputacion se aseguraba mas y mas. Para colmo de su felicidad habia escojido una esposa que le amaba tiernamente, y que participando en un todo de su buen juicio, cuidaba de dirijir noblemente aquella economía interior que los hombres solemos despreciar, y cuya falta viene a ser la lima que consume lentamente las mas sólidas fortunas.

Enrique, el otro hermano menor, estaba dotado segun se dice en el mundo, de mas elevadas miras, de mas brillantes cualidades. Su educacion tambien habia sido distinta de la su hermano; este jamás habia salido de su pais, y acostumbrado toda su vida a aquel sistema uniforme y a aquellos mismos objetos, gozaba tranquilamente de ellos. Enrique, por el contrario, habia viajado mucho; habia visitado las capitales estranjeras, y las mas famosas plazas mercantiles; se preciaba de sabio economista, y como él decia, gran *financiero;* tenia una selecta librería; gustaba de hablar y disputar largamente, y obraba en todo con precipitacion, que él apellidaba valor y enerjía.

Desde el instante en que a vuelta de cien consejos saludables recibió la eman-

cipacion paternal y se vió al frente de su casa, trató de disponerla en un todo diversa de la de su hermano, dándola aquel estilo que habia observado en varias estranjeras, y que él llamaba *sabor europeo*. Para ello dejó a su hermano los viejos muebles, los antiguos dependientes, los inmemoriales corresponsales de la casa: y pareciéndole una capital de provincia estrecho recinto a sus jigantescas disposiciones, se trasladó a la corte, y se estableció en ella con toda la brillantez que le sujeria su exaltada imajinacion.

Desdeñando, como era de esperar, los negocios comunes, vió en las operaciones bursátiles el ancho campo a donde podria lucir los grandes recursos de su fantasía. Era precisamente la época en que recien establecida la Bolsa de Madrid se convertian a ella todos los conatos de los grandes capitalistas, y cada dia servian de objeto a la conversacion jeneral las inmensas fortunas realizadas en breves horas por especuladores atrevidos. Enrique, que habia sido testigo de iguales portentos en otras capitales, y en cuya imajinacion estaba siempre fija la idea de un *Roschild*; que contaba con grandes conocimientos en el juego de fondos públicos, y que ademas podia emprenderle desde luego con un mediano capital, no se descuidó un punto en ello, y desde los principios sus numerosas y osadas operaciones llamaron a su casa a todos los ajentes de cambio, y su firma o endoso fué señal obligada en todos los créditos en circulacion. En vano su esperimentado padre y su prudente hermano, temerosos de tanta fortuna, le exortaban continuamente en sus cartas a la prudencia, describiéndole este último con los mas vivos colores la felicidad que disfrutaba en su medianía, la tranquilidad de su imajinacion, las dulzuras de su vida doméstica, el respeto y cariño de sus amigos y convecinos. Enrique se contentaba con responderles el resultado de sus operaciones; que su capital se hallaba cuadruplicado, y que al vencimiento de ciertos plazos esperaba realizar diez tantos mas.

Y era así en efecto la verdad; lisonjeado por la pérfida fortuna, que cual mujer coqueta se complace en aturdir y sujetar con sus favores a aquel amante a quien cuenta luego sacrificar, se diria que una estrella favorable presidia a todas sus operaciones, a todos sus empeños. Los sucesos públicos que tanto influyen en el alza o la baja de los fondos, parecia que se modelaban y desenvolvian a medida de su necesidad y de su deseo; si compraba *al contado*, luego inmediatamente subia el papel; si vendia *a plazo*, bajaba de precio para que él pudiese cumplir con menos sacrificio. De este modo en pocos meses llegó a realizar un capital inmenso, capital suficiente a satisfacer otra ambicion que no fuera la suya.

Su lujo y sus necesidades crecian sin embargo en razon directa de su fortuna; y deseoso de asociar a ella otra por lo menos correspondiente, contrajo matrimonio con una rica heredera y brilló por un momento con todo el esplendor que él habia imajinado en sus sueños orientales.

Si vá a decír la verdad, en este estado, al parecer tan dichoso, era el hombre menos feliz que puede imajinarse. Devorado constantemente de deseos superiores a la realidad; entregado dia y noche a combinacinaciones y cálculos complicados; contando las horas que le acercahan a los términos de sus contratos;

pendiente de la ruina o de la fortuna de sus co-negociantes; acosado por la multitud de propuestas de nuevos empeños; lanzado en los círculos políticos para calcular mas acertadamente los sucesos futuros; ajitado, en fin, con el peso de mil compromisos, de mil responsabilidades de que pendia continuamente su completa fortuna o su desgracia irreparable, su vida era una continuada fiebre, un perpetuo delirio, que ni el sueño podia interrumpir, ni el ruido de los festines alcanzaba a templar. ¡Miserable riqueza la que se compra a costa de la vida, y miserable el mortal que no reconoce término a su ambicion!

Pero cuando la prosperidad hubo llegado al suyo, cuando la caprichosa fortuna dando la vuelta a su rueda dijo a su protejido; «Hasta aqui llegarás;» cuando todos los medios de su elevacion se convirtieron rápidamente en ajentes de caida, ¿cómo parar el torrente asolador de mil desgracias, causadas unas por imprudencia, otras por misteriosa fatalidad? Ni ¿cómo pintar el frenesí de un hombre que, mecido hasta alli apaciblemente por las olas, mira estrellarse su bajel a la entrada del puerto, y caer una a una todas las ilusiones de su fantasía?

La situacion de Enrique en tales momentos entra en el número de aquellas inesplicables, y a que la pluma parece rehusarse. Baste decir que aquella brillante llama de su fortuna se apagó aun mas rápidamente que fue encendida; que llegó un tiempo en que los cálculos mas bien dirijidos le fallaron, que las operaciones mas sencillas se volvieron en contra suya. Ni sus inmensos bienes, ni los de su esposa, ni el poderoso auxilio de su hermano (de aquel hermano a quien él despreciaba por metódico y apocado) bastaron a hacer frente a sus responsabilidades; hasta que acosado por ellas, perseguido por sus acreedores, y conservando en su corazon un sentimiento de orgullo, desapareció de su casa y de su pais, corriendo a ocultar su vergüenza al otro lado de los mares.

De este modo pasó aquel astro brillante; de este modo se apagó su fantástico resplandor. Sintiéronlo sus acreedores y comensales; sus amigos miraron su caida con indiferencia; sus enemigos con alegría; los demas hombres se complacieron en ignorarla, y unos y otros continuaron por el mismo camino peligroso, como si tal no hubiese acontecido; y si alguna vez la imajinacion les recordaba a su pesar la desgracia de Enrique, achacábanla a imprudencias y lijerezas de que todos se creian siempre dispensados.

III.

El reloj de la Puerta del Sol acaba de dar las doce... ¡hora fatal que va a decidir la suerte de cien familias, que va a lanzar a unas en la miseria por crecer y aumentar la opulencia de las otras! Hora que es preciso aprovechar, porque los minutos corren, y la lei previene que dentro de los sesenta que median *de doce a una* (1) se traten y cierren todos los negocios, todos los contratos de fondos públicos... ¡Qué ajitacion, qué movimiento en todas las avenidas del templo de la fortuna...! Ved al magnífico comerciante, a aquel que preside y gobierna a un

(1) En la actualidad es de una a dos, y el local de la Bolsa el cláustro del ex-convento de San Martin.

centenar de dependientes, dejar entregados a estos sus libros y su correspondencia, y vestirse precipitado, y correr en la mayor ajitacion, consultando el reloj cada minuto, y sin quererse detener con la multitud de importunos que vienen a saludarle. Observad al prosáico mercader, que fia la vara á su consocio, y marcha por medio de la calle rejistrando cuidadosamente su abultada cartera. Dejad paso al birlocho del ajente de cambios, á la carretela del político financiero, al inevitable paraguas del viejo prestamista, al ajitado movimiento del baston del elegante jugador.

Todos vienen a refluir a un mismo punto; todos dirijen el rumbo a Filipinas, a las Filipinas de la calle de Carretas... Entrad si podeis en aquel angustioso recinto... allí nada se paga a la entrada; ¡lo que se paga es la salida...!

Un elegante patio cerrado de cristales, y circundado por una galería, sirve de escena a aquel interesante drama... Varios atributos y pinturas simbólicas en la pared, y sendos tableros en los frentes con los artículos correspondientes de la lei, os hacen ver que ella autoriza todas aquellas operaciones!...; repartidos en distintos sitios los nombres de las plazas mercantiles, Amsterdam, Génova, Lisboa, Lóndres, Nápoles, Paris, Petersburgo y Viena, como que quieren dar a entender que tenemos comercio con ellas; y cuatro estátuas colosales, que representan la España y la Paz, Mercurio y Neptuno, estan allí en buena compañía y de toda etiqueta, como jentes que apenas se conocen entre sí.

En el centro del salon, y dentro de una elegante baranda circular, el *anunciador oficial* de los cambios recibe las notas de los ajentes y las publica en alta y desapacible voz, y en derredor de la verja que cierra el *estrado* se ajitan y agrupan los celosos concurrentes con una prolongada oscilacion, con un monótono zumbido, semejante al que suele formar un enjambre de abejas; movimiento y ruido que cesan instantáneamente cada vez que la máquina parlante del estrado prorumpe en esta espresion:

«*Se han hecho... dos millones de reales, en certificaciones sin interes... al cinco y tres octavos por ciento... a sesenta dias o voluntad del comprador...*»

Y vuelve inmediatamente el murmullo, y el removerse en distintas direcciones, y el correr unos tras otros, y el hablarse al oido, y el hacérse señas de intelijencia, y el rascarse la frente, y el ahuecarse el corbantin, y el abrir y cerrar carteras, y el humedecer con la lengua los lapiceros, y el alzar los ojos al cielo como para recibir inspiraciones, y el leer cartas, y el formar corrillos, y el adelantarse y volver atras, y el escudriñar respectivamente los semblantes para adivinar en ellos por qué lado se pueden sorprender.

Los unos mas inespertos o más arriesgados andan de aquí para allí proponiendo sus negociaciones; los otros veteranos, permanecen inmóviles, escuchando con aparente frialdad las propuestas de los corredores; cuáles disputan sobre las probabilidades de *alza* y los lances de la guerra, y las elecciones, y los fondos estranjeros; cuáles afectan desdeñosamente ocuparse en hablar de los toros, de la ópera, y de las *grisetas* de Paris. La mas ajitada espresion brilla en la fisonomía de aquellos; en estos la calma y la sonrisa burladora, y no pocos, simplemente curiosos, revelan en su semblante una admiracion estúpida, y abren un palmo

de boca a cada operacion que oyen pregonar. Los ajentes de número, verdaderos impulsantes de aquella máquina, reinas de aquella colmena, corren de un lado a otro con una prodijiosa actividad, se introducen en los grupos, dan palmaditas en el hombro de aquel, llaman aparte a este, dicen dos palabras al oido del otro, o recíben con un movimiento de cabeza una señal del de mas allá.....

—Medio millon de cuartos al 20'/, a sesenta dias?—No.—¿*Prima* de uno?—Vaya.—¿Dos millones al 5 al contado?—Los tomaré si hai plazo.—¿Firma segura?—La de...—(Aquí un fruncimiento de labios, y se separan sin hablarse mas.)

—Señor ajente, aquí tengo esos 200 mil reales del 5.—Pues; todos a vender.. no puede ser, nadie toma nada, no se encuentra dinero...—Eh...—Allá voi.—Palabra: ¿puede usted proporcionarme *un pico* de 200 mil reales al 5?—Difícil será... yo no sè en que consiste... hoi el papel está mui buscado; aguarde usted un momento.—Eh, caballerito, ¿a cómo daba usted su papel?—Al precio corriente, al 20.—Imposible.—Vaya al 19$^{3}/_{4}$.—Acomoda al medio?—Sea.—

(Y la voz pública pregona:) *Se han hecho un millon de reales títulos del* 5 *por ciento al* 20'/, *al contado.*

—¿Lo ve usted? no lo decia yo?—Ya, pero esa es una operacion hecha a primera hora, y luego lo de usted es un pico y...—

Mas volvamos la cabeza a ese otro corrillo ruidoso y ajitado... Son políticos que impolíticamente disputan sobre los sucesos públicos, y hablan de congresos y notas diplomáticas, y citan testigos y correos que acaban de llegar; y el mas condecorado dice con solemnidad que la Inglaterra acaba de pasar a cuchillo a los Dardanelos, y que el Czar de Rusia ha mandado tapiar la Puerta Otomana; y mil que le escuchan con los ojos espantados empiezan a temblar como azogados y se apresuran a ofrecer su papel a menos precio, y el cambio baja, y el político se dá prisa a comprar, y luego vuelve a reunir el corro, y les dice que no pasen cuidado, que ya el Gran Señor tiene preparadas para este caso las escalas de Levante, y Meternick ha improvisado un congreso en las islas del Polo; con lo cual se restablece la calma y el precio vuelve à subir, y mi especulador jeógrafo realiza su papel con beneficio.

Esta ajitacion va creciendo sucesivamente por minutos a medida que va acercándose la hora de conclusion, y ya en los últimos momentos es inesplicable el movimiento, la indecision, el estado febril de la mayor parte de los concurrentes.

Uno entre ellos, ajitado por la ambicion, impulsado por la esperanza, duda, recapacita, vuelve, torna, mira el reloj, mira los semblantes, quisiera preguntar a las estátuas lo que debe hacer... ¡Miserable, detente; la suerte de tu esposa y de tus hijos penden de esa tu resolucion....! El vendedor le asedia, la hora se acerca, la campana fatal va a sonar...

—¿Con que toma usted o no esos dos millones?—Hombre...—Pronto, que tengo ya comprador.—¿Qué hora es?—Mire usted, un minuto falta nada mas.—Pero...—Que va a cerrarse, que dá la hora...—Venga acá.—Enhorabuena.

Se han hecho, dos millones de reales, títulos del 5, *al* 21 *por ciento, al contado.*

La una; suena la campana; el anunciador prosigue...

Conduye la negociacion de fondos públicos, y continuan las demas operaciones comerciales.

No bien dice estas palabras, todos los concurrentes se apresuran a recojer sus bastones y paraguas y abandonar aquel recinto. De allí a pocos minutos todo queda en silencio, y el que por casualidad entrase despues, solo encontraria en él cinco figuras que se asombran ellas mismas de verse juntas, a saber: la *España*, la *Paz*, *Neptuno*, *Mercurio*, y el *anunciador* del crédito nacional.

Noviembre de 1837.

MADRID A LA LUNA.

I.

«En el silencio oscuro su belleza
desnuda de afeitadas fantasias
le descubre al pintor naturaleza.»
PABLO DE CÉSPEDES.

Madrid es para mí un libro inmenso, un teatro animado, en que cada dia encuentro nuevas pájinas que leer, nuevas y curiosas escenas que observar. Algunos años van transcurridos desde que cansado de estudiar mentalmente en dicho libro, cedí a la fuerte tentacion de leerle en alta voz, quiero decir, de comunicar al público mis menguadas observaciones; y sin embargo, todavia no encuentro agotada la materia, antes bien los límites del campo que me tracé, cada dia se retiran a mi vista, en términos que primero que el espacio entiendo que han de faltarme las fuerzas para recorrerle.

En esta animada óptica, en este panorama moral, unas veces me ha tocado contemplar sus cuadros a la brillante luz del sol de mediodia, otras al dudoso reflejo del crepúsculo de la tarde; cuándo embalsamados con el suave ambiente de primavera; cuándo entristecidos por las densas nubes invernales; ya inmensos, ajitados y magníficos; ya reducidos a límites estrechos y grotescas figuras.

Pero hasta el dia (lo confieso con rubor) no habia parado la imajinacion en uno de los mas interesantes espectáculos, y estaba mui lejos de sospechar que en aquella misma hora en que apagando mi linterna y cerrando el ventanillo, me entregaba tranquilamente a ordenar en mi memoria cualquiera de las escenas anteriores, la naturaleza próvida e infatigable me brindaba con una de las mas interesantes y magníficas, esto es, *Madrid iluminado por la luna.*

Si yo fuera partidario de la escuela rancia, no dejaria de empezar aqui mi narracion por un brillante apóstrofe a la señora Diana, con el *¡Oh tú!* de costumbre, y suplicándola que suspendiendo por aquella noche su rato de bureo con el consabido pastorcillo cazador, tuviese a bien prestarme su influjo y su *rayo macilento* para dibujar un cuadro tan pálido y dormilon como ella misma.

O bien, siguiendo el moderno estilo, me dejaria de apóstrofes y de deidades paganas, y encaramándome a una altura (la de San Blas por ejemplo) miraria dibujarse en el espacio, y a la luz del astro de la noche, las elevadas cúpulas de la capital; mi imajinacion las prestaria vida, y convirtiéndolas en jigantescos mostruos, mirarialas

« levantarse, crecer, tocar las nubes, »

y dirijir sus fatídicos agüeros al pueblo incauto que se ajitaba a sus piés, y que probablemente seguiria tranquilo su camino sin escucharlas ni entenderlas.

Cualquiera de estos dos estremos prestaria sin duda interes a mi discurso, y convertiria hácia él la atencion de mis oyentes; pero así creo en las visiones fantásticas como en las deidades de la mitolojía, y eso me dan las metamórfosis de Ovidio como los monstruos de Victor Hugo; porque en la luna solo tengo la desgracia de ver la luna, y en las torres las torres, y en el pueblo de Madrid una reunion de hombres y de calles y de casas que se llama la *mui noble*, *mui leal*, *mui heróica*, *imperial*, y *coronada villa y corte de Madrid*.

III.

LA MEDIA NOCHE.

Hacia ya larga media hora que todos los relojes de la capital sonaban sucesivamente las once de la noche. Los hermosos reverberos (una de las señales mas positivas del progreso de las luces en estos últimos tiempos) iban negando sus reflejos, y cediendo al nocturno fanal la alta mision de iluminar el horizonte; por manera que el primer rayo de la luna servia de señal al último destello del último farol; combinacion injeniosamente dispuesta que honra sobre manera a los conocimientos astronómicos del director del alumbrado. Los encargados subalternos de esta artificial iluminacion recojian ya sus escalas y antorchas propagadoras; las tiendas y cafés entornando sus puertas despedian políticamente a sus eternos abonados; y los criados de las casas cerrando tambien sus entradas dirijian una tácita reconvencion a los vecinos perezosos o distraidos. Veíase a algunos de estos llegar apresurados a ganar su mansion antes que la implacable mano del gallego se interpusiese entre ellos y la cena; y llegando a la puerta y encontrándola ya cerrada, daban los golpes convenidos, y el gallego no parecia; y volvian a llamar una vez y otra, y se desesperaban grotescamente, hasta que se oia acercar un ruido campasado, semejante a los golpes de un batan o a las descargas de artillería; y eran los férreos pies del gallego que bajaba, á medio dormido aun, no acertaba la cerradura, y apagaba la luz, y se entablaba entre amo y mozo un diálogo interesante y entre puertas, hasta que, en fin, abiertas estas, iba desapareciendo en espiral el rumor de los que subian por la escalera.

Los amantes dichosos habian concluido ya por aquella noche su periódica tarea de suspiros y juramentos, y trocaban el aroma de sus diosas respectivas por el

grato olorcillo de la ensalada y la perdiz; en el teatro habia muerto ya el último interlocutor, y *Norma* se metia en el simon, y *Antony* tomaba su paraguas para irse a dormir tranquilamente, a fin de volverse a matar a la siguiente noche; el celoso amo de casa hacia la coutodiana requisa de su habitacion, y se parapetaba con llaves y cerrojos; la esposa discutia con el comprador sobre varios problemas de aritmética referentes a su cuenta; y el artesano infeliz en su guardilla descansaba tranquilo hasta que viniesen a herir su frente los primeros rayos del sol.

No todo, sin embargo, dormia en Madrid. Velaba el magnate en el dorado recinto de su gabinete, agotando todos los recursos de su talento para llegar a clavar la voluble rueda de la fortuna; velaba el avaro, creyendo al mas lijero ruido ver descubierto su escondido tesoro; velaba el amante bajo el balcon de su querida, esperando una palabra consoladora; velaba el malvado, probando llaves y ganzúas para sorprender al infeliz dormido, velaba el enfermo contando los minutos de su agonia, y esperando por momentos la luz de la aurora; velaba el jugador sobre el oscuro tapete, viendo desaparecer su oro a cada vuelta de la baraja; velaba el poeta, inventando situaciones dramáticas con que sorprender al auditorio; velaba el centinela, mirando cuidadosamente a todos lados para dar en caso necesario el alerta a sus compañeros dormidos; velaba la alta deidad en el baile, siendo objeto de mil adoraciónes y agasajos; velaba la infeliz escarbando en la basura, para buscar en ella algun resto miserable del festin

Y sin embargo, en medio de este jeneral desvelo, la poblacion aparecia muda y solitaria; las largas filas de casas eran un fiel trasunto de las calles de un cementerio, y solo de vez en cuando se interrumpia este monótono silencio por el lejano rumor de algun coche que pasaba, por el ahullido de un perro, o por el lúgubre cantar del vijilante que en prolongada lamentacion esclamaba... *¡Las doce en punto!* y... *sereno.*

III.

EL SERENO.

No se puede negar que la persona de un *sereno* considerada poéticamente tiene algo de ideal y romancesco que no es de despreciar en nuestro prosáico, material y positivo Madrid, tan desnudo de edad media, de góticos monumentos, y de ruinas sublimes.

Un hombre que, sobreviviendo al sueño de la poblacion está encargado de conservar su sosiego, de vijilar su seguridad, de conjurar sus peligros, tiene algo de notable y heróico que no hubieran desdeñado Walter Scott ni Byron si hubieran vivido entre nosotros. Dejemos a un lado el mezquino interes que sin duda le mueve a abrazar tan importante mision; no por ser recompensado con otro mas alto deja de ser noble la tarea del defensor armado de la seguridad del pais, la del abogado, escudo de la inocencia, la del público funcionario, autorizado servidor de los intereses del pueblo.

Cuando todo el vecindario, abandonando sus respectivas tareas, entrega sus cansados miembros al necesario reposo; cuando los gobernantes abandonan por al-

gunas horas el peso de su autoridad, y los gobernados buscan en el recinto de sus hogares el grato premio de sus fatigas, el uso positivo de sus mas halagüeños derechos, el sereno abandona su modesta mansion, y se arranca a los brazos de su esposa y de sus hijos (que tambien es padre y esposo), viste su morena túnica endurecida por los vientos y la escarcha, toma su temible lanzon, cuelga a la punta el luciente farolillo, y sale a las calles ahuyentando con su vista a los malvados, qué le temen como al grito de su conciencia, como al espejo de sus delitos y acusador infatigable de la lei.

Durante su monótono paseo, ora reconoce una puerta que los vecinos dejaron mal cerrada, y les llama para advertirles del peligro, ora sosiega una quimera de jentes de mal vivir, rezagadas a la puerta de una taberna; ya impide con su oportuna llegada la atrevida tentativa de un ratero, y salva y acompaña hasta su casa al miserable transeunte a quien aquel asaltó; ya presta su formidable apoyo al baston de la autoridad para descubrir un garito o proceder a una importante captura. Noblemente desinteresado en medio de tan variadas escenas, deja gozar de su reposo al descuidado vecino, sin exijirle siquiera el reconocimiento por el peligro de que le ha libertado, por el servicio que acaba de prestarle sin su noticia; y cuando todavía en su austero semblante se notan las señales del combate que acaba de sostener, o de la tempestuosa escena que acaba de presenciar, alza sus ojos al cielo, mira la luna, muda, quieta, impasible, como su imajinacion; presta el atento oido al reloj que da la hora, y rompe el viento con su voz, esclamando tranquila y reposadamente: *¡La una menos cuarto... sereno...*

No sé si he dicho (y sino lo diré ahora) que aquella noche por un capricho, que algunos calificarán de estravagante, me habia propuesto acompañar al buen Alfonso, el vijilante de mi barrio, en su nocturno paseo, y que para poder hacerlo con mas libertad, habia creido conveniente aceptar un capoton y un chuzo como los suyos, que me prestó.

No se rian mis lectores de esta trasformacion de mi esterioridad; otras no tan momentáneas, aunque no menos ridículas, vemos y contemplamos todos los dias sin estrañeza; un traje humilde, una corteza grosera, suele a veces encubrir la intelijencia del alma, ¡y cuantas veces un magnifico uniforme suele servir de disfraz a un tronco rudo!

Mi voluntario sacrificio de algunas horas tenia por lo menos un objeto noble. Yo soi un hombre concienzudo y chapado a la antigua, que gusto de estudiar lo que he de describir, y tratándose ahora de las costumbres de alta noche, crei indispensable una de dos cosas: o que el sereno se hiciese escritor, o que el escritor se transformase en sereno. Lo segundo me pareció mas fácil que lo primero.

IV.

PASEO NOCTURNO.

Ya habia un buen ratillo que andábamos, sin ocurrirnos cosa que de contarsea,

cuando al pasar por bajo de unos balcones de una casa principal, hirió dulcemente nuestros oidos una grata armonía de instrumentos. Alzamos involuntariamente la vista, y al resplandor de la suntuosa iluminacion que despedian las ventanas, vimos dibujarse en la pared de enfrente los fantásticos movimientos de mil figuras elegantes que acompañaban los acordes de la orquesta, encontrándose y separándose a compás. Varios grupos estacionarios e inamovibles, ocupando los balcones, formaban entretenidos episodios en este cuadro interesante y animado, y veíanse circular por la sala multitud de familiares, con sendas bandejas distribuyendo refrescos y confitura; escuchábase el confuso murmullo de mil diálogos interesantes; y sentíase el aroma de cien químicas preparaciones; y todo era risa y algazara, y movimiento y vida, y dulzuras y placer.

El anchuroso portal, decorosamente reforzado con el apéndice del farolon de gala, mirábase henchido de mozos y lacayos que mataban el tiempo cambiando la calderilla a las sublimes combinaciones de la brisca, o durmiendo al dulce influjo del mosto bienhechor; y a la puerta varios coches y carretelas demostraban la alta categoría de aquella magnífica concurrencia.

Cuando mas embelesados estábamos en esta contemplacion, un ruido penetrante que se aproximaba sucesivamente, nos hizo esperar la llegada de nuevas y magníficas carrozas, y ya los cocheros que ocupaban la calle se replegaban y abrian paso de honor a los recien venidos. El ruido, sin embargo, llegó a hacerse sospechoso, por una disonancia *sui generis* que no es facil comparar con otra alguna; y al revolver la esquina de la calle la brillante comitiva, nuestras narices acometidas de improviso nos dieron a conocer la verdad del caso.

Un movimiento eléctrico hizo desaparecer a todos los grupos de los balcones, y cerrar los cristales, y huir todos y refujiarse al medio del salon, y prestarse mutuamente pañuelos y frasquillos, y cruzarse las sonrisas y miradas burlonas de intelijencia, y esperar todos a que aquella ominosa nube pasase de largo. Mas... ¡oh desgracia! el imperturbable conductor pára y detiene su primera máquina de guerra (en que montaba) delante de la misma puerta del sarao; a su voz le imitan igualmente todos los demas funcionarios con sus respectivos instrumentos, y sin hacer alto en la consternacion del concurso, ni en la incongruencia de su determinacion, se preparan a ejecutar sus profundos trabajos en el pozo mismo de la casa en cuestion.

Los criados corren presurosos a avisar al amo del grave peligro que amenaza; este, horrorizado, baja la escalera vestido de rigorosa etiqueta con zapato de charol y guante blanco; busca y encuentra al director de aquella escena; le suplica que dilate hasta el siguiente dia su operacion; otras veces le amenaza, le insulta y.... todo en vano; el grave funcionario responde que no está en su mano el complacerle, y que tiene que obedecer al mandato de sus jefes Este diálogo animado se estereotipa en la imajinacion de todos los concurrentes; las damas acuden a buscar sus *schales* y sombreros, los galanes toman capas y *surtous*; los lacayos corren a hacer arrimar los coches; el amo patea, y grita, y ruega a todos que no se vayan, que todo se compondrá; nadie le cree, y los salones van quedando desiertos; los músicos envuelven en las bayetas sus instrumentos

y toda la concurrencia, en fin, gana por asalto la calle, procurando evitar los ominosos preparativos, cerrando herméticamente sus narices, y corriendo precipitados a buscar otra atmósfera no tan mefítica y angustiosa.

Nuestro auxilio no fué del todo inútil en tan crítica situacion, antes bien pudimos servir, y servimos con efecto, a reunir las discordes parejas que por efecto de la distraccion y aturdimiento propios de semejante catástrofe, tomaban un coche por otro, o emprendian un camino diametralmente opuesto al que llevaba la familia.

Uno de estos grupos episódicos reclamó mi auxilio, para disipar sin duda con mi presencia cualquier sospecha que pudiera infundir a un marido, por poco celoso que fuese, el verlos llegar tan solos y a tales horas. Comprendí, pues, toda la importancia de mi papel, que era nada menos que representar a la sociedad, defendiendo los derechos del ausente, y en su consecuencia traté de llenar mi deber en términos, que sospecho que el galan mas de una vez se dió a todos los diablos, y hubiera querido no haber tropezado con mi inevitable farol.

Al avistar la casa de la señora, vimos asomar por otra esquina a la demas familia, acompañada casualmente por el buen Alfonso. Trocados el santo y seña nos reconocimos todos, depositamos nuestro respectivo convoi, y yo, observando las miradas escrutadoras del esposo y su enojo mal reprimido, no pude menos de verter una gota de bálsamo en su corazon. —«Tranquilícese usted (le dije al oido), su esposa de usted es *todavía* digna de su amor; la sociedad entera ha velado por ella en mi persona; pero cuenta, señor marido, que no todos los dias está la sociedad de *vijilante*, ni todos los faroles son tan concienzudos como el mio.» —Dicho esto desaparecimos bruscamente sin dar lugar a mayores esplicaciones con el buen hombre, que no acertaba a volver del pasmo y a dar gracias a la sociedad, que por servirle se habia escondido bajo el pardo capuchon de un sereno.

. . . . . .

No habiamos andado largo trecho, luego que nos quedámos solos, cuando al volver la esquina de una callejuela hirieron simultáneamente nuestros oidos varias veces acongojadas que gritaban *¡favor! ¡ladrones! ladrones!* —Redoblamos nuestros pasos; Alfonso suena su pito, y mui luego por todas las boca-calles vemos relumbrar sucesivamente los faroles de sus compañeros que acuden a la señal. Corre la voz de que hai peligro; ocúpanse los desfiladeros, y de allí a un instante se siente una carrera precipitada de uno que escapaba gritando: «A *ese*, a ese: *al ladron*, *al ladron*.» —Los guardas de la noche no se dejan engañar por este ardid, antes bien enfilan sus lanzones, dirijiéndolos hácia el que corre; este, viendo ocupadas todas las salidas, intenta volver atras; pero ya no es tiempo; el círculo de los serenos se estrecha, y se encuentra el malhechor en medio de ellos sufriendo su temible interrogatorio, y los mas temibles reflejos de los faroles, asestados a su semblante, y a cuyo resplandor se revela en él la turbacion del crimen, que en vano intenta disimular. Cuadro interesante y animado, no indigno por cierto del pincel de nuestros célebres artistas.

Alli mismo se improvisó una cuerda, y ligado convenientemente fue encargado a dos de los aprehensores para conducirle al cuerpo de guardia, en tanto que

los demas corrian a prestar su auxilio a los vecinos de la casa asaltada. Estos juraban y sostenian que algun otro malvado se habia escurrido hacia los tejados; y asi era la verdad, y que sin duda lo hubiera conseguido, gracias a la lijereza de sus piernas en contraposicion a la gravedad de las de los perseguidores, a no haber asomado en aquel mismo momento la ronda del barrio con sus respectivos alguaciles de presa, los cuales, destacados que fueron al ojeo, regresaron mui luego de las alturas trayendo mui bien acondicionado al fujitivo.

«Todas las cosas a ratos
tienen su remedio cierto,
para pulgas el desierto,
para ratones los gatos.»

Disipada, en fin, aquella tumaltuosa escena, volvimos Alfonso y yo a nuestro solitario paseo; y aquel, que vió restablecido el silencio, y que era la ocasion oportuna para volver a lucir la sonoridad de su garganta, tosió dos veces, escupió, echó la cabeza fuera del capuchon, y con brio y majestad lanzó al viento el consabido canto llano... *¡Las dos en punto y... sereno!*

En este mismo instante empezaba a nuestra espalda otra escena, que a juzgar por la obertura, no podia menos de ser brillante y divertida. Una escojida orquesta de cencerros y esquilones, almireces y regaderas; obligada de periódicos bemoles producidos por aquel instrumento grosero, *hasta* en el nombre, formaba un estrépito orijinal y estravagante que contrastaba singularmente con el silencio anterior. Semejante modo de hablar simbólico tiene esto de bueno, que espresa rápidamente, y no da lugar a dudas o interpretaciones. Asi que luego que oimos el sonido del cencerro, no dudamos que aquello podia ser una *cencerrada*, y al escuchar los fúnebres acordes de la *Lira de Medellin*, luego nos figuramos que se trataba de boda o cosa tal.

Èralo en verdad; y los malignos felicitadores dirijian aquel agasajo a un honrado tabernero que en aquel dia acababa de trocar sus doce lustros de vida y cuatro de viudez, con una calcetera tambien viuda, tambien vieja, y tambien honrada; determinacion heróica y altamente social, que en vez de ser recompensada con tiernos epitalamios y coronas de laurel, celebraban sus amigos con aquella algazara que es ya de estilo para el que vuelve a encender segunda vez la antorcha del himeneo.

Un sentimiento de piedad, que sin duda produjo en Alfonso el recuerdo de su esposa, le movió a protejer la inviolabilidad de aquel primer sueño conyugal, y a disipar aquella tormenta que por lo menos tendia a interrumpirle por largo rato. Consiguiólo en efecto, gracias a su persuasiva autoridad, y luego que vió desamparada la calle, no pudo resistir a un movimiento de orgullo, dando a conocer al tendero el servicio que acababa de dispensarle, y esclamó: *¡Las dos y media!* y... *sereno.*

«Gracias, amigo,» —dijo a este tiempo una aguardentosa voz, escapada de

una como cabeza que asomó envuelta en un gorro como verde por el ventanillo de la tienda. Y tras esto una mano amiga pasó por el mismo conducto un vaso de Cariñena que hizo regocijar al buen Alfonso, el defensor del órden público y de los derechos conyugales.

Nuevos y nuevos sucesos exijian en aquel momento nuestra franca cooperacion. Una mujer desgreñada y frenética atravesaba la calle para rogarnos que fuésemos a la parroquia a pedir la estrema-uncion para su hijo... y por el opuesto lado un hombre, sin sombrero y sin corbata, nos acometia, empeñándonos a acompañarle para ir a casa del comadron a rogarle que viniera a ejercer su ministerio cerca de su esposa. Fue, pues, preciso dividirnos tan importantes funciones; el compañero marchó con la mujer a la parroquia, y yo a casa del comadron con el marido. Y al volver a encontrarnos, el uno con el nuncio de la vida, y el otro con el ánjel de la muerte, no sé lo que pensaria Alfonso; pero yo de mí sé decir que me ocurrieron reflexiones que acaso no dirian mal aqui.

Una sola calle en todo el cuartel no habiamos visitado en toda la noche, negándose constantemente Alfonso a entrar en ella, no sin escitar mi natural curiosidad. Pero, en fin, instado por mí, y sin duda conociendo que ya podria ser hora oportuna, penetramos en su recinto, y luego reconocí la causa misteriosa de aquella reserva. Erase un apuesto galan embozado hasta las cejas, y tan profundamente distraido en sabrosa plática con un bulto blanco que asomaba a un balcon, que no echó de ver nuestra llegada, hasta que ya inmediatos a él Alfonso tosió varias veces, y acercándose al preocupado galan, «Buenas noches, señorito.» —¿Cómo? ¿pues qué hora es?—Las tres y media acaban de dar.—Un profúndo suspiro, que tuvo luego su eco en el balcon, fué la única respuesta. Y el bulto blanco desapareció, y la misteriosa capa tambien.—

Al llegar aqui no pude menos de respetar en Alfonso el dios tutelar de aquel misterio, y comparando esta escena con la anterior, eché de ver que entre la vida y la muerte hai todavía en este mundo alguna cosa interesente y placentera. Patética iba estando mi imajinacion, sin que bastase a distraerla el sabroso diálogo que poco despues entablamos con un hombre que yacía tendido en medio de la calle, el cual, inspirado por el influjo del mosto que encerraba en su interior, se soñaba feliz en brazos de su esposa, y dirijia sus caricias al inmediato guarda canton; asunto eminentemente clásico, y digno de la lira de Anacreonte.

En esto un perro ladró, y luego ladraron dos perros, y despues cuatro, y en seguida diez, y por último ladraron todos los perros del barrio, y Alfonso esclamo con alegría:—«Ya viene Colás, y el dia no puede tardar tampoco.»—¿Y quién era (esclamarán sin duda mis lectores) este nuncio del sol, este héroe matinal, a quien aclamaban en coro todos los cuadrúpedos vivientes?—¡Ahí que no es nada! Era Colás el investigador de misterios escondidos entre el polvo y la inmundicia, el descubridor de ignoradas bellezas; químico analizador de la materia; sustancia que se adhiere a las sustancias de valor; disolvente metal que sabe separar el oro de la liga y vengar con su ciencia la injusticia de la escoba. Armado con su gancho protector, recorre sucesivamente los depósitos que los

vecinos han colocado a sus puertas, y busca subsistencia en aquellos desperdicios que los demas hombres consideran por inútiles y arrojadizos. Y como la raza canina cuenta tambien con aquellos mismos desperdicios como base de su existencia, y la lei (¡injusta lei hecha al fin por los hombres!) ha investido al *trapero* de una autoridad perseguidora hácia aquella clase, no hai que estrañarse del natural encono con que le miran, ni que las víctimas saluden a su paso al sacrificador, con aquel interés con que lo harian si él fuera ministro de Hacienda, y ellos fueran los contribuyentes.

En sabrosa plática departian Alfonso y Colás sus mútuos sentimientos, entre tanto que yo apoyado en una esquina saboreaba las consideraciones que me inspiraba aquella escena, y ya me disponia a abandonarla y a despojarme de mi misterioso disfraz, cuando el sonido de una campana estraña llamó rápidamente la atencion de Alfonso, que con el mayor interés interrumpe su diálogo aplica el oido, cuenta uno, dos, cuatro, cinco golpes; y esclama... ¡*Las cuatro menos cuarto...! y ¡fuego en la parroquia de Santa Cruz!*

Inmediatamente corren precipitados todos los serenos; cuáles a avisar a los obreros, cuáles a reunir a los aguadores de las fuentes; estos a acompañar las máquinas, aquellos a dar avisos a la autoridad. En un momento las calles se pueblan de jentes que corren hácia el sitio del incendio; los carros de las mangas parten precipitados para alcanzar el premio de la que llega primero; cruzan las ordenanzas de los puestos militares ;aparecen las autoridades con sus rondas; y unos y otros refluyen por distintos puntos al sitio del incendio. Esta escena era majestuosa é imponente; iluminada de un lado por los últimos rayos de la luna, de otro por el lúgubre resplandor de las llamas; animada por un conjunto numeroso de operarios que acudian a hacer trabajar las máquinas, a estraer las personas y muebles, a cortar el progreso del incendio, ofrecia un golpe de vista por manera interesante y animado.

No faltaban en verdad sus grotescos episodios; no faltaba manga que exhalaba su respiracion por un lado, dirijiendo su benéfico raudal a la pared de en frente, no sin grave compromiso de los curiosos vecinos que campeaban en los balcones; no faltaba hombre aturdido que para salvar de las llamas un precioso reloj, le arrojaba violentamente por el balcon; ni quien propusiera apagar el fuego a cañonazos; ni quien derribar una casa inmediata para ponerla a cubierto de todo temor.

Pero el celo era grande; la filantropia de la mayor parte de los operarios, digna del mas cumplido elojio. Los serenos colocados en semicírculo delante de la casa incendiada, custodiaban los efectos; las patrullas dispersaban a la parte innecesaria de la concurrencia; los vecinos prestaban sus casas a los infelices víctimas de aquella catástrofe; la autoridad procuraba regularizar los movimientos de todos y dirijirlos al fin comun. Por último, despues de un largo rato de inútiles tentativas pudo llegar a cortarse el vuelo de las llamas; y sucesivamente todo fue entrando en el órden, hasta que ya disipado el peligro, cada uno pensó en retirarse a descansar.

Los cantos de las aves anunciaban ya la próxima aparicion de la aurora; las

puertas de la capital daban entrada a los aldeanos que acudian a proveer los mercados; las tiendas de aguardiente se entreabrian ya para ofrecer su alborada a los mozos compradores; los ancianos piadosos seguian el misterioso son de la lejana compana que anunciaba la Primera misa; y los honrados guardas nocturnos iban desapareciendo y apagando sus ya inútiles foroles.

Alfonso a este tiempo hizo alto delante de una modesta habitacion, y con mayor alegría que en el resto de la noche esclamó: ¡*Las cinco en punto!* y...

—«*Ya bajo.*» —le contestó desde la hubardilla una voz que supose desde luego ser la de su cara mitad.

Conocí que era llegado el momento de separarnos; entreguéle chuzo y capoton, y restituido a mi forma primera, volví a ser actor en un drama ajitado del que toda la noche habia sido *sereno* e indiferente espectador.

(Noviembre de 1837.)

ANTES, AHORA Y DESPUES.

I.

« El tiempo se ve retratado con exactitud en las jeneraciones vivas; de suerte que los viejos representan lo pasado, los jóvenes lo presente, y los niños el porvenir. »

ADDISON.

La filosófica observacion de un célebre moralista, que queda estampada como epígrafe del presente artículo, nos conduciria como por la mano a entrar de lleno en aquella cuestion tantas veces ajitada de la mayor o menor corrupcion de los tiempos; y despues de bien debatida, sucederíanos lo que de ordinario acontece, esto es, que acaso no sabríamos decidirnos entre los recuerdos pasados, la actualidad presente, y las esperanzas futuras.

Las mujeres, segun la observacion tambien exacta de otro autor crítico, son las que forman las costumbres, asi como los hombres hacen las leyes; quedando igualmente por resolver la eterna duda de cuál de estas dos causas influye principalmente en la otra, a saber: si las costumbres son únicamente la espresion de las leyes, o si estas vienen a producirse como el reflejo de aquellas.

Parece, sin embargo, lo mas acertado el creer que este es un círculo sempiterno en que quedan absolutamente confundidos el principio y el fin; pues si vemos muchos casos en que el lejislador se limitó a formular las costumbres y las inclinaciones de los pueblos, tambien hai otros en que estos se vieron prevenidos por la atrevida mano del lejislador.

De todos modos, no puede negarse que la educacion es la base principal que sustenta y modela casi a voluntad el carácter del hombre, y de aqui la importancia de las leyes que la dirijan; tambien habrá de convenirse en que las mujeres estan llamadas por la naturaleza a prestar al hombre los primeros cuidados, a inspirarle sus primeras sensaciones, a desenvolver sus primeras ideas; y hé aqui esplicada tambien naturalmente la otra observacion, o sea su influencia en el futuro desarrollo de la sociedad.

Todas estas y otras muchas verdades se ven materializadas, por decirlo asi, en cada pais, en cada ciudad, en cada casa. Mas cuenta, que no a todos es dado el apreciar distintamente el espectáculo que delante se les presenta; no todos saben adivinar sus causas, medir sus efectos, calcular sus consecuencias; el libro de la vida todos le escriben, mui pocos son los que aciertan a leer en él; y alli donde por lo regular acaba el orizonte del vulgo, suele empezar el del filósofo observador.

II.

LA MADRE.

«Mucho mas locas las viejas
son en Madrid que las mozas,
y es natural, porque llevan
muchos mas años de locas.»

LEON DE ARROYAL.

Doña Dorotea Ventosa, de quien ya en otra ocasion tengo hablado a mis lectores (1), era una señora que por mal de sus pecados tuvo la fatal ocurrencia de nacer en los felices años del reinado de Cárlos III; y si bien esta circunstancia no fuese averiguada mas que de ella misma y del señor cura de la parroquia, y pareciese hallarse desmentida por las continuas modificaciones y revoques de su persona monumental, sin embargo, los arqueólogos y amantes de antigüedades (que como es sabido tienen la descortés osadía de señalar fechas a todo lo que miran) creyeron poder arriesgarse a colocar la del nacimiento de nuestra heroina a los setenta y cinco del pasado siglo, mes mas o ménos.

Nacida de padres nobles, y sesudamente orijinales, en aquellos tiempos en que los españoles no se habian aun traducido del frances, vió deslizarse sus primeros años en aquel reducido círculo de sensaciones que constituian por entonces la felicidad de las familias; y el respeto a señores padres y el santo temor de Dios eran los únicos pensamientos que alternaban en su imajinacion con los juegos infantiles. Enseñáronla a leer, lo necesario para hojear el *Desiderio y Electo*, y las *Soledades de la vida;* y en cuanto a escribir, nunca llegó a hacerlo, por considerarse en aquellos tiempos la pluma como arma peligrosa en las manos de una mujer.

No bien cumplió doce años, y antes que la razon viniese como suele a perturbar la tranquilidad de su espíritu, fue colocada en un convento, donde aprendió a trabajar mil primorosas fruslerías, y a pedir a Dios en una lengua que no entendia, perdon de unos pecados que no conocia tampoco.

El amor paterno, velando por su porvenir en tanto que ella dormia y crecia en el seno de la inocencia, negociaba con eficacia un ventajoso matrimonio para cuando llegase el momento de salir al mundo; y asi que hubo llegado a los diez y ocho años de su edad, fue vuelta a la casa paterna, y desposada de alli

(1) Véase el artículo titulado *Las tres tertulias*.

a pocos meses con un hombre a quien ella apénas conocia, pero que tenia la ventaja de colocarla en una brillante posicion, y añadir a sus apellidos siete u ocho apellidos mas.

Pasó, pues, sin transicion gradual, desde el dominio de la hermana superiora, al mas positivo del marido superior. Porque es bien que se sepa que por entonces todos los maridos lo eran, y tenian mas punto de contacto con la arrogancia de los árabes, que con la acomodaticia cortesanía francesa.

Convencidos, no sé si con razon, de lo peligroso que es el aire libre y el contacto de la sociedad a la pureza de las costumbres femeniles, tocaban en el opuesto estremo; y convertian sus casas en fortalezas, sus mujeres en esclavas, y en austera obligacion los voluntarios impulsos del amor.

Ya se deja conocer, y todas mis lectoras convendrán en ello, que sistema tan descortés supone, como si dijéramos, una sociedad incivilizada, una ilustracion en mantillas, y todas las jóvenes darán en el interior de su corazon mil gracias al cielo por haberlas hecho nacer en un siglo mas filosófico y conciliador. Pero esto no es del caso, ni ahora la ocasion del obligado encomio del siglo en que vivimos; todo ello podrá tener su lugar mas adelante; pero ahora habremos de reposar la imajinacion en los últimos años del que pasó.

Nuestra bella mal maridada llevó con paciencia el primer año de aquel tiránico amor: en este punto hai que alabarla la constancia, que en el dia podria hacerla pasar por una nueva Penélope; pero al fin, el primer año pasó, y vino el segundo; y entonces observó que su marido era el mismo; un señor por otro lado mui formal y mui buen cristiano, pero sin espada ni redecilla, ni botones de acero, ni mucho sebo en el peluquin; que entonces las mujeres se enamoraban de las pelucas, como ahora se enamoran de las barbas.

Observó que a su edad (que tenia ya veinte cumplidos) todavia no sabia bailar el bolero, ni cantar la tirana, ni habia podido tomar partido entre Costillares y Romero, ni sabia qué cosa era el arrojar confites a Manolito García; cosas todas mui puestas en razon, y que para servirme de una espresion galo-moderna *hacian furor* por aquellos tiempos de gracia. Advirtió que su casa era siempre su casa, y las vetanas siempre con celosías, y el perro siempre acostado a la entrada, y el Rodrigon siempre en acecho a la salida, y los muebles siempre silenciosos, y los libros siempre Santa Teresa y Frai Luis, y las estampas siempre el Hijo Pródigo y las Bodas de Caná.

Por algunas espresiones sueltas de algunas amigas (que nunca faltan amigas para venir a enredar las casas) llegó a adivinar que extramuros de la suya habia alguna otra cosa que no era ni su marido, ni sus pájaros, ni sus celosías, ni sus tiéstos, ni sus *lignum crucis*, ni sus San Juanitos de cera. Supo que habia teatros y toros, y meriendas y Prado, y abates y devaneos; y como la privacion es salsa del apetito, rabió por los abates, y por las meriendas, y por el Prado, y por los toros, y por la comida, y por los devaneos.

Pero a todos estos estraños deseos hacia frente la faz austera del esposo, que rayando en una edad avanzada, y práctico conocedor de los peligros mundanos, se consideraba en el deber de apartar de ellos con vijilante constancia a su jóven com-

pañera, sin que esta por su parte se lo agradeciese, como que solo veia en ello un esceso de egoismo, y una implacable manía de ejercer con ella su conyugal autoridad.

Desengañada, en fin, de la inutilidad de sus esfuerzos para quebrantar sus odiosas cadenas, hubo de conformarse al reducido círculo de sus obligaciones domésticas. Por fortuna el amor maternal pudo hacerla mas halagüeña su existencia: tres hermosos niños vinieron sucesivamente a endulzarla; criábalos ella misma, por no haberse establecido aun la funesta moda que releva a las madres de este sublime deber, vivia con ellos y para ellos, y sus gracias inocentes casi la llegaron a reconciliar con unos lazos que antes miraba como tiránicos y opresivos.

Desgraciadamente de estos tres niños desaparecieron dos, antes que la muerte arrebatase tambien al papá, y cuando este acontecimiento vino a cambiar la existencia de nuestra heroina, quedó esta a los cuarenta y ocho de su edad, con una sola niña de quince abriles que revelaba a la mamá en sus lindas facciones una verdad que apenas habia tenido lugar de advertir, esto es, que ella tambien habia sido hermosa.

Las mujeres en jeneral suelen tener dos épocas de ajitacion y de ruido: una cuando en la primavera de la edad recojen los obsequios que la sociedad las dirije, y otra cuando vuelven a recibirlos en la persona de sus hijos. La mamá de que vamos hablando, por las razones que quedan dichas, no habia tenido ocasion de disfrutar de aquella primera época; pero nada la impedia aprovecharse de la segunda. Y como es una observacion jeneralmente constante que el que ha sido viejo cuando jóven, suele querer ser jóven cuando llega a viejo, déjase conocer la buena voluntad con que aprovecharia la ocasion de rendir al mundo el tributo que tan sin su voluntad le habia negado en tiempo,

Escudada con el pretesto de la hija (que suele ser en madres verdes el salvo conducto de su ridícula disipacion), halagada por la fortuna con una brillante posicion social, dueña absolutamente de su perso na y de sus bienes, y todavia no maltratada por el medio siglo que disimulaba su espejo, trató de indemnizarse de las privaciones pasadas por las delicias presentes. Abrió su casa a la sociedad, y se relacionó con las mas elegantes de la corte; dió bailes y conciertos, visitó teatros, dispuso jiras de campo y lucidas cabalgatas, observó hasta la estravagancia los mas estraños preceptos de la moda; y como esta lo autorizaba y su posicion lo permitia tambien, supo fijar al dorado carro de su triunfo y disputar a su propia hija mil adoradores, que suspiraban por los bellos ojos de su bolsillo, y que ofuscados por su esplendor, sabian disimularla sus postizos adornos, su incansable e insulsa locuacidad, su dominante altivez y sus voluntariosos caprichos.

El tiempo, sin embargo, iba imprimiendo su huella cada dia mas hondamente en aquella ajitada persona; pero ella, tenazmente sorda a sus avisos, disputaba paso a paso al viejo alado la victoria, en términos que a creerla, tenia el singular privilejio de caminar hácia su oríjen, porque si un año confesaba cuarenta, al otro no tenia mas que treinta y cinco, y al siguiente treinta y dos, hasta que se plantó en veinte y nueve y ya no hubo forma de hacerla adelantar mas.

A la implacable rueca de las parcas oponia ella las tijeras de la modista, y la

media caña del peluquero, y las preparaciones del químico; allí donde anochecia un diente de amarillento hueso, la industria corria presurosa a colocarla otro de oro purísimo y marfil; alli donde empezaba a amanecer la blanca cabellera, el arte sabia correr el denso velo de un elegante prendido.

«¿Quién hai
que cuente los embelecos,
los rizos, guedejas, moños
que estan diciendo: *Memento,*
calva, que ayer fuiste raso
aunque hoi eres terciopelo?»

Ella, en fin, era un códice antiguo, cuidadosamente encuadernado en magnífica cubierta; un cuadro del Ticiano, como aquel en que el inmortal Teseo marchó a libertar a los atenienses del tributo de Minos, del cual se cuenta que fue conservado por estos en señal de veneracion, reponiendo continuamente las piezas que se rompian, en términos que despues de nueve siglos, siempre era el mismo, aunque habia desaparecido del todo.

No sin ocultos celos esta arrogante mamá veia crecer y desenvolverse diariamente las gracias de Margarita (que asi se llamaba la niña), y mas de una ocasion llegó a disputarla, con grandes esfuerzos, tal cual conquista que ella habia hecho sin ninguno. Bien hubiera deseado ocultarla a los ojos del mundo, como un argumento vivo de su edad, o como un formidable contraste de sus artificiales perfecciones; pero entonces se hubiera ella misma condenado a igual reclusion y silencio. Mas fácil era hacerla pasar por sobrina o por hermana menor: afectar con ella la mayor familiaridad, y renunciar a todo respeto; disminuir su brillantez con la sencillez de su traje; dejarla correr con sus amigas distinto rumbo y diversas sociedades, y evitar, en fin, todo término posible de odiosa comparacion.

Las consecuencias naturales de semejante sistema no se hicieron esperar por largo tiempo; desamparada la jóven de la tutela y del escudo maternal, entregó inadvertidamente su corazon al primer pisaverde que quiso recojerle, y le entregó con tal verdad, que haciendo frente a la terrible oposicion de la madre (que quiso entonces usar de un derecho a que ella misma habia renunciado con su conducta), e impulsada por el primer movimiento de su pasion, imploró la proteccion de las leyes para satisfacer su voluntad, contrayendo matrimonio con el susodicho galan. Y mientras esto sucedia, la mamá, libre ya absolutamente de toda traba y responsabilidad, se propuso dar rienda suelta a sus caprichos y disipacion, llegando a lograrlo en términos, que solo fué capaz de atajarla una aguda pulmonía, que supo aprovechar la ocasion de la salida de un baile, para llevarla aun cubierta de flores a las afueras de la puerta de Fuencarral.

III.

LA HIJA.

«Ya la notoriedad es el mas noble atributo del vicio, y nuestras Julias mas que ser malas, quieren parecerlo.»

JOVELLANOS.

Dicho se está lo importante que, a par que difícil del acierto, es la educacion de una mujer. Hemos visto en el ejemplo anterior las consecuencias de la escesiva suspicacia paterna y de la opresion conyugal; pero antes de decidirnos por el opuesto término, bueno será fijar la vista en sus naturales inconvenientes. Y las siguientes líneas van a ofrecernos una prueba mas, de que asi es de temer en la mujer el estremado rigor y la absoluta ignorancia, como la falsa ilustracion y una completa libertad.

Hemos dejado a Margarita en aquel momento en que colocada por su matrimonio en una situacion nueva, podia tomar su rumbo propio, y reducir a la práctica el resultado de su educacion y sus principios.

Poco queda que adivinar cuáles serian estos, si traemos a la memoria el ejemplo de la mamá, y las apasionadas exajeraciones que no podria menos de escuchar de su boca, contra la rijida severidad de sus padres y de su esposo. Añádase a esto el contínuo roce con lo mas disipado y bullicioso de la sociedad, las conversaciones halagüeñas de los amantes, las pérfidas confianzas de las amigas, y la indiscreta lectura de todo jénero de libros; porque ya por entonces las jóvenes a vueltas de las *Veladas de la Quinta* y la *Pamela Andrews*, solian leer la *Presidenta* de Turbel, la *Julia* de Rousseau.

Por fortuna el carácter de Margarita era naturalmente inclinado a lo bueno, y ni las lecturas, ni el ejemplo, pudieron llegar a corromper su corazon hasta el estremo que era de temer; sin embargo, la adulacion continuada hubo de imprimirla cierto sentimiento de superioridad y de orgullo, que veia celebrado con el título de «amable coquetería;» la irreflexion propia de su edad y de sus escasos conocimientos pudo a veces ofuscarla contra su verdadero interes; y esta misma veleidad y esta misma irreflexion fueron las que la guiaron, cuando desdeñando otros partidos mas convenientes, dió la preferencia al joven que al fin llegó a llamarla su esposa.

Era este, a decir verdad, lo que se llama en el mundo una conquista brillante, mui apropósito para lisonjear el amor propio de Margarita. Jóven, buen mozo, alegre, disipador, sombra fatal de todos los maridos, grata ilusion de todas las mujeres; cierto, que ni por escasa fortuna, ni por sus ningunos estudios, ni por su carácter inconstante y altivo, parecia llamado a conquistar entre los demas hombres una elevada posicion social, y que hubiera representado un papel nada airoso en un tribunal o en una academia; pero en cambio, ¿quién podia disputarle la ventaja en un estrado de damas, siendo el objeto de su admiracion, o cabalgando a

la portezuela de un coche sobre un soberbio alazan? Estas circunstancias, unidas a su buen decir, sus estudiados transportes, y su tierna solicitud, fueron mas que suficientes para dominar un corazon infantil, y alejar de él toda idea de calculada reflexion.

Pudo, en fin, Margarita ostentar sujeto al carro de su triunfo aquel bello adalid, objeto de la envidia de sus célosas compañeras; pudo al fin pasear el Prado colgada de su brazo, llamarse con su apellido, y darle de paso a conocer a él mismo la superioridad a que le habia elevado, y el respeto y el amor que le exijia en justa retribucion.

Las primeras semanas no tuvo, por cierto, motivo alguno de queja de parte de su esposo; antes bien, calculando por ellas, no podia menos de prometerse una existencia de contentos y de paz. Siguiendo en un todo las máximas de la moda, ella era la que recibia las visitas, ella la que ofrecia la casa, ella la que reñia a los criados, ella la que disponia los bailes, ella la que presentaba al esposo a la concurrencia, ella, en fin, la que dominaba en aquella voluntad en otro tiempo tan altiva.

Entre tanto la suya se conservaba perfectamente libre, sin que ninguna observacion, ni la mas mínima queja, vinieran a turbar aquella aparente felicidad. Margarita (en uso de los derechos que nuestra moderna sociedad concede tan oportunamente a una mujer casada) pudo desde el siguiente dia de su matrimonio entrar y salir cuando la acomodaba, recorrer las calles sin compañía, visitar las tiendas, pasear con las amigas a larga distancia del marido; pudo conversar con todo el mundo con mayor familiaridad y descoco, y dar a sus discursos cierto colorido mas espresivo y malicioso; ningun capricho de la moda, ninguna estravagancia del lujo estaban ya vedadas a la que podia titularse señora de su casa; y cuando a vuelta de pocas semanas advirtió, o creyó advertir, los primeros síntomas de su futura maternidad... ¡oh! entonces ya no hubo jénero de impertinencia que no estuviese en el órden, capricho alguno que no se convirtiese en necesidad.

Llegó, en fin, despues de nueve meses de sustos y sinsabores, el suspirado momento del parto... ¡Santo Dios! todo el colejio de san Cárlos era poco para semejante lance... pero en fin, la naturaleza, que sabe mas que cien doctores, no quiso que estos se llevasen la gloria de aquel triunfo, y antes que ellos acudiesen a estorbarla, salió a luz un primoroso pimpollo de muchacho, que fue recibido con sendas aclamaciones de toda la familia; y reconocido y bien manoseado por una vecina vieja, se vió saludado por ella con aquel apóstrofe de costumbre: «Clavadito al padre, bendígale Dios.»

Al siguiente dia se celebró el bateo con toda solemnidad, y ya de antemano habian mediado acaloradas disputas sobre el nombre que le pondrian al muchacho; volvieronse a renovar aquella noche, y toda ella la pasaron el papá y la mamá haciendo calendarios, pues que el comun ya no sirve sino para jentes añejas de suyo, retrógradas y sin pizca de ilustracion. Bien hubiera querido el papá, a quien alguna cosa se le alcanzaba de historia, haber impuesto al jóven infante algun nombre sonoro y de esperanzas, como Escipion o Epaminondas; mas por qué tanto

la mamá aborrecia de muerte a griegos y romanos, y estaba mas bien por los Ernestos y los Maclovios, y otros nombres asi, cantábiles, manteeosos, y que naturalmente llevan consigo mayor sentimentalismo e ideidad. Y como en casos semejantes la influencia femenil raya en su mayor altura, no hai necesidad de decir mas, sino que Magarita consiguió su deseo, y que el chico fue inaugurado con el fantástico nombre de *Arturo*.

El amor maternal es un sentimiento tan grato de la naturaleza que cuesta mucho trabajo a la sociedad el contrariarle; asi que nuestra jóven mamá en los primeros momentos de su entusiasmo, casi estuvo determinada a criar por si misma a su hijo, y como que sentia una nueva existencia al aplicarle a su seno y comunicarle su propio vivir; pero la moda, esta deidad altiva, que no sufre contradiccion alguna de parte de sus adorados, acechaba el combate interior de aquella alma ajitada, y apareciendo repentinamente sobre el lecho, mostró a su esclava la seductora faz, y con voz fuerte y apasionada—¿Qué vas a hacer (la dijo), jóven deidad, a quien yo me complazco en presentar por modelo a mis numerosos adoradores? ¿vas a renunciar a tu libre existencia, vas a trocar tus galas y tus tocados tus fiestas y diversiones, por esa ocupacion material y mecánica, que ofuscando tu esplendor presente, compromete tambien las esperanzas de tu porvenir? ¿Ignoras los sinsabores y privaciones que te aguardan, ignoras el ridículo que la sociedad te promete, ignoras, en fin, que tu propio esposo acaso no sabrá conciliar con tu esplendor ese que tú llamas imperioso deber, y acaso viendo marchitarse tus gracias...?»

—«No digas mas,» prorrumpió ajitada Margarita, no digas mas;—y la voz de la naturaleza se ahogó en su pecho, y el eco de la moda resonó en los mas recónditos secretos de su corazon.

Impulsada por este movimiento, tira del cordon de la campanilla, llama a su esposo, el cual sonrie a la propuesta, y conferencia con ella sobre la eleccion de madre para su hijo. Cien groseras aldeanas del valle de Pas vienen a ofrecerse para este objeto; el facultativo elije la mas sana y robusta; pero la mamá no sirve a medias a la moda, y escoje la mas linda y esbelta; al momento truécanse su grosero zagalejo en ricos manteos de alepin y terciopelo con franja de oro; su escaso alimento, en mil refinados caprichos y voluntariosos antojos, y cargada con la dulce esperanza de una elegante familia, puede pasearla libremente por calles y paseos y retozar con sus paisanos en la Virjen del Puerto, y disputar con sus compañeros en la plazuela de Santa Cruz.

De esta manera pudo ser madre Margarita, y multiplicar en pocos años su descendencia, llenando la casa de *Carolinas y Rujeros*, *Amalteas* y *Pharamundos*, con otros nombres así, desenterrados de la edad media, que daban a la familia todo el colorido de una leyenda del siglo XIII. Y hasta en esto se parecia la casa a los dramas modernos, en que no habia unidad de accion; porque el papá, la mamá y los niños formaban cada uno la suya aparte, tan independiente y sin relacion, que seria de todo punto imposible el seguir simultáneamente su marcha.

Porque si nos empeñásemos en seguir al papá, le veriamos ya desdeñando la compañia de su esposa como cosa plebeya y anticuada, abandonar dia y noche su casa, correr con otros calaveras los bailes y tertulias, sostener la mesa del jue-

go, proseguir sus conquistas, entablar y dirijir partidas de caza y viajes al estranjero, y afectar con su esposa una elegante cortesanía; entrar a visitarla de ceremonia, y rara vez, o saludarla cortesmente en el paseo, o subir a su palco en el entreacto de la ópera.

La esposa por su lado nos ofreciera un espectáculo no menos digno de observar; ocupada gran parte de la mañana en debatir con la modista sobre la forma de las mangas o el color del sombrerillo, entregada despues en manos de su peluquero mientras hojeaba con interes el *Courrier des Salons* o el último cuento filosófico de Balzac, el resto del dia empleaba en recibir las visitas de aparato, en murmurar con las amigas de las otras amigas, en escuchar los amorosos suspiros de los apasionados, y aunque riendo de ellos en el fondo de su corazon, ostentarlos a su lado en el paseo, en la tertulia, en el teatro; y vivir, en fin, únicamente para el mundo esterior representando no sin trabajo el dificil papel de dama a la moda.

Fina y delicada es la observacion que nuestro buen Jovellanos consignó en el bellísimo terceto que arriba queda citado: la moda y los preceptos del gran mundo obligan a muchas mujeres a aparentar lo que no son, al paso que el orgullo y el amor a la independencia suelen a veces ser los escudos de la virtud, si es que sea virtud aquella tan disfrazada, que procura ocultarse a los ojos del mundo, y finjir abiertamente un contrario sistema. Grande error es en la mujer el no tomar en cuenta las apariencias, pues las mas veces suele juzgarse por estas, y como no todos leen en el interior de su corazon, no todos llegan a distinguir la realidad de la ilusion, la consecuencia del vicio, de la que solo es nacida del imperio de la moda. Y aunque se me moteje de la manía de estampar citas, no quiero dejar de hacerlo aqui con unos bellísimos versos de Tirso de Molina que espresan este pensamiento.

«La mujer en opinion
mucho mas pierde que gana,
pues son como la campana,
que se estiman por el son.»

IV.

LOS NIETOS.

Margaríta tenía, como queda dicho, un corazon escelente, amaba a su marido y a sus hijos, y mas de una vez hubiera deseado disfrutar con ellos de aquella paz doméstica, única verdadera en este mundo engañador; pero el ejemplo de su esposo por un lado, la adulacion por otro, triunfaban casi siempre de aquellos sentimientos y a pesar suyo veíase arrastrada en un torbellino de dificil salida.

Para conversar lo que ella llamaba su independencia, y que mas pudiéramos apellidar vasallaje de la moda, habia apartado de su lado a los dos únicos niños que la quedaban, Arturo y Carolina, colocandolos en elegantes colejios, donde

pudiesen aprender lo que ahora se enseña. De esta manera se privó voluntariamente de los puros placeres de la maternidad, y sus propios hijos, cuando por acaso solian verla la miraban con la estrañeza y cumplido que era consiguiente.

No paró aqui su desconsuelo; el esposo, que hasta alli habia dado libre rienda a sus caprichos sin fijarse en ninguno, llegó a apasionarse verdaderamente de otra mujer, y a hacer sentir a la propia toda la inconveniencia de su existir. Margarita, por el estremo contrario, o sea que la edad fuese desenvolviendo en ella sus inclinaciones racionales, o fuese el sentimiento natural de verse suplantada por otro amor, vió renovarse en su corazon el que le inspiraba su esposo. Este por su parte, para librarse de sus importunidades la echó en cara su disipacion y lijereza anterior, el abandono de sus hijos, las injurias que la edad y la tristeza imprimieran en su semblante, y en fin, no pudiéndose resignar a esta contínua reconvencion, huyó del lado de su esposa, dejandola abandonada a su desesperacion y a sus remordimientos.

Quedóla, pues, por único consuelo el cariño de sus hijos; pero estos apenas la conocian ni la debian nada, y por consecuencia no la tenian amor. Por otro lado, educados con aquella independencia y descuido, era ya difícil variar sus primeras inclinaciones, darles a conocer mas sólidas ideas.

Arturo era ya un muchacho fátuo y presumido, charlatan y pendenciero, que saludaba en frances, cantaba en italiano, y escribia a la inglesa; que llamaba de tú a su mamá, y terciaba en todas las conversaciones; que huia de los muchachos, y los hombres huian de él; que retozaba con las criadas, y alborotaba en los cafés, y bailaba en Apolo, y fumaba en el Prado, y en todas partes era temido por su insoportable fatuidad.

Carolina era una niña prematura, apasionada y tierna por estremo, que lloraba sin saber por qué, y se miraba al espejo, y dormia los ojos, y hablaba con él, y chillaba al ver un raton, y aplaudia en los dramas la escena del veneno, y se enamoraba de las estampas de los libros, y se ponia colorada cuando la hablaban de muñecas y bordados, y cantaba con espresion el *tenero ogetto* y el *morir per te*.

Margarita vió entonces de lleno todo el horror de su situacion, y tembló por ella misma y por sus hijos. Vió en Arturo una fiel continuacion de la imprudencia de su esposo; vió en Carolina un espejo fiel de su propia imprudencia; se vió ella misma víctima del ejemplo de su madre, modelo que dejaba a sus hijos; y no pudiendo resistir a esta terrible idea, sucumbió de alli a poco, dejándolos abandonados en el mar proceloso de la vida.

La sociedad empero recojió su herencia, la inspiró sus ideas, la comunicó sus ilusiones, y como habia modelado a la abuela y a la madre, modeló tambien a los nietos, y estos servirán de fiel continuacion de aquel drama, y, no hai que dudarlo, lo que fue *antes*, y lo que es *ahora*, eso mismo será *despues*.

(Diciembre de 1837.)

REQUIEBROS DE LAVAPIES.

(En romance.)

Asoma, estrella del barrio
a esa ventana rasgada
y oirás como un manolo
sabe espresarse cuando ama.
Verás por tus propios ojos,
oirás con tus orejazas,
olerás con tus narices
y tentarás con tus palmas.
Cómo mi frente se arruga,
cómo mi lengua se traba,
cómo mi pecho padece,
cómo se ajita mi alma.
Cuando con aire de taco
pones los brazos en jarras,
cuando cruzas la mantilla
o echas un voto de marca.
¡Oh bien haya el que a su lado
te tenga un rato sentada;
Quien te cojiere una liga
o te rascase la caspa!
¿Por qué, dime, infiel manola,
por qué, dime, fiera Paca,
te huelgas con mis suspiros
y te ries de mis ansias?
¿Es acaso por el chirlo
que me divide la cara,
por lo poco que cojeo,
o porque un ojo me falta?

Advierte que estas señales
pruebas son de mis hazañas,
que ha cantado en estos barrios
la trompeta de la fama.
¿No soi aquel temeron
cuya historia se relata
desde el *campo de Manuela*
hasta la costa africana?
¿No soi aquel cuyas glorias
en nobles versos ensalzan
todos los ciegos al son
de destemplada guitarra?
¿No soi aquel que los hombres
supo humillar a sus plantas
dispensando a las mujeres
mi proteccion soberana?
¡Cuántas me hicieron favor
¡cuántas me dieron las gracias,
y aumentaron mis trofeos
con el brillo de su fama!
Mas ... ¿qué digo? tú tambien,
ora tan fiera y tirana,
hubo un tiempo ... ¿no te acuerdas?
en que dijiste me amabas.
Y aquel tiempo ya pasó...
¿mas por qué ha pasado, ingrata?
¿qué causas te pude dar
para tan fiera mudanza?
Culpa de un garrote fué;
mas ¿qué son, prenda adorada,
entre dos que bien se quieren
tres palizas por semana?
Fantasías juveniles,
celos propios de quien ama,
mi osada mano impelieron
contra tus dulces espaldas.
Ya la razon me templó;
ya no soi celoso, Paca,
ya la mano que pecó
quiere reparar sus faltas.
Seis años de *esposa* dura
la hacen desear la blanda;
hierros borraron su yerros
y amansaron su pujanza.

Heme, que ya arrepentido
torno a humillarme a tus plantas
en demanda de aquel *sí*
que el amante pecho aguarda.
Tus gracias y mi valor
formen de hoi mas alianza
y naveguemos unidos
del mundo en la frajil barca.
Mis facultades son pocas;
mas ya te dice la fama
que seran las que quisiere,
poniéndome donde lo haya.
Lo que mi mano conquiste,
lo que conquisten tus gracias,
disiparáse en meriendas,
toros, calesas y zambras,
Con lo cual, y mi respeto,
verás que todos te aclaman
por reina de *Lavapies*
y por Diosa de las gracias.
Yo en tanto al pie de tu altar,
sin escuchar sus plegarias,
me haré cargo del tributo
que brinde amor a tus plantas.
Tú, dueña de tu albedrío,
de la noche a la mañana
modelarás tus acciones
como quieras modelarlas.
Yo llevaré la razon
de las salidas y entradas,
y jamás, te lo prometo,
querré terciar con mi baza.
Antes bien tendré por dicha
si tras de aquellas andanzas
te acuerdas que solitario
te espera tu esposo en casa,
Y vuelves a su cariño
despues de matar cien almas
desde la *red de san Luis*
a la *plaza de santa Ana*.
O si no quieres casarte,
abre esa puerta tirana,
y hazme tan solo un favor,
que no quedarás burlada;

Porque aqui con estos trapos
y debajo de esta capa
todavía queda un *duro*
para premiar tanta gracia.

Esto decia el *Zurdillo*
a la puerta de la *Paca;*
pero era hablar a los vientos,
porque ella no estaba en casa.

(Octubre de 1835.)

UNA NOCHE DE VELA.

II.

EL ENFERMO.

¡Oh variedad comun, mudanza cierta!
¿quien habrá que en sus males no te espere,
quién habrá que en sus bienes no te tema?

ARJENSOLA.

Doi por supuesto que todos mis lectores conocen lo que es pasar una noche en un alegre salon, saboreando las dulzuras del carnaval, en medio de una sociedad bulliciosa y partidaria del movimiento; quiero suponer que todos o los mas de ellos comprenden aquel estado feliz en que constituyen al hombre la grata conversacion con una linda pareja, el ruido de una orquesta armoniosa, el resplandor de la brillante iluminacion, la risa y algazara de todos aquellos grupos, que se mueven, que se cruzan, que se separan, y que se vuelven luego a juntar. Quiero igualmente sospechar, que concluido el baile y llegada la hora fatal del desencatamiento, alguno de los concurrentes, lleno el corazon de fuego y la cabeza de magníficas ilusiones, reconcentrado su sistema vital en el interior de su imajinacion, no haya hecho alto en la esterioridad de su persona; no haya reparado en la humedad su de frente, en la dilatacion de sus poros, en el ardor exajerado de su pulmon; y que tan solo ocupado en sostener una blanca mano para subir a un coche, o en aguardar el turno para reclamar su capa en un frio callejon apenas haya reparado que el sudor de su rostro se ha enfriado, que su voz se ha enronquecido, que su pecho y cabeza van adquiriendo por momentos cierta pesadez y malestar.

Doi por supuesto que el tal, de vuelta a su casa, sienta unos amables escalofrios, amenizados de vez en cuando con una tosecilla seca, sendos latidos en las sienes, y un cierto aumento de gravedad en la parte superior de su máquina, que apenas le permite tenerse en pié. Quiero imajinar que le asaltan las primeras sospechas de que *está malo;* y que tiene que transijir por lo menos con una fuerte constipacion; que se mete en la cama, donde le coje un involuntario y frio temblor, y luego un ardor insoportable; pero se consuela con que merced a un vaso de limonada o un benéfico sudor, bien podrá estar a la noche en disposicion de re-

petir la escena anterior. Supongo por último que esta esperanza se desvanece, pues ni el sudor ni el sosiego son bastantes a devolverle la perdida salud; con lo cual, y sintiéndose de mas en mas agravado, hace llamar a su médico, quien despues de echarle un razonable sermon por su imprudencia, le dice que guarde cama, que se abstenga de toda comida, y que beba no sé qué brevajes purgativos, intermediados de cataplasmas al vientre, y realzado el todo con sendos golpes de sanguijuelas donde no es de buen tono nombrar. Remedios únicos en que se encierra el código de la moderna escuela facultativa, y que parecen ser la *panacéa* universal para todos los males conocidos.

Pues bien; despues de supuesto todo ello, quiero que ahora supongan mis lectores que el sujeto a quien acontecia aquel desman era el condesito del Tremedal, sujeto brillante por ilustre nacimiento, sus gracias personales, su desenfadada imajinacion, y una cierta fama de superioridad, debida a las conquistas amorosas a que habia dado fin y cabo en su majestuosa carrera social. Cualidades eran estas mui envidiables y envidiadas; pero que para el caso actual no le servian de nada, preso entre vendas y ligaduras, inútil y agoviado, ni mas ni menos que el último parroquiano del hospital.

Mediaba sin embargo alguna diferencia en la situacion esterior de nuestro conde, si bien su naturaleza interior revelaba en tal momento su completa semejanza con los seres a quienes él no hubiera dignado compararse. Hallábase, pues, en su casa, asistido mas o menos cuidadosamente, en primer lugar por su esposa, jóven hermosa y elegante de veinte y cuatro abriles, que si no recordaba a Artemisa, por lo menos era grande apasionada de las heroinas de Balzac

Luego venía en la série de sus *veladores* un íntimo amigo, un tercero en concordia de la casa; militar cortesano; cómplice en las amables calaveradas del esposo, encargado de disimular su infidelidad y tibieza conyugal; de suplir su ausencia en el palco, en el salon, en las cabalgatas; depósito de las mútuas confianzas de ambos consortes; y mueble, en fin, como el lorito o el galgo ingles, indispensable en toda casa principal y de buen tono.

En segundo término del cuadro, ofrecíase a la vista una hermana solterona del conde, que segun nuestras venerandas sabias leyes, estaba destinada a vejetar honestamente, por haber tenido la singular ocurrencia de nacer hembra, aunque fruto de unos mismos padres, e igual a su hermano en sangre y derechos naturales. Añádase a esta injusticia de la lei, la otra injusticia con que la naturaleza la habia negado sus favores, y se formará una idea aproximada de la cruel posicion de esta indefinida virjen, con treinta y dos años de espectativa, y dotada ademas de un gran talento, que no sé si es ventaja al que nace infeliz y segundon. En compensacion, empero, de tantos desmanes, todavia podia alimentarse en aquel pecho alguna esperanza, hija de la falta de descendencia del conde, esperanza no mui moral en verdad, pero lo suficiente legal para prometerse algun dia ocupar un puesto distinguido en la sociedad.

Rodeaban, en fin, el lecho del enfermo varios parientes y allegados de la casa.—Una tia vieja, viuda de no sé qué consejero, y empleada en la real servidumbre; archivo parlante de las glorias de la familia; cadáver embalsamado en

almizcle; figura de cera y de movimiento; tradicion de la antigua aristocracia castellana; y ceremonial formulado de la etiqueta palaciega.—Un ayuda de cámara, secretário del secreto del señor conde, su confidente y particular favorito para todas aquellas operaciones mas allegadas a su persona.—Varias amigas de la condesa y de su cuñada, muchachas de humor y de travesura, con sus puntas de coquetería.—Un vetusto mayordomo disecado en vivo, vera efijies de una cuenta de quebrados; con su peluca rubia, color de oro; su pantalon estrecho como bolsillo de mercader; su levita de arpillera; su nudo de dos vueltas en la corbata; el puño del baston en forma de llave; los zapatos con hebilla de resorte; un candado por sellos en el reloj, y este sin campanilla, de los que apuntan y no dan; persoña, en fin, tan análoga a sus ideas, que venia a ser una verdadera formulacion de todas ellas, un compendio abreviado de su larga carrera mayordomil.

El resto del acompañamiento componíale tal cual elegante doncel que aparecia de vez en cuando para informarse de la salud de su amigo el condesito; tal cual vecina charlatana y entrometida que llegaba a tiempo de proponer un remedio milagroso, o verter una botella de tisana, o destapar distraida un vaso de sanguijuelas; el todo amenizado con el correspondiente acompañamiento de médicos y quirúrjicos; practicantes y jentes de ayuda; criados de la casa, porteros, lacayos, niños, viejas y demas del caso.

¡Ah! se me habia olvidado; allá en lo mas escondido de la alcoba, como el que se aparta algunos pasos de un cuadro para contemplar mejor su efecto de luz, se veia un hombre, sério, triste y meditabundo, que apenas parecia tomar parte en la accion, y sin embargo moderaba su impulso, el cual hombre, segun lo que pudo averiguarse, era un antiguo y sincero amigo de la familia, a quien el padre del conde dejó encomendado este al morir; que le queria entrañablemente; pero que mas de una vez llegó a serle enojoso con sus consejos francos y desinteresados; pero en aquella ocasion el pobre enfermo se hallaba naturalmente mas inclinado a él, y no una vez sola, despues de recorrer la desencajada vista por todos los circunstantes, llegaba a fijarla largo rato en aquella misteriosa figura, la cual correspondia a su mirada con otra mirada, y ambas venian a formar un diálogo entero.

III.

JUNTA DE MEDICOS.

Era, segun los cómputos facultativos, el sétimo dia, digo mal, la sétima noche de la enfermedad del conde. Su gravedad progresiva habia crecido hasta el punto de inspirar sérios temores de un funesto resultado. El médico de la casa habia ya apurado su ordinaria farmacopea, y temoroso de la grave responsabilidad que iba a cargar sobre su única persona, determinó repartirla con otros compañeros que, cuando no a otra cosa, viniesen a atestiguar que el enfermo se habia muerto en todas las reglas del arte. Para este fin propuso *una junta* para aquella noche,

indicacion que fué admitida con aplauso por todos los circunstantes, que admiraron la modestia del proponente, y se apresuraron a complacerle.

Designada por el mas antiguo en la facultad la hora de las ocho de aquella misma noche para verificar la reunion, viéronse aparecer a la puerta de la casa, con cortos minutos de diferencia, un *birlocho* y un *bombé*, un *cabriolé* y un *tilbury;* ramificaciones todas de la antigua familia de las *calesas*, y representantes en sus respectivas formas del progreso de las luces, y de la marcha de este siglo correton.

Del primero (en el órden de la antigüedad) de aquellos cuatro *equipajes*, descendió con harta pena un vetusto y cuadrilátero doctor, hombre de peso en la facultad, y aun fuera de ella; rostro fresco y sonrosado, a despecho de los años y del estudio; barriga en prensa y sin embargo fiera; traje simbólico y anacrónimico, representante fiel de las tradiciones del siglo diez y ocho; baston de caña de Indias de tres pisos, con su puño de oro macizo refuljente; y gorro, en fin, de doble seda de Toledo, que apenas dejaba divisar las puntas del atusado y grasiento peluquin.

Seguia el del *bombé;* estampa grave y severa; ni mui gorda, ni mui flaca, ni mui antigua, ni mui moderna; frente de duda y de reflexion; ni mui calva, ni con mucho pelo; ojo anatómico y analítico; sencillo en formas y modales como en palabras; traje cómodo y aseado, sin afectacion y sin descuido; sin sortija ni baston, ni otro signo alguno esterior de la facultad.

El *cabriolé* (que por cierto era alquilado) produjo un hombre chiquitillo y lenguaraz, azogado en sus movimientos e interminable en sus palabras; descuidado de su persona; con el chaleco desabotonado, la camisola entreabierta, e inclinado ácia el pescuezo el lazo del corbatin. Este tal no llevaba guantes para lucir cinco sortijas de todas formas, y su correspondiente baston, con el cual aguijaba al caballejo (que por supuesto no era suyo), y llegado que hubo a la casa, saltó de un brinco a la calle, y subió tres a tres los peldaños de la escalera.

El cuarto carruaje, en fin, el *tilbury*, lanzó de su seno un elegante y apuesto mancebo, cuyos estudiados modales, su fino guante, sus blancos puños, su bien cortada levita, el aseo y primor, en fin, de toda su persona, representaba al físico viajador, culto y sensible, al médico de las damas; su semblante juvenil, sobradamente severo para su edad, revelaba el deseo de sobreponerse a ella, afectando un sí es no es de gravedad científica y de profunda reflexion que no decia bien con el complicado nudo de su corbata; si bien su mirar profundo y animado daba luego a conocer un alma bien templada para el estudio y entusiasmada con la idea de un glorioso porvenir.

Despues del reconocimiento y de las preguntas de estilo, a que contestaba como sustentante el médico de cabecera, quedaron, pues, los cinco doctores instalados en un gabinete inmediato para tratar de escojitar los medios de oponerse al vuelo de la enfermedad. Animados por este filantrópico deseo, la primera dilijencia fué pasar de mano en mano petacas y tabaqueras, hasta quedar armónicamente convenidos, cuál con un purísimo cigarro de la Habana, cuál con un abundante polvo de aromático rapé.

El primer cuarto de hora se dedicó como es natural, a pasear el discurso sobre

sarias materias, todas mui interesantes y oportunas; tales como la rijidez del invierno, las muchas enfermedades y la aperreada vida que con tal motivo cada cual decia traer. Alli era el oir asegurar a uno que a la hora presente llevaba ya arrancadas catorce víctimas a las garras de la muerte; alli el afirmar mui seriamente otro que aquella noche habia estado de parto; cuál limpiándose el sudor repetia el discurso que acababa de pronunciar en una junta: cuál otro metia prisa a los demas por tener, segun decia, que contestar a cuatro consultas por el correo.

Despues de compadecerse mutuamente, entraron luego a compadecerse de sus caballos y de sus míseros carruajes, amenizando el diálogo con la historia de sus compras, cambios y composturas, y el interesante presupuesto de sus gastos; y de aqui vino a rodar el discurso sobre el obligado clamor de la escasez de los tiempos, y las malas pagas de los enfermos que sanaban, y el escaso agradecimiento de los que morian. A propósito de esto, tomó la palabra el rostri-seco, y habló de las elecciones, y analizó largamente los últimos partes del ejército, a que contestaron los demas con la mudanza del ministerio, y el resultado de la última interpelacion.

Despues de haber discurrido largamente por estos alrededores de la facultad, pensaron que sin duda sería ya tiempo de entrar de lleno en ella, y empezaron a disertar sobre la causa posible de las enfermedades, colocándola unos en el estómago, otros en la cabeza, cuál en el hígado, y cuál en el tobillo del pié.

Aqui hubo aquello de defender cada cual su sistema médico favorito, y se declaró el viejo fiel partidario de los antiguos aforismos, y del tonífico método de Juan *Brown*; a lo que contestó el serio con toda una esposicion del sistema fisiolójico, y del tratamiento antiflojístico y de la dieta de *Broussais*. Replicó el tercero (que era el pequeño) con una descarga cerrada de burletas y sinrazones contra todos los antiguos y futuros sistemas, diciendo que para él la medicina era una adivinanza hija de la casualidad y de la práctica; y que solo empíricamente podia curarse, por lo cual no admitia sistema fijo, y que si tal vez se inclinaba a algumo, pareciale mejor que ningun otro el de Mr. *Le-Roy*, por lo heróico y resolutivo de su procedimiento. Una lijera sonrisa de desden que se asomó a los labios del físico elegante, bastó para dar a conocer la superioridad en que se colocaba a sí mismo sobre todos sus compañeros, si al mismo tiempo no hubiera querido consignarla con la palabra, esponiendo científicamente los errores de los diversos sistemas anteriores, y la filosofía de un nuevo descubrimiento a que él como jóven se hallaba naturalmente inclinado, esto es, la medicina *homeopática* del doctor *Hanneman*.

Aqui soltó el viejo una carcajada, y el chiquito lanzó varios epígramas sobre el sistema de *curar las enfermedades con sus semejantes*, preguntándole si como decia Talleyrand, acostumbraba cortar la pierna buena para curar la mala, con otras sandeces que irritaron la bilis del homeopático y descargó una furibunda filípica contra los charlatanes que, segun dijo, deshonraban la noble ciencia de Esculapio; a lo cual el Brusista trató de aplicar sus emolientes, y el antiguo Galeno dar un nuevo tono a la desentonada conversacion.

En esto uno de los circunstantes (que sin duda debió ser el adusto incógnito de que antes hicimos mencion) tuvo la descortesia de abrir despacito la vidriera del gabinete, para advertir a aquellos señores que el pobre enfermo se agravaba por instantes, y preguntarles si habian acordado a buena cuenta alguna cosa que poder aplicarle, mientras llegaba la resolucion formal de aquella cuádruple alianza.—Los doctores quedaron como embarazados a tan exótica demanda; pero, en fin, salieron de ella diciendo: que hiciesen saber al enfermo que tuviese un poquito de paciencia para morirse, porque ellos a la sazon estaban formalmente ocupados en salvarle, y mientras tanto que esto hacian, formaban sinceros votos por su alivio, y sentian ácia su persona las mas fuertes *simpatías*. Con lo cual el interpelante volvió a retirarse a comunicar al enfermo tan consoladora respuesta.

Declarado el punto suficientemente discutido respecto al diagnóstico y el pronóstico, vinieron, por fin, a proponer la curacion, y fiel cada cual a sus respectivos métodos, indicaron, el Brownista un tonífico *récipe* de treinta y dos ingredientes entre sólidos y líquidos; pero con la condicion de tenerlo todo cuarenta y ocho horas en infusion, y que se habia de hacer precisamente en la botica de la calle de... y entre tanto que la muerte tuviese la bondad de aguardar.—El alumno de Broussais sostuvo que a beneficio de seis docenas de sanguijuelas y cuatro sangrias se cortaria el mal, y que para sostener las fuerzas del enfermo, no habia inconveniente en administrarle de vez en cuando algun sorbo de agua engomada, o un azucarillo.—El *homeopático* puso a discusion la aplicacion de la vigesimillonésima parte de un grano de arena, disuelto en tinaja y media de agua del Rhin, con lo cual se habian visto pasmosas curaciones en el hospital de Meckelembourg Strelitz.—El *empírico*, en fin, propuso que el enfermo se levantara y saliese a paseo, tomando únicamente de dos en dos horas catorce cucharadas del vomi-toni-purgui-velocífero de *Le-Roy*.

Dejo pensar a mis lectores la impresion que semejantes propuestas harian respectivamente en el ánimo de todos los doctores; por último, viendo que ya era pasada la hora, y que otros mil enfermos reclamaban el auxilio de su ciencia, convinieron en que, supuesto que el médico de cabecera habia seguido su sistema con este parroquiano, cada uno continuase haciendo lo propio con los suyos, con que, despues de acordar por la forma unos nuevos sinapismos y no sé qué purga, decidieron unánimemente que seria bueno que el enfermo fuese preparando sus papeles, por si acaso le tocaba marchar en el próximo convoi; todo lo cual dijeron con aire sentimental a aquel señor feo de cara de que queda hablado, y despues de asegurarle del profundo acierto con que el médico de la casa dirijia la curacion, recibieron de manos del mayordomo sendos doblones de a ocho, y marcharon contentos a continuar sus graves ocupaciones.

III.

EL TESTAMENTO.

Aquella noche, como la mas decisiva e importante, se brindaron a quedarse a velar al enfermo casi todos los interlocutores de que queda hecha mencion al principio de este artículo; y convenidos de consuno en reconocer por *jefe de la vela* al severo anónimo, pudo este dar sus disposiciones para que cada uno ocupase su lugar en aquella terrible escena. Hízose, pues, cargo del improvisado botiquin, que en multitud de frascos, tazas y papeletas se ostentaba armónicamente sobre mesas y veladores; clasificó con sendos rótulos la oportunidad de cada uno; dió cuerda al reloj para consultarle a cada momento, y escribió un programa formal de operaciones, desde la hora presente hasta la salida del sol.

La vieja tia por su parte envió a su lacayo por la escofieta y el manton, y sacó de su bolsa un rosario de plata cargado de medallas, y un elegante libro de meditacion, encuadernado por Alegría. La juventud de ambos sexos, dirijida por el amable militar, se encargó de distraer a la condesita y su hermana, llevándoselas al efecto a un apartado gabinete, donde para enredar las largas horas de la noche y conjurar el sueño, improvisaron en su presencia una modesta partida de *ecarté*. El mayordomo, el ayuda de cámara; acompañados de la turba de familiares, quedaron en la alcoba a las órdenes del jefe de noche, para alternar armónicamente en la vela.

Todo estaba previsto con un órden verdaderamente admirable; cada cual sabia por minutos la série de sus obligaciones, y durante la primera hora todo marchó con aquella armonía y compás con que suelen las diversas ruedas y cilindros de una máquina al impulso del ajente que los mueve. La vieja rezaba sus letanías, y aplicaba reliquias y escapularios a la boca del enfermo; el mayordomo recibia de manos de los criados las medicinas, y las pasaba al ayuda de cámara, el cual las hacia tomar al paciente; uno revolvia a este en su lecho; otro ahuecaba las almohadas y estendia los sinapismos; el incógnito, en fin, velaba sobre todos, y corria de aqui para alli para que nada faltase a punto.

Entre tanto, en el gabinete del jardin, el alumno de Marte redoblaba sus agudezas para distraer a las señoras; aplicaba bálsamos confortantes a las sienes de la condesita, sostenia los almahadones, y de paso la cabeza que en ellos se apoyaba, y con el noble pretesto de evitar un acceso nervioso tenia entrambas manos fuertemente estrechadas en las suyas.

De pronto un fuerte desmayo acomete al enfermo; suenan voces y campanillas; y los que jugaban en el gabinete, y los que charlaban en la sala, y los mozos que dormian en los colchones improvisados, todos se mueven apresurados, y corren a la alcoba. El enfermo, sostenido por su buen amigo, yace desfallecido e inerte; los circunstantes prorumpen en diversas esclamaciones. — «¡El médico, llamar al médico!» — «¡El confesor! — ¡El escribano!» —

Cuál saca un pomo de álcali y casi se lo introduce por la nariz; cuál acude

dilijente con una estopa encendida para aplicársela a las sienes; este le frota los pulsos con *agua balsámica de la Meca y espuma de Venus* que encuentra en el tocador de la señora; aquel va a la cocina por vinagre, y viene dilijente a rociarle la cara con el aderezo completo de la ensalada. Entre tanto las mujeres chillan—¡Pobrecito!—«¡Se ha muerto!»—Los hombres imponen silencio a voces. —La vieja reza en alto un latin que no entenderia el mismo san Jerónimo.—La señora se desmaya y cae redonda... en un mullido sofá.

El peligro y atencion se dividen entonces; los unos abandonan al conde; los otros corren a la condesa; los agudos chillidos de esta despiertan, en fin, a aquel de su letargo; abre los desencajados ojos; mira en derredor de sí, y se ve rodeado de figuras angustiosas, que le miran ya como cosa del otro mundo, y empiezan a contemplarle con aquel silencioso respeto con que se contempla a un cadáver.

Allá en el fondo, y detras de aquellos grupos misteriosos, se deja ver un hombre melancólico y de mirar sombrìo que aparece alli como el precursor de la muerte, como el avanzado portero de las puertas de la eternidad. Aquel hombre siniestro habia sido introducido con precaucion en la alcoba por el viejo mayordomo, que hablaba con él en voz baja, despues de haber dicho dos palabras al oido de la señora, y hecho tres profundas cortesías a la hermana del conde.

Algun tanto despejado ya este, no sé bien si por prudencia o por precepto, fueron desapareciendo de la alcoba todos los circunstantes, a escepcion del jefe de la vela, el mayordomo y su misterioso compañero.

—Aqui tiene usía, señor conde, a nuestro honrado secretario el señor don *Gestas de Uñate*, que viene a informarse de la salud de usía, y de paso a saber si a usía se le ofrece alguna cosa en que pueda complacerle.

—¡Ai Dios? (esclamó el conde.) ¡El escribano! me muero sin remedio.

—¿Quièn dice tal cosa señor conde? (interrumpió el escribano) yo solo vengo a lei de buen servidor de usía a ponerme a sus órdenes y ofrecerle mi inutilidad. No es esto decir que usía hiciera mal en haber pensado en mi ministerio antes de ahora, porque, al fin, todos somos mortales, y cuando el hombre tiene arreglados sus negocios...—

El severo velador del conde habia guardado silencio durante esta corta escena, como sorprendido de la audacia del mayordomo, y penetrado de la misma idea terrible que habia asaltado al conde; sin embargo, no dejó de reconocer que en el estado en que este se hallaba, acaso aquel paso tenia mas de prudente que de audaz, por lo cual trató de poner en la balanza todo su influjo para inclinar al conde a someterse a aquel terrible deber.

No tardó este en ceder a los consejos de la amistad y a lo crítico de los momentos, y significando por señas su resignacion, dió órden al mayordomo de que abriese cierto bufete, donde hallaria un pliego cerrado que contenia su última voluntad, el cual formalizase con todas las cláusulas necesarias, y él lo firmaria despues.—«Pero por Dios (añadió), que nadie se entere de mis secretos hasta despues de mi muerte; este amigo (dirijiéndose al incógnito), el mayordomo y el ayuda de cámara, pueden ser los únicos testigos, y les reclamo la observancia de mi encargo.»

IV.

LA SUCESION.

Aquellas tres cortesías del escribano y del mayordomo a la hermana del conde, habian tambien hecho variar el espectáculo del retirado gabinete del jardin. Los amables intercolutores que en él se reunian, arrancados a sus ilusiones por la escena del último amago de la muerte, empezaban a creer de veras su posibilidad, y a calcular las consecuencias naturales en aquella casa. La próxima viuda, sin tanto aparato de desmayos, empezaba ya a manifestar una verdadera inquietud; en tanto que por un movimiento eléctrico los vaporosos ataques habíanse inoculado en la persona de la hermana, para quien las ya dichas cortesías del mayordomo y escribano acababan de darla a sospechar un magnífico porvenir.

Los cuidados de todos los circunstantes se convirtieron, como era de esperar, ácia el nuevo peligro, ácia la nuevamente acometida; y a pesar de que los visajes de su feo rostro, fuertemente contraido en todas direcciones, pusieran espanto al hombre mas audaz y denodado, y por mas que formase un admirable contraste la sentimental y ya verdadera tristeza de la hermosa faz de la condesita, veíase esta sola por una de las anomalías tan frecuentes en este pícaro mundo, al paso que todos se apresuraban a reunirse en grupo auxiliador de la presunta heredera... ¡Oh leyes! ¡oh costumbres...!

Al frente de todos aquellos celosos servidores distinguíase el mismo jóven militar favorito de la condesa, que poco antes no parecia existir sino para ella, y ahora olvidando sus gracias, y cerrando los ojos sobre la triste figura de la cuñada, se apresuraba a sostener a esta, a consolarla, y yacia arrodillado a sus pies, estrechando su mano y aparentando toda la desesperacion de un romántico dolor.., La convulsa heredera, sensible sin duda a esta súbita espresion de un jénero tan nuevo para ella, hizo un paréntesis a su terrible accidente; entreabrió sus cerrados párparos, dirijió sus hundidas pupilas al amable interpelante, y con un jesto inespicable en que se retrataba la caritatura del dolor, correspondió con un suspiro a otro suspiro y abandonó su mano a los labios del jóven triunfador; este, entonces, alzando la osada frente en señal de su próxima apoteosis, paseó sus miradas por todos los circunstantes con una sonrisa de desden; pero al llegar a fijarlas en los hermosos ojos de la futura viuda, no pudo menos de bajar los suyos entre dudoso y turbado.

En este momento la puerta del gabinete se abre.—El escribano, el mayordomo y el ayuda de cámara se presentan, siguiendo al amigo incógnito. Este, procurando contener su conmocion, manifiesta a los circunstantes que su amigo el conde habia dejado de existir... Todos se agrupan en torno de la nueva condesa... El escribano lee entonces el testamento, y la decoracion vuelve a cambiar... El conde declaraba en él tener un heredero natural, habido en una de sus varias escursiones amorosas antes de contraer su matrimonio; pedia perdon a su esposa por este secreto, y la encargaba la tutela y direccion de su lejítimo

heredero; en cuanto a su hermana, la dejaba pasar tranquilamente a ocupar un vástago lateral en el tronco jenealójico.

De esta manera nacieron, se manifestaron, y desaparecieron como el humo tantas esperanzas y quimèricos proyectos; y la luz matinal que ya empezaba a iluminar aquella estancia, vino a poner de manifiesto el desengaño de aquellos desengañados semblantes; amigos y dependientes rodearon a la condesa viuda, tutora y gobernadora; y cada cual se esforzaba en manisfestarla su no interrumpida adhesion, y a proponerla varios planes halagüeños; pero el severo Velador, valiéndose de su persuasiva influencia, la aconsejó por entonces lo único que debia aconsejarla, y era que se retirase a descansar. Hízolo asi, con lo cual todos los circunstantes fueron desapareciendo. Y luego que quedó solo el incógnito, se arrimó a un bufete, tomó una pluma, escribió largo rato, puso al principio de su discurso este título: «*Una noche de vela;*» y al final de él estampó esta firma:

EL CURIOSO PARLANTE.

LAS SILLAS DEL PRADO.

(COSTUMBRES CHARLAMENTARIAS.)

« O sabe naturaleza
mas que supo, en estos tiempos,
o muchos que nacen sabios
son porque lo dicen ellos. »

LOPE DE VEGA.

En risueño ademan y galante apostura, sujetada la lira en la siniestra mano, y descansando la diestra, como quien ya no tiene gana de cantar, se alzaba el rubicundo Apolo en el término medio del Prado Matritense, dominando a las cuatro estaciones del año, que yacian acurrucadas a sus piés.

Era la noche, y la señora Diana, aunque algo soñolienta y ajada de amores, habia relevado al dios de Delo en la guardia y centinela de este mundo pecador; con que veíase el hijo de Latona libre aun por algunas horas de este cuidado; que no lo es corto, ni discreto, el haber de consumirse por alumbrar a los demas, mientras cierran los ojos a la luz.

Es fama en el Olimpo que estas horas de reposo en que el Dios de los membrillos cede a su hermana *la alta mision de propagar las luces*, las tenia consagradas de tiempo inmemorial a tomar las cuentas de cargo y data a las señoras Musas allá en el Parnaso, y a despachar el correo, espidiendo desde aquel *comité* central sendas remesas de inspiraciones a todos los poetas con quienes conservaba buena amistad y correspondencia; ora fuesen príncipes y magnates, y supieran y pudieran acompañarse con lira de oro, ya rústicos y pecheros, y entonasen sus villancicos al son de cáramo pastoril.

Con esto el señor Apolo andaba tan ocupado que apenas le bastaban para la firma las largas horas de la noche; y solíale acontecer a veces rendirse cansado al sueño, olvidando su obligacion matutina, hasta que ya mui corridas las horas, se levantaba todo atortolado y corria a los piés del padre Júpiter, el cual no dejaba de echarle una buena reprimenda, y decirle que la poesia habia de acabar por dejarle a buenas noches.

Hoi dia, bendito Dios, es otra cosa; pues o sea que el Númen Délfico se haya desengañado de la inutilidad de semejante trajin, o sea (y esta parece la verdad)

que los señores poetas se hayan emancipado y proclamado sus derechos imprescriptibles, ello es que ha venido a levantarse el abasto de las inspiraciones, declarándose estas comercio libre, y que cada cual pueda surtirse de ellas en cualquier parte y a poca costa, v. g. en los cafés o en los cementerios; cosas todas mas fáciles y hacederas que no andarse un hombre toda su vida trepando por las escabrosidades del Parnaso a riesgo de rasgarse el corbatin o de ensuciarse los guantes. Con esto el dios indefinido ha venido a quedar tan holgachon y tan horro de todo trabajo, que se pasa una vida que ni un canónigo del antiguo réjimen, limitado a pasear su reluciente carro por el Olimpo, y a presidir (con superior permiso) las prosáicas aventuras de nuestro Prado Matritense.

Queda dicho arriba que era una de estas noches de Agosto en que despues de haberse divertido el buen señor en tostarnos las molleras descansando perpendicular sobre los tejados de Madrid, se hallaba sustituido por la *casta diva*, que con mas galantería y benevolencia dejaba escapar una luz templada, y daba a los madrileños el grato espectáculo de su hermosa faz, pura, grande, serena, *senza nube e senza vel.*

Llegado era el momento, en que todos los heróicos ciudadanos se habian, en uso de su soberanía, retirado a acostar, y reinaba por todo el Prado el mas profundo silencio, cuando repentinamente se percibió un ruido armonioso, que por lo sobrenatural e inusitado pareció dar vida y movimiento a aquel solitario recinto; y no era otra cosa, sino que el dios Timbreo, viéndose solito y seguro de que nadie le escuchaba, habia tenido la tentacion de pasear los dedos por las cuerdas de su lira, con que quedaron las estrellas suspensas en el firmamento, y los árboles inclinaron las venerables copas para mejor poderle escuchar.

Cualquiera creeria que estos no eran mas que preludios para empezar a cantar; pero ¿qué filarmónico ni qué poeta han visto ustedes que guste de cantar sin auditorio? S. M. Délfica tampoco era indiferente a una *comision de aplausos*, y hubiera dado en aquel instante un ojo de la cara por encontrar un poeta que quisiera escucharle; pero los poetas andaban todos a la sazon mui ocupados, cuáles buscando ideas en un bol de ponche, cuáles escribiendo desde un quinto piso un artículo contra el ministerio.

Despechado, pues, de verse tan redondamente escaso de auditorio, ocurriósele una idea que le pareció mui feliz; y fué, que pues que seres animados rechazaban su inspiracion, debia acudir a dispensarla a los inanimados, y usando como si dijéramos de una licencia poética, inspirar a las sillas que le estaban mirando sin decir «esta boca es mia.»

Dicho y hecho; apéase de su elevada cúspide; baja de un salto hasta colocarse en el borde del pilon de la fuente, y esforzando cuanto pudo la voz. —«¿Eh... señoras sillas... ha de casa... (las dijo)... Apolo os llama, y os pide conversacion; vengan aquí todas, y entreténganme un rato, que me canso de tanta holganza; y tomen y reciban ese cacho de inspiracion que repartirán entre sí como buenas hermanas, y si no alcanzase a poder hablar en verso, vaya en prosa, con tal que sea clara, que en prosa habló Cervantes y no por eso deja de ser el primer poeta del mundo.» —Y súbito las sillas se vieron animadas, y agrupándose misteriosamente

en ancho círculo en derredor del dios, dejaron entender un bisbiseo confuso como el que ofrece un enjambre de abejas en presencia del colmenero, o una escuela de muchachos en el punto en que el maestro da licencia de marchar.

Largo rato esperó Apolo el resultado de aquel acuerdo preliminar, hasta que viendo que nadie tomaba resueltamente la palabra, enderezó la suya al monton, y dijo no sin muestras de enojo mal reprimido. —¡Ah, señoras alcornoques! ¿será cosa de hablar todos a un tiempo y sin que nos lleguemos a entender? ¿o habrán ustedes de hacer el mismo uso que los hombres del don de la palabra que he tenido a bien concederles? Pues por vida de mi padre que si me enojo, suspendo del todo esta *garantía*, y las dejo tan mudas como antes. Pero, vamos a cuentas, que deseo que me diviertan, y para ello fuerza será poner órden, instruyéndolas en las prácticas parlamentarias que veo que no les son familiares. Por de pronto salga aquí la mas vieja, y cuide de hacerme una relacion clara y sucinta, sin ambajes ni rodeos, entre tanto que las demas pueden írse formando en comisiones; y cuidado con las intrigas y con los tiquis-miquis, que no estoi, juro a Brios, con intencion de perder el tiempo.

Dicho esto se alborotó de nuevo el cotarro, acusándose todas unas a otras como que ninguna queria ser la mas vieja, hasta que convicta y confesa de ello una, que por su traza denunciaba bien su fecha antidiluviana; agarrola Apolo por la greñas con mui malos modos, y lanzándola en medio del corro volvió a encaramarse en el pilon de la fuente, y la intimó con entereza que empezase su narracion.

Yo, señor Apolo (dijo la silla, un tanto medrosica y mohina), soi natural de Vitoria, y nací, si mal no me acuerdo, por los años de 95 al 96: fui destinada en mi tierna edad a autorizar con mi presencia la porteria de un convento de monjas, y sostener la descuidada persona del demandadero, que me bautizó con el nombre de la *Carraca*, a causa de cierta analojía que pretendia encontrar entre mis suspiros y el desagradable sonido de aquel fúnebre instrumento. Mas entrada en años, y reconocida mi injusta colocacion, fui elevada al rango de silla capitana en una escuela de latin, en donde mi posesion era para los muchachos el último término de la felicidad; hasta que elejido el maestro por alcalde de su pueblo, me llevó consigo y me colocó como quien nada dice al frente de todo un ayuntamiento. Por este tiempo, el que rejía perpétuamente los destinos municipales de esta capital (todavia no heróica) quiso introducir en ella una mejora que la proximidad del siglo XIX hacia ya necesaria; y entendiéndose para ello con mi alcalde, pudo recabar de él que me remitiera a la corte, para servir de modelo a la organizacion de los móviles asientos con que pensaba sorprender a los madrileños en la famosa feria de la Plazuela de la Cebada. Vine pues a Madrid, y todos los injenios silleteros de la corte se apresuraron a copiar mi estampa, en términos que me ví reproducida en sus manos, ni mas ni menos que si fuera edicion estereotípica, pasando con mis compañeras a autorizar un recinto en que tantas aventuras amorosas pudiera recordar. Entrado ya el siglo actual, y mas civilizadas las costumbres, creyóse oportuna nuestra presencia en el Prado; y ya en posesion de este mi último destino asistí a coronaciones y entradas réjias; presidí revistas y escuché serena-

tas; serví en las comidas cívicas; fui unas de las víctimas del Dos de Mayo; escuché amores; ví aparecer y desaparecer grandezas; serví a conferencias políticas; miré ajarse bellezas y nacer otras nuevas; y con mis débiles fuerzas, mi constancia y sufrimiento, tolero hoi los sarcasmos de los hijos de los nietos de aquellos que en otro tiempo me miraron como un progreso. Unicamente me indemniza de tantas penas el cariño paternal con que me distingue mi usufructuario, cuando calculando mi edad y mis servicios, reconoce que se los he prestado por espacio de treinta y nueve años, que en ellos han descansado en mí ocho mil quinientas cincuenta y cuatro personas, y que habiendo cada una contribuídole con el alquiler de 8 mrs., he venido a producirle 68,432 mrs., o sean 2140 rs. y 24 mrs.; esto es, unas cuatrocientas treinta y dos veces mi valor capital.

Aquí calló la silla, interrumpida por un espresivo signo de desagrado del dios bermejo, a quien no parecia complacer tan prosáica narracion. Con que despues de una breve pausa, severa encarando la faz a la preopinante: —Siempre fue de viejos charlatanes (esclamé) el aprovechar la ocasion de un tantico de auditorio, para relatar sus propias hazañas, sin tener en cuenta que las mas veces no interesan sino a ellos solos.

Y sino dígame, la máquina deslenguada, ¿qué tenemos acá con sus miserables vicisitudes, sus ponderados padecimientos, y toda esa tiramira de voluntarios encomios hechos de su persona, encomios que a nada conducen, que nada prueban, sino que tan leño es ahora como en el primer instante de su ser natural? ¿Parécela, pues, que aqui venimos para escuchar relaciones de méritos y *profesiones de fé* como las que ahora se estilan? ¿O cree acaso que somos ministros u opinion pública, y que tenemos ahí a mano una intendencia de rentas o cuatro cargas de aura popular? ¡Ai señora vieja, señora vieja! ¡y qué porro debió de ser el primero que enseñó a hablar a las cotorras, y cuánto mas lo parece aquel que tiene paciencia para escucharlas!

¡Alto ahí! (continuó el dios canicular, dando una patada en el suelo) alto ahí, repito; quédese esto entre nosotros, y callar y callemos, que peor es meneallo. Sirva solo esta alocucion de advertencia piadosa, y ojo al marjen, para que las damas post-opinantes no nos muelan con tales reclamos; que acá, hermanas, no hai nada que dar como no sean coplas, y ya me ven a mí, el padre de ellas, desnudo y en pelota, como mi madre me parió. Y ora tome la palabra la mas discreta, ya sea jóven o vieja (supuesto que vemos que la tontuna tambien crece con los años), y cuénteme cosas del oficio y de buen aprovechamiento; que no les será difícil, puesto que no hagan otra cosa que relatar sencillamente, lo que cada dia oigan y vean, dejando de mi cuenta las reflexiones y los discursos de fondo, que cada cual tiene su alma en su almario para poner notas y sacar consecuencias. —

Y vuelta otra vez al clamoreo y a los dimes y diretes, como que todas querian tomar la palabra por mas discretas, hasta que en fin lo consiguieron las mas atrevidas, y las otras tomaron a bien callar y rabiar. Pasada, pues, la lista de las oradoras, resultó haber mas que orejas para escucharlas; razon por la cual hubo de dar la palabra el señor Apolo a la mas cercana, *la Desvencijada*, sin perjuicio de que fuesen

despues, intercalando sus relaciones hasta donde alcanzase la paciencia las otras oradoras *Temblorosa*, *Andamios*, *La descosida*, *Trenera*, *Muletas*, *Columpio*, *Tres pies*, *Escotillon*, *Monserrate* y otras varias, hasta unas cinco docenas, poco mas o menos, que se hallaron como por ensalmo influidas de la ciencia de Demóstenes.

—Paréceme (dijo *Desvencijada*) que la voluntad del señor Apolo es escuchar de nosotras la crónica fiel y sucinta de nuestros sucesos contemporáneos de aquellos que puedan hacerle formar una idea de algunas de las costumbres de la época, que en este paseo, punto central y máximo de la capital de la monarquía, vienen a reflejarse en toda su viveza, como los rayos del sol en un espejo ustorio, o los movimientos del péndulo en la muestra del reloj.

—Asi es, dijo Apolo entre grave y risueño; y únicamente la advierto, hermana, que deje a un lado las comparaciones y metáforas, que sobre ser de gusto añejo, corren el evidente riesgo de hacernos dormir.

—Pues entonces, replicó la silla, procederé sin mas introito a narrar a vuesa merced, señor Apolo, una conversacion que he escuchado esta misma tarde, y que me ha dado a conocer una porcion no indiferente de nuestra sociedad moderna (y digo nuestra porque las sillas tambien formamos parte de esta sociedad).

En armonioso grupo estábame yo solazando con otras mis compañeras, ahí en el trozo de abajo, entre vuesa merced y señor Neptuno cuando vinieron a ocuparnos cuatro apuestos mancebos, que por su locuacidad y desenfado calificamos desde luego de personas de importancia. Ella era sin duda tal, que apenas pasaba alma vivientes que no saludasen y hablasen con llaneza y marcialidad; otros, al parecer de la misma clase, venian a incorporarse con ellos, y formar corro, que se iba ensanchando en términos formidables; pero por mas que hacíamos mis compañeras y yo, no podiamos adivinar qué jentes eran aquellas tan populares, tan decisivas, tan espontáneas. Aplicábamos, pues, nuestra atencion a sacar el ovillo de su profesion por el hilo de sus palabras, y unas veces los tomábamos por artistas, oyéndoles hablar de *colores* y *matices*; otras encarecian sus *artículos de fondo*, y al instante los calificábamos de almacenistas de la plaza o droguetos de Santa Cruz; discurrian a veces sobre la manera de propagar *las luces*, y tomábamoslos entonces por encargados del alumbrado; ora se decian *órganos* de no sé qué coro; ora se daban el título de opinion pública, y de *juicio del pais*; y en medio de tantas confusiones, nosotras sin acertar ni qué juicio, ni qué luces, ni qué fondo, ni qué colores, ni qué órganos, ni qué palabrotas eran aquellas, hasta que quso Dios que acertase a pasar un quidam, el cual vino como llovido a resolver nuestras dudas, saludándoles sombrero en mano con estas palabras: — «Salud, señores periodistas.» —

—¡Voto a....! (esclamó Apolo saltando espelusnado como un gato sobre el borde del pilon) ¡ah hi de puerca, tú, y la madre que te parió, y qué jentes me traes a la rueda! ¡aquellos por quienes yo padezco y sufro confinacion y destierro; aquellos que me han arrancado el cetro y tornádome muda la lira; aquellos que me miran como mueble clásico y pueril, y entretienen al vulgo con sus discursos orijinales, traducidos del frances! Habíarasle a Apolo de herejes judaizantes, o de moriscos recien convertidos, de caribes antropófagos, o de ne-

gres bozales; pero hablarle de periodistas, y de periodistas políticos sobre todo, tentacion es del demonio y que no se puede sufrir. Mas pues carezco de otro medio de comunicacion con esos jentes, gustoso habré de disimular mi encono, aprovechando la ocasion que se me presenta de informarme de su condicion y traveura y asi, hermana silla, prosiga ya la comenzada historia, que cuando no de gusto, podrá servir a mi délfica persona de interés y aprovechamiento. —

—Tuvímosla y no poco yo y mis compañeras (volvió a repli car la silla) con el descubrimiento que al fin hicimos del carácter y circunstan cias de aquel cónclave, pues siendo como a cada paso repetian la espresion *formulada* de la pública opinion, poníamos en el caso de conocer a poca costa el estado de ella. ¡Pero ai, señor Apolo, y qué chasco tan estupendo nos llevamos! ; y como no será mayor el que se lleve, si le repito palabra por palabra el lenguaje convencional en que fue sostenido aquel diálogo ¡lenguaje tan de todo punto nuevo, que puesto que nacidas en Madrid, y súbditas ordinarias de vuesa merced, era para nosotras claro como el hebreo; y cuenta, que vuesa merced pueda interpretarle tampoco, sino há por ahí a la mano un diccionario de esta moderna greguería.

Porque ellos, a lo que pudimos entender, se clasificaban, en varios bandos (*comuniones*, como dicen ahora, y cotapadrazgos, como decíamos antes), apellidándose los unos *conservadores*, y los otros *progresistas*; cuáles: *retrógrados*, y cuáles *estacionarios*; de los unos era la divisa *la soberanía de la inteligencia*; de los otros *el instinto gubernamental*; aquellos estaban por la *aplicacion práctica*; estos por las *sublimes teorías*; los de allá se decian maestros de la *vieja escuela*; los de mas acá se proclamaban los nuncios de la *futura España*. Una vuesa merced a aquellas exóticas calificaciones con las indefinibles palabr as de *oposicion* y *resistencia*; el *poder* y las *masas*; la *interpelacion* y el *voto de confianza*; la *órden del dia* y el *bill de indemnité*; las *coliciones* y *pronunciamientos*; *fusiones* y *pasteles*; *derechos* y *garantias*; disuelva luego todos estos furibundo s vocablos en una accion mas que medianamente enérjica y apasionada; descubra a vuelta de cada frase sendas pullas mas o menos al alma contra la opinion contraria, todo revestido con cierto aire de autoridad providencial y arrogante, y tendrá vuesa merced una lijera idea de los órganos del pais; que el diablo me lleve si al pais no le sucede lo que a nosotras en cuanto a entenderlos. —

—Ya veo con dolor, repuso Apolo, que aun me quedan largos años de reposo por esta tierra; ya veo y conozco que cuando tan a poca costa y con cuatro frases pomposas puede aspirarse al título de sabio y tras él a una direccion o a un Ministerio, necio será el que se quiera consumir trabajando concienzudamente con solo el objeto de alcanzar fama literaria; ya reconozco la razon de tanto desvío ácia mi persona y que apenas haya quien quiera saludarme cuando me encuentra; ya, en fin, advierto que es tiempo de arrojar la lira, renegar de mis hermanas las musas, y marcharme por ese mundo adelante, proclamando principios y disfrazando fines, y riéndome de los necios humanos, que asi caen al cebo de las palabras como los pájaros al de la liga.

Y diciendo este el aflijido Dios levantóse resueltamente haciendo ademan de arrojar el instrumento en el pilon de la fuente; viendo lo cual muchas de las

circunstantes se abalanzaron a contenerle, y una mas atrevida que no sin harto trabajo habia callado hasta allí saltó en medio del corro y esclamó:—

—Alto allá, señor Apolo, no hai que desesperarse y hacer una calaverada; que por mi fé y palabra que aun existen por esta tierra celosos servidores de vuesa merced, bastantes a poblar todos los hospitales del mundo. No, sino éntrese cualquiera mañana por esa universidad adelante, y poco que se revuelva, tropezará con dos o tres centenares de vates desde los quince a los veinte de la edad; entre la palmeta y el barbero, vamos al decir; injenios precoces y prematuros, que asi mascan y comentan el *fuero juzgo*, como entonan una jaculatoria a la eternidad; ora sustentan un argumento *a priori*, ora dirijen a su querida un tratado de teolojía en quintillas; que sueñan en sus versos nocturnos seres ideales, fantásticas mujeres, aéreas, vaporosas, sulfúricas; y por el dia corren en prosa tras las modistas de la calle de la Montera; que todavía no han saludado mas que el salon de Oriente, y ya escriben dramas en que aspiran a pintar la sociedad sin máscara.

Pues descuélguese vuesa merced luego por esas oficinas, y a las pocas mesas tropezará en papelotes borrajeados llenos de rengloncitos desiguales que al pronto tomará por informes ó estractos; pues tambien son coplas, mas o ménos malas, que de todo hai; y el diablo me lleve si no topase con alguno de estos espedientes en variedad de metros, en que venga a decirse poco mas o menos, v. g.: «Escelentísimo señor:=El escelentísimo señor secretario de Estado me dice con esta fecha lo siguiente:=Escelentísimo señor:=Al escelentísimo señor presidente de.... digo con esta fecha lo que copio.=Escelentísimo señor.=

¿Qué es el no amar? rodar en la agonía
sin ensueños, sin gloria, sin temor,
igualar con la noche al claro dia.
y dormir en fatídico estupor....
Escelentísimo señor.=»

Pues si aun no está satisfecho, señor Apolo, dése luego una vuelta por los cafés, que son como si dijéramos los estanquillos del Parnaso (puesto que ya no haya tal Parnaso en el Mundo), donde a cualquiera mesa que se acerque, está seguro de encontrarse en corro con media docena de notabilidades literarias, de estas que siempre andan pegadas con engrudo por las esquinas, y ocupan las lunetas del teatro, los folletines de los periódicos, y por último nos ocupan a mí y a mis compañeras todas las tardes dos o tres horas, y por la miseria de los ocho maravedís de costumbre, nos encajan de memoria sus composiciones lastimosas, y sus dramas a grande espectáculo, con tales manoteos y entusiasmo, que mas quisiéramos sufrir la relacion de las batallas de un militar pretendiente y recien llegado del ejército, o las infinitas muecas y repulgos de una coqueta en un dia de revista, o el simulacro de la defensa de Bilbao, hecho con nosotras por los chicos de la candela.—

—Cada cosa que os escucho, dijo Apolo, me da mas en qué pensar, y me

afirmé de nuevo en la idea que ha llegado a concebir de la inutilidad de mi ministerio. Vosotras, por ejemplo, me hablais de una prodijiosa abundancia, de una jeneracion entera de sabios y poetas; y yo, Apolo, el dios del saber y de la poesía, apenas puedo decir conozco de vista a media docena; me contais sus triunfos, y yo no he asistido a sus triunfos, ni siquiera de política convidado. Me encomiais sus numerosas obras, y yo apenas encuentro nada que leer, por mucho que me mato a recorrer esas librerías. Luego ¿qué es esto? ¿Son ellos los sabios, o yo soi un porro? ¿Hablan ellos en castellano, o yo soi hebreo?

—Eso consiste, replicó la silla, en que vuesa merced es poeta clásico, retrógrado y añejo, y está mui casado con su Aristóteles y su Horacio, libros por otra parte mui santos y mui buenos, pero que no son ningun evanjelio. Ademas, señor Apolo, fuerza es confesar que su lira iba estando ya un si es no es destemplada y floja; y sus desmayados sonidos no son cosa para electrizar a una jeneracion educada al ruido del tambor y al humo de la pólvora, a los gritos de la plaza pública, y a la violenta ajitacion de las revoluciones políticas. No sino vénganos Vm. ahora con sus *dulces caramillos* y con sus *Melámpos* y sus *Melibeos*, y quiéranos encajar su zamarrilla de pieles y su cayado, cuando el que mas y el que menos anda por esas calles hecho un Bernadotte, y sabe mui bien manejar el fusil, o sublevar a un pueblo desde la tribuna, o derribar a un ministerio desde la redaccion de un periódico. —

—Calle, calle la maldecida, replicó impaciente el dios: y no hablemos mas en esto, o si no la encajo la lira encima del espaldar, y entonces me dirá si es o no de algodon cardado. ¡Haberse visto desvergüenza mayor! ¡Porque me ven solo y sin corte como rei cesante, todos han de querer, como quien dice, subírseme a las barbas! Pero pai triste! que no las tengo, y hasta en esto me diferencio de los poetas del dia.

—Vaya, vaya señor ex-numen, no hai que llorar ni sonarse tan a menudo (saltó en este momento *Temblorosa*, otra de las oradoras inscriptas); déjelo con mil diablos, que no hai mal que por bien no venga: y si no inspira ya a los poetas, para eso luce sus inspiraciones en los anuncios del Diario; si le han mandado borrar hasta del techo del teatro, para eso sirve de muestra a un almacen de quincalla en la calle de la Montera; sino hace bailar a las musas en el Pindo, como de esas bordaderas bailan alegres bajo su tutela en la puerta de Bilbao, o en los jardines de Chamberí. Con que no hai que desanimarse, sino tomar el tiempo como viene, y meter la cabeza donde se pueda aunque sea de mancebo de una tienda, o de pasante del colejio nuevo; que dia vendrá en que pare la nube, y en que se cansen las jentes de espectros y calaveras, volviendo a entusiasmarse con la *mariposilla incauta* y el *arroyuelo murmurador*, que es cosa buena y con que no se ofende a Dios. —

Entretanto, para que no vaya vuesa merced a pasar por un mal criado, si gusta de meterse en el gran mundo, y ya que mis compañeras le han iniciado en el lenguaje político y literario, quiérole dar yo un repaso del de la buena sociedad, que aquí donde nos ve, no hai nadie que tenga mas roce de jentes, ni que encuentre por lo tanto mejor ocasion de aprender el moderno vocabulario.

—Eso me toca a mí de derecho (esclamo *Colimpios*), que soi la mas jóven y como tal susceptible de la inoculacion intelectual de las novísimas doctrinas sociales.

—Yo (saltó a este punto *Monserrate*), por mas aseada y pintoresca, soi favorecida de preferencia por las altas clases y...

—Nada de eso pega ya (replicó *Tronera*), que ya no hai clases altas ni bajas, y todos somos unos y libres, con que yo...

—¿Y me he de estár yo callando (interrumpió *Trespies*), yo que guardo en mis adentros cosas estupendas y dignas de ser puestas en solfa?

—Pido la palabra.

—Pues yo la tomo.

—Pues yo la agarro.

—Pues yo no la suelto.

—Pues yo...

—Pues tú...

—Pues sí...

—Pues no...

Y aquello se convirtió, como si dijéramos, en un verdadero parlamento en dia de interpelacion. Todo era interrumpirse y chillar, y ponerse roncas, y dar manotadas, y lanzarse pullas, y mirarse de través; hasta que el presidente Apolo, habiendo llegado a los 50 grados sobre cero de su despecho, ideó una diablura que ni el mismo Satanás en sus buenos tiempos; y fue quitarlas de repente el entendimiento y la voluntad, y dejarlas solo la memoria; y luego permitir que todas hablasen a un tiempo y sin oir a las demas; y que repitiesen como un eco, simplemente y sin comentarios, todas las palabras sueltas que habian escuchado aquella tarde en el paseo; con que se armó un confuso clamoreo de interrupciones, preguntas, respuestas, médias palabras y palabras enteras, como si todo el Prado se hubiera vuelto a la sazon a poblar de paseantes: en fin, una barbaridad tan discordante e inconexa como la siguiente.

—«¡Jesus qué calor.....! —Diez y ocho años y soltera.»

—«¿Qué dice V. de la guerra.....? —Este correo trae mas vuelo el figurin.»

—«¡Ai mamá! es preciso ensanchar este sombrero. —El de mi marido tambien.»

—«¿Y no le parece a V. una injusticia que... —Dicen que era sobrino de S. E.»

—«Es escelente autor. —Discípulo de Ventand.»

—«Y aquella noche le cerró la puerta. —Porque, porque no estaba en voz y...»

—«Hoi lo he leido en el Correo Nacional. —¿De qué color es esa tela...?»

—«Mira a la Fulana con sus niños y su marido... —Es el editor responsable. —Como no sabe firmar...»

—«¿Te subes a la otra vuelta? —Despues de comer. —Anoche estuvimos en Frandia.»

—«Le han hecho intendente. —¿Y de qué sirven los libros...? —Porque en tiempos de revueltas políticas... Perdió el pan y perdió el perro.»

—«¿Y de cuántos meses estaba? —En una ligera interpelacion.»

—«¿Con que se ha casado de él? —Escuna vide mui circular.»

—«Y el vestido es precioso.—Con prima a sesenta dias a voluntad del comprador»

—«Dicen que el ministerio hace dimision.—¿Damos otra vuelta?»

—Basta, basta, canalla infernal, (dijo enfurecido el dios, apresurándose a trepar a su sitio acostumbrado); basta ya con vuestra diabólica gritería, que cuento que aunque me suba al Olimpo no he de desechar tan pronto la pesadilla. ¡Cáscaras! y qué noche me han dado las perras, y qué amargas verdades me han encajado que quieras que no. ¡Ea, bien; tiempo es de callar, que ya estoi viendo a la señora Diana que me hace señas de que vaya a relevarla, porque se quiere ir a dormir. Todo el mundo pare la lengua, y vuelva por su camino sin chistar ni mistar, que si alguna otra noche me diere la gana de echarla a perros, se les avisará *a domicilio*, y veremos si entonces me ponen en limpio este borrador.—

Y todas las sillas marcharon a sus puestos sin replicarle; y cuando el sereno atravesó al amanecer el Prado, despues de haber dormido toda la noche en un banco, ya se las encontró a todas como si tal cosa, guardando sus puestos, mudas, y en correcta formacion.

(Agosto de 1838.)

DE TEJAS ARRIBA.

I.

MADRE CLAUDIA.

«..... a tus tiernas palomillas
el vuelo peligroso las rehuses;
Que andan muchos azores por asilas
de cuyas uñas penden los despojos
de otras aves incautas y sencillas.»

BARTOLOMÉ DE ARJENSOLA.

—Dios sea en esta casa.

—Y en la de usted, buena madre; santas noches, ¿qué se ofrece?

—Nada, hijo, sino venir en cuerpo y en ánimo a ponerme al su mandar, como vecinos que somos, y amigos que, Dios mediante, tenemos que ser.

—Por muchos años; y ya veo que si no me engaña el corazon que estoi hablando con la señora Claudia, la que viene a habitar la buhardilla núm. 7.

—Doña Claudia me llamaron en el siglo, y esa misma soi, en buena hora lo cuente; pero tal me verás que no me conocerás, y yo misma me tiento y no me encuentro; ¡cosas del mundo!; hoi por tí, mañana por mí; y como dijo el otro, abájanse los adarves y álzanse los muladares; que hoi dia nadie puede decir de esta agua no beberé; y mientras la viuda llora bailan otros en la boda.... No digo todo esto por mal decir, que de menos nos hizo Dios, y viva la gallina y aunque sea con su pepita; sino esplícolo para dar a conocer a vuesa merced, señor vecino, que aqui donde me ve con estos trapos, yo tambien fuí persona, y no como quiera, sino como suele decirse empingorotada y de capuz;... pero vive cien años y verás desengaños, y tras el dia viene la noche, que lo que Dios da llevárselo há, y el caballo de regalo suele parar en rocin de molinero.

Pero dejando esto a un lado, y viniendo a lo que importa, ¿qué tal va la parroquia en la tienda nueva? ¡Válgame Dios, y qué aseada y qué provista está de cuanto el Señor crió...! Tal me vea yo a la hora de mi muerte... ¿Es rosoli o aniseta...? gracias por el favor; ¡bien haya la Mancha, que da vino en vez de agua...! a la salud de ustedes, caballeros... ¡fuego de Dios y qué calorcillo tiene el espíritu...! ¡y qué bien le parecen al lado esos mantecadillos que estan diciendo «comedme...» ¡Ah! sino estuviera una tan atrasada en esto que ahora llaman

el porsupuesto, en Dios y en mi ánima que no habia de pedir ayuda para dar buena cuenta de ellos... apostaria que son obra de aquellas manecitas que con tanto salero hacen ahora saltar a la aguja... gracias, hija mia, por el favor..... bien se la conoce que es hija de tal padre... ¡bendigala Dios, y qué hermosa es y qué garrida! ya me temo yo que han de llorar su venida todos los mozos del barrio.

—Gracias, madre Claudia.

—Bien haceis, hija, en dar las gracias, que para eso las teneis; y aun para quedaros despues con ellas; ¡ai! quién me tornára a mí de ese talle y esa frescura, y no me robára la esperiencia de mundo, que por el alma de mi padre que otro gallo me habia de cantar, y no me veria ahora en medio del arroyo, como quien dice; pero así somos todas; mientras nos reluce el pellejo poco consejo, y luego que vienen los años llorar por los que son idos... ¡Cuánto mas valiera mascar mientras nos ayudan los dientes, y... ¿no es verdad, hija mia...? ¿qué, no me entiendes? ¡picaruela! ¿pues a qué vienen esas colores que se te han asomado al rostro? Pero ¡pecadora de mí! ya veo que no conviene distraerte de tu labor, pues que te has picado con la aguja, y... ¡válgame Dios...! ¡qué no diera alguno que yo me sé bien, por atajar con sus labios esa gota de coral...!

—¿Alguno, madre?

—Alguno digo, y no hai que hacerse la desentendida, sino ponerle el nombre que mejor le cuadre... pero bajemos la voz, que ya señor padre ha acabado de servir a los portequianos y se viene derechito ácia nosotras; por fin, hija mia, mas dias hai que longanizas, y cuando querais noticias de la tierra, sabed que allá cerca del cielo hai una vieja que os quiere bien. Y ahora me voi, señor vecino, que ya ha acabado de ser noche, y la vieja honrada su puerta cerrada, y cada uno en su casa y Dios en la de todos... A fé que ya me he de ver y de desear para subir la escalera, y a no ser por un cuarto reñoso de Segovia que traigo aquí para trocarlo por un palmo de cerilla... ¿Tambien, ese favor?... mui obligada me voi, señor vecino; a bien que Dios es mayordomo de los pobres, y él se lo pagará con su tanto por ciento... Y pues ya me siento alumbrada por esas manos caritativas, iremos paso a paso caminando a mi chiscon, donde me espera el buso con deseos de hablar, y mi amigo Micifuz durmiendo al amor de la lumbre, sino es que se haya salido a los tejados en busca de las vecinas, salidas tambien como él, que amor con amor se paga, niña mia, y cuando nace él nace ello, y si no fuera por esto, ¿para qué estamos acá abajo los unos y las otras? Con que buenas noches, vecino; y cuidado, niña, que no hai que olvidar a quien bien nos quiere, y que cuando quieras tomarte el trabajo de llegar al último tramo de la escalera, sabrás muchas cosas y habilidades, así de punto y aguja como de caza y sarten, que, gracias a Dios y a mis años, así me da el naipe para adornar un guisado, como para coser un zurcido... Con que, a Dios.

La buena vieja, dicho esto, salió por la puerta de la tienda que daba al portal, y despues de persignada, y sostaniendo con la diestra mano la vacilante cerilla, colocada la siniestra entre ella y su rostro para evitar la ofuscacion de sus re-

plandores, subió pausadamente los noventa y siete escalones que se contaban hasta su chirivitil, haciendo descanso en todas las mesetas o trambs de los diversos pisos. Y llegada que fue arriba, sacó de su faltriquera la llave, y con temblona direccion la encajó en la cerradura; retuvo todas sus fuerzas para dar las vueltas, y la puerta se abrió; mas desgraciadamente con un impulso mui superior a la resistencia de la cerilla, la cual negó en aquel momento sus reflejos, quiero decir, que se apagó; y la vieja que entraba, y el gato que se esperezaba sobre el fogon, se quedaron a buenas noches.

II.

LAS BUHARDILLAS.

Algunos dias eran pasados, y ya la buena madre sabia por puntos y comas las condiciones y semblanzas de todos sus convecinos, y mas especialmente de aquella parte de la tripulacion de la casa, que, a hablar con propiedad, cobijaba bajo un mismo techo.

Este quinto estado de aquel mecánico artificio no distaba, como hemos visto, mas que unos cien palmos de la superficie de la calle, y por lo tanto tocaba ya en la rejion de las nubes, con lo cual no habrá de estrañarse si tal cual tormenta solia de vez en cuando alterar la uniformidad de aquella atmósfera. Semejantes tormentas, de que apenas tenemos noticia los habitantes del centro, son harto frecuentes en las alturas; sino que nuestra pequeñez microscópica no sabe distinguirlas, o bien afectamos desdeñarlas por el ningun interés que nos inspiran; pero no han faltado por eso arriesgados aereonautas que ascendieron de intento a estudiarlas; y de uno de estos, que logró bajar, aunque con una pierna menos, es de quien hube yo en confianza las noticias y observaciones que de suso y de yuso son y serán esplicadas.

Dividíase, pues, el elevado recinto que queda señalado, en un doble callejon a diestra y siniestra mano, que prestaba paso y comunicacion a ocho o diez celdillas o habitaciones, tan cómodas como capo veneciano, y tan anchurosas como nichos de cementerio. En ellas, mediante sendos treinta reales nominales de alquiler mensual, habian hallado medio de colocarse otros tantos grupos de figuras, reducidas á tal estremo, cuáles por las desdichas pasadas, cuáles por las miserias presentes.

Sabia, por ejemplo, la madre Claudia, que en la primera buhardilla de la derecha, conforme vamos, vivia un pobre empleado, entrado en nueve meses, reloj descompuesto apuntando a marzo, y con cuatro chiquillos por pesas, que tiraban ácia la próxima Navidad. Sabia que en la de mas allá existia una honrada viuda, fuera de cuenta, clamando en vano por los dividendos del Monte pio, y sustentada escasamente por el trabajo de tres hijas doncellas, que todo el mundo sabe lo poco que en estos tiempos vale una honrada doncellez. Mas allá cobijaba con dificultad un matrimonio jóven, zapatero y ribeteadora; el mozo garrido

de chaquetilla redonda y sortija en el corbatin; ella airosa y esbelta estampa, de zagalejo corto y mantilla de tira.

En el agujero del rincon que formaba el ángulo de la casa, habia entablado su laboratorio un químico del portal, gran confeccionador de agua de Colonia y rosa de Turquía, y bálsamo de la Meca, y aceite de Macasar; vendia ademas corbatines y almohadillas, fosforos y pajuelas, cajetillas y otros menesteres, para lo cual mantenia relaciones con todos los mozos de los cafés, y cuando esto no bastaba, corria con los empeños de alhajas, y negociaba por cuenta de algun anónimo cartas de pago y billetes del tesoro, o bien acomodaba sirvientes o limpiaba botas en el portal. El, en fin, era un verdadero tipo de la industria fabricante y mercantil; y tan pronto se traducia en frances, como se trocaba en italiano; y ora se adornaba con un levitin blanco y una enorme corbata como *il Dottore Dulcamara*, ora corria las calles con sombrerito de calaña y agraciado marsellés.

Frontero de la habitacion del químico habia dado fondo una física criatura, que sin mas preparaciones que sus gracias naturales era capaz de volatilizar la cabeza mas bien templada. Valencia, el jardin de España, habia sido la cuna de este pimpollo, y con decir esto no hai necesidad de añadir si seria linda, pues es bien sabido que en aquel delicioso pais es mas difícil encontrar una fea que en otros tropezar con una hermosa. El contar las aventuras por donde ésta habia venido desde las riberas del Turia á las del Manzanares, y á las sombrías tejas de Madrid desde los pajizos techos del Cabañal, fuera asunto para mas despacio; baste decir que vino ella o que la trajeron; y que la abandonaron, o que se abandonó; en términos que en el dia era tan romanescamente libre como la bella *Esmeralda* de Victor Hugo, aunque si ya e decir la verdad, algo mas positiva que ella; efectos todos del siglo prosáico en que vivimos, en el cual no se matan los hombres por las muchachas de la calle, ni se contentan estas con bailar y tocar el pandero.

Pared por medio de la valenciana vivia un viejo ádusto y regañon, escribiente memorialista á dos reales el pliego, que por el dia detras de su hombo en un portal, escuchaba las relaciones de los pretendientes, y les ensartaba memoriales, y seguia la correspondencia de media Asturias, y recibia las confesiones de todas las mozas del barrio; y sucedióle a veces, como veia poco, a pesar de los anteojos, trocar los frenos, quiero decir, los papeles, y asentar una declaracion de amor en un pliego del sello cuarto, o pretender un estanquillo en una orla de corazones y Cupidos. Con lo cual, y otras desazones que le proporcionaba su oficio, traia la cabeza tan llena de embolismos y de bilis, que siempre venia a casa regañando, y como solteron y que no tenia mujer con quien pegarla, la solia pegar con toda la vecindad.

Ultimamente, en el ángulo opuesto, y para que nada faltase a este risueño cuadro, tenia su mansion un hombre de presa (*corchete*, que suele decir el vulgo), el cual cuando creia que nadie le miraba, solia hacer sus escursiones por el tejado a cortejar con los gatos, por inclinacion y natural simpatía. Hombre de rostro enjuto y sospechoso, cuerpo sutil y mal configurado, manos negras como

su ropilla, nariz torcida como la intencion, antípoda del agua como un hidrófobo, amante del vino como el mosquito, vara enroscada como sus palabras, oido listo a las promesas y cerrado a las plegarias, multiplicado a veces como edicion estereotípica, y tan invisible e impalpable otras, que no pocas llegaron a dudar los vecinos si subia por la escalera o por el cañon de la chimenea.

Con tan opuestos elementos, combinados injeniosamente por la casualidad, déjase conocer si podria estar ociosa la imajinacion de nuestra Claudia, o si mas bien llegaria en breves dias a ser como si dijéramos, el centro de aquel sistema; planeta fijo que jirando únicamente sobre sí mismo, obligara a los demas a jirar dentro de la órbita que les señaló en su derredor.

III.

DRAMA DE VECINDAD.

La primera atencion de la vieja se convirtió naturalmente acia la valenciana, que como la mas sola e indefensa oponia menos obstáculo a sus ataques...

—¿Es posible, hija mia, que tan jóven y hermosa como plugo hacerte al señor gustes enterrarte viva en ese zaquizamí, sin buscar un apoyo en este pícaro mundo que te defienda de sus recios temporales, y haga sacar de tus gracias el partido que merecen? En buen hora sea, si el mundo te lo agradeciese y tomara en cuenta; ¿pero quién será el que te crea bajo tu palabra y que no sospeche de ese tu recato alguna mengua de tu virtud? Mira que la hermosura es flor delicada que todos codician, y no puede permanecer oculta y entregada a sí misma; antes bien conviene esponerla con precauciones entre guardas y cercados, que no es ella nacida para crecer como el cardo en medio de los campos, sino para ostentar su elevacion como el jazmin en finos búcaros y en cerradas estufas. Mira que la inocencia busca naturalmente su apoyo en la esperiencia, la debilidad en la fortaleza, la tierna edad en el consejo de la vejez. La yedra puede sostenerse si se abraza al olmo erguido, y el débil infante caeria indudablemente al primer paso, sino hubiera una mano amiga que cuidase de sostenerle. Mal estás así, hija mia, tierna y hermosa, sin olmo que te defienda, sin mano que cuide de tu sosten. Yo seré, si gustas, este arrimo protector, ese escudo de tu niñez; y así como la barquilla sabe burlar las furiosas tormentas, confiando su timon a un hábil marinero, así tú en mis manos esperimentadas podrás atravesar sin pena este piélago del mundo, y reirte de los furores de los vientos desencadenados contra tí.—

Yo no sé si fuese precisamente en estos términos u otros semejantes como habló la vieja, ni acierto a decir si era ella tan fuerte en esto de las comparaciones para dar robustez y persuasiva a su discurso; pero lo que sí podré decir es que debió revestirlo con argumentos irresistibles, cuando a los pocos dias consiguió su objeto, y atrajo a su red la incauta mariposa, formando con ella una sociedad mercantil bajo la razon de *Amor Venus y Compañia*; sociedad en que una ponia la prudencia

y otra la presencia ; una el capital industrial y otra el positivo ; a partir, por supuesto, el beneficio que de ambos habia de resultar.

Desde entonces la buhardilla de madre Claudia no se veia ya tan solitaria como de costumbre ; antes bien se entabló entre ella y la calle una regular y periódica comunicacion ; y no era nada estraño oirse en el interior algunos sonidos de voz varonil, o encontrarse en la escalera tal cual embozado hasta los ojos, que bajaba con la debida precaucion.

La niña por su parte os de suponer que seguia en un todo los consejos de su madre adoptiva, la cual sin duda la recomendaba la mayor amabilidad y cortesanía con todo el mundo ; pero en una sola cosa hubo de oponer una resistencia fatal, resistencia que pudo desde sus principios comprometer aquella naciente sociedad ; tal fue la obstinacion con que se negó a admitir los obsequios de su vecino el alguacil, que puesto que recortado de uñas y atusado de greñas, todavia conservaba en su aspecto un no sé qué de siniestro y repugnante, que no pudo neutralizar la natural aversion de la criatura, la cual temblaba de pies a cabeza, y huía a esconderse cada vez que le miraba acercarse a su puerta.

Y era, como lo veremos mas adelante, formidable enemigo este alguacil ; pues ademas de las condiciones anejas a su profesion, envolvia la personal circunstancia de ser el instrumento de que se servia el casero para sus ejecuciones y despojos, con que venia a parecer el alma de un propietario, encarnada, por decirlo asi, en la persona de la justicia. Ahora vayan ustedes a profundizar todo el poder de un casero alguacilado, monstruosa aberracion, con los ojos de acreedor y las manos de ministril.

Hartos desvelos habia ocasionado a la vieja esta terrible consideracion ; pero ya que no podia evitarla, pensó como buena política en prevenir en lo posible sus efectos, y para ello siempre andaba, como quien dice, bailándole el agua, siempre su mes adelantado por escudo, siempre las mayores precauciones de prudencia para que él no tuviese modo de malquistarla.

No contenta con esto, ideó un plan de defensa que no hubiera desdeñado el mismo Talleyrand, y fué el formar con los demas vecinos una décuple alianza que pudiera ofrecerla en su caso una benéfica cooperacion contra la alguacilesca enemistad.

Las simpatías naturales de la vieja reparadora y la niña reparada, se inclinaron por de pronto, como era de esperar, ácia el injenioso químico que cobijaba en el rincon, el cual no se hizo mucho de rogar para prestar a entrambas el apoyo de su espíritu, y colocar su laboratorio bajo la tutela y proteccion de ambas deidades. Aqui tenemos ya un triángulo no menos romántico que el de los dramas modernos, es a saber: —la gracia, la esperiencia y la ciencia ; —o en otros términos: —una muchacha, una vieja y un doctor. —Y digo doctor, no porque lo fuera, ni pudiera gloriarse de poseer una de esas borlas que tan frecuentes se dan en las universidades, a trueque de algunos reales y de unós cuantos latines, sino porque estaba cursado en la ciencia de plazas y callejuelas, ciencia desdeñada por los sabios, pero que suele ser mas positiva que todas las que contienen sus libros.

El zapatero no tardó tampoco en entrar en la confederacion, merced a algunas

copillas de mosto y sus correspondientes buñuelos, ofrecidos oportunamente cuando se retiraba por las noches; y su esposa tampoco se hizo esperar gran cosa para venir de vez en cuando a escuchar los chises de la madre, o a recibir de manos del químico algun frasquito de elixir con que curar de las muelas o añadir a las mejillas un benéfico rosicler; todo lo cual, animado con la grata conversacion de tal cual caballero que por casualidad solia hallarse alli, prestaba ciertos ribetes a aquella sociedad, mui propios a escitar la simpatía de la alegre ribeteadora.

El vetusto empleado ofrecia alguna mayor dificultad, por lo inaccesible de su edad a los sentimientos mundanos; pero al fin era padre de cuatro chiquillos, que puesto que alborotaban toda la casa, y rompian los vidrios con la pelota, y escaldaban al gato, y quebraban las tejas, y rodaban con estrépito por la escalera, eran todavia agasajados con sendas castañas y soldados de pastaflora, (que buena falta les hacia a los pobres para engañar el atraso de pagas del papá), el cual por su parte, agradecido a tantos favores recibidos en la persona de sus hijos, cerraba los ojos a lo demas del espectáculo, y achacaba justamente a su miseria aquella capitulacion con sus principios.

La pobre viuda y sus hijas eran tambien un gran obstáculo a los planes de aquella veneranda dueña; ¡pero qué no pueden la astucia de un lado y la miseria de otro! ¡y qué la virtud, cuando tiene que disputarla a la hermosura y al amor! Estas niñas eran jóvenes y lindas, y habian sido educadas con primor en vida de papá, aprendiendo a figurar en bailes y tertulias, sin pensar que muerto aquel, habían de parar en los estantes de un Monte pio, y todo el mundo sabe que una vez empeñada pierde mucho de su valor la alhaja mas primorosa. En vano recurrieron por apelacion a las habilidades de la aguja que hasta alli habian mirado como adorno o pasatiempo; desgraciadamente todo el trabajo de una mujer, no logra al cabo del dia un resultado comparable con el del mas mísero albañil. Y luego, que como eran tres a trabajar y cuatro a consumir (entrando en cuenta la mamá), resultaba un *déficit* por lo menos equivalente a la cuarta parte del presupuesto, lo que en buen romance quere decir que si comian escasamente tres dias tenian que ayunar el cuarto, cosa ciertamente que no es fácil de combinar con ninguno de los sistemas filosóficos. Añádase a esto que como jóvenes aun y amigas del bullicio y los amores, no habian podido renunciar a sus relaciones antiguas, y gustaban todavia de concurrir a las fiestas y diversiones, con lo cual habia tambien que perder mucho tiempo, y otro tanto para preparar guarniciones y prendidos en que lucir la brillantez de su imajinacion y disimular los rigores de su fortuna. — «¿Quién sabe? (decian ellas) quizá estos trapillos colocados oportunamente sirvan de reclamo a algun rico mayorazgo o algun viejo capitalista, que nos estienda su mano y nos saque de esta angustiada situacion. ¿Seria acaso por mal este inocente engaño, y seríamos nosotras las primeras que le usáramos en Madrid? —No, a fé mia, respondian todas; sino ahí están Fulanita y Zutanita, que cualquiera que las mire darse tono en nuestra tertulia, por fuerza las ha de tomar por escelencias, o cuando menos señorias; pues lléveme el diablo si sus padres son otra cosa que un portero de no sé qué grande, o un meritorio de no sé qué oficina Y con todo eso se ven mui obsequiadas y servidas, y vàn a los toros en co-

che, y en el teatro estan abonadas en delantera... No, sino vistámonos de estameña, y acostémonos con las gallinas, y vendrán a buscarnos los novios aqui encerradas en este caramanchon. A fé que, que como decia ayer la vecina madre Claudia, que Dios dijo al hombre, ayúdate y te ayudaré, y el cristal engarzado en oro parece diamante, y el diamante en un basurero parece cristal.—

Madre Claudia sabia mui bien estas bellas disposiciones de las niñas, y no tardó en advertir que por una consecuencia natural de ellas mediaban ya relaciones *extramuros* con tres galanes fantasmas, los cuales luego que descubrieron el buen corazon de la vieja, aprovecharon su mediacion para entablar con seguridad su triple correspondencia. Pasaron, pues, por aquellas yertas y disecadas manos, primero los billetes en papel barnizado con cantos de oro ; luego las coplas de *fatalidad* y de *ataud;* mas adelante los paquetes de merengues y las sortijas de *souvenir ;* las petacas de abalorio y las cadenitas de pelo ; por último, pasaron los mismos galanes en persona, y pudieron reiterar de palabra sus juramentos y maldiciones, mientras mamá dormia la siesta, o daba una vue lta al puchero.

Con que tenemos en conclusion que por estos y otros caminos, la suprema intelijencia de la vieja Claudia dominaba, por decirlo asi, en toda la vecindad, si se esceptúan el alguacil y el viejo memorialista, a los que de modo alguno halló forma de reducir. Pero en cambio cultivaba sus primeras relaciones con la planta baja, esto es, con el honrado tendero y su hermosa niña, que eran para ella, como veremos, la accion principal, el verdadero interés de su argumento.

IV.

PERIPECIA.

Una noche. . ¡qué noche...! llovia a cántaros, y los vientos desencadenados amenazaban arrancar la miserable techumbre de la buhardilla de madre Claudia; rodaban las tejas y caian a la calle con estrépito, envueltas en torrentes de agua; por los ángulos del desvan aparecian goteras interminables, cansadas, que llenaban las cofainas, los barreños, las artesas, y prometian inundar aquel miserable recinto, disolviendo su mecánico artificio ; y de vez en cuando un brillante relámpago venía a iluminar todo el horror de aquella escena, y una prolongada detonacion concluia por hacerla mas terrible e imponente.

Rezaba la vieja, y pasaba de dos en dos las cuentas de su rosario, puesta de hinojos delante de una estampa de Santa Bárbara, pegada con pan mascado en el comedio de la pared. De tiempo en tiempo entreabria cuidadosa el ventanillo, por ver si serenaba la tormenta, y volvia a rezar y a darse golpes de pecho, y se asustaba de ver al gato que saltaba por las paredes, y temblaba creyendo haber oido andar en la puerta, y retrocedia al mirar su sombra, viendo en ella temblar su espantable figura, a las trémulas ondulaciones del candil.

En esto un trueno horrísono estalló, y el gato dió un brinco ácia la chimenea, y cayó la luz, y todo quedó en la mas profunda oscuridad... La vieja despavorida corre a la puerta, a tiempo que esta se abre por sí misma, y al fulgor

de otro relámpago se ve entrar con precaucion a un bulto negro y embozado, que alarga la mano y cierra la puerta detras de él.

—¡Jesus mil veces! grita la vieja, y cae en el suelo sin voz ni esfuerzo para decir mas.

—Nada tema usted, madre Claudia... soi yo... ¿no se acuerda usted de lo que me prometió para esta noche . ?

—En el nombre sea de Dios, señorito; el Señor le perdone a usía el susto que me ha dado, pues pienso que en tres semanas no me lo han de sacar del ánima.

—Vaya, buena madre, álcese del suelo y encienda una luz, que nos veamos las caras, y pueda yo colgar la capa, que la traigo como sopa de rancho.

—¡Ai, señor! pero con esta noche que parece que va el cielo a juntarse con la tierra... mas cuenta, que como estoi toda azorada, ni sé qué me hago, ni dónde puse la pajuela.

—A bien que aqui traigo yo el fósforo, y...

—Alabado sea el Señor, Dios me dé luz en el alma y en el cuerpo; traiga, traiga, aqui, y endiñaré el candil...; pero ¿qué es esto? ¿usía tiembla tambien...?

Y asi era la verdad, que el osado mancebo al alargar la luz a la vieja, y mirar su lívida faz y desencajada, no pudo menos de hacer un movimiento de retroceso.

Encendido ya el candil, restablecida la calma, y serenado por fin el ruido de la tormenta, pudo entablarse un diálogo misterioso entre la vieja y el señorito, en que este porfiaba, y la vieja se hacia de rogar, y aquel juraba, y esta se reia, y luego sacaba aquel un bolsillo, y esta se ponia a discurrir.

—¿Pero no ve usía, señorito, que me pide un imposible? Yo no diré que ella no le quiera a usía, y mucho, que a mis años y a mi esperiencia no lo ha podido ocultar; pero al fin usía es usía, y ella es una pobre muchacha, hija de un tendero de bien, que se mira en ella como en las niñas de sus ojos, y aunque pobre, tambien tiene su aquel, y si él llegara a sospechar la intencion con que por usía he venido a esta casa... ¡Dios nos libre!

—Todo eso está bien, replicó el caballero, pero es lo cierto que ella me quiere, porque yo lo sé, porque ella no me lo ha disimulado, y luego tú me prometiste convencerla...

—Y mucho, que varias veces la he tanteado sobre el particular; pero, amiguito, una cosa es apuntar y otra caer el gorrion; que no se ganó Zamora en una hora; y para el hierro ablandar, machacar y machacar... No sino aguarda la breva en enero y verás si cae.

—¡Maldita seas con tus refranes y con tu eterno charlar! ¿Pues no me dijiste, vieja del diablo, que esta noche...?

—No es esto decirle a usía que yo no ponga de mio hasta donde se me alcance al majin, que Dios deja obrar las segundas y aun las terceras causas, y por falta de voluntad ni aun de memoria no me ha de pedir cuenta el Señor; pero nunca la pude reducir a bondad, y eso que la conté el oro y el moro, y la pinté, como quien dice, pajaritas en el aire; pero asi es el mundo; para unas no basta el *só* ni para otras el *arre*, y muchas conozco yo que no se harian tan remolonas.

—No me vayas a hablar de otras, como sueles, bruja maldita... Yo no he ve-

nido aqui a escuchar tus graznidos, ni por todas tus protejidas hubiera subido un solo escalon de esta escalera infernal... Vengo solo a que me cumplas tu promesa... y ya tú sabes que yo no tengo cara de que se me hagan en balde.

—Pues a eso voi, señor ¡cáspita! y qué vivos de jenio son estos boquirrubios, y qué...

—Perdona, buena Claudia, pero mi impaciencia...

—Despues que una se desvive por servirlos, haciéndose (como quien dice) piedra de molino, para que ellos coman la harina.

—Pero...

—Ande usté de aqui para alli como un zarandillo, por la gracia del Señor, cuando a él le convenga; deje usté su cuarto entresuelo de la calle de las Huertas, que bien me estaba yo en él sin estos trampantojos; súbase usté a las nubes como el gavilan, y póngase dede alli en acecho de la perdiz... y todo ¿para qué...?

—Tienes razon, Claudia, tienes razon; pero como tú me dijiste...

—Y ya se vé que dije, y no me vuelvo atras, que bien sé lo que me tengo que hacer; pero...

—Mira, toma lo que llevo conmigo, y esto será nada mas que principio de mi eterno agradecimiento; pero por tu vida que hagas porque yo la vea esta noche, aquí mismo, en tu casa, y... su padre está de guardia. ya ves tú, qué mejor ocasion...

—¿Y por quién sabe usía todo eso sino por mí?

—Es verdad, dices bien, mucho tengo que agradecerte.

—Quiera Dios que dure y que a lo mejor no me muestre las uñas.

—No lo temas, amiga Claudia, mi protectora, mi esperanza; hora baja, que se va haciendo tarde, y me pesan los momentos que dilate el mirarla en mi presencia.

—Vaya, ya bajo; y para la subida, me encomiendo a Dios; pero sobre todo, señorito, me encomiendo tambien a su prudencia y... ¡Ah! mejor será que os escondais tras de la puerta, porque el susto de veros no la incline a volver atrás...

—Bien, bien, como querais, madre mia.

...

Y la vieja se santiguó, y ayudada de su cerilla comenzó a bajar pausadamente la escalera, y llegada a la tienda, entabló un diálogo, al parecer indiferente, con la inocente criatura, que, como hemos sabido, estaba sola con un hermanito de pocos años; y como se quejase de dolores en las sienes a causa de la tormenta, luego la brindó la vieja con que subiese a su buhardilla, donde la pondria unos parches de alcanfor que la remediasen, con que la prometió que la habia de dar las gracias; y la inocente creyó al pié de la letra el consejo de aquel maligno reptil, y luego emprendió con ella la subida de la escalera, encargando de paso á su hermanito el cuidado de la tienda.

Llegadas que fueron arriba, abre Claudia la puerta cuidando de cubrir con ella a su cómplice; vuelve entonces a cerrar, y este ya descubierto se arroja precipitado a los piés de la jóven, y la renueva con los mas vivos colores sus juramentos y sus deseos. La sorpresa y la indignacion privaron por un momento a

la niña del uso de la voz ; despues lanzó una mirada suplicante a la vieja, la cual con su diabólica sonrisa la dió a conocer lo que podia esperar de ella ; entonces aquella alma pura recobró toda la enerjía propia de la virtud ; en vano la vieja y el galan quieren detenerla ; en vano son los juramentos, las promesas, las amenazas ; arráncase violentamente de sus manos, corre desolada a la puerta, hace saltar los cerrojos, y aparece en lo alto de la escalera gritando : «*favor, vevinos, favor.,..*»

En el mismo punto se abren simultáneamente las puertas de las demas habitaciones ; y mientras los mas próximos acuden a preguntar a la niña, se oye acercar un estrepitoso ruido de un hombre armado de piés a cabeza que subia los escalones cuatro a cuatro, gritando desaforadamente...

— «Mi hija... mi hija... ¿quién me la ofende... ?

— A esta pregunta contestan el memorialista y el alguacil trayendo de las orejas a madre Claudia hasta plantarla de rodillas a sus pies, en tanto que el galan anónimo habia tenido por conveniente escapar par el tejado....

El zapatero, que subia a este tiempo la escalera en amor y compañía con la valencianita, mira escapar a su esposa de la buhardilla del químico, y se enfurece de veras, sin reparar que él tambien tenia por qué callar ; en tanto los chicos del cesante gritan que en el callejon de las esteras hai tres bultos escondidos que sin duda deben ser los facciosos ; y súbito el alguácil y el memorialista, y el tendero y el cesante corren a verificar su captura, a tiempo que las niñas de la viuda salen despavoridas gritando que no los maten, que no son los facciosos, sino sus novios, que a falta de otro sitio estaban hablando con ellas en el callejon.

El químico, que desde su chiscon observaba aquel embrollado caos, no halla otro medio para poner término a semejante escena, qne reunir multitud de mistos de salitre y plata fulminante, con que produce un estampido semejante al de un tiro de cañon, y a su horrísono impulso ruedan por la escalera todos los interlocutores de aquel drama ; el tendero con su hija ; el memorialista y el cesante con los chicos ; estos agarrados de la vieja ; las niñas de sus galanes ; el zapatero de la viuda ; la ribeteadora del químico ; y el alguacil de la valenciana, gritando «*Favor a la justicia ; dejadme a esta picarilla que es el cuerpo del delito...* »

IV.

DESENLACE.

Ocho dias eran pasados, y el alguacil, en virtud de providencia de su merced el señor alcalde del barrio, habia hecho desocupar toda la casa y colo cado a la vieja en una buena reclusion ; el tendero habia cerrado su almacen y caminaba con su hija ácia las montañas de Santander ; las niñas de la viuda, por disposicion de esta, trabajaban entre vidrieras bajo la direccion de *Madama Tu l Babiné;* el zapatero habia apaleado a su mujer y estaba en la carcel ; y esta se habia colocado bajo la proteccion del químico ; finalmente, la valencianita alquilaba un cuarto entresuelo calle de los Jardines, y al tiempo de estender el recibo daba por su fiador... al alguacil.

(Enero de 1838.)

EL TEATRO POR FUERA.

«Si hacen de mi humor desden
no tienen mas que gustallo ;
mientras por tonto echo el fallo
a quien no le sepa bien. »

IGLESIAS.

La escena cómica, asi como la gran escena del mundo, tiene dos aspectos. Uno interior, privado y reducido al estrecho círculo de sus sacerdotes y comensales, el otro público, esterior, y que dice relacion con la sociedad entera. Para entrar en aquel, es necesario hallarse iniciado en sus misterios, y tener una parte mas o menos directa en su accion ; para conocer este, basta solo ser espectador constante, y estar dotado en una dósis regular de observacion.

El teato *por dentro* comprende, pues, a los autores dramáticos, a los artistas, empresarios, empleados, espectáculos, material, decoraciones, transformaciones, vuelos, música y acompañamiento. El teatro *por fuera* le constituye únicamente el público espectador. Puede, pues, mirarse la cuestion de ambos modos ; o bien dando la cara a la escena y fijando la vista y la imajinacion en la finjida ilusion del espectáculo, o ya volviéndole la espalda y asestando el catalejo a la animada realidad de los espectadores. Bueno será por hoi prescindir de la primera cuestion, para ocuparnos eclusivamente de la segunda ; abandonar el interes dramático por el interes social, el mundo de carton por el mundo positivo, y buscar en el espectáculo cómico lo mas cómico del espectáculo ; que, si no lo há por enojo, no es otra cosa que el público espectador.

A la verdad que, considerado el sustento bajo este aspecto, no puede ser mas animado y profundo, y manejado por diestra mano dejaria de producir un asombroso interes. ¡ Ahí que no es nada ! mil o dos mil personajes de todos sexos y condiciones ; vírjenes y matronas ; viudas y reincidentes ; niños y viejos ; solteros y maridos ; Mesalinas y Lucrecias ; Marcos y Colatinos; patricios y plebeyos; sombrerillos y zagalejos; chaquetillas y gaban. Y todo es visual y jerárquicamente ordenado ; por clases, segun el blason heraldico ; por familias, siguiendo el sistema de Linneo ; por precios, al tenor de la balanza mercantil ; por sexos, a la manera fisiolójica de Russel; por trajes, segun el método de Utrilla ; por jenios y condiciones, conforme a la craneoscopia del doctor Gall.

Las seis y media... entremos en el teatro... Media hora falta aun para comenzar el espectáculo... ¡qué cosa tan triste es un teatro sin jente...! Es como si dijéramos un cuerpo sin vida, un cadáver yerto e inanimado... Y si el teatro es uno de los teatros de Madrid, ¡qué cosa tan fea ademas! Mirada desde las alturas la mezquina y económica *platea*, parece por sus diversos compartimentos una caja de estuche o *necesaire* sin las piezas correspondientes; mirando desde la platea los costados del edificio, recuerda las anaquelerías de nuestras boticas, o los simétricos nichos de nuestros cementerios.

La misma soledad, el mismo silencio que en estos, y a la escasa luz de algunas mechas encendidas provisionalmente en la lámpara central, se ven allá cerca del techo los retratos de algunos de nuestros cèlebres autores, los cuales solo despues de muertos han adquirido el derecho de asistir gratuitamente al espectáculo; y aun esto tan limitado y en sitio tan poco conveniente, que mas parece que aspiran a escapar a los troneras por entre las enormes piernas de un Apolo, que mas que Apolo parece un tambor mayor.

Conforme se va acercando la hora, empieza aquel solitario recinto a dar señales de vitalidad: ya es una puerta que se abre para dar entrada a un bulto negro que aparece en la arteria de las *lunetas*, el cual mira con interés a todas partes, hace un movimiento de impaciencia, y vuelve a salir precipitado; ya son algunas pausadas sombras que van a colocarse aisladas aqui y allá, quebrando asi la uniformidad de las *gradas* laterales, de los *bancos* céntricos, y de la altísima *tertulia*. Ora se escucha un animado diálogo femenil en los hondos abismos de la *cazuela*; ora el ronco sonido de una tos catarral y aguardentosa, revela al observador que algun ser viviente respira sepultado en los últimos confines del *patio*.

El nuncio de la luz aparece, en fin, por un agujero, y saltando por encima de los bancos con una cerilla en la mano, se acerca a la lámpara y comunica su influencia al círculo de *quinquets*, con lo cual, y concluida su tarea, avisa a los de arriba para que den vuelta a la máquina, y sube el luciente fanal con pausa y gravedad hasta quedar colocado a la media altura del espacio. Majestuosa operacion que observan con sorpresa y entusiasmo las tiernas criaturas que han asomado a los palcos, y de que huyen por precaucion todos los desdichados a quienes tocó sentar perpendiculares bajo la influencia de aquel mecánico planeta.

Quedan, pues, al descubierto las sombrías paredes del edificio, el ahumado techo, los mezquinos bancos y sillas; y sucesivamente van dando la cara las misteriosas parejas de los palcos *por asientos*, que no ven con buenos ojos aquella iluminacion, aunque escasa; luego ocupan la delantera de la cazuela todas las diosas de nuestra mitolojia matritense, y detras de ellas se van agrupando las modestas beldades a quienes no es necesaria tanta publicidad. Harpócrates, el dios del silencio, como todo lo perteneciente al jénero masculino, está desterrado de aquel bullicioso recinto, y mil y mil voces, si quier gangosas y displicentes, si quier melífluas y atipladas, se confunden naturalmente en armónico diapason, y mas de una vez sobresalen por entre los diálogos de los actores, o sobre los *crescendos* de la orquesta.

Dos campos iguales en dimension, diferentes en calidad, se dividen económicamente el elevado recinto conocido bajo el nombre de *tertulia*. Del lado de la izquierda, el sexo que solémos llamar bello, ostenta sus gracias peregrinas, sus injeniosos adornos y su amable coquetería. En el de la derecha, el otro sexo feo, juega las armas que le son propias, el desenfado, la galantería y la arrogancia. Crúzanse, pues, de la una a la otra banda las ojeadas, lan ante-ojeadas, los suspiros, las sonrisas, y otros signos espresivos de intelijencia, y volando a estrellarse en el techo comun, tornan a descender convertidos en vapor simpático, eléctrico, que estendiendo su influencia por todos los rincones de la sala impregna y embalsama a toda la concurrencia en igual amoroso sentimiento.

Suspicaz y meticuloso por estremo debió ser el primero que tuvo la ocurrencia de la separacion de los sexos en nuestros teatros... ¿y don de?... precisamente en un pais en que se miran reunidos en los templos, en el circo, y demas espectáculos públicos. A la verdad, nada se arriesgaba en apostar a que no fue marido celoso el que tal imajinó, pues si él lo fuera, a buen seguro que conviniese en abandonar bajo su palabra tres o cuatro horas a su esposa donde apenas alcanzara a divisarla. Sin embargo, sea dicho en verdad, esta costumbre, como todas las de este mundo, tiene su contra y tambien su pró; la mitad de los hombres dicen que es mala; la mitad de las mujeras la defienden por buena! y las otras dos mitades piensan en sentido contrario... Vayan ustedes a entenderlos, ni adivinar las razones que cada cual alegará. De todos modos, no puede negarse que cuando no sea otra cosa, presta cierto saborete de orijinalidad a nuestro teatro madrileño que no es de desdeñar para el curioso observador

Escepcion de esta austera conformidad es la triple fila de aposentos, donde a par que los sombrerillos y manteletas, vienen a colocarse las placas y bordados, las elegantes corbatas y los guantes amarillos; lo cual hace a esta seccion la mas armoniosa y variada del espectáculo. La luneta con sus aristocráticas pretensiones, los sillones y gradas con su público atento, intelijente y de buena fé, y el patio con su humilde modestia, sirven como si dijéramos de base a todo aquel artificio mecánico de centro de aquellos opuestos polos.

En esta rejion principal es donde tiene su asiento *el abonado*, especie de planeta teatral, mitad hombre y mitad luneta, que viene periódicamente a efectuar su conjuncion con ella todas las noches, y a formar las mas veces entreambos una sustancia homojénea de palo y de baqueta, para quien son indiferentes el compás clásico o el romántico vuelo, y en quien suelen embotarse las magnéticas sensaciones con que pretendiera el poeta electrizar al auditorio. Este obligado adorno de las filas mas avanzadas de la luneta, es de rigor que ha de entrar con solemnidad a la segunda escena del segundo acto, y atravesar en movimiento ondulatorio por el estrecho límite que permiten las piernas de los demas espectadores, no sin desagrado de estos, que en tal momento miran interponerse aquel cuerpo estraño entre sus ojos y la escena; pero la política exije el mayor disimulo, y que se repriman las muestras de aquel enojo, para corresponder con afectada sonrisa el elegante Adonis, que reparte sendas cabezadas a todos sus compañeros de banco. Llegado despues a su término final, a su luneta, que le

espera para recibirle en sus brazos, es indispensable que ha de bajar el asiento con notable estrépito, y de este modo atraer ácia su persona la puntería de todos los anteojos de los palcos; a cuya interesante atencion corresponde el abonado, permaneciendo en pié largo rato con la espalda ácia la escena, componiendo simétricamente el cabello con el anteado guante, sacando despues el pañuelo, impregnado en *patchouly* y *bálsamo de Turquía*, limpiando cuidadosamente los cristales del doble anteojo, y dirijiéndoles despues circularmente a todos los aposentos, la cazuela y la tertulia. Verificadas todas estas operaciones, el abonado se vuelve, en fin, a la escena, y si en tal momento alcanza a atraer una rápida sonrisa de alguna actriz, o tal cual disimulada cortesía de algun cantante, es como si dijéramos el bello ideal de la fortuna, la suprema dicha teatral.

El abonado por lo demas presta poca atencion al espectáculo, y como este nunca es nuevo para él, porque si es segunda representacion asistió igualmente a la primera, y si es primera vió tambien el ensayo, nada puede interesarle; antes bien mira con desden y aun con lástima la obligada atencion del auditorio, y el efecto imprevisto que sobre él suelen ejercer las distintas situaciones del drama; y cuando estas lleguen a su mayor interes, afectará volver desdeñosamente la cabeza, o hablará con los músicos, o se dirijirá a cualquiera de sus colaterales, diciéndole:—«Ahora el tirano va a darle la copa envenenada...»—Y cuando esto sucede, y todos los espectadores revelan en sus senblantes lo angustioso de la situacion, se ve reir la faz tranquilla del abonado, v escúchase su voz harto perceptible que dice: — «No tengan ustedes miedo, porque ahora va a salir la dama a matar al tirano con un agudo puñal.» —

Durante el entreacto, el abonado sube a visitar los palcos, y como bola de cubilete entra y sale de una en otra casilla, y ora le vemos en un palco bajo hablando en frances, y afectando la seriedad diplomática entre dos longanísimos estranjeros, ora en un principal, siendo la causa de la bulliciosa alegría de una coleccion de beldades que se disputan sus respuestas, sus miradas, y son exactamente del mismo parecer sobre el mérito de la pieza.

No menos interesante y animada otra seccion del auditorio sienta por lo regular en las filas céntricas; esta es la seccion de *los intelijentes*, y se compone, como quien nada dice, de los autores dramáticos, los escritores folletinistas, y tal cual actor en descanso que aquella noche no le tocó figurar. Esta seccion es bulliciosa de suyo, comunicable y espansiva; sus decisiones son absolutas y sin apelacion; pronúncianse *excátedra;* comision de aplausos la llaman unos, sociedad de seguros la dicen otros; pero los unos y los otros esperan con atencion las muestras inequívocas de su sentencia, y aplauden si aplauden, y silban por simpatía cuando escuchan a la intelijencia silbar.

Los demas compartimentos de la planta baja son ocupados en simétrica variedad por aquella parte del *respetable público*, que en el Diccionario moderno solemos llamar *las masas*: en cuya confeccion entran indistintamente los drogueros de calle de Postas, y el honrado ropero de la calle Mayor; el empleado vetusto, y el imberbe meritorio; el inesperto provincial, y el pacífico artesano; todos los cuales vienen al teatro los domingos y fiestas de guardar a divertirse con la mejor fé del

mundo, y a pillar de paso, si pueden, una leccioncita moral, y la diversion que encuentra no es nada menos que tres ajusticiados y un tormento ; y la moral que suelen beber, la que se destila de un suicidio o un par de adulterios.

Con lo cual, concluida la *diversion*, vuélvese a casa el honrado ciudadano, bien persuadido de que todas las mujeres son cortadas por el patron de *Catalina Howard o Lucrecia Borgia*, y que todos los hombres son poco mas o menos a la medida de los *Antoni* y *Ricardo Darlingthon ;* de todo lo cual viene a deducir que la peor jente del mundo son los hombres y las mujeres, que toda sociedad es una picardía, todo gobierno un embrollo, toda relijion una farsa, y toda existencia una pura calamidad.

Y a la verdad que la consecuencia no puede ser mas natural ; porque *si el hombre o la mujer* que se les ha representado en la escena ha sido un príncipe, por fuerza ha de haber tiranizado a sus pueblos, y ha de reunir el fanatismo y la crueldad, la hipocresía y el dolo ; si ha sido princesa, habranla visto dar convites envenenados, y entregar sonriéndose al verdugo la hermosa cabeza de su amante, o arrojar al rio a los favoritos con quienes ha pasado la noche ; si ha sido hombre del pueblo, por fuerza seria hijo de un verdugo, y habrá conspirado contra su mismo bienhechor, y se habrá levantado a fuerza de bajezas a las altas dignidades de la república ; si ha sido juez, naturalmente habrá sido seductor de su víctima y perjuro, venal y corrompido ; si ha sido esposa, habrá enterrado vivo a su esposo para dar la mano a su rival ; si ha sido madre, se habrá enamorado de su propio hijo ; y si fuere hijo, habrá ensangrentado su acero en el autor de sus dias; si ha sido relijioso, habrá abusado de su santo ministerio para seducir la inocencia o para ejercer sus venganzas ; si ha sido, en fin, amante, por fuerza ha sido movida por un amor vergonzoso y criminal.

Semejantes primores de la moderna escena son como si dijéramos el cuotidiano alimento que se da a un pueblo incauto a quien se pretende instruir y deleitar ; de esta manera se le enseña la historia en caricatura ; se le familiariza con las escenas patibularias ; se le aparta de toda creencia ; se le arrastra, en fin, a un abismo sin límite conocido.

Por fortuna esta exajeracion del colorido, esta brillantez de la mentira, lleva su correctivo en su misma demasía, y una vez disipadas las primeras impresiones, la razon va recobrando su imperio, y convirtiendo en ridículo aquello mismo que un momento se admiró como sublime. El observador filósofo no puede menos de reconocer esta benéfica reaccion, y mira con placer a la concurrencia, no ya ajitada y entusiasta ante las formidables peripecias del drama inmoral, sino distraida e indiferente, como quien no cree lo que mira, no pocas veces respondiendo con burlona sonrisa, en vez de las violentas lágrimas que la demandaba el poeta :

« On ne voit pas pleurer personne ;
pour notre argent nous avons du plaisir ;
et le tragique qu' on nous donne
est bien fait por nous rejouir. »

Pero veo con dolor que arrastrado por lo importante del argumento, me aparto insensiblemente de mi estilo y propósito, y como que parezco volver la cara a la escena, abandonando mi objeto, que es pintar al público espectador. Sin embargo, tiene tal relacion el efecto con la causa, que ápenas es posible tratar de aquel sin rozarse algun tanto con esta. Afortunadamente en este momento cae el telon y el drama desaparece; unas cuantas varas de lienzo se han interpuesto entre la sociedad fantástica y la sociedad positiva; los *Hernanis* y las *Tisbes* huyeron de nuestra vista, y ya solo tenemos delante las Tomasas y los Pedros; *el hombre* y *la mujer* se han convertido ya en mujeres y hombres; el castillo feudal en un menguado coliseo, y los canales misteriosos de Venecia, en los animados callejones de palcos y cazuela.

Aqui quisiera yo tener una pequeña dosis de la imajinacion poética de nuestros autores, para bosquejar aunque de lijero esta escena final, que aunque para algunos podrá parecer insignificante, es para muchos la que forma el principal interés del drama.

Los que conocen la estructura de nuestros teatros madrileños, saben ya lo menguado y oscuro de sus escaleras, sus estrechas puertas y pasillos, su taquigráfico portal. Pues bien; en aquellas escaleras, en aquellos callejones, y a la luz de aquellos farolillos, se verifica en el acto solemne de la salida la reunion misteriosa y armónica de quinientas parejas, que suben, que bajan, que cruzan, que corren de aqui para allá, buscando cada uno su cara mitad, y miran do de paso a las mitades ajenas....

De aqui puede inferirse sustancialmente el interés y fuerza cómica de semejante desenlace, la animacion y el movimiento de tal escena final.

El rápido mozalvete, que volando en alas de su amor y su deseo, atraviesa por sobre las piernas de los lacayos dormidos en la escalera, y va a situarse a la salida del palco, para tener ocasion de arreglar una manteleta o correr a avisar al cochero; el pausado esposo, que detenido por la jente que sale de las lunetas, se ajita y desespera por llegar a recibir a su esposa, cuando ésta baja ya cortesmente sostenida por una mano anteada que casualmente se encontró al paso; el amante desdichado, que al ir a ofrecer la suya al objeto de su ternura, se siente asir por una harpía de siglo y medio, que empieza ya de antemano a ejercer los rigores de suegra; los formidables lacayos asturianos cargados de almohadas y mantones que cruzan bárbaramente, abriendo un ancho surco en aquella apiñada falanje; los celosos papás que tratan de poner a cubierto las gracias de sus hijas, robándolas a las indiscretas miradas de los jóvenes que coronan en correcta formacion ambos límites de la escalera; las viejas, que llaman al gallego con voz nasal y angustiosa; los niños, que lloran porque los pisan, o que dominados por el sueño van tropezando en todos los escalones; los reniegos de los que van a tomar el coche contra los que no les dejan llegar a él; las imprecaciones de los que esperan ir a pié, contra los coches que obstruyen la salida; las pérdidas improvisadas de alguna dama; los hallazgos repentizados de algun galan; los chascos de tal cual amador que espresaba por una escalera, mientras el objeto de sus esperanzas descendia por la otra; las curiosas glosas del drama, que se escuchan en boca

de un mozo de Lavapies o de una manola del Barquillo; aquel eterno disputar sobre si la escena del veneno era mas bonita que la del tormento, o si la comedia estaba en prosa o en verso; aquel decir picardías del traidor, y salir poco satisfechos porque aunque se dice que le ahorcaron, no le vieron ahorcar; aquel comparar mentalmente al romántico galan ideal con el clásico marido efectivo; aquella rápida transicion desde las imajinaciones poéticas a las prosáicas, desde la historia finjida a la historia verdadera; todos estos son objetos dignos de observacion, y tan gustosos de ver como imposibles de describir.

El teatro, en fin, vuelve a quedar en silencio, y el alcaide cierra cuidadoso las puertas del templo de la ilusion; el poeta regresa a su modesta habitacion a dormir al arrullo de los aplausos o de los silbidos; el actor depone mantos y coronas, y toma paraguas y sombrero para dirijirse a cenar; el viento fresco de la noche disipa las quimeras en la ajitada mente del espectador, y cuando éste al poner el pie en la calle piensa todavía escuchar la terrible campana de San Marcos, reconoce con placer que no es nada de esto, sino que dan las doce en el reloj de la Trinidad.

(Febrero de 1838.)

EL RECIEN-VENIDO.

II.

Caminando calle arriba por la de Segovia de esta corte, y siguiendo fielmente con sus plantas de linea, ora recta, ora curva del arroyo; encojidas las rodillas, alta la cabeza, y las manos encajadas en las aberturas del calzon, se adelantaba paso a paso un hombre cuyas miradas codiciosas, y otras señales de estúpida admiracion, daban luego a entender serle del todo nuevos los objetos que por entonces herian sus sentidos.

De contado, la rústica villanía de su traje, los groseros alpargates, su calzon corto, pardo, flojo y descosido, su faja de estambre, chaquetilla o chupetin tambien pardo, y sombrero chato del mismo color, dejaban inferir su procedencia del riñon de Castillla, asi bien como su enorme vara de fresno atravesada a la espalda, haria sospechar su profesion de trajinante, si ya no la demostrasen claramente tres pollinejos y un mulo que a guisa de batidores le abrian el paso, casi escondidos entre los enormes sacos que pesaban sobre sus lomos.

Esta figura, cuyo aspecto semi-humano hubiera puesto espanto a quien la hubiera hallado en el interior de un bosque de América, dando mucho que pensar al viajero para clasificarle entre las diversas especies de mandriles, jimios, macacos y jockos, que describe Buffon, no era sin embargo nada de esto, sino una criatura casi racional, con sus tres potencias distintas, puesto que la del entendimiento, harto entumecida por falta de uso, casi casi hacia dudar de su existencia; era en fin, un ciudadano español, con sus derechos imprescriptibles y su cacho de soberanía, el cual ciudadano, en prueba de estos derechos, acababa de pagarlos a la puerta por los garbanzos y judías que acarreaba. Sabia tambien hablar (que no es poco), y en la misma puerta habia declarado llamarse *Juan Algarrobo* (alias *Cochura)*, y ser natural de la villa de Fontiveros, provincia de Avila, sexmo de san Juan, de edad de 25 años cumplidos en la última Navidad, de oficio arriero y de relijon católico-apostólico-romano.

Como era la vez primera que pisaba los angulosos guijarros de esta noble capital, ignoraba de todo punto la direccion de sus calles, y embebido en sus pensamientos (que tambien los solia tener a veces) dejábase guiar por su mulo, fiando al instinto de éste el conducirle a punto donde pudieran comer y reposarse.

Ya habia llegado al fin de la calle, y hecho la señal de la cruz delante de la de Puertacerrada, cuando le vino a la memoria que la consigna que traía de la tierra era a la posada del *Dragon* en la Caba baja; por lo que llamando cariñosamente a sus pollinos, los encarriló ácia la puerta de un barbero, el cual viéndolos entrar asi tan sin ceremonia, arremetió a las navajas, y hubiérales señalado de mano maestra, a no haberse visto interpelado por nuestro arriero, que con sombrero en mano y el *Deo gratias* de costumbre, le preguntaba las señas de la Caba baja.

Vaya el bárbaro (dijo el barbero) mucho de enhoramala, y átese en fila con sus burros para no incomodar a las jentes de bien.— Y cerró de un golpe las persianillas de su tienda, con que dejó a los recienvenidos en la perplejidad. El mulo, sin embargo, no debia ser lerdo y no por eso se desconcertó; antes bien dirijiendo el paso ácia una taberna, saludó con los hocicos varios platos de abadejo que a la puerta estaban, y que sin duda hubieron de parecerle bien; mas la intrépida guisandera (que por mas señas era una vizcainota gorda que se llamaba la señora *Juliana Arrevaygorregoyquirrumizaeta)* saltó de su asiento cazo en mano, y arremetiendo alternativamente, ya al mulo, ya al arriero, los echó de sus posesiones con una descarga cerrada de vocablos facciosos que tan claros fueron para el amo como para los mismos pollinos.

En majestuoso conclave reposaban tranquilos tomando el sol sentados encima de sus cubetas hasta cuatro docenas de mozallones gallegos y asturianos, los cuales viendo el aturdimiento del castellano y lo fuera de razon de la vizcaina, reian hasta mas no poder, hasta que uno mas caritativo indicó al forastero que la calle que buscaba se encontraba sobre su derecha. Mas fuese que el castellano no entendiese el lenguaje de Castilla o que el otro se lo dijese en gallego, hubo de tomar el rábano por las hojas, y comprender que habia de seguir la calle derecha y no la derecha de la calle, con que siguió majestuosamante por toda la plaza arriba, puerta del Sol, calle de la Montera y de Fuencarral, buscando la Caba baja; verdadero emblema él y su recua de la actual jeneracion española caminando con igual acierto al punto término de su felicidad.

Dejo a la consideracion del lector los muchos lances, siquier grotescos, siquier trájicos y fatales, que el pobre recien-venido hubo de esperimentar en tan larga travesía; hasta que viéndose ya cerca del cementerio, empezó a sospechar que no era por alli el camino de su posada. Por fin, despues de muchas preguntas y respuestas, dares y tomares, idas y venidas, tomó la vuelta de la Puerta del Sol, y al fin de dos horas cumplidas dió consigo y su comitiva en la Caba baja.

Luego que se vió en su posada, rodeado de racionales e irracionales compatriotas, despachado en comun mesa un razonable pienso de menudos y pimientos, amen de la cebada y la paja que con noble jenerosidad cedió a los pollinejos, hechos cuatro mimos a estos en señal de buena amistad, y cambiadas cuatro interjeciones machos con el mozo de la posada, acomodó sus alforjas y su manta en un rincon del último piso, y cedió al sueño los cansados miembros, quiero decir, que se durmió, sin dársele un ardite de la crisis ministerial ni de toda la demas batahola que por entonces traia alborotada a la corte.

II.

Aquella noche, como las demas, despues de la cena, habíase dispuesto por la noble compañía que ocupaba la posada una partidilla honrada de *truquiflor* y *se-cansa*, interpolada de sendos tragos de lo tinto, y amenizada con el agradable ruido de una alegre conversacion. Admitióse tambien en la rueda con notables muestras de benevolencia al recien-venido Avilés, ayudándole, a fuer de franqueza y amistad, a desechar el empacho que sin duda debia imponerle aquella nueva sociedad; con que mui luego se olvidó de todo punto que estaba en Madrid, y trasladóse en imajinacion a aquel ameno establo donde sus ojos vieron la primera material luz.

Tan engolfado iba estando en la partida, y tan sin penas ni desconcierto dejaba rodar sobre la mesa las medallas segovianas, que hubo de llamar la atencion de un viejo provecto y cari-acontecido que observaba aquella escena desde un ángulo de la mesa; él cual viejo no era nada menos que un honrado ordinario de Salamanca, el *tio Faco*, hombre de bien y chapado a la antigua, que solia pasar su vida en el espacio que media entre el Rollo del Tormes y la puente Segoviana; acarreador perpétuo de trigo candeal y de garbanzos de Cuarto de Armuña, de teólogos y filósofos en embrion, grandes guitarristas y futuras notabilidades del púlpito y del foro. Con lo cual y la buena ayuda de su entendimiento, habia llegado a ser un horroroso latino, como que sabia de memoria desde el *Musa Musæ* hasta el X *et Zeta*, y todos teníanle por hombre ademas prudente y sabidor, y aun hubo tiempos en que casi se vió espuesto a ser, como quien nada dice, sacristan de Calvarrasa.

Sea de ello lo que quiera, este tal Faco tenia como queda dicho a su cargo hasta un par de galeras que hacian periódicamente el viaje de Salamanca a Madrid, y como saben mui bien los que tal viaje hubieren hecho, es cosa consiguiente el pasar por la villa de Fontiveros, y siéndolo era preciso que el tio Faco hubiese en ella conocido a nuestro Juan Algarrobo, alias *Cochura*; siendo esto tan cierto, que varias veces se cruzaron en el camino y cambiaron las botas, o se dirijieron de comun acuerdo a casa del Juan a herrar una mula, o a arreglar las varas de la galera; razones todas mas que poderosas para tener y sostener una razonable amistad.

Conoció, pues, el viejo Faco que era la ocasion llegada de aventurar algunos paternales consejos a aquel incauto pajaruco caido voluntariamente y por primera vez en las sutíles redes de la corte, y asi llamándole aparte y llevándole a un rincon del zaquizamí, escupió dos veces o tres, hízole sentar, y le habló de esta manera.

— Amigo Juancho, ya tú sabes las obligaciones que nos debemos, como paisanos que somos y como amigos, y lo mucho que nos queremos tu madre Forosa y yo; asi que no estrañarás que venga aqui a ocupar su lugar y a darte consejos que en esa tu edad y en esta villa, luego luego habrás menester. Escú-

chame, pues, atento, sin jugar con la faja, ni mirar a los dedos, y clava en el majin todo lo que de mí oyeres, que dia vendrá, y no está lejos, en que lo recuerdes con agradecimiento, y pagues con él al viejo que te está hablando.

Has llegado, Juancho, a un lugar en que la precaucion y el consejo son necesarios para no perder un hombre el juicio escaso que Dios le dió; lugar en cuyas calles se aprende mas ciencia que la que enseñan nuestros doctores salamanquinos a los que frecuentan sus escuelas: lugar en que los chicos son bachilleres, las mujeres lincenciadas, y doctores los hombres, sin mas gramática que la parda, ni otras borlas ni mucetas que un poco de garabato en los ojos y en el pico. Con esto, y un esterior amable y lisonjero, tienen en sí la ciencia suficiente para enseñar al forastero lo que ellos llaman cortesanía y hacerle conocer que es a su lado ciencia inútil toda la que contienen sus libros. Pero no creas Juancho, que tan benéfica pasantía se dispensa aqui *gratis et amore* y sin su correspondiente por qué. Colejio es este en que mas que en los *mayores* peligra el bolsillo, y cuenta, si su apetecida beca no nos cuesta tambien la salud de cuerpo y ánima.

Quiérote decir todo esto porque sepas a punto fijo a qué lugar te han traido tus pecados o tu codicia, que quedará satisfecha si lograres vender algunos reales mas caros esos frutos que acarreas y no tomará en cuenta los peligros a que te esponen en semejante espedicion tu entendimiento ralo, tu memoria torpe, y lo arriesgado y simple de tu voluntad.

Esto supuesto, desconfiarás, Juancho, de tí propio y de los demas, hasta aquel grado que es lícito desconfiar, no tomandolo todo por el peor lado, ni echando juicios temerarios de que tu conciencia haya de acusarte, sino suspendiendo por lo menos el tuyo hasta cerciorarte de ser verdad lo que se te dice y aun aquello mismo que por tus ojos vieres y palpares con tus manos.

Recelaráste de los amigos fáciles, y que te hallares como suele decirse por bajo del pie, que no es fruta la amistad que nace espontánea, sino a fuerza de cultivo logra estender y hacer frondosas sus ramas. Todos en la corte te harán risueño el semblante; todos llamaránse tus amigos, si te vieren inocente y no poco dadivoso y desprendido; pero a vuelta de tus espaldas reiranse mui luego de tu mentecatez, y holgaránse con tus favores para mejor burlarse de tí.

A cada paso que dés hallarás jentes de tu condicion, de tu pais, y aun de tu parentela, que en este laberinto de la corte todas vienen a ser confundidas, por lo que habrás oido decir aquel dicho «*Madrid, patria comun, tierra de amigos.*» Aqui hallarás en efecto muchos o mas sutiles, o mas esperimentados que tú, que te brindarán con sus consejos, te darán la mano en tus especulaciones y tratos, y llenarán con nuevos proyectos tu cabeza de dudas, tu pecho de codicia y de ambicion. Huye, amado Juancho, huye esas relaciones peligrosas, y si aprecias tu tranquilidad no des oidos a consejos pérfidos de los que sobre tu ruina piensan levantar el edificio de sus medros.

Ni faltará tampoco a tentar tu flaqueza en esta cueva de los vicios aquella formidable enemiga de los humanos, la lujuria, que aqui en este lugar tiene su principal asiento y trono; y quiérola llamar por su nombre para que no vayas a confundirla, Juancho, con aquel otro amor sencillo y honrado de nuestras aldeas;

no, otros son sus colores, y preciso te será aprender a distinguirlos. No fies, por de pronto, en los halagos que alguna de estas encantadoras te prodigue a tu paso; ni escuches sus ruegos; ni creas de sus palabras; pues que ni tu figura está hecha para enamorar de un tiro, ni aunque fueras el mismo Adonis (de lo que distas mui bastante), seríate lícito ni conveniente creerlo asi.

No juegues juegos de azar, que no es bien arriesgar a una sota el fruto de nuestro trabajo, y si alguna vez lo hicieres cuenta que no es el azar tu solo enemigo, sino la mayor ciencia de tus compañeros, que en esto del juego los hai grandes profetas en la corte para predecir y acertar a quien le ha de favorecer el albur.

No compres jénero que no conozcas ni creas todo lo que vieres, ni te pares en todos los corrillos, ni quieras informarte de lo que nada te importa. Advierte que llevas en el semblante el sobrescrito de la villanesca simplicidad, y que de ella viven muchos de los entonados mercaderes y caballeros de la corte.

Cuando salgas a la calle procura seguir tu camino derecho y sin tropiezos ni atajos peligrosos; no dispustes sobre el paso, ni armes quimeras de preferencia o por consecuencia de tu incivilidad; cuenta que es cierto aquel refran del «gallo que canta en su gallinero,» y tú eres de otro corral, y a cualquiera lance no faltarán gallinas que te desplumen.

No des tu dinero a préstamo por alto que sea el interes, a menos que no te convenga ganarlo en el cielo; ni entres en mas negocios de los que por tí puedas manejar; y advierte que lo que en otros ves motivo de engrandecimiento y riqueza, serialo en tu nimia comprension de completa ruina; que el talento, Juancho, es el capital mas positivo, aunque a las veces suele ganarle por la mano esto que llaman la fortuna.

Tú, en fin, harás y procederás con buen consejo pidiéndolo al cielo en aquellos casos en que mas te vieres apurado, que el Señor es verdadero amigo que nunca engaña ni se hace el sordo cuando de buena fe se llega a implorar su auxilio. Y ora callo, aunque mucho mas pudiera decirte, a lei de anciano, y en fuerza del cariño que te profeso; pero veo que perderia el tiempo en esta ocasion, o acaso acaso la daria para que tú reconciliares mejor el sueño que preparas al arrullo de mis consejos.—

Y asi era la verdad, que el buen Juancho, en quien la voluntad, como queda dicho, era lo mas, escuchó atentamente y sin pestañear la primera parte del discurso de Faco, hasta aquel punto en que remontando este un tanto su vuelo, llegó a oscurecerse del todo a la vista de aquel, por lo cual dando licencia a los párpados, aunque parecia aprobar mudamente con las inclinaciones frecuentes de cabeza, no era otra cosa en realidad sino que a la sazon dormia un sueño mas que medianamente reposado, en tanto que el consejero trashumante esforzaba sus últimas razones para pintar los peligros de Madrid.

III.

Otro dia por la mañana salió Juancho a acompañar y despedir al tio Faco que regresaba a su tierra, y luego que le hubo dejado mas allá de Aravaca, rico de advertencias y consejos que por el camino le habia ido aquel repitiendo, volvió a entrar en Madrid; deseoso aunque no fuera mas que por curiosidad de conocer y desafiar esos lazos y peligros que su viejo consejero le habia tanto encarecido.

Como era tan de mañana, parecióle bien entrar a misa en la primera iglesia que topara, con lo cual pensaba santificar el dia, y prepararse con nuevas armas a sufrir los combates que ya empezaba a barruntar. Pero el diablo, que no duerme, y por consecuencia madruga aun mas que un arriero, hubo de escuchar este propósito, y prometerse allá en su interior jugar una morisqueta al buen Cochura.

Dispuso, pues, para ello, que el sacristan de Santa Maria (que fue la iglesia a donde aquel se dirijió) se hubiese dormido alguna cosa mas aquella mañana, con que la puerta permanecia aun cerrada; visto lo cual por Juancho, se determinó a esperar hasta que abriesen para oir la primera misa. Con esta intencion habíase sentado descansadamente en la escalera de piedra que sube a la iglesia, cuando de allí a un rato acertó a pasar un hombre de equívoca catadura, que fijando sus ojos en aquel descansado villano, como quien queria conocerle, compuso y compunjió su semblante y vínose a él con amabilidad, saludándole cortesmente. Tomando luego la palabra, estrañó que aun no estuviese abierto el templo, y manifestó su intencion, igual a la de Juancho, de escuchar la primera misa, cosa que todas las mañanas hacia, segun dijo. Seguidamente, como reparando en su traje y acento informóse del forastero de qué lugar era, y luego que hubo dicho de Fontiveros, empezó a contar aventuras que en él le habian acontecido, y a relatar grandezas de aquella tierra, y lo mismo hubiera sido si le hubiesen nombrado la China, puesto que ni una ni otra éranle absolutamente conocidas.

El simple Juancho contestaba a todas las preguntas con gran espontaneidad, en términos que a los pocos minutos sabia el interpelante tanto como él mismo de su objeto en venir a la córte, su condicion, carácter y demas circunstancias. Creció con esto la franqueza y correspondencia entre los dos *paisanos*, que así se llamaban ya, y tanto se engolfaron en su plática, y tanto por otro lado tardaba en abrirse la iglesia, que el dialogante propuso a Juancho una vueltecita por detras del Consejo, con que harian un rato de ejercicio, y de paso le mostraria aquella parte mas antigua de Madrid que llaman *la Morería*, en donde a la sazon dijo haberse hallado indicios mas que medianos de cuantiosos tesoros allí escondidos por los pícaros moros, en cuyo descubrimiento se ocupaban entonces todos los vecinos de aquel barrio, y quizás quizás pudieran ellos llegar tan a punto que les viniera a tocar una buena tarja en el reparto.

Creyóselo todo el inocente Juan al pie de la letra, con lo cual los dos compadres se dirijieron por aquellos sitios solitários ácia el punto en donde decian hallarse el teso-

ro, y en llegando a lo mas apartado y escabroso, — «Esta en que ahora entramos (dijo el madrileño) sepa vuesa merced que es llamada la *Cuesta de los ciegos;* aunque mas de cuatro han visto en ella lo que no querian; y supuesto que a ella hemos llegado, y supuesto tambien que a la ocasion la pintan calva, vuesa merced, señor castellano, se servirá de darme todo aquello que en su cinto le huela a moneda, que estos son los tesoros árabes que en semejantes sitios solemos buscar los intelijentes.» —

Pasmado se quedó nuestro arriero al escuchar aquella apóstrofe inaudita, cuya esplicacion dudosa al pronto, le fue luego mas clara a la vista de una enorme navaja de cachas, desenvuelta en las manos del amigo ; con que no tuvo otro remedio sino acudir a las agujetas del calzon y desembarcar de él hasta unos veinte y siete reales que entre plata y cobre, migas de pan y puntas de cigarros, pudo llegar a reunir. Hecho lo cual, el burlador saludó irónicamente a su víctima, y desapareció, dejándole entregado a sus tristes reflexiones.

No era malo el aviso para primero, pero no por eso Juancho se desanimó, antes bien achacándolo a la casualidad antes que a su propia simpleza, determinó en adelante no andar, sino reunido con los amigos que ya habia granjeado en la posada. Dirijióse, pues, a ella, y les contó su mala andanza, de la que no poco se holgaron, prometiéndose continuar enseñándole a despavilar los sentidos Propusiéronle trasladarse a almorzar a un famoso figon que estaba allí cerca, y el mas grave se acomodó al lado de Juan como para aconsejarle todos sus movimientos. Comieron y bebieron como era de esperar, a la salud del recien-venido, y luego de satisfechos, fueron desapareciendo, dejándole solo con el ama de la posada, la cual con corteses modales le intimó el pago del gasto que montaba hasta diez y ocho reales y catorce mrs.. satisfaccion a que Juancho, no pudo negarse, por ser, segun le habia dicho su Mentor, ordinario agasajo y deber prescrito a los forasteros recien llegados, el convidar a los que gustan de acompañarles.

Estando otro dia en el mercado con su saco de garbanzos por delante, llegó a él un caballero bien portado seguido de un mozo, el cual caballero, mirado que hubo en la mano la calidad de los garbanzos y calculado sin duda con la vista la del mozo que los vendia, entró luego en ajuste en que mui pronto se convinieron, diciéndole: — «Déselos a ese mi criado que él los conducirá acompañándole usted a donde le sean satisfechos.» — Acordóse en este instante Juan del lance del tesoro, y cosiéndose de todo punto al lado del mozo conductor, determinó no perder su pista, como asi lo verificó, hasta llegar a una casa, en que subiendo uno tras otro la escalera, llegaron a un callejon en donde dijo el mozo a Juan que mientras llamaba a la puerta esperase de la parte afuera. Siguió en esto por el callejon adelante, y pasáronse minutos y minutos, y luego horas y horas, y el mozo ni el dinero no parecian ; con que alarmado un si es no es el castellano, siguió por el mismo callejon, y dió consigo en otra escalera que comunicaba a distinta calle ; esto le dió sospechas, llamó a todas las puertas, nadie le daba razon, antes bien le tenian por impertinente, y echábanle fuera con malos modos ; hasta que tropezó con unos chicos que le dijeron que hacia ya dos horas que habian visto bajar por aquella escalera al mozo cargado con el costal, con lo cual no dudó ya de su mala ventura, y pelóse las barbas, y torciósе

los puños, derramando unos lagrimones como nabe de agosto, y haciendo unos jestos que dieron no poco que reir a todos los chicos del barrio.

Cabizbajo y meditabundo regresaba nuestro Cochura a la posada, cuando vino a herir sus ojos un objeto que alegró su corazon, hizo nacer su esperanza, y borró con húmeda esponja todos los negros colores de su tétrica imajinacion. Como llevaba fijados los ojos en el suelo, parecióle ver relucir entre las piedras una cosa que primero se le antojó cristal, luego boton, luego medalla, hasta que conoció claramente ser un escudo de a ocho que por acaso alguno debió dejar caer en el suelo.

No salta con tanta rapidez el emboscado gato a la súbita presencia del tímido ratoncillo, como el aventurado Juancho se abalanzó con todos sus sentidos a poderarse de aquel inesperado presente; pero por mucha que fue su prisa, no pudo evitar el que otro hombre (que sin duda estaba alli de intento) adivinando su intencion corriese simultáneamente al mismo punto y pusiése mano a la moneda en el mismo punto en que Juancho la tocaba tambien. Encontráronse, pues, ambas cabezas con un choque nada comun, aunque con pérdida del desconocido, por la mayor solidez de la de Juan; encontráronse los dedos agarrando cada cual por su lado la medalla; encontráronse en fin las malas razones sobre la propiedad respectiva de ella. Cada cual alegaba las suyas, cada cual decia haberla descubierto antes, cada cual lo echaba a mala parte y parecia disponerse a defender su conquista. A las voces acuden varios curiosos, y uno de ellos, llamado de encargo, se erije en nuevo Salomon, y oidas las partes manda dividir aquel tesoro; convienense en ello; dá Juan a su contrario cuatro pesos en plata mitad del hallazgo, y marcha brincando a su posada con la medalla orijinal. Quiere, sin embargo, cambiarla, para atender a sus menesteres, entra en un estanquillo a comprar unos cigarros; el cigarrero la mira y la pesa, la prueba, la ensaya y rasguña, y echando sobre el inocente Juan una mirada de indignacion: — «Pícaro labriego (le dice), ¿a mí me vienes con moneditas falsas? ahora verás lo que hago con ella, y cuénta con tu lengua no la suceda lo propio.» — Y sin mas preliminar agarra en una mano un clavo, en otra el martillo y clava la moneda en el mostrador, a vista y no con paciencia del desesperado Juan, que hasta entonces no reconoció todo el embuste del hallazgo, de la disputa, y del jucio del reparto.

IV.

Estos y otros semejantes lances enseñaron en fin a Juan a recelar de todos los hombres, en términos que huia de su encuentro y parecíale ver en cada uno un enemigo nato de su bolsillo y seguridad. Pero al fin era un ser humano, hecho para vivir en esta que llamamos sociedad, y no podia por lo tanto pasarse sin el humano trato y comunicacion.

Una tarde, entre otras, que se habia engolfado en las vueltas y revueltas del famoso cuartel de *Lavapies*, buscando en la humildad de sus casas alguna analojía con la de su villa natal, vió sentadas a la puerta de una de ellas, dos figuras, aunque de igual sexo, de bien distinto aspecto y catadura.

Era la una, vieja, arrugada y mezquina; con sus tocas por la cabeza, las manos en el rosario y los ojos clavados en el suelo; parecia la otra moza como de veinte y dos, esbelta y rozagante, con su zagalejo corto, mantilla de tira echada a la espalda, peineta terciada y cesto de trenzas en la cabeza. Mirando a la primera, enfermára de espanto el pecho mas valiente y denodado; considerada la segunda, tembláran las rodillas mas sólidas y robustas. Juan, como era de pensar, apartó rápidamente los ojos de la vieja, y descansólos un breve rato en la moza, y ya el aspecto de esta iba empezando a obrar una revolucion completa en su físico interior, cuando creció de todo punto su turbacion viéndola dejar su silla precipitada, y correr a él con los brazos abiertos, diciéndole.

—«Juancho, Juancho, el mi borrego, el mi pachon; ¿quién diablos te ha traido por esta tierra de Madrid? Mírame bien, ¿no me conoces? ¿no te acuerdas de *Carmela*, la hija de la tia Ursula y del tio Pepon, nieta de *Traga cepillos* el sacristan? ¿Te acuerdas de cuando jugábamos juntos en el corral del tio *Purgatorio*, y aquella tarde que matamos todas las gallinas de la ama del cura? ¿te acuerdas? ¡bobon....!»—

Y dábale cariñosamenté en la barba con la punta de los dedos, y Juan con una cara risueña y como burra delante del prádo, nada respondia, sino estábala mirando todo embelesado y suspenso, y asi acertaba a hablar como si tuviera pegada la lengua.

La buena vieja que permanecia sentada ocupada con su rosario, hubo de reparar en aquella escena, y sin levantar los ojos del suelo.—«Niña, niña (la decia), cuidado con lo que se hace, que en la calle estamos y casa hai, a Dios gracias, donde no dar que decir: deja, deja a ese mozo, y no le encandiles, que aqui a nadie se obliga a nada, y únicamente se sirve a los que lo piden, con amor y buena voluntad como Dios manda.»—

—Déjeme V., madre Claudia, decia la muchacha, déjeme V. que le hable, que es mui querido mio y de mi mismo pueblo, para servir a Dios y a mí, y en un tris estuvo el que hubiéramos sido matrimonio, a no ser por aquel pícaro de don Luis el estudiante, que me sonsacó y me llevó consigo a Salamanca.»—

A todo esto ya habia vuelto Juan de su letargo y reconocido puntualmente a su antigua propincua, la que, con licencia de la vieja, le entró en la casa, donde a vuelta de un par de copas de aguardiente le contó toda su historia, que era por manera entretenida, desde que salió de Fontiveros a cursar a Salamanca, hasta graduarse de doctora en el Lavapiés de Madrid.

Y estando en esto entró por la puerta adelante y con determinada franqueza un hombre que luego al punto reconoció Juan por aquel que le habia enseñado el tesoro de la Morería. Empezó á temblar como un azogado, figurándose que ya le veia con la de las cachas en la mano; pero Carmela que conoció su turbacion, mandó al otro con imperio que se saliese a la calle, y que fuese a esperarla a la taberna de en frente. Hizo ademan de obedecerla, y ya empezaba Juan a respirar a sus anchuras, cuando en éste un «*¡Dios nos asista!*» pronunciado enérjicamente por la vieja que se habia quédado de la parte afuera, vino a interrumpir de nuevo aquel duo casi casi en el momento de empezar el alegro.

— «¿Qué es eso? esclamó rápidamente la moza, asomando la linda faz a la puerta de entrada.

— Nada, nada, prenda (dijo un hombre vetusto y cuadrado con su baston de puño blanco en la mano, señal de autoridad); no hai que asustarse que no hai para qué; todos somos conocidos, y VV. mui particularmente de todo el barrio: aqui no hai mas sino venir yo en busca de este pájaro que de aqui salía, y que hace ya dias buscaba la justicia por estafador y bribon de a folio; en cuanto a VV. todo el mal será por de pronto el mudar de habitacion, y seguirme con los demas presentes lade la villa, en donde podrán a su sabor proseguir la plática comenzada. —

Aqui fueron los inútiles gritos de la vieja, las lágrimas poderosas de la moza, los juramentos del galan fantasma, los berridos de Juan Cochura; pero de nada sirvieron; antes bien formando armonioso grupo de vieja hechizera, mujer falsa, espía, víctima, corchetes, guardas y acompañamiento propio de un drama romántico, fueron todos conducidos a la casa comun, de la cual a vuelta de algunos meses, sustanciada la causa y desustanciado el Juancho, pudo salir al aire libre y y regresar a su pueblo, donde era cosa de oirle contar sus aventuras de recien-venido en la corte, en esta que suelen llamar *la patria comun*, *la tierra de amigos*.

(Agosto de 1838.)

LA ESPOSICION DE PINTURAS.

« *Anch' io son pittore.* »
CORREGGIO.

Al estampar el título de este discurso, ya veo mentalmente a mis lecteres abrirme paso y dejarme marchar delante, con la intencion sin duda, de recorrer conmigo las salas de la Academia, y escuchar benévolamente las observaciones críticas que sobre cada cuadro haya de estampar en mi cartera. Veo tambien a los artistas y aficionados torcer el jesto, y formar corro en frente de mí, como demostrando desconfianza de mi pobre opinion, y aguardando que la someta ala suya intelijente. Escucho tambien las insinuaciones de los amigos de los enemigos, y de los enemigos de los amigos, que quieren piadosamente intercalar entre renglones de mi discurso los suyos propios, y aspiran a convencerme con el piadoso objeto de que yo convenza a los demas de lo que ellos no están convencidos... Los unos me intiman majistralmente la superioridad de tal cuadro... los otros me escitan labilis sobre la incongruencia de otro... cual quiere que empiece por el orden cronolójico o de antigüedad; cuál por el de títulos académicos; aquel aboga por las composiciones históricas; este por las descriptivas y pintorescas; y estotro, en fin, por las comparables, y de *d' aprés nature*...

Alto allá, señores mios, que no todo ha de ser para ellos. Vuesas mercedes me perdonarán por hoi, pero no puedo servirles como quisiera, porque no traigo bastante provision de elojios en el tintero. Dia vendrá, y no está lejos, en que componga su licor con arabesca goma y azucar cristalizado, y entonces me tendrán al su mandar para hablar de sus producciones con aquel entusiasmo que es el del caso... Lo que es por hoi no vengo a ver la esposicion, sino a tomar parte en ella; quiero decirles que *yo tambien soi pintor* (si no lo ha por enojo) y en prueba de ello — zis... zas...—Y abrí mi envoltorio, desarrollé mi lienzo, y se le presenté con el debido respeto a la comision revisora de profesores, permanente en el entresuelo de aquel templo de la inmortalidad.

Y como espero que la decision de aquel artístico jurado habrá sido favorable, y habrá acordado esponer al público la dicha obrilla, de mi débil pincel, paréceme del caso dar aquí a mis lectores el testo o programa de ella con las convenientes notas y ampliaciones para que los menos intelijentes puedan comprenderla.

Mi cuadro representa el interior de un noble edificio que en tiempos atras construyó un célebre arquitecto llamado *Ribera*, a quien estamos convenidos en apellidar *oprobio del arte*, porque hizo cosas que no estaban escritas en Vitrubio ni en Paladio; y cuya sombra, picada contra los diarios anatemas que resuenan contra él en aquella casa, responde, no se diga victoriosamente, con la casa misma, y aun se rie de los que se rien de él, y de muchas obras modernas, escondiéndose entre los caprichosos follajes de la fachada del Hospicio.

En cuanto al edificio que representa mi cuadro, fue construido con destino a *Estanco del Tabaco*, hasta que el señor D. Cárlos III (de gloriosa memoria), dispuso estancar en él cosa de mas interés, reuniendo para ello con la mejor intencion «*naturaleza* y *arte bajo un techo*» como dice la inscripcion de la puerta, con lo cual y desde entonces permanecen allí estancadas, estrechas y sin poder medrar. Pero volvamos a mi lienzo.

Un patio cuadrilátero y a cielo abierto, forma su primer término (porque es de advertir que este mi cuadro no pertenece a la escuela clásica, antes bien es un mosáico de grupos y perspectivas que de término en término le hacen interminable). Vénse en el dicho patio colocados al aire libre, y como desafiando las iras del cielo, diversas pinturas .. pero no; las pinturas de los otros no se ven en la mia, porque de intento he procurado yo estender la sombra, allí donde aquellas deberian estar colocadas. Solo se ve, pues, el piso plano, reflejado perpendicularmente por la luz de mi paleta, y un pueblo numeroso, que viene, que va, que entra, que sale, que habla, que mira, que rie, que bulle, que tose, que murmura, que confunde, en fin, y arrebata la vista del espectador. Si éste sigue con ella los demas puntos términos del cuadro, hallaráse alternativamente con los dobles ramales de una magnífica escalera con pisos bajos y altos, salas estrechas y espaciosas, callejones y galerías al Norte, al Sur, a Levante y Poniente; cuales diáfanas y transparentes; cuales sombrías y misteriosas, segun su respectiva situacion; pero todas ellas cubiertas de pinturas sus paredes, de pueblo numeroso su pavimento.

Supongo al espectador colocado en el sitio que ocupaban los cuadros.... Es claro que no puede ver estos.—Pues entonces ¿qué es lo que ve?—Ya he dicho que verá el mio.

Abran los ojos y miren, y aunque al principio se ofusquen con la confusion de mi brocha desaliñada, ya irán buscando las luces, y colocándose a la distancia conveniente para abrazar el conjunto.

Ese corro que ven VV. ahí a la izquierda, de figuras llenas de vida y espresion, es el *círculo intelijente*; el mismo que distribuye y níega las reputaciones artísticas. Compónese de maestros jubilados del arte, y antiguos aficionados que acostumbraban a ir con Goya a los toros, y por consecuencia son mui conocedores en pintura: jente vetusta y poco pintoresca en sus personas, malos contornos, peor espresion, y rematado colorido, como que el que menos cuenta seis decenas debajo del peluquin. Si pudiéramos escuchar lo que parecen decir, verian VV. como luego sacaban la conversacion de Roma y de Bolonia, adonde

fueron, y de donde volvieron hechos unos Rafaeles (vamos al decir), y llenas las cabezas de Marco Antonios y Cleópatras, y Danaes y Mercurios, y Rómulos y Coriolanos; con aquellas caras y aposturas de dolor artístico, y de amor o de alegría arreglados a escalera romana; aquellos pliegues cuidadosos como los de sobrepelliz cardenalicia; aquellos cielos en que no es facil averiguar qué hora es; aquellos muslos, aquellos brazos contorneados y puestos allí de intento como diciendo «miradme;» aquel colorido arreglado a receta, y en que no se atreveria a entrar un dracma ni de menos ni de mas; aquella accion, en fin, tan única, e indivisible como la república francesa.

Miren VV. allá mas abajo reproducido el mismo grupo, que marcha en convoi, y se ha parado delante de un cuadro nuevamente espuesto, que sin duda debe pertenecer a algun artista de diversa comunion. Ahora ya no hablan de la vieja escuela; hablan, sí, de la nueva, y echan sus ojeadas oblicuas al lienzo, y sonrien y manotean, y señalan con el dedo, y alguuos mas decididos hacen como que dibujan o contornean con él, segun su estilo, lo que le falta o le sobra a la pintura representada; y otros mas serios suspiran y fruncen el jesto como lamentándose de la profanacion del arte; y por último, aquellos de mas allá parecen contemporizar diciendo —«*Es buen muchacho el autor... tiene chispa..... promete bastante... sino estuviera viciado...* Y con estas o semejantes espresiones ábrense paso por medio de la concurrencia que se apresura a admirar el cuadro, y dejan escapar sobre aquella y sobre este una mirada alternativa de compasion y de desprecio.

Pues volvamos la cabeza a ese otro círculo mas ajitado que observa al primero... Repárenles VV. bien... Sombreritos ladeados, levitines románticos, barbas y melenas... edad entre los veinte y los treinta, fruta de este siglo inquieto y mercurial.... charla sempiterna, mucha espresion de ojos... mucho manoteo... mucha risotada...; pues eso es la España artística del dia, quiero decir, el círculo nuevo, la escuela flamante, idólatra de las almenas y puentes levadizos; de las aceradas cotas y del blanquísimo cendal; que solo acierta a ver a la palida luz de la luna; que solo sueña escenas terroríficas, combates horribles, adulterios y asesinatos; que ilumina sus cuadros al resplandor de las llamas que consumen la ciudad, del rayo que rasga las nubes, o a la trémula luz de la lámpara sepulcral. Ellos, esos jovencitos alegres y bulliciosos, son los que nos trasladan al lienzo los rostros patibularios, las sonrisas infernales, *la abominacion de la desolacion*; que gozan y se recrean en colocar la sanguinosa daga en el seno de la inocente virjen, o salpicar de sangre el desgarrado manto de matrona; que ponen en las manos del *héroe* el desnudo puñal o la fatídica pistola, al ave agorera sobre las ventanas labradas del palacio, o las borrascosas olas batiendo las rotas murallas del castillo feudal.

Pero apartemos la vista de tan singulares escenas, y descendamos a esta sociedad práctica y positiva, prosáica y risueña, bulliciosa y amiga de sensaciones de todos jéneros... Busquémosla, por ejemplo, en aquel triunvirato de bellezas que se adelanta de frente, contemplando con igual indiferencia las románticas catástrofes y la clásica beatitud... Para ellas y para el numeroso séquito de apasionados que las rodean, en vano Murillo adivinó la pureza virjinal del rostro de la madre de

Dios; en vano Velazquez sorprendió el secreto de la naturaleza; en vano Rivera trasladó sus dolores y su mas violento padecer.

—¡Ai Jesus, mamá, qué cuadro tan asqueroso... yo no sé por qué le miran tanto... no parece sino que Murillo habia sido practicante de algun hospital (y esto lo dicen tapándose las narices y apartando la vista del magnífico lienzo de Santa Isabel.)

—Por cierto, (exclama alguno de aquellos celosos almivarados) que estos españoles antiguos no sabian pintar mas que santos y mendigos.

—Sin duda debian de ser mui feos nuestros pasados (prorumpe otro como creyendo decir un chiste), porque todas las caras que nos representan sus pinceles son tan inverosímiles que hacen horror.

—Si hubieran tenido delante (replica el primero) los modelos que nosotros alcanzamos la fortuna de mirar ..

—¡Ah.... ah .... ah....! (interrumpen riendo las señoritas), vaya Carlitos, que no pierde V. ocasion de hacer un agasajo.

(Y el mozo se contonea y se arregla la corbata, y pasa su anteado guante por entre los rizos de sus melenas.)

—A propósito de bellezas (dice otro), y dejando estos santos en su paraiso, vean VV. ese hermosísimo rostro que delante tenemos, trasladado con verdad de un mas hermoso orijinal... ¿No la conocen VV.? ¡Qué majestad! ¡qué nobleza! ¡qué trasparencia de tez! ¡qué perfeccion de facciones!

—Cierto, don Enrique, (una de las bellezas interrumpe picada al orador) cierto que es mui hermosa; pero lo es mas en el retrato que en el orijinal... ya ve V... no era el leon el pintor.

—Señorita...

—¿Pues no ve V. esos labios y ese pecho, y...? luego, que yo no me acuerdo de haberla visto ese vestido tan elegante; y ademas que tampoco el peinado está de moda.

—¡Oh! pues entonces no hai mas que hablar, Enrique; Matildita tiene razon, y yo no sé cómo tú puedes alabar...

—Señoras, no es decir que... pero yo solo hablaba de la pintura.

—Vamos, vamos de aqui, niñas (grita la vieja): ¡ai Jesus! y qué empujones, y qué mal olor... ¿Por qué dejarán entrar a estas jentes en la Academia?

—A la verdad (replica un mancebo), que no será por falta de *orijinales*.

(Y diríalo sin duda por aquella falanje de Alcorconeros que alli aparece, los cuales, como amigos de las artes, han venido a dar un vistazo a la Academia, mientras otros, sus compañeros, arreglan el puesto para la venta en la feria de sus obras de esculturas de cocina.)

—«Míala, míala qué garrida y qué frescachona está... el dimoño me lleve sino es la virjen.

—La virjen es, que tien una cosa a manera de rosario en el pecho y toa la mano llena de sortijas: ¡ai quien la llevára a nuestro señor cura...

—Calla, bruto, que pue que mos oiga algun alcalde, y luego coja y mos embargue los pucheros, que por menos suelen hacerlo estos señores de Madril.

—Abate el otro que bigotes tiene y que uniforme tan majo y tan... apostaría que es aquel comendante que antañazo pasó por el puebro en busca de las ficciones ...

—¡Quia e ser, si aquel corria como un gamo y a estotro no se le ven las piernas!

—¿Y qué hacen ahí esos flaires con sus capuchas .. ¿pues no hician que los han distinguio...?

—Calla, tonto, si estos son como aquellos que hai en la igresia del puebro, que se están siempre quietos y no tienen mas que sus personas. . por eso no les han quitao...»

Y por este estilo siguen sus comentarios, marchando en columna cerrada por todas las salas, cojidos de las manos, la nariz al viento, los ojos y la boca de par en par... Lo que mas suele incomodarles es que los celadores de las salas no les dejen tocar los cuadros; pero siempre que miran al retrato de señora se persignan y dan golpes de pecho y miran en derredor como buscando la pila del agua bendita.

Imposible seria seguir este armonioso cuadro en todos sus infinitos detalles; en el patio como en la escalera, en las salas como en los callejones, la misma animacion, el mismo movimiento, iguales preguntas, respuestas semejantes.

Ya es un honrado mercader con su levita cumplida y reluciente, paño de Tarrasa tinto en lana, fruta del almacen, que se pasma y estasia delante de las miniaturas de la sala baja, y de las infinitas traducciones libres del *Cuadro de las lanzas y el Pastor de la Cabra*, ordinario pasatiempo de los nuevos aficionados; y en tanto que admira el primor imitativo del pincel, no siente ni echa de ver que otro injenio precoz le saca con mucho cuidado el pañuelo del bolsillo; item mas, la caja del tabaco, y un melocoton que le habian regalado en la feria.

O bien es un abuelo veterano, ex-individuo de no sé qué ex-cuerpo, que conducido diestramente por una nietecilla de quince abriles, linda como una esperànza, se pára de pronto sorprendido y petrificado delante de una cabeza de Medusa, dibujada al lapiz, y elegantemente encuadernada en laboreado marco, por bajo del cual se ve esta patética dedicatoria:

A su amado abuelo
dedica esta cabeza de Medusa
su nieta

FULANITA.

Ya se escucha un refuerzo saliente al confuso bisbiseo de la conversacion jeneral, y lo produce el encuentro *casual* dispuesto en la tertulia de la noche anterior, entre dos lindas bailadoras y sus dos parejas de cotillon; los cuales se deshacen a cumplimientos con los esposos respectivos que marchan a distancia; y les hablan con entusiasmo del claro oscuro y de los matices: y los llaman la atencion ácia un cuadro, y miran por detras de él a los orijinales que delante tienen; y abren paso a estos por entre la inmensa concurrencia; y se precipitan a darlas la mano y sostenerlas en la infinita combinacion de subidas y ba-

jadas de la tal casa ; y dicen pestes de sus callejones, entre tanto que debieran bendecirle.....

Mas allá es un grupo de futuros ciudadanos, que lloran porque los pisan o porque los estrujan el sombrero nuevo, y dicen que no yen, y el papá les coje en los brazos y les dice :

—«Ese que allí veis, es Alejandro, un rei mui poderoso que hubo en España en tiempo de los moros, que conquistó la Alemania, y por eso le llamaron el Magno, y cuyo sepulcro se encuentra en las Salesas nuevas al lado de la epístola.» —

Luego se escuchan las risotadas de ciertos mozalvetes que han estado haciendo anatomía de un mísero retrato de viaje, mui grave y mui circunspecto, y cuando vuelven la cabeza echan de ver que tenian por oyente al orijinal.

Ya es un mancebo que se atusa los bigotes y se coloca en posicion en el quicio de una ventana, procurando conservar la misma actitud que en el retrato que delante tiene, para que todos los transeuntes puedan hacer la comparacion.

Ya, en fin, es un artista que enseña los piés por entre los del caballete que sostiene su cuadro, y escucha allí a su sabor el juicio contemporáneo del pais.

«¿Han visto ustedes a la Fulanita qué bien está?
—De mi cuadro hablan (dice el pintor).
—Admirable, contesta con entusiasmo un apasionado al modelo.
—¡Valiente cabeza! (esclama el artista).
—¿Lo dice usted por mal? (contesta el amante).
—No, señor mio, antes bien digo que es un rostro mui bien pintado.
—Caballero, eso parece tener un doble sentido, y es menester que usted sepa que el rostro en cuestion no se pinta, y...
—¡Cómo que no se pinta!
—No señor.
—¡Pues si la he pintado yo!» —

Toca en esto mi cuadro a su estremo término; desaparece prontamente la luz por el sencillo medio de cerrar los balcones; mírase deslizar la concurrencia agolpándose ácia el portal; quedan desiertas las salas, el patio y escalera; suenan llaves y cerrojos, y al bullicio y movimiento sucede un silencio sepulcral... No hai que estrañarlo; el reloj de la Aduana acaba de dar *las dos*, y los estatutos de la Academia *previenen* que a aquella hora se comia en tiempo del fundador.

Hé aquí mi cuadro. ¿Querrán los señores directores darle un lugarcito en la *Esposicion*.?

(Setiembre de 1838)

TENGO LO QUE ME BASTA.

« Le peu qu' on travaille c'est pour parvenir á ne rien faire ne rien faire est ici le bonheur »

DUPATI.

Todos los autores que han tratado de nuestra España han pretendido pintar a su manera el carácter nacional. Conviniendo casi todos, por lo regular, en nuestra poca aficion al trabajo, cada cual ha motivado esta circunstancia en diferente causa. Unos, por ejemplo, dijeron, que era debida a la influencia de un clima ardiente y voluptuoso; otros a la fálta de estímulo y galardon; cual la achacó a orgulloso desden; cuál a invencible pereza.

Tambien yo he sabido participar alternativamente de tan distintas oponiones; pero reflexionándolas bien y combinadas en mi imajinacion aquellas causas, me inclino a creer que las que llamamos tales, no son sino efectos, y que este vicio de nuestro carácter consiste en que no participamos de otro vicio mayor, que es el de la ambicion; sin cuyo poderoso estímulo todos los tratados morales ni las leyes civiles son y serán ínsuficientes para hacer al hombre transijir con la obligacion de trabajar constantemente.

Ahora bien; ¿por qué esta falta de ambicion en los españoles, cualidad escepcional que les distingue entre todos los pueblos de la moderna Europa? ¿Será acaso nacida de virtud ascética que imponga un ríjido freno a los demandados deseos del corazon? ¿Será por filosofía práctica y sincero desengaño de las ilusiones del mundo? Será, en fin, por hallarse todos constituidos en tan feliz situacion que nada tengan que envidiar, nada que trabajar para conseguir?

Reflexionemos, pues, y echaremos de ver que hai algo de todo; de virtud, de filosofía, y de bienestar. Me esplicaré.

Hai algo de virtud, porque virtud es aquella dignidad del alma, que otros llamarán arrogancia, que nos hace repugnantes la idea de cometer una bajeza; aquel sentimiento de amor propio que nos inclina a amar la independencia, y nos traba la lengua si intentamos dirijir espresiones de lisonja y sumision a otro ser que miramos como igual; aquel invencible tedio con que solemos mirar toda ocupacion en que creamos ver rebajada la dignidad del hombre, toda sujecion que llegue a comprometer su preciada libertad.

Hai algo de filosofía, porque filosofía es la moderacion de los deseos, y la tranquilidad del ánimo, la reduccion de nuestras necesidades al menor término posible, el desprecio de los falsos oropeles y la uniformidad sistemática, en fin, de nuestro pálido existir.

Hai algo de bienestar; porque bienestar es hallarnos acostumbrados a la frugalidad y aun la miseria; comer con alegria el pan moreno; vivir contentos en una mezquina habitacion; envolver nuestra descuidada persona en una parda capa, y recibir sentados largas horas el gratuito beneficio de la presencia del sol.

En sociedades mas avanzadas o mas codiciosas, los hombres se ajitan continuamente para llegar a aumentar la série de sus gozes, que mui luego convierten en otras tantas necesidades. Cuál riega con copioso sudor una tierra ingrata, para obligarla a producir variados frutos con que haga mas regalada su existencia; cuál modifica y combina las invenciones de las artes, para cautivar la atencion de un público exijente y caprichoso; hai quien mira blanquear prematuramente sus cabellos a impulsos de largas vijilias, de constantes estudios, para producir una obra que asegure su inmortalidad; hai, en fin, quien sueña con la idea de fijar la atencion del pais, dominar su destino, e imponer el sello de su nombre a la época en que vive.

Ninguno alli está satisfecho con lo presente; todos aspiran a mas grande porvenir; el labrador, el artesano, el comerciante, el escritor político, todos se sienten aguijonear por una necesidad dominadora, por un instinto irresistible ácia un *mas allá* que estienda el círculo de sus satisfacciones, que le haga dejar atras a los que marchan a su nivel.

Y de esta ajitacion, y de este movimiento, y de estos vicios, considerados tales a los ojos de la severa fiolosofía, vienen a resultar, sin embargo, grandes adelantamientos, y tal vez la riqueza y la prosperidad de una nacion. A la ambicion de los individuos suele deberse la fertilidad y abundancia de los frutos de su suelo, la actividad del comercio, las injeniosas combinaciones de la industria fabril; el lujo, que arranca de la tierra los metales preciosos, hace mover las poderosas ruedas a impulso del vapor; la vanidad que crea las distinciones y los palacios, suele dar vida y alimentar a las bellas artes, y transforma en parques deliciosos los temerosos yermos y los incultos matorrales; y el amor propio, y el orgullo que presidieron a las tareas del sabio, son capaces de producir las obras inmortales que eternizan su memoria.

Quitad, pues, a una sociedad entera este orgullo, este amor propio, esta ambicion, este lujo, esta vanidad; inspiradla el desprecio de los placeres mundanos, la moderacion y el contento con las mas exigüas necesidades. Veréisla convertir mui luego en un cuerpo raquítico y apocado, en un silencioso yermo en que solo alcance a percibirse de vez en cuando el saludo fatal de los discípulos de san Bruno: «*¡Que morir tenemos!*»

No permita el cielo que yo, español por cuatro costados, y amante de mi patria como el que mas, trate de exajerar hasta este punto su indiferente apatia, ni desconozca los ajigantados pasos con que camina ya por la senda de los útiles progresos; pero baste para mi propósito sentar que esta indiferencia existe,

y existe aun bastante jeneralizada para que los estranjeros, interesados fiscales de nuestras acciones, continuen mirándonos con el mismo lente desdeñoso que hasta aqui: a ellos responderá la España moderna con mil acciones jenerosas, con mil virtudes positivas que prueban sus esfuerzos para luchar contra dos siglos de constante adversidad; responderán las orillas de nuestros mares, las escarpadas cumbres de nuestras montañas, no ya descuidadas ni exentas del peso del arado, ni de la planta del labrador; responderá nuestra industria renaciente, cerrando cada dia la puerta a un nuevo artículo de los que antes nos abastecia el estranjero; responderán en fin algunos hombres verdaderamente sabios, a par que modestos, que sin ambicion y sin estímulo trabajan con ahinco para contribuir a la pública felicidad.

Sin embargo, como las leyes y otras causas poderosas formaron las costumbres jenerales, y estas costumbres no son cosa que pueda variarse en solo un dia, reconozcamos como distintivo todavía bastante característico de las nuestras, aquella apatia o pereza de que hablábamos al principio; y ya nacida de influencia del clima, ya de consecuencia de las leyes, ya de virtud filósofica, ya de refinado egoismo, combatida sea por las armas del raciocinio, por las del ridículo, si aquellas no fueren suficientes, y persigamos con todas nuestras fuerzas esta exajerada moderacion de deseos, este «*Tengo lo que me basta*» que impide a la mayoría de los españoles trabajar constantemente en mejorar su suerte, en acrecer su fortuna, y prepararse un porvenir mas halagüeño.

¡*Tengo lo que me basta!* esto dice el mísero labrador, que en toda su vida ha querido escuchar los consejos de la ciencia, que le dicen que variando sus frutos podria doblar su precio, podria habitar una casa mas cómoda; podria abandonar por otro nuevo el vestido que heredó de sus padres; podria entregarse el dia festivo a un halagüeño recreo; podria resistir con confianza a una mala cosecha, una tormenta, una enfermedad o otra cualquiera desgracia.

¡*Tengo lo que me basta!* esclama el descuidado jornalero, que cuenta sus necesidades por el valor de su soldada; que mira en sus callosas manos la única garantía de su existencia; sin querer recurrir a su cabeza a buscar los medios de hacerlas valer mas; que reduce todos sus placeres a la ominosa taberna, y mira el término de sus esperanzas en las salas de un hospital.

¡*Tengo lo que me basta!* prorumpe tambien el atareado doméstico, que regalado con las sobras de la mesa de su señor, hace gustoso cesion de su albedrío, y desoye la voz de su razon que le grita que por sí propio pudiera acaso proporcionarse una situacion independiente y feliz.

¡*Tengo lo que me basta!* replica el mezquino mercader, no bien ha dado a su comercio alguna clientela, que le asegura una existencia medianamente cómoda; por eso no cambia sus jéneros por otros nuevos; por eso no da mayor vuelo a sus especulaciones; por eso, en fin, no contribuye como pudiera a la riqueza y civilizacion del pais.

¡*Tengo lo que me basta!* repite el autor a quien sus obras o sus malos pecados proporcionaron un empleillo o una herencia regular; y por esto renuncia a la gloria de su nombre, y por esto cesa de estudiar y de instruir a sus

semejantes; y deja colgada su péñola, y se envuelve y ofusca en la concha de su egoismo.

¡*Tengo lo que me basta!* claman en coro el elocuente abogado, el famoso médico, a quienes el trabajo de algunos años o una boda ventajosa aseguraron una módica renta, una pequeña propiedad; y renuncian por ella a su futura fama, a sus progresivos adelantos, y dejan abandonados a sus clientes, y miran a sus enfermos morir a manos de la ignorancia.

¡*Tengo lo que me basta!* prorumpen el artista, el poeta, que vieron al pueblo estusiasmado aplaudir sus producciones. Y se duermen al lisonjero ruido de los aplausos, y dejan marchitar sus laureles por no acudir a renovarlos alguna vez.

¡*Tengo lo que me basta!* decia, en fin, *don Modesto Sobrado*, antiguo compañero de mis mocedades, tipo verdadero de la moderacion y desdeñosa indolencia castellanas.

Nacido y criado en una miserable aldea de tierra de Burgos, hubiera trascurrido el resto de sus dias tan unido a su pais natal como los robustos y frondosos robles que adornaban su término, sin cuidarse de saber si el mundo se estendia o no mas alla de donde alcanzaba su vista.

Una modesta casa de labranza que contaba heredar de sus padres, y en que se habian sucedido cuatro jeneraciones anteriores, unas viñas y tierras de pan llevar, un caballejo y cuatro perros para la caza, y los domingos y fiestas de guardar una barra para ejercitar las fuerzas y una bandurria descordada con que llevar el compás a las mozas del pueblo cuando se juntaban a bailar.—Tales eran las circunstancias de nuestro mozo, y tan satisfechas hallábanse con ellas todas sus necesidades, que no hubiera podido comprender al que le hubiese hablado de otras mayores; tanto mas, cuanto que ya sus padres, calculando anticipadamente los primeros deseos de la naturaleza, hablanle preparado objeto conveniente y contratado de antemano su futuro matrimonio con una prima suya, de edad proporcionada, y de la misma clase y vecindad.

Quiso, empero, la mala suerte, que no bien cumplidos por Modesto los diez y ocho años, y cuando ya el señor cura de la aldea tomaba conocimiento del consanguíneo, y solicitaba del provisor la correspondiente licencia para celebrar *in faciæ Eclesiæ* aquella pacífica union; quiso el diablo, vuelvo a decir, que la publicacion de una quinta viniese a interrumpir tan santos proyectos, y a sembrar la consternacion en aquellos corazones que se amaban necesariamente, porque no podian figurarse que pudiesen hacer nada mejor.

En vano los padres respectivos de ambos consortes emplearon su influjo con el señor alcalde para darle a conocer la próxima y sagrada obligacion en que estaban; en vano hicieron un viaje a la ciudad para consultar con el abogado don Pedarcio, e interponer ante la comision de agravios la correspondiente escepcion; no hubo remedio; el abogado cobró sus derechos; la comision hizo su agravio; y su merced el alcalde satisfizo a la pública opinion de los otros tres mozos sorteables del pueblo, incluyendo en el cántaro el nombre de Modesto, quien, como era consiguente, y por ser el que mas falta hacia en su casa, sacó

la bola negra, aunque malas lenguas contaron entonces que mas que a su signo lo debió al signo del escribano.

Ya tenemos a nuestro jóven burgalés medido y filiado; ya los físicos han reconocido su persona y declarado solemnemente que es mui a propósito para dejarse matar; ya los camaradas han colocado en su sombrero un pedazo de grana con una aleluya, retrato de la majestad reinante; ya, en fin, el sarjento de reclutas le arranca de sus hogares, y rie de buena fé al observar la desesperacion de los padres, el llanto de la muchacha, y el embarazo y tristura del galan.

Mirémosle, pues, cambiar repentinamente su vida apacible y tranquila por el bullicioso movimiento del cuartel; mirémosle aprender con rudos trabajos los ejercicios bélicos, y trasladarse despues a las guarniciones y campos de batalla. En todos puntos cumplió sus deberes como valiente y honrado, y sus buenas cualidades le hicieron desde luego tan buen lugar en la opinion de sus jefes, que pasando sucesivamente por todos los grados inferiores llegó a merecer en pocos años ver premiados sus servicios con el grado de capitan.

A medida que la suerte le colocaba en mayor altura, hacíanse mas y mas patentes su valor e intelijencia, y ya todos los jefes veian un digno sucesor en el capitan Sobrado, tratándole con aquella consideracion que el mérito superior sabe granjearse aunque se halle encubierto bajo las insignias de un subalterno.

Mas la estremada moderacion de su carácter vino a interrumpir tan brillantes esperanzas, inspirándole un tédio invencible por la ajitacion de la carrera militar; despertando sus ideas de reposo, y subyugando su imajinacion con el vehemente deseo de regresar a su pais natal.

«Ea bien (decia contristado en sus frecuentes soliloquios), ya soi capitan; ya conozco lo que valen los ajitados deseos de la gloria, el envidiado oropel de los honores militares... ¿A qué engolfarme mas y mas en este mar proceloso en busca de una felicidad que tal vez me dejo a la espalda, o a riesgo de una bala que me atraviese el pecho o de una injusticia que me envenene el corazon? Alto allá, osados deseos, dejad de aguijonear mi dormida ambicion; soi joven y honrado; he dado ya pruebas de mi valor; mi patria me agradece y cuidará de mi sosten; mi casa me espera y...

Tengo lo que me basta; dejemos el resto a los que vienen detras.»

Y con asombro de sus jefes y con gran sentimiento de sus subordinados, este brillante adalid en quien reposaba mas de una esperanza, solicitó y obtuvo su retiro y tomó tranquilamente la vuelta de su aldea.

Ocho años eran pasados desde que habia salido de ella en servicio de la patria, y en ellos, como era de suponer, habian acaecido grandes mudanzas en el pueblo y en su familia. Sus ancianos padres habian muerto ya; sus amigos tambien habian desaparecido casi todos; su futura y ya pretérita esposa, lo era de presente de un hidalguete de las cercanías; y de su escasa fortuna, en fin, apenas quedaba sombra ya.

Reflexionó entonces nuestro héroe, y casi se arrepintió de su resolucion en haber dejado el servicio donde tan prósperamente le sonreia la fortuna. Consi-

deró, sin embargo, que a los 26 años, con buena salud, talento y esperiencia de mundo, no estaba en el caso de desesperar de aquella, por lo que haciendo un esfuerzo su natural repugnancia, arregló como pudo sus negocios (que mui poco tenian que arreglar), y se trasladó a la corte, donde por sus buenas relaciones y mejor suerte, pudo al fin obtener un modesto empleo en la administracion de rentas de una ciudad subalterna.

En este destino su entendimiento despejado y su esquisito celo le hicieron mostrar tal aptitud, que mui en breve logró verse ascendido a mayores empleos y propuesto como modelo a los demas empleados del ramo. Pero en el punto y hora en que se halló colocado en una administracion medianamente dotada, allí hizo alto a sus progresos, y descansando apaciblemente en su tranquila posesion, repetia a los que le hablaban de futuros adelantamientos. — «¿Y porqué los he de procurar? Soi feliz, *tengo lo que basta*, dejemos a los otros que trabajen para sí.»

Un empleo, sin embargo, ya sabe todo el mundo que no es un censo vitalicio, y que son por consecuencia harto falsos los cálculos que se pueden fundar en él; sobre todo, cuando el que calcula no es intrigante y no está siempre dispuesto a dar asalto a la plaza superior y defender la brecha que la codicia y la envidia abren en la suya. El empleado, pues, que se estaciona, esté seguro de caer, porque es cosa imposible conservar la inmovilidad en medio de la jeneral ajitacion, y en tales casos el no ganar es perder, y el permanecer tranquilo, equivale a quedarse atrás.

Nuestro don Modesto lo era demasiado para seguir tan ajitado sistema, y parapetado (parecíale a él) suficientemente en la estricta observancia de su deber, no cuidaba de saber las mudanzas de gabinete, ni leia las declamaciones periodísticas, ni daba alguna vuelta por las antesalas de la corte, ni tenia esposa bella que recibiese visitas de los amigos y protectores.

Vése por lo dicho que nuestro hombre era mas propio para los tiempos añejos y poco ilustrados, en que no se habia llevado tan a cabo *la perfectibilidad social;* y déjase inferir que a pesar de sus merecimientos mui pronto habia de ser condecorado con el título de *cesante*, y trasladado como otros miles al inmenso *panteon*.

Cuando esta calamidad llega a los cincuenta o sesenta de la edad, no tiene cura, y acaba naturalmente con el individuo atacado; mas cuando (como aconteció en el presente caso) el accidente se manifiesta y acomete en la fuerza de la juventud, todavia la naturaleza halla medios de sacudir el ataque, y suele mostrarse mas enérjica como para desmentir la paralisis a que quiso sujetarla.

Así ni mas ni ménos sucedió a nuestro jóven ex-administrador; por lo que en vez de trabajar de nuevo con sus jefes para solicitar una reparacion de aquella injusticia, o talvez tomar pretesto de ella para darse a luz como la víctima de un partido, y órgano natural del otro, recurrió únicamente a sus propios medios; entabló un pequeño jiro mercantil; hizo largos viajes por mar y por tierra para estender sus especulaciones; y llegó a conseguir por fin al cabo de algunos años una situacion regular, debida a la fama de su probidad e intelijencia.

En casos tales, cuando la señora fortuna gusta de sonreir a un jénio laborioso

y emprendedor, es lo natural que el favorecido mortal se deje arrastrar de la corriente, y crezcan con el suceso las alas de su ambicion, sacrificando a ella su libertad, su reposo y su conciencia misma.

Esto es sin duda un estremo vituperable; nuestro protagonista inclinaba, como hemos ya visto, al lado opuesto. Establecido una vez con regularidad, y calculando prudencialmente cubiertas sus modestas necesidades, cesó de todo punto en sus trabajos; compró una casita de campo, y se retiró del bullicio de la ciudad; y dando las gracias a sus corresponsales, se despidió cortesmente de ellos para entregarse de buena fé a esta tranquilidad de vida, a este *dolce far niente* a que siempre habia aspirado como el término posible de la humana felicidad.

Acaso parecerá increible a mis lectores; pero este hombre, cuya existencia parece varias diferentes, aunque sometidas a un mismo influjo, habia sabido estudiar durante su larga carrera en el gran libro del mundo (libro abierto para todos, aunque mui pocos sean los que alcancen a leer en él) y luego que se vió tranquilo y reposado en el interior de su estudio, tomó la pluma, escribió sencillamente y sin reflexion sus propias ideas; y cuando a empeño de varios amigos dejó salir a luz algunas de sus producciones, el jeneral entusiasmo saludó al que de improviso y como contra su propia voluntad se colocaba desde luego entre los primeros escritores del pais. Pero en vano el público esperó algunos años a que nuevas publicaciones viniesen a justificar mas y mas su brillante aparicion en el orbe literario; el descuidado autor, constante en su sistema de indiferencia, escuchó aquellos elojios, recojió aquellos laureles, y colgándolos como trofeos a la cabecera de su lecho, se volvió del otro lado, y dijo «*tengo lo que me basta*, no quiero ni debo trabajar mas.»

Llegó, sin embargo, un dia en que nuestro hombre hubo de reconocer que ni sus riquezas, ni sus laureles, ni su egoismo, eran bastantes a llenar un vacío que empezó a sospechar en su corazon. ¿Y dónde dirán VV. que miró escrita esta verdad aquel filósofo práctico, aquel ser aislado e indiferente? Pues fué nada mas que en unos ojos negros, en un lindo talle, en una niña, en fin de veinte abriles que la casualidad le puso delante.

Nuestro protagonista rayaba ya en los cuarenta y cinco, y aquella enorme desproporcion de edades le inspiraba respeto. Ademas habíale siempre temido a las severas condiciones del matrimonio, y seguro como estaba de bastarse a sí propio, recelaba justamente de poder bastar a un capricho ajeno. Sin embargo, yo no sé qué aguijon que se le habia clavado en el alma, no sé qué hastío producido nuevamente hasta de su misma saciedad, pudo mas que todas las misantrópicas reflexiones; y echando, como suele decirse, pecho a la mar, se resolvió en fin a dar su mano a aquella niña sin cuya amable sonrisa no podia ya vivir.

Ligado una vez a ella con los sagrados vínculos conyugales, todo su conato se convirtió a inspirarla sus propias inclinaciones, lo cual no le parecia imposible en una niña casi sin ideas propias, y ajena de los caprichos y de la exijencia del mundo. No obstante, pareciéndole no ser bastante amado de su esposa, quiso a fuerza de obsequios hacerla olvidar la diferencia de edades; y apresurándose

a adivinar sus pensamientos para luego satisfacerlos, compró una casa en Madrid y se trasladó a vivir a ella. Las necesidades nuevas crearon otras mayores; la comodidad trajo el lujo, la casa nueva trajo los muebles nuevos; la frecuencia de la sociedad ajena trajo la sociedad al hogar propio; con ella vinieron el lujo y las modas; los caprichos y la vanidad. No paró aqui, sino que el amor, que habia traido a la mujer, trajo al fin del primer año a una hermosa criatura, y al año siguiente otra, y otros dos al tercero; y con ella vinieron las nodrizas pasiegas, y las enfermedades y los médicos; y luego los ayos y preceptores; y mas adelante los novios de las niñas y las calaveradas de los muchachos; con lo cual don Modesto, llegado a la edad sexagenaria, reconoció al fin que *no le bastaba lo que tenia*, o que solo tenia lo suficiente para ofrecer a Dios en desagravio de su indolencia.

Tarde era ya para que este hombre que con un poco mas de constancia hubiera podido llegar a ser un buen jeneral, un gran funcionario, un poderoso comerciante, o un distinguido literato, recuperase el tiempo perdido, cuando ya le faltaban las fuerzas y el hábito del trabajo. Reconoció la imprudencia con que habia confiado en el porvenir; vió claramente que no habia tomado en cuenta la larga cadena de necesidades que el hombre va eslabonando durante su vida, y que no le es lícito desperdiciar un dia solo sin que no haya despues de lamentarle. Por último, de su misma desgracia, y de su triste y miserable fin, dedujo él entonces, y reproduzco yo aqui, la consecuencia de lo imprudente que suele ser este «*Tengo lo que me basta*» que hace renunciar muchas veces a los hombres y a las naciones a su vitalidad e intelijencia, condenándoles a una voluntaria parálisis, y acaso acaso a su cierta e inevitable ruina.

(Junio de 1838.)

EL MARTES DE CARNAVAL Y EL ENTIERRO DE LA SARDINA.

II.

NOCHE DEL MARTES.

Las locuras del Carnaval tocan a su fin; la hora suprema del Martes ha sonado ya en todos los relojes de la Capital; la poblacion, sin embargo, ensordecida con el bullicioso ruido de las músicas y festines, no escucha la fatal campana que le advierte grata y sonora que todo tiene término, que la mano severa de la razon acaba de arrancar la máscara a la locura. Esta, empero, tenaz y resistente, todavía pretende prolongar su dominio, y no contenta con algunas semanas de tolerada adoracion; cambia mil disfraces, y hasta se atreve a profanar el de la relijion misma, para continuar arrastrando en pos de su carroza a los desatentados mortales.

¡Qué horas tan próvidas de sucesos aquellas en que la noche del Martes lucha tenazmente con la aurora del dia santo..! ¡Qué estravagancia de escenas, qué vértigo de pasiones, en los últimos instantes del reinado del placer! ¡Qué contraste ominoso con la tranquila calma de la relijion y de la filosofía! Ellas, sin embargo, vencerán con sus naturales atractivos, con su envidiable reposo, y apoderándose de los corazones embriagados de placer y de voluptuosidad, restituirán la calma a los sentidos, el bálsamo de la paz a los corazones ajitados. Tal la voz pura y sublime del redentor del mundo, cual rayo de viva lumbre penetró en las bacanales del pueblo rei, y a su aspecto se deshicieron como sombras los ídolos del paganismo.

Pero ¿quién detiene su imajinacion en estas consideraciones, cuando se halla instalado en un rico salon, dorado y fuljente a la luz de mil antorchas, sonoro a la vibracion de los músicos instrumentos, henchido de vida y movimiento en mil grupos vistosos de figuras estrañas, que con sus variados ropajes, sus disfraces caprichosos, sus agudos diálogos, ofrecen un traslado fiel de la vida animada, de los diversos matices de la humana sociedad?

Austero filósofo, que estudias y lamentas las debilidades del hombre; dirije entónces tus severos preceptos al jóven animoso que por primera vez se mira

en aquel momento coronado con una dulce mirada, con un *sí* lisonjero del envidiado objeto de su amor... Te mirará con ceño o acaso no reparará en tí; pero si insistes en aconsejarle, en mostrarle el fiel espejo de la razon, en hacerle adivinar un porvenir doloroso tras de aquella mirada, tras de aquel dulce y halagüeños *sí;* te volverá la espalda, o frunciendo los labios ante tu grave y mesurada faz, te dirá con sonrisa desdeñosa... «*Máscara, no te conozco, déjame bailar.*»

Pura y cándida Virtud, que ceñida de blanco lino, la sien coronada de laurel, apareces de repente a los deslumbrados ojos de la noble cortesana, que envuelta en seda y pedrerías apenas acierta a divisarte, por entre la nube de incienso que sus adoradores tributan a sus piés... Dila entónces lo falaz de sus promesas y juramentos; la mentida ficcion de las grandezas humanas; los cándidos placeres de un corazon sencillo e inocente: —«*Apártate de mí, Beata* (te replicará con imperio), *no pises los bordados de mi manto, no deshojes con tu aliento de mal tono la frescura de las rosas que ciñen mi frente. Ea, márchate...*

Y vosotros tambien, grande y noble Sabiduría, austero Deber, dulce y tranquilo Amor conyugal, apareced de repente ante el descuidado autor que emplea en aquellos instantes todo su talento en seducir a una niña inocente o en dejarse engañar por una astuta cortesana; ante el noble majistrado que trueca la severa, toga de la justicia por el callado y maligno *domiñó;* ante el marido mundanal ante la esposa terrena, que se separan voluntariamente en busca de aventuras, y vuelven a encontrarse a la hora convenida haciendo alarde de su mútua infidelidad. Apareced, digo, entónces, de repente ante esos grupos bulliciosos; cortad de improviso sus diálogos animados, reflejos en su mente como un recuerdo instantáneo de sus respectivos deberes... Vereis fruncirse sus frentes, despertarse su arrogancia, y pretender arrancaros la careta (que no teneis) diciendoos con indignacion: — «*¿Quién sois, máscaras insolentes, o qué venis a hacer aquí?*»

Todo es, en fin, placer y movimiento, y risa y algazara, y cuadros halagüeños sin pasado y sin porvenir; la capital entera resuena con las músicas armoniosas; por las anchas ventanas se desprenden torrentes de luz, y el confuso sonido de la conversacion y de la danza; mil carruajes precipitados surcan en todos sentidos las calles, para conducir a los respectivos saraos a los alegres bailadores; la plateada luna refleja sus luces en los mantos recamados de oro, en las trenzas entretejidas de pedrerías; yacen desocupados los lechos conyugales, el opulento palacio, y el elevado zaquizamí; todos sus moradores déjanlos precipitados, y corriendo en pos del tirso de la locura, acuden de mil partes a las bulliciosas mansiones del placer, a los innumerables templos de aquella Diosa del Carnaval.

¡Qué importa que, a la mañana siguiente, el sol terrible alumbre la desesperacion del cortesano, la miseria del indijente, la enfermedad del cuerpo, o el horrible tormento de un engañado amor...! ¡Qué importa...! Hoi han hecho una tregua los dolores; el hambre y la guerra han cubierto un instante su horrorosa faz, los recuerdos de lo pasado, los temores de lo futuro, han cedido a la májica esponja que la locura pasó por nuestras frentes.... ¡*Se acaba el Carnaval!* ¡Es preciso disfrutarle...! Y marchan y se cruzan las parejas precipitadas, y retiemblan las altas columnas, y jimen las modestas vigas, al confuso movimiento que empe-

zando en los sótanos sombríos a donde tiene su oscura mansion el pordiosero, concluye bajo los techos artesonados y de inestimable valor...

La luz del sol, pura y radiante como en los dias anteriores, penetra descuidadamente en lo interior de esta escena, y pintando de mil matices los empañados cristales de las ventanas, viene a herir las descuidadas frentes, los macilentos ojos de las hermosas; a su terrible y májico talisman aparecen tambien las enojosas arrugas de los años, los estudiados afeites de la finjida beldad; rásgase el velo de la ilusion a los ojos del amante; hielanse las palabras en los labios del cortesano; en vano la incansable locura quiere prolongar por mas tiempo su dominio; sus adoradores ven clara a la luz del sol su desencajada y mortecina faz... y envolviéndose avergonzados de sí mismos, en sus falsos ropajes, y ocultando su semblante en el fondo de sus carrozas, tornan a sus respectivas habitaciones donde a la cabecera de su lecho les espera la triste realidad...

II.

EL MIERCOLES DE CENIZA.

Suena cercano el monótono clamor de una modesta campana que llama a los fieles a la ceremonia relijiosa que va a empezar en el templo. Cruzan desapercibidas por delante de sus puertas las bulliciosas parejas, los elegantes carruajes, sin que apenas ninguno de aquellos dichosos mortales se dignen parar un instante su imajinacion en el saludable aviso envuelto en el sonido de aquella campana.... Alguno, sin embargo, o mas desdichado o mas prudente, recoje animoso su inspiracion, y deseoso de aprovecharla, pisa los sagrados umbrales, y entra en el templo en el momento mismo en que va a principiarse la sagrada ceremonia....

¡Qué apacible tranquilidad, qué solemne reposo bajo aquellas santas y encumbradas bovedas! ¡Que misterioso silencio en la piadosa concurrencia! ¡Qué noble sencillez en el sacrificio santo! ¡Qué contraste, en fin, sublime y majestuoso, con el cansado bullicio, con el mentido aparato de la mansion de la locura...! Los fieles concurrentes no son muchos en verdad; pero tampoco el templo se halla tan desocupado como era de temer de las escenas de la pasada noche.... Reflejase en los semblantes ya la tranquilidad de una conciencia pura, ya la tregua relijiosa de un profundo dolor: ora la rápida luz de una esperanza; ora la animada espresion de un ardiente y noble deseo....

¡Vosotros, pintores apasionados de las debilidades humanas, pretendidos moralistas modernos, novelistas y dramaturgos, escritores de conveniencia, que os atreveis a fulminar el dardo envenenado de vuestra pluma contra la sociedad entera pretendiendo negar hasta la existencia de la virtud... ¿La habeis buscado acaso en el sagrado recinto de la relijion; en el modesto hogar del tierno padre de familias; en el taller del artesano; en el lecho hospitalario del infeliz? ¿O acaso desdeñando indiferentes estos cuadros, reflejais solo en vuestra imajinacion y vuestras obras, los que os presentan vuestros dorados salones, vuestros im-

púdicos gabinetes, vuestras inmundas orjías, vuestros embriagantes cafés...? Y pretendeis ser pintores de la naturaleza, cuando solo la contemplais por su aspecto repugnante...? ¿Creeis conocer al hombre, cuando solo pintais sus escepciones? Os atreveis á retratar a la sociedad, cuando solo haceis vuestro retrato o el de vuestros semejantes? Temeridad, por cierto, seria la de aquel que pretendiera juzgar de la impureza de las aguas de un majestuoso rio, por las escorias y el légamo que sobrenadan en su superficie, sin reparar que allá en el fondo de su lecho, y entre las menudas arenas, corre tranquilo y gusta de permanecer escondido lo mas puro y limpio de su raudal.

Concluido el santo sacrificio, el sacerdote baja las gradas del altar, y pronunciando las sublimes palabras del rito, va imprimiendo en todas las frentes la señal del polvo en que algun dia han de ser convertidas. Ni un suspiro, ni una lágrima, aparecen a tan fúnebre aviso en aquellos semblantes, en que solo se ven retratadas la conformidad y la esperanza; y tan apacible alegría, contraste sublime con la triste señal, sin duda sorprendiera a aquel desgraciado que no siente en su pecho el bálsamo consolador de la relijion.

Entre los varios grupos interesantes que se ofrecen a la vista por todo el templo, uno sobre todos llama la atencion en este momento... Un venerable anciano, cuya blanca cabellera se confunde naturalmente con la mancha de la ceniza que lleva en la frente, trabaja y se afana ayudado de su muleta, para incorporarse y ponerse en pié... Sus débiles esfuerzos serian insuficientes sino contase con otro auxiliar mas poderoso... Una figura anjelical de mujer, en cuyas hermosas facciones se pinta toda la pureza de un corazon tierno e inocente, corre a sostener al impedido, y confundir sus blanquísimas manos con las secas y arrugadas del anciano. Mírala éste lleno de gratitud, y sus lágrimas de ternura parecen dar nuevas fuerzas a la tierna criatura, que prestando sus débiles hombros al pobre viejo, le conduce lentamente hasta la puerta del templo entregándole al mismo tiempo una moneda, única que en su bolsillo existe...

Aquella jóven era su hija, aquella moneda el premio mezquino del trabajo de su costura en toda la noche anterior...! ¡Y aquella noche habia sido la noche dichosa del Carnaval...! Y los alegres libertinos que regresaban de los bailes, al pasar por la puerta del templo, y viendo salir de él a aquella modesta beldad, se detienen un momento, sorprendidos de su hermosura, y calmadas sus risas por un involuntario respeto, míranse mútuamente prorumpiendo en esta esclamacion: «*¡Qué diablos! ¡y creiamos que habian estado en el baile, todas las hermosas de Madrid!*»

III.

EL ENTIERRO DE LA SARDINA.

Hai una calle en alguno de los barrios meridionales de esta corte, que encierra en su breve recinto mas aventuras que un drama moderno, y mas procesos que

el archivo de la Audiencia. Esta calle, conocida harto bien de la policía civil, descuidada demasiado por la urbana, cuenta entre sus moradores cantidad considerable de profesores industriales y manufactureros, modestos paladines, músicos guitarristas, cantadores en falsete, matronas benéficas, doncellas re-catadas, viajeros berberiscos, viejas mitradas, mozos despiertos, maridos dormidos, y muchachos del comun.

No sabré decir a cuantos grados lonjitudinales se estiende el dominio e influjo de la tal calle, pero bien podremos considerarla como el centro y emporio del Madrid meridional, que se dilata (segun la opinion de los mas acreditados jeógrafos), desde *las vistillas de San Francisco* a la iglesia de *San Lorenzo*, comprendiendo en su estenso dominio multitud de pequeños estados mas o menos independientes o feudatarios, en que varian tambien las leyes, usos y costumbres de sus respectivos moradores.

Ahora, pues, no es del caso fijar la estadística, ni hacer el deslinde de tan considerable agrupacion de pueblos; y bastará para nuestro propósito suponernos llegados al centro capital (la calle ya referida), en la mañana del Miércoles de ceniza del año de gracia de mil ochocientos treinta y nueve.

De contado, podemos asegurar que a la hora que corre, duerme y descansa de sus fatigas de la pasada noche el *Madrid-Norte* y *Centro-Madrid*, pero vela y pestañea en toda su actividad el *Madrid-Sur*; a la manera de aquel jigante de que nos habla Homero que mientras dormia con la mitad de sus ojos, velaba con la otra mitad. A este Madrid, pues, ajitado y bullicioso, a este ojo del jigante despierto y animado, es a donde hoi dirijimos nuestro rumbo, al traves de los vientos y a bordo de un menguado y azaroso calesin.

Fuerte cosa es que la maldita política que todo lo invade (menos mi pluma) nos vaya empobreciendo continuamente el diccionario, o como decia el médico Bartolo, *secuestrando la facultad de hablar*. Sino fuera por ello, no hubiera salido la voz *programa* de sus modestos límites, de simple anuncio, o segun la define el diccionario de la academia «el tema que se da para un discurso o cuadro.»

Pudiera yo entonces a mansalva usar aquí de esta voz, sin riesgo de alusiones de ninguna especie; mas ya que la fuerza de los usos contemporáneos nos traigan a término que sean necesarias estas contínuas salvedades en el lenguaje comun, debo decir en descargo de mi conciencia, que aquí solo trato de un anuncio, o *vademecum* que me entregó el calesero a tiempo de darnos a la vela, y en menguado papel asqueroso y mugriento, y con trazos de pluma un si es no es inesperta y vacilante decia:

Programa de la solene juncion y estupenda asonaa que a e celebrarse el miércoles de ceniza de esta corte, como es uso y de-bota costumbre en toa la cristiandá de estos barrios, saliendo la procision den ca el tio Chispas el taernero, cofrade mayor de la sardina con el entierro de este animal y too lo demas que aquí se relata.»

Dejo sospechar al piadoso lector lo grato que para un asistente al espectáculo habia de ser encontrarse a dos por tres *formulado* el espectáculo mismo, y tener en la mano sin ulteriores esplicaciones la clave de aquella cifra. Serialo empero todavia para muchos de mis lectores, si me contentase con estampar aqui punto

por coma (o por mejor decir, sin unos y sin otras, porque de ambos carecia) el tal *programa;* pero en cumplimiento de mi propósito y para edificacion del auditorio, habré de trasladarle del idioma de Germania, al comun castellano; de los límites de letra muerta al animado espectáculo de cuadro en accion.

Esto supuesto, y supuestos tambien los oyentes en el punto término necesario para disfrutar de tan halagüeña vista, procederemos en la descripcion por el órden siguiente.

Rompian la marcha bailando ácia atras y abriendo paso con sendas estacas y carretillas disparadas a los piés de las viejas, hasta una docena de decenas de pícaros en agraz, fruta temprana y de grandes esperanzas, en quienes la elocuencia del foro funda su futura causa de gloria, y los caminos y canales su inmediata prosperidad.

Seguian en pos otros ciento o doscientos mozallones, ya mas cariacontecidos y con diversos disfraces, cuales de ruedos y esteras en forma de monaguillos; cuales con cabezas postizas de carnero (figurando ir disfrazados); cuales de encorozados y penitentes; cuales de berberiscos y soldados romanos.

Entonaban los unos un cántico endiablado no sujeta su letra a ningun diccionario, ni su música a ningun diapason; mojaban los otros sendos escobones en calderos de vino con que hacian un profundo asperjes en la devota concurrencia, y retozaban bestialmente los de mas allá disparando al aire soberbios garretazos, manotadas y pescozones. Amenizaban el conjunto de este grato episodio cuatro o seis gatazos negros atados por la cola o por las patas en la punta de un palo y enarbolados en alto a guisa de pendones; cinco docenas de esquilones de todos tamaños, movidos por robustos puños, y en pugna con otros tantos collarines de campanillas y cascabeles puestos igualmente en palos o en los pacientes cuellos de los hermanos de la cofradía *de S. Marcos*, que en union con la otra *de la Sardina* celebraba igualmente tan estupenda funcion.

Descollaba despues un gran coro de vírjenes desenvueltas, de sonrosadas mejillas, ojos rasgados, nariz chata, labio retorcido, cesto de trenzas, mantilla al hombro, brazos en jarras, y colorado guardapiés. Estas tales con aventadores de esparto dirijian sus espresivos saludos a una y otra fila de concurrentes; mascaban higos o mondaban naranjas, y arrojaban las cáscaras a las narices del mas inmediato; bailaban y se pinchaban con alfileres, o repicaban las castañuelas y cantaban el *¡ay ay ay!*

Seguian luego los maestros de la ceremonia; caras rugosas y monumentales; pájinas elocuentes de la humana depravacion; pliego de aleluyas de la *vida del hombre malo; fac simile* de los caprichos de *Alenza;* y orijinal, en fin, de los sainetes de *Cruz.*

Allí, como si dijéramos, se hallaba el núcleo del drama, el primer término del cuadro, el fondo de la cuestion principal. Allí el *tio Chispas*, director de la escena, ostentaba su grande intelijencia ante los taimados ojos de la *Chusca*, moza de siete cuartas, aventurada y resuelta, con mas desenfado de accion que un molino de viento, y mas sal en el cuerpo que la montaña de Cardona. Allí *Juanillo* (alias *Vinagre*) con un pañuelo en la cabeza y una manta pendiente del

hombro, miraba a entrambos con ojos amenazadores, y su feroz espresion y su atezado rostro, ofrecian un fiel trasunto del celoso amante de Desdemona. Otros grupos mas o menos interesantes retrataban todos los grados posibles de amor carnal, desde la primera mirada incentiva, hasta el último desdeñoso puntapié. Allí, en fin, los maridos de aquellas deidades, último término del cuadro, formaban una gruesa falanje, y seguian apresurados el trote de los delanteros, todos revueltos, mansos y bravíos, como en el camino de Abroñigal.

Sostenida en hombros de los mas autorizados, y en un grotesco ataud, se elevaba una figura bamboche formada de paja y con vestido completo, el cual pelele era una *vera efijies* por su traje y hasta sus facciones del *señor Marcos*, marido y conjunta persona de la *Chusca*, a cuya ventana habia estado espuesto de cuerpo presente en los tres dias de carnes-tolendas; ofrenda dirijida por sus propias manos, en obsequio del faraute de la fiesta, su predilecto y osado *Chirlo*, y emblema harto claro para él y para los circunstantes, y únicamente mudo para el cándido orijinal de aquella injeniosa mistificacion.

En la boca del pelele, y casi sin que nadie lo echase de ver, una mísera *sardina* iba destinada a la fatal huesa, sucediendo en esta fiesta como en otras mas importantes, en que la multitud de accesorios cubren y hacen olvidar el objeto principal.

Precedian, seguian, o esperaban a tan réjia comitiva en todos los puntos de la fiesta, diversos *Coros* o estaciones, por lo regular delante de los puestos de licores o de las calderas de buñuelos, en estos términos.

Coro de doncellas.

Las que envuelven cigarros en la fábrica del Portillo de Embajadores.

Las que pasean entre dos luces desde la red de San Luis a la plazuela de Santa Ana, dedicadas al comercio por menor.

Las que hacian de Madre España, y de Virtudes teologales y de Diosas del olimpo en las funciones de la jura.

Las que venden rábanos en verano, o avellanas en feria, o naranjas en primavera, o castañas en invierno.

Las que vinieron de su pueblo a servir a un amo, y acabó su humildad por servir a muchos, barro frajil de Alcorcon, sujeto a golpes y quebraduras.

Coro de mancebos.

Todos los que asisten al encierro del domingo; los que pueblan la cuerda de la plaza, los que venden bollos o truecan por vino agua de naranja o café.

Los que hicieron el paseo de Recoletos, o prestaron iguales servicios al estado en puentes y calzadas.

Los que forman las diversas comisiones de industria de esta capital; comision

de pañuelos; comision de relojes; comision de cuarenta horas; comision de posadas y forasteros.

Los que juegan a la barra en las tapias de Chamberí, o cantan amores a las ninfas del Manzanares, o cobran el barato en la vírjen del Puerto, o venden caballos en el portillo de Lavapiés.

Todos los estropeados de los ojos o piernas, que los tienen buenos para huir de S. Bernardino; o los que rascan guitarras a las puertas del jubileo o sanan de sus accidentes epilépticos a la vista de un alguacil.

Coro de inocentes.

Todos los que venden fósforos y libritos de papel en la Puerta del Sol y sus adyacentes.

Los que cargan arena en los altos de San Isidro, o juegan a las aleluyas en el campo de los Guardias.

Los que arrojan carretillas o garbanzos de pega a las faldas de las mujeres, o apalean los perros, o cojen la fruta de los puestos y echan a correr.

Los que vocean por las calles, «el papel que ha salido nuevo,» o acompañan a los héroes en sus triunfos y a los reos en su suplicio; órganos destemplados de la pública opinion, fuelles del aura popular.

Todas estas y otras muchas clases que seria harto prolijo enumerar, alternaban confusamente con los enjaezados caballos, las campanillentas calesas, los perros ahulladores, máscaras espantosas, fuegos y petardos disparados al viento.

En tan amable desórden y con la progresion que es consiguiente al continuo trasiego del mosto desde las botas a los estómagos, descendió la imponente comitiva ácia la puente toledana, siguiendo a lo largo por las frondosas orillas del canal, y dándosele una higa asi de la elegante capital que dejaba a la espalda, como del fúnebre cementerio que miraba a su frente.

La burlesca y profana parodia se verificó en fin con toda solemnicad; ni se economizaron los cánticos burlescos, ni las relijiosas ceremonias; el mísero pececillo quedó sepultado, cerca del tercer molino, en una profunda huesa y dentro de una caja de turron: el pelele tio *Marcos* ardió ostentosamente encima de una elevada pira; y creciendo con las sombras de la noche el bullicio y la embriaguez, ajitáronse mas y mas los ánimos, callaron las lenguas, hablaron los garrotes, y para que nada faltase a la propiedad de aquellas profanas exequias, diversos combatientes a la luz de las llamas se entregaban mútuamente a la mas encarnizada pelea.

A la mañana siguiente la jente se agrupaba a mirar por la reja que hai debajo de la escalerilla del hospital... Dos cadáveres mutilados y desconocidos, espuestos hasta que algun pasajero pudiese declarar sus nombres y la causa de su muerte... ¡Sus nombres!... ¡la causa de su muerte!... La Chusca los sabia, y todo el barrio, menos el tio Marcos, los adivinó.

(Marzo de 1839).

LA POSADA O ESPAÑA EN MADRID.

«La patria mas natural
es aquella que recibe
con amor al forastero:
que si todos cuantos viven
son de la vida correos,
la posada donde asisten
con mas agasajo, es patria
mas digna de que se estime.»

EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

I.

No hace muchas semanas que en el DIARIO DE MADRID y su penúltima pájina, en aquella parte destinada a las habitaciones, nodrizas, viudas *de circunstancias*, y demas objetos de alquiler, se leia uno, dos, y hasta tres dias consecutivos el siguiente anuncio:

« Se traspasa la posada número de la calle de Toledo, con todos los en-
» seres correspondientes. Es establecimiento conocido hace mas de cien años bajo
» el nombre del *Parador de la Higuera*. Su parroquia se estiende mas allá de
» los puertos, y sirve de posada a los ordinarios mas famosos de nuestras pro-
» vincias. En cuanto a instruccion sobre precio y condiciones, el mozo de paja
» y cebada dará uno y otro a quien le convenga; teniendo entendido que el miér-
» coles 9 del corriente a las 10 de la mañana se adjudicará al mejor postor.»

No fué menester mas que estas cuatro líneas para que todos los trajineros y especuladores provinciales, estantes y transeuntes, que de ordinario asisten en esta mui heróica villa, acudiesen al reclamo en el dia y hora señalados, como si llamados fueran a son de campana comunal.

Y el caso, a decir verdad, no era para menos. Tratábase (como quien nada dice) de aprovechar la mas bella ocasion de echar los cimientos a una sólida fortuna, de arraigar en un suelo fructífero y sazonado; de continuar una historia y fama seculares; y dar a conocer a la corte y a la villa, a las provincias de aquende y allende puertos, que el famoso parador de *la Higuera* habia variado de dueño, y lo que el pais podia esperar de su nueva administracion.

Nacia tan importante, como súbita variacion, de un suceso de aquellos grandes, y para siempre memorables, que marcan la historia de los imperios y de las posadas, y este suceso que iba a formar época en la del establecimiento que hoi

nos ocupa, era la abdicacion espontánea y espresa del *tio Cabezal II*, anciano venerable de los buenos tiempos, hijo y sucesor de *Cabezal I*, fundador que fué del parador de la Trinidad en los arranques del puerto de Guadarrama; ascendido despues a uno de los centrales de la carretera de Andalucia, en el Real sitio de Aranjuez; y dueño, en fin, hasta su muerte del gran parador de *la Higuera*, cuya sucesion trasmitió naturalmente a su hijo primojénito, el mismo que hoi fijaba sobre sí la atencion de la posteridad por su espontánea y magnánima resolucion.

No era esta hija de un momento de irreflexion ni de un capricho pasajero, como es de suponerse, sabiendo que nuestro tio Cabezal frisaba ya en los ochenta eneros, y podia alcanzar todo el grado de madurez de que era capaz su organizacion cerebral. Pero hai sucesos en la vida que dan orijen a aquellas peripecias que marcan sus diversas fases, y hai objetos, que por separados que aparezcan entre sí, mantienen con nuestro espíritu cierta oculta relacion que una grave circunstancia viene tal vez a descubrir. Aquel suceso, pues y aquel objeto, ligados tan estrecha e indisolublemente con el ánimo del tio Cabezal, era la muerte del *Endino*, soberbio macho, natural de Villatobas, que prematuramente y a los treinta y siete años de su edad, habia dejado de existir, privando de su motor ajente e intelijente a la noria del parador; porque conviene a saber, que el parador tenia noria, en uno como patio, que en los tiempos atras sirvió de huerta, de que aun se conserva una higuera, por donde le vino el nombre al establecimiento.

En esta circunstancia desgraciada, en esta muerte natural, *lójica*, y consiguiente, que cualquiera hubiera tomado bajo el punto de vista material, vió nuestro Cabezal esplicado el fin de una emblemática parábola, que de largos años atras gustaba esplicar a sus comensales; a saber: que la noria era su posesa; el macho su persona; los arcaduces los trajineros que venian a verter en su regazo el fruto de sus acarreos; y que en el punto y hora en que el macho dejase de existir, la noria dejaria de dar vueltas, el agua de llenar los arcaduces, el pilon de recibir su manantial. Y llegaba a tal estremo su supersticiosa creencia, y de tal suerte creia identificada su existencia con la existencia del macho, que le mimaba y bendecia con mas celo que el echizado D. Claudio a su *lámpara descomunal*; y faltó poco para que realizando su profecía le ahogase su dolor a la primera nueva de la muerte de su compañero. El ánima, empero, resistió a tan violenta comparacion, y pudo sobrevivir a aquel terrible impulso de pesar; pero agotadas por él todas las fuerzas de la resistencia, cortó las alas al albedrío, y dejó al infeliz Cabezal condenado a vejetar estérilmente y sin amor a la gloria, ni esperanza en el porvenir. Esta fué la razon que por desengañado del mundo, determinó poner un término a sus negocios, y dejar las riendas de aquel gobierno a manos mas ájiles y bien templadas.

II.

A misa mayor repicaban las campanas de San Millan, cuando por calle abajo de Toledo, entre el tráfago de carromatos y calesas, trajineros y paseantes, veíanse

adelantar ajitadamente y con rostros meditabundos, reveladores de una preocupacion mental mas o menos profunda, diferentes figuras, cuyos trajes y modales daban luego a conocer su diversa procedencia. Y puesto que la relacion haya de padecer algun estravío no podemos dispensarnos de hacer tal cual lijero rasguño de las principales de aquellas figuras, siquiera no sea mas que por poner al lector en conocimiento de los personajes de la escena; dándole de paso alguna indicacion sobre las diversas inclinaciones y peculiar modo de vivir de los naturales de nuestras provincias en este emporio central de España, a donde vienen á concurrir en busca de mas próvida fortuna.

El primero que llegó al lugar de la cita fué, si mal no recordamos, el señor *Juan de Manzanares* (alias el tio *Azumbres*), honrado propietario y traficante de la villa de Yepes, ex-cuadrillero de la ex-santa hermandad de Toledo, arrendador de diezmos del partido, y persona notable por su buen humor, por el nombre de sus bodegas, y por los catorce pollinos que le servian para el acarreo.

Este tal, montado en ellos, y en las nueve leguas que dista de Madrid, su villa natal, habia hecho el camino de la fortuna, con mejor resultado que Sebastian Elcano dando la vuelta al globo, o que Miguel de Cervantes encaramado sobre los lomos del Pegaso; y era porque no habia tenido la necia arrogancia de echarse como aquel a descubrir mares incógnitos, ni como este a proclamar verdades añejas; sino que dejando a un lado la rejion de las ideas, se habia internado en la de los hechos, limitándose a establecer una sólida comunicacion entre sus tinajas y las ochocientas y diez y seis tabernas públicas que cuenta nuestra noble capital. Por lo demas, eso le daba a él de los tratados de los economistas célebres sobre las relaciones de los productos con el consumo, como de la guerra próxima del Sultan con el virei de Ejipto; y asi entendia la teoría de la sociedad de templaza de Nueva-York, como el alfabeto de la China; sin que esto sea decir tampoco que en punto a alfabeto conociese siquiera el vulgar castellano, y con respecto a aritmética tuviese otra tabla pitagórica que los diez dedos que en ámbas manos fue servido de darle el Señor, con los cuales y su natural perspicacia tenia lo bastante para arreglar sus cuentas con sus infinitos comensales, y era fama en el pueblo que todavia no habia ninguno conseguido eludir ni burlar su vijilancia.

La idea de un establecimiento en Madrid a cuyo frente pensaba colocar a su yerno *Chupa-cuartillos*, recientemente enlazado con su hija única (alias la *Moscatela*), habia hallado acojida en el bien templado cerebro de nuestro Azumbres, y en el silencioso recojimiento meditó largo rato sobre ella, la una mano en el pecho, la otra a la espalda, sostenido en un pié sobre el suelo, y el otro casi reposando encima de uno de los pellejos, símbolo de su gloria y prosperidad; hasta que por fin se decidió a acudir al remate del parador, seguro de que sus antiguas relaciones con el poseedor dimisionario, y mas que todo, la fama de su gran responsabilidad y gallardía, le daba de antemano por vencidas todas las dificultades que pudieran oponérsele.

Contraste singular y antítesis verdadera del ricachon de Azumbres, formaba el mísero *Farruco Bragado*, hijo natural de la parroquia de San Martin de Figueiras,

provincia de Mondoñedo, reino de Galicia. Este infeliz ser, casi humano, en cuyo rostro averiado del viento y ennegrecido del sol no era fácil descubrir su fecha, hacia tres semanas que habia arribado a estas cercanías de Madrid, a bordo de sus zuecos de madera, y en compañía de una columna de compañeros de armas que con sus grandes hoces, y el saco al hombro suspendido de un respetable palo, venian desde 100 leguas al son de la *muñeira* a brindar su indispensable ministerio agostizo a todos los señores terratenientes y arrendatarios de nuestra comarca; escepto, empero, el término del lugar de Meco, a donde ningun gallego honrado segaría una espiga, siquiera le diesen por ello mas oro que arrastra el Sil en sus celebradas arenas.

Mas la señora fortuna, que a las veces tiene toda la maliciosa intencion de una dama caprichosa y coqueta, quiso probar la envidiable tranquilidad de nuestro segador, y permitió que guiado de aquel instinto con que el gato busca la cocina, el raton el granero, el mosquito la cuba, y el hombre la tesorería, reparase nuestro Farruco en una puerta de cierta tienda de la calle de Hortaleza, a cuya parte esterior alumbraban dos reverberos, con sendas letras, que aunque para él eran griegas, bien pronto fueron cristianas, oyendo pregonar a un ciego que sentado en el umbral de la dicha puerta esclamaba de vez en cuando: — *« La fortuna vendo; esta noche se cierra el juego; el terno tengo en la mano; a real la cédula. »*

Farruco a la vista de la fortuna (porque la vió, no hai que dudarlo, la vió, fantástica, aérea y calva por detrás, como la pintaban los poétas clásicos), hizo alto repentino como acometido de súbita aparicion. Miró al ciego chillador; miró a la puerta; escudriñó el interior de aquella mansion de la deidad; vió relucir el oro sobre su altar, clavó los ojos en el suelo; y sin ser dueño a contenerse, metió dos largas uñas en el bolsillo, y con heróica resolucion y no meditado movimiento; sacó uno a uno hasta ocho cuartos y medio que dentro de él habia, entre diversas migajas de pan y puntas de cigarro, y los puso sobre el mostrador a cambio de una cédula incorpórea, fugaz, transparente, al través de la cual vió con los ojós de la fé un tesoro de veinte pesos.

Pero no fué este lo mejor, sino que Farruco habia visto bien, y al cabo de los pocos dias llegó un lunes, ¡dichoso lunes! en que la fortuna acudió a la cita; quiero decir, que los números del billete respondieron exactamente a los que proclamaban los agudos chillidos de los pilluelos de Madrid. Con que mi honrado segador por aquella atrevida operacion, se vió, como quien nada dice, al frente de un capital de cuatrocientos reales; desde cuyo punto empezó para él una existencia nueva, que si no mas feliz, era por lo menos mas interesante y animada.

Altos y jigantescos proyectos eran los que habian despertado en la imajinacion del buen Farruco aquellos veinte pesos, inverosimil tesoro, superior a sus mas dorados ensueños. Con ellos y por ellos creíase ya señor de la mas alta fortuna, y ni los elevados palacios, ni las brillantes carrozas, parecíanle ya reñidas perpetuamente con su persona.

Bien, sin embargo, echó de ver que le era forzoso buscar con el auxilio de

su injenio, útil empleo y provechosa colocacion a aquella suma; y aqui de los desvelos y cavilaciones del pobre segador que estuvieron a pique de dar con él en los orates de Toledo. ¡Trabajo ordiuario y pension obligada de las riquezas, el venir acompañadas de los graves cuidados que alteran la salud y quitan el sueño!

Parecióle primero, como la cosa mas natural, el regresar a su pais natal, donde compraria algunas tierras, prados bacorriños; item mas una moza garrida que sirvió tres años de doncella al cura de la parroquia, y que era la que le sujetaba el ánima y hacia darle brincos el corazon. Pero el miedo natural del largo camino y peligros consiguientes le detenian en su resolucion. Hubo, pues, de tratar de asegurar su capital por estos contornos, y como nada le parecia demasiado para aquel tesoro, todo se le volvia informarse con reserva de si estaban de venta la casa de Campo o los bosques del Pardo, otras veces hallábase inclinado al comercio, y queria tomar por su cuenta el Peso Real, o el nuevo mercado de san Felipe. En vano su amigo y compatricio Toribio Mogrobejo, alumno de Diana en la fuente de Puerta Cerrada, haciale ver las ventajas del oficio, la solidez y seguridad de sus rendimientos, el líquido producto de la cuba, y el sólido de la esportilla o del carteo; y ofreciale asegurarle media *plaza* (1) y salir su *responsable* para el pago de la *cubeta*. Farruco sonreia desdeñoso como compadeciendo la ignorancia en que suponia a Toribio de su nueva fortuna, y proseguia sus castillos en el aire, hasta que teniendo noticia del arrriendo del parador de la Higuera, parecióle que nada le iria tan bien como emplear en esto sus monedas, y para ello acudió a la cita a hora prefijada.

En pos de él se descolgó un valenciano lijero y frescachon, con sus zaragüelles y agujetas, manta al hombro izquierdo y pañuelo de colores en la cabeza. Llamábase *Vicente Rusafa*, y era natural de Algemesi, camino de Játiva. Inconstante por condicion, móvil por instinto, ajitado y resuelto por necesidad; una mañanita de mayo, por no sé qué quimeras de que resultaron dos *cruces* mas en el camino de la Albufera, abandonó sus pintados arrozales por estos secos llanos de Castilla, dijo «a Dios» por un año al *Miguelete*, y se vino a colocar un puesto de horchata de chufas por bajo de la torre de Santa Cruz. Pero pasó el Estío y pasaron con él la horchata de chufas, y las elecciones; y vino el Otoño, y con él vinieron los frios y los muñecos de Pasta; y nuestro industrial tuvo que acojerse a vender sandías por las calles hasta que ya entrado el invierno se colocó en un portal donde estableció su depósito de estera de pleita fina, que le produjo lo bastante para abrir en la primavera comercio de loza de Alcora, y pan de higos de Villena.

Detras de él, y por el mismo camino se adelantó un robusto mancebo, alto de seis piés, formas atléticas, facciones ásperas, gruesas y pronunciadas, voz estentórea, y desapacible acento gritador. Su nombre *Gaspar Forcalls*, su patria Cambrils; su acento provenzal; su profesion trajinante carromatero. Llevaba al-

---

(1) Nombre que dan los aguadores de Madrid al derecho que compran o trasmiten de unos en otros, de llenar sus cubas en ciertas fuentes; derecho que muchas veces hacen subir hasta diez, doce y mas onzas de oro.

pargates de cáñamo y medias de estambre azul, calzon abierto de pana verde, y tan corto por la delantera que a no ser por la faja que la sujetaba, corria peligro su enorme barriga de salir al sol. La chaqueta era de la misma pana verdosa. y el gorro de tres cuartas que llevaba en la cabeza, de punto doble de estambre colorado; ocupando ambas manos, una con un látigo que le servia de puntal, y la otra con una pipa de tierra en que fumaba negrillo de la fábrica de Barcelona.

Este tal, mayoral en su tiempo de la dilijencia de Reus a Tarragona, ordinario periódico despues de aquella capital a Madrid, habia calculado lo bien que a sus intereses estaria el establecer en esta un depósito de mensajerias con que poder abarcar gran parte del comercio de Madrid con el Principado; y parapetado con buenos presupuestos, y con no escasa dosis de intelijencia y suspicacia, se presentaba al concurso a la hora prefijada.

Del jénero trashumante tambien, y ocupado igualmente en el trasporte interior, aunque por los caminos de herradura, el honrado *Alfonso Barrientos*, natural de Murias de Rechivaldo en la Maragatería, se presentó tambien con sus anchas bragas del siglo XV, su sombrero cónico de ala tendida, su coleto de cuero, y su fardo bajo el brazo. Hábil conocedor de las necesidades mercantiles de Madrid, relacionado con sus casas de comercio principales, que no tenian reparo en fiar a su honradez la conducta de sus caudales, jefe de una escuadra de parientes, amigos y convecinos, que desde los puntos de la costa cantábrica sostenian hace veinte años la comunicacion regular con la capital, hallábase el buen Alfonso en absoluta nocesidad de establecer en esta una factoría principal donde espender sus lienzos Viveros, jamones de Candelas, y truchas del Barco de Avila, amen de las espediciones de caudales de la hacienda pública y particulares, víveres de los ejércitos, y provisiones de las plazas; y estaba seguro de que con su presencia y antigua fama, no podia largo tiempo disputarle la preferencia ningun competidor.

Alegre, vivaracho y correton, guarnecido de realitos el chupetin, con mas colores que un prisma, y mas borlas que un pabellon, *Currillo el de Utrera*, mozo despierto y avantajado de injenio, rico de ardides y de esperanzas, aunque de bolsa pobre y escasa de realidades, se asomó como jugando al lugar del concurso, con la esperanza de que acaso le fuera adjudicada la posada bajo la palabra de fianza de un sobrino del compadre de la mujer del cuñado de su mayoral; y todo con el objeto de dejar su vida nómada y aventurera, porque se hallaba prendado de amores por una mozuela de estos contornos, que encontró un dia vendiendo rábanos en la calle del Peñon, con un *aquel*, que desde el mismo instante se le quedó atravesada en el alma su caricatura y no acertó a volver a encontrar otro camino que el del Peñon.

La nobilísima Cantabria, cuna y rincon de las alcurnias góticas, de la gravedad y de la honradez, contribuyó tambien a aquel concurso con uno de esos esquinazos móviles, a cuyos anchos y férreos lomos no seria imposible el trasportar a Madrid la campana toledana o el cimborrio del Escorial. Desconfiado, sin embargo, de sus posibles, mas como espectador que como actor, se colocó en la puja con ánimo tranquilo y angustiado semblante, como quien estaba diciendo

en su interior—*¡Ah Virjen! Si no custára mas de dus riales, eu tamen votaba una empujadura!*

«A los ricos melocotones de Aragon, de Aragon, de Aragon.» —Venian gritando por la calle abajo *Francho el Moro y Lorenzo Moncayo*, vecinos de la Almunia, y abastecedores inmemoriales de las ferias matritenses. La rosada y rotunda faz del primero, imajen fiel de la fruta que pregonaba, su aspecto marcial, su voz grave y entera, su risa verdaderamente espontánea, y el grave aspecto y la formal arrogancia del segundo, inspiraban confianza a los compradores y brindaban de antemano al paladar la seguridad de los goces mas deliciosos Colocados muchos años a la puerta de la posada de la Encomienda, calle de Alcalá, o caminando a duo por las calles con su banasta a medias agarrada por las asas, habian logrado establecer tan sólidamente su reputacion, que estaban ya en el caso de aspirar a mayor solidez, teniendo en esta un depósito central donde poder recibir sus variadas cosechas y hacer su periódica esposicion.

Si no dulces y regalados frutos naturales, por lo menos picantes y sabrosos artificios era lo que ofrecer podia en el nuevo establecimiento el amable *Juan Farinato*, vecino del lugar de Candelario en Estremadura, célebre villa por los esquisitos chorizos que desde la invencion de la olla castellana han vinculado a su nombre una reputacion colosal. Farinato, descendiente por línea recta del inventor de la salchicha, y vástago aprovechado de una larga série de notabilidades de la tripa y del embudo, habia traido por primera vez a Madrid a su hijo y sucesor, verdadera litografía de su padre en facciones, traje y apostura, y despues de introducirle con el sin número de amas de casa, despenseros y fondistas, de cuyos mas picantes placeres estaba encargado, pensó en fijar en esta su establecimiento, dejando al jóven Farinatillo el cuidado de ir y volver a Candelario por las remesas sucesivas.

Por último, para que nada faltase a aquel jeneral e improvisado cónclave provincial, no habian sonado las diez todavía, cuando espoleando su rucio, compunjiada la faz, la nariz al viento, y las piernas encojídas por el cansancio, llegó a entrar por la posada adelante el buen *Juan Cochura*, el castellano viejo, aquel mozo cuitado y acontecido, de cuyas desgraciadas andanzas en su primer viaje a la corte tienen ya conocimiento mis lectores (1). Con que se completó aquel animado cuadro, y pudo empezarse la solemne operacion del *traspaso*; pero antes que pasemos a describirla, bueno será pasear la vista un rato por el lugar de la escena, si es que lo desabrido de la narracion no ha conciliado el sueño de los benévolos lectores.

III.

En el comedio del último trozo de la calle de Toledo, comprendido entre la puerta del mismo nómbre y la famosa plazuela de la Cebada, teatro un tiempo de los dramas mas románticos, ahora *de las musas* mas clásicas y pedestres,

(1) Véase el artículo titulado «El recien-venido.»

conforme bajamos o subimos (que esto no está bien averiguado) a la izquierda o derecha, entre una taberna y una barberia, alzase a duras penas el vetusto edificio que desde su primitiva fundacion fue conocido con el nombre del *Parador de la Higuera*, el mismo a que nos dejamos referidos en la narracion anterior.

Su fachada esterior, de no mas altura que la de unos 30 piés, se ve interrumpida en su estension por algunos balcones y ventanas de irregular y raquíticas proporcion faltos de simetría y correspondencia, y ofrece como es de presumir, pocos atractivos al pincel del artista o las investigaciones del arqueólogo. Su color primitivo, oscuro y monótono, la solidez de su construccion de argamasa de fuerte pedernal y grueso ladrillo, las mezquinas proporciones de los arriba nombrados balconcillos, el enorme alero del tejado, y la altísima puerta de entrada, cuyas jambas de silleria aparecen ya un si es no es desquiciadas, merced al continuo pasar de carromatos y galeras, dan a conocer desde el primer aspecto la fecha de aquel edificio, si ya no la revelase espresamente una inscripcion esculpida en el dintel de la dicha puerta; la cual incripcion alternada con la que sirve de insignia al Parador, viene a formar un todo bastante heterojéneo y difícil de comentar; dice pues asi:

PARADOR.

JHS. 16. MRA. 22. JHE. DE LA

Se yerra a fuego y en frio.

Que segun los intelijentes se reduce a declarar (despues de los respetables nombres de la sacra familia y del emblemático titulo del parador) que aquella casa fué construida en el año de gracia de 1622; con que es cosa averiguada sus dos siglos y pico de antigüedad.

En el ancho y cuadrilongo vestíbulo que sirve de ingreso, no se mira cosa que de contar sea, supuesto que a aquella hora todavía no trabajaba el herrador de la parte afuera de la calle, y los mozos y ordinarios no habian colocado aun el banco temblador sobre que suelen pasar las siestas jugando al truquiflor y a la *se-canса*

Pásase desde el citado ingreso a un gran patio cuadrilátero cercado por su mayor parte de un cobertizo que sirve para colocar las galeras y otros carruajes, y sobre el que sustentan los pasillos y ventanas de las habitaciones interiores de la casa. A su entrada el indispensable pozo con su alto brocal y pila de berroqueña, y en ambos lados, por bajo del cobertizo, las cuadras y pajares con la suficiente comodidad y desahogo.

La habitacion alta está dividida en sendos compartimientos, adornados cada uno con su tablado de cama verde, jergon de paja, sábanas choriceras y manta segoviana; su mesilla de pino, con un jarro y candil y una estampa del Dos de mayo o del Juicio final, pegada con miga de pan en el comedio de la pared; amen de los diversos adornos que alternativamente aparecen y desaparecen, tales como albardas, colleras, esquilones y otros, propios de los trajinantes, que suelen ocupar aquellos aposentos.

Unicos habitadores permanentes de tan estenso recinto, y ruedas fijas de su complicada máquina eran : primero, el dueño propietario *Pedro Cavezal*, anciano respetable de que queda hecha mencion ; cuya estampa lozana y crecida en sus años juveniles, aparecia ya un si es no es encorvada por el transcurso del tiempo y los cuidados que pesaban sobre su despoblada frente ; segundo, *Anselma Ordoñez*, hija putativa de Diego Ordoñez, difundo mozo de mulas, mayordomo y despensero que fué de la casa en los primeros años del siglo actual, y esposo de Dominga Lopez, tambien difunta, ama de llaves del Cavezal. Esta tal Anselma era una moza rolliza de veinte abriles poco mas o menos, cuya fecha no mui conforme con la muerte del padre Diego, que falleció heróicamente de hambre en el año 12, se esplicaba mas naturalmente por las malas lenguas que atribuian al tio Cabezal algunas relaciones en su tiempo con la viuda Dominga, y creian descubrir entre las facciones de aquel y las de la moza, mayor relacion y concomitancia que con las del difunto mozo de mulas. Pero sea de esto lo que quiera, y la verdad no salga de su lugar, es lo cierto que el famoso dueño del parador de la Higuera la tenia por ahijada, y en los últimos años de su edad, desprovisto como estaba desgraciadamente de sucesion directa, varonil y ostensible, manifestaba cierta predileccion y deferencia ácia la muchacha, y aun daba a entender claramente que aquel feliz mortal que lograse interesar su aspereza, seria dueño de su mano, item mas, del consabido parador con todas sus consecuencias. Razon de mas para atraer a su posada crecido número de parroquianos gallardos y merecedores.

El tercer personaje de la casa era *Faco el herrador*, poderoso atleta de medio siglo de data, cojo como Vulcano, y señalado en la frente con una U vocal, insignia de su profesion, que le fue impuesta por un macho cerril de Asturias con quien habrá quince años sostuvo formidable y singular combate. Jesto duro y avinagrado ; manos férreas y cerdosas ; alto pecho ; cuello corto, y cabeza bien templada. Este tal era el consejero áulico, el amigo de las confianzas del Cabezal ; era el que imprimia, digámoslo asi, *su sello*, a todas las determinaciones de aquel, que no tenian, como suele decirse, fuerza de lei, hasta despues de bien claveteadas por el señor Faco, y pasadas por el yunque de su criterio.

Ultimo miembro de aquella cuádruple alianza venia a ser *Periquillo el Chato*, jóven alcarreño hasta de diez y nueve primaveras, mozo de paja y tintero, que asi enristraba la pluma como rascaba la guitarra ; mas amigo del movimiento rápido y de la vida nómada, propia de su antiguo oficio de acarreador de yeso, que del quietismo y trabajo mental a que le obligaba el arcon de la cebada y el grasiento cuaderno de la paja, de que estaba hoi encargado, gracias a su notable habilidad para trazar algunos rasgos, que segun el maestro de su pueblo podian pasar por letras y por guarismos siempre que abajo se esplicase en otros mas claros lo que aquellos querian decir.

IV.

Sentados, pues, majestuosamente en un ancho escaño, colocado a la espalda del vestíhulo de entrada, el famoso Cabezal y su adjunto el herrador ; aquel

a la diestra mano, y este al costado izquierdo ; el primero embozado en su manta de Palencia y el segundo apoyado en su baston de fresno con remates de Vizcaya ; colocados en pié en respetuoso grupo circular todos los aspirantes y mantenedores de aquella lid, y asomando, en fin, por el balconcillo que daba encima del cobertizo la rosada faz de la jóven Anselma, premio casi indudable y última perspectiva del afortunado vencedor, déjase conocer la importancia del acto, y su completa semejanza con los antiguos torneos y justas de la edad media, en que los osados caballeros venian desde luengas tierras a punto donde poder manifestar su garbosidad y arrojo ante los ojos de la hermosura.

Dió principio a la ceremonia un sentido razonamiento del buen Cabezal, en que hizo presentes las razones que le asistian para retirarse de los negocios públicos, y envolverse en la tranquilidad de la vida privada, con todos aquellos considerandos que en igualdad de circunstancias hubiera esplanado un Séneca, y que nuestras costumbres político-modernas suelen poner en boca de los magnates dimisionarios, y que quieren ser reelejidos. Con la diferencia de que el honrado Cabezal, que ignoraba quién fuera Séneca, asi como tambien el lenguaje político cortesano, procedia en ello con la mayor sinceridad, siguiendo solo los impulsos de su conciencia, y bien convencido de que desde la muerte del *Endino*, sus débiles manos no eran ya a propósito para rejir debidamente las riendas de aquel estado.

Seguidamente el herrador Faco, en calidad de superintendente y juez de alzadas del establecimiento, dió cuenta a la junta de su estado *financiero ;* del presupuesto eventual de sus beneficios y gastos, y del *balance* de sus almacenes, y movilario; no tratando, empero, de la propiedad de la finca, cuyo dominio se reservaba Cabezal, y concluyendo con animarles a presentar incontinenti sus proposiciones de traspaso, a fin de proceder en su vista a la definitiva adjudicacion.

Aqui del rascar de las orejas de los circunstantes ; aqui el hacer círculos en la arena con las varas ; aqui el atar y desatar de las fajas y de los botones de la pretina ; aqui el arquear de las cejas, tragar saliva, mirar a un lado y a otro, como tomando en cuenta hasta las mas mínimas partes de aquel conjunto ; aqui el mirarse mútuamente con desconfianza y aparente deferencia, instándose los unos a los otros a romper el silencio, sin que ninguno se atreviese a ser el primero. Aqui, en fin, el balbuciar algunas palabras, aventurar tal cual pregunta, rectificar varias indicaciones, y volverse a recojer en lo mas hondo de una profunda meditacion.

Por último, despues de media hora larga de escena muda, en que solo se oia el pausado compás de las campanillas de los machos que retozaban en las cuadras, y el silbido de Periquillo que servia de reclamo para atraer a la puerta del parador algunas aves trashumantes de las que tienen sus nidos ácia la calle de la Arganzuela, se oyó en fin entre los concurrentes un gruñido semejante al último *¡ ai !* del infeliz marranillo cuando cede la existencia al formidable impulso de la cuchilla. Y siguiendo acústicamente la procedencia del tal sonido, volvieron todos los ojos ácia un estremo del círculo, y conocieron que aquel habia

sido lanzado por la agostada garganta del segador Farruco, quien alzando majestuosamente la cabeza, y como hombre seguro de sostener lo que propone, esclamó: —

— «En Dios y en mi ánima, iba a decir, que si vustedes non risuellan, yu risullaré.» —

— «¡Bravo, Farruco, bien por el segador, l» esclamaron todos, como admirados de esta brusca interpelacion de parte de quien menos la esperaban.

—Silencio, señores (dijo el herrador); Farruco tiene la palabra.

—Es el casu (prosiguió Farruco), que yo non sé comu icirlu; peru, si me dan el edificiu, y toudo lu que en él se contien, ainda mais, la moza, para mí sulitu, pudiera ser que yu meta de traspasu hasta duscientus riales, pagadus en cuatru plazus dende aqui hasta la virjen del outru agostu. —

—Bravo, bravo (volvió a resonar por el concurso en medio de estrepitosas carcajadas); bien por Farruco el segador. ¡Doscientos reales en cuatro plazos! Vamos, señores, animarse, que si no queda el campo por Galicia. ¡Viva Santiago! ¡uff.. .! —Con otros alegres dichos y demostraciones que para todos eran claras menos para el honrado y paciente segador.

Ira de Deu (gritó a este tiempo el catalan, blandiendo el látigo por encima de las cabezas del amotinado concurso). ¿Será ya hor que nos antandams en formalidat, y prudensia? ¡Les diables carguen con este Castilla en que tot se hase riendo como les carrers de Hostalrich! Poqs rasons, pues, y al negosio, que se va hasiendo tard, y a mí mé aspern mis galers a les ports de la siudat. Vean ells si les acomod trasients librs per tot, pagaders en Granollers, en cas de mi sosio Alberto Blanquets de la matrícula de San Feliú de Guixols.

—Otra, otra (dijo gravemente el aragones); aguarda, aguarda, con lo que sale media lengua. Yo adelanto trescientos pesos mondos y redondos; con mas, toda la fruta que gaste el señor amo, y la estameña franciscana que necesite para la mortaja; y ofrezco icir tres misas a las ánimas por mor de la señá Cabezala que Dios tenga allá abajo; y endiñale un risponso en el Pilar, que la virjen se ha é reir de gusto. —

— «¡Que viva el aragonés!» (gritó el concurso alborozado), y a los ojos del anciano Cabezal se asomó una lágrima, tributo del amor conyugal, cuyo recuerdo habia despertado Francho *el moro*.

—A que si valen seis taullas de tierra de buen arros, orilla del Grao, y como hasta dies libras de seda en el Cañamelar para la próxima cosecha, aqui hai un valensiano que dará todo esto y las grasias si el señor amo quiere sederle el parador. —

—¿Qué eztan uzteez hablando ahí, compaez? Aqui hai un hombre, tio Cabesal, y detraz dezte hombre hai un compae que zale por mí, y ez primo der cuñao de la zobrina der rejidor de Moron, que tiene parte con otros sinco en er macho conque traje la carga de aseite pa el compae Cabesal en la pazcua anterior; el cual zi zale (que zi zaldrá), por mi honor y juramento, esde luego pedirá a zu prima que le diga ar cuñao, que pia a la sobrina der rejidor que haga que zu tio ponga por hipoteca la parte trazera der macho, pa servir ar señor Cabesal y a toda la buena jente que moz ezcucha.

—¡Que viva Utrera! (esclamaron todos con algazara) y arriba Currillo que nos ha ganado la palmeta prontito y bien; ¡dichoso el que tiene compadres para sacarle de un ahogo! ¡que viva Curro y el cuarto trasero del macho de su compadre, que son tal para cual!

—Grazias, señorez (repetia Curro); pero bien zabe Dioz que no lo desia por tanto. —

—Basta ya de bromas, señores, si ustedes gustan, que la mañana se pasa, y todavía tengo que llegar a Valdemoro a comer. Veo por lo visto que aqui todo son dimes y diretes, y el amo, a lo que entiendo, no nos ha llamado para oirnos ladrar.—Esto dijo con importante gravedad el manchego, y adelantándose un paso en medio del corro:—Yo (continuó con valentia) voi a tomar la gaita por otro lado, y creo que vuesas mercedes habrán de llevar el paso con el sonsonete. Aqui mismo, al contado, todo en doblones de a ocho, corrientes y pasados por estas manos que se ha de comer la tierra, aqui está mi argumento, y mi elocuencia está aqui. (Y lo decia por un taleguillo de cordellate que alzaba con la diestra mano.) A ver, a ver, si hai alguien que me le empuje, porque sino mio queda el parador; y cuenta, herrador, a ver si me equivoco; mil pesos dobles, justos y limpios, hai dentro del taleguillo; esos doi, y pues que no hai ni puede haber competencia, señores, pueden vuesas mercedes si gustan llegarse a oir misa, que ahora poco estaban repicando en San Millan. —

Un confuso rumor de desaprobacion, y algunas interjecciones espresivas dieron a conocer el enojo que semejante arrogancia habia inspirado a la asamblea; el opulento Azumbres no por eso desconcertó su contimente, antes bien sacando pausadamente la vara del cinto tomóla con la diestra mano, y pasando a la izquierda el taleguillo de los doblones, paseó sus insultantes miradas por toda la concurrencia, como aquel que está seguro de no encontrar enemigos dignos de combatir con él.

Sin embargo, no habia calculado con la mayor exactitud, porque adelantándose al interior del círculo el honrado maragato, hecha la señal de la cruz, como aquel antiguo paladin que se disponia a temerosa liza, tosió dos veces, escupió, miró en derredor, y quitándose modestamente el sombrero, prorumpió en estas razones.

—Con el permiso del señor manchego y de toda la honrada concurrencia; yo Alfonso Barrientos, natural y vecino de Murias de Rechivaldo, en el obispado de Astorga, parezco de cuerpo presente y digo; que aunque no vengo tan prevenido para el caso como el señor que acaba de hablar, todavía traigo, sin embargo, otro argumento que no le va en zaga a su saquillo de arpillera; y este argumento, y este tesoro, que no le cambiara por toda la tierra llana que se encuentra comprendida entre la mesa de Ocaña, y las escabrosidades de Sierra Morena, es mi palabra, nunca desmentida ni desfigurada; es mi crédito, harto conocido entre las jentes que se ocupan en el tráfico interior. Saque el señor herrero un papelillo de los que le sirven para envolver su cigarro, y déjeme poner en él tan solo mi rúbrica, y ella acreditará y hará buena la palabra que Alfonso Barrientos da de entregar mil y doscientos pesos por el traspaso del parador.—

—¡Viva el reino de Leon! ¡viva la honradez de la Montaña! (esclamaron estrepitosamente todos los concurrentes); y al diablo sea dada la arrogancia de la tierra llana!—

—Que me place (replicó sonriéndose el manchego), encontrar con un competidor digno por todos títulos de habérselas con Azumbres, el cosechero de Yepes; pero como no es justo darse por vencido a la primera vuelta, y como tampoco soi hombre a quien asustan todas las firmas leonesas, aqui traigo prevenidas para el caso nuevas municiones con que hacer la guerra a todos los créditos del mundo, aunque entren en corro los billetes del tesoro y las sisas de la villa de Madrid.—Sepan, pues, que en este otro saquillo (y esto dijo sacando a relucir del cinto un nuevo proyectil de mediano volumen) se encierran hasta doscientos doblones mas, los mismos que ofrezco al señor Cabezal por su traspaso, y punto concluido, y buena pro le haga al rematante.—

—Apunte vuesa merced, señor herrador (dijo con calma el maragato), que Alfonso Barrientos da dos mil pesos fuertes, si no hai quien diga mas.—

Aqui la algazara y el entusiasmo de los concurrentes llegó a su colmo, viendo embestirse con aquel ahinco a los dos poderosos rivales, que mirándose recelosos a par que prevenidos, como que dudaban ellos mismos toda la estension de sus fuerzas y el punto término a que los llevaria el combate. Pero la mayoría de los pujadores, que conocian mui a su pesar, que solo podian servir de testigos en lucha tan formidable, iban descartándose del círculo, y abandonando con sentimiento el palenque. De este número fueron el choricero Farinato, el gallego y el asturiano, los aragoneses y el andaluz, los cuales sin embargo se mantenian a distancia respetuosa, como para mejor observar el efecto de los golpes y los quites respectivos.

Uno solo de los concurrentes no habia dicho aun «esta boca es mia,» y parecia como estraño a aquel movimiento, sin duda midiendo en su imajinacion la pequeñez y mal temple de sus armas para tan lucido y árduo empeño; y este ser infeliz y casi olvidado de los demas, no era otro que nuestro *Juan Cochura*, el castellano viejo, el cual con aparentes señales de distraccion, paseaba sus miradas por las alturas, como quien busca y no encuentra inspiracion ni mandato a su albedrío. Pero a decir verdad, si nuestro anteojo escudriñador hubiera podido penetrar en aquel recinto, no hai duda que mui luego hubiera observado que lo que aparenia desden e indiferencia de parte del Juan, no era sino cálculo refinado, y que sus miradas, al parecer estúpidas e indecisas, no iban dirijidas nada menos que a otro traspaso que le pusiera en posesion omnímoda y absoluta del parador.

Tal vez nuestros lectores habrán olvidado en el curso de esta estéril y cansada relacion, que sobre el círculo de los famosos mantenedores del torneo, y asomada en un balconcillo de madera que apenas se distinguia, ofuscado entre el humo que salia de la cocina inmediata, se hallaba presenciando aquella animada escena la robusta Anselma, la hija adoptiva del señor del castillo, la estrella polar de aquellos navegantes, y el puerto y seguro término de sus arriesgadas aventuras. Verdad es (sea dicho de paso) que casi todos ellos navegaban

como Ulises sin saber por donde, ignorantes del faro que sobre sus cabezas relucia, y a merced de los escollos e incertidumbres de tan dudoso mar; mas por fortuna nuestro Juan Cochura tenia un amigo... ¡y qué amigo!... práctico y conocedor de aquel derrotero, playa saludable en medio de tan intrincado laberinto; el cual amigo no era otro que Faco el herrero, quien por un movimiento indefinible de simpatía acia nuestro mozo castellano, le habia secretamente instruido sobre el rumbo cierto que tomar debia, diciéndole que si lograba interesar el amor de la jóven Anselma, él y no otro seria el dueño del parador.

La gramática de Juan, parda como su vestido, no hubo menester mas reglas para comprender aquel idioma; y así desde el principio de la refriega dirijió sus baterías al punto mas importante y descuidado del combate; hasta que viendo que este se empeñaba con la artillería gruesa, y escaso él de municiones para sostener con decoro el castellano pendon, apeló a la estratajema de la fuga; pero fuga armónica, cadenciosa y bien entendida, que ni el mismo *Bellini* hubiera ideado otra mejor.

Echó, pues, sus alforjas al hombro, y confiado eu su buena estrella y en sus gracias naturales, de que ya tiene conocimiento el lector, subió poquito a poquito la escalera de la cocina; se llegó al balconcillo; tiró del sayal a la moza, como qnien algo tenia que pedirla, y ella le siguió, como quien algo le tenia que dar.

Lo que al amor de la lumbre pasó, los coloquios y razonamientos que mediarian entre ambos, en los pocos minutos que inadvertidamente desaparecieron de la vista del concurso, son cosas de que solo los pucheros que hervian y el gato que dormitaba a la lumbre pudieran darnos razon; y es lástima sin duda que no quieran hacerlo, pues acaso por este medio vendriamos en conocimiento de una de las escenas de mas romántico efecto que ningun dramaturgo pudiera inventar.

Ello es lo cierto, que por resultas de este desenlace de bastidores (mui conforme tambien con la escuela moderna), dió fin el drama, volviendo de alli a poco a salir la dueña y el mancebo al balconcillo, asidos de las manos, y con los ojos brilladores de alegría; y oyéndose prorumpir a la heróica Anselma en estas palabras:

—«Padrino, padrino, que se suspenda el remate, que ya queda concluido el *traspaso*. Juan Algarrobo (alias Cochura), natural de Fontiveros, ha de ser mi esposo, que asi lo ha querido Dios.» —

Alzaron todos la vista con estrañeza al escuchar estas razones, y el anciano Cabezal hizo un ademan violento que parecia como preludio de alguna gran catástrofe. Miró al balconcillo con ojos encendidos, y alzándose de repente y desembozándose de la manta;—«¡Ah perra!» (esclamó); y ya se disponia a asaltar la escalera, cuando el buen Faco el herrador, el alma de sus movimientos, le detuvo fuertemente, trató de desarmar su cólera, y en pocas y bien sentidas razones, le hizo ver la alcurnia del mozo, y lo bien que le estaria admitirle por marido de su ahijada.

Todos los concurrentes conocieron entonces que habian sido víctimas de una intriga concertada de antemano, y dieron por de todo punto perdido su viaje, con lo cual fueron desapareciendo uno en pos de otro, despues de felicitar al Cabezal por la astucia de los novios.

Estos, pues, despues de solicitar la bendicion paternal, quedaron instalados en sus nuevas funciones; y nuestro Juan Cochura, a quien en su primer viaje a Madrid vimos burlado, escarnecido y preso por su ignorancia, llegó en el segundo a ser burlador ajeno, y a ponerse al frente de un establecimiento respetable.

La fortuna es loca, y gusta la mas veces de favorecer a quien menos acaso es digno de ella... ¿Quién sabe....? Todavía quizás le reserva una contrata de vestuario, o una empresa de víveres, y al que vimos entrar ayer cruzado en un pollino, preguntando los nombres de las calles, tal vez le miraremos mañana pasearlas en dorada carretela, y adornado su pecho con bandas y placas que nos deslumbren y oculten a nuestros ojos la pequeñez del orijen de su posesor. Espectáculo frecuente en el veleidoso teatro cortesano, y grato pasatiempo del observador filósofo que contempla con sonrisa tan májico movimiento.

(Julio de 1839.)

EL ESPÍRITU DE ASOCIACION.

El siglo XIX corre que vuela, y eso que ya no no es ningun rapaz que digamos, sino antes bien entrado en años, como que para la próxima ventura ha de contar, si no miente el calendario, sus cuarenta navidades debajo del peluquin; pero él siempre tieso y rezagante, como aquellos señores mal criados, que empezaron a los doce años a hacer calaveradas, y que pretenden prolongar todavía su juventud a despecho de las arrugas que vienen a sorprenderles sin haberse fijado en nada, ni sin poder llegar a decir *esto me está bien.*

Y aconteció, pues, con este señor siglo en sus primeros años, lo que de ordinario acontece con todos los muchachos traviesos y vivarachos, que no bien se les ve inclinados a jugar con el tambor, luego al punto suelen calificarlos de futuros héroes; y si tal vez aciertan a aprender de memoria y a recitar con desparpajo una fábula de Iriarte, de contado son y quedan clasificados en el catálogo de los sabios verosímiles.

Lo mismo nuestro siglo en cuestion; en sus primeros hervores hubo quien al verle quinerista y pendenciero profetizó de él jigantescas empresas y asombrosas hazañas; y luego vimos que todo era puro ruido y nada mas. Asi que mas grandecito le miramos recitar coplas, y manotear fuerte, le apellidamos el siglo *de las luces* y de la filosofía. Aficionóse despues a las cosas sólidas, como los caminos de hierro, y las monedas de oro, y luego le bautizamos de siglo material y amigo de la *positividad.* Pero en seguida le dió por aplicarse al gas y a las cerillas fosfóricas, y héteme aqui a mi siglo calificado de inflamable, volátil y fantástico; siglo de la poesía craneoscópica y de las cartas de pega.

¿Quién, pues, no se ha dado de calabazadas por comprender y fijar el verdadero espíritu de este siglo proteo, indefinible, incomparable; tronera de niño, pausado de jóven, y mas entrado en años saltarin y brincador? Muchas y mui buenas obras se han escrito para definirle; muchos y buenos pinceles se han empeñado en dibujarle; pero él a lo mejor se ha tornado de espaldas al retratante, o hale dejado caer el tintero encima al atareado escritor.

Váyanle VV. con estos ejemplitos al marjen a tomar la medida al tal nene; quiero decir, a ponerle apellido que bien le cuadre, y hacer colar por esclusivamente suya cualquiera de las infinitas cualidades que adornan a este autor

de *remedion*, a este cómico de la legua. No, sino llámenle negro al mancebo, y en aquel punto y hora dará una voltereta, y veréisle tornado en blanco como un armiño.

Pero nadie podrá negarme que hai siempre en toda época alguna o algunas cualidades mas especiales que otras; sin que al reconocerlas hayamos por eso de creerlas esclusivas ni echarlas, como quien dice, a reñir con las demas. Del mismo modo que en cada semblante humano se advierten una o mas señales que le distinguen de los otros; como por ejemplo; una berruga en la nariz; lo cual es suficiente para poder apellidar a su dueño *el hombre de la berruga*; sin que esto sea decir que aquel hombre sea todo berruga, sino es ya que la berruga existe en el hombre aquel.

Pues bien; entre estas cualidades fisionómicas (no la berruga) de nuestro siglo, coloco yo, y otros habian adivinado antes, la mancomunidad en las ideas y en las acciones de los hombres, o para hablar en términos mas cultos, *el espíritu de asociacion*.

Con efecto, por poco que observemos, veremos luego que esta es la cualidad primordial, el humor dominante de nuestra época; y asi como en otras se han refundido y representado, digámoslo asi, en un solo hombre, esta se multiplica y subdivide por millonésimas partes, átomos imperceptibles, entre todos los seres contemporáneos; de suerte que no parece sino que todos nacemos faltos de alguna cosa, y que nos buscamos e incorporamos por instinto, para formar entre todos un juicio completo, o una verdadera y sólida voluntad.

¡De aquí tantas asociaciones políticas, científicas y literarias; de aquí tantas discusiones y controversias; tantas obras enciclopédicas; tantas compañías de seguros mútuos; tanta gloria por acciones; tanto matrimonio a partir gastos.

«Cuatro ojos ven mas que dos» dice un refran.—Refranes hai para todo; y tambien otro que dice, «A menos bultos mas claridad.» Si lo que han de ver los cuatro ojos es una cosa sola, y en un punto fijo, claro es que los cuatro verán la misma cosa que los dos.—Ejemplo.—Reunan VV. muchos sabios en una junta, y sumen luego las cantidades de sabiduría.... ¿Cuánto me dan VV. si sacan menos que la que solia tener un sabio solo?

—«Dispare V. una bala a ese buque, señor sarjento.»

—«El buque no está a tiro, mi jeneral.»

—«Pues dispare V. toda la batería.»

No es esto decir que el espíritu de asociacion no tenga y mucho de bueno; no señores, esto lo que quiere decir es que la asociacion suele a veces estar reñida con el espíritu; por lo demas, ¿quién niega que es susceptible de mil aplicaciones a cual mas importante?—Por ejemplo.

Llega en estos afortunados tiempos a cumplir catorce abriles un mancebo. ¿A qué se ha de aplicar? ¿Ha de ir a llenarse las manos de callos para aprender un oficio mecánico con que ganar su subsistencia....? ¿Atestará su cabeza de *embrollos* para adquirir una profesion honrosa....? ¿O viajará, y devolverá mares y tierra en busca e investigacion de la verdad?

Nada menos que eso; júnase con otros compañeros todos de su edad, y decla-

rese con ellos sabio y literato. (Esto es ya de cajon, y literato en el lenguaje moderno quiere decir que conoce las letras, o sea el alfabeto; la poesía es una planta natural de suyo que crece con las barbas.)

Reunidos *en comandita* traducen entre seis o siete una comedia en un acto, o disuelven sus ideas en un periódico por *tomas* semanales, o bien cortan trozos y pájinas enteras de acá y acullá y lo surcan y planchan de nuevo en su laboratorio; y hágote orijinal Y los que no estan de servicio, fórmanse en comision de aplausos, y repiten en coro las glorias del compañero, y chillan y rabian, predicando su entusiasmo al pobre público, que en todo habia pensado menos en sospechar que tenia un jenio mas a quien adorar; y le mira y remira y abre tanta boca, y dice como sorprendido. — «¡Veán VV., quien lo habia de decir! ¡y le teniamos por un fátuo!» — Hé aqui el espíritu de asociacion útilmente aplicado al injenio.

Sueña un pobre tendero que su vara se ha convertido en la de Moysés, que hacia saltar torrentes de gracia de las duras peñas; mira a su paisano y antiguo compañero manejando grandes capitales, y dando la cara a formidables empresas. Hai, sin embargo una diferencia; y es que el tal paisano es efectivamente poderoso, mientras que nuestro hombre no tiene mas capital que su activa imajinacion... No importa... ¿Quién dijo miedo? — Asóciase para esplotar aquella con un tonto (que nunca faltan para bien de la humanidad), y a dos por tres da con él en tierra, y luego con otros y otros, y salta por encima de todos, y se va elevando, elevando, hasta que de asociacion en asociacion, para en asociarse con un magnate; y luego con un ejército; y despues con un gobierno; y alza y baja los fondos del estado; y hace y deshace paces y guerras; y forma oposiciones; y levanta ministerios y... vayan VV. a decirle al tal que el espíritu de asociacion no es cosa buena.

¡Pobre viuda! tu contabas con el dia treinta del mes, y hace muchos ya que los meses en España no tiene treinta; llamaste a la tesoreria y la tesoreria te respondió en hueco; hasta el perro guardador dejó de ladrar por falta de motivo; no tienes mas remedio, pobre viuda, que arrimar tu lumbre a la de tu vecino el cesante, o traerte a tu celda al esclaustrado, o rezar con las monjas por vuestros difuntos bienes; y aplicar a la puchera el espíritu del siglo, el *espíritu de asociacion*.

Otra de las mas injeniosas aplicaciones de esta *sociabilidad* es la que suelen hacer los inquilinos con sus caseros, declarándose dueños *in partibus* de la finca alquilada y usufructuarios *in integrum* de su propiedad.

Las damas de gran tono suelen celebrar tambien esta especie de *contrato social* con los mercaderes de calle Mayor, pagándoles en sonrisas y amabilidad las blondas y rasos con que aquellos cuidan de proveerlas.

Los elegantes rigoristas tienen por *asociado* al sastre, y abierto permanentemente en su libro el rejistro de la sociedad; y los parásitos y aduladores de pandilla, se asocian a los poderosos, poniendo en fondo comun sus loores y simpatías, mientras que por la contraria se ofrecen los palcos abonados, las doradas carretelas, y las salsas del cocinero.

Pero el adelantamiento mas positivo, lo que califica de grande al espíritu de asociacion, de nuestro siglo, es su aplicacion al matrimonio; a este doble contrato de nuestra santa madre Iglesia, ya convertido en triple por moderna filosofía.

Con efecto, desde que todos los galanes se han vuelto barbas, ya no hai drama posible; desde que los poetas modernos han renegado de la mitolojia, huyeron de su imajinacion todas las deidades imajinarias, y en la mujer no miran mas que un mueble de uso comun, y en el amor nada mas que un sentimiento de orgullo o de comodidad. En vez de pintarle niño y alado, hácenle marchar barbudo y con pies de plomo; quitáronle la venda de los ojos, y aplicaron a ellos el catalejo de la investigacion y del cálculo; arrancáronle de las manos el arco y las flechas, y plusiéronle en su lugar un bolsillo y una pistola.

Vayan VV. con anacreónticas y cartas en vitela a estos señores *amargos*, que a los veinte años tienen ya *carcomida la existencia*; que no hallan posible el amor sin el ribetito del crimen, o por lo menos sin peligro de muerte; que entienden, por otro lado, que los sentidos pueden marchar mui bien sin el auxilio del corazon, y que el suyo, en fin, vale mucha plata para entregarle a dos por tres.

Váyanles VV., digo, señoras doncellas, con las indirectas que antes eran de uso comun entre vosotras de.... *¡Qué malo es V.....! ¿Quién le creyera....? ¿Lo dice V. de veras....? Dígalo V. a mamá....* A ellos, que no reconocen intimaciones ni proclamas, ni hijos ni padres posibles; ni categorías ni fórmulas; que empiezan por apear el tratamiento a la persona a quien se dignan dirijirse, y por llamarla *Mujer* a secas, como en otro tiempo decian los patriarcas de la lei antigua a la primera moza garrida que encontraban espigando en el desierto: «*Mujer, vente conmigo, y partirás mi tienda y mi lecho*,» y ellas cojian el cántaro bajo el brazo y echaban a andar tras ellos a partir lo arriba dicho.

Pero ellos [los nuestros] ni siquiera hacen caso de vosotras, espigaderas virjinales, que salís a espigar en el campo de la sociedad; y si os dicen por acaso que les sigais, cuenta, que no es la tienda lo que quieren con vosotras repartir.

Pero no; en vano sois sus sombras; en vano os les presentais a todas horas, y bajo las formas mas fantásticas y análogas a su indefinible voluntad; en vano seguis sus gustos, sus inspiraciones, sus manías; en vano remedais sus acciones y apostura; y si ellos dejan crecer sus cabellos hasta la espalda, vosotras los dejais colgar hasta la cintura; y si ellos procuran *triangulizar* su frente, vosotras seguis en la vuestra la misma jeométrica proporcion; en vano palideceis como ellos; en vano sonreis amargamente; en vano cantais llorando, y bostezais en el baile; en vano quisiérais morir para parecerles mejor. Ellos ni os reparan siquiera, porque su corazon... ¡oh! su corazon está *lanzado en las etéreas e insondables ilusiones de un fatídico porvenir*, y ni han observado vuestras lágrimas, ni vuestras ardientes ojeadas, ni vuestras gracias seductoras, ni vuestro traje sentimental.

Pero al fin son hombres, y al través de esta fantástica existencia, tienen sus horas de *positivismo*; horas en que la materia se revela contra el espíritu, y lo deja como quien dice arrinconado y sin poder chistar; y en estas horas y en estos dias [o sean noches] en que la flaca humanidad llama a la puerta, es cuando recuerdan que les falta una cosa.—¿Qué cosa es esta?—*La mujer*.—Y échanse por esos salones a buscar las mujeres del prójimo, con una seguridad que no parecen síno hermanos de la Mesta que dan suelta al ganado en cualquier prado concejil.—

Porque pensar que estos señores *escépticos* han de dudar de que las doncellas no les convienen, es pensar en lo escusado; y las razones son claras; 1.ª porque las doncellas se pagan mucho de esto del corazon, y el suyo ya queda espresado que es inenajenable; 2.ª porque ellas (las muchachas) si se las da un pié, luego piden la mano, y ya queda dicho arriba que su mano está armada para estos casos de un agudo puñal; 3.ª porque una soltera es una mujer completa, y a ellos para su objeto les basta con un *fragmento*; porque aquellas en fin aspiran a un lazo terrible y duradero, y ellos no a otra cosa que a un desenlace pronto y feliz.

Por estas razones y otras muchas que yo me sé, igualmente materiales y tanjibles, dijeron y dicen para su capote.—¿Mujer?—La del prójimo.—Uno... dos.. tres... trinidad perfecta.—¡Ah del espíritu del siglo!—Y aparecióseles el *espíritu de asociacion*.

Y el *marido* desde entonces tuvo un esclavo mas á quien mandar, y la mujer un dueño mas a quien servir.

Aquel dijo:—«Quiero ser ministro,» y su siervo se constituyó en adulador.—«Quiero ser diputado;» y su cliente se convirtió en candidatura ambulante.—«Quiero ser periodista;» y el amigo colaboró con él la pública opinion.—«Quiero ser poeta;» y el amante se obligó a entusiasmar al patio.—«Quiero ser tonto;» y el tercero en concordia fué tonto como él.—«Quiero ser pobre;» y el protector se encargó de pagar al casero.

En cambio de todos estos servicios, por premio de tantos sinsabores el vice marido pudo contar... ¡ahí que es nada!... *¡con media mujer!*...—¡Y qué mujer!.. ¿Y habrá todavia quien se ria de los maridos?

No hai, pues, que estrañarse de que en el estado actual de nuestras costumbres, el matrimonio, sagrado vínculo que en tiempos atrasados confundia en uno dos corazones, se haya convertido en un triángulo equilátero, y que sean homojéneos el marido y el amante. Ambos tienen a la mujer; ambos la engañan, ambos la desprecian. El ídolo dorado se derritió, y quedó el barro tosco y material: lo que antes exijia justa adoracion, es ya por su culpa objeto de burla y menosprecio.

Tal sin duda es el raciocinio de muchos maridos, y tal era tambien el que formaba respecto a su esposa el jóven don...

Pero respetemos la memoria de un desgraciado; y hagamos gracia a nuestros lectores del ejemplo práctico; basta por hoi haberles impuesto en la teoría del espíritu del siglo, el *espíritu de asociacion*.

(Diciembre de 1839.)

UNA JUNTA DE COFRADIA. (1)

Ne sutor ultra crepidam...

Al glorioso San Crispin,
protector de la *obra prima*,
consagra solemnes cultos
su devota cofradía.
Por cédulas *ante diem*
y a la hora *de nocte prima*,
todas las capacidades
guarda-piernas de la villa,
Convocados a este fin,
ocupan bancos y sillas
en un honrado desván,
con honores de buhardilla.

De la sala en el comedro
y pendiente de una viga
campa al aire el oriflama,
del santo patrono insignia;
Y encima de una gran mesa,
alhaja de sacristía
lucen un candil y un jarro
que alegran ojos y tripas.
Tras la mesa, en un sitial
de baqueta moscovita,
con mas clavos que una rueda
y mas años que una encina,
El cofrade mas antiguo

(1) El objeto de esta composicion déjase ver que es atacar el abuso que en reuniones insignificantes y para tratar los asuntos de menos valia, suele actualmente hacerse del lenguaje y fórmulas parlamentarias. Bajo tal aspecto, entra este ridículo en la jurisdiccion del escritor que festivamente y sin acrimonia pretende correjir pintando las costumbres de la sociedad contemporánea. Este es, pues, su verdadero punto de vista, y por lo tanto, trabajo será escusado el de aquel lector suspicaz que intente andar buscando en este escrito alusiones mas hondas. El autor protesta de antemano contra toda maligna aplicacion y repite aqui lo que varias ocasiones ha dicho en los ocho años que hace que escribe de costumbres, a saber: que *no es política su mision sobre la tierra*

por derecho de conquista
se encarama y se sepulta,
diciendo: «Ya hai quien presida.»
Con esto, y un avechucho
entre mico y sabandija
que ocupa el siniestro lado
y el candil y el jarro atiza,
Los restantes pies-de-banco
a sus puestos se retiran,
ya que vieron que dejaban
la mesa constituida.

«Escomienza la sesion,»
grita el presidente *Blas*;
y reclama la atencion
con un enorme esquilon
que le sirve de compas.

Tose y bebe el secretario,
y bebe y vuelve a toser,
y sacando del armario
un roñoso formulario
que apenas sabe leer,

Toma a todos juramento —
por el jarro y el candil,
de que beberán con tiento,
mirando por el aumento,
del gremio zapateril.

En relacion nominal
de todos los congregados
va llamando a cada cual;
y todos hacen señal
de saber que son llamados.

«*Perico Cerote negro.*» —
— «Despacio, voto va Dios,
que ese mote es de mi suegro,
y digo qne no me alegro
de responder por los dos.» —

«*Juan Lesnas.*» — «Presente soi

para mal de algun entuerto
que habrá de escucharme hoi;
y declaro que me voi
si no se escomienza el vino.» —

«*Diego Punzon Cabritilla.*» —
«De cuerpo presente está.» —
«*Domingo Cachas.*» — «Cuchilla
me llamo en toda la villa,
que bien me conoce ya.» —

«*Benito Chanclas.*» — «Amen.»
«*Dionisio Correa.*» — Soi.»
Leonardo Mandiles.» — «Bien.»
«*El hijo del Cacho.*» — «¿Quién?»
«*El Cacho del hijo.*» — «Voi.»

Prosigue asi relatando
otros nombres mas de mil,
y su blason escuchando
van respondiendo y jurando
los cofrades del mandil.

Por último, el presidente
meneando el esquilon,
grita con voz de aguardiente:
— «El que esté en pié, que se siente;
ábrese la discusion.»

«Al fin, ilustre asamblea,
restablecido el silencio,
improvisaré el discurso
que hace tres meses y medio
me está enseñando don Braulio,
el dómine de Toledo.

Prestadme, pues, atencion,
y no os durmais por lo menos,
que es música celestial
cuanto deciros intento.

Señores.... (aquí me dijo
que hiciera pausa, el maestro)
Señores.... (vuelvo a decir
si no lo dije primero)

Señores... (y va de tres)
¡Qué espectáculo tan bello,
qué cuadro tan animado
ante mis ojos contemplo!
Todas las capacidades
de la hermandad del becerro
pendientes de mi discurso.
(ya he dicho que es del nuestro)
Y yo, el último de todos
los que ilustran este gremio,
colocado a su cabeza
en el encumbrado puesto
Donde, ayudándome yo,
vuestros votos me ascendieron
Tiempo es ya que dominando
mi modesto atrevimiento,
Os haga escuchar mi voz,
y que repitan sus ecos
las tapias de este Santuario
y las vigas de estos techos.
La Europa, que nos contempla
atónita, cuando menos,
espera, escucha, medita
nuestras palabras y gestos.
Y preparad a nuestras sienes
el merecido trofeo
en cien tempranas coronas
de achicorias y de berros.
Señores... ¿de qué se trata?
vengamos a mi argumento,
antes que alguno de Usías
me diga que soy un necio.
Se trata pues... ¡friolera!
en esta junta modelo,
de abortar alguna cosa
y de reconstruir el gremio.
De reformar la Ordenanza
que hicieron nuestros abuelos,
y tornar su gloria antigua
al nombre de zapatero!
Largos años de desdichas
tal, señores, nos han puesto,
que lo que antes fue *obra prima*
obra póstuma ha venido.

Yacen por tierra olvidados
nuestros magníficos fueros,
usos, armas y regalías,
imprescriptibles derechos.
¿Quién hai que al ver este cuadro
horrisonífico, ciego,
no sude ardiente betun,
no se le curta el pellejo?
Nosotros, con cuyo auxilio
corren y marchan los pueblos,
y de civilizacion
somos la causa y efecto;
Nosotros, cuya prosapia
data de Adan cuando menos,
que segun varios autores
fue el que inventó andar en cuatro;
Nosotros, que por capricho
al hombre mas altanero,
metiéndole en un zapato
aplicamos el tormento;
Nosotros, que a la beldad
de rodillas ofreciendo
adoracion y medida,
qué puntos calza, sabemos;
Nosotros, que de los héroes
somos sólido cimiento,
testigo el gran Federico,
y el héroe de Marengo;
Nosotros que... pero callo
porque desde aquí estoi viendo,
mil señales de impaciencia
que espresan vuestro ardimiento,
Ello, en fin, es cosa clara
que somos un noble cuerpo,
y que debemos osados
conquistar nuestros trofeos.
Cuarenta siglos nos miran,
y aunque digan mas de ciento,
flechándonos el anteojo
para observar lo que hacemos.
Y lo haremos, si señores,
y sabrán los venideros
que fuimos hombres de pró
y jente de pelo en pecho.

Jurad conmigo entre tanto
de este sitio no moveros
hasta haber consolidado
nuestra Ordenanza.»
—«Juremos.»—
Y al pronunciar esta voz
entre gritos y reniegos,
todos se estrechan las manos
hasta quebrarse los huesos.

—«Pido la palabra, hermano.»—
—¿Y para qué?
—«Para hablar.»
—*Juan Lesnas* tiene el embudo!»
dijo el presidente Blas.

Juan Lesnas estornudó,
miró adelante y atras,
púsose sobre el pié izquierdo
y dijo: «Voi a empezar.»
«Protesto ante todas cosas
que mi discurso será
de poco mas de tres horas,
pues me habré de concretar.
Digo tambien que no haré
la *oposicion* al tio Blas,
pues reconozco sus prendas,
talentos y probidad,
y fuimos catorce meses
compañeros de hospital.
Pero al fin ¿quién le ha metido
en venir a predicar
y echárnosla de doctor
a los que sabemos mas?
Y sino, vamos a cuentas.
¿Sus señorías podrán
decirme qué es lo que dijo
con tanto disparatar?
Dijo que estamos en junta....
dijo la pura verdad;
pero despues se perdió,
y olvidó lo principal.

Porque la junta solene
que hoi vamos a celebrar,
está, señores, prevenida
en nuestro ceremonial.
Ni tiene otros tiquis-miquis
que el haber de celebrar
la funcion de san Crispin,
que presto se acerca ya:
Yo que he sido mayordomo,
mandadero y sacristan
de esta santa Cofradía
diez y siete años y mas,
Os propondré mi *programa*,
que pienso habrá de gustar;
y a fin de llevarlo a cabo
me concedereis no mas
Que un *voto de confianza*
para que pueda gastar
cuanto juzgue conveniente,
y no esté gastado ya.
Esto es, pues, lo mas sencillo.
— «Pido la palabra, Blas.» —

— «Perico Cerote negro
hable, y que se siente Juan.» —

«El señor preopinante
preopina ¡ya se vé!
que se le de a su mercé
licencia de echar el guante;
Pero falta averiguar
con qué títulos la pide,
y al hermano que hoi preside
intenta asi destronar.
Porque segun yo me fundo,
los notables que aqui estamos
creo que representamos
los zapateros del mundo;
Y por mas que un animal
se oponga aquí, es cosa clara...»
— «Pido la palabra, para
una alusion personal.» —

«Consigno, en fin, mi opinion
contra todo gatuperio;
y al que haga de menisterio
yo le haré la oposicion.
De la cuestion en el fondo
pudiera estenderme mas;
pero pues lo dijo Blas,
hagamos punto redondo.
Guerra, señores, al bicho
que siempre quiere bullir;
mucho pudiera decir...
pero... Señores, *he dicho.*»

—«Mi digno amigo *Cerote*
ha dicho, si mal no oí,
que yo soi un animal,
yo respondo que es un ruin,
y quedamos tan amigos
y podemos proseguir.
Voi a hacer la descripcion
de la fiesta, y podrá asi
la asamblea conocer
si es merecimiento en mí
el ser ministro perpetuo
del glorioso san Crispin.
Lo primero que prevengo
es, señores, un pernil
asado por estas manos
que la tierra ha de cubrir.
Vendrá luego de callos
la fuente Jeronimil
y el inevitable arroz
con guindilla y con anis.
Aquestos son mis *principios*,
y los sostendré hasta el fin,
con los consabidos *medios*
del tintillo y chacolí,
Hasta que todos usías
queden hartos de engullir,
y puedan cantar los gozos
del invicto san Crispin.»

— «Bien, por Juan el mayordomo.» —
— «Bravo.» —(Aplauso.) — (Sensacion.) —
— «¡Escuchad!» —«¡Oid!» —«Ya basta.» —
— «Yo pido la votacion.» —
— «Que se vote.» — «La palabra.» —
— «No hai palabra.» — «¿Y porqué no?» —
— «¿Para qué?» —«Para el almuerzo.» —
—«Yo para la procesion.» —
—«Y yo para el juramento.» —
—«Para la Ordenanza yo.» —
— «Que diga.» — «Que calle.» — «Fuera.»
— «Orden, hermano mayor.» —
—«Su señoria es un burro.» —
—«Su señoria un lechon » —
— «Que se lea el reglamento.» —
— «Orden, señores, por Dios.» —

Y el jarro de mano en mano
corria que era un primor,
y el esquilon a todo esto
sonaba *dilin,-dolón*.

«Hable el presidente.»
— «Hablo,
si me dejan, pues ya veo
que aqui a fuerza de pulmones
se hace buenó el argumento.
Por desgracia me persuado
de que no entendió el concejo
la intencion de mi discurso
monumental, *deletéreo*;
(Dos palabrillas de moda
que me encargó con empeño
la *practicabilidad*
del dómine de Toledo.)
Quise, pues, decir...
—«Tio Blas,
lo que quiso lo sabemos,
Quiso echarla de leido
porque es suscritor al Eco.» —

— «Quise hablar de la Ordenanza.» —
quise...

—«Bien está todo eso,
pero Juan tiene razon,
lo primero es lo primero.»

— «Entonces es otra cosa!
señores, vamos con tiento;
¿se trata de san Crispin
o se trata del almuerzo?

—«Del almuerzo, si señor.»—

—«Pues voto por los torreznos,
y dejemos la Ordenanza
que la masquen nuestros nietos.»

—«¡Viva el presidente!»
— «¡Viva!»—
—«¡Y viva Juan!»—
—«Me enternezco
de ver, señores, las bonras
que me haceis sin merecerlo.»—
—«Vámonos, que son las diez.»—
—«Es preciso que acordemos.»—

—«¡Qué acordar ni qué demonios!»—
—«A mí me espera mi suegro.»—
—«Y a mí la Paca.»—
—«Pues yo
estoi de hambre que no veo.»—
—«¿Con que estamos?»—
—«A la calle.»—
—«Cuidado con el almuerzo.»—

Juan subió a la presidencia
y en un programa verbal
dió una práctica señal
de su grande intelijencia.
Y dijo con entrecejo
meneando el esquilon:—
«Se levanta la sesion
que vá a dormir el concejo.»

(Marzo de 1839.)

LOS JARDINES DEL RETIRO.

La primera época del reinado de Fernando VII, a contar desde su regreso de Francia en 1814 hasta la muerte de su segunda esposa doña Maria Isabel de Braganza a fines de 1817, fué señalada para Madrid por una predileccion singular que tanto el rei como la reina mostraban ácia su heróica capital; complaciéndose en permanecer constantemente en ella, visitando todos los establecimientos públicos y particulares, pasando revistas lucidísimas, asistiendo a pié y sin ceremonia a los teatros, paseos y demas puntos de reunion, y poniendo, en fin, especial cuidado en reparar los deterioros que la guerra con los franceses habia orijinado en la villa del *Dos de mayo*. Especialmente el breve tiempo que duró el reinado de doña María Isabel, se distinguió notablemente por aquella predileccion a Madrid, datando de dicha época muchos proyectos para su embellecimiento, de los cuales el mas útil fué el de la reparacion del Museo del Prado, y su destino a galería de pintura y escultura; proyecto que, seguido despues con el mayor teson por Fernando, forma hoi sin duda alguna la mas bella pájina de su reinado.

Los monarcas anteriores habían cada cual manifestado alternativamente su inclinacion y cariño a uno de los sitios reales o residencias campestres donde suelen retirarse durante la buena estacion. Cárlos I de Austria dió el primer impulso al embellecimiento de Aranjuez, y renovó el palacio de los Maestres de Santiago. A la severa y poderosa voz de su sucesor Felipe II se elevó el soberbio monumento del Escorial El poderoso valido conde duque de Olivares supo aprisionar en su capital a Felipe IV, haciendo desplegar dentro de su recinto los magníficos jardines, las encantadas fiestas del Buen-Retiro. Felipe de Borbon, siguiendo su antipatía a su antecesora la casa de Austria, alzó sobre las ruinas del antiguo alcazar de Madrid un nuevo y magnífico palacio, y huyendo de los recuerdos de Aranjuez, el Escorial y Buen-Retiro, hizo aparecer por encanto a la falda de las escabrosas sierras carpetanas un nuevo Eden en los jardines de San Ildefonso. Su hijo y sucesor Fernando VI volvió a renovar el perdido entusiasmo por Buen-Retiro. Cárlos III jeneralizó a Madrid y todos los sitios reales las grandiosas muestras de su proteccion; y Cárlos IV continuó embelleciéndolos,

hasta que a su caida del trono vino la guerra de los franceses, y todas aquellas reales mansiones tuvieron mucho que padecer. Pero ninguna en los términos que el Buen-Retiro, que constituido por su situacion en una especie de ciudadela para tener en respeto al arrogante pueblo de Madrid, perdió de tal modo su carácter de sitio de recreo, que a la salida de los franceses, solo presentaba, donde antes sus vistosos palacios, sus jardines, bosques y paseos, una inmensa multitud de escombros, parapetos, zanjas, parques de artillería, y efectos de guerra.

Fernando, a su regreso al trono, proyectó restaurar aquel hermoso recinto, y restituirle su pasado esplendor; mas desgraciadamente no se pensó en volverle su carácter de sitio real, con su animada poblacion, sus fábricas, palacio, teatro, y demas circunstancias que le dieron aquella vitalidad que disfrutó en los siglos anteriores; y guiado mas bien de consejos apocados, prefirió dividirle en dos partes; una destinada esclusivamente a paseo público; y la otra a jardines *reservados* para recreo de la familia real.

Los jardines *reservados* de S. M. se estienden desde la puerta de Alcalá hasta la esquina de la tapia sobre la que se eleva la *montaña artificial*, y luego siguiendo por la derecha todo el espacio comprendido entre dicha tapia y el estanque grande hasta la *casa de fieras*; lo cual viene a ser casi una mitad del Retiro; hallándose dividido tan dilatado espacio en varios trozos de jardin de diversos gustos, bosques, paseos, y huertas, todo bastante frondoso para la escasez de aguas que esperimenta este real sitio.

Hállase ademas adornado todo ello con diferentes objetos de recreo, tales como fuentes, cascadas, grutas, montañas y templetes, en lo que se han invertido cuantiosas sumas y desplegado un lujo de decoracion, a par que una puerilidad de ideas, que entretiene agradablemente; sin causar en el ánimo del observador sentimientos mas elevados; de suerte que dificilmente podria lucirse mayor empeño en sembrar el oro para dar por resultado una cosecha igual de magníficas superfluidades.

Con efecto, al ver al poderoso monarca de España e Indias (porque entonces lo era), al poseedor de los magníficos verjeles de Aranjuez y san Ildefonso, de los palacios de Madrid y el Escorial, de la Alhambra de Granada y de los alcázares de Sevilla y de Toledo, dispensando sus tesoros en manos de sus aduladores, para que estos a fuerza de dilijencia improvisasen una cabaña rústica, o una casacadilla de nacimiento; una montaña de algunas toesas de altura, o un templete sin carácter arquitectónico; una miserable parodia de un salon oriental, o un estanque *soi disant* chinesco, no sabe uno si reir irónicamente de los raquíticos esfuerzos de la adulacion, o llorar con amargura la malversacion de tantos capitales en una nacion pobre y desgraciada.

«Los pueblos y los reyes (dice Victor Hugo) escriben en piedra la historia de su civilizacion, y consignan los adelantos de su época.» Cárlos III la dejó sin duda impresa en los magníficos caminos de Sierra Morena, en los suntuosos edificios de Madrid. La época a que ahora nos referimos quedó escrita en el Retiro, en techos de caña pintada, en torrecillas de cascabeles, en piedras y corales imitados, en gabinetes de talco, y en una casa de fieras.

Los forasteros provincianos, sin embargo, no dejan de contar a los jardines reservados del Retiro entre las maravillas del mundo, y acometen con ánimo sereno y decidido las mil y una dilijencias indispensables para proporcionarse una tarjeta de entrada en aquel recinto de Armida, en aquel Oasis encantador.

Empeñarán (por ejemplo) al diputado de su provincia, para que hable al ministro, a fin de que este se interese con el mayordomo mayor, el cual dará una carta para que el jentil-hombre interponga su influjo con el conserje, con el objeto de que espida una papeleta de entrada a la órden del portador.

Madrugarán luego una mañanita, y previa la convocacion de todos sus parientes, amigos y allegados, marcharán en columna cerrada ácia el Retiro, presentándose humildemente a uno de los guardas del Santuario, el que (cumplidos que sean los requisitos del visto bueno y demas necesarios para tan solemne acto) empezará a conducir a aquel pasmado grupo por tan bello laberinto, dirijiendo su especial solicitud a las señoras mamás y hermanas de aquellos Anacharsis, las cuales no dejarán de corresponder con sus gritos y ademanes de sorpresa y satisfaccion, cada vez que el guarda les diga que en aquel banquillo acostumbra S. M. sentarse de vuelta de paseo; que en aquella piedra tropezó un dia el infantito don Tal; o en aquel arbolito cojió un nido de gorriones su augusto papá. Luego dará cuerda a una fuentecilla de conchas que hai a la entrada o a la cascadita del rincon, y retrocederán con gran algazara todos los honrados espectadores, al ver saltar el agua en direccion de sus sombreros; y los mas pequeñuelos correrán y gritarán alborozados, preguntando por dónde sale el chorro, y cómo es que se han mojado; con otras varias interpelaciones que no podrán menos de lisonjear la vanidad de los directores de aquella magnífica sorpresa. Mas adelante entrarán en las grutas silvestres, y encontrarán grandes simpatías con su rústica naturalidad; o alargarán los juncos y bastones por entre las rejas de la pajarera, admirándose de ver como vuelan todos los pajaritos, o echarán miguitas de pan a los cisnes del charco, y al escuchar su graznido, bajo la fé de los poetas, creerán oirlos cantar.

A todo esto el guarda encargado de la enseñanza, habrá ya endosado como letra de cambio a nuestro grupo provincial, poniéndolo a la órden de otro segundo guarda para continuar su curso, y recibiendo a su despedida una moneda arjentada por via de quebranto; el segundo guarda les continuará la esplicacion otros cuantos pasos mas, y despues la misma operacion de trasiego, el mismo endoso a un tercero; y luego este a un cuarto; y luego a otro y a otro; todo con una precision de movimientos admirable, aunque no sin grave deterioro de las bolsitas de seda o de abalorio de los señores visitantes.

De vez en cuando se interrumpe la monotonia de los jardines por algunos edificios aislados, reducidos por la mayor parte a gabinetes de descanso, en todos los cuales se echa de ver la predileccion que el director de la obra (que sin duda debia de ser romántico) tenia por los contrastes; pues todo se reduce a cabañitas rústicas, de troncos y peñascos por fuera, y que en su parte interior se convierten en lindos retretes alhajados con todos los adornos y menesteres necesarios para descansar agradablemente del paseo, y... ¡oh prevision admirable!...

hasta para pagar tributo (si necesario fuese), a una facil y terminada dijestion. —Recintos misteriosos y fatídicos, que reproducidos con profusion en semejantes sitios y destinados a tan elevados personajes, vienen a ser, a pesar de sus primores en espejos y arjenteria, un recuerdo contínuo de su flaca naturaleza, un *Memento homo*, mui filosófico, aunque no del mejor olor.

Preciso es hacer un grato descanso en el bello *salon oriental*, que siguiendo el mismo sistema de contraste ofrece en su esterior un tosco edificio de troncos y cañas, al paso que en su interior ostenta una elegante decoracion al gusto persa; que aunque pudiera achacarse de algo hiperbólica en sus detalles (puesto que no hayamos estado en Ispahan para saber si los salones del Shaa se hallan revestidos de perlas como nueces, o de rubíes como melones), sin embargo, produce un conjunto verdaderamente alhagüeño, orijinal y sorprendente. Tiene ademas este salon un tanto mas de comparacion con las pirámides de Ejipto; y es que a pesar de las eruditas controversias, todavía no se ha podido averiguar de cierto cuál fué el objeto de su construccion.

Al menos, en la *montaña artificial* que se mira de alli a algunos pasos, ya se infiere que el levantar allí a costa de espuertas de tierra y de onzas de oro una elevacion semejante, fuè con el objeto (a todas luces razonable) de cubrir con una bellísima bóveda una noría (que por mas señas se hundió a poco tiempo) y elevar sobre su altiva cresta una especie de mirador de fo rma ambigua, des de donde se dominan los tejados de Madrid y las deliciosas tierras de pan-llevar-del camino de Alcalá.

Esta montaña que por entonces hizo mucho ruido sobre cuál seria su objeto, suponiendo algunos nada menos que la edificacion de un castillo o ciudadela inespugnable donde poder retirarse en caso de ataque toda la poblacion de Madrid y sitios reales, quedó desde entonces conocída por el nombre de la *montaña rusa*, y a la verdad que ignoramos la razon, pues que mas que de Rusia tiene cierto sabor de la Alcarria; y nadie hasta ahora que sepamos ha pretendido resbalarse por ella en *treneaux*. En cuanto al edificio que la corona, la opinion jeneral ha sido mas justa, y ya que no ha podido hallarle objeto, se ha atenido a la forma, cometiendo una figura retórica que llamamos comparacion, y apellidándose por simil *La Escribanía*.

Hai otra *casita de pescador* con su pequeña ría, bastante pintoresca; otra *del pobre*, con sus diversos compartimientos, lindamente imitados a la verdad, alhajada con rústicos utensilios, y hasta con rústicos dueños, figuras graciosas de movimiento, que consisten en una mujer que hila y mece la cuna donde duerme un chiquillo, y un pobre enfermo en su cama; los cuales saludan cortesmente al que entra a visitarlos, no sin asombro de nuestro ya olvidado grupo recien venido, que no puede comprender que todo aquello no sea arte del diablo. En otro tiempo estaba aumentada esta pobre familia con un bello granadero de realistas, hijo de la casa, el cual sin duda marcharía a batirse a las facciones, y sabe Dios cuál habrá sido su suerte, si no se ha dado prisa a convertirse en patriota.

El *embarcadero* chinesco al frente del estanque grande, es de lo mas bello y digno de elojio, no solo por su linda proporcion y elegante adorno, sino porque

al fin tiene su objeto; si bien no ha cumplido *su mision sobre el agua*, sino alguna que otra vez, y eso hace muchos años, y solo en la época a que nos referimos, cuando Fernando VII y su esposa doña Isabel se andaban surcando las pacíficas ondas del estanque en una bella góndola, que se conserva en el astillero, como testimonio de la última de nuestras glorias marítimas.

Frente por frente, o por mejor decir, frente de las espaldas del embarcadero, al fin de una hermosa calle de álamos, se estiende una placeta en cuyo término medio se halla colocada sobre un mezquino pedestal la magnífica estátua ecuestre de Felipe IV conocida en el pueblo de Madrid un poco prosáicamente con el título de *El caballo de bronce*. Todo el mundo sabe, y por si acaso no, se lo diremos ahora, que esta hermosísima estátua, una de las primeras de su jénero en Europa, fué ejecutada por el célebre escultor Florentino Pedro Tacca, con arreglo al dibujo que de órden del rei le envió su primer pintor de cámara don Diego Velazquez. La actitud del caballo en situacion de hacer una corbeta, y sosteniéndose sobre sus dos piés, ofrecia una inmensa dificultad que parecia imposible de combinar con el enorme peso y volumen de la estátua; pero el escultor supo vencerla, con asombro de los intelijentes, dando al caballo todo el brio de que es susceptible, y al ademan del rei la mayor majestad y nobleza, y no descuidando ninguno de los detalles. Esta magnífica estátua, que tiene pocas semejantes, es colosal, pesa 18000 libras, y está estimada en 40,000 doblones. En lo antiguo estuvo colocada a la entrada del Retiro; hasta que luego lo ha sido a donde se halla; siendo de lamentar que tan bella obra no se halle en un sitio mas frecuentado, ofrecida a las miradas del público, y a la admiracion de los intelijentes.

Concluye la parte reservada con la *casa de fieras*, último término del visitador, y *non plus ultra* de su entusiasmo y admiracion. El edificio es bello, elegante y bien dispuesto para el objeto, y no tendrán motivo de quejarse los exóticos huéspedes de este filantrópico establecimiento, de que se haya escaseado aquella comodidad conciliable con su áspera y desabrida condicion. Espaciosas y cómodas jaulas, bien ventiladas y cerradas con dobles y fuertes rejas y trampas; largos y hermosos corredores; guardas dilijentes y serviciales; comida abundante y grata; baños para la salud, y un salon o enverjado de recreo (sala de compañía). Todo esto y mas tienen las señoras fieras; y ¡ojalá pudieran decir otro tanto los muchos desgraciados acojidos a los establecimientos de mendicidad en nuestra heróica capital!

Los susodichos huéspedes fueron comprados *ex profeso* para dotar esta casa, y traidos, no sin compromiso y grandes costos, de lueñas tierras; y aunque eran en mayor número, ya por efecto del clima, ya por el trascurso de tiempo han desaparecido en gran parte, o se ostentan inmóviles en los salones del gabinete de historia natural. Quedan todavia para consuelo de los aficionados, diversos animales de distintas formas y condiciones, aunque todos comprendidos bajo el nombre un poco poético de *fieras*; por ejemplo:—Primera fiera;—un *avestruz* raquítico y cascado que huirá de un raton si le ve pasar a cien varas.—Segunda fiera;—un *dromedario* que apenas puede moverse con el peso de los

años.—Tercera fiera;—un *mandri*, jugueton y revoltoso que todo se le vuelve saltar y jugar con la cola. Hai ademas un *elefante*, un *leon* y una *leona*, varios *osos* estranjeros y del reino, una linda *zebra*, una *hiena*, una *pantera*, y algunas aves de rapiña, un *águila*, un *casuario* etc. etc. etc. Vése por lo dicho que no somos tan pobres como era de suponer en fieras y estrañas alimañas; y esto siempre es un consuelo para los amantes de las glorias del pais.

Julio de 1840.)

UNA BELDAD PARISIENSE. (1)

En la plaza de la Bolsa
de la tarde entre una y dos,
salon de públicas ventas,
del comisario a la voz;

Una de aquestas *figuras*
que de retórica son,
hipérboles por su adorno,
síncopes por su valor;

En banquillo de justicia
y pública esposicion
se resigna a la sentencia
que ha pronunciado el Prebost.

—

«En la villa de Paris
«y en el año del Señor
«mil ochocientos cuarenta,
«se ha presentado ante nos
«Mademoiselle *Heloise*
«de *Sans-devant et Sans-dos*,
«hija de padres anónimos,
«natural de *Cote d'or*;
«y vista la insuficiencia
«en que el tribunal la halló
«para pagar sus empeños
«con el concurso acreedor,
«el tribunal la declara
«insolvente, y ordenó.
«que reunida la junta
«y previa declaracion,
«se proceda al inventario
«de los restos de valor
«para entregar a sus dueños
«por via de transacion.»

Empieza la difijencia....
«*A la una... a las dos...*
a las tres...» — y el martinete
a este tiempo resonó. —

—

Un schal dicho de las Indias
y en el hecho de Lyon,
que ha reclamado en su tiempo
monsieur *Gagelin* mayor. —

Un albornoz africano
con patente de invencion,
que falto de pagamento
reclama *La Barbe d'or*. —

Un sombrero *fantasía*
y un vestido *satin gros*,
que a madama *Alexandrina*
deben la tela y *façon*. —

(1) Este juguete satírico, que no tiene de comun con las *Escenas Matritenses* mas que ser del mismo autor y pertenecer al mismo jénero, aunque aplicado a distinta sociedad y pueblo diverso, se inserta aqui por marcar con su fecha la laguna que resulta en esta obrita, de un año, empleado por el autor en un viaje cuyos *Recuerdos* ha publicado por separado.

Gruesas perlas de Ceylan
en figura y en color,
un camafeo ejipciaco
premiado en la esposicion,
Peines de concha..de ciervo,
dijes, marfil... de *mouton*,
y otras diversas preseas
de tan sólido valor,
adjudícanse a su dueño
el joyero *Bourguiñon*. —

Diez encajes de Bruselas
tejidos en Charenton;
ricas camisas de Holanda
con la marca de Cretonne;
Abanicos de la China
inventados por *Giraud*;
pieles de marta y armiño
cazados en Montfaucon;

Indianas pañolerías
de la fábrica de Sceaux;
aderezos de oro-simil;
sederías de algodon;
y anascotes, con el nombre
de *merinos* español;
Con otros muchos objetos
de equívoca produccion
que forman el moviliario
de *mademoiselle Sans-dos*,
entréganse y se adjudican
al respectivo acreedor:
si hubiese quien mas reclame,
que se presente ante nos. —

—

—Yo reclamo de Madama
(saltó a este punto una voz)
el zapato de dos metros
brodequin de pied mignon. —

El *fournisseur* de la ópera
reclama *les mollets faux*
(en español *pantorrillas*)
con tres libras de algodon. —

Guantes pide monsieur *Mayer*
y pellizas *Pellevreault*,
falsas flores *Constantino*,
rasos bordados *Chapron*. —

Mademoiselle *Victorina*
pide el corsé *juste-corps*,
con mas hierro en su armadura
que la del Cid Campeador. —

La *tournure* voluptuosa
que a tanto necio embaucó
obra es de mi *Crinolina*,
replica monsieur *Oudinot*. —

El director del jimnasio
el coronel *Amorós*,
reclama de aquellos miembros
la ortopédica leccion;

Item mas; diez almohadillas
que oportunas colocó
para llenar diez vacíos
que no negará Newton. —

Esos dientes no son suyos,
(esclama *Desirabode*),
que se los he colocado
con mis propias manos yo. —

Pido a mi vez, (dijo entonces
el perfumista *Defaux*)
cuatro libras semanales
de blanquete y bermellon,

Espuma de Venus, parches,
esencias de coliflor,
y ¡*el prodijio de la química*
la pomada del leon!

Ademas traigo una nota
de bucles, trenza y *bandeaux*
que dice haberla fiado
el segundo *Michalon* (1)

—

—Llegamos a los cabellos
Y la dama se acabó.
¿Hai quién pida mas? pregunta
el juez adjudicador.—

—

—Sí señor (responde al punto
una hermafrodita voz,
con su cigarro en la boca
y abanico en el bolson.)—

Yo reclamo las ideas
que esa dama prohijó
y son de una cierta LELIA
de que soi madre y autor.—

Vayan tambien las ideas,
y hasta el metal de la voz,
que creo le han reclamado
la Dorus-Gras o la Nau.

—

Solo queda el esqueleto.....
—Ese le reclamo yo,
Dijo el español *Orfila*
para hacer la diseccion.

—

De esta atmósfera mentida
en donde no es dia el sol;
donde la verdad se viste
para parecer mejor;

Donde lo blanco no es blanco;
donde el cuerpo es ilusion;
donde el alma una mentira,
y la palabra un error;

Donde el engaño preside
y reina tan solo el *yo*;
donde el que no es instrumento
por fuerza es contradiccion;

Donde obliga el *s'il vous plait*
para mandaros mejor;
donde el interés os pisa
y luego os pide *pardon*;

Donde el amor va sin venda
delante del amador,
y con billetes de banco
hace su declaracion;

Donde la fachada es todo;
donde nada el interior;
donde reina la cabeza
y obedece el corazon;

¡Cuántas y cuántas bellezas,
cuantos autores de pro,
cuántas famas prestameras,
cuánto heroismo ficcion,

En la plaza de la bolsa,
de la tarde entre una y dos,
salon de públicas ventas
y ante el concurso acreedor,

En míseros esqueletos
transformados a su voz,
para hacer la anatomía
reclamará otro Español!

(París Enero de 1841.)

---

(1) Este peluquero encabezaba asi sus anuncios «*Michalon II., hijo y sucesor de Michalon I. tiene el honor de ofrecer a V. etc.*

AL AMOR DE LA LUMBRE, O EL BRASERO.

Hé aqui un objeto puramente español, y para hablar del cual de poco nos serviria tener a la mano los diccionarios de Taboada o Newman. Afortunadamente somos poco diestros en achaque de traducciones, y aspiramos mas bien al título de orijinales, aunque indignos. Verdad es que segun van las cosas en la patria del Cid, dentro de mui poco tiempo acaso no tengamos ya objetos indíjenas de que ocuparnos; cuando leyes, administracion, ciencias, literatura, usos, costumbres y monumentos que nos legaron nuestros padres, acaben completamente de desaparecer, que a Dios las gracias, no falta mucho ya.

Entonces desaparecerá tambien *el brasero*, como mueble añejo, retrógrado y mal sonante; y será sustituido por la *chimenea* francesa, suiza o de Albion; y la badila dará lugar al fuelle, y soplaremos en vez de escarbar.

Pero mientras esto sucede (y por si acaso sucediere mañana) no nos parece fuera del caso dejar aqui consignado un uso próximo a huir con tantos otros; a la manera que el diestro escultor imprime en cera (o sea en yeso) la mascarilla del cadáver que va a desaparecer de la superficie de la tierra para ocultarse en su interior.

Si fuéramos etimolojistas o rebuscadores de alcurnias, meteriamos el montante entre Cobarrubias que quiere que *brasa* y por consecuencia *brasero* vengan del griego *Bras*, que equivale en latin a *Ebullio* y *Efervio*; y los otros autores heráldicos, que creen buenamente que la voz española *brasa* sea hija lejítima y de lejítimo matrimonio de la latina *Urasa*, descendiente línea recta del verbo *Urere*; pero como a Dios gracias estamos lejos de estas (como decia el buen Sancho) sotilezas, y nos inclinamos mas bien a las demostraciones materiales y tanjibles, suponemos que el brasero reconoce por causa y orijen la notoria costumbre del frio, y por consecuencia creemos y confesamos por cosa cierta, que si no hubiera invierno, regularmente no se hubieran inventado los braseros.

Ahora bien, —¿quién los inventó?—se nos preguntará: y nosotros responderemos cándidamente. —El primero que tuvo frio.—Echarémosla aqui de escolásticos, y continuaremos el argumento.—Es asi, que Adan en cuanto hombre quedó sujeto a todas las miserias humanas, desde aquella desgraciada golosina que compartió con Eva; es asi, que una de estas miserias fué sin duda el frio, *ergo*, nuestro padre Adan, el primero que tuvo frio, fué sin jénero de duda, el inventor del brasero.

Este descubrimiento, como todos los demas, tuvo despues su sucesivo desarrollo, y asi como vemos la hoja de parra y la piel de leon de aquel hombre primitivo, transformada despues en la púrpura romana, o la casaca francesa; del mismo modo el brasero, que empezaria por ser probablemente una piedra agujereada o cosa tal, acabó por ser un mueble de elegante forma; y tanto, que ya en el siglo XVI hai una lei española que salia al encuentro de este abuso diciendo. «Mandamos que de aqui adelante no se pueda labrar en estos nuestros «reinos, brasero ni bufete alguno de plata de ninguna hechura que sea.» (Recop. lib. 7, tít. 12. l. 2.) Esta lei por supuesto ha caido en olvido por haber cesado el motivo que la causó. No está en el dia el alcacer para zampoñas; quiero decir, que no se halla hoi la plata tan de sobra para hacer de ella braseros.

Andando, pues los tiempos, esta primitiva costumbre se subdividió, y varió hasta lo infinito, segun los diversos paises, clima y leyes que disfrutan los hombres; pero en el fondo siempre fué la misma la verdad reconocida en ella, esto es; que para no sentir el frio, nada hai tan seguro como quemar combustible de esta o la otra manera. En esto todos estaban conformes; pero en cuanto a la aplicacion variaron infinito, quemando los unos ramas de encina, los otros los troncos; cuáles leña carbonizada, cuáles el carbon mineral; en fin, cada uno quemó lo que tenia a mano, desde Neron que quemó a Roma para templarse al calorcito, hasta el labriego de nuestros dias, que quema estiercol y retama con un olorcillo que déjelo usted estar; desde los Numantinos que incendiaron a su ciudad por no enfriarse, hasta el secretario del concejo o el fiel de fechos que a falta de otro combustible quema las candidaturas venidas por el correo, las alocuciones estereotípicas de los jefes políticos, o la coleccion inmaculada del Boletin oficial.

Esto en cuanto a la materia; por lo que dice relacion a la forma, seria cuento de nunca acabar el intentar describir las infinitas que tomaron los caloríferos; pero de ellas las mas principales pueden reducirse a cuatro, a saber; *el fogon*, *la chimenea*, *la estufa* y el *brasero*.

Si nos hubiéramos propuesto abrazar la fisiolojia de estos cuatro medios de calefaccion, seguramente que necesitábamos enviar por otro cuadernillo de papel al almacen de la esquina; pero desgraciadamente no contamos mas que con las cuartillas necesarias para tratar del último de aquellos menesteres, esto es, del *brasero*. Esto no obsta para que asi, como por incidencia, demos un vistazo sobre los demas, y los saquemos a colacion como por via de coro u acompañamiento de nuestro héroe principal.

El Fogon, — la Chimenea, — la Estufa. — Hé aqui tres voces que seguramente se avergüenzan de verse juntas, perteneciendo a tan diversas clases y jerarquías, a tan opuestos polos, a tan sucesivas *civilizaciones*, como ahora se dice.

El humilde fogon, propiedad del gato y de la cocinera, laboratorio estomacal de la familia, abeja obrera de la casa, arrastrando por el suelo su baja condicion en las sencillas aldeas, levantando tres palmos en la ciudad, a la altura del brazo de la criada o del pinche. Pero aqui no hablamos del fogon como oficina de las salas alimenticias; ni tenemos nada que ver con los gorros blancos, ni con las

ollas humahitarias. Aquí solo miramos el fogon bajo su aspecto puraménte calorífero; como el emblema patriarcal de la familia; como el *coin du feu* (diremos en frances para que nos entiendan); como el *hogar doméstico*, que diriamos cuando éramos españoles.

¡Qué cosa mas pintoresca que un hogar o fogon castellano u andaluz, colocado en el mismo suelo, sin mas artificio que el que forman los robustos troncos de encina que arden y chisporrotean; la formidable campana de mampostería que le asombra y recoje los humos; el caldero de agua hirviendo pendiente de una cadena; el armonioso grupo de ollas y sartenes; y los dos bancos laterales, ocupados por el alcalde y el señor cura, el escribano y el barbero, la tia Perejila y el tio Yerba-buena, el comandante del resguardo y el estanquero, el jitano y el contrabandista! Pero esto se quede para cuando dé de mano a una obrilla que me anda saltando en las mientes bajo el modesto título de «CRÓNICAS DEL FOGON.»

Si por una transicion brusca, saltamos desde aquel humilde sitio al suntuoso salon o primoroso gabinete, veremos la misma necesidad, la necesidad de calentarse y de reunirse; pera alli la hallaremos ataviada con ricos adornos de mármoles y bronces, relieves de estuco, y grupos de entalladura, con relojes y floreros, muebles y figuras doradas por acompañamiento; decorada con el nombre de *chimenea*, y servida y mimada por vaporosas damas y galantes caballeros.

O bien si penetramos en la callada oficina del funcionario, o en el estudio del letrado, hallarémosla disfrazada con una forma mas o menos monótona y sombría, en un tubo de hierro que asciende hasta el techo, y penetra las paredes, y sube a los tejados, y busca salida al humo por encima de las buhardillas. La *estufa*, pues, es un método de calefaccion estúpido, y carece de todo jénero de poesía.

Déame el *brasero* español, típico y primitivo; con su sencilla caja o *tarima;* su blanca ceniza, y sus encendidas ascuas; su badil escitante, y su tapa protectora; dénme su calor suave y silencioso, su centro converjente de sociedad, su acompañamiento circular de manos y piés. Dénme la franqueza y bienestar que influye con su calor moderado, la igualdad con que le distribuye: y si es entre dos luces, dénme el tranquilo resplandor ígneo que espelen sus ascuas, haciendo reflejar dulcemente el brillo de unos ojos árabes, la blancura de una tez oriental.

La aristocrática chimenea, es cierto, contribuye mas al adorno del magnífico salon; acaso estiende por todo él un temple mas subido, y no hai duda tampoco en que su llama animada, inquieta, fantástica, chispeante, entretiene agradablemente, y alegra la vista del reposado espectador. Pero en cambio, ¡qué cansado reflejo en los ojos! ¡qué ardor desentonado en las mejillas! ¡qué frio desconsolador en el espaldar! ¿Y cuándo hace humo? (que es las mas veces) ¿y cuándo baja el viento o la lluvia por el cañon? ¿y cuándo atrapa la llama las faldillas del frac, o las guarniciones del vestido? ¿y cuando alarma y compromete a la vecindad, sabiéndose por el ollin conductor a visitar las crujías de los tabiques, o la armadura del tejado?

Ademas ¿cómo comparar a la chimenea con el brasero bajo el aspecto social, quiero decir, *sociabilisario* o *comunista*, para que nos entendamos?

En primer lugar la chimenea es injusta y amante del privilejio, y brinda

todos sus favores a los dos afortunados seres que la flanquean inmediatamente, al paso que solo envia un escaso saludo a los restantes acreedores; el brasero es Furrierista o Sansimoniano, y distribuye por igual porcion su benéfico influjo a todos sus asociados.—La chimenea es semicircular y lunática; el brasero circular y eterno como todo círculo sin principio ni fin, la chimenea abrasa, no calienta el brasero calienta sin abrasar! aquella necesita de todo el cortejo de los tronos modernos; con sus ministros responsables de pala y tenaza que recoja y agarre; escoba que barra, morrillos que defiendan, cañon por garantia, opinion pública que sople y atice por el órgano del fuelle, y responsabilidad que se evapore en humo; el brasero patriarcal reina y gobierna solo, o lo mas mas con un simple badil. Al poco mas o menos como gobernaban Licurgo y Solon.

Aunque solo fuera mirándolo bajo el aspecto de la confianza amorosa, habria que dar, no hai duda, la preferencia al brasero.

Porque figurémonos a dos amantes en flor (quiero decir, en la primer jerminacion del interés dramático), sentados el uno enfrente del otro, y ambos al lado de la reluciente chimenea; en primer lugar distan dos varas entre sí, lo cual no es lo mas cómodo para decir un secreto (y quítenle ustedes al amor el secreto, y es lo mismo que si quitaran la sal a la olla). En segundo lugar ambos se hallarán profundamento sentados en sendas butacas o enormes sillones inamovibles (que es como si dijéramos meterse en un simon a correr liebres). En tercer lugar sus semblantes, no pudiendo sufrir el vivo reflejo de la llama, se ocultarán probablemente en la sombra de la pantalla o a favor de la repisa de mármol; y el quitar al amor el semblante, es quitarle la mas sólida garantía, porque el semblante es el editor responsable del amor.

Luego, si hai que hincar una rodilla en tierra, peligra el pantalon con el contacto de la plancha de plomo; si hai que sorprender una mano descuidada, tropieza la propia con las tenazas o el fuelle; si hai que dar un billete, o leer unas coplas de atahud, la llama inmediata es una fuerte tentacion para el desden.

En derredor de un brasero, al contrario, no hai desdenes posibles, ni posturas académicas, ni pretensiones exajeradas: alli un pié de once puntos dista de otro pié de cinco no mas que una pulgada; ¡y es tan facil saltar esta pulgada!..... dos manos de nieve (estilo clásico) estendidas sobre la lumbre, estan en correcta formacion con otras dos de cabretilla anteada, ¡y es tan natural estrechar las distancias! y luego examinar la calidad de los guantes, la hechura de una sortija, una raya simbólica; ¡qué sé yo! cualquier otro pretesto plausible, y..... ¡adios mano de nieve derretida al calor braseril!

El májico influjo de este mueble que enciende y carboniza las pantorrillas y los corazones, tiene tambien de bueno cierta dósis de calidad soporífera, que obrando inmediatamente sobre las cabezas de las guardas y tutores, les fuerza e impele a reconciliarse con el dios Morfeo; y si al dicho influjo se añade la lectura de un drama venenoso, o de las felicitaciones de la Gaceta, entonces el efecto es seguro, y duermen desde la vieja abuela hasta el gato roncador.—En estos casos la labor de la almohadilla *no cunde*, las desdichas del drama o las glorias de la Gaceta *no marchan*, y los que duermen son regularmente los que mas ruido suelen hacer.

Todas estas y otras escelencias posee el brasero nacional; verdad es que nos hablan los políticos de grandes tratados y protocolos ajustados a la chimenea entre dos reverendos diplomáticos; pero a fé que no son menos importantes los planes del jefe de oficina o los cálculos del lonjista, arreglando en figura piramidal las ascuas del brasero, o pasando amorosamente el badil por sobre la ceniza; y si es un tributo de atencion entre los pueblos de estranjis el añadir un trozo de leña a la chimenea a la llegada del forastero, el brasero tambien tiene su formulario de etiqueta, previniendo en igual caso *echar una firma*, o digamos macarrónicamente, escarbar.

Vemos, pues, que ni social, ni política, ni humanitariamente hablando, puede compararse la benéfica influencia del brasero con la de la gálica chimenea.—En cuanto a lo económico, seguramente que tambien tiene la preferencia, por mas accesible y de mas seguro efecto; y por lo que dice relacion a la forma, tampoco teme la comparacion.

Y sin embargo de todas estas razones, el *brasero se va*, como se fueron las lechuguillas y los gregueseos; y se van las capas y las mantillas, como se fue la hidalguía de nuestros abuelos, la fé de nuestros padres, y se va nuestra propia creencia nacional.—Y la chimenea estranjera, y el gorro exótico, y el paletot salvaje, y las leyes, y la literatura estrañas, y los usos, y el lenguaje de otros pueblos, se apoderan ámpliamente de esta sociedad que reniega de su historia, de esta hija ingrata que afecta desconocer el nombre de su projenitor. Asistamos, pues, al último adios del brasero; pero antes de despedirle, tributarémosle un lijero panejírico, como es uso y costumbre de los que llevan a enterrar.

SEALE LA CENIZA LEVE.

(Diciembre de 1841.)

INCONVENIENTES DE MADRID.

«¡ Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza ! »

ARJENSOLA.

El fecundo e injenioso poeta dramático, mi amigo el *Sr. Breton*, dió al teatro en 1828 una de sus mas aplaudidas comedias, bajo el título de *A Madrid me vuelvo*, y posteriormente, como para formar el contraste, escribió tambien otra no menos apreciable, titulándola *Me voi de Madrid.* En una y otra composicion desplegó el autor los recursos de su amena fantasía, y en ambas tocó ya de frente, ya por incidencia, las contrariedades y peligros de la vida matritense.

Pero la época en que escribia el *Sr. Breton* aquellas comedias, tan diversa de la actual, y la combinacion especial de su plan dramático, no le permitieron sin duda tomar en cuenta muchos y graves accidentes que ofrece la corte, y que por estas o semejantes razones tampoco pudieron preveer en sus tiempos los críticos Juvenal, Boileau, Quevedo, Arjensola, y otros infinitos que trataron majistralmente este argumento.

Hai, sin embargo, circunstancias especiales a Madrid, circunstancias propias de la época, condiciones anejas a la jeneracion actual, que dan nueva vida y prestan interés de actualidad a un cuadro ya trazado de antemano por tan hábiles pintores ; y en este solo sentido, permitiráseme que, a fuer de cronista de las costumbres contemporáneas, cruce mi débil pincel, ensaye mis pálidos colores, en el lienzo que representa la vida animada de nuestra noble capital.

De contado hago abstraccion de las circunstancias físicas de su clima, y de muchas de las jenerales inherentes a toda gran poblacion. El poder divino es inviolable, y no está sujeto a responsabilidad. Por esta razon, cuando le place enviarnos un norte mortífero, que combinado con la blanca nieve de Guadarrama, hace bajar el termómetro y subir proporcionalmente la poblacion del cementerio, no tenemos mas derecho a oponernos, que cuando tiene a bien regalarnos con una de estas semanas de enero, claras, serenas y brillantes, peculiares del hermoso cielo madrileño, y tan espléndidamente celebradas en el salon del Prado o en los jardines del Retiro. Por eso, cuando en el segundo término de julio tuesta y achicharra nuestras débiles cabezas, no le hemos de interpelar, sino aguardar humildemente a que pasada la canícula, y entrado el sol en el signo de

la balanza, mida por iguales partes el término del dia, y dispense con equidad su templado ardor; estacion verdaderamente modelo, bello ideal de la atmósfera, que aprovechan y benefician las hermosas con sus galas y atractivos, los mercaderes con sus ferias, y los farsantes políticos con sus dramas *a grande espectáculo*.

Respetemos, pues, la Omnipotencia divina, que reina y gobierna, como en todos, en este pueblo pecador; suframos con paciencia las escarchas de enero y las tormentas de agosto; las aguas de abril y los aquilones de noviembre; y en medio de todo, demos gracias a su Providencia, porque le plugo colocarnos bajo un cielo puro, en una atmósfera halagüeña, que lleva considerables ventajas a casi todas las capitales de Europa.

Mas dejando a un lado estas circunstancias, y tomando como base de partida la de habitar constantemente en este emporio de la hispana monarquía; suponiendo a un ciudadano español, honrado vecino de ella, y en el uso de todos sus derechos naturales (incluso el de pagar los de puertas y la contribucion de frutos civiles), entremos a examinar la cuestion de si es tan envidiable su existencia como debe creerlo la inmensa falanje de aficionados que de todos los ángulos de España vienen a fijar sus lares en el inmediato radio de la famosa Puerta del Sol. Cuestion eminentemente social, que nos ayudará a resolver la práctica ne interrumpida de nuestro propio vivir.

Damos por sentado que el tal ciudadano, en usufructo de un empleo o de una renta conveniente, puede soportar sin estorsion el gasto mas que mediano de su alimento, habitacion, y demas necesidades humanas. Queremos suponer que no le hace perjucio el pagar cuatro por lo que en toda tierra de cristianos vale dos; ni el vivir reducido a los estrechos límites de un nicho poco mayorcito del que le reserva la iglesia para despues de su jornada; ni el comprar a toda costa cólicos y demas tropiezos intestinales disfrazados con el nombre de besugos, *vivitos de hoi*; de aves y cuadrúpedos embalsamados y en conserva; de deliciosos vinos *lejítimos* de Valdepeñas; de frutas regaladas *orijinales* de Aragon.

Todos estos son pequeños incidentes que, aunque reunidos forman la segura base de la escena matritense, quedan como eclipsados y escondidos entre telones, y aun se dan por supuestos y conllevados en gracia del interés principal.

A bien que en cambio de estas contradicciones, tenemos el derecho de privarnos de ellas; y si queremos, por ejemplo, no adquirir un entripado con salmon *fresco* de Laredo a 30 reales la libra, nadie nos quita la facultad de no poder comprar el tal salmon; y esto entra por algo en el sistema de las compensaciones.

—Pero, aunque la vida material (se dirá) no ofrezca en la corte los mayores atractivos; aunque encerrados sus habitantes en los límites de sus muros, hayan de renunciar a los goces y placeres que por do quiera nos brinda la naturaleza; por lo menos no puede negarse que la sociedad les ofrece un ancho campo de placéres intelectuales, y de positivas ventajas que constituyen un segundo natural.

—¡*La sociedad!*... ¿Y qué llaman VV. sociedad, señores entusiastas? ¿Acaso lo será el vivir aislado e incógnito en una vijésima parte de casa, que aunque formada con débiles tabiques, no establece menos incomunicacion entre sus habitantes, que las inmensas masas de hielo entre las islas del polo?

¿Estiman VV. por socieded el saludar en la calle a un millar o dos de personas múltiples, que llenan todos los paseos, todos los espectáculos, todas las tertulias, e ignorar por la mayor parte sus nombres y cualidades, o solo tenerlas consignadas en sendas cartulinas, recíprocamente cambiadas en algunos dias del año?

Tal vez apreciarán algunos bastante comunicacion social la que proporcionan nuestros *Liceos* y *Academias*, nuestros altos círculos y periódicas diversiones, en que reunidos algunos centenares de personas (siempre las mismas, y con la única variedad del salon) ostentan ampliamente sus gracias, su talento, sus riquezas, o su amabilidad.

Pero no se hacen cargo los que tal aseguran, que en semejantes públicas esposiciones, cada cuadro animado busca la luz conveniente para aparecer con el colorido que le va bien; cada autor lleva naturalmente estudiado su papel para darse al público; cada intriga u argumento estan ya preparados de antemano con todas las reglas del arte.

Vaya un ejemplo.—Pregunten VV. a mi vecino don Protasio ¿quièn vive al lado, encima, o debajo de su aposento? y se encojerá de hombros, y fruncirá el lábio como si le preguntáran dondé está el imperio del Mogol. Lo propio nos sucede a los demas vecinos respecto a él mismo; y sin embargo, don Protasio es la flor y nata de la sociedad madrileña; y reina en los círculos elegantes; y lee versos en el Liceo; y canta en la Filarmónica; y discute en el Ateneo; y representa en el Instituto; y juega en el Casino; y tiene traducidos cincuenta dramas a *cuadros* para írnoslos dando por entregas semanales en ambos teatros del Príncipe y de la Cruz.

Don Protasio de vuelta a casa, pasada la media noche, lleno el pecho de fuego poético, cubierta la frente de coronas inmortales de papel, abre modestamente la puerta con la llave que lleva en el bolsillo, enciende el fósforo humanitario, deposita sus laureles en una alacena, y se estiende en su no mullido y sí solitario lecho, hasta que a la mañana siguiente venga a despertarle la voz cascada y faz angustiosa de la vieja que le sirve, o del cuervo asturiano que le lleva la acostumbrada racion.

Pues supongamos por un momento que nuestro héroe matritense, de vuelta de alguna de aquellas ovaciones, pilló una calentura, que con el auxilio del facultativo y de la vieja asistente, llegó a ser delicada, y le obligó a guardar el ya dicho lecho por el espacio de un mes; o que, sin cansar tanto, dió con él a los quince dias en el rellano que se forma entre las puertas de Bilbao y la de Fuencarral. Pues en aquel mes, o en éstos quince dias, la sociedad (que tanto le envanece) ni siquiera echó de ver su falta; y ni se tomó la molestia de preguntar por él ni de hacerle compañía; y la primera noticia que tuvo de su muerte, fué por el anuncio que un pariente puso en el *Diario* convidando a su entierro. Verdad es que en justa compensacion de aquel olvido, quizás le condujeron al cementerio en gran aparato y al son de una marcha triunfal (letra y música de los primeros literatos y artistas); que hubo sobre su tumba discursos y endechas (en vez de responsos y oraciones), y que aun se habló de poner su nombre en

la casa que nadie sabia que habitaba mientras vivió; pero al siguiente dia todo estaba olvidado, y nuestro hombre formaba ya parte de la antigüedad; con que el hablar de él era cosa de gusto añejo, clásico y mal sonante.

Pues bien; no sean VV. ninguna de estas celebridades fosfóricas, ni hagan coplas, ni traduzcan dramas (únicas habilidades que en este siglo prosáico conducen por lo visto a la inmortalidad), sino envuélvanse en una de estas modestas individualidades, cantidad insignificante acumulada como simple fraccion al capital social; avo incógnito, quebrado inapreciable de toda suma o agregacion de personas; carta blanca en la baraja madrileña; tres de bastos que sobra en todas las manos, y que en todas las manos se encuentra; o simple vocal honorario de toda comision de aplausos; sombra inevitable de todo cuadro, y comparsa figurante en toda escena teatral. Y mediante la modesta retribucion de 5 reales semanales (o sean unos seis cuartos diarios), y un frac negro o de color indirecto, un pantalon idem, y unos guantes de estado honesto, adquieran VV. el derecho de asistir a alguno de aquellos grandes círculos, y de disfrutar por milésimas sus gratos espectáculos y su apacible reunion.

Ahora bien; ¿qué buscais en ellas, hombres y mujeres, no humanistas, sino amantes de la humanidad, cuando sin temor a las escarchas de enero, ni al sofocante ardor de la canícula, dejais vuestras templadas habitaciones, vuestras cariñosas familias, vuestro modesto espectáculo interior; y perfumados de mil esencias, cubiertos de sedas, dijes y chucherías, marchais periódicamente a ocupar vuestros asientos en aquellos salones que os alegran y seducen con su magnífico resplandor?

¿Buscais por ventura el entretenido interés del drama que se representa, la armonía del canto, el poético sonido de la lira, o los prodijios del pincel?—Nada menos que eso; porque todo ello lo mirais como un simple episodio de vuestra accion; como un pretesto para reuniros; como un mal inevitable que os resignais a tolerar.

Y no hai que estrañarlo tampoco, señores artistas y poetas; porque no a todos es dado compartir el entusiasmo por vuestras admirables producciones; porque no todos participan de vuestras magnánimas ideas; y aquellos ciudadanos y ciudadanas de que íbamos hablando, profesan otras mas positivas o materiales; y en tales sociedades solo buscan la sociedad, o sea comunicacion de los seres, prosaica y menguada, si VV. quieren, pero natural, necesaria y evanjélica. Y como en el estado actual de nuestras costumbres, la sociedad pública ha acabado con la privada; como la *soirée* ha enterrado a la tertulia, por eso van a aquella, como antes a esta; por eso piden al salon los mismos goces sencillos que antes les brindaba el modesto gabinete; esto es,—techo,—luz—y pareja a quien hablar.

Pero ¡insensatos! que no advierten que entre ambas sociedades, la privada y la pública, existe una gran diferencia; no sospechan siquiera que el teatro en esta empieza desde el umbral de la puerta, y que mal grado suyo, en el momento en que pisan aquel, ya se hallan constituidos en escena, ya tienen necesariamente que representar.

En estos cuadros de colosales dimensiones no hai ni puede haber unidad de interés dramático; la accion se subdivide allí en cien episodios; la individualidad desaparece en el conjunto, y la verdad de los caracteres, el tipo peculiar de cada interlocutor, queda envuelto en el misterio, o se disfraza a la entrada por medio de una contraseña, que el amor propio cuida de repartir.

Pero basta ya de comunicacion social, que segun queda esplicado entra por tan poco en los goces positivos del vecino de Madrid; la verdadera y franca amistad, el amor sólido y duradero, huyen a la luz de mil bujías, se esconden al ruido del sarao, y tienen naturalmente que ceder el puesto a los artificiosos cálculos, el sórdido egoismo, y la exijente vanidad. Todo en semejante sociedad tiene que ser valor convencional: talento, amabilidad, gracia, riquezas, elegancía, hermosura; todo está realzado por el lente májico del entusiasmo, todo fuera de aquel recinto aparece diverso; o mas pálido si alli mas brillante, o mas luminoso si alli se eclipsó mas.

Otro de los inconvenientes de esta sociedad negativa, otra de las ilusiones perdidas que limitan los goces de nuestra imajinacion, es el roce y trato continuado que ofrece la corte con las grandes notabilidades históricas, que consideradás de lejos aparecen cual astros resplandecientes, y apenas tocadas se evaporan en fuego fátuo de dudoso y pálido luminar.

Esta es, a no dudar, una de las contrariedades de la vida cortesana, la de reducir a *copelacion* (término de moda) los diversos metales arjentíferos estraidos de los ricos mineros de nuestros círculos provinciales; la de ofrecer en su forma carnal, ostensible y palpable, tantas reputaciones mónstruos, tantos ídolos colosales, y descubrir sus piés de barro, su cabeza de viento, su cuerpo de paja o algodon. En presencia de ellos no hai ilusion posible, y la fé y la esperanza desaparecen del pecho dotado de la mas ardiente caridad.

Como por incidencia me asalta aqui la idea de otro de los inconvenientes de Madrid, y es, que siendo la capital el gran laboratorio de la historia contemporánea, el arsenal de la política palpitante, por mui impolítico que un hombre haga profesion de ser, es imposible dejar de descuidar algunas horas sus negocios propios por ocuparse en los públicos, ya leyendo los periódicos, ya asistiendo a una tribuna, ya conversando en un café. Y luego que, triste ha de correr su suerte (siquiera sea un memorialista de portal, o un vendedor de fósforos), si no cuenta entre sus parientes, amigos o allegados, uno o mas ministros o grandes funcionarios, de estos que se remudan a cada estacion; y basta con que un hombre haya saludado a alguno de ellos una sola vez en su vida, para que luego los del contrario bando le clasifiquen y apunten como enemigo..... ¡Ahora, vayan ustedes a no saludar a un ministro o a un *ex* por lo menos, en un pueblo cuyos habitantes la mitad lo han sido, y la otra mitan lo aspiran a ser!

Pues tocando ahora el punto de las *aspiraciones*, ¿y a dónde me dejan ustedes el inconveniente grave de esta terrible mansion de la córte, que es la ambicion fatídica, el orgullo insensato, que sin voluntad propia siente cada cual inocularse en el alma, a la vista de tantas nulidades encumbradas, de tanta fan-

tasmagórica transformacion? ¿Quién es el que permanece tranquilo observador de esta májica linterna? ¿Quién el que se contenta con ser indiferente espectador de ésta lid, cuando ve que con un poco de audacia, ¡un poquito no mas! puede ascender y brillar, y llamar por un momento ácia sí la atencion de la hispana monarquía?

Ni sirve encerrarse en el modesto recinto de su casa, y procurar olvidar las ascensiones improvisadas, las riquezas finjidas, las súbitas y jenerales transformaciones, vuelos y hundimientos de esta escena cortesana; porque por mui sordo que el tal sea, alguna vez ha de interrumpir su reposo el sonoro ruido de las carrozas del magnate, alguna vez ha de detener su marcha el elegante tilburí del especulador afortunado; alguna vez ha de suspender su vista la hermosura de la mujer a la moda; o han de venir a su memoria los laureles del orador tribuno, o del autor popular.

Pero supongamos que nuestro tipo madrileño no está unido a la corte mas que por los vínculos de vecindad; y que tranquilo en su casa, cuidando de sus negocios o intereses privados, y aun saboreando las dulzuras de la paz conyugal, puede ver con faz serena el aparato teatral de la historia contemporánea; puede presenciar con indiferencia una discusion diaria, un ministerio al mes, una revolucion anual. Figurémosle muerto para la política, muerto para las letras, muerto para los amores, muerto en fin para la sociedad. Supongámosle la fortuna de no conocer a ningun personaje; la dicha de no saber el nombre de ningun autor; la suprema felicidad de no hallar belleza comparable a la de su propia mujer. Concedamos, por último, que todas sus sensaciones, todos sus placeres se reconcentren en los legajos de sus procesos, si es abogado; en el libro de caja, si es negociante; en las enfermedades de sus clientes, si es médico; en el cacao y el añil, si es mercader.

Pero este hombre inalterable, este hombre modelo, no por eso dejará de pertenecer al jénero humano por relaciones consanguíneas o amicales; esta planta exótica no podrá menos de haber dejado raices en su suelo natal; este injerto en la corte habrá pertenecido antes a otros climas, y será andaluz o vascongado, catalan, aragones o castellano, estremeño, gallego o noble asturiano.

Pues no necesita mas para su diversion.—Porque en el mero hecho de ser oriundo de alguna otra provincia, o tener simplemente cualquiera relacion en ella, el habitante de Madrid es representante nato de las necesidades de sus paisanos en la corte, corresponsal obligado de todo el que necesite su favor.

En su consecuencia, tendrá que visitar cada semana a un ministro nuevo, de parte de un cuarto primo que jugaba con él al escondite en las eras del pueblo; o del marido de su primera querida, que arrastaba bayetas con su escelencia, cuando no era escelentísimo, ni aun mediano siquiera.

Tendrá que alhajar el cuarto, o contar con alguna huéspeda, para recibir y colocar en su habitacion a los diputados de la provincia, que vienen por la primera vez a la corte a fabricar leyes, a razon de cuatro horas diarias; —tendrá que frecuentar las antesalas de las secretarías, para solicitar la colocacion del hijo de su antiguo convecino, o reclamar en los tribunales el derecho

del pueblo al prado concejil;—tendrá que suscribirse a las obras nuevas y estar pendiente de cuando salen las entregas, o reclamar los periódicos que se evaporen en el correo;—tendrá que llevar una activa correspondencia para todos estos negocios, franca de lenguaje aunque no de porte;—tendrá que acompañar al hijo de su madrina, que viene a Madrid a recibirse de literato en el café del Príncipe, o a la familia de su compadre que conduce a las ferias a tres niñas casaderas, y de no mal parecer. Y solo esta obligacion le pondrá en el caso de visitar, por lo menos una vez dentro del año, el gabinete de Historia Natural, y la Armería, y la Casa de las fieras, y el Casino de la reina, y los jardines del Retiro, y el Museo de artillería; y solicitar esquelas para ver estos establecimientos; y pagar las propinas; y llevar luego al teatro a sus huéspedes; y tenerlos en casa un par de meses, a pretesto de no sé qué cajas de pasas, o cantarillas de miel.

Pero aun hai en Madrid otro inconveniente todavía mayor que el de tener relaciones en provincias; y este inconveniente, ¿a que no adivinan mis lectores cuál es?—Pues es el de *ser hijo de Madrid*.

Hai un refran español que dice que «Cada gallo canta en su gallinero,» lo cual (perdóneme el refran) es una solemne falsedad, aplicado a los hijos de la imperial, o sea heróica, corte Matritense.

Y si no éhense ustedes a escuchar noche y dia, y verán quién canta aqui.

Recorran esos bancos ministeriales, esos salones lejislativos, esos círculos políticos, literarios, artísticos o financieros; escuchen la armónica algarabía de todos esos gallos humanos (*inplume bipes*, que dijo Platon) y siempre que me saquen entre todos media docena de individuos indíjenas, yo me encargo del gasto de la manutencion.

En su lugar verán a los naturales de las provincias ocupar esclusivamente los altos puestos de la administracion y de la majistratura, el palacio, la iglesia, los empleos segundarios, la curia, el comercio, la industria, las ciencias, la literatura y las artes.

A escepcion de S. M. la reina, apenas hai en el alcázar real ningun hijo de Madrid; en Congreso y Senado siempre estan, con mui lijera escepcion, representados los madrileños por naturales de otras provincias. Abogados gallegos, estremeños y montañeses; médicos catalanes; comerciantes idem; oradores andaluces; poetas de todas partes; artistas meridionales y levantinos; criados asturianos; sastres, peluqueros, modistas, guanteros, tahoneros franceses; músicos y danzantes italianos; taberneros manchegos; tenderos castellanos; criadas y libreros alcarreños; mercaderes ambulantes valencianos y aragoneses; y pretendientes de todas las ciudades, villas, lugares y caserios del reino. Tales son los diversos elementos de que se compone la poblacion de Madrid.

Ahora bien, ¿dónde se esconden los 6000 infantes, que año bueno con malo reciben el bautismo en las diversas parroquias de nuestra capital?—Dificil es responder.

Una buena parte, hijos acaso de la desgracia, recojidos por la caridad, llega rara vez a tocar en el segundo lustro.—Otros, nacidos en la miseria, educado

con el ejemplo del crímen; alcanzan cuando mas a ser operarios en un oscuro taller, si antes no les enervaron las fuerzas o alteraron su carácter los placeres y seducciones de la córte que a tantos conducen a la casa comun, al hospital.—En las clases medias y elevadas suele tambien esperimentarse el funesto influjo de una educacion viciada, y malograr las ventajosas disposiciones de los jóvenes, que brillando un momento por su delicado injenio, su viva sagacidad, por su nobleza de carácter y elegancia de modales, van a eclipsarse luego en los últimos bufetes de una oficina, o en el perfumado gabinete de una beldad.

Pero el mal principal no está en los madrileños, ni en su carácter, ni en sus medios, ni tampoco (para hablar a la antigua) en el *sino* que influye a este pueblo. Y si asi no fuera, feliz y privilejiado deberia llamarse el de un pueblo que vió nacer en su recinto a Alonso Ercilla y a Giron; a Antonio Perez, a Zapata, Ramirez de Orena, Chumacero, y Vargas; a Lope de Vega, Calderon, Montalvan, Tirso de Molina, Quevedo, Moratin y Quintana; a Rici, Carreño, Pantoja, Toledo, Mora y Villanueva. No, no está el inconveniente en el sino de cada pueblo; el mal está en la misma sociedad.

«Nadie es profeta en su patria»—dice otro adajio algo mas exacto que el anterior. Y esto consiste, en que para figurar entre los demas hombres, es preciso cierto prestijio que rara vez conceden a aquel que vieron nacer. En la córte ademas, es preciso dominar las inclinaciones, plegar los caracteres, hacer sacrificios de amor propio; y pocos son los hombres que se acostumbran a estos sacrificios en el mismo teatro en que han nacido.

Los hijos de Madrid, educados en el regalo de sus casas, acostumbrados a la vida halagüeña y al ambiente de los salones, no pueden luchar en perseverancia ni en intencion con los infinitos contendientes que de todas partes vienen a disputar un poder que ellos están acostumbrados a mirar sin ilusion y sin deseos; poder efímero que les ofrece tan repetidas peripecias, y que suelen contemplar con la sonrisa de la sátira, o con la mas desdeñosa indiferencia. Por eso no es de estrañar que rehuyan en jeneral la lucha, que por otro lado les ofreceria mucha duda, como que habrian de sostenerla con los mas valientes campeones de las provincias, que a su mérito individual reunen la ventaja del interes que inspira el forastero.

Con que vemos que uno de los mas grandes inconvenientes de Madrid es el ser madrileño.

Quedan, pues, lijeramente apuntadas algunas de las principales contradicciones de la vida de la córte; tales como la escasez de la sociedad íntima y privada;—a exajerada pretension y la falsedad de la pública;—el desencantamiento de las ¡lusiones;—la imposibilidad del entusiasmo y aun de la fé;—el peligro inminente de la ambicion, por el ejemplo y el roce continuado con las personas influyentes;—la turbulencia de la atmósfera política;—y la necesidad de servir de patrono a los aüsentes, de solisitar favor de los poderosos, de servir de timon al forastero que viene a surcar este proceloso Occéano.

Muchos y muchos mas inconvenientes subalternos pudiera aquí añadir; pero me he dilatado mas que de costumbre; y eso que no he hablado ni de los proyectistas, ni de los humanitarios;—ni de los tribunos, ni de los periodistas;—ni

de los contratistas de víveres, ni de los especuladores en bolsa; — ni de los poetas barbudos, ni de los curas lampiños y galantes; — ni de los empleados cesantes, ni de los empleados para cesar; — ni de las víctimas, ni de los sacrificadores: — ni de las pulmonias, ni de los médicos; — ni de las simples coquetas, ni de las coquetas simples; — ni de los caseros que piden, ni de los inquilinos que no pagan; — ni de los pobres vergonzantes, ni de los petardistas sin vergüenza; — ni de los amigos *omnibus*, ni de los enemigos *pluribus*; — ni de las mujeres pintadas por ellas mismas, ni de los hombres que no se pueden pintar; — ni de las criadas saltarinas, ni de los criados fósiles; — ni de los prospectos de periódicos imparciales, ni de la parcialidad de los periódicos; — ni de los remedios públicos de las enfermedades secretas; — ni de los jéneros de balde a precios convencionales; — ni de los jóvenes escépticos, ni de las mujeres comunistas; — ni de los jénios no comprendidos, ni de las traducciones que nadie puede comprender. — Ni de otras mil y mil plagas, y a cuyo lado serian llevaderas las que inventó Moisés para castigar al pueblo de Faraon.

LA GUIA DE FORASTEROS.

Casi simultáneamente con este artículo verá la luz pública el libro oficial que lleva el mismo título, y que a la hora en que escribimos se hallará, a no dudarlo, tomando forma y consistencia en manos del encuadernador, especie de comadron literario, que faja y envuelve al infante recien-nacido.

Los habitantes de todas las Españas van, pues, a tener el indecible placer de saludar su aparicion, y saber a punto fijo, por sendos veinte reales, la larga nomenclatura de sus gobernantes en el año de gracia 1842; pero tate; que punto es este que, aunque consignado especialmente en la portada del tal librito, merece mui bien alguna reserva y un sí es no es de rápida discusion.

Decia Fontenelle que el *Almanak real* de Francia era el libro que mas verdades contenia; pero Fontenelle no era español ni vivia en estos tiempos; si asi fuera, ya se hubiera guardado mui bien de decir semejante despropósito respecto de nuestro Almanak real, o sea *Guia de Forasteros*.

¿Pues qué, no hai en ella verdades?—Distingo.—Si se trata de la autenticidad de los nombres y empleos respecto a la época de la impresion (1841), no hai mas que hablar, y todos son hechos consumados; pero si se la juzga respecto a la época en que ha de rejir (1842), perdóneme la indiscrecion, pero maldita la fé que merece. De este modo diremos que se compone, o todo de verdades, o todo de erratas; o para esplicarlo mejor, de una sola verdad, o de una errata sola. Esta errata es la portada. Donde dice 1842, *léase* 1841, y está salvado el resto.

Si la república periodística fuera monarquía, no hai que dudar que el cetro correspondia de derecho a este periódico anual, que se presenta al mundo con todo el aparato de la majestad, y dictando sus leyes desde el Sinaí de la Imprenta Nacional.

Su orijen se pierde en la noche del siglo pasado, cuando menos; y escelso e inviolable por sus opiniones y sus actos, ha dado en sus pájinas (o sean tablas) sucesiva acojida a todos los colores políticos en las personas de sus mas aventajados representantes; desde Felipe V hasta Isabel II; desde los empolvados pelucones de los gobernantes de antaño, hasta las rasas molleras de los del día; desde la guerra de sucesion, hasta la sucesion de las guerras; desde la monarquía fanática, hasta la fanática popularidad.

En los principios de su periódica aparicion (1737), se presentó raquítica y mezquina, y al reves que toda humana criatura, que pierde sus fuerzas y enerva su valor a impulsos de la edad, un siglo y pico de vida ha bastado a esta para su desarrollo, en términos que hoi se ostenta medrada, coqueta y esplendente, conteniendo en sus pájinas cuatro tantos mas de sustancia que en el siglo anterior.—Verdad es que el coste de su encarnamiento ha crecido proporcionalmente; ¡y en qué proporcion! Los periódicos plebeyos, por ejemplo *el Diario de Madrid*, inserta sus anuncios a razon de 12 maravedís línea. Pues cada una de la Guia puede calcularse chica con grande en 40,000 reales; ¡y tiene 176 pájinas, y cada pájina 48 lineas!... Hablamos de la del año que acaba, porque la del que empieza (que aun no hemos saludado), tendrá probablemente mas, *Et sic de ceteris*.

Pero dejemos ya las cuestiones preliminares, y asistamos (si no lo ha por enojo el lector) a la magnífica aparicion de este astro luminoso, a la ostentosa esposicion de esta industria nacional. Nosotros los profanos espectadores de tan májico espectáculo, los asistentes paganos del patio y la cazuela, las masas informes, vamos al decir, que, gracias a la módica retribucion de sendos 50 por 100 de nuestras fortunas o nuestra industria, tenemos el derecho de asistir a él, y entusiasmarnos anualmente, no dejaremos por tristes 20 reales de usar de este derecho; quiero decir, de acercarnos a la reja del despacho nacional por un ejemplar del libro venerando; y cuenta, que sea vestido con pobres pañales, y así como quien dice de plebeyo, no como los que en tafilete y estampados de oro por *Ginesta* se reparten *gratis et amore* a los nobles funcionarios en él contenidos.

Prévia esta indispensable dilijencia, lo primero que nos saldrá al paso es el *Calendario Manual* con su creacion autógrafa del mundo; su diluvio universal de tal fecha; su poblacion de España pocos dias antes, y de Madrid unas semanas despues; y demas épocas *notables*, todas sólidamente averiguadas por testigos de vista, sus cómputos eclesiásticos, sus fiestas movibles, témporas y estaciones, dias y santos del año. Estos nombres sagrados son los únicos que no cobran del presupuesto, y no cuestan dinero al Estado; antes bien por el derecho de ponerlos pagaba anteriormente algunos miles de reales la tal Guia; porque el postor del Calendario los compraba y los compra aun por junto, para venderlos luego a la menuda.

Despues de la nota de las cuarenta horas (nota escusada para los tiempos que corren, y que sin duda se ha conservado por la forma como acompañamiento de la corte celestial), empieza el magnífico desfile o sea evocacion de las augustas sombras de nuestros ínclitos monarcas, a contar desde Ataulfo, su decano, hasta el actual, que siempre (segun la Guia) reina *felizmente...* ¡Y lo mismo diria la picaruela en la que hoi se llama ominosa década!—De aquí toma luego pretesto para hacernos una espléndida esposicion de todas las familias reinantes, con el nombre, apellidos, edad, patria, estado y años de servicio de cada cual; sin hacernos gracia del mas mínimo principículo de *Anhal-Cohetem*, ni de la mas oscura y remilgada Canonesa de *Schwarzbourgo-Rudolstad;* todo para entretenimiento de los lectores, los cuales no podrian dormir seguramente, sino supie-

ran que al Elector de *Hesse* le habia nacido un tercer sobrino el año pasado, o que la viuda de *Holstein-Augustembourgo* habia pasado a segundas nupcias con el *Margrave de Meklembourg-Strelitz.*— Verdad es que no hai que tomarlo tan a pechos; pues margrave y elector hemos visto presentar con desfachatez en la Guia su fé de vida, como si fueran viudas de Monte pio, cuando sabiamos de mui buena tinta que hacia largos años que estaban bajo de tierra; y tierno infante se nos ha dado a luz en años anteriores, que ya peinaba canas o gastaba peluca a las orillas del Don.

A continuacion de esta monárquica nomenclatura, van tomando lugar las repúblicas americanas, que en tiempos en que no estaba tan bien impresa la Guia, ocupaban un sitio mas de casa, en la parte de ella que hacia relacion a los gobiernos de Ultramar.

Viene despues un poquito de estadística (como quien dice, para cumplir con este siglo numérico), y como hai que hablar de España, la Guia oficial, para evitar el compromiso de opinion propia, coje la primer nacion que encuentra al paso, y dice: — «*Poblacion de España*» «*segun Hassel* 10.373,000 *almas*» «*segun Balbi* 13.500,000;» —ustedes escojan lo que les parezca, que por tres millones mas o menos no hemos de regañar.

Entretiénese despues en recordarnos los dias en que se viste de gala... ¿quién? —La corte —¡Serán los cortesanos...! —Y los dias en que la miseria se viste de luto, ¿cuántos son? — *Vide Calendario*, unas hojas mas atras.

Aqui por el órden de procesion vienen las cruces y mangas bordadas, las mitras y capisayos, los cuerpos lejislativos, los ministerios, diplomáticos nacionales y estranjeros, tribunales supremos, audiencias y jueces, los directores y jefes de administracion y de hacienda. Para mayor órden de esta majestuosa falanje, forma en seis grandes divisiones con la denominacion y bajo el patrocinio de otros tantos ministerios, en que el de la Gobernacion del reino es el último, y el de los negocios esteriores el primero; y bajo sus respectivas enseñas despliegan su formidable aparato, estienden sus asombrosas filas, y muestran sus magníficos blasones, tantas juntas y asambleas, tantas direcciones e inspecciones, tantas secretarías y contadurías, tantas administraciones, conservadurías, comisiones, juzgados, jefaturas y dignidades, que seria imposible seguirlas con la vista ni abarcarlas con el pensamiento.—¡Ah! se me habia olvidado. Tambien hai su poquito de seccion de *Beneficencia;* pero esta aparece mas modesta, sin bordados ni relumbrones, vestida de simple frac negro como un hermano de la Paz y caridad; y coje la tal seccion por lo menos... una pájina, que no quiero decir cuál es.—Ella, y algunos grupos o pelotones de paisanos mondos y lirondos con el modesto título de tal cual academia o asociacion literaria vergonzante y gratis-data, son, como si dijéramos, la sombra, y forman el claro oscuro de la tal Guia. En otros tiempos terminaba la parte política de ella con varios estados demostrativos de los establecimientos de Caridad; «pero nosotros (como decia Bartolo el médico) lo hemos arreglado de otra manera» y desechado esas superfluidades.

Del estado militar que sigue despues, nada hai de nuevo, puesto que ya sea

antiguo el ver en él la larga lista de 617 jenerales y brigadieres que, suponiendo compuesto el ejército español de 150,000 hombres, tocarian a 243 hombres a cada jeneral; sin contar la marina en que puede calcularse a 14 jenerales para cada buque.

Para todo hai gusto en este pícaro mundo; los hai bastante fuertes para dijerir todas las mañanas el eterno diálogo del *Eco* con el *Correo*, o asistir por las tardes al obligado duo del *Patriota* y el *Corresponsal*. Los hai capaces de tragarse todas las noches un drama envenenado, o embelesarse todas las semanas con las habilidades estereotípicas de los volatines del Circo. Cuales están por las *églogas* que huelen a requeson, y cuales por los *fragmentos* que apestan a pólvora y cera amarilla; los unos se inclinan a los libros en folio, los otros a las enciclopedias homeopáticas, que pueden ir en carta; y hasta hai quien goza con las novelas traducidas en 365 tomas al año, que nos suelen dar los periódicos por via de folletin. ¿Por qué, pues, estrañar que haya tambien quien encuentre el complemento de su fruicion voluptuosa en hojear y repasar, estudiar y comentar a su modo las sustanciosas pájinas de la Guia de Forasteros?

Por de pronto la parte mas sabrosa de todo escrito moderno, quiero decir, la personalidad, no ha de faltarle: porque siendo este libro compuesto todo de personalidades, es natural que escite hasta el mas alto grado el interes del lector. Añádase a esto que alli no hai artículos de fondo sin fondo, ni polémica clara como su nombre, ni principios para disfrazar fines, ni profesion de fé espontánea, ni demas tiramira de los publicistas del dia. Nada de eso; hechos, no opiniones; cosas, no palabras; resultados, no premisas; axiomas, no problemas;... ahora vayan ustedes a buscar un libro que le haga pareja.

Pero no hai que creer que es solo la curiosidad lo que trata de satisfacer el lector en la meditacion y el estudio de aquella veneranda nomenclatura; motivos mas positivos le inclinan sin duda a pasar largas horas de la noche engolfado en tan suave entretenimiento.

—«Mi hijo no tiene talento para abogado» (decia una dama de buen parecer a cierto ministro). «Vaya (replicó este) pues le haremos consejero.»

La lectura de la Guia, la magnífica perspectiva del coro gubernamental, es el objeto de la esperanza; la ráfaga luminosa de todo viandante, que no sabe por donde caminar. —Alli estan las asesorías, las protecturías, las conservadurías, las consultas; alli las togas y judicaturas para los letrados titulares; alli las embajadas, secretarías y consulados para los legos; alli las intendencias y jefaturas para los políticos; alli las fajas y entorchados para los militares; alli los báculos y mitras para los eclesiásticos; alli las bandas y cruces para todo el mundo; sin distincion de sexo ni edad.

El abogadito mancebo, que no gusta de hacerse oir en la audiencia, busca una plaza de oidor en ella, mientras que su concólega el vetusto don Pedancio, el *fac simile* de una particion testamentaria, echa el ojo a una protecturía que tenga rentas que protejer. El tonto de sentidos y potencias aspira a ser director, y el miope sin anteojos, nada halla mas apetitoso que una plaza de vista. No hai cura de aldea que no rece todas las noches por verse en las pájinas de la Guia

que dicen relacion a los ilustrísimos; ni cadete del colejio que no se crea destinado a figurar en las primeras del estado militar. — «¿Por qué no me han de dar unos honores?)» dice a sus solas el que toda su vida estuvo reñido con el honor. — «¿Por qué no he de ser yo secretario?» esclama el que jamas pudo guardar un secreto.

Hai seis líneas en la Guia, con las que sueñan, en primer lugar todos los hombres políticos; en segundo todos los militares; en tercero todos los eclesiásticos; y en cuarto y último todos los demas que nada son. — Y estas líneas (ya lo habrán adivinado mis lectores) son las seis que ocupan los secretarios del Despacho, o sean jefes del gobierno y de la administracion. He aquí el término luminoso de las oscuras intrigas, la meta ostensible de los públicos combates, en el campo de batalla, en el parlamento, en la prensa, en los círculos y hasta en las plazas y cafés. Ellas son el punto culminante de la pirámide gubernamental; punto a la verdad tan estrecho e inseguro, que ninguno de los que a él llegan puede sostener largo rato el equilibrio; y falto de fuerzas y turbado de razon, bambolea luego, y cae entre los chillidos y algazara de la multitud agolpada a la base. — Y sin embargo todo es ajitarse y bullir, y trabajar para encaramarse; y sudar y adelantar y escurrirse y retroceder; y llegar a la cúspide; y rodar estrepitosamente al panteon.

A la verdad que no hai espectáculo jimnástico mas divertido que el que forman los Aurioles políticos, reuniendo sus esfuerzos en torno de la cucaña ministerial.

¡Qué triunfo! no veis allá arriba pendientes de sendas cadenas, otras tantas enseñas que el viento sacude y hace saltar en derredor del mástil? — Pues son las seis bolsas de terciopelo carmesí que entreabren sus bocas, y chorrean órdenes, y circulares, y proclamas y censuras, sobre la muchedumbre que las recibe allá abajo con algazara; y los unos las pinchan y garrapatean con una pluma; los otros las destrozan con una espada; aquel las pisa con una prensa; este las envuelve entre los pliegues de su oratoria. — Y las bolsas a vomitar y llover papeles *de oficio*, escritos por mitad; y las prensas y aparatos de guerra de los sitiadores a dispararles otros *por oficio*, escritos por entero y en cerradas columnas; y los maniobrantes de arriba a caer abajo; y los de abajo a subir arriba; y las bolsas siempre atadas a las cadenas; y el pueblo pagando el espectáculo, y rie que te reirás.

Entre tanto la Guia de Forasteros (el programa de la funcion) circula de mano en mano; y unos hallan de menos un nombre, otros creen que hai muchos nombres de mas; cuales animados de un buen deseo quieren saltar a la plaza, y colocarse entre los *precisos operarios*; cuales se contentan con pagar, reir, y comprar el programa.

Con ellos me entierren. Y dejemos aquí la pluma, que parece haberse despertado hoi un sí es no es abierta de picos, y como que pretende lanzarse a materias que por propia conviccion le están vedadas.

Mas no teman mis lectores que se estravie, ni que renuncie a la tranquila senda que ella misma se trazó cuando por ahora hace diez años empezó a borrajear estos festivos cuadros de las costumbres contemporáneas. — Nada menos que

eso; mi *mision sobre la tierra* es reir; pero reir blanda e inofensivamente de las faltas comunes, de las ridículas sociales. Quédese la apetecida palma de la sátira política unida a la memoria de mi desgraciado amigo *Fígaro*. Por dos distintas sendas caminamos siempre, y ni él siguió mis huellas, ni yo pretendí nunca mas que admirar y respetar las suyas. Esto va en temperamentos y en convicciones, pues ni yo soi Fígaro, ni veo las cosas con tan tétricos colores, ni entiendo de políticos achaques, ni estoi determinado a atentar a mis dias por fastidio y cansancio de la vida. Todo lo contrario. Mi paciencia es grande; y aunque hijo de este siglo, quisiera, si es posible, arribar al próximo, aunque no fuera mas que por satisfacer mi sabida *curiosidad*.

Y siguiendo, pues, una marcha tranquila en este breve camino, cuento morir en mi cama cuando Dios fuere servido (lo mas tarde mejor); y mas que envuelva siempre en mi capa una completa nulidad; y mas que nadie eche de ver mi falta el dia en que aquello suceda; y mas que no se derramen flores sobre mi tumba; y mas que no resuenen cerca de ella la delicada lira de Zorrilla; y mas que mi nombre no figure en el Plutarco Español, ni en la *Guia de Forasteros*, quiero pasar la vida sin escitar lástima ni envidia, y que la modesta lápida que cubra mis cenizas pueda parodiar en otros términos el famoso *pas même* de Piron, leyéndose en ella con letras bien gordas:

AQUI YACE
UN HOMBRE QUE NO FUE NADA:
ABSOLUTAMENTE NADA:
NI SIQUIERA JEFE POLÍTICO.

El Curioso Parlante.

(Enero de 1843.)

ÍNDICE

DE

LOS ARTICULOS O ESCENAS QUE CONTIENE ESTA OBRA.

	Pájinas.
Introduccion.	VII
El retrato.	1
La calle de Toledo	5
La comedia casera	10
Las visitas de dias.	15
Las costumbres de Madrid	19
Los cómicos en cuaresma.	23
La romería de S. Isidro.	29
La empleo-mania.	33
Un viaje al sitio.	37
El prado.	44
Las casas por dentro.	50
1802 y 1832	54
Los aires del lugar.	59
El paseo de Juana.	64
El dia 30 del mes.	68
El amante corto de vista.	71
Las tiendas	76
El barbero de Madrid	81
El poeta y su dama	86
Las ferias.	88
Grandeza y miseria.	93
El campo santo.	98
Pretender por alto.	103
La político-mania.	108
El aguinaldo.	113
Las tres tertulias.	118
El estranjero en su patria	124
La capa vieja y el baile de candil.	129
Las niñas del dia.	134
El dominó.	139
La compra de la casa.	146
Los paletos en Madrid.	150
La filarmonía.	155
La policía urbana.	159
La casa a la antigua.	164
El dia de fiesta.	169
La casa de Cervantes.	176
Advertencia.	183
El primer dia en Paris.	185
La vuelta de Paris.	192
El diario de Madrid.	200
La procesion del Corpus.	207
Paseos por las calles.	213
El patio del correo.	219
Las casas de baños.	223
El sombrerito y la mantilla.	231
A prima noche.	226
El observatorio de la Puerta del Sol	241
Mi calle.	244
Una visita a S. Bernardino	249
El salon de oriente.	256
Costumbres literarias.	260
El dia de toros	269
El duelo se despide en la iglesia	278
El cesante.	286
El alquiler de un cuarto	293
El romanticismo y los románticos.	299
Hablemos de mi pleito	309
La almoneda.	316
El coche simon	322
La bolsa.	328
Madrid a la luna.	336
Antes, ahora y despues.	346
Requiebros de Lavapies	356
Una noche de vela.	360
Las sillas del prado	370
De tejas arriba.	380
El teatro por fuera.	391
El recien-venido.	398
La esposicion de pinturas	408
Tengo lo que me basta.	414
El martes de carnaval y el entierro de la sardina.	422
La posada o España en Madrid.	430
El espíritu de asociacion.	445
Una junta de cofradía.	450
Los jardines del Retiro.	460
Una beldad parisiense	466
Al amor de la lumbre o el brasero.	469
Inconvenientes de Madrid	474
La Guia de forasteros.	483

CR

FEB 3 - 1943